

**Jan Guillou**



**Regreso al  
Norte**

**Trilogía de las cruzadas III**



En 1192 Arn vuelve a Götaland después de veinte años de templario. Arn es uno entre muchos miles de perdedores de Tierra Santa. Los inmigrantes que con él vienen y la sabiduría que ha atesorado serán el punto de partida para una nueva época en toda Europa, que convertirá a Götaland Occidental, la pequeña tierra de campesinos, en el nuevo reino de Suecia.



Jan Guillou

# Regreso al Norte

Trilogía de las Cruzadas - 3

ePub r1.1  
fenikz 22.11.15

Título original: *Riket vid vägens slut*

Jan Guillou, 2000

Traducción: Mayte Giménez

Editor digital: fenikz

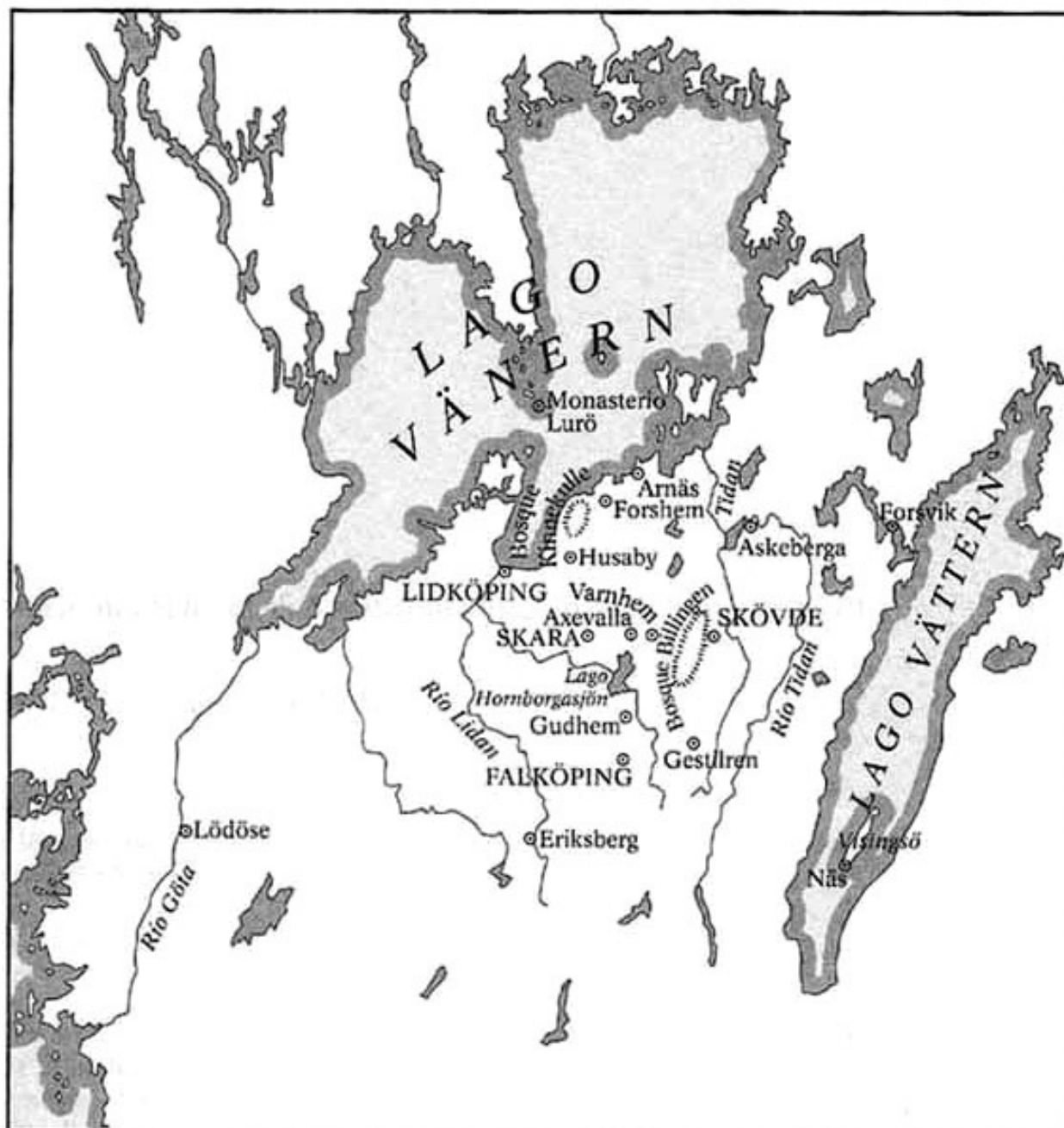
ePub base r1.2



Los que somos fuertes en la fe debemos aceptar como nuestras las debilidades de los que son menos fuertes, en vez de buscar lo que a nosotros mismos nos agrada. Todos debemos agradar a nuestro prójimo, y hacer las cosas para su bien y para que pueda crecer en la fe.

Carta a los romanos, 15,1-2

# Götaland Occidental, 1150-1250



# I

En el año de gracia de 1192, poco antes de San Eskil, cuando las noches ya clareaban y se iba a comenzar la siembra del nabo, llegó una extraña tormenta a Götaland Occidental. La tormenta duró tres días y tres noches, y transformó aquella clara y prometedor época del año en otoño.

A pesar de eso, la tercera noche y después de la misa de medianoche, la mayoría de los hermanos del monasterio de Varnhem dormían plácidamente, convencidos de que sus oraciones los protegerían de los poderes de la oscuridad y de que pronto amainaría la tormenta. Fue entonces cuando el hermano Pietro, que estaba fuera, en el receptorium, pensó primero que sólo habían sido imaginaciones suyas lo que lo había sacado del sueño. Se había despertado y se había sentado en la cama sin comprender lo que había oído. Tras los muros y el robusto portalón de roble del receptorium sólo se oían los aullidos de la tormenta y la lluvia, que azotaban las tejas y las copas de los altos fresnos.

Pero entonces lo volvió a oír. Era como si un puño de hierro golpease el portón.

Muerto de miedo, se levantó tambaleándose de la cama, cogió su rosario, empezó a musitar una oración que no recordaba demasiado bien pero que protegía contra poderes malignos y salió al pórtico escuchando en la oscuridad. De nuevo se volvieron a oír los tres golpes, y el hermano Pietro no tuvo más remedio que intentar hablar a través del portón y pedirle al desconocido que se identificara. Se dirigió a él en latín, ya que era el idioma que más poder tenía contra las fuerzas oscuras y porque estaba demasiado dormido como para lograr articular algo en el peculiar y cantarín idioma popular que se hablaba extramuros.

—¿Quién es el que viene por los caminos del Señor en esta noche? —gritó con la boca pegada a la cerradura de la puerta.

—Un servidor del Señor de sinceras intenciones y buen cometido —respondió el desconocido en un latín impecable.

Eso tranquilizó al hermano Pietro, que tuvo que luchar un poco con el pesado

cerrojo de hierro forjado negro hasta lograr entreabrir la puerta.

Fuera había un forastero con una capa de piel que le llegaba hasta los tobillos y una capucha que lo protegía contra la lluvia. El extranjero abrió de golpe la puerta con una fuerza que jamás podría haber contrarrestado el hermano Pietro y entró en el pórtico, llevándose prácticamente por delante al monje.

—Gracias a Dios, acaba de terminar un largo viaje. Pero no hablemos aquí en la oscuridad, corre a buscar la linterna que tienes en el *receptorium*, mi desconocido hermano —dijo el forastero.

El hermano Pietro hizo lo que le fue ordenado, tranquilizado por el hecho de que el desconocido hablase el idioma eclesiástico y además supiese que había una linterna en el *receptorium*. Dentro tuvo que trabajar a tientas un rato con los últimos restos del brasero hasta lograr prender fuego a una mecha que introdujo en la lámpara de aceite. Al salir de nuevo al pórtico del *receptorium*, la luz rebotó contra las paredes encaladas, y se expandió tanto sobre él como sobre el desconocido. El forastero se despojó de la capa de piel que lo había protegido contra la lluvia y la sacudió. El hermano Pietro se sobresaltó de forma inconsciente al ver la camisola blanca y la cruz bermeja. Por el tiempo pasado en Roma, sabía muy bien lo que estaba viendo. Un templario había llegado a Varnhem.

—Mi nombre es Arn de Gothia y no tienes nada que temer, hermano, pues yo crecí aquí en Varnhem y de aquí una vez salí hacia Tierra Santa. Pero a ti no te conozco, ¿cuál es tu nombre, hermano?

—Soy el hermano Pietro de Siena y sólo llevo dos años aquí.

—Así que eres nuevo. Por eso te toca encargarte de la puerta cuando nadie más quiere hacerlo. Pero dime, ¿vive todavía el padre Henri?

—No, murió hace cuatro años.

—Recemos por su salvación —dijo entonces el templario, se santiguó y agachó la cabeza durante un rato—. ¿Vive el hermano Guilbert? —preguntó el templario al volver a levantar la mirada.

—Sí, hermano, es un hombre mayor pero todavía le queda mucho vigor.

—No me sorprende. ¿Cómo se llama nuestro nuevo abad?

—Es el padre Guillaume de Bourges, llegó a nosotros hace tres años.

—Faltan casi dos horas para maitines, aun así... ¿querrías despertarlo de todos modos y decirle que Arn de Gothia ha vuelto a Gudhem? —preguntó el templario con algo que casi parecía un destello de burla en sus ojos.

—No desearía hacerlo, hermano. El padre Guillaume suele repetir que el sueño es un regalo de Dios y que estamos obligados a administrarlo bien —respondió el hermano Pietro, preocupado, retorciéndose de inquietud ante la idea de despertar al padre Guillaume por un asunto que tal vez no era lo bastante importante.

—Comprendo, pues ve entonces y despierta al hermano Guilbert y dile que su aprendiz Arn de Gothia lo espera en el *receptorium* —dijo el templario con amabilidad pero, aun así, como si fuera una orden.



—Despertar al hermano Guilbert también puede ser desagradable... además, no puedo abandonar mi puesto en el *receptorium* en medio de esta noche tan horrible — intentó escabullirse el hermano Pietro.

—¡Claro que no! —dijo el templario soltando una risita—. En primer lugar, creo que puedes confiarle la guardia a un templario del Señor, no creo que encuentres mejor sustituto. Y en segundo lugar, te juro que despertarás al viejo oso Guilbert con una buena noticia. ¡Anda, ve!, que yo me quedo aquí haciéndome cargo de tu guardia lo mejor que pueda, te lo prometo.

El templario había pronunciado la orden de una forma que no aceptaba objeción. El hermano Pietro asintió en silencio y desapareció por la galería hacia el pequeño patio que era la última parada antes de pasar por otra puerta de roble a lo que era la clausura en sí.

No tardó mucho en abrirse la puerta entre la clausura y el patio del *receptorium* con un estruendo y una voz conocida que resonó contra las bóvedas blancas. El hermano Guilbert se acercó con pasos largos y una antorcha de brea por la galería. No parecía tan enorme como antes, ya no parecía un gigante. Al descubrir al extraño que había en el portal levantó la antorcha para poder ver mejor. Le pasó la antorcha de brea al hermano Pietro, dio un paso adelante y abrazó al desconocido sin que ninguno de los dos pronunciara una palabra durante un buen rato.

—Pensé que habías caído en Tiberiades, mi querido Arn —dijo finalmente el hermano Guilbert en franco—. Lo mismo pensaba el padre Henri, y parece que rezamos muchas oraciones inútiles por tu alma.

—No fueron tan inútiles las plegarias si te puedo dar las gracias ya en esta vida, hermano —repuso Arn de Gothia.

Luego fue como si a ninguno de los dos se le ocurriese nada más que decir y ambos tuvieron que reprimir ponerse demasiado sentimentales. El hermano Pietro comprendió que ambos debieron de ser amigos muy cercanos.

—¿Has venido para rezar a la tumba de tu madre, la señora Sigrid? —preguntó entonces el hermano Guilbert en el tono con el que le hablaría a un viajero cualquiera.

—Sí, eso es algo que quiero hacer —respondió el templario con el mismo tono—. Pero también tengo otras cosas que hacer aquí, en casa, en Varnhem, y primero debo pedirte ayuda para resolver algunos detalles que hay que solucionar antes de ocuparse de las grandes cosas.

—Ya sabes que te ayudaría con lo que fuese, dime sólo qué puedo hacer y nos ponemos a ello.

—Tengo veinte hombres y diez carros ahí fuera, bajo la lluvia. Muchos de ellos son de esa clase de hombres que no pueden entrar sin más a la parte de intramuros. También traigo diez carros cargados y los tres primeros estarían mejor aquí dentro — contestó el templario rapidez, como si hablase de asuntos cotidianos, a pesar de que con los carros de carga que había que proteger intramuros debían de tratarse de algo

importante.

El enorme hermano Guilbert tomó sin contestar la antorcha de brea de la mano de su joven hermano y salió bajo la lluvia fuera del portal del *receptorium*. Efectivamente, fuera había una hilera de diez carros llenos de barro que debían de haber tenido un viaje complicado. A las riendas de los bueyes se sentaban hombres agachados y malhumorados que no parecían tener ánimo de seguir viajando.

El hermano Guilbert soltó una carcajada al verlos, sacudió la cabeza con una sonrisa, llamó a su joven hermano y empezó a impartir órdenes como si fuese un templario y no un monje cisterciense.

Tardaron menos de una hora en resolver lo de los visitantes. Una de las muchas normas de Varnhem era que cualquiera que se presentase allí viajando de noche debía ser recibido con la misma hospitalidad que si se hubiese tratado del mismísimo Señor, una norma que el hermano Guilbert se iba repitiendo de vez en cuando a sí mismo, primero medio en broma, pero luego con más hilaridad cuando el templario le explicó que precisamente el jamón ahumado no sería un obsequio de bienvenida muy apropiado. Sin embargo, al hermano Pietro se le escapó por completo la gracia de lo inoportuno que habría sido el jamón ahumado.

No obstante, extramuros, todo el *hospitium* de Varnhem estaba desierto y oscuro, pues habían llegado pocos viajeros en esos últimos días de temporal, por lo que pronto los huéspedes estuvieron alojados y colmados de atenciones.

Luego, el hermano Guilbert y Arn de Gothia abrieron los grandes portones que llevaban al monasterio para meter en el patio, junto a los talleres, los tres carros que necesitaban la protección de los muros y así poder desenjaezar y cobijar a los bueyes durante la noche.

Al terminar esa tarea, la lluvia empezó a amainar y se podían ver claras grietas entre los negros nubarrones. El tiempo iba a cambiar. Faltaba todavía más o menos una hora para maitines.

El hermano Guilbert caminó delante de su invitado hasta la iglesia y abrió la puerta cerrada con llave, y acto seguido entraron sin mediar palabra.

Arn se detuvo en silencio junto a la pila bautismal que había justo al lado de la puerta. Se quitó la amplia capa de cuero y la dejó en el suelo, señaló con una mirada interrogativa el agua de la pila, que no estaba ni siquiera cubierta, y recibió una respuesta afirmativa por parte de su hermano mayor. Desenfundó su espada, humedeció los dedos en el agua de la pila bautismal y deslizó tres de ellos por la hoja de la espada antes de volver a envainarla. Tomó de nuevo un poco de agua bendita y se rozó la frente, los dos hombros y el corazón. Luego caminaron juntos el uno al lado del otro por la nave central hasta el lugar que señaló el hermano Guilbert, en donde se arrodillaron y rezaron en silencio hasta oír cómo los hermanos acudían para el oficio. Ninguno de ellos dijo nada. Arn conocía las normas del monasterio relativas a las horas de silencio del día tan bien como cualquier otro hermano.

La tormenta había amainado al reunirse para la oración y ya se oía el canto de los

pájaros con la primera luz del día.

El padre Guillaume de Bourges entró al frente de la fila de hermanos por una de las naves laterales. Los dos feligreses se pusieron en pie, se inclinaron en silencio y él les devolvió la reverencia. Pero de repente descubrió la espada del caballero y su mirada se llenó de espanto. El hermano Guilbert señaló la roja cruz templaria de Arn y luego la pila bautismal junto a la puerta, y el padre Guillaume asintió con la cabeza, con una sonrisa tranquila, en señal de comprensión.

Al empezar el oficio, el hermano Guilbert le explicó a su amigo viajero en el lenguaje secreto de signos del monasterio que el nuevo abad era estricto con la norma de silencio.

Durante la oración, en la que Arn de Gothia participó como todos los demás, fue mirando de reojo a todos los hermanos. La luz entraba cada vez con más fuerza en la nave y ya se podían ver las caras mutuamente. Una tercera parte de los hombres reconocieron al templario y pudieron responder con discreción a su gesto de saludo, pero la mayoría le resultaban completamente desconocidos.

Al terminar la plegaria, los hermanos iniciaron la procesión de salida hacia el claustro, se les acercó el padre Guillaume y le hizo señales al hermano Guilbert de que deseaba hablar con ambos en el *parlatorium* después del desayuno, a lo que respondieron con una reverencia en señal de asentimiento.

Arn y el hermano Guilbert salieron por el pórtico de la iglesia todavía en silencio, cruzaron el patio y los talleres y se dirigieron hacia los cercados de los caballos. El sol de la mañana ya se había vuelto rojo y refulgente y en todas partes se oía el canto de los pájaros. Finalmente volvería a ser un hermoso día de verano.

Al llegar donde estaban los caballos se dirigieron de inmediato hacia los cercos de los sementales. El templario se agarró del tronco superior de la valla con las dos manos, la sorteó de un solo salto y luego le indicó con cortesía exagerada al hermano Guilbert que hiciera lo mismo. Sin embargo, éste sonrió, sacudió la cabeza, se subió a la cerca y la cruzó poco a poco, como solía hacer la mayoría de la gente. En la otra punta del cercado había diez caballos aguardando como si todavía no hubiesen decidido qué pensar del hombre de blanco.

—Bueno, mi querido Arn —dijo el hermano Guilbert, rompiendo sin más la norma de silencio hasta después de la comida de la mañana—, ¿has aprendido al fin el idioma de los caballos?

Arn le echó una mirada larga y escrutadora antes de asentir despacio con una expresión cargada de intención. Con un silbido captó la atención de los caballos de allá abajo. Luego los llamó en tono bajo, precisamente en el idioma de los caballos:

—¡En el nombre del Misericordioso, el Compasivo, vosotros los hijos del viento, venid con vuestros hermanos protectores!

Los caballos atendieron de inmediato y sus orejas se irguieron. Un robusto alazán echó a andar en su dirección y pronto lo siguieron los demás, y cuando el primer alazán levantó la cola y pasó al trote, todos aumentaron la velocidad y acabaron

acercándose al galope, haciendo que la tierra temblase.

—Por el Profeta, la paz lo acompañe, que de verdad has aprendido el idioma de los caballos allí en Outremer —susurró el hermano Guilbert en árabe.

—Completamente cierto —respondió Arn en el mismo idioma, y extendió su manto blanco para detener a los caballos, que acudían en estampida—, y tú parece recordar todavía el idioma que una vez creí que era en verdad el idioma de los caballos y no la lengua de los infieles.

Montaron un caballo cada uno, aunque el hermano Guilbert tuvo que llevar al suyo junto a la cerca para tener un punto de apoyo para subir. Luego dieron unas vueltas por el cercado montando a pelo y agarrándose sólo ligeramente con la mano izquierda de las crines del caballo.

Arn preguntó si las cosas seguían igual de mal, si los godo-occidentales eran todavía de los pocos hombres en el mundo que todavía no habían comprendido el valor de esos caballos, y el hermano Guilbert se lo confirmó con un suspiro, indicándole que así era. Los caballos eran el mejor de los negocios en casi todas partes del mundo cisterciense. Pero aquí, en el Norte, no. Aquí no había llegado todavía el arte de la guerra a caballo, por lo que esos caballos no valían más, sino menos que los caballos godo-occidentales.

Arn se asombró y preguntó si sus parientes seguían pensando que no se podía utilizar la caballería en la guerra. El hermano Guilbert volvió a confirmar con otro suspiro que así era. Los nórdicos iban a caballo hasta sus guerras, bajaban del caballo, lo ataban y luego se atacaban corriendo los unos tras los otros a golpes y hachazos en la pradera que fuera.

Llegados a este punto, el hermano Guilbert ya no pudo contener más todas las preguntas que había deseado hacer desde el primer momento en que vio al que había creído su hijo perdido, fuera, en el *receptorium*, chorreando por la lluvia y cubierto de barro tras su largo viaje. Y Arn empezó el largo relato de su historia.

El joven Arn Magnusson, Cándido e inocente, que una vez abandonó Varnhem para servir en la guerra santa hasta la muerte o hasta el transcurso de veinte años, lo que solía dar igual, había dejado de existir. El que había regresado de la guerra no era un caballero ingenuo como Perceval.

Esto fue algo que el hermano Guilbert comprendió de inmediato al empezar en el claustro la conversación con el padre Guillaume. La mañana había resultado excelente y hermosa, apacible y sin una sola nube en el cielo, por lo que el padre Guillaume, en lugar de hacerlos llamar al *parlatorium*, había llevado a su insólito invitado y al hermano Guilbert al exterior, a los bancos de piedra del claustro. De modo que estaban sentados prácticamente con los pies sobre la tumba del padre Henri, pues él y su sello roto yacían justo allí, tal como había deseado en el lecho de muerte. Habían iniciado el encuentro rezando por la salvación del padre Henri.

El hermano Guilbert miró fijamente a Arn cuando éste empezó a exponer su caso ante el padre Guillaume. Éste escuchaba con atención y cortesía y, como siempre que

hablaba con quienes sabían un poco menos que él, con condescendencia. El padre Guillaume era un hábil teólogo, eso era algo innegable, pero de poco le servía para vislumbrar las intenciones de un templario, pensó el hermano Guilbert, que pronto comprendió adonde quería ir a parar Arn.

La cara de Arn mostraba claras huellas de que él no había sido uno de esos hermanos que habían servido a la superioridad como escriba y contable. Debía de haber pasado la mayor parte de su tiempo en Tierra Santa sentado en la silla de montar, armado con la espada y lanza en ristre. Por primera vez, el hermano Guilbert reparó en la raya negra del borde inferior del manto de Arn, que demostraba que tenía rango de comendador y, por tanto, que había estado al mando tanto de la guerra como del comercio. Sería capaz de convencer al joven y menos experimentado padre Guillaume de cualquier cosa que deseara antes de que éste tan siquiera se diese cuenta de lo que estaba pasando.

Como primera respuesta a la pregunta de qué había ido a buscar a Varnhem, había respondido que había ido a donar nada menos que diez marcos de oro. Varnhem había sido el lugar donde los hermanos, con la ayuda de Dios, lo habían criado, y diez marcos de oro era una cantidad nada despreciable para mostrar su agradecimiento. Además, deseaba tener su futura tumba al lado de la tumba de su madre, en el interior de la iglesia, bajo la nave central.

Estas propuestas buenas y cristianas hicieron que el joven padre Guillaume alcanzase el preciso punto de docilidad que el hermano Guilbert imaginaba que Arn se había propuesto conseguir. Y fue todavía mejor cuando Arn se disculpó y se dirigió a los carros de bueyes y regresó con un pesado y tintineante saco de cuero que dio en mano al padre Guillaume con el máximo respeto y una profunda reverencia.

Era evidente que al padre Guillaume le costaba abstenerse de abrir el saco de cuero y empezar a contar el oro.

Entonces Arn efectuó su siguiente jugada. Habló un rato acerca de los hermosos caballos de Varnhem, de lo lamentable que era que sus parientes de esa región norteña no comprendiesen el valor que tenían esos animales y acerca del gran y admirable trabajo que su viejo amigo el hermano Guilbert había dedicado durante muchos años al cuidado y a la cría mejorada sin recompensa alguna. Añadió que muchos de los perseverantes trabajadores en las viñas del Señor recibían tarde la recompensa por el trabajo realizado, mientras que otros, que por el contrario habían llegado después al trabajo, recibían su recompensa más a la ligera. Cuando el padre Guillaume hubo considerado con seriedad ese conocido ejemplo de cómo el concepto que los humanos tenían de la justicia muchas veces parecía diferir del concepto de Dios, Arn propuso comprar todos los caballos de Varnhem a un muy buen precio. De ese modo, añadió rápidamente antes de que el padre Guillaume tuviese tiempo de recuperarse de la sorpresa, Varnhem recibiría finalmente la recompensa por tan duro trabajo. Y además se desharían de una labor que, de todos modos, no producía ingresos aquí arriba en el Norte; así matarían dos pájaros de un tiro.

Arn calló y esperó hasta el preciso momento en que el padre Guillaume pareció haberse recuperado y estaba a punto de deshacerse en agradecimientos.

Pero tal vez existiese una pequeña contrariedad en un negocio tan grande, se apresuró a añadir Arn. Pues para el cuidado de los caballos el comprador necesitaría de una mano experta, y esa mano experta estaba en Varnhem y era el hermano Guilbert. Por otro lado, ¿si el trabajo más importante del hermano Guilbert desaparecía con los caballos...?

El padre Guillaume propuso entonces de inmediato que el hermano Guilbert acompañase la compra para, al menos por algún tiempo, más bien todo el tiempo necesario, asistir al comprador. Arn asintió, pensativo, con la cabeza, como si eso fuera una propuesta muy sabia y el hermano Guilbert, que en esos momentos contemplaba su rostro con atención, no pudo ver un solo inicio que revelase que ésa había sido en realidad la intención de Arn. Parecía como si, tras haberlo considerado con detenimiento, se limitase a aceptar la sabia proposición que había hecho el padre Guillaume. Luego propuso que se hiciesen redactar los documentos de la donación y que se sellasen ese mismo día, aprovechando que ambas partes se hallaban reunidas.

Cuando el padre Guillaume se apresuró a aceptar también eso, Arn separó las manos en gesto de agradecimiento y alivio y pidió a los otros dos que le proporcionaran un poco de información del tipo que sólo podía encontrarse entre los hombres de la Iglesia, acerca de cuál era realmente la situación de su país. Porque, como se apresuró a explicar, la información de quién era rey, canciller y reina ya la había obtenido abajo, en el mercado de Lödöse. También sabía que reinaba la paz desde hacía mucho tiempo. Pero la respuesta a la cuestión de si esta paz entre las tierras de Gota y los svear iba a perdurar en el futuro sólo se podía encontrar entre los hombres de la Iglesia, pues sólo allí se encontraban las verdades profundas.

El padre Guillaume parecía contento ante la idea de que las verdades profundas sólo se hallasen entre los hombres de la Iglesia, y asintió con la cabeza, mostrando así su acuerdo y aprobación, aunque parecía un poco inseguro acerca de cuáles eran los conocimientos que Arn quería obtener. Arn lo ayudó con una pregunta breve aunque muy directa que expuso en voz baja y sin inmutarse:

—Si de cualquier modo va a haber guerra en nuestra tierra, ¿por qué y cuándo se producirá?

Los dos hermanos del convento fruncieron el ceño mientras reflexionaban durante un rato y luego, el hermano Guilbert, con el permiso del padre Guillaume, respondió que mientras el poder estuviese en manos del rey Knut Eriksson y de su canciller Birger Brosa, no existía peligro de guerra. Por tanto, la cuestión era lo que sucedería después del rey Knut.

—Y entonces el riesgo de nuevas guerras será grande —dijo el padre Guillaume con un suspiro.

Explicó que en el concilio de la Iglesia del año anterior en Linköping, el nuevo arzobispo Petrus había dejado claro a los eclesiásticos cuál era su posición. Era adicto

a los Sverker y había recibido su estola arzobispal del arzobispo danés de Lund, Absalón. Este mismo Absalón intrigaba contra el linaje de Erik y quería restaurar a los Sverker en la corona de los godos y los svear. También tenía un medio para lograr ese objetivo que seguramente el rey Knut Eriksson conocía tan poco como el hecho de que su nuevo arzobispo fuese hombre de los daneses y de los Sverker. El obispo Absalón de Lund tenía una carta que la difunta abadesa Rikissa había hecho escribir en su lecho de muerte donde describía cómo la reina del rey Knut, Cecilia Blanka, durante su tiempo como doncella entre las familiares en el convento de Gudhem había pronunciado los votos de castidad y de ser para siempre servidora de Dios. Dado que el rey Knut había ido luego a buscar a Cecilia Blanka de Gudhem y la había convertido en su reina, y que ésta luego le había dado cuatro hijos y dos hijas...

Pues se podía denunciar que los hijos del rey eran ilegítimos sin derecho alguno a la corona, concluyó Arn con rapidez. ¿Había manifestado su opinión el Santo Padre de Roma acerca de este asunto?

No, puesto que se acababa de nombrar un papa nuevo, que había tomado como nombre Celestino III, todavía no se sabía nada acerca de cuál sería la opinión de la Santa Sede en lo tocante a hijos legítimos o ilegítimos del rey godo. Seguro que alguien que acababa de ser elevado al pontificado tenía cuestiones más importantes de las que preocuparse.

—¿Y si ninguno de los hijos del rey Knut pudiera sucederlo en la corona —dijo Arn, más a modo de constatación que de pregunta—, el arzobispo Petrus y tal vez otros obispos propondrían de forma no del todo inesperada a un Sverker como nuevo rey?

Los dos hermanos del convento asintieron, sombríos, a modo de confirmación. Arn permaneció pensativo durante un rato antes de ponerse en pie con cara de haber alejado esos pequeños problemas de su mente, dio las gracias por la importante información y propuso que fueran en seguida al *scriptorium* para pesar cuidadosamente el oro y hacer que se redactasen y se sellasen los documentos de donación.

El padre Guillaume, que por un momento había pensado que la conversación tomaba un cariz poco interesante, aceptó la propuesta de inmediato.

A la mañana siguiente, cuando la curiosa caravana de carros tirados por bueyes y rodeados por caballos sarracenos ágiles y rápidos abandonó el monasterio de Varnhem, el hermano Guilbert era uno más entre los bienes recién adquiridos. Con esa ironía veía él mismo el repentino giro que había dado su vida. Arn lo había comprado con la misma facilidad con la que se había comprado una tumba, todos los caballos y casi todos los arneses y correajes que se habían fabricado en Varnhem. Ni siquiera protestando, el padre Guilbert habría logrado que la cosa fuese de otra manera, pues el padre Guillaume parecía como cegado por el oro con que Arn le había pagado. En lugar de esperar el fin de sus días de modo apacible en Varnhem, ahora se hallaba cabalgando junto a gentes desconocidas hacia objetivos

desconocidos y opinaba que era algo muy positivo. No sabía nada acerca de las intenciones de Arn, pero en cualquier caso no creía que hubiese comprado todos esos caballos solamente para alegrar la vista. Los jinetes sarracenos que rodeaban la caravana —el hermano Guilbert no dudaba ni por un instante de que fuesen sarracenos— parecían contentos de poder continuar su largo viaje a caballo; algo fácil de comprender, en especial cuando se trataba de unos caballos tan exuberantes. Al hermano Guilbert se le ocurrió que el venerado san Bernardo debía de estar bromeando con ese monje que una vez había gritado con impotencia, desesperado ante la negativa de todo el mundo a comprar los caballos de Varnhem, que ojalá pasaran por allí unos compradores sarracenos. Ahora estos sarracenos inesperados lo rodeaban por todas partes, bromeando y hablando a voces. A las riendas de los bueyes iban hombres que hablaban otras lenguas. El hermano Guilbert todavía no acababa de comprenderlos, ni tampoco sabía quiénes eran ni de dónde procedían.

Sin embargo, había un gran problema, pues lo que Arn había hecho era una forma de fraude que el joven e inexperto padre Guillaume no había sido capaz de detectar, cegado como estaba por todo ese oro. Un templario no podía poseer más que un monje de Varnhem. El templario que fuese descubierto con una sola moneda de oro se vería obligado a renunciar de inmediato al manto blanco y a abandonar con deshonor la Orden del Temple.

El hermano Guilbert decidió que más valía enfrentarse a lo desagradable lo antes posible, del mismo modo que todo templario había aprendido a pensar; animó a su roano, se situó al lado de Arn que iba a la cabeza de la caravana y le hizo la pregunta sin rodeos.

Pero Arn no pareció tomarse la dura pregunta a mal. Se limitó a sonreír, dio media vuelta a su delicioso caballo que era de Outremer pero de un tipo que el padre Guilbert no conocía, y fue al galope hasta el último carro de la caravana, al que se subió de un salto y en el que empezó a buscar algo entre el equipaje.

Pronto estaba de regreso con un rollo de cuero impermeable que entregó al hermano Guilbert sin mediar palabra, y éste lo abrió con tanta curiosidad como preocupación. Era un escrito en tres idiomas firmado por el Gran Maestre de los templarios, Gérard de Ridefort. Decía que Arn de Gothia, tras veinte años de servicio como hermano «temporal», había abandonado ahora su cargo en la orden de los caballeros del Temple, liberado de él por el mismísimo Gran Maestre, pero que debido a todos los servicios prestados a la orden y según su propia voluntad, tendría derecho a llevar el manto blanco con el mismo grado que tenía al dejar la orden en cualquier ocasión que lo deseara.

—Como ves, mi querido hermano Guilbert —dijo Arn, cogiendo el documento, enrollándolo e introduciéndolo con cuidado de nuevo en la funda de cuero—, soy templario y sin embargo no lo soy. Y sinceramente no veo nada demasiado grave en que quien tanto tiempo ha servido a la cruz bermeja pueda, de vez en cuando, buscar protección tras ella.



El hermano Guilbert no tenía demasiado claro lo que Arn pretendía decir con eso, pero tras cabalgar un rato, el templario empezó a relatar su viaje de regreso y las palabras «protección tras la cruz bermeja» adquirieron un mayor sentido.

Los hombres que viajaban con ellos en la caravana habían sido comprados, capturados o arrendados al servicio de Arn a lo largo de los caminos de Outremer, por lo que todos se habían convertido en enemigos de todos y donde aquel sarraceno que hubiese servido a los cristianos vivía tan peligrosamente como el cristiano que hubiese servido a sarracenos. No había sido demasiado difícil reunir una tripulación y un grupo de hombres que podrían hacer un buen servicio en caso de completar el largo camino hasta Götaland Occidental.

Más difícil había sido hallar una nave apropiada, por mucho que el noruego Harald Øysteinsson fuese un capitán capaz de casi cualquier cosa. De modo que, al encontrar varias naves templarias en el puerto de San Juan de Acre sin tripulación ni carga tras todas las derrotas de los cristianos, la idea pronto estuvo clara. Porque si uno llevaba una carga valiosa pero pocos hombres capaces de luchar, el viaje por el Mediterráneo sería una pesadilla. Pero resultaba diferente si uno llevaba velamen y colores templarios. Por tanto, él no había sido el único a bordo que vestía el manto blanco templario. En cuanto se acercaba una nave extraña para inspeccionar el posible botín, todos a bordo se ponían el manto blanco. Sólo una vez se encontraron con unos piratas lo bastante insensatos como para atacar; sucedió en el estrecho saliendo del Mediterráneo hacia el Gran Mar. Habían logrado salvar el pellejo gracias a la protección de Dios y a la gran habilidad del timonel Harald Øysteinsson.

Hacia arriba a lo largo de las costas de Portugal y de Francia, la cruz templaria era tan conocida que ningún peligro acechaba hasta haber pasado Inglaterra y acercarse a los países nórdicos. En Lödöse habían sido pocos los hombres que sabían qué tipo de nave extraña era la que subía por el canal de Gota.

Cuando Arn terminó de relatar el largo viaje por mar, posiblemente porque el hermano Guilbert al final mostraba alguna que otra señal de impaciencia, siguieron cabalgando en silencio como si Arn esperase la siguiente pregunta.

El hermano Guilbert observaba la cara de su amigo de vez en cuando, cuando pensaba que éste no se daba cuenta. Pero no halló nada en el exterior de Arn que lo sorprendiese. Si se le hubiese pedido que adivinase el aspecto que tendría Arn si, a pesar de lo que dictaba la razón, sobrevivía después de veinte años como templario en Outremer, habría dicho que sería así. Barba rubia que todavía no había empezado a encanecer pero que, sin embargo, había perdido el lustre. Por supuesto, todos los templarios llevaban barba. Pelo corto, también eso era lo normal. Tenía cicatrices lívidas en las manos y en la cara, por todas partes, señales de flechazos y espadaos y tal vez un golpe de hacha en una de las cejas, que hacía que la mirada de ese ojo fuese un tanto rígida. Más o menos eso era lo que habría pronosticado. La guerra en Outremer no era un paseo campestre.

Pero había una preocupación interior en Arn que no se dejaba captar con la

misma facilidad por una mirada. El día anterior ya había explicado que daba por terminado su servicio en la guerra santa y las razones que había aducido tenían mucho sentido. Pero ahora, cabalgando en su penúltimo día de marcha antes de llegar a casa y además haciéndolo con una gran riqueza, un retorno desde luego poco habitual para un templario, debería haber estado más feliz, animado y lleno de planes ansiosos. En su lugar había en él una gran inseguridad, casi un temor, si es que ésa era la palabra apropiada cuando uno se refería a un templario. Todavía quedaba mucho por comprender y preguntar.

—¿De dónde has sacado esta enorme cantidad de oro? —preguntó el hermano Guilbert, taciturno, justo al pasar de largo Skara sin haberse adentrado en la ciudad y cuando sentía que debía retomar la conversación.

—Si te respondiese a esa pregunta en este preciso momento, tal vez no me creerías, querido Guilbert —contestó Arn, mirando al suelo—. Más aún, quizá pensarías que he cometido traición, y si albergases una idea así, aunque sólo fuese por un tiempo, nos produciría a ambos un gran pesar. Cree en mi palabra. Esta riqueza no la he conseguido de forma indebida. Y te lo explicaré todo cuando tengamos suficiente tiempo, porque no es una historia fácil de comprender.

—Claro que te creo, pero no me pidas nunca más que lo haga —repuso el hermano Guilbert, molesto—. Tú y yo nunca nos mentimos intramuros, y extramuros doy por supuesto que seguimos hablando como los templarios que ambos fuimos una vez.

—Así es exactamente como yo también lo deseo, nunca más repetiré la exigencia de que me creas —dijo Arn casi en un susurro, todavía con la mirada clavada en el suelo.

—Bueno, entonces te preguntaré algo más sencillo —dijo el hermano Guilbert con un tono de voz más alto y animado—. Cabalgamos ahora hacia Arnäs, la finca de tus padres, ¿no es así? Bien, y llegas con un equipaje que no está nada mal y entre otras cosas caballos de Outremer y un monje que acabas de adquirir en Varnhem, ¡y no me contradigas! Yo también soy parte de tu compra. Reconozco que no estoy acostumbrado a eso pero así es. Y has comprado a otros hombres, tal vez en negociaciones más difíciles que las que tuviste con el padre Guillaume, que van a ser utilizados con algún fin, al igual que yo. ¿Quieres decirme algo acerca de todo esto? Y otra cosa, ¿quiénes son todos los otros hombres que van en esta caravana?

—Dos hombres, los dos que montan una yegua cada uno atrás a tu izquierda, son médicos de Damasco —respondió Arn sin titubear—. Los dos que van sentados sobre los carros de bueyes del final de todo son desertores del ejército del rey Ricardo Corazón de León, un arquero y un ballestero. El noruego Harald Øysteinsson, que cabalga con el manto de un sargento templario, ha servido a mis órdenes precisamente como sargento, eso ya lo he explicado. Los dos que van en los carros de bueyes justo detrás de nosotros son comerciantes de armas y artesanos de Damasco, y el resto son casi todos trabajadores de la construcción y soldados ingenieros de ambos

bandos de la guerra. Todos, excepto Harald, están a mi servicio, porque en sus momentos de mayor debilidad les hice propuestas que difícilmente podían rechazar. ¿Responde eso a la pregunta que en realidad deseabas hacerme?

—Sí, me queda bastante claro —contestó el hermano Guilbert, pensativo—. Pretendes construir algo grande. ¿Quieres decirme lo que quieres que todos nosotros construyamos?

—Paz —respondió Arn con resolución.

El hermano Guilbert se llevó tal sorpresa con la respuesta que no se le ocurrió nada más que preguntar durante un rato.

Cuando el segundo día la caravana se acercaba a la iglesia de Forshem, el verano había regresado con todas sus fuerzas. Era difícil imaginar que toda la zona hubiese sido convulsionada por la tormenta y la tempestad hacía tan sólo unos pocos días. Ya se había retirado la madera y otros tipos de escombros que habían caído sobre los caminos y las fincas. Fuera, en los campos, ya estaba en marcha la siembra de hortalizas.

Puesto que desde hacía tiempo reinaba la paz en el país, no había séquitos armados cabalgando por los caminos de un lado a otro y nadie molestaba a los viajeros a pesar de que se debía de notar desde lejos que la mayoría de ellos eran extranjeros. Quienes trabajaban en los campos se enderezaban un rato y observaban con curiosidad los carros de bueyes y los jinetes de los caballos vivaces, pero luego regresaban a su trabajo.

Al avistar la iglesia de Forshem, Arn guió a toda su caravana colina arriba por la cuesta, hacia la iglesia, y dio orden de parada y descanso. Cuando todos hubieron desmontado se acercó a la gente del Profeta que solían mantenerse separados y les dijo que, aunque todavía faltaba bastante hasta la hora de oración de la tarde, aquí rezarían un rato las gentes del Libro. Luego invitó a los dos hermanos armenios, a Harald y al hermano Guilbert a entrar en la iglesia. Tal y como se acercaban al portón llegó el cura corriendo desde su finca, increpándolos para que no entraran en la casa de Dios en desorden. Se apresuró a colocarse frente a las puertas de la iglesia de madera, adornadas a la antigua, y les cortó el paso, extendiendo unos brazos temblorosos.

Arn dijo entonces con tranquilidad quién era, hijo del señor Magnus de Arnäs, y que todos quienes lo acompañaban eran buenos cristianos que tras un largo viaje deseaban presentar su agradecimiento ante el altar y con ello hacer también una ofrenda. El cura, que hasta el momento no parecía haberse percatado de que uno de los foráneos era un monje de hábito blanco y de que dos de ellos llevaban cruces grandes y rojas en los escudos, los dejó entrar de inmediato. Abrió las puertas de la iglesia con torpeza y les pidió disculpas.

Pero Arn no avanzó mucho por el crucero de la iglesia cuando el cura lo alcanzó y tiró de su espada, diciendo algo en una extraña combinación de latín e idioma popular acerca de que una espada era una abominación en la casa de Dios. Entonces

el hermano Guilbert lo espantó como a una mosca y explicó que el señor Arn llevaba a su lado una espada consagrada, la espada de un templario, tal vez la única que jamás se halló en la iglesia de Forshem.

Al llegar al altar, los cristianos se arrodillaron, encendieron algunas velas con la única que ardía en el altar y rezaron sus oraciones. También dejaron algo de plata sobre el altar, lo que de inmediato tranquilizó al alterado sacerdote que tenían tras de sí.

Después de un rato, Arn pidió que lo dejaran a solas con su Dios, y todos lo obedecieron sin objeciones, salieron y cerraron las puertas de la iglesia.

Arn rezó largamente pidiendo apoyo y consejo. Lo había hecho otras veces, pero nunca antes había sentido nada en su interior ni había visto señal alguna de que Nuestra Señora le contestara.

A pesar de esa constante ausencia de respuestas nunca le asaltó la duda. Los seres humanos llenaban la tierra, tal como Dios había predicado. Dios y los santos debían de estar escuchando miles de suplicantes a cada momento, y si se tomasen la molestia de responder a cada uno de ellos, se armaría un buen jaleo. ¿Cuántas peticiones absurdas debía de estar haciendo constantemente la gente acerca de tener suerte en la caza, en los negocios o de tener un hijo, o permanecer en la vida terrenal?

¿Y cuántas miles de veces le había pedido Arn a Nuestra Señora protección para Cecilia y para el hijo de ambos? ¿Cuántas veces le había pedido suerte en la batalla? Nuestra Señora había escuchado esas oraciones antes de cada uno de los ataques de la guerra santa en los que todos los de manto blanco permanecían sentados sobre sus caballos, rodilla con rodilla para abalanzarse hacia la muerte o hacia la victoria. Casi todas las oraciones tenían una finalidad egoísta.

Pero esta vez Arn le pidió a Nuestra Señora que lo guiase y lo aconsejase acerca de lo que podía y debía hacer con todo ese poder que traía a casa consigo, que no lo dejase caer y convertirse en un hombre avaricioso, que no se dejase tentar por la certeza de ser un guerrero que sabía más que sus parientes, que todo ese oro y conocimiento que tenía ahora en sus manos no fuesen en vano.

Y entonces, por primera vez, Nuestra Señora le contestó al suplicante Arn de modo que pudo oír su voz nítida en su interior y verla envuelta en la luz que ahora se vertía cegadora sobre él desde una de las altas ventanas de la pequeña iglesia. No era un milagro, pues muchas eran las personas que testimoniaban haber tenido respuestas a sus oraciones. Sin embargo, para Arn era la primera vez y sabía ahora con toda seguridad lo que debía hacer, pues Nuestra Señora en persona se lo había dicho.

Se encontraban a una distancia de sólo dos paradas desde la iglesia de Forshem hasta la fortaleza de Arnäs. Se detuvieron a mitad de camino para hacer un breve descanso, pues era la hora de oración de la gente del Profeta, y los cristianos se echaron a dormir.

Pero Arn caminó hacia un calvero en el bosque y dejó que la luz de Dios se filtrase a través de las delicadas hojas verde claro de las hayas, iluminando así su cara

marcada. Y por primera vez en el largo viaje sintió paz en su interior, pues al final había comprendido cuál era la intención de Dios al conservarle la vida por tanto tiempo.

Aquello era lo más importante, lo decisivo. En ese preciso instante no se dejaría molestar por cosas secundarias.

Desde hacía algún tiempo corría un extraño rumor por Götaland Occidental. Había sido avistada una extraña embarcación, primero en Lödöse, en el canal de Gota, y luego más al norte, en la cascada de los Trolls. Unos extranjeros habían intentado arrastrar la nave río arriba por las cascadas con la ayuda de muchos bueyes y porteadores alquilados. Pero al final se habían visto obligados a rendirse y regresar río abajo hasta el mercado de Lödöse.

Nadie logró comprender cuál podía ser la intención de subir un barco así por el Vänern. Algunos de los guardias noruegos que había en la fortaleza de Arnäs opinaban que seguramente el barco tendría algo que hacer en el lado noruego del Vänern, que no sería la primera vez que el rey Sverre de Noruega lograba hazañas de lo más curiosas apareciendo con un barco por donde nadie lo esperaba. Pero justo ahora no había demasiada guerra en Noruega, por mucho que tampoco hubiese paz.

Nadie podía decir tampoco con seguridad si se trataba de un barco de guerra, pues el rumor decía que las enormes velas torcidas de la nave lucían una cruz roja tan grande que se veía desde lejos. No había barcos en el Norte que llevasen una enseña así, eso era seguro.

Durante unos días se vigilaron con especial atención las tranquilas aguas veraniegas del Vänern desde la torre alta de Arnäs, hasta que llegaron los tres días de tormenta. Pero al no avistar ninguna embarcación y dado que eran tiempos de paz en Götaland Occidental, pronto todo regresó a la normalidad y a los trabajos habituales y retrasados de la siembra de hortalizas.

Sin embargo, un hombre no se cansó de permanecer allí arriba en la torre, martirizando sus ojos lacrimosos de anciano mirando sobre la superficie del agua resplandeciente por el sol. Era el señor de Arnäs, pues lo sería mientras viviese, Magnus Folkesson. Tres inviernos atrás había sufrido un ataque de apoplejía y desde entonces no era capaz de hablar normalmente; además tenía todo el lado izquierdo paralizado, desde la cara hasta los dedos del pie. Lo dejaban estar allí a solas en lo alto de la torre con un par de siervos domésticos, como si le avergonzase que lo viese la gente. O tal vez se tratase de que a su hijo mayor Eskil le disgustaba ver cómo se burlaban de su padre a sus espaldas. Pero ahora el hombre permaneció allí arriba, todos los días, a la vista de todo el mundo en Arnäs. El viento arañaba su pelo blanco y enmarañado pero su paciencia parecía inagotable. Entre los hombres se hacían bromas con respecto a lo que el viejo creía poder ver allá arriba.

Sin embargo, todos los bromistas se arrepentirían de haberse mofado. El señor Magnus había tenido una premonición, pues resultó ser que esperaba un milagro enviado por Nuestra Señora. Él fue quien primero pudo ver desde su buena

perspectiva lo que estaba sucediendo.

Tres niños siervos llegaban corriendo por el camino todavía mojado y embarrado que iba desde Forshem hasta Arnäs. Vociferaban y agitaban los brazos, los tres con las mismas ansias por llegar primero, pues a veces pasaba que el pobre que llegaba con noticias importantes recibía una moneda de plata.

Al salir sobre el largo puente de madera que se balanceaba y que cruzaba las ciénagas, el que era un poco más alto y fuerte de los tres le puso la zancadilla primero a uno y luego a otro, de modo que él mismo fue el primero en llegar con la cara roja y sin aliento, mientras que los otros dos renqueaban tras él a buena distancia.

Se los había visto ya antes de que salieran sobre el puente y se había mandado llamar a Svein, el capitán de la guardia, que recibió con autoridad al primero de los corredores en el portal de la fortaleza, agarró al joven siervo por el cuello justo cuando intentaba colarse por el portón, lo obligó a arrodillarse en un charco de agua y lo mantuvo sujeto con fuerza con su guante de hierro mientras exigía conocer las nuevas. No fue tan sencillo, en parte porque su presa hacía tanto daño que el chico casi sólo gemía, y en parte porque los otros dos, que ahora los habían alcanzado, se hincaron de rodillas de forma voluntaria y empezaron a hablar los dos a la vez, intentando explicar lo que habían visto.

El capitán Svein hizo que se callaran todos con una bofetada e interrogó a los chicos uno tras otro. Y así logró al final sacar algo de información coherente acerca de lo que habían visto. Por el camino desde Forshem se acercaba a Arnäs una caravana con muchos guerreros y pesados carros de bueyes. No eran de los Sverker ni tampoco de ningún linaje aliado con ellos, pero tampoco eran de los Folkung ni de los Erik. Procedían de tierras extrañas.

Se dio la alarma, los cuernos sonaban y los guardias corrían hacia los establos, donde los mozos de cuadra habían empezado a ensillar los caballos. Se mandó a gente a despertar al señor Eskil, que a estas horas del día siempre dormía su siesta, y mandaron a otros hacia el puente levadizo para levantarlo, de modo que los extraños no pudiesen entrar en Arnäs antes de haber averiguado si se trataba de amigos o enemigos.

Pronto estuvo el señor Eskil montado a caballo con diez guardias junto al puente levadizo alzado frente a Arnäs, observando con tensión el otro lado de la ciénaga por donde pronto aparecerían los forasteros. Era bien entrada la tarde y, dado que el inicio del puente estaba al sur, el sol cegaba los ojos de los hombres de Arnäs. Cuando aparecieron los extranjeros al otro lado tuvieron dificultades en verlos a contraluz. Alguien dijo ver monjes, otro dijo ver guerreros.

Los extranjeros parecieron algo perplejos al descubrir el puente levadizo alzado y los hombres armados al otro lado. Pero entonces un jinete de manto blanco y una camisola blanca con una cruz roja se adelantó en solitario y despacio por el puente hacia la parte levadiza.

El señor Eskil y sus hombres esperaron en tenso silencio mientras el guerrero

barbudo se acercaba con la cabeza al descubierto. Alguien susurró algo acerca del aspecto lamentable que tenía el caballo del forastero. Dos de los guardias desmontaron para poder tensar los arcos.

Y entonces sucedió lo que algunos calificarían posteriormente de milagro. El viejo señor Magnus gritó algo desde lo alto de su torre y después hubo quienes juraron haber oído al señor Magnus decir con toda claridad que «alabado sea el Señor», pues el hijo pródigo había regresado de Tierra Santa.

Eskil era de otra opinión. Porque como más tarde explicó, lo había comprendido todo en el mismo instante en que oyó a uno de los hombres de su escolta hablar de un caballo lamentable, pues tenía buenos aunque vergonzosos recuerdos de su juventud acerca de qué tipo de caballos eran llamados lamentables y «de mujeres» y de quiénes eran los hombres que montaban sobre ese tipo de caballos.

En un tono en el que a algunos les habría parecido percibir temblor y debilidad, el señor Eskil ordenó que se bajara el puente levadizo ante el jinete extranjero. Tuvo que ordenarlo dos veces para que lo obedeciesen.

Luego, el señor Eskil bajó de su caballo y cayó de rodillas en oración ante el puente que bajaba chirriando, de modo que el sol pronto les golpeó a todos en los ojos. Parecía como si el caballo del jinete vestido de blanco pasase bailando sobre el puente levadizo mucho antes de que estuviese colocado por completo en sus puntos de apoyo. El jinete desmontó con un movimiento que nadie había visto jamás y pronto estuvo, de rodillas él también, delante del señor Eskil. Ambos se abrazaron y se pudieron ver lágrimas en la cara del señor Eskil.

Luego ya discutirían si se trataba de un milagro simple o doble. En ese momento no se podía decir con seguridad si el viejo señor Magnus había recuperado la razón allá arriba en la torre, pero lo que estaba claro era que Arn Magnusson, el guerrero del que sólo los cuentos hablaban a estas alturas, había regresado tras pasar muchos años en Tierra Santa.

Aquel día se armó un gran revuelo en Arnäs. Cuando la ama Erika Joarsdotter salió con cerveza de bienvenida para saludar a los huéspedes y vio a Arn y a Eskil cruzar el patio con los brazos pasados por los hombros del otro, se le cayó todo lo que llevaba y se les acercó corriendo con los brazos abiertos. Arn soltó a su hermano Eskil y se arrodilló para rendirle homenaje a su madrastra y casi cayó al suelo cuando ella se le echó al cuello y lo besó de esa forma poco decorosa con que sólo una madre puede besar. Todo el mundo podía ver que ese guerrero que regresaba a casa estaba poco acostumbrado a ese tipo de manifestaciones de cariño.

Los carros crujientes y chirriantes fueron arrastrados hasta el patio del castillo, de ellos descargaron pesados cofres y un montón de armas y los llevaron a la cámara de la torre. Fuera de las murallas se levantó de prisa un campamento de tiendas con velas de barco y alfombras extranjeras y muchas manos voluntariosas ayudaron a montar cerca y valla en torno a todos los caballos del señor Arn. Se llevaron animales jóvenes a sacrificar y los asadores encendieron sus fuegos. Y pronto se esparció por

Arnäs un promisorio aroma que anticipaba la noche que los esperaba.

Cuando Arn hubo saludado a todos los guardias, de los cuales algunos se resistieron a arrodillarse ante él, preguntó de repente por su padre con el rostro tenso, como si esperase recibir una triste noticia. Eskil contestó, hosco, que su padre ya no estaba en su sano juicio, que se mantenía encerrado arriba en la torre, y acto seguido Arn se dirigió de inmediato hacia la torre con pasos largos, extendiendo el manto blanco con la cruz roja como una vela a su alrededor, de modo que todo el que se cruzaba por su camino se apartaba con premura.

Arriba en el parapeto más alto encontró a su padre, con un aspecto lamentable pero con cara de felicidad. Estaba de pie junto al muro con un siervo como apoyo en el lado paralizado y un bastón grueso en su mano sana. Arn inclinó la cabeza con diligencia y besó la mano sana de su padre antes de tomarlo en sus brazos. El padre era ligero como un niño, el brazo sano estaba igual de delgado que el enfermo y olía a rancio. Arn permaneció así, sin saber qué decir, hasta que su padre se inclinó con gran esfuerzo y, sacudiendo la cabeza, le susurró:

—Los ángeles del Señor... alegrar... y el ternero engordado... sacrificar.

Arn oyó las palabras con toda claridad, y sentido no les faltaba, pues era evidente que se referían al relato de las Sagradas Escrituras sobre el regreso del hijo pródigo. Por tanto, no era cierto que su padre hubiese perdido la razón. Arn lo levantó aliviado en sus brazos y empezó a dar vueltas por el parapeto, intentando comprender cómo vivía allí arriba. Al ver el oscuro cuarto de la torre fue peor de lo que esperaba. Frunció el ceño al percibir el penetrante olor a orín y comida putrefacta, dio media vuelta y se dirigió hacia la escalera mientras le hablaba a su padre como a cualquier hombre en sus cabales, de una manera como hacía años que nadie le hablaba, y dijo que el señor de Arnäs no seguiría viviendo en una pocilga por más tiempo.

En la estrecha y sinuosa escalera se encontró con Eskil, que lo había seguido despacio, pues la escalera no estaba hecha para hombres de su tamaño y su tripa. Eskil tuvo que dar media vuelta, refunfuñando, y empezó a bajar delante de Arn, que llevaba a su padre como un bulto por encima de un hombro mientras iba diciendo con palabras severas todo lo que había que hacer.

Fuera, en el patio, Arn bajó a su padre y lo cogió en brazos, pues sería irrespetuoso seguir cargando con él como si fuera el producto de una cosecha, y Eskil ordenó a los siervos domésticos que fueran a buscar mesa y mantas y un sitial con tallas de dragón y lo llevaran todo a una de las cocinas más pequeñas del muro sur, que sólo se utilizaba en los grandes banquetes. Arn bramó que había que limpiar el cuarto de la torre de cabo a rabo y muchos pares de ojos sorprendidos siguieron el camino de los tres amos cruzando el patio del castillo.

El sitial con adornos draconianos fue llevado de inmediato a la cocina y Arn sentó sobre él a su progenitor con cariño, se hincó de rodillas, tomó la cara de su padre entre las manos, lo miró a los ojos y le dijo que sabía que hablaba con un padre que lo comprendía todo igual de bien que antes. Eskil permaneció tras él en silencio.



Pero el viejo señor Magnus parecía tan impresionado y respiraba con tanta agitación que corría peligro de volver a sufrir un ataque. Arn retiró las manos de la cara de su padre, se levantó, salió a zancadas al patio pasando de largo por delante de su confundido hermano y ordenó algo en un idioma que nadie podía comprender.

Pronto aparecieron dos de los extranjeros que habían estado en el séquito del señor Arn. Ambos vestían mantos oscuros y llevaban la cabeza envuelta con una tela azul, uno joven y el otro viejo, lo dos con ojos negros como ojos de cuervo.

—Estos dos hombres —dijo Arn despacio dirigiéndose a su hermano, pero también a su padre— se llaman... Abraham y José. Los dos son amigos míos de Tierra Santa. Los dos son maestros en el arte de la medicina.

Explicó algo en un idioma incomprensible a los dos hombres con ojos de cuervo, que asintieron conforme comprendían, y, con cuidado pero sin una reverencia exagerada, empezaron a examinar al señor Magnus. Estudiaron el blanco de sus ojos, escucharon su respiración y su corazón, golpearon con una pequeña maza su rodilla derecha, de modo que el pie dio una patada al aire, y luego hicieron lo mismo repetidas veces con la pierna izquierda pero logrando sólo una pequeña contracción que, a pesar de todo, parecía interesarles de forma especial. Después pasaron a levantar y dejar caer varias veces su débil brazo izquierdo mientras no dejaban de susurrar entre ellos.

Eskil, que permanecía detrás de Arn, se sentía confuso y dejado de lado al ver a dos extraños tratar al señor de Arnäs como si estuvieran examinando un niño siervo cualquiera. Pero Arn le hizo una señal indicando que todo estaba en orden y luego mantuvo una breve charla en susurros y en el idioma extraño, tras lo cual los dos médicos salieron sigilosos con profundas reverencias hacia Eskil.

—Abraham y José tienen buenas noticias —dijo Arn cuando él y Eskil se quedaron a solas—. Ahora mismo nuestro padre está demasiado cansado pero mañana empezará el trabajo de rehabilitación. Con la ayuda de Dios, nuestro padre volverá a caminar y a hablar.

Eskil no contestó. Era como si la gran alegría inicial de volver a ver a Arn ya hubiese sido turbada y como si se avergonzase un poco de parecer alguien que no cuidaba de su padre. Arn lo miró con detenimiento y pareció comprender esos sentimientos ocultos. De repente extendió los brazos y volvieron a abrazarse. Permanecieron así durante largo rato sin decir palabra.

Eskil, que parecía más incómodo por el silencio que Arn, murmuró al final que era un hermano pequeño bien delgado el que había acudido al banquete. Arn respondió, divertido, que le parecía poder ver que Eskil había sido muy capaz de mantener el hambre alejada de la puerta de Arnäs y que para nada era un mal seguidor de su antepasado, el canciller Folke *el Gordo*. Entonces Eskil se echó a reír y sacudió con fingida indignación a su hermano pequeño de un lado a otro, mientras Arn reía y se dejaba zarandear.

Cuando su alegría se calmó, Arn llevó a su hermano junto al padre, que

permanecía completamente quieto, con el brazo izquierdo colgando, sentado en su querido sitio de ornamentos draconianos. Arn se arrodilló y obligó a Eskil a bajar junto a él, de modo que sus cabezas quedaron muy juntas. Luego habló en tono normal y no como si le hablase a un hombre que había perdido el juicio:

—Sé que lo oís todo y lo comprendéis todo como antes, estimado padre. No tenéis que contestarme ahora porque, si os esforzáis demasiado, será peor. A partir de mañana empezará la rehabilitación y yo me sentaré con vos y os explicaré todo lo que sucedió en Tierra Santa. Pero ahora Eskil y yo nos vamos para que primero él pueda explicarme lo que ha sucedido aquí en casa, pues hay muchas cosas que ansío saber.

Luego los dos hermanos se levantaron y se inclinaron ante su padre, como solían hacer antes, y les pareció vislumbrar una leve sonrisa en su cara torcida, como las brasas de un fuego que estaba lejos de apagarse.

Al salir de la cocina, Eskil agarró a un siervo que pasaba por ahí y le ordenó que al señor Magnus se le llevara cama, agua y un orinal a la cocina y que se cubriese el suelo con ramas de abedul.

En el patio del castillo, la gente y los siervos corrían de un lado a otro con grandes prisas, ocupados en todo tipo de tareas con vistas a la imprevista fiesta de bienvenida que ahora había que preparar con urgencia mejor que cualquier banquete habitual de los que se celebraban en Arnäs. Pero quienes estaban cerca de los dos hermanos Folkung, que ahora se dirigían cogidos del brazo hacia el portón, se apartaban casi como atemorizados. Se decía que Eskil era el hombre más rico de Götaland Occidental y toda persona comprendía el respeto que había que tener ante el poder de la plata y el oro, aunque el propio Eskil resultaba para muchos más bien ridículo que temible. Pero a su lado caminaba ahora su hermano Arn, el guerrero desaparecido que los relatos habían hecho mucho más alto y ancho de lo que era en realidad. Aun así, todos comprendían por su modo de caminar, su cara marcada, su manera de llevar la espada y la cota de malla como si fuera su vestimenta habitual, que estaba claro que el otro poder acababa de llegar a Arnäs, el poder de la espada que la mayoría de la gente razonable temía mucho más que el poder de la plata.

Eskil y Arn salieron por el portón y se encaminaron hacia el campamento que estaban preparando todos esos hombres extranjeros que habían llegado en compañía de Arn. Éste explicó que sólo tendrían que saludar a los hombres que eran libres y no a sus siervos. Primero invitó a Harald Øysteinsson a que se acercase y le explicó a Eskil que ellos dos habían sido compañeros de lucha durante casi quince años. Cuando Eskil oyó el nombre noruego, frunció el ceño como si estuviese buscando algo en su memoria. Luego preguntó si era posible que Harald tuviese un pariente en Noruega con el mismo nombre, y cuando Harald lo confirmó y dijo que ese hombre era su abuelo y que su padre se había llamado Øystein Moyla, Eskil asintió con la cabeza, pensativo. Se apresuró a invitar a Harald al banquete que se celebraría por la noche en la casa principal y también remarcó que no faltaría suficiente cerveza nórdica, algo que creía que también alegraría a un pariente lejano. A Harald se le

iluminó el rostro y se deshizo en agradecimientos tan cálidos, casi como bendiciones, que también él se apartó rápidamente del tema de sus parientes.

Luego saludaron al viejo monje, el hermano Guilbert, cuya corona de pelo era completamente blanca y cuya cabeza reluciente mostraba que ya no tenía que molestarse en afeitarse la tonsura. Arn explicó brevemente que el padre Guillaume de Varnhem había dado al hermano Guilbert un permiso mientras trabajase para Arnäs. Eskil se llevó una sorpresa al darle la mano al monje y sentir un puño tan áspero y con la misma fuerza de un herrero.

En el séquito de Arn no había más hombres que hablasen nórdico y a Eskil le costó comprender los nombres extraños que Arn iba recitando ante los hombres que se iban inclinando, en un idioma que a oídos de Eskil a veces parecía franco y a veces algo completamente diferente.

Sin embargo, Arn quiso prestar una especial atención a dos hombres con pieles oscuras que portaban cruces doradas colgando del cuello. Se llamaban Marcus y Jacob Wachtian, explicó Arn, y añadió que serían de gran provecho tanto en lo importante que se fuese a realizar como en los pequeños negocios.

La idea de unos buenos comerciantes animó a Eskil pero por lo demás se empezaba a sentir a disgusto entre todos aquellos extraños cuyo idioma no comprendía pero cuyos rostros sospechaba que podía interpretar demasiado bien. Se le ocurrió que estaban diciendo cosas no demasiado respetuosas acerca de su enorme vientre.

Arn pronto se dio cuenta del desconcierto de Eskil, de modo que despachó a todos los hombres que los rodeaban y re condujo a su hermano de vuelta al patio del castillo. Al entrar por el portón, de repente se puso serio y pidió que pudieran verse pronto a solas en la torre, en la tesorería, para mantener una conversación sólo para sus oídos. Pero primero debía ocuparse de una nimiedad que sería muy molesta olvidar antes del banquete. Eskil asintió un poco desconcertado y se encaminó hacia la torre.

Arn se dirigió con largos pasos hacia las cocinas grandes hechas de tejas, que seguían allí donde él había ayudado a construirlas de joven y anotó con satisfacción que aquí y allá habían sido reforzadas y que en absoluto se habían deteriorado.

Como había esperado, en el interior encontró a Erika Joarsdotter vestida con un largo delantal de cuero sobre un sencillo camisón de lino pero completamente ocupada como en una batalla al mando de una caballería compuesta por siervas domésticas y criadas. Al verlo se apresuró a dejar una gran fuente con hortalizas humeantes y se le lanzó por segunda vez al cuello. Esta vez dejó que lo hiciera sin avergonzarse, pues allí dentro sólo había mujeres.

—¿Sabes, mi queridísimo Arn? —dijo Erika con su voz algo difícil de entender que salía tanto por la nariz como por la boca y que Arn llevaba mucho tiempo sin oír —, cuando llegaste aquí una vez le di las gracias a la Virgen por haber enviado un ángel a Arnäs. Y aquí estás de nuevo, con un manto blanco y camisola con la marca

de Nuestro Señor, ¡realmente como un ángel luchador al servicio del Señor!

—Lo que el ser humano ve y lo que ve Dios no es siempre lo mismo —murmuró Arn, incómodo—. Tenemos mucho de lo que hablar tú y yo, y lo haremos, puedes estar segura. Pero ahora mismo me espera mi hermano y sólo quiero pedirte un pequeño favor para esta noche.

Erika abrió con alegría los brazos y comentó algo de cualquier favor para la noche, de una manera desvergonzada que Arn no creyó comprender del todo pero que hizo que el resto de las mujeres se echaran a reír de forma poco disimulada en mitad de todo el alboroto de la cocina. Arn fingió no darse cuenta, aunque sólo lo hubiese comprendido a medias, y pidió rápidamente que en el pequeño banquete de fuera, en las tiendas, se sirviese carne de cordero, ternera y ciervo, pero nada de puerco, ni del tipo salvaje ni del más grasiento y manso. Puesto que su demanda primero pareció difícil de comprender, se apresuró a añadir que en Tierra Santa, de donde procedían los huéspedes, no existía la carne de puerco, y que todos los de allá seguramente preferirían degustar la carne de cordero. También pidió que, además de cerveza, se sirviesen grandes cantidades de agua fresca para acompañar la comida.

Estaba claro que Erika Joarsdotter encontraba esta petición de lo más curiosa. Permaneció quieta y pensativa durante un rato, con las mejillas rojas por la cocina y sin aliento a causa del ajetreo, de modo que su pecho se movía arriba y abajo. Luego prometió que se encargaría de que todo fuese tal como Arn exigía y se fue corriendo para organizar una nueva matanza y nuevos asadores.

Arn se dirigió rápidamente hacia la torre cuyo portón de abajo vigilaban dos guardias que miraban como petrificados su manto blanco y su camisola a medida que se acercaba. Pero esta mirada, en hombres que veían acercarse a un templario, era algo que Arn había aprendido a considerar habitual desde hacía muchos años.

Encontró a su hermano algo impaciente arriba, en la tesorería, y sin explicación alguna se quitó el manto blanco y la camisola, y dobló ambas prendas según prescribía la Sagrada Norma. Las colocó con cuidado sobre un taburete, se sentó y le pidió con un gesto a Eskil que también se sentara.

—Desde luego eres un hombre acostumbrado a dar órdenes —murmuró Eskil en una mezcla de broma e irritación.

—Sí, he estado al mando en la guerra durante muchos años y cuesta acostumbrarse a la paz —contestó Arn, santiguándose, y pareció estar rezando una oración para sí mismo antes de proseguir—. Eres mi querido hermano mayor; yo soy tu querido hermano menor. Nuestra amistad no se ha roto nunca, para ambos la carencia ha sido grande. No he regresado a casa para dar órdenes; he vuelto a casa para servir.

—Todavía pareces un danés cuando hablas, o tal vez más bien un cura danés. No creo que debamos exagerar en eso de servir, pues eres mi hermano —contestó Eskil bromeando con un exagerado gesto de bienvenida por encima de la mesa.

—Ha llegado el momento que más he temido al pensar durante tanto tiempo en

mi regreso a casa —continuó Arn, manteniendo la seriedad como para demostrar que en ese preciso momento no aceptaba la invitación de la broma. Eskil se resignó de inmediato.

—Sé que nuestro amigo de la infancia Knut es rey, sé que el hermano de nuestro padre Birger Brosa es canciller, sé que ha habido paz en el reino durante muchos años. Así que vayamos ahora a lo que no sé...

—De todos modos sabes lo más importante, pero ¿dónde encontraste esa información en tu largo viaje? —lo interrumpió Eskil, que parecía sinceramente intrigado.

—Vengo desde Varnhem —respondió Arn, taciturno—. Primero teníamos la intención de subir navegando todo el camino hasta los embarcaderos pero no logramos pasar por las cascadas de los Trolls, pues nuestro barco era demasiado grande...

—¡Así que eras tú el que venía en una nave con cruces en las velas!

—Sí, es una nave templaría, con capacidad para albergar una gran carga; seguro que será de provecho, pero ya hablaremos de eso más tarde. De modo que nos vimos obligados a venir por tierra desde Lödöse y entonces encontré oportuno realizar una parada en Varnhem. De allí traigo información y a mi amigo el hermano Guilbert y esos caballos que has visto fuera, en la cerca. Ahora, mi pregunta: ¿está viva Cecilia Algotsdotter?

Eskil miró sorprendido a su hermano pequeño, que realmente parecía estar angustiado ante la respuesta, agarrando con fuerza la tabla de la mesa con sus dos manos marcadas y tenso como si esperase un latigazo. Cuando Eskil se recuperó de su sorpresa ante esta inesperada pregunta en esos momentos en los que había tanto importante de lo que hablar, se echó a reír. Pero la mirada ardiente de Arn lo hizo cubrirse rápidamente la boca con una mano, carraspeó y recuperó pronto la seriedad.

—¿Preguntas antes que nada por Cecilia Algotsdotter?

—Tengo otras preguntas igual de importantes para mí, pero primero ésta.

—Bueno, pues entonces... —dijo Eskil con un suspiro retardando un poco su respuesta y sonriendo de un modo que le recordó a Arn la imagen que tenía de Birger Brosa en su juventud—. Bueno, pues... Cecilia Algotsdotter está viva.

—¿Está soltera, ha pronunciado los votos de convento?

—Está soltera y es *yconoma* en el convento de Riseberga.

—De modo que no ha hecho los votos, se encarga de los negocios del convento. Bien, ¿dónde está Riseberga?

—A tres días a caballo, pero no debes ir allá —dijo Eskil en tono de broma.

—¿Por qué no? ¿Acaso hay enemigos?

—No, desde luego que no. Pero la reina Blanka ha pasado allí algún tiempo y ahora está de camino a Näs, que es el castillo del rey...

—¡Recuerda que he estado allí!

—Sí, claro, es cierto. Cuando el rey Knut mató a Karl Sverkersson, son cosas que

uno preferiría olvidar aunque no debiera. Bueno, lo que pasa es que la reina Blanka está de camino a Näs y estoy seguro de que Cecilia la acompaña. Esas dos son tan inseparables como el barro y la paja. ¡Oye, tranquilízate y no me mires de esa manera!

—¡Estoy tranquilo! Completamente tranquilo.

—Sí, ya lo veo, está claro. Entonces sigue escuchando con calma. Dentro de dos días voy a ir de concilio a Näs para ver al rey, al canciller y a un montón de obispos. Creo que todo el mundo en Näs se llevaría una alegría si tú vinieses conmigo.

Arn había caído de rodillas y había juntado las manos en oración y Eskil no halló motivo alguno para interrumpirlo, aunque le resultaban muy extrañas esas constantes genuflexiones. En lugar de eso se levantó, pensativo, como si estuviese paladeando una idea, hizo un gesto de asentimiento para sí mismo y se dirigió sigilosamente hacia la escalera que llevaba a la sala de armas. Lo que iba a buscar era algo que podía hacerse tanto ahora como más tarde, pues ya se había decidido.

Al regresar arriba, jadeando por la escalera sin que Arn se dejase interrumpir, volvió a sentarse de nuevo para esperar hasta que decidió que el murmullo de la oración ya duraba demasiado y carraspeó.

Pronto Arn se levantó con una luz de felicidad en los ojos que a Eskil le pareció más infantil de lo que podía resultar razonable. Además, le parecía que esa cara de bobo correspondía poco a un hombre que vestía una valiosa cota de malla desde la cabeza hasta el calzado reforzado en acero con espuelas de oro.

—¡Toma! —dijo Eskil tendiéndole una camisola a su hermano—. Si te empeñas en llevar ropas de guerrero, son éstos los colores que deberás honrar a partir de ahora.

Arn desplegó la camisola sin decir una palabra y durante un rato contempló el león rampante de los Folkung sobre tres ríos y asintió con la cabeza como para sí antes de enfundarse la prenda con un movimiento ágil. Eskil se puso de pie con un manto azul en las manos y rodeó la mesa. Miró a Arn a los ojos durante unos instantes con gravedad, y luego colgó el manto de los Folkung sobre sus hombros.

—Bien venido por segunda vez. No sólo a Arnäs, sino también a nuestros colores —dijo.

Cuando Eskil quiso abrazar ahora a modo de ratificación a su hermano, a quien con tanta ligereza había readmitido en la familia y en el derecho a herencia, Arn volvió a agacharse en oración. Eskil suspiró pero pudo ver cómo Arn apartaba con gesto acostumbrado el manto de su lado izquierdo para que la espada no se enredara. Era como si en todo momento estuviese dispuesto a levantarse con la espada alzada.

Sin embargo, esta vez Arn no estuvo tanto rato ensimismado en su oración, y al ponerse en pie fue él quien abrazó a Eskil.

—Recuerdo la ley acerca de peregrinos y penitentes, y comprendo lo que has hecho. Juro por el honor de un templario que siempre honraré estos colores —declaró Arn.

—Por mí podrías jurarlo como un Folkung, es de preferir que sea así —contestó

Eskil.

—¡Claro, ahora sí que puedo hacerlo! —dijo Arn, riendo, mientras extendía el manto de los Folkung con los brazos como si imitase una ave rapaz, y ambos rieron juntos.

—¡Y ahora, que se nos lleve el diablo si no ha llegado ya la hora de tomar una primera cerveza en mucho tiempo entre dos hermanos que visten el color azul! —bramó Eskil con fuerza pero arrepintiéndose de inmediato al ver cómo reaccionaba Arn ante el lenguaje blasfemo. Para hacer que pasase rápidamente la embarazosa situación, se levantó y se acercó a una saetera que daba al patio y berreó algo que Arn no pudo oír pero que suponía que se refería a la cerveza.

—Ahora pasemos a mi siguiente pregunta —dijo Arn—. Disculpa mi egoísmo cuando hay otras cosas más importantes tanto para nuestro país como para Arnäs, pero aun así ésta es mi siguiente pregunta. Cuando marché en mi viaje de penitencia, Cecilia Algotdotter esperaba un hijo mío...

Era como si Arn no se atreviese a completar la frase. Eskil, que sabía que de todos modos tenía buenas noticias que darle, retrasó su respuesta diciendo que tenía la garganta demasiado seca para hablar de eso antes de recibir su cerveza. Se levantó, impaciente, se acercó por segunda vez a la saetera y berreó de nuevo algo que Arn ahora estaba seguro de que se refería a la cerveza. No había sido necesario porque se oían pasos apresurados de pies descalzos por la tortuosa escalera de la torre. Pronto hubo dos jarras de madera frente a los hermanos, y la niña que las había llevado desapareció como un fantasma.

Ambos alzaron las jarras. Eskil bebió durante mucho más rato y de forma más varonil que Arn, algo que no sorprendió a ninguno de los dos.

—Bueno, pues te diré cómo está ese asunto —dijo Eskil arrimándose a la mesa, subiéndola una rodilla y apoyando la jarra de cerveza sobre ella—. Por lo que se refiere a tu hijo, pues...

—¡Mi hijo! —interrumpió Arn.

—Sí, tu hijo. Su nombre es Magnus. Ha crecido en casa del hermano de su abuelo, Birger Brosa. No ha tomado tu nombre ni tampoco el nombre Birgeresson. Se hace llamar Magnus Månesköld, «Escudo de luna», y en el escudo lleva dibujada una luna junto a nuestro león. Ha sido presentado ante el linaje en el concilio y es, por tanto, un auténtico Folkung. Sabe que es hijo tuyo y ha estado practicando para ser el mejor arquero de todo Götaland Oriental, pues ha oído que en eso tú eres excepcional. ¿Qué más quieres saber acerca de él?

—¿Cómo puede saber algo acerca de mi tiro con arco, acaso sabe también quién es su madre? —preguntó Arn, confuso y excitado a la vez.

—Querido hermano, se cantan canciones acerca de ti y también se explican cuentos. Una parte viene del concilio de todos los godos y de aquella vez que venciste en el desafío contra... ¿cómo se llamaba?

—Emund Ulvbane.

—Justo, así era como se llamaba, sí. Y también los monjes han contado alguna que otra cosa, como cuando dirigiste a veinte mil templarios hacia una brillante victoria en el monte de los Guisos, donde cien mil infieles cayeron bajo vuestras espadas, por no hablar de...

—¡El monte de los Guisos! ¿En Tierra Santa?

De repente Arn se echó a reír con unas carcajadas que no podía evitar. Repetía para sí mismo las palabras monte de los Guisos y se reía todavía más, alzó su jarra de cerveza hacia Eskil e intentó beber como un hombre pero se atragantó de inmediato. Al secarse la boca pensó durante un rato y se le iluminó el rostro.

—Mont Gisar —dijo—. Aquella batalla fue en Mont Gisar y fuimos cuatrocientos templarios frente a quince mil sarracenos.

—Bueno, eso tampoco está nada mal —comentó Eskil con una sonrisa—. Era verdad, y que la verdad adquiriera más brillo en canciones y cuentos pues tampoco tiene nada de malo. ¿Pero por dónde íbamos? ¡Ah, sí! Magnus sabe quién eres por esas leyendas y por eso siempre está practicando con el arco. Eso por una parte. Lo segundo es que conoce a su madre Cecilia, y se llevan muy bien.

—¿Dónde vive?

—Con Birger Brosa, en Bjälbo. Creció con Birger y Brígida. Sí, es verdad, no conoces a Brígida, es hija del rey Harald Gille y todavía habla como un noruego, al igual que tú hablas como un danés. ¡Bueno! Durante muchos años vivió en Bjälbo como si fuera hijo suyo y él mismo creía que así era. Ahora pasa por hermanastro de Birger y de ahí lo de la luna en el escudo en lugar del lirio de Birger. ¿Qué más quieres saber?

—Supongo que piensas que debería haber empezado a preguntar por otro lado, pero espero que me perdones. Primero te vi a ti, luego a nuestro padre Magnus y ya no necesitaba preguntar acerca de lo que era más cercano y más obvio. Pero a lo largo de todas las guerras, antes de cada batalla, recé por Cecilia y por la criatura que no conocía. Durante todo este largo viaje por los mares casi no pensaba en otra cosa. Cuéntame ahora acerca de ti y de los tuyos y acerca de padre y de Erika Joarsdotter.

—¡Bien dicho, querido hermano! —exclamó Eskil, chasqueando la lengua al retirar la boca de la jarra como si se tratase del vino más dulce—. Sabes elegir bien tus palabras y puede que ese don te sea de provecho cuando se trate de engatusar a la panda de obispos que forman parte del consejo del rey. Pero recuerda ahora que soy hermano tuyo y que siempre nos hemos llevado bien y Dios quiera que siga siendo siempre así. A mí no me engatuses, sino háblame como aquel que soy, ¡tu hermano! —Arn levantó su jarra en señal de asentimiento.

Luego Eskil se explicó con brevedad, lo que justificó diciendo que, como había tanto que decir tras tantos años, si lo hiciese bien tardaría toda la noche. Sin embargo, no les faltaría tiempo una vez hubiese pasado el banquete de la noche.

Acerca de sí mismo explicó que tenía sólo un hijo, Torgils, que tenía diecisiete años y que ahora estaba aprendiendo para ingresar en la guardia del rey. También



tenía dos hijas, Beata y Sigrid, las dos bien casadas en Svealand con el linaje de la reina Blanka, pero que todavía no habían dado a luz varones. Por su parte no se podía quejar. Dios había sido bueno con él. Formaba parte del consejo del rey y era responsable del comercio exterior. A esas alturas hablaba el idioma de Lübeck y había viajado personalmente dos veces allí para cerrar tratos con Enrique *el León* de Sajonia. Desde las tierras de los svear y los godos se comerciaba con hierro, lana, cuero y mantequilla, pero sobre todo con pescado en salazón que se pescaba y se preparaba en Noruega. De Lübeck, los barcos traían acero, especias y telas, hilo de plata y de oro, y plata contante y sonante como pago por el pescado. No era en absoluto despreciable la riqueza que se había introducido en el país gracias a este comercio y la parte de Eskil no era una nimiedad, pues sólo él comerciaba con las salazones de pescado entre Noruega, las dos tierras Gota, Svealand y Lübeck. Seguro que ahora Arnäs era el doble de rico que cuando Arn partió.

Eskil se animaba cuando hablaba de sus negocios. Estaba acostumbrado a que los oyentes se cansaran en seguida y a que quisieran cambiar de tema de conversación. Pero tras haber fanfarroneado mucho más de lo habitual sin que se le interrumpiese, se alegró y se sorprendió por el hecho de que su hermano pareciera tan interesado, como si comprendiese todo lo referente a los negocios. Casi empezó a sospechar de la atención de Arn, por lo que le hizo muchas preguntas para ver si su hermano realmente lo seguía o si estaba soñando con otras cosas a la vez que hacía ver que estaba atento.

Pero Arn recordaba cómo una vez, cuando iban de camino al concilio de todos los godos, que tan mal acabó para el luchador del bando Sverker pero tan bien para los Folkung, ya habían hablado acerca de que se deberían transportar en grandes cantidades las salazones desde Lofoten, en Noruega. De modo que eso se había hecho realidad.

Arn opinaba que eso era una muy buena noticia, al igual que veía muy inteligente cobrar el pescado en plata y no en cosas que tenían valor sólo para los vanidosos. Sin embargo, preguntó cómo podía resultar el negocio de transportar hierro hasta Lübeck y acero de vuelta, en lugar de fabricar el acero con el hierro que ya se tenía.

Eskil se alegró mucho con la inesperada comprensión de su hermano, que no había llegado a manifestar aquella vez que viajó a Tierra Santa, aunque seguramente ambos habían heredado sus cabezas de su madre Sigrid. Pero la cerveza de Eskil se había acabado, se levantó de nuevo hacia la saetera y berreó una orden mientras Arn a sus espaldas le pasaba la mitad de la cerveza a su sediento hermano.

Esta vez había un siervo doméstico esperando abajo en la puerta de la torre con más cerveza y dos nuevas jarras aparecieron rápidas como un rayo.

Cuando bebieron de nuevo y la jarra medio llena de Eskil fue retirada sin que se percatase de ello, haciendo que Arn se sintiese infantilmente satisfecho por haberse salido con la suya, ya habían perdido el hilo de la conversación. Los dos vieron la situación del otro y ambos intentaron tomar la palabra al unísono.

—Nuestro padre y Erika Joarsdotter... —dijo Eskil.

—¡Comprenderás que pretendo beber la cerveza nupcial con Cecilia! —dijo Arn a la vez.

—¡Eso no lo decides tú! —repuso Eskil con brusquedad, pero se arrepintió de inmediato e hizo un gesto con la mano como queriendo ahuyentar sus palabras.

—¿Por qué no? —preguntó Arn en voz baja.

Eskil suspiró. No existía posibilidad de eludir la pregunta de su hermano, por mucho que habría deseado dejar ésa y muchas otras cuestiones para el día siguiente.

—Ahora que has vuelto a casa, y que Dios bendiga tu regreso, que para todos es una alegría enorme, el tablero de juego cambia por completo —contestó Eskil rápidamente y en tono un poco bajo, como si hablase acerca de los negocios del pescado en salazón—. El concilio del linaje es el que decide, pero si no me equivoco, nuestro Birger Brosa dirá que contraigas matrimonio con Ingrid Ylva. Es hija de Sune Sik y, por tanto, tiene a Karl Sverkersson como abuelo, es decir, el rey Karl.

—¿Se supone que tendría que beber la cerveza nupcial con una mujer cuyo tío ayudé a asesinar? —exclamó Arn.

—Precisamente eso es lo bueno de la idea, las heridas y las disputas deben sanarse por el bien de la paz y es mejor que suceda en el lecho nupcial que con la espada. Así es como pensamos. En la paz, el miembro del hombre es más fuerte que la espada del hombre. De ahí Ingrid Ylva.

—¿Y si prefiero la espada del hombre?

—No creo que nadie quiera intercambiar golpes contigo y tú tampoco lo crees. Tu hijo Magnus está en edad de casarse, al igual que ella. Tendrá que ser uno de vosotros, pero eso también depende de cuánta plata sea necesaria. No, no te preocupes por eso, hermano, el regalo matutino lo aportaremos desde Arnäs.

—Yo mismo aportaré el regalo matutino. No había pensado en nada exagerado, sólo Forsvik, tal como una vez se acordó cuando Cecilia y yo celebramos la cerveza de compromiso. Hay que ser fiel a los acuerdos —respondió rápidamente Arn en tono bajo, sin que su rostro manifestara lo que sentía, aunque su hermano bien debía de saberlo.

—Si me pides Forsvik, me costará decirte que no. Una primera tarde como ésta no puedo decir que no a nada de lo que me pidas —explicó Eskil con el mismo tono de voz que antes, como si estuvieran conversando dos experimentados hombres de negocios—. Pero aun así te pediría que esperases a solicitarme algo así. Es nuestro primer día y nuestra primera noche juntos después de tantos años...

Arn no respondió, sino que parecía estar reflexionando acerca del negocio. De repente se enderezó y sacó tres llaves que llevaba colgadas de una cinta de cuero en torno al cuello y se acercó a los tres pesados cofres que habían sido lo primero en descargar y subir a la torre desde su caravana. Cuando con rapidez hubo abierto un cofre detrás de otro, una fuerte luz dorada se esparció por la habitación en la que ahora el sol entraba por la saetera occidental.

Eskil se irguió despacio y rodeó la mesa con la jarra de cerveza en la mano. Para alegría y sorpresa de Arn, no parecía avaricioso al contemplar el oro.

—¿Sabes cuánto es eso? —preguntó Eskil como si continuase hablando de pescado en salazón.

—No, no según nuestra forma de contar —contestó Arn—. Son unos treinta mil besantes o dinares de oro, según el modo franco de contar. Tal vez tres mil marcos a nuestro modo.

—¿Y no lo has obtenido de forma ilegítima?

—No, no lo he obtenido de forma ilegítima.

—Entonces puedes comprarte Dinamarca.

—Ésa no es mi intención. Tengo mejores compras que hacer.

Arn cerró despacio los tres cofres, los cerró con llave y luego lanzó las tres llaves delante de su hermano, de modo que se deslizaron por la mesa pero se detuvieron justo enfrente del sitio de Eskil. Acto seguido regresó a su taburete e invitó con el brazo a su hermano a que se sentase de nuevo. Eskil lo hizo en un silencio pensativo.

—Tengo tres cofres y tres ideas —anunció Arn tras haber bebido de la cerveza y haber brindado—. Mis tres ideas son sencillas. Como ocurre con todo lo demás, te explicaré más cuando tengamos más tiempo. Pero primero quiero construir la iglesia de Forshem en piedra y con las imágenes más hermosas que se puedan tallar en piedra en Götaland Occidental. Luego, o más bien a la vez, quiero construir un Arnäs tan fuerte que nadie del Norte pueda tomarlo. Y yo y esos hombres que han viajado conmigo sabemos cómo construirlo de ese modo que por aquí arriba todavía no se conoce. Y el tercer cofre que queda lo compartiré encantado con mi hermano... después de haber comprado Forsvik, claro.

—Los parientes de Cecilia Algotsdotter lo tendrán difícil para ofrecer una buena dote para un hombre tan rico y, por cierto, su padre está muerto, comió hasta quedar ciego y paralizado en la cerveza de Navidad del año pasado.

—En paz descanse su alma. Pero Cecilia sólo necesita una dote tan grande como el valor de Forsvik.

—Tampoco eso puede pagarlo —contestó Eskil, pero con una pequeña sonrisa que demostraba que tampoco sería tan quisquilloso con el dinero en ese negocio.

—Seguro que lo tiene. Por Forsvik no tiene que pagar más de cuatro o cinco marcos de oro, y yo sé tan bien como tú de dónde puede sacar una cantidad así de pequeña —respondió Arn rápidamente.

Eskil ya no fue capaz de aguantar más y estalló en una carcajada estrepitosa derramando cerveza de su jarra.

—¡Mi hermano! ¡Mi hermano, sin duda mi hermano! —resopló y volvió a hundirse en su cerveza antes de continuar—. Pensaba que a Arnäs había llegado un guerrero, pero eres un hombre de negocios que es mi igual. ¡Bebamos por eso!

—Soy tu igual porque soy tu hermano —repuso Arn al bajar su jarra tras haber fingido beber—. Pero también soy un templario. Nosotros los templarios hacemos

muchos negocios en los que intercambiamos los bienes más extraños, y ese tipo de negocios los hacemos con el mismísimo diablo e incluso con hombres del Norte.

Eskil se rió estando conforme en todo y parecía como si necesitase más cerveza pero se arrepintió al mirar por la saetera que daba al oeste y ver la luz que se apagaba.

—No creo que se celebre un buen banquete sin nosotros dos —murmuró.

Arn asintió con la cabeza y dijo que le gustaría poder pasar un rato por los baños y que también debería ir a buscar a aquel de sus hombres que mejor manejaba el cuchillo del pelo. Uno no podía ir por ahí con un manto de Folkung apestando como con un manto templario. Ahora había empezado una nueva vida, y desde luego no había empezado nada mal.

Para los hermanos Marcus y Jacob Wachtian, la llegada a Arnäs fue toda una decepción. Jamás habían visto un castillo peor y Marcus, que era el más bromista de los dos, comentó que un hombre como el conde Raimundo de Trípoli habría tomado una fortaleza como ésa en menos tiempo de lo que dura un descanso de soldados y caballos durante una dura marcha. Jacob, sin esbozar una sonrisa, había replicado que seguramente un hombre como Saladino habría pasado de largo, pues ni siquiera se habría dado cuenta de que se trataba de una fortaleza. Si ese trabajo tan grande e importante del que había hablado sir Arn consistía en convertir una choza como ésa en una buena fortaleza, desde luego se trataría de un trabajo más duro para el físico que para el intelecto.

Claro que era cierto que tampoco tuvieron elección cuando sir Arn les sacó las castañas del fuego tras la caída de Jerusalén. La ola de euforia por el triunfo que recorrió Damasco hizo que pronto la ciudad se volviese insoportable para los cristianos, por muy buenos artesanos y comerciantes que fueran. Y durante la huida hacia San Juan de Acre se habían encontrado demasiadas veces con cristianos que sabían que esos hermanos habían estado al servicio de los infieles. También los habían desvalijado y aunque hubiesen logrado alcanzar la última ciudad cristiana del reino de Jerusalén, no habrían tardado mucho en ser reconocidos de nuevo por alguien. En el peor de los casos, habrían acabado en la horca o en la hoguera. Y en los tiempos que corrían, sus tierras nativas en Armenia estaban siendo devastadas por salvajes turcos, de modo que viajar allí habría sido incluso más arriesgado que el viaje a San Juan de Acre.

Aquella vez en que se detuvieron sin esperanza a un lado del camino a rezar sus últimas oraciones a la Madre de Dios y a san Sebastián por una increíble salvación, en lo más profundo de su interior no creían que nada de eso les fuese a suceder.

En ese momento de desesperación los encontró sir Arn. Iba con un pequeño séquito desde Damasco y cabalgaba como por arte de magia, sin miedo, a pesar de que la zona estaba infestada de bandoleros sarracenos, como si el manto blanco templario lo fuese a proteger contra cualquier mal. Los había reconocido de inmediato por sus comercios y talleres de Damasco, algo que en aquel momento parecía incomprensible, pues ningún templario debería haber salido con vida de

Damasco. Pronto les ofreció su protección a cambio de que entraran a su servicio por un período no inferior a cinco años y de que además lo acompañaran a sus tierras natales en el norte.

Los hermanos no habían tenido elección. Y de ninguna de las maneras sir Arn les había prometido nada que no fuese un viaje duro y peligroso y, una vez alcanzaran su destino, trabajo arduo e incluso sucio al principio. Aun así, lo que habían tenido tiempo de ver del atraso de este país norteño dejado de la mano de Dios era peor de lo que habían podido imaginar incluso en sus momentos más oscuros y agitados en alta mar.

Pero fuera como fuese, en estos momentos no tenían posibilidad alguna de romper el compromiso. Por tanto, los esperaban cuatro años oscuros, difíciles y mugrientos, si es que se podía descontar el año que había durado el viaje. Su contrato no estaba nada claro en este aspecto.

Habían logrado poner un poco de orden en el campamento en el exterior del muro bajo y frágil. Para hacerlo más sencillo habían dividido el campamento en dos mitades, de modo que los musulmanes disponían de una parte para ellos y los cristianos de la otra. Era cierto que todos habían convivido en un pequeño barco durante más de un año pero, puesto que las horas de oración eran diferentes, se producían muchos tropezones en mitad de la noche cuando los musulmanes se levantaban para rezar y los cristianos seguían durmiendo, y a la inversa.

Desde la parte superior del castillo habían bajado mujeres jóvenes cargadas con vellones que los huéspedes forasteros habían acogido en un primer momento con gran alegría, pues ya habían aprendido lo frías que eran las noches en el Norte. No obstante, pronto alguien descubrió que los cálidos y acogedores vellones estaban llenos de piojos, y riéndose de las blasfemias y de las bromas groseras, fieles e infieles pasaron un largo rato riendo juntos, intentando sacudir los insectos de los pellejos.

Resultaba chocante, sin embargo, cómo las jóvenes mujeres, algunas de ellas muy hermosas, se acercaban sin vergüenza alguna a los hombres extraños, con el pelo descubierto y los brazos desnudos. Uno de los arqueros ingleses había intentado pellizcar medio en broma el trasero de una joven pelirroja pero ésta no se había asustado en absoluto, sino que había dado un salto, ágil como una gacela, evitando por la fuerza de la costumbre las burdas manos que se alargaban tras ella.

Luego los dos médicos infieles reprendieron al arquero en un idioma que, de todos modos, él no comprendía. Los hermanos Wachtian habían estado más que dispuestos a traducir y a darles la razón, y pronto todos los del campamento estuvieron de acuerdo en que en un país tan extraño y raro como éste sería mejor andarse con cuidado al principio, sobre todo con las mujeres, hasta que hubiesen aprendido lo que estaba bien o mal y lo que era legal o ilegal. Si es que esa gente salvaje tenía leyes...

Por la tarde, justo antes de la hora de oración, sir Arn bajó solo al campamento.

En un primer momento nadie lo reconoció, pues parecía mucho más pequeño. Se había quitado el manto de templario y la camisola y en su lugar llevaba ahora unas ropas azules un poco desteñidas que colgaban de su delgado cuerpo. Además, se había afeitado la barba, de modo que su cara era de color marrón como el resto de la piel en el centro y pálida alrededor y parecía a la vez un hombre y un niño, aunque las cicatrices de guerra en la cara se veían ahora con mayor claridad que cuando llevaba barba.

Pero sir Arn reunió a los hombres con la misma confianza con que lo había hecho a lo largo de todo el viaje y pronto todos lo rodearon en silencio. Habló como siempre primero en el idioma de los sarracenos, del que la mayoría de los cristianos no entendían demasiado.

—En nombre del Misericordioso, queridos hermanos —empezó—, sois todos invitados míos, fieles e infieles, y habéis hecho conmigo un largo camino para construir la paz y la felicidad, de lo cual no había en Outremer. Estáis ahora en un país extraño con muchas costumbres extrañas que mancillarían vuestro honor. Por eso, esta tarde, después de la oración, celebraremos dos fiestas de bienvenida, una aquí en las tiendas y otra arriba en la casa. Arriba se consumirá mucho de lo que el Profeta, la paz sea con él, condenaba. Aquí abajo en las tiendas, tenéis mi palabra de emir, no se servirá nada impuro en las bandejas. Cuando os traigan la comida debéis bendecirla en el nombre de Dios, quien todo lo ve y todo lo oye, y debéis disfrutar de ella sin preocuparos.

Como solía hacer, acto seguido repetía casi las mismas palabras en el idioma franco, pero con las palabras adecuadas para el Dios cristiano y sin mencionar a ningún profeta. Marcus y Jacob, que hablaban árabe y cuatro o cinco idiomas más, se sonrieron mutuamente al oír la acostumbrada versión un tanto diferente en el idioma franco.

Luego, sir Arn pidió que se trajese un tonel de vino, llamó a los cristianos y acto seguido se hicieron reverencias antes de separarse e ir cada uno a la fiesta correspondiente.

Los huéspedes cristianos caminaron en procesión hacia la casa principal y a medio camino fueron recibidos por un grupo de seis hombres armados que los rodearon a modo de guardia de honor.

En la puerta de la oscura y temible casa de troncos con tejado de hierba los esperaba una mujer con un vestido rojo brillante que bien podría haber sido de Outremer. Lucía un grueso cinturón de oro con piedras azules, y sobre los hombros, un manto azul del mismo tipo que ahora vestía Arn. Sobre la cabeza llevaba una pequeña capucha pero ésta no ocultaba en absoluto su larga melena, que colgaba en una gruesa trenza sobre la espalda.

Alzó un pan entre las manos, llamó a una mujer del servicio, que se acercó con un cuenco cuyo contenido nadie podía ver, y pronunció una bendición.

Sir Arn se volvió y les tradujo a todos que eran bienvenidos en el nombre de Dios

y que quien entrase debía tocar primero el pan con la mano derecha y luego hundir un dedo de esa misma mano en el cuenco con sal.

Para Harald Øysteinsson, que iba el primero de los invitados cristianos, todavía vestido con la camisola negra y el manto negro de templario, esta costumbre no le era desconocida. Marcus y Jacob, que siguieron a su amigo «Aral d’Austin» —que era como a veces en broma pronunciaban su nombre en idioma franco sin que él se lo tomara a mal—, hicieron lo mismo mientras susurraban con aparente gravedad hacia los que estaban detrás en la cola que la sal quemaba como el fuego y que tal vez estuviese embrujada. Por eso los que siguieron hundían su dedo en la sal de prisa y con cuidado.

Pero al entrar en la larga sala, los hermanos Wachtian se sintieron presa de una sensación como de encantamiento. Apenas había ventanas y todo habría sido completamente oscuro si no hubiese sido por la gran hoguera de troncos que había en una de las paredes cortas de la sala, por las antorchas de brea que ardían en los soportes de hierro colgados a lo largo de las paredes y por las velas de cera situadas sobre la gran mesa que se extendía a lo largo de una de las paredes. Se les llenaron las fosas nasales de olor a humo, brea y fritura.

Sir Arn situó a sus huéspedes cristianos en el centro de la mesa grande; luego la rodeó y se sentó muy lejos, hacia la derecha, en algo que parecía un trono pagano con cabezas de dragón y unos extraños trazados sinuosos como serpientes. A su lado se sentaba ahora la mujer con la sal de bienvenida y al otro lado de ella el hombre que parecía un tonel y que era el hermano mayor de sir Arn y que, por tanto, era un hombre con el que más valía no bromear ni tampoco enemistarse.

Cuando los invitados cristianos y sus anfitriones se hubieron acomodado entraron doce hombres con la misma camisola que sir Arn y su hermano y se sentaron a ambos lados de la mesa grande, por debajo del sitial y de los invitados. La mitad superior de la mesa quedó vacía; seguramente cabrían allí más del doble de invitados.

Sir Arn leyó la bendición de la mesa en latín, de modo que sólo el viejo monje robusto pudo murmurar con él mientras los demás permanecían sentados en recogimiento, con las cabezas agachadas y las manos unidas. A continuación, sir Arn y el monje cantaron a dos voces una breve bendición del Salterio y luego la mujer que estaba sentada entre los dos hermanos se levantó y unió sus manos dando una palmada fuerte tres veces seguidas.

Se abrieron las puertas dobles que había al fondo de la sala y una curiosa comitiva hizo su entrada: primero una fila de doncellas con el pelo suelto y vestidas con camisones blancos de lino que más que ocultar mostraban sus encantos, todas con antorchas de brea ardientes entre las manos; luego siguieron hombres y mujeres entremezclados, también ellos con ropas blancas, llevando pesadas cargas de cerveza y fuentes humeantes con carne, pescado, verduras y hortalizas de muchas clases. Los huéspedes podían reconocer muchas de ellas pero también había de otras clases que no conocían.

Sir Arn repartió grandes jarras de cristal con formas más desmañadas que los vasos de Outremer; sabía muy bien lo que le correspondía a cada uno. El hermano Guilbert recibió un vaso, al igual que los hermanos Wachtian y el marinero Tanguy. Sir Arn tomó para sí un vaso que colocó con exagerada ostentación delante de su sitio, mientras bromeaba en idioma franco diciendo que era una protección contra el hechizo de la cerveza nórdica. Entonces el noruego protestó en voz alta, con fingido enfado, y agarró con avidez la jarra espumosa que tenía ante sí, pero un gesto con la mano por parte de sir Arn lo detuvo. Estaba claro que nadie podía empezar a comer ni a beber todavía, a pesar de que ya habían bendecido la mesa.

En esos momentos se produjo el acontecimiento que se estaba esperando y se armó un gran alboroto entre los guerreros de la parte baja de la mesa. Trajeron un enorme cuerno de vaca con adornos de plata, también este cacharro estaba lleno de cerveza. Se entregó el cuerno de vaca al gordo hermano de sir Arn, que lo alzó mientras decía algo que hizo que los guerreros empezasen a golpear la mesa con sus puños, de modo que las jarras de cerveza temblaban.

Acto seguido entregó el cuerno a sir Arn quien, aparentemente incómodo, recibió el cuerno diciendo algo que hizo que todo el mundo de la sala que comprendía el nórdico se echara a reír. Luego intentó vaciar todo el cuerno, pero estaba claro que hacía trampa, pues la mayor parte de la cerveza se derramó sobre su camisola. Al retirar el cuerno de la boca, fingió tambalearse y se apoyó en el borde de la mesa mientras se lo entregaba con mano temblorosa a su hermano. Los guerreros nórdicos de la mesa le premiaron con unas estruendosas carcajadas por ese acto de picardía.

Todavía no había terminado la ceremonia, pues nadie hacía ademán de empezar a comer. Un sirviente volvió a llenar el cuerno y se lo entregó al hermano de sir Arn, que de nuevo lo alzó sobre su cabeza, dijo algo lo bastante noble y vigoroso para ser recibido con murmullos de aprobación y engulló toda la cerveza sin desperdiciar ni una gota, con la misma facilidad que un borracho se traga un vaso de vino. El júbilo en la sala creció de nuevo y todos los hombres que tenían ante sí una jarra de cerveza la alzaron, la bendijeron y empezaron a beber como animales. El primero de todos en golpear la jarra de madera vacía contra la mesa fue Harald Øysteinsson, que se puso en pie y habló de un modo cantarín y rítmico que fue recibido por todos con gran aprobación.

Sir Arn sirvió vino a aquellos que quería salvar de los horrores de la cerveza, algo que dijo no del todo en broma mientras traducía a los bebedores de vino lo que Harald había dicho en su verso. En franco sonaba más o menos así: «Pocas veces la espumosa cerveza le supo tan bien al guerrero que la extrañó con tanta largueza. Largo fue el viaje, larga fue la espera, ahora entre amigos, como Tor, cojamos una borrachera».

Luego, sir Arn explicó que Tor era un dios pagano que, según contaba la leyenda, estuvo a punto de beberse todo el mar al intentar impresionar a unos gigantes. Desafortunadamente, decía sir Arn, eso era sólo el inicio del recitado de versos que



seguirían y mucho se temía que sería incapaz de traducírsele todo, pues cada vez serían más difíciles tanto de oír como de comprender.

Llegaron nuevas cantidades de cerveza de manos de mujeres jóvenes que corrían ágiles y descalzas, y las fuentes con carne, pescado, pan y verduras se amontonaban como un ejército enemigo en la larga mesa. Los hermanos Wachtian se lanzaron sobre un cochinitillo cada uno mientras que el monje, al igual que el marinero Tanguy, se servían los salmones que traían humeantes sobre una tabla de madera. Los arqueros ingleses trajinaban con enormes pedazos de pierna de cordero mientras que sir Arn tomó una porción moderada de salmón y cortó con su daga larga y afilada un trozo de mejilla de una de las cabezas de cerdo que de repente fueron a parar justo ante las narices de los hermanos Wachtian.

Ambos miraron primero con repulsión la cabeza de cerdo, que casualmente estaba con la jeta vuelta hacia ellos. Jacob retrocedió un poco de forma involuntaria pero, sin embargo, Marcus se apoyó sobre los codos y empezó a conversar con el cerdo, de manera que todos los que entendían el idioma franco a su alrededor se retorcían de risa. Dijo que suponía que el señor Cerdo debía de sentirse más como en casa en estas tierras que en Outremer, pero que desde luego había sido mejor ir a parar entre dos hermanos armenios que no fuera, en las tiendas, donde el señor Cerdo habría corrido un gran riesgo de ser recibido con modales más bien poco cordiales.

Ante la idea de lo que habría sucedido con aquella cabeza de cerdo si se hubiera servido entre los musulmanes, Marcus y Jacob Wachtian se retorcieron de risa y más aún rieron pronto todos los francófonos, pues justo en ese momento se empezaba a oír el rezo procedente de las tiendas ahora que el sol se ponía, muy tarde, en aquellas curiosas tierras. Incluso sir Arn sonrió un poco ante la idea de una cabeza de cerdo servida en plena oración musulmana, pero se limitó a rechazar con la mano a su hermano cuando éste lo interrogó acerca de lo que tanta gracia les producía.

—Alá es graaande —resopló Marcus en árabe y alzó su copa de vino hacia sir Arn, pero unas nuevas carcajadas hicieron que se atragantase y roció a su anfitrión de vino. Éste le sirvió más sin enojarse en absoluto.

Sir Arn y la dueña de la casa que estaba junto a él no tardaron mucho en apartar sus platos, limpiar sus dagas y guardarlas en los cinturones. El hermano de sir Arn aún comió unos enormes trozos de carne antes de hacer lo mismo. Luego, los tres que estaban sentados en el sitial se dedicaron sólo a beber, dos de ellos con calma, mientras que el tercero bebía como los guerreros, el noruego y los dos arqueros ingleses, John Strongbow y Athelsten Crossbow, que resultó que bebían cerveza a la misma velocidad que los bárbaros.

El ruido iba en aumento. Los ingleses y el noruego se cambiaron de sitio sin vacilar y se sentaron junto a los guerreros nórdicos, y allí se desató en seguida una tremenda contienda por el honor de ser el más rápido en ingerir una jarra de cerveza de un solo trago. Parecía como si al noruego y a los ingleses se les diese bien este tipo de competiciones nórdicas. Arn se inclinó hacia los cuatro huéspedes francófonos

restantes y les explicó que era bueno para su reputación que al menos algunos de los hombres de Outremer pudiesen apañárselas en esa curiosa lucha, pues según les explicó, los hombres nórdicos apreciaban la capacidad de beber rápido hasta perder el sentido casi tanto como la capacidad de saber manejar el escudo y la espada. No supo explicarles cuál era el motivo, así que se encogió de hombros como si fuese algo sencillamente incomprensible.

Cuando el primer hombre se desplomó y vomitó en el suelo, la dueña de la casa se levantó y se despidió con buena cara y sin prisas exageradas de sir Arn, a quien claramente incomodó con un beso en la frente. Luego se despidió de su hermano y de los invitados francófonos, que a estas alturas eran los únicos que, aparte de los anfitriones, estaban en condiciones de responder cuando se les dirigía la palabra.

Sir Arn les sirvió más vino a los francófonos y les explicó que deberían aguantar todavía un rato más, de modo que no se pudiese decir que todos los que bebían vino acababan borrachos como cubas antes que los que bebían cerveza. Sin embargo, tras una breve mirada hacia la parte baja de la mesa, dijo que todo habría pasado en menos de una hora, más o menos cuando apareciese en el exterior la primera luz del amanecer.

Cuando el sol ya se ponía sobre Arnäs y el tordo calló, Arn permanecía solo en lo alto de la torre, soñando despierto con el paisaje de su infancia. Recordaba cómo había cazado ciervos y jabalíes arriba en Kinnekulle con unos siervos cuyos nombres le costaba recordar. Pensó en cómo había llegado cabalgando sobre un hermoso caballo de Outremer que se llamaba *Chimal* pero que nunca le llegó a ser tan querido como *Chamsiin*, y en cómo su padre y su hermano se habían avergonzado a causa del lamentable animal que, según creían ellos, no servía para nada.

Pero sobre todo soñaba con Cecilia. Casi le parecía estar viendo cómo ambos subían juntos a caballo por Kinnekulle, una primavera en la que ella llevaba un manto verde, aquella vez en la que iba a declararse pero que sin embargo fue incapaz de decir nada hasta que la Virgen le infundió las palabras del Cantar de los Cantares, las palabras que había llevado en su memoria durante todos los años de guerra.

Sin duda, la Virgen había atendido sus plegarias y se había apiadado de él, merced a su fidelidad y jamás abandonada esperanza. Ahora le quedaba menos de una semana de vida a ese anhelo, pues dentro de dos días comenzaría la marcha hacia Näs, donde era posible que ya estuviese Cecilia sin saber que él se encontraba tan cerca.

Sintió escalofríos de temor ante la idea. Era como si su soñar despierto se hubiese hecho demasiado grande, como si ya no pudiese controlarlo.

Abajo los patios estaban prácticamente vacíos y en silencio. Algún que otro siervo doméstico limpiaba los vómitos y apartaba las ramas de abeto esparcidas para los meados junto a la puerta de la casa principal. Unos hombres llegaban resoplando y renegando, llevando a rastras a un hombre desfallecido que habría pasado por muerto si no fuese porque se sabía que había estado en un buen banquete de Arnäs.

Cuando todo el disco solar fue visible en el horizonte, hacia el este, llegó como era natural el grito de oración desde el campamento.

En primera instancia, Arn no reaccionó, pues los gritos de oración habían sido durante mucho tiempo un sonido tan habitual que en realidad ya no lo oía. Pero al mirar hacia Kinnekulle y la iglesia de Husaby comprendió que éste debía de ser el primer amanecer jamás recibido en Arnäs de aquella manera. Intentó recordar en qué parte del Sagrado Corán se prescribían excepciones a las oraciones. ¿Tal vez si uno se hallaba en tierra enemiga, o en una situación de guerra en la que el enemigo podía descubrir la posición de los fieles por los rezos?

Ahora sucedía algo parecido. Una vez llegasen todos a Forsvik, podrían gritar cuanto quisiesen, pero si esto seguía así durante mucho tiempo, en Arnäs sería difícil responder a las preguntas con evasivas y explicar con palabras esquivas que en Tierra Santa el amor a Dios tomaba muchos caminos diferentes en las mentes humanas. Tal vez tampoco fuera suficiente la explicación de que esos hombres eran siervos y por tanto no podían ser considerados más enemigos que los caballos y las cabras.

Pronto acabarían las oraciones, era hora de empezar el trabajo del día. Arn sintió cómo le retumbaba un poco la cabeza cuando bajaba por la tortuosa escalera de la torre.

Abajo, en el campamento, resultó, para sorpresa de Arn, que todos los que habían descansado durante la noche en la tienda de los fieles se habían levantado, mientras que todo el mundo seguía durmiendo en la tienda de los cristianos; alguno incluso roncaba con tal estruendo que resultaba difícil comprender cómo sus compañeros podían soportar el ruido.

En la parte de los fieles se habían enrollado ya todas las alfombras de oración y se había puesto agua sobre el fuego para hervir el moca de la mañana. Los dos médicos fueron los primeros en verlo entrar, se levantaron de inmediato y le desearon la paz.

—La paz sea con vosotros, Ibrahim Abd al-Malik e Ibn Ibrahim Yussuf, que en este país de infieles tenéis que llevar por nombre Abraham y José—los saludó Arn a su vez haciendo una reverencia—. Espero que la comida de mi hogar fuese de vuestro agrado.

—Los corderos eran rollizos y sabrosos, y el agua muy fría y fresca—respondió el mayor de los dos.

—Me alegra oírlo—dijo Arn—. Ha llegado el momento de trabajar, ¡reunid a los hermanos!

Pronto hubo una extraña procesión de hombres extranjeros caminando alrededor de los muros de Arnäs, señalando, gesticulando y discutiendo. Había cosas en las que pronto se pusieron de acuerdo, en otras había que investigar antes de formarse una opinión definida. Se necesitaba precisión para construir una fortaleza inexpugnable ante un ataque por sorpresa del enemigo. Había que inspeccionar la tierra junto a los muros haciendo catas del terreno, había que medir y calcular muchas cosas y las diferentes vías de agua en torno a Arnäs debían ser medidas e inspeccionadas en

detalle para poder decidir por dónde irían los nuevos fosos. Las ciénagas que separaban la fortaleza del peñón de la tierra firme constituían una gran ventaja y se trataba de no drenarlas ni desaguarlas involuntariamente. Tal como estaba el terreno ahora sería imposible acercar torres de asedio ni catapultas al castillo; todos esos artilugios tan pesados se hundirían de forma inevitable en las tierras pantanosas. Por consiguiente, una parte importante de la defensa del castillo residía en la propia naturaleza, debido al modo en que Él, quien todo lo ve y todo lo oye, la había creado.

Cuando Arn decidió que ya había expuesto lo suficiente sus ideas y sus demandas y dejó el asunto en manos de los constructores con sus pruebas y sus cálculos, se llevó a los dos médicos a la pequeña cocina donde estaba su padre e insistió por el camino en que aquí en el Norte se llamaban José y Abraham. De todos modos, los nombres de la Biblia y del Sagrado Corán eran los mismos y sólo se diferenciaban en la pronunciación. Los dos médicos asintieron en silencio, dando a entender que comprendían o tal vez que simplemente se resignaban a ello.

Tal y como esperaba, su padre ya estaba despierto cuando entraron en su refugio nocturno. El señor Magnus intentó levantarse apoyándose en el codo sano, pero iba lento y Arn se acercó con rapidez para ayudarlo.

—Echa de aquí a esos dos extraños un rato, tengo que mear —dijo como saludo el señor Magnus, y a Arn le llenó de tanta alegría oír hablar con claridad a su padre que no le molestó su forma grosera de dar los buenos días. Pidió a los dos médicos que salieran un momento y luego, por orden de su padre, buscó el orinal y lo ayudó con torpeza a resolver el asunto.

Cuando terminaron, levantó a su padre, lo colocó en la silla ornamentada y acto seguido pidió a los médicos que entrasen de nuevo. Retomaron el reconocimiento médico del día anterior y, de vez en cuando, daban en susurros su parecer a Arn, que iba traduciendo, aunque eliminaba la mayor parte de las, a veces excesivas, floritura y cortesías que poblaban el idioma árabe.

La dolencia del señor Magnus era consecuencia de que se le había acumulado en la cabeza demasiada sangre espesa. Si esta afección no conducía a una muerte inmediata, algo que podía pasar, era una buena señal. Algunos se curaban por completo, otros casi del todo y otros tan bien que sólo se les notaba un poco. Sin embargo, eso no tenía nada que ver con la salud mental del afectado, sólo los ignorantes pensaban así.

Lo que ahora era menester, además de algunas hierbas fortificantes que primero había que preparar y hervir, eran unas buenas oraciones y unos cuantos ejercicios. Había que poner los músculos paralizados en movimiento, uno tras otro, y tener una gran paciencia. Y por lo que se refería al habla, sólo había un ejercicio beneficioso, que era precisamente hablar, eso sería lo más fácil.

Sin embargo, lo que uno nunca debía hacer era esconderse en la vergüenza y la oscuridad y dejar de hablar y de moverse. Entonces lo malo se volvía peor.

Yussuf, el más joven de los dos médicos, salió un momento y regresó con una

piedra redonda del tamaño de medio puño que entregó a Arn. Le explicó que en una semana el venerado padre de Al Ghouti aprendería a pasar la piedra con su débil mano izquierda por encima de la rodilla hasta la sana mano derecha. Cada vez que fracasase cogería la piedra con la mano sana, la colocaría de nuevo en la mano débil y volvería a empezar. No podía rendirse. Se podía lograr mucho con voluntad y oraciones. Dentro de una semana empezaría el siguiente ejercicio. Lo más importante era el ejercicio y la voluntad; las hierbas fortificantes venían en segundo lugar.

Eso era todo. Los dos médicos se inclinaron primero ante Arn y luego ante su padre y después se fueron sin decir nada más.

Arn colocó la piedra en la mano izquierda de su progenitor y le explicó el ejercicio de nuevo. El señor Magnus lo intentó, pero se le cayó la piedra de inmediato. Arn volvió a colocarla en su mano. Y a su padre se le volvió a caer y gruñó furioso algo de lo que Arn sólo captó las palabras «extranjeros».

—No me habléis así, padre, decidlo una vez más con palabras claras, yo sé que podéis hacerlo, al igual que sé que comprendéis todo lo que os digo —le pidió Arn mirándolo con seriedad a los ojos.

—No sirve... nada... escuchar a... extranjeros —dijo entonces su padre con tal esfuerzo que su cabeza se tambaleó ligeramente.

—En eso os equivocáis, padre —repuso Arn—. Lo acabáis de mostrar vos mismo. Ellos dijeron que podéis recuperar el habla. Habéis hablado, ahora ambos sabemos que ellos tienen razón. En el arte de la medicina, estos hombres son los mejores que conocí en Tierra Santa. Ambos han estado al servicio de los templarios, por eso es por lo que están aquí conmigo.

Ahora el señor Magnus no contestó pero asintió con la cabeza estando de acuerdo en que se había contradicho a sí mismo, por primera vez en tres años.

Arn volvió a dejar la piedra en la mano izquierda de su padre y dijo casi como una orden que ahora tocaba practicar, tal como habían dicho los médicos. El señor Magnus hizo un intento poco entusiasta pero agarró la piedra con la mano derecha, la levantó, la movió hacia afuera y la dejó caer al suelo. Arn la recogió riéndose y volvió a dejarla sobre las rodillas de su padre.

—Decidme qué queréis saber acerca de Tierra Santa e intentaré explicároslo, padre —dijo Arn, acomodándose de rodillas delante del señor Magnus, de modo que sus caras quedasen muy juntas.

—Así... no puedes... sentado mucho —pronunció con gran esfuerzo el padre, aunque con una sonrisa que quedó torcida al colgarle inerte la mitad de la boca.

—Mis rodillas están más endurecidas por la oración de lo que os imagináis, padre —respondió Arn—. Un cruzado en Tierra Santa también tiene que rezar mucho. Pero decidme ahora qué queréis que os explique y yo os lo contaré.

—¿Por qué perdimos... Jerusalén? —preguntó el señor Magnus a la vez que movía la piedra hacia su mano sana, antes de que se le cayese a mitad de camino.

Arn volvió a colocar con cuidado la piedra en la mano enferma de su padre y dijo

que le explicaría cómo se había perdido Jerusalén, pero sólo con la condición de que practicara con la piedra mientras lo escuchaba.

Arn no tuvo dificultades en iniciar su relato. Nada le había preocupado tanto con respecto a los inescrutables caminos del Señor como el porqué de que los cristianos fuesen castigados con la pérdida de Jerusalén y del Santo Sepulcro.

Fue por culpa de nuestros pecados. Ahora tenía claro que ésa era la respuesta. Y empezó a describir los pecados con detalle: un patriarca de la Ciudad Santa de Jerusalén que había envenenado a dos obispos; una reina madre adúltera que colocaba, uno tras otro, a sus recién llegados amantes de París como mando supremo del ejército cristiano, que decían luchar por la causa de Dios pero que en realidad se dedicaban a rapiñar, robar, asesinar e incendiar para regresar de nuevo a casa en cuanto tenían el saco repleto con lo que creían que era el perdón de sus pecados.

De vez en cuando, mientras en su relato describía los pecados de los cristianos con los peores ejemplos que se le ocurrían, tomaba la piedra y la colocaba de nuevo en la mano izquierda de su padre.

Pero cuando la lista de pecados parecía empezar a repetirse, el padre hizo un gesto impaciente con la mano sana para poner punto final a la retahíla de desgracias. Luego respiró profundamente y cogió aire para formular una nueva pregunta:

—¿Dónde estabas... hijo mío... cuando Jerusalén cayó?

Arn se despistó con la pregunta, pues ya había empezado a alterarse al pensar en personas malas como el patriarca Heraclius, hombres que enviaban a otros hacia la muerte por capricho o vanidad como el Gran Maestre de los templarios, Gérard de Ridefort, o granujas al mando de ejércitos, como el adúltero Guy de Lusignan.

Luego respondió que había estado en Damasco, prisionero del enemigo. Jerusalén no se perdió en bravas batallas sobre los muros de la ciudad, sino en una demente batalla en Tiberíades en la que todo el ejército cristiano fue conducido a la muerte por necios y adúlteros que no sabían nada acerca de la guerra. Pocos prisioneros sobrevivieron; de los templarios, sólo dos.

—¿Aun así... tú regresaste... rico? —replicó el señor Magnus.

—Sí, es cierto, padre. He regresado y soy rico, más rico que Eskil. Pero eso es porque era amigo del rey de los sarracenos —respondió Arn diciendo la verdad, pero arrepintiéndose de inmediato al ver cómo la ira se inflamaba en los ojos de su padre.

Entonces el señor Magnus alzó y pasó la piedra de un solo movimiento de la mano izquierda a la derecha y luego volvió a dejarla en seguida en su mano enferma para poder alzar la derecha en señal de reprensión a un hijo que era un traidor y, gracias a ello, también era rico.

—No, no, no fue así —mintió Arn, apresurándose a tranquilizarlo—. Sólo quería ver si podíais recorrer con la piedra todo el espacio entre vuestras manos. La ira os dio una fuerza inesperada, ¡perdonadme esta pequeña trampa!

El señor Magnus se tranquilizó de inmediato. Luego contempló sorprendido la piedra, que ya volvía a estar de nuevo en la mano enferma. Sonrió y asintió con la

cabeza.

## II

Eskil no estaba de muy buen humor y se le notaba mucho aunque se esforzase en no demostrarlo. No solamente le molestaba tener que ir a las canteras y volver, cosa que le ocuparía toda la calurosa mañana y parte de la tarde, sino que además tenía la sensación de no ser el dueño de su propia casa, a lo que se había acostumbrado durante varios años.

Ya estaban colocados los andamios a lo largo de la muralla de Arnäs y había gente ocupada en ir a recoger más troncos del bosque sin pedirle permiso. Era como si Arn se hubiese vuelto un extraño en muchos sentidos. Parecía que no entendiese que un hermano menor no podía ocupar el lugar del hermano mayor y que tampoco comprendiese por qué un Folkung del consejo del rey debía cabalgar con una escolta considerable a pesar de que reinase la paz en el país.

Detrás de ellos cabalgaban diez hombres armados hasta los dientes y, al igual que Arn, vistiendo cotas de malla terriblemente calurosas debajo de los mantos. Eskil se había vestido como si fuera a cazar o a una celebración, con un manto corto y un sombrero emplumado. El viejo monje montaba vestido con su hábito de gruesa lana blanca, que debía de hacer más duro soportar el viaje aunque su cara no diese muestras de ello. Sin embargo, tenía un aspecto algo cómico, puesto que había tenido que arremangarse el hábito hasta las rodillas, dejando así las pantorrillas desnudas a la vista. Al igual que Arn, montaba uno de esos caballos extraños, pequeños y nerviosos.

En las primeras laderas del Kinnekulle les refrescó la agradable sombra al entrar bajo las altas hayas. En seguida, Eskil se sintió de mejor humor y pensó que ya era hora de comentar si esas construcciones eran sensatas o no. Durante los muchos años de comercio había aprendido que era sabio no discutir ni siquiera sobre pequeñeces cuando hacía calor, se tenía sed o se estaba de mal humor. En el fresco debajo de los árboles sería más fácil.

Espoleó al caballo para acercarse hasta la altura de Arn, que parecía cabalgar muy



ausente en sus pensamientos, probablemente mucho más lejos que en las canteras.

—Debes de haber cabalgado en días más calurosos que éste —empezó diciendo Eskil con tono inocente.

—Sí —contestó Arn, sustraído de pensamientos muy distintos—. En Tierra Santa, durante el verano, el calor a veces era tan intenso que nadie podía poner su pie descalzo encima de la tierra sin quemarse. En comparación, cabalgar aquí en la sombra es como si se tratara de los campos del paraíso.

—Pero insistes en vestirte con la cota, como si aún te dirigieses a una lucha.

—Es mi costumbre desde hace más de veinte años. Tal vez tendría frío si montase vestido como tú, hermano —respondió Arn.

—Sí, puede ser —admitió Eskil, que ya había llevado la conversación al terreno que deseaba—. ¿No has visto más que guerras desde que nos dejaste de muy joven?

—Es cierto —dijo Arn, pensativo—. Es casi como un milagro poder viajar en tan bello país, con esta frescura, sin refugiados o casas quemadas a lo largo del camino, sin tener que estar atento vigilando en el bosque o mirando hacia atrás a causa de los jinetes enemigos. Incluso es difícil sólo explicarte cómo me siento.

—Al igual que es difícil para mí explicar cómo me siento después de quince años de paz. Cuando Knut fue rey y Birger Brosa su canciller, la paz llegó a nuestro reino y ha perdurado desde entonces. Debes tenerlo presente.

—¿Ah, sí? —inquirió Arn mirando a su hermano puesto que intuía que esa conversación ya no trataría tan sólo de sol y calor.

—Todas tus construcciones nos están suponiendo grandes gastos —aclaró Eskil—. Quiero decir que parecería poco inteligente prepararse para la guerra gastando mucho dinero en tiempos de paz...

—En cuanto a los gastos, traje tres baúles llenos de oro —se apresuró a responder Arn.

—Pero toda esa piedra que retendremos en lugar de venderla supone un gasto grande, un gasto de guerra ahora que reina la paz —objetó Eskil, paciente.

—Tendrás que explicarte mejor —insistió Arn.

—Quiero decir que... es cierto que somos los dueños de las canteras. Por tanto, no tendremos que pagar por la piedra que necesitarás. Pero en estos tiempos de paz se construyen muchas iglesias de piedra por todo Götaland Occidental, y muchas de las piedras que hacen falta vienen de nuestras canteras...

—Y si nos quedamos las piedras para nuestras construcciones perderemos la ganancia, ¿es eso lo que quieres decir?

—Sí, es así como se considera en los negocios.

—Es verdad. Pero si no hubiesen sido nuestras las canteras, yo habría pagado por la piedra de todos modos. Ahora nos ahorramos ese gasto. Así también se considera en los negocios.

—Entonces nos queda preguntarnos si es inteligente usar tantas riquezas para construir para la guerra en tiempos de paz —suspiró Eskil insatisfecho porque, por

primera vez, no lograba convencer a alguien con sus argumentos de que todo en esta vida podía contarse en plata.

—Primero: no vamos a construir para la guerra sino para la paz. En tiempos de guerra no hay tiempo ni dinero para construir.

—Y si no hay guerra —insistió Eskil—, ¿todos esos esfuerzos y esos gastos no habrán sido en vano?

—No —respondió Arn—. Ya que, segundo: nadie es capaz de conocer el futuro.

—Por tanto, tampoco tú, por mucho que sepas de todo lo referente a la guerra.

—Es verdad, y por eso lo más sensato será armarse bien mientras haya tiempo y paz. Si quieres la paz, prepárate para la guerra. ¿Sabes qué sería lo mejor a lo que podríamos aspirar con esta construcción? Que no acampara nunca un ejército forastero delante de Arnäs. Entonces habríamos hecho una construcción correcta.

Eskil no estaba del todo convencido, aunque habían comenzado a asaltarle las dudas. Si se pudiese adivinar el futuro de manera segura para ver que el tiempo de las guerras había pasado, no merecería la pena gastar plata en construir la fortificación del tipo que Arn imaginaba.

Y por la situación actual del reino, parecía que el tiempo de las guerras hubiese pasado. La paz bajo el mandato del rey Knut era la más duradera que recordaba la memoria de los hombres.

Eskil se dio cuenta de que, para él, la guerra ya no era un medio en su lucha por el poder. Más bien contaba con el poder que provenía de que los hijos y las hijas acabaran en el lecho nupcial correcto y la riqueza creada por el comercio con países extranjeros como una protección frente a la guerra. Y ¿quién quería romper sus negocios? La plata era más fuerte que la espada y los hombres cuyas familias estaban unidas por matrimonio lo pensaban mucho antes de enfrentarse con las armas.

Así de razonables eran las cosas durante el reinado del rey Knut. Pero nadie podía estar completamente seguro, puesto que nadie podía predecir el futuro.

—¿Cómo de fuerte debe ser la fortaleza de Arnäs? —preguntó al acabar su largo recorrido de pensamiento.

—Lo bastante fuerte como para ser inexpugnable —respondió Arn como si fuese lo más obvio—. Podremos hacer que Arnäs sea tan fuerte para que un millar de Folkung y su servidumbre puedan vivir dentro de los muros durante más de un año. Ni el ejército más potente puede resistir un asedio tan largo fuera de los muros. Piensa en el frío del invierno, la lluvia en otoño y el aguanieve y el barro durante la primavera.

—Pero ¿qué comeríamos y beberíamos durante tanto tiempo? —exclamó Eskil con el semblante tan asustado que provocó una amplia sonrisa en Arn.

—Me temo que la cerveza se acabaría al cabo de un mes y al final tal vez tendríamos que subsistir con pan y agua como si fuéramos penitentes en un monasterio —repuso Arn—. Pero habrá agua dentro de los muros si construimos unos pozos nuevos. La ventaja de la cebada y el trigo, al igual que la del pescado en

salazón y la carne ahumada, es que se pueden conservar durante mucho tiempo y en grandes cantidades. Pero para ello tendremos que construir un nuevo tipo de graneros de piedra que los aislen de la humedad. Es tan importante edificar esos almacenes como construir muros resistentes. Si además llevamos una buena contabilidad de lo que hay y de lo que falta, tal vez sea posible incluso producir más cerveza.

Eskil se sintió en seguida aliviado por las palabras de Arn acerca de la cerveza. Su recelo estaba convirtiéndose en admiración y se interesó cada vez más sobre el manejo de la guerra en el reino franco, en Tierra Santa y Sajonia y otros países con más población y mayores riquezas que en el Norte. Las respuestas de Arn lo llevaron a un mundo totalmente desconocido, en el que los ejércitos se componían casi exclusivamente de jinetes y en donde se lanzaban bloques de piedra contra muros que doblaban en grosor y altura los muros de Arnäs. Al final Eskil insistió tanto en sus preguntas que desmontaron para descansar. Arn limpió de hojas y ramitas la tierra cerca del tronco grueso de una haya y la alisó con su calzado reforzado de acero. Invitó a Eskil a sentarse encima de una de las fuertes raíces del árbol y llamó al monje, que se acercó en silencio, se inclinó ante Eskil y se sentó a su lado.

—Mi hermano es un comerciante que quiere crear la paz con la plata. Ahora le vamos a contar cómo se hace lo mismo con acero y piedra —explicó Arn, desenvainó el puñal y empezó a dibujar una fortaleza en la alisada tierra negra.

La fortaleza que estaba dibujando se llamaba Beaufort y se encontraba en el Líbano, la parte septentrional del reino de Jerusalén. La habían asediado más de veinte veces durante corto o largo tiempo y algunas veces bajo el mando del general más temido de los sarracenos. Pero nadie había logrado conquistarla, ni siquiera el gran Nur al-Din, quien una vez llevó a diez mil combatientes y resistieron durante un año y medio. Tanto Arn como el monje se habían encontrado en esa fortaleza y la recordaban bien. Entre los dos rememoraban todo detalle mientras Arn dibujaba con su puñal.

Lo explicaron todo empezando por lo más importante: la ubicación, o bien encima de una montaña como Beaufort o bien en medio del agua como Arnäs. Pero por excelente que fuera la ubicación siempre se necesitaba tener acceso al agua desde dentro de las murallas, no una corriente fuera de ellas que pudiese ser detectada y cortada por el enemigo.

Después del agua y una buena situación venía la capacidad de mantener un almacén lo bastante grande para los alimentos, principalmente cereales y forraje para los caballos. Sólo después empezaría a pensarse en la construcción de los muros y los fosos, que evitarían que el enemigo levantara torres de asedio o acercara catapultas para arrojar piedras u otros objetos a la fortaleza. Y lo más importante después de eso era la colocación de las torres y el parapeto para que con el mínimo de tiradores se cubriesen todos los ángulos a lo largo de los muros.

Arn dibujaba torres en todas las esquinas en el lado exterior de los muros y explicaba cómo desde allí podría dispararse a lo largo de la muralla y no solamente

hacia afuera. De esa manera podría disminuirse el grupo de tiradores encima de la muralla a unos cuantos, lo cual suponía una gran ventaja. Mejor ángulo de tiro y menos tiradores, eso era importante.

Aquí Eskil lo interrumpió, aunque dudando un poco por si demostraba su ignorancia al no comprender la ventaja de tener menos tiradores, cosa que para Arn y el monje parecía muy obvia. ¿Qué se ganaría con tener pocos hombres encima de los muros?

Resistencia, le explicó Arn. Un asedio no era como una fiesta de tres días. Se trataba de aguantar y no dejar que el cansancio minase la vigilancia. Los asediantes finalmente tomarían la fortaleza por asalto si no lo lograban negociando. Elegirían cualquier hora, después de un día, una semana o un mes. Al amanecer, por la noche o en plena tarde. De repente colocarían escaleras contra los muros y atacarían desde todas las direcciones a la vez, y si habían sido diligentes en ocultar sus planes, los defensores se veían totalmente sorprendidos.

Sería el momento decisivo. Entonces sería importante que el tercio de los defensores que se encontraba encima de los muros sólo hubiese trabajado unas pocas horas, y que dos tercios durmiesen o descansasen.

Cuando doblase la campana de alarma, todos los descansados no tardarían más que un momento en colocarse en los puestos de defensa de la fortaleza. Si se practicase unas cuantas veces la defensa, crecería de un tercio a la fuerza completa en el mismo tiempo que tardarían los atacantes en colocar sus escaleras de ataque. Dormir era, por tanto, una parte fundamental de la defensa. Con ese arreglo también se ahorrarían muchos camastros, ya que un tercio de los defensores siempre se encontraría encima de los muros. En retribución, tendrían una cama caliente al bajar de sus puestos.

Pero volviendo a la fortaleza de Beaufort, naturalmente era una de las más fuertes del mundo, pero también se encontraba en un país en el que había que defenderse contra los ejércitos más poderosos del mundo. Tardarían diez años en construir una fortaleza de ese tipo en Arnäs y sería mucho trabajo en vano. O bien, aclaró Arn con una mirada significativa a Eskil, gastar mucha plata. No llegaría a Arnäs una guerra como la de Tierra Santa, con aquellos ejércitos.

Con el pie, Arn borró la imagen de Beaufort y empezó a dibujar cómo sería Arnäs, con un muro delimitando un territorio el doble de grande que el actual. Se fortificaría toda la parte ulterior del cabo y donde se convertía en pantano se construiría un nuevo portal, aunque en lo alto de la muralla. Pero también habría que construir una entrada de piedra y tierra igual de alta con un foso entre la muralla y el puente del otro lado. De esa manera, nadie podría acercar arietes a la puerta, que sería más débil que la muralla por muy resistente que fuese. Una puerta a la altura del suelo, como la que había ahora, sería como invitar al enemigo a celebrar un rápido festín de victoria.

Si todo esto se hiciese correctamente, defendería Arnäs contra cualquier ejército

norteño con menos de doscientos hombres dentro de la muralla, aseguró Arn.

Entonces Eskil preguntó por el peligro de los incendios y tanto el monje como Arn asintieron con la cabeza a la inteligente pregunta. De nuevo Arn dibujaba y describía cómo el suelo de los patios dentro de la muralla sería empedrado y toda la turba de los tejados se cambiaría por pizarra. Todo lo combustible sería cambiado por piedra o protegido por cueros de buey permanentemente mojados.

Eso era solamente el lado *defensive* del asunto, prosiguió Arn, ansioso al ver que realmente había captado el interés de Eskil. Puesto que su hermano no entendió la palabra, tuvo que interrumpirse y comentar el vocablo un momento con el monje; acordaron decir que era la parte de la defensa que se quedaba quieta, en la que uno sólo se defendía.

La otra parte era atacar uno mismo. Sería preferible hacerlo con jinetes y mucho antes de que el enemigo llegase al asedio, puesto que era una empresa grande y lenta arrastrar todo un ejército de asedio hasta Arnäs. En el camino serían atacados constantemente los almacenes del enemigo por jinetes más rápidos que los suyos y eso reduciría tanto su fuerza como sus ganas de luchar. Y a la semana de asedio, cuando hubiese disminuido la atención del enemigo, de repente se abrirían las puertas de la fortaleza y saldrían atacando los jinetes completamente armados, arrebatando muchas más vidas de las que perderían. Arn dibujó unas líneas vigorosas en el suelo con el puñal.

Eskil se perdía cada vez más en la narración de cómo se llevaban a cabo las guerras en otros países en comparación con el Norte. Seguía los pensamientos de Arn, en cuanto a que lo que ya existía en el mundo, tarde o temprano llegaría a Götaland Occidental. Por tanto, sería mejor aprender lo nuevo antes que el enemigo y hacerse con la fuerza. Pero ¿cómo se lograría además de con todas esas construcciones?

El conocimiento es un factor muy importante, y tanto él como muchos de sus invitados viajeros lo poseían, replicó Arn.

El otro factor era la plata. Tal y como se montaban las guerras en el gran mundo, el que más plata tenía era el más fuerte. Un ejército no vivía del aire o de la fe, aunque ambos eran necesarios, sino de alimentos y armas que tenían que comprarse. La guerra en estos tiempos nuevos era más un negocio que la voluntad de defender la vida y las propiedades de familiares y amigos. Detrás de cada hombre armado y ataviado con una cota de malla había cien hombres que cultivaban cereales, conducían los carros de bueyes, preparaban el carbón para las herrerías, forjaban armas y armaduras, las transportaban por los mares, construían las naves y las hacían navegar, herraban los caballos y los alimentaban, y detrás de todo ello estaba la plata.

La guerra ya no consistía en dos linajes de campesinos que se disputaban el honor o el derecho a llamarse rey o canciller. Era puro negocio y el más grande que existía.

Quien manejaba ese negocio con sentido común, plata y conocimientos suficientes podría comprar la victoria en caso de guerra. O mejor aún, comprar la paz,

puesto que quien se hubiese fortalecido no sería atacado.

Eskil enmudeció cuando de repente comprendió que él mismo y sus negocios podrían significar mucho más para la paz y la guerra que todos sus guardias juntos. Tal vez el monje y Arn interpretaron mal su silencio pensando que se había cansado de tantas preguntas y se prepararon para montar de nuevo.

Ese día visitaron tres canteras antes de que Arn y el monje encontraran lo que buscaban en la cuarta, una que era de piedra arenisca y donde recientemente habían empezado a excavar. Había pocos canteros, pero en cambio tenían todo un almacén de bloques de piedra que aún no se habían vendido.

Con eso se ganaría mucho tiempo, explicó Arn. La piedra arenisca en ocasiones podía ser demasiado blanda, especialmente para las paredes, que podían ser atacadas con pesados arietes. Pero en Arnäs no hacía falta prepararse para ese tipo de ataque, ya que la fuerte pendiente del cabo acababa cerca de la muralla y allí no podían colocar los arietes. Y en el este, hacia la fosa y el puente, la tierra era demasiado blanda y pantanosa. La piedra arenisca, por tanto, sería suficiente.

Además, existía la ventaja de que esa piedra se cortaba y se pulía mucho más de prisa que la piedra caliza, por no hablar del granito, y ya había una buena cantidad que podían usar para construir sin demora. Eso era bueno. La elección de la piedra correcta podría significar una diferencia de más de un año de trabajo, o sea, que sopesándolo todo, seguro que ésa era la mejor piedra.

Eskil no tuvo nada que objetar, y a Arn su hermano le pareció inesperadamente dócil cuando asintió a todas las decisiones acerca de los trabajos que se harían la semana siguiente y de dónde y cómo buscarían nuevos canteros.

Sin embargo, se quejaba de tener una sed terrible y miró extrañado al hermano Guilbert cuando éste le entregó la bota de cuero con agua tibia.

El siguiente viaje no era mucho más largo, sólo a dos días de Arnäs hasta Näs, en la isla de Visingsö, en el lago Vättern. Para Arn, sin embargo, éste era el viaje más largo de su vida. O bien, según él lo veía, el fin del viaje que había durado casi toda su vida.

A ella le había formulado el juramento sagrado de que mientras respirase y mientras su corazón latiese, él volvería. Incluso había jurado por su espada templaría recién consagrada un juramento que jamás podría romperse.

Ciertamente sonreía cuando intentaba imaginarse a sí mismo por aquel entonces, con diecisiete años y sin una sola cicatriz de guerra en el cuerpo ni en el alma. Había sido un loco como sólo lo son los ignorantes. También podría reírse con sentimientos contradictorios al pensar que un joven —un Perceval, como lo llamaba el hermano Guilbert— con la mirada ardiente hubiese jurado sobrevivir los veinte años de guerra en Outremer. Y siendo un templario. Era un sueño imposible.

Pero en este instante no se sonreía ante el pensamiento del sueño imposible, puesto que se estaba cumpliendo.

Durante esos veinte años había rezado todos los días, bueno, tal vez no todos los

días, durante las campañas o las largas batallas cuando la espada estaba antes que la oración, pero casi todas las noches había suplicado a la Virgen que mantuviera su mano protectora sobre Cecilia y el hijo para él desconocido. Lo había hecho, y sin duda lo había hecho con alguna intención.

Mirándolo de ese modo, cosa que sería de lo más lógico por mucho que se estrujara los sesos, ya no tendría que temer por nada en el mundo. Era Su santa voluntad volverlos a unir. Ya estaba ocurriendo así, pues entonces ¿de qué preocuparse?

De muchas cosas, pensó al obligarse a reflexionar acerca de cómo sería. Amaba a una doncella de diecisiete años llamada Cecilia Algotsdotter y entonces como ahora, en boca de un Folkung, la expresión amar a una persona resultaba inapropiada y además constituía casi una burla del amor a Dios. También ella había amado a un joven de diecisiete años que era otro Arn Magnusson distinto del de ahora.

Pero ¿quiénes eran ahora? Había pasado por muchas vicisitudes durante más de veinte años de guerra. Y algo parecido le habría ocurrido a ella durante los veinte años de penitencia que había pasado en el convento de Gudhem bajo las órdenes de una abadesa detestable, según decían.

¿Se reconocerían siquiera?

Intentó comparar su imagen actual con la del jovencito de diecisiete años que una vez fue. La gran diferencia física era obvia. Si de joven tal vez tuviese una cara hermosa, en la actualidad no estaba de muy buen ver. Tenía una gran cicatriz que cubría la mitad de la ceja izquierda, la mejilla y la sien, producida después de la gran derrota en los Cuernos de Hattin, ese lugar de eterna condena y deshonor. En el resto de la cara tenía más de veinte cicatrices lívidas, la mayoría causadas por heridas de flechas. Una mujer del pacífico y dulce mundo monacal de Nuestra Señora, ¿no se volvería disgustada ante una cara así y ante la certeza de lo que la cara contaba de ese hombre?

Y, por otra parte, ¿realmente la reconocería él a ella? Sí, estaba seguro. Se consolaba con que su madrastra, Erika Joarsdotter, era sólo un poco mayor que Cecilia y a ella la había reconocido desde lejos.

La peor angustia era la que sentía cuando pensaba en lo que le diría al verla. Era como si su mente se bloquease al pensar en palabras bonitas para pronunciar el primer saludo. Tuvo que buscar aún más consuelo y consejo en la Virgen.

Subieron el río Tidan a contracorriente y con ocho remeros. Arn iba sentado a proa, solo, y mirando al agua marrón en la que podía intuir el reflejo de su cara desgarrada. Sus tres caballos estaban en medio del barco de fondo plano, cuya existencia era un ir y venir por ese río. Arn había logrado convencer a Eskil de que los guardias no les harían falta en ese viaje, puesto que él mismo y Harald iban completamente armados y llevaban sus arcos y muchas flechas. Unos guardias nórdicos no harían más que ocupar mucho sitio.

Eskil lo sacó de sus cavilaciones poniéndole la mano sobre el hombro. Cuando

Arn se sobresaltó por el contacto, Eskil se rió del supuesto vigía de proa. Le tendió un pedazo de jamón ahumado pero Arn declinó el ofrecimiento.

—En un día de verano como éste, es bonito viajar por el río —comentó Eskil.

—Sí —contestó Arn, contemplando los sauces y los alisos, que mecían sus ramas en la débil corriente—. He *soñado con esto durante mucho* tiempo sin saber si volvería a vivirlo.

—De todos modos, ya es hora de que hablemos de algunos asuntos feos —replicó Eskil, dejándose caer en la bancada al lado de Arn—. Hay cosas que da pena revelar...

—Más vale decirlo ahora que más tarde, si es que hay que decirlo —dijo Arn, cambiando la postura reclinada contra la borda.

—Tú y yo teníamos un hermano. Tenemos hermanas que ya están casadas, pero nuestro hermano Knut fue asesinado por un danés cuando tenía dieciocho años.

—Recemos, pues, por vez primera juntos por su alma —se apresuró a decir Arn.

Eskil suspiró pero obedeció. Y rezaron durante tanto rato que Eskil lo encontró más que exagerado.

—¿Quién lo mató y por qué? —inquirió Arn al levantar la vista. En su cara había menos pena e ira de lo que Eskil había esperado.

—El danés se llama Ebbe Sunesson. Ocurrió en Arnäs, en la despedida de solteros, cuando una de nuestras hermanas se iba a casar.

—¿Nuestra hermana fue casada con los de Sverker y los daneses? —preguntó Arn, impasible.

—Sí, Kristina es la señora Konrad Pedersson a las afueras de Roskilde.

—Pero ¿qué fue lo que ocurrió? ¿Cómo una despedida de solteros puede acabar en muerte?

—Como sabes, puede haber bullicio... supongo que la cerveza abundaba esta vez como en *otras ocasiones y el joven Ebbe Sunesson se jactaba* de ser un espadachín muy bueno y decía que nadie tenía el valor de *intercambiar* unos *golpes con él*. Quien usa *tal lenguaje al lado del barril* de cerveza suele engañarse a sí mismo más que a los demás. Pero ese tal Ebbe era diferente, era realmente bueno con la espada. Hoy viaja con la guardia del rey danés.

—Y quien se dejó engañar fue nuestro hermano Knut.

—Sí, Knut no era un gran espadachín, era como yo y como nuestro padre, no como tú.

—Dime, pues, lo que pasó. Sufres heridas y moretones si juegas con el que mejor maneja una arma en una fiesta. Pero ¿la muerte?

—Ebbe primero le cortó una oreja a Knut y le pagaron con muchas risas. Tal vez Knut podría haberse retirado después de la primera sangre, pero Ebbe lo insultaba y la gente reía cada vez más alto, y cuando Knut lo atacó con furia...

—Lo mató en seguida. Entiendo cómo pasó —dijo Arn con más pena que ira—. Si Dios quiere, quizá un día Ebbe Sunesson se enfrente con la espada al hermano de



Knut. Yo no pienso buscar la venganza por voluntad propia. ¿Y vosotros no os vengasteis del asesino? Debisteis de pedir una reparación muy grande.

—No, renunciamos a la reparación —contestó Eskil, avergonzado—. No era fácil pero tampoco lo habría sido hacer lo contrario. Ebbe Sunesson es de los Hvide, linaje al que nuestra hermana Kristina se uniría al día siguiente mediante matrimonio. Los Hvide son los más poderosos en Dinamarca después del rey. El arzobispo Absalón en Lund es un Hvide.

—No debió de ser una boda muy alegre —dijo Arn con calma, como si estuviese hablando del tiempo.

—Seguro que no —admitió Eskil—. Todos los daneses se marcharon hacia el sur al día siguiente para acabar la cerveza nupcial en casa. Enterramos a Knut en Forshem y al día siguiente nuestro padre sufrió una embolia, creo que a causa de la pena.

—Tuvimos que pagar muy caro el negocio tan astuto de emparentarnos con ese linaje de los Hvide —murmuró Arn, mirando el agua oscura—. ¿Cuántas penas más me has de contar?

A Eskil se le notaba que tenía más desgracias para explicar. Pero dudaba mucho y Arn tuvo que insistir en que soltase lo malo de una vez en lugar de alargar la agonía.

La siguiente desgracia era acerca de Katarina Algotsdotter, la hermana de Cecilia y la señora de Eskil, madre de dos hijas ya casadas y de su hijo Torgils, con el que pronto se encontrarían en Näs, la residencia del rey.

Katarina no había sido una mala esposa ni tampoco una mala madre; al contrario, casi mejor de lo que se podía esperar, ya que tenía fama de ser traicionera e intrigante.

Eskil había tenido que ir al lecho conyugal más por la honra que por la dote y el poder. Algot Pálsson, el padre de Cecilia y Katarina, tenía un acuerdo de matrimonio entre Cecilia y Arn. Pero al frustrarse este acuerdo cuando la Iglesia los castigó con veinte años de penitencia, Algot exigió una satisfacción, pues estaba en su derecho.

El honor de los Folkung había sido una parte del negocio. La otra parte era la dote de las canteras, los bosques y una buena parte de la orilla a lo largo del lago Vänern. Eskil tal vez veía las ventajas mejor que los demás, porque a continuación sería el dueño de todo el comercio fluvial en todo Götaland Occidental.

Las canteras daban mucha plata en esos tiempos, cuando se construían tantas iglesias por todo el país. Mucha plata, mientras no la malgastases en construcciones propias, añadió intentando bromear infructuosamente. Arn no sonrió ni lo más mínimo.

No era fácil premiar a Katarina con el regalo matutino y las llaves de la casa después de todo el daño que había hecho a Arn y a Cecilia con sus chismorreos a la madre Rikissa. Aun así, era la mejor manera de dejarlo todo arreglado. Nadie podría decir que los Folkung rompían promesas y acuerdos cerrados.

Durante muchos años, Katarina fue una dulce esposa que cumplía con sus

obligaciones. Pero después de quince años cometió el peor de los pecados.

Eskil se encontraba muchas veces de viaje, en Näs o en Aros Oriental, e incluso tan lejos como en Visby y Lübeck, y esas temporadas como esposa sin esposo Katarina las dedicaba cada vez con más frecuencia a diversiones difíciles de perdonar: acogía en su lecho a uno de los guardias por las noches.

Eskil, al oírlo la primera vez, reprendió severamente a Katarina y le explicó que, si continuaban los rumores de tal pecado en su casa, todos estaban en peligro. Lo peor sería que sus hijos se quedarían sin madre.

Al principio, Katarina parecía haberse corregido, pero las habladurías no tardaron en volver y Eskil lo notaba no sólo en Arnäs, sino también por las malas caras en el consejo del rey. Entonces hizo lo que el honor le exigía, aunque la decisión fue difícil y penosa.

Svein, el guardia, hizo lo que le habían ordenado. Una noche, cuando Eskil se hallaba con el rey en Näs, aunque en una habitación aparte y loco de dolor, Svein y dos de sus hombres entraron en las cocinas donde se encontraban los dos pecadores, como era sabido por todo Arnäs.

No mataron a Katarina, sino sólo al hombre con el que había pecado. Llevaron las sábanas ensangrentadas al tribunal para que su asesinato no fuese castigado. A Katarina la llevaron al convento de Gudhem, donde pronunció los votos.

Lo más fácil había sido solucionar lo referente a la plata. Eskil donó una parte considerable de tierra a Gudhem y Katarina renegó de sus propiedades al profesar los votos. Era el precio que debía pagar por dejarla con vida.

Después de esas informaciones el viaje fue muy triste. Harald Øysteinsson se quedó sentado en popa con el timonel, puesto que sentía que no debía inmiscuirse en la conversación de los hermanos en proa; podía ver claramente que estaban consternados.

El lugar de descanso estaba un poco por debajo de la vieja llanura de Askeberga, donde antiguamente se celebraban los concilios, y donde el río Tidan daba un giro brusco hacia el sur. Ya había varios barcos como el suyo, largos con el fondo plano pero más cargados, medio varados en la orilla, y se armó un alboroto entre los remeros y el resto de la gente al acercarse el patrón, el señor Eskil de los Folkung. En seguida echaron de la casa a los menos importantes y las mujeres corrieron para limpiar mientras el arrendatario Gurmund, que era un siervo liberado, se acercó a Eskil con cerveza.

Arn y Harald Øysteinsson cogieron sus arcos y sus carcajes, fueron a buscar heno a uno de los graneros y prepararon un blanco antes de apartarse un poco para practicar. Harald decía bromeando que con lo que habían practicado durante ese año en el mar sólo podrían acertarle a un enemigo de cerca, pero que ahora, con la ayuda de Dios, se prepararían mejor. Arn le contestó escuetamente que practicar era un deber, puesto que sería una blasfemia pensar que la Virgen siempre ayudaba al perezoso. Sólo el que trabajaba duro con su tiro merecía disparar bien.

Algunos niños siervos se habían acercado para ver cómo los dos hombres desconocidos manejaban los arcos y las flechas. Pero al cabo de poco rato fueron corriendo y sin aliento a la casa a explicar para todo el que escuchase que esos arqueros debían de ser los mejores de todos. Algunos de los hombres libres acudieron a mirar a escondidas y pronto vieron con sus propios ojos que era verdad. Tanto el Folkung y su escolta de la roja camisa noruega manejaban los arcos y las flechas como jamás se había visto.

Por la noche, cuando los señores iban a beber, ya se sabía que el guerrero desconocido vestido de Folkung era el hermano del señor Eskil y el rumor no tardó en propagarse por todo el territorio de Askeberga. Un hombre legendario había regresado a Götaland Occidental. El hombre del manto de los Folkung no podía ser otro que el Arn Magnusson del que hablaban las canciones. En las cocinas y en los patios cuchicheaban a favor o en contra de esta hipótesis, pero nadie podía estar completamente seguro de ello.

Algunos de los hijos más jóvenes del arrendatario entraron corriendo a la casa principal, se detuvieron en la puerta y gritaron a Arn que debía decir su nombre. Tal desfachatez podría haberles costado una buena paliza y Gurmund, que estaba sentado a la mesa de los señores, se levantó con ira para castigar a los bribones a la vez que se disculpaba ante su señor Eskil.

Pero Arn lo detuvo y se fue él mismo hacia los niños, los cogió por el cogote y los sacó al patio. Allí se puso a su altura, los miró con severidad fingida y los instó a que repitiesen su pregunta si se atrevían.

—¿Usted... es el señor Arn Magnusson? —jadeó el más atrevido de ellos y cerró los ojos como si esperase una bofetada.

—Sí, yo soy Arn Magnusson —respondió Arn, ya sin el semblante serio. Los niños aún parecían asustados cuando sus miradas escudriñaban las marcas de cicatrices de su cara y la espada con la cruz dorada en la vaina que colgaba de su cintura.

—¡Queremos entrar a tu servicio! —exclamó el más valiente, el que primero había preguntado, cuando por fin comprendió que del guerrero no recibiría ni bronca ni azotes.

Arn se reía y les explicó que tendrían que esperar algunos años para eso. Pero que si practicaban con ahínco con sus espadas de madera y el arco, tal vez no sería imposible del todo.

El más pequeño de los dos también se envalentonó y pidió ver la espada del señor Arn. Este último se levantó y dudó un instante antes de desenvainar la espada con un movimiento rápido y silencioso. Los dos niños jadearon al ver el destello del acero blanco brillar en la luz del sol poniente. Y todos los niños supieron en seguida que ésa era una espada totalmente diferente de las que llevaban los guardias y los señores. Era más larga y más delgada, sin adornos a lo largo de la hoja. Y las serpientes draconianas o las señas secretas en la parte superior de la hoja infundían temor.

Arn cogió el dedo del niño mayor y lo puso cuidadosamente contra el filo, tocándolo muy ligeramente. En seguida apareció una gota de sangre en la punta del dedo.

Puso el dedo sangrante en la boca del niño, envainó de nuevo la espada, acarició las cabezas de los dos niños y explicó que todos los que estuviesen a su servicio tendrían unas espadas de ese tipo, pero también les esperaba un trabajo duro. Si todavía les quedaban ganas, les dijo que lo buscaran dentro de cinco años.

Luego los saludó con una reverencia, como si ya fueran sus caballeros, dio un giro abrupto y regresó con pasos largos al comedor y a la cena. Los dos niños arrendatarios quedaron perplejos y hechizados mirando hacia el león de los Folkung en la espalda, sin atrever a moverse hasta que hubo cerrado la puerta tras de sí.

Arn estaba de tan buen humor al entrar en la casa principal que Eskil murmuró que no comprendía cómo podía ser que su conversación durante el viaje en barco le produjese tanta alegría. En seguida, Arn se puso serio, se sentó frente a Eskil, echó una mirada de sorpresa al plato de madera lleno de papilla de cebada, grasa y carne de cerdo, apartó el plato y puso su mano llena de cicatrices encima de la de Eskil.

—Eskil, hermano mío —empezó—. Tienes que entender una cosa sobre Harald y yo. Cabalgamos durante muchos años con la muerte como compañera. En la hora de maitines, con los estimados hermanos templarios, nunca sabíamos quiénes nos faltarían a la hora de cantar vísperas. Vi morir a muchos de mis hermanos, también los que eran mejores que yo. Vi las cabezas decapitadas de algunos de los hermanos mejor preparados clavadas en puntas de lanza debajo de la muralla de Beaufort, la fortaleza de la que te hablé ayer. Dejo la pena para el momento de la oración, no creas que no me entregaré a la oración cuando tú te hayas dormido. No creas que no me ha impresionado fuertemente lo que me contaste.

—La guerra en Tierra Santa te dio unas costumbres peculiares —murmuró Eskil, pero de repente se sintió preso de la curiosidad—. ¿Había muchos templarios mejores que tú, hermano?

—Sí —contestó Arn con el semblante serio—, Harald es testigo de ello, pregúntaselo a él.

—Bueno, ¿qué dices, Harald? —inquirió Eskil.

—Que es verdad y no es verdad —respondió Harald, y levantó la cabeza del plato lleno de papilla y grasa de cerdo al que había mostrado más dedicación que Arn—. Cuando llegué a Tierra Santa me creía un guerrero, ya que no había hecho más que luchar desde los catorce años y pensaba que me contaba entre los más hábiles con la espada. Esa equivocación me costó muchos moratones. Los templarios eran guerreros de los que nunca había visto ni soñado; un templario era como cinco hombres normales, decían los sarracenos. Y les doy la razón. Pero también es verdad que había algunos templarios muy superiores a los demás y el que llamaban Arn de Gothia, tu hermano, estaba entre ellos. En el Norte no existe un espadachín que se pueda medir con Arn, lo juro por la Virgen.

—No blasfemes en el nombre de la Madre de Dios —dijo Arn, severo—. Recuerda a los espadachines de Guy de Carcassonne, Sergio de Livorne y, ante todo, Ernesto de Navarra.

—Sí, los recuerdo bien a todos —respondió Harald, desenvuelto—. También debes recordar tú nuestro acuerdo de que, en cuanto pisásemos tierra nórdica, yo ya no sería tu sargento ni tú mi señor para ordenarme, sino tu hermano noruego. Y a ti, Eskil, te digo que los nombres que Arn ha mencionado eran los de los mejores espadachines de todos. Pero ya están todos muertos y Arn no.

—Eso no es debido a espada, lanza o caballo —repuso Arn, fijando la mirada en la mesa—. La Virgen mantenía Sus dulces manos protectoras sobre mí porque tenía un designio.

—Un espadachín vivo es mejor que uno muerto —comentó Eskil, lacónico, y con un tono de voz que daba por acabada la discusión—. Pero la papilla de cebada con grasa parece no sentarle bien a nuestro espadachín, ¿verdad?

Arn admitió que no solía rechazar las dádivas de Dios en la mesa pero que le costaba mucho comer la grasa líquida de cerdo, aunque comprendiese que esa comida ayudaba a soportar el frío invierno nórdico.

A Eskil le divertía que su hermano todavía fuese tan remilgado con la comida. Envió a uno de los comensales de la mesa de los remeros, situada al otro lado del fuego largo, a la despensa del barco para que trajese del último pañol unos jamones de Arnäs y un fajo de salchichas ahumadas de Lödöse.

Después de la comida, en la que cada uno comió lo que le vino en gana, Eskil se acercó al fuego y cogió un trozo de carbón. Al volver a la mesa apartó con el codo todos los restos de la comida y con trazos rápidos dibujó en la tabla el camino desde Lödöse, cerca del río Göta, hasta el lago Vänern pasando por Arnäs y hasta la desembocadura del Tidan, donde su viaje por río había comenzado. Iban por ese río camino de Forsvik junto al lago Vättern y cruzado éste el viaje seguiría por el lago Boren hasta la ciudad de Linköping. Desde allí salían otras rutas que llegaban hasta Svealand, al norte, o bien a Visby y Lübeck, en el sur. Ésta era la espina dorsal del reino de sus negocios, explicó con orgullo. Él controlaba toda el agua desde Lödöse hasta Linköping, suyos eran todos los barcos, tanto los fluviales como los más grandes y redondos que navegaban por el Vänern y el Vättern, al igual que arcones de arrastre que se encontraban en las cataratas de los Trolls, en el río Gota. Más de quinientos hombres, la mayoría siervos liberados, hacían navegar sus barcos en esas rutas. Solamente durante el frío más intenso, algún invierno se veía obligado a parar el comercio durante unas semanas.

Arn y Harald habían seguido en silencio las líneas que Eskil trazaba con su pedazo de carbón y asintieron con la cabeza. Sería algo grande, admitieron sinceramente, poder enlazar el mar del Oeste y Noruega con el mar del Este y Lübeck. De esta manera podrían engañar al poder danés.

Pero entonces la cara de Eskil se oscureció y su alegre confianza en sí mismo se

desvaneció. ¿Qué querían decir con eso? ¿Qué sabían ellos de los daneses?

Arn explicó que cuando navegaban por la costa de Jutlandia habían pasado por el fiordo Limfjorden. Entraron para que Arn pudiese rezar y donar un poco de oro al monasterio en el que había pasado casi diez años de su infancia. En Vitskøl fueron informados de unas cuantas cosas. Dinamarca era muy poderosa y estaba unida, primero bajo el mandato del rey Valdemar, y luego bajo el de su hijo Knut. Los guerreros daneses eran más parecidos a los guerreros francos y sajones que a los nórdicos, y la fuerza de Dinamarca, tan fácil de detectar a simple vista, ciertamente se usaría. Crecería, y lo más probable, a costa de los países germanos.

Sin embargo, desde Noruega era posible navegar hasta Lödöse por el río Göta sin ser apresado por los daneses y sin ser obligado a pagarles aranceles. Pero enviar mercantes al sur desde Lödöse por entre las islas danesas hasta Sajonia y Lübeck no sería posible sin tener que pagar unos fuertes derechos.

Y no sería recomendable buscar pelea sobre los derechos de aduanas, puesto que el más fuerte rápidamente usaría la guerra para salirse con la suya. Lo que principalmente debía evitarse era la guerra contra el gran poder danés.

Eskil objetó con suavidad que, para mantener a los daneses tranquilos, podrían intentar entablar amistad con ellos mediante un matrimonio, pero tanto Harald como Arn se rieron con tanta descortesía que Eskil se molestó y estuvo taciturno un buen rato.

—Harald y yo hemos hablado de una manera de reforzar tu comercio y creo que te alegrará saberlo ahora —dijo Arn—. Apoyamos de todo corazón tu comercio, estamos de acuerdo con que lo estás llevando muy bien, así que escucha nuestra propuesta. En Lödöse se encuentra nuestra nave, la que Harald, como buen timonel noruego que es, puede gobernar por cualquier mar. Nuestra propuesta es que Harald la pilote entre Lofoten y Lödöse a cambio de una buena recompensa en plata. Recuerda que es una nave con capacidad para tres caballos y dos docenas de hombres con todos los víveres y el forraje necesarios, además de diez carros de bueyes con mercancía de Lödöse. Ahora calcúlalo en salazón de pescado de Lofoten y verás que dos viajes cada verano doblarán tus ingresos en salazón.

—Así que te acuerdas de mi idea de las salazones de pescado... —dijo Eskil, algo más animado.

—Aún recuerdo la cabalgata que hicimos tú y yo de muy jóvenes hasta el concilio de todos los godos en Axevalla —respondió Arn—. Fue entonces cuando me explicaste cómo intentarías recoger bacalao de Lofoten con ayuda de nuestros familiares noruegos. Recuerdo que en seguida se nos ocurrió pensar en los cuarenta días de ayuno antes de Pascua y que al instante supe que sería una buena idea. Por aquel entonces era un niño monacal y ya había comido bastante *kabalao*. El pescado seco no cuesta menos ahora que entonces. Por tanto, será bueno para tus negocios.

—En verdad somos hijos de nuestra madre Sigrid —señaló Eskil, muy sentimental, e hizo un gesto para que le trajeran más cerveza—. Ella fue quien

primero entendió lo que ahora comentamos. Nuestro padre es un hombre honrado, pero sin ella no habría acumulado mucha riqueza.

—En eso llevas razón —respondió Arn, desviando la cerveza que le servían a Harald.

—Así que tú, Harald, querrás entrar a nuestro servicio como timonel de ese barco desconocido, ¿es así? —preguntó Eskil, muy serio, cuando hubo tragado una cantidad considerable de cerveza fresca.

—Así es. Se trata de un acuerdo entre Arn y yo —respondió Harald.

—Veo que tienes una camisa nueva —comentó Eskil.

—Entre tus guardias en Arnäs hay varios noruegos, como bien sabes. Todos llevan los colores azules al estar a tu servicio y no necesitan la ropa que llevaban al llegar. A uno de ellos le compré esta camisa de los Birkebein y con ella me siento más a gusto que con los colores que siempre llevé en Tierra Santa —respondió Harald, no sin cierto orgullo.

—Dos flechas de oro cruzadas sobre un fondo rojo... —murmuró Eskil, pensativo.

—Tanto mejor, ya que el arco es mi mejor arma y tengo derecho a lucir estos colores —aseguró Harald—. El arco y la flecha eran las armas principales de los Birkebein en la lucha y en Noruega no había hombre capaz de medirse conmigo. En Tierra Santa no he empeorado.

—Eso es cierto —contestó Eskil—. Los Birkebein confiaban mucho en el poder del arco y en ello encontraban gran parte de la victoria. Tú fuiste a Tierra Santa en vuestro momento más triste. Un año más tarde, Sverre Munnsson llegó desde las islas Faroe. Birger Brosa y el rey Knut lo apoyaron con armas, hombres y plata. Ahora habéis ganado y Sverre es el rey. Pero todo eso ya lo sabes, ¿verdad?

—Sí, y por eso quise acompañaros hasta Näs para agradecerles al rey Knut y al canciller Birger que nos apoyasen.

—Ese derecho no te lo quiere quitar nadie —murmuró Eskil, preocupado—. Y tú eres el hijo de Øystein MØyla, ¿no es así?

—Sí, es cierto. Mi padre cayó a las afueras de Tónsberg, al lado de Re. Yo estaba allí, era muy joven. Huí de los vengadores hasta Tierra Santa y ahora volveré con nuestros colores.

Eskil asintió, volvió a beber y a ojos vista reflexionó mucho antes de decidir por dónde llevaría la conversación. Ambos vieron que no quería ser interrumpido y esperaron.

—Si tú eres el hijo de Øystein MØyla, podrías defender tus derechos a la corona real —dijo Eskil en el tono de voz que solía usar cuando hablaba de negocios—. Eres amigo nuestro, al igual que Sverre, y eso es bueno. Pero tienes una elección. Puedes elegir entre apoyar a los rebeldes y ser rey o morir. O bien puedes ir hasta el rey Sverre con un salvoconducto del canciller y del rey Knut y jurarle tu lealtad. Así están las cosas y no hay más.

—¿Y cuándo sería vuestro enemigo, pues? —preguntó Harald antes de haber reflexionado sobre el significado de este descubrimiento.

—Espero que en ningún caso —respondió Eskil igual de rápido y conciso—, si mueres en la lucha contra el rey Sverre, no tendrás mucho tiempo de ser enemigo nuestro; si vences, entonces seguirás siendo nuestro amigo.

Harald se levantó, asió la jarra de cerveza con ambas manos, la apuró y la dejó caer en la mesa con un golpe que hizo saltar el polvo de carbón del imperio comercial de Eskil. Luego alzó ambas manos indicando que necesitaba tiempo, señaló su cabeza y caminó tambaleándose ligeramente hacia la puerta mientras se arrebujaba en el manto rojo. Al abrir la puerta, la clara noche veraniega lo deslumbró y se oyó cantar a un ruiseñor.

—¿Qué habrás sembrado en la cabeza de nuestro amigo Harald? —preguntó Arn con el ceño fruncido.

—Algo que he aprendido de ti durante nuestro breve tiempo juntos, hermano. Es preferible decir ahora que más tarde lo que hay que decir. ¿Qué opinas tú de esto?

—Lo más sensato para Harald sería jurar lealtad a Sverre ya en el primer viaje —aseguró Arn—. Un rey no debería pagar mal al hijo de un héroe caído en su mismo bando. Que Harald hiciese las paces con Sverre sería lo mejor para Noruega, para Götaland Occidental y para nosotros, los Folkung.

—Yo opino lo mismo —dijo Eskil—. Pero los hombres que huelen la corona real no actúan siempre de la manera más sensata. ¿Y si Harald se uniese a los rebeldes?

—Entonces ese tal Sverre tendrá en su contra a un guerrero peor que todos los de Noruega —respondió Arn tranquilamente—. Pero lo mismo sucedería a la inversa. Si se uniese a Sverre, éste tendría una fuerza tan grande que la lucha por la corona se desvanecería. Conozco a Harald desde hace muchos años, lo he tenido a mi lado en la guerra. Es fácil entender que la cabeza le dé vueltas a aquel que, sin previo aviso, se entera de repente de que podría ser rey. También nos habría ocurrido a nosotros. Pero mañana, cuando reflexione, preferirá ser nuestro timonel en lugar de perseguir la corona noruega bajo el fuego y una lluvia de flechas.

Arn se levantó y rechazó con la mano el gesto de invitación de Eskil a seguir bebiendo cerveza, cogió unos cuantos pellejos de cordero, se inclinó dándole las buenas noches a su hermano y salió a la noche veraniega. De nuevo cantó el ruiseñor y la fría luz de la mañana cegó a Eskil en el momento en que la puerta se cerraba y él pudo estirarse a por más cerveza.

Arn cerró los ojos y respiró profundamente cuando reconoció la noche veraniega de su infancia. Había un fuerte olor a abedul y aliso y la niebla encima del río allá abajo se movía como un conjunto de ninfas bailando. No se veía una alma.

Se abrigó mejor con su fino manto de verano, cruzó el patio y entró en la dehesa en busca de soledad. De repente, entre la niebla se levantó un toro negro. Es fácil equivocar la distancia y el tamaño en la niebla, pensó Arn.

El toro empezó a rascar con la pata delantera y resoplar hacia él. Inseguro, Arn



sacó su espada y siguió camino hacia el otro lado de la dehesa. Miró de reojo por encima del hombro y vio que el toro pataleaba más fuerte, arrancando pedazos de hierba, y pensó que sería un problema explicarle a su hermano por qué se alejó de la cerveza tan sólo para cortarle las patas delanteras a un toro de la casa.

Sin embargo, alcanzó el otro lado de la dehesa sin ser atacado por el toro y se sentó debajo de un hermoso sauce que bañaba sus ramas inferiores en el río. Los ruiseñores cantaban a su alrededor desde todas las direcciones. Sonaban diferente aquí en el Norte, como si el aire límpido les diera una voz más clara.

Rezó por Knut, su hermano desconocido que murió por arrogancia juvenil y por las ganas de matar de un joven danés que quería sentirse un auténtico guerrero. Suplicó que los pecados de ese joven danés fuesen perdonados por Dios y por los hermanos del fallecido y que él mismo no padeciese anhelos de venganza.

Rezó para que la salud de su padre volviese, por Eskil y las hijas de éste y su hijo Torgils y por las hermanas que no conocía y que ya eran esposas.

Rezó por Katarina, la astuta hermana de Cecilia, para que se reconciliase consigo misma e implorase el perdón durante su estancia en Gudhem.

Finalmente rezó durante mucho más rato para que la Madre de Dios le concediera el don de la palabra ante el encuentro que le esperaba y que nada malo le sucediese a Cecilia y a su hijo Magnus antes de que todos estuviesen reunidos con la bendición de la Iglesia.

Al acabar sus oraciones, el sol ya salía como una bola de fuego a través de la niebla. Entonces reflexionó sobre la gracia que le había sido concedida, la gracia divina de que su vida se hubiese salvado a pesar de que sus huesos debieron de haberse emblanquecido bajo el sol implacable de Tierra Santa.

La Virgen se había apiadado de él más de lo que merecía. A cambio le había encargado una misión y él prometió no defraudarla. Con toda su capacidad trabajaría para cumplir Su voluntad, cosa que él consideraba como su más íntimo secreto desde el momento en que Ella se le había aparecido en la iglesia de Forshem.

Se envolvió con los pellejos de cordero, respiró hondo y se acostó entre las raíces del sauce que se estrechaban como un regazo. Muchas veces había dormido así, en la campiña, descansando después de las oraciones pero con un oído alerta para que no lo sorprendiesen los enemigos.

De repente se despertó como de costumbre sin saber por qué y desenvainó su espada en silencio, se puso en pie mientras movía los dedos para desentumecerlos y miró con cuidado a su alrededor.

Era una hembra de jabalí que caminaba entre las hojas de la orilla con ocho pequeños rayones detrás. Procurando no asustarlos con el destello de su espada, Arn se sentó a observarlos en silencio.

A la mañana siguiente salieron un poco más tarde de lo planeado. Algo tuvieron que ver con eso el humor irritado y los ojos rojizos de Eskil. Remaron directamente hacia el sur durante unas horas con cada vez mayor esfuerzo para los remeros, dado

que el río se iba estrechando y la corriente era más fuerte. Sin embargo, ya había pasado lo peor, era mediodía cuando llegaron al cruce del Tidan, donde bueyes y tiradores arrastrarían la nave hasta el lago Braxen. Tuvieron que esperar un poco, puesto que los tiradores subían con una nave desde la dirección opuesta y también necesitaban descansar tanto hombres como bueyes antes de enjaezarse de nuevo.

Se habían encontrado con varias naves durante el viaje y dos de ellas esperaban su turno delante para cruzar. Hubo quejas y murmullos entre los barqueros cuando su timonel desembarcó y empezó a ordenar a las dos naves que hicieran sitio. Las quejas se acallaron rápidamente cuando apareció Eskil en persona. Toda la gente y todas las naves eran de su propiedad.

Eskil, Arn y Harald llevaron sus caballos a tierra y se anticiparon a lo largo de la senda para los bueyes junto al camino de troncos para las naves. Arn preguntó si Eskil había echado cuentas para excavar un canal en lugar de mantener bueyes y gente para arrastrarlas. Y su hermano afirmó que costaría lo mismo, dado que el canal en ese caso se excavaría un poco más al sur, ya que la diferencia de altura en ese lugar era excesiva. Y con el canal más al sur se alargaría el tiempo del viaje, de modo que se saldría perdiendo de todos modos. Además, durante el invierno, cuando todos los transportes se hacían con trineos, este lugar se cruzaba tan fácilmente como el río helado. En invierno, a los barcos más pequeños se les colocaban patines en los fondos planos y así se podían arrastrar como trineos a lo largo del río.

Al comenzar la cabalgata se encontraron con los tiradores que arrastraban un barco pesadamente cargado, hierro del bosque del norte, creía Eskil. Estaban en el punto más alto, por lo que Eskil se les acercó y les advirtió a gritos que nadie dejara lo que llevaba en las manos para saludar a su señor.

Detuvieron los caballos y dejaron paso a los primeros bueyes y boyeros de la cuerda de tiro. Arn notó que los tiradores dominaban bien su trabajo, que todos llevaban calzado rústico, cerrado y de cuero, y que nadie lanzaba las miradas astutas y traidoras típicas de los siervos hacia los tres caballeros. Al contrario, varios de ellos soltaron la cuerda con una mano, saludaron y pidieron a la Virgen que bendijese al señor Eskil.

—Todos están liberados —explicó Eskil, respondiendo así a la mirada inquisitiva de Arn—. He comprado a algunos y les he dado libertad a cambio de trabajo, a otros les he dado trabajo a cambio de un sueldo y todos trabajan muy bien, tanto con el arrastre como con los campos que cuidan como arrendatarios. Es un buen negocio.

—¿Para ti o para ellos? —preguntó Arn con un ligero tono de burla.

—Para ambas partes —respondió Eskil sin atender al tono de voz de su hermano—. Es cierto que esta ruta comercial me proporciona mucha plata, pero también es verdad que esos hombres y sus descendientes vivirían mucho peor sin este trabajo. Quizá sea necesario haber nacido siervo para comprender su alegría en este arrastre.

—Tal vez —dijo Arn—. ¿Tienes más puestos de arrastre como éste?

—Uno más, al otro lado del lago Vättern, después del lago Boren. Pero no es

mucho si piensas que navegamos o remamos todo el camino entre Lödöse y Linköping —explicó Eskil con evidente satisfacción por la buena solución que había dado a todo.

Recuperaron el retraso que habían sufrido por la mañana al entrar en el lago Braxen y se dirigieron hacia el norte. Los vientos llegaban del suroeste y pudieron izar las velas, y en el siguiente río, hasta el lago Viken, seguían la corriente, cosa que facilitaba el remo. Dentro del lago Viken navegaban de nuevo a buena velocidad.

Llegaron a Forsvik a media tarde, recuperado el retraso gracias al viento favorable. Forsvik yacía como una isla entre el lago Viken y el lago Botten, que en realidad era una parte del Vättern. En un lado de Forsvik, el torrente era rápido y ancho; en el otro, la desembocadura era más estrecha y profunda y allí volteaban dos ruedas de molino. Las casas estaban construidas en un cuadrado grande, la mayoría eran pequeñas y bajas, excepto la casa principal, que estaba situada a lo largo de la orilla del lago Botten. Las construcciones eran de troncos grises y los tejados estaban recubiertos con turba y hierba. Unas cuantas vaquerizas se enclavaban a lo largo de la orilla.

Amarraron la nave en el embarcadero en el lado del Viken, donde estaban cargando otro barco parecido con carros que llegaban desde la otra orilla. Eskil explicó brevemente que las naves en el Vättern eran más grandes y sólo hacían el trayecto de ida y vuelta entre Forsvik y Vadstena, o al embarcadero de Mo, donde enlazaban con los barcos fluviales de Linköping. Y también había dos barcos pequeños y rápidos que navegaban entre Forsvik y la isla del rey, Visingsö.

Arn quiso ensillar en seguida su caballo para dar una vuelta, pero Eskil consideró que no podía mostrarse tan poca cortesía hacia los arrendatarios de la finca, puesto que también eran Folkung. Arn se dejó convencer, entraron a pie, llevaron los caballos al patio y los ataron al abrevadero. Ya habían causado mucho revuelo en la casa cuando notaron que el huésped no era un cualquiera.

La señora de la casa, emocionada, casi se cayó con la cerveza de bienvenida y Eskil bromeó diciendo que prefería recibir la cerveza dentro del cuerpo que no por encima. Él y Harald en seguida bebieron como hombres, mientras Arn, como de costumbre, hacía pocos honores a la cerveza.

La señora, con la toca de casada torcida, pronunció unas palabras asustadas explicando que el señor estaba en el lago vaciando las redes de trucha asalmonada y como ella no esperaba invitados, y dado que era muy pronto y que estaban haciendo la colada en la cocina grande y algunas excusas más, tardarían algo en preparar la bebida de la noche.

A Eskil se le ensombreció ligeramente el semblante, pero Arn se apresuró a decir que les iba muy bien, puesto que los tres tenían la intención de visitar los dominios de Forsvik, y que volverían al cabo de unas horas.

El ama se prosternó, aliviada, y no leyó el disgusto en los ojos de Eskil. De mala gana, éste se dirigió hasta su caballo, apretó la cincha gimiendo y quejándose antes de

llevar al animal hasta el otro lado del abrevadero para poder apoyarse con un pie, montó y se dejó caer pesadamente en la silla.

Arn y Harald ya habían preparado sus monturas. Arn le lanzó una mirada de complicidad a Harald y golpeó ligeramente a los caballos. Éstos pasaron al trote lento por delante de Eskil, pero sin sus jinetes. Cuando Eskil, con una mirada atónita vio a los caballos solos, Arn y Harald llegaron corriendo desde atrás y cayeron de un salto encima de los caballos con las manos en las ancas para luego caer sobre la silla y aumentar la velocidad, tal y como hacían todos los templarios en caso de alarma.

Pero a Eskil aquello no le divirtió en absoluto.

Primero cabalgaron hacia el sur. Delante del rectángulo de la finca se encontraba un huerto donde el lúpulo claro ya trepaba en los rodrigones hasta la altura de un hombre. Luego, en dirección a los rápidos y el puente donde crecían los manzanos que acababan de florecer, la tierra se había quedado como cubierta de nieve.

Después del puente sobre los rápidos se extendía la tierra de Forsvik. El primer campo estaba en barbecho y allí, ante su sorpresa, vieron cómo cuatro jóvenes a caballo practicaban unos contra otros con lanzas de madera y escudos. Los chicos estaban tan ocupados que no vieron cómo los tres desconocidos se quedaban apartados contemplando a los mozos durante un buen rato.

—Son de los nuestros, los cuatro son Folkung —explicó Eskil al levantar la mano y con un gesto hacer que los cuatro jóvenes jinetes se aproximaran a gran velocidad, saltaran de sus caballos y, llevándolos por las riendas, se inclinaran ante Eskil.

—¿Qué maneras extranjeras son ésas? Pensé que buscabais un lugar en la guardia real, con Birger Brosa o en mi casa —bromeó Eskil amablemente.

—Ésta es la nueva forma, así practican todos en la corte del rey Valdemar en Dinamarca y yo lo he visto —respondió el mayor de los chicos mirando fijamente a Eskil.

—Nuestra intención es aprender a ser caballeros —explicó uno de los más jóvenes con bravura, ya que Eskil parecía no haber entendido nada.

—¿Ah, sí? ¿Ya no basta con ser escudero? —preguntó Arn inclinándose en la silla y mirando severamente al niño que le había hablado a Eskil como a un pariente mayor que no entiende nada—. Dime, pues, ¿qué hace un caballero?

—Un caballero... —musitó el chico, inseguro al ver la sonrisa del escudero noruego a pesar de su intento de ocultarla tapándose la cara con la mano.

—Olvídate del noruegocho, amigo mío, ya que no sabe tanto —dijo Arn amablemente y sin la menor burla—. ¡Infórmame a mí! ¿Qué hace un caballero?

—Un caballero cabalga con lanza y escudo, socorre a las vírgenes necesitadas, mata a los poderes oscuros o al dragón, como san Jorge, y es el primero en defender el país en tiempos de guerra —respondió el chico muy seguro mirándolo fijamente a los ojos—. Los mejores caballeros del mundo son los caballeros templarios de Tierra Santa —añadió como para enfatizar lo que sabía.

—Entiendo —dijo Arn—. Que la Virgen mantenga Sus manos protectoras sobre

vosotros cuando practicáis por una causa tan buena; no os molestaremos más.

—¿La Virgen? Nosotros rezamos a san Jorge, que es el santo protector de los caballeros —respondió el niño, gallardo, y aún más seguro de que él era quien dominaba el tema.

—Sí, es cierto, muchos rezan a *Saint Georges* —dijo Arn dando la vuelta a su caballo para continuar viendo Forsvik—. Sin embargo, te mencioné a Nuestra Señora puesto que es precisamente la gran protectora de los templarios.

Cuando los tres hombres se habían alejado un poco, se rieron de lo lindo, pero los niños no oyeron sus risas, dado que volvían a cabalgar el uno contra el otro empuñando las cortas lanzas de madera con solemnidad y fuerzas renovadas, como si atacasen con espadas sarracenas.

Al anoecer, cuando volvían a Forsvik, ya habían visto lo que necesitaban. En el norte empezaba Tiveden, el bosque sin fin, según la leyenda. Allí había combustible y maderas en cantidades inconmensurables y además muy cerca. En el sur, a lo largo de la orilla del Vättern, había campos con pasto para cinco veces más ganado y caballos de los que ahora había en Forsvik. Pero los campos para cultivar cereales y hortalizas eran magros y arenosos y las casas estaban podridas y húmedas.

Eskil admitió que su deseo era que Arn viese Forsvik antes de decidirse. Un hijo de Arnäs debía ser dueño de una finca mejor y Eskil le propuso una de las fincas Hönsäter o Hälleki, en las laderas de Kinnekulle hacia el lago Vänern. Además, así serían vecinos, para alegría de ambos.

Arn, sin embargo, insistía en Forsvik. Admitía que habría que construir y mejorar mucho más de lo que había imaginado. Pero sólo costaría tiempo y sudor. Lo bueno de Forsvik era toda esa agua que movería las herrerías, los fuelles y los molinos. Otra cosa muy importante, que también Eskil había pensado, consistía en que Forsvik era el corazón de la ruta comercial de Eskil, por eso ponía a Folkung como arrendatarios, no a gente de categoría inferior. Quien dominaba Forsvik mantenía una daga contra toda la ruta. Por esa razón no había nadie más adecuado que un hermano de Arnäs. Eso era algo que había que tener en cuenta.

La otra cosa era el continuo ir y venir de barcos cargados en ambas direcciones entre Lödöse y Linköping. Porque si dependía de Arn, no tardarían en retronar las grandes herrerías en Forsvik. Si el hierro del bosque del Norte llegaba en barco desde Linköping, el acero y las armas continuarían hasta Arnäs y las rejas de arado hacia Lödöse. Si la piedra calcárea llegaba de Arnäs y Kinnekulle, los barcos continuarían hacia Linköping o volverían a Arnäs con argamasa. Y si de Linköping llegaban barriles con trigo sin moler, volverían con la harina en la otra dirección.

Podría decirse mucho más, pero para ser breves éstas eran las ideas de Arn. Traía, además, muchos artesanos extranjeros, no todos en Arnäs eran constructores de fortalezas. En Forsvik pronto fabricarían gran cantidad de nuevos productos que serían de utilidad para todo el mundo. Y que se venderían con un buen beneficio, añadió con tanta energía que Eskil no pudo sino estallar en risas.

En la cena se sentaron, como mandaba la tradición, el señor y la señora de la casa en el sitio principal junto con los tres distinguidos huéspedes, Eskil, Harald y Arn. Los cuatro niños con cardenales en el rostro y en los nudillos estaban sentados más abajo en la mesa. Sabían lo suficiente sobre hábitos y costumbres como para entender que el guerrero que les había formulado la pregunta infantil sobre los caballeros no era un soldado canalla cualquiera, puesto que estaba sentado al lado de su padre en el sitio principal. También recordaron que él, al igual que el señor Eskil, llevaba el león Folkung en la espalda de su manto y eso no le estaba permitido a un soldado. ¿Quién sería, pues, este hombre tan importante en su familia que trataba al señor Eskil como a un amigo íntimo?

Erling y Ellen, los señores de la casa, padres de tres de los niños de sueños caballerescos, se deshicieron en halagos y atenciones para con sus huéspedes en el sitio principal. En dos ocasiones, Erling ya había alzado su copa para que todos bebieran a la salud del señor Eskil. A la tercera tenía la cara roja y tartajeaba un poco como de costumbre al solicitar un brindis por el señor Arn Magnusson.

A Sune Folkesson, uno de los cuatro niños, hermano de crianza en Forsvik y el que más había hablado sobre cómo eran los caballeros y a quién dirigían sus oraciones, se le iba despertando un gran sentimiento de desconfianza en su interior.

Y cuando el amo Erling continuó dando las gracias a la Virgen, puesto que había regresado un templario del Señor tras muchos años en Tierra Santa, la sala quedó completamente en silencio. El joven Sune Folkesson pidió que la tierra se abriese y lo tragase. El señor Eskil vio la duda entre la gente, y animó a todos con la mano mientras alzaba la jarra hacia su hermano Arn. Todos bebieron, atónitos.

Después del brindis se hizo un silencio sepulcral y todas las miradas se clavaron en Arn, que no sabía qué hacer y mantenía la mirada baja.

Eskil no tardó en aprovechar la ocasión, dado que ya había hecho suya la regla de Arn de explicar las cosas desagradables o importantes cuanto antes mejor.

Se levantó, alzó la mano sin necesidad para pedir silencio y habló brevemente.

—Arn, mi hermano, es el nuevo señor de Forsvik, de todas sus fincas, todas las aguas de pesca y los bosques con lo que contienen, al igual que de toda la servidumbre. Ciertamente no os quedaréis sin nada, amigos Erling y Ellen, puesto que os ofrezco Hönsäter en Kinnekulle, lo que no es peor sino mejor. Vuestro arriendo será, pues, el mismo que en Forsvik, aunque la tierra de Hönsäter produce más. En presencia de testigos os entrego a ambos ahora esta bolsa con tierra de Hönsäter.

Y dicho esto sacó dos bolsas de piel que manipuló torpemente, escondiendo una de ellas y colocando la otra en las manos de Erling y Ellen, y les enseñó cómo cogerla entre las cuatro manos para recibir el regalo a partes iguales.

Erling y Ellen estaban sentados con las mejillas encendidas. Era como si les hubiese sucedido un milagro. Erling, sin embargo, pronto despertó y gritó que le sirvieran más cerveza.

El joven Sune Folkesson consideró que ya no podía seguir en su papel de tímido con la mirada baja. Razonando que a lo hecho pecho y que rectificar es de sabios, se levantó y caminó con pasos decididos hasta el sitio principal, en donde se arrodilló ante el señor Arn.

Su padre adoptivo hizo ademán de levantarse para apartarlo pero desistió porque Arn lo detuvo con un gesto.

—¿Y bien? —dijo Arn, dirigiéndose con amabilidad al joven arrodillado—. ¿Qué tienes que decirme esta vez, amigo?

—Que no puedo más que arrepentirme de mis estúpidas palabras ante vos, señor. Pero no sabía quién erais, creí que erais un escud...

El joven Sune casi se mordió la lengua al darse cuenta tarde de que en lugar de enmendar el error lo había agravado. ¡Llamar escudero a Arn Magnusson!

—No dijiste nada estúpido, amigo mío —respondió Arn, serio—. Lo que dijiste sobre los caballeros no estaba equivocado, tan sólo algo abreviado. Pero recuerda que eres un Folkung que habla con otro Folkung, así que ¡levántate y mírame a los ojos!

Sune obedeció y, al ver de cerca las cicatrices del rostro de Arn, le sorprendió que su mirada pudiera ser tan dulce.

—Dijiste que querías ser caballero, ¿reafirmas tus palabras? —preguntó Arn.

—Sí, señor Arn. ¡Ese sueño me importa más que mi vida! —respondió Sune Folkesson con tanto sentimiento que a Arn le costó mantenerse serio.

—Bueno —dijo Arn mientras se restregaba los ojos—, en ese caso, me temo que serás un caballero por muy poco tiempo y no serás de mucha utilidad. Pero mi oferta es la que ahora te hago: quédate conmigo aquí en Forsvik y yo seré tu nuevo padre adoptivo y profesor. Y te haré caballero. Esta oferta también incluye a Sigfrid, tu hermano adoptivo. Hablaré con vuestro padre acerca de ello. Pensadlo esta noche. Pide consejo a la Virgen, o a san Jorge, y dame la respuesta mañana.

—Puedo darle la respuesta ahora mismo, señor Arn —exclamó el joven Sune Folkesson.

—Te he dicho que me respondas mañana después de una noche de oración —replicó Arn, levantando un dedo en señal de advertencia—. No digas nada más. Obedecer y rezar es lo primero que tendrá que aprender quien quiera ser caballero.

Arn miró con una seriedad fingida al niño, que en seguida se inclinó, se retiró e, inclinándose una vez más, dio media vuelta y echó a correr como una flecha hacia sus hermanos, al final de la mesa. De reojo, Arn vio con una sonrisa cómo empezaban a hablar apasionadamente.

La Virgen lo ayudaba en todo lo que le había pedido, pensó. Ya tenía a sus dos primeros discípulos.

Ojalá también le asistiese en lo más importante de todo, lo que ya estaba increíblemente cerca, a menos de una noche y un día.

En el centro de la isla de Visingsö, a sólo un tiro de piedra del camino entre el castillo de Näs al sur y el puerto al norte, crecían los lirios más hermosos de todos,

azules y amarillos, como los colores de los Erik. Solamente a la reina Cecilia Blanka le estaba permitido cortar este regalo de Dios, so pena severa de látigo o peor para quien se atreviese a cortarlos por su cuenta.

A ese lugar se dirigía la reina junto con su más querida amiga, Cecilia Rosa, que era como la llamaban en el castillo del rey, en lugar de Cecilia Algotsdotter. A una distancia tras ellas cabalgaban dos doncellas. Hacía tiempo que se movían sin escolta, ya que la paz reinaba en el país desde hacía mucho y sólo había gente del rey en la isla.

Esa mañana, sin embargo, el interés principal de las dos amigas no eran los lirios. Tenían muchas cosas de que hablar, dado que sabían más de la lucha por el poder en el país que muchos hombres. Lo que ellas dos decidieran podría determinar que hubiese guerra o paz en el reino. Ellas tenían ese poder y ambas lo sabían. Al día siguiente sería el momento decisivo, cuando llegara el arzobispo con su séquito al consejo del rey.

Desmontaron al lado del camino un poco apartadas del campo de lirios, ataron sus caballos y tomaron asiento sobre unas rocas planas con inscripciones paganas, que habían sido arrastradas hasta allí para formar un lugar de descanso para la reina. Cecilia Blanka envió a las doncellas con un ademán, señalando severamente hacia los lirios.

Cecilia Rosa había evitado dar una respuesta a las cada vez más insistentes órdenes del canciller. Birger Brosa exigía que pronunciase los votos para ser abadesa e ingresar en su convento de Riseberga. Le había asegurado que en ese momento ella sería quien decidiese sobre Riseberga, tanto en lo espiritual como en lo comercial.

Los obispos estarían de acuerdo y sobre todo el nuevo abad de Varnhem, que era superior a Riseberga, el padre Guillaume, que veía en ello la voluntad de Dios si al mismo tiempo intuía oro y riquezas.

Así estaban las cosas. Si pronunciaba los votos, sería abadesa de Riseberga de inmediato. Pero la intención del canciller no era muy beata. Se trataba del poder y se trataba de la guerra o la paz. Durante los últimos años, Birger Brosa había defendido la idea de que el juramento de una abadesa sería tan bueno como la confesión y el testamento de otra.

La malvada madre Rikissa, la misma que había hecho sufrir a Cecilia Blanka y a Cecilia Rosa durante tantos años en Gudhem, había cometido perjurio en su lecho de muerte. En su confesión había asegurado que Cecilia Blanka había pronunciado los votos el último año de su estancia en Gudhem, lo cual implicaría que todos los hijos del rey Knut Eriksson habían nacido en pecado. Erik, el mayor, no podría heredar la corona si esa mentira fuese dada por cierta.

Si Cecilia Rosa era elegida abadesa y juraba que la reina jamás había pronunciado los votos, sino que sólo había seguido siendo una de las familiares en Gudhem, eso resolvería todo el problema. Ésa era la idea de Birger Brosa.

Al canciller no le faltaba razón con su exigencia. Jamás la había abandonado,



aunque Cecilia Rosa nunca pudo entrar en el lecho nupcial con Arn, como era su intención y estaba decidido, y en su lugar ambos fueron castigados con veinte años de penitencia. También había acogido a su hijo Magnus, nacido en pecado, como hijo propio al principio y luego como un hermano menor. No solamente lo había educado en Bjälbo, sino que también lo había introducido en el concilio como un miembro de su linaje. Además había hecho mucho para aliviar los sufrimientos de Cecilia Rosa bajo el mando de Rikissa. La había apoyado y ayudado como si ella y su hijo perteneciesen realmente al linaje de los Folkung, aunque sólo era una pobre penitente. Ahora, por tanto, tocaba pagar esa factura.

No era fácil contradecir la inteligencia de esos nítidos pensamientos, en eso estaban de acuerdo las dos Cecílias. Cecilia Rosa sólo pudo presentar una fuerte objeción ante el canciller. Decía que no podía pronunciar esos votos de convento, porque ella y Arn se habían jurado fidelidad y que después de la penitencia completarían lo que había sido interrumpido por rumores y leyes severas a partes iguales. Sería faltar a la palabra; sería pisar el juramento de Arn Magnusson.

Durante los primeros años después de acabada la penitencia, Birger Brosa había aceptado esa objeción, a regañadientes empero. Había asegurado muchas veces que él también deseaba y pedía que Arn Magnusson regresara ileso, puesto que para cualquier reino un guerrero de esa valía sería de gran utilidad. Un hombre así debería ser mariscal del consejo del rey, especialmente siendo un Folkung.

Pero ya habían pasado más de cuatro años desde el fin de la penitencia y no se había sabido nada más de Arn tras sus grandes victorias en Tierra Santa, que había explicado el difunto padre Henri. Actualmente, los cristianos habían perdido Jerusalén y miles y miles de guerreros cristianos habían caído sin que se supieran siquiera sus nombres.

No obstante, Cecilia Rosa nunca perdió la esperanza, todas las noches dirigía las mismas súplicas a la Virgen por el pronto regreso de Arn. Pero había un límite para la paciencia, al igual que para la esperanza. ¿Podría presentarse al día siguiente ante el consejo, ante el rey, el canciller, el mariscal, el tesorero, el arzobispo y los demás obispos y decir que no podía aceptar la vocación de ser abadesa porque el amor hacia un hombre era mayor? No, era un comportamiento difícil de imaginar. En cambio era fácil imaginar el escándalo que se armaría. Al fin y al cabo, el amor no era lo más grande de todo. Más importantes eran la lucha por el poder y la disyuntiva entre guerra y paz en el reino.

Cecilia Rosa jamás había expresado con tanta claridad y con tanto desaliento esta idea como lo hizo en ese momento. Cecilia Blanka la tomó de la mano para consolarla y ambas quedaron abatidas y calladas.

—Para mí habría sido más fácil —dijo finalmente la reina—. No soy como tú, jamás he amado a nadie más que a mí misma o a ti. Te envidio esos sentimientos, ya que me habría gustado conocerlos, pero no envidio la decisión que ahora tendrás que tomar.

—¿Ni siquiera amas al rey Knut? —preguntó Cecilia Rosa, aunque ya conocía la respuesta.

—La mayor parte de nuestra vida ha sido buena, le he dado una hija y cuatro hijos que viven y dos que murieron. No todo fueron alegrías y dos de los partos fueron horribles, como sabes. Pero no tengo derecho a quejarme. Piensa que tú pudiste vivir el amor y tuviste un hermoso hijo en Magnus. Tu vida podría haber sido mucho peor.

—Sí —respondió Cecilia Rosa—. Imagina que la guerra contra los Sverker hubiese acabado de otro modo y hubiésemos tenido que quedarnos para siempre en Gudhem. Tienes razón. Es injusto quejarse si la pena no es más grande que la que tenemos. Y siempre nos quedará nuestra amistad, aunque yo pronto lleve la toca y una cruz en el pecho.

—¿Quieres rezar por última vez a Nuestra Señora por una salvación providencial? —preguntó la reina Cecilia Blanka. Pero su amiga clavó la mirada en el suelo y negó lentamente con la cabeza. Era como si sus oraciones se hubiesen acabado a pesar de todo.

Desde los muelles del norte se acercaban a paso lento tres jinetes, pero las dos Cecílias no repararon en ellos, puesto que se esperaban muchos jinetes ante la reunión del consejo.

Las dos doncellas acababan de regresar del campo con los brazos llenos de las flores más hermosas y las entregaban riendo a la reina y a su amiga. Ambas tuvieron más lirios de los que pudieron llevar. La reina Blanka, como la llamaban, ordenó que buscasen unas cestas para dejar descansar los lirios. Si se mantenían en brazos durante mucho rato, se marchitaban fácilmente, como si odiasen la cautividad entre los hombres. Echó una mirada casual hacia los tres jinetes, que ya estaban muy cerca. Eran el tesorero el señor Eskil, algún noruego y un Folkung.

Y de repente se quedó paralizada por una sensación maravillosa que más tarde nunca pudo explicar. Era como una brisa o un aviso de la Virgen. Tocó ligeramente con el codo el costado de Cecilia Rosa, que estaba vuelta hacia las doncellas que se acercaban con las cestas.

Cuando ésta se volvió, primero vio a Eskil, a quien conocía bien. Un instante después vio a Arn Magnusson.

Arn desmontó de su caballo y se acercó lentamente hacia ella. A Cecilia se le cayeron todos los lirios y dio un paso confuso a un lado, como para no pisar las flores.

Ella le tomó las manos y se las estrechó, pero no pudo pronunciar palabra. Él también parecía completamente mudo; intentó mover la boca pero ni una palabra salió de entre sus labios.

Y ambos cayeron de rodillas cogidos de las manos.

—Durante todos estos años he suplicado a Nuestra Señora por este momento —dijo finalmente con voz insegura—. ¿Tú también lo hiciste, Cecilia, amada mía?

Ella asintió con la cabeza y contempló su rostro maltrecho, se sintió llena de una

compasión tremenda por las increíbles privaciones que se podían entrever tras todas esas lívidas cicatrices.

—Demos, pues, gracias a Nuestra Señora porque nunca nos abandonó y porque jamás perdimos la esperanza —susurró Arn.

Bajaron sus cabezas en oración a la Virgen, que tan claramente les había demostrado que nunca debe perderse la esperanza y que el amor en verdad es más fuerte que la lucha por el poder, lo más fuerte de todo.

# III

En el peñón del rey, aquel día sería recordado como el de la Gran Tormenta. Pocas veces se había visto a Birger Brosa tan enfadado. Aquél, que era conocido ante todo por mantener el tono tranquilo incluso en las conversaciones más difíciles, armaba ahora un gran escándalo que se podía oír por todo el castillo.

Sin embargo, no era así como habían empezado las cosas al entrar cabalgando Arn Magnusson acompañado de su hermano Eskil, la reina Blanka y Cecilia Rosa. Primero hubo abrazos y palabras emocionadas. Tanto el canciller como el rey habían recibido a Arn con lágrimas y alabanzas a Nuestra Señora. Pronto empezó a correr el vino blanco del Rin y todos hablaban a la vez. Parecía que iba a ser un día de auténtica alegría.

Pero la situación cambió de repente en cuanto Arn dejó caer un comentario acerca de la cerveza nupcial que le esperaba con Cecilia Rosa Algotsdotter.

Primero el canciller se comportó de la forma acostumbrada. Después se tornó frío y, en voz baja y con palabras amables, sugirió, aunque de manera imperativa, que sería mejor que el rey se retirase a la pequeña sala de consejos para tratar un asunto importante y que tanto él mismo como Arn y el tesorero Eskil deberían acompañarlo.

La sala de consejos se hallaba en la torre oriental del castillo. Lo único que había en la estancia era el trono de madera tallada del rey con las tres coronas, la silla del canciller con el león de los Folkung, la silla del arzobispo con la cruz, unos taburetes más pequeños forrados de cuero y una gran mesa de roble con sello, cera, pergamino y útiles de escritura. Las paredes de piedra encaladas estaban completamente vacías.

El rey estaba sentado tranquilamente en su gran silla debajo de una de las saeteras, de modo que los rayos de luz entraban en la sala pasando por encima de su cabeza. El canciller caminaba enfurecido por la habitación. Arn y Eskil se habían sentado sobre unos taburetes.

El canciller iba vestido con brillantes ropas extranjeras en gris y negro y en los pies calzaba unas babuchas de piel roja y dorada, el manto de los Folkung orlado de

armiño se desplegaba tras él como si fuera en contra del viento cuando paseaba arriba y abajo para calmar su ira. El rey, que al igual que el canciller había cultivado una prominente barriga desde que Arn los había visto por última vez hacía mucho tiempo, permanecía sentado con apariencia tranquila mientras esperaba. Se había quedado casi calvo.

—¡Amor! —bramó de repente el canciller en un tono de voz que demostraba que en absoluto se había tranquilizado—. ¡El amor es para zánganos y débiles, lloricas y ociosos, solteronas y siervos! ¡Pero para los hombres, el amor es el diablo, un sueño de locos que produce mayor desgracia que cualquier otro sueño, un escollo traicionero en el mar, un árbol que cae sobre la senda de los caballos, madre de asesinatos e intrigas, padre de traición y mentira! ¡Y esto, Arn Magnusson, es lo que vienes arrastrando tras todos estos años! ¡Amor! Ahora que la suerte o la desgracia del reino están en juego. Cuando tu linaje y tu rey necesitan de tu apoyo, nos rechazas. ¡Y esa deshonra la justificas con esta enfermedad de niños e insensatos, como un ocioso cualquiera!

El canciller se calló y continuó dando vueltas por la habitación haciendo rechinar los dientes. Arn permanecía sentado con los brazos cruzados, un poco recostado pero sin mover ni un solo músculo de la cara.

Eskil observaba el claro y pacífico día de verano a través de una de las saeteras y el rey Knut parecía examinarse las manos con interés.

—¡Ni siquiera te dignas contestarme, sobrino! —bramó el canciller con renovadas fuerzas en dirección a Arn—. Pronto llegará el arzobispo con su panda de obispos. Es una persona ladina y hombre de los Sverker, y los cobardes que lo rodean no se atreven a rechistarle. Es un hombre que quiere llevar la estirpe de los Sverker de nuevo a la corona, y entre sus argumentos de peso se hallan cartas tanto del Santo Padre de Roma como del conjurado Absalón de Lund. Ese riachuelo hay que ahogarlo antes de que se convierta en un torrente. Tú puedes ayudarnos a hacerlo, pero te niegas. ¡Por delirios de amor! Ahora te exijo que respondas.

El canciller se arrancó con rabia el manto y lo arrojó sobre la silla antes de sentarse. Parecía como si sus palabras lo hubiesen exaltado demasiado, y tal vez como si intentase recuperar su ser habitual.

—He pronunciado un juramento —dijo Arn en un tono expresamente bajo, como recordaba que solía hablar el propio Birger Brosa—. He jurado sobre mi honor y he jurado sobre mi espada, que es la espada de un templario y está consagrada a Nuestra Señora, que regresaría junto a Cecilia y que ella y yo cumpliríamos aquello que ya nos habíamos prometido hacer. No es posible retractarse de un juramento así, por mucho que os enoje, querido tío, o por muy inconveniente que resulte para vuestras intrigas. Un juramento es un juramento. Un juramento sagrado es todavía más fuerte.

—¡Un juramento no es un juramento! —berreó Birger Brosa, que parecía haber recuperado el enojo con la velocidad del rayo—. Un niño promete la luna. ¿Eso qué es? Palabrería infantil del todo ajena a la realidad de la vida. Entonces eras un crío,

ahora eres un hombre y además un guerrero. De la misma manera que el tiempo cura las heridas, también nos da sentido común y nos convierte en diferentes de lo que éramos de niños, y suerte que lo hace. ¿Crees que alguno de nosotros haría frente a aquello que prometimos siendo niños? Un juramento no es un juramento si se topa con los obstáculos que la misma vida pone en su camino. ¡Y Dios sabe que te encuentras ante un gran obstáculo!

—Yo no era ningún crío al pronunciar ese juramento —repuso Arn.

—Y durante todos los días de una guerra tan larga que ni siquiera os lo podéis imaginar he repetido ese juramento en mis plegarias a la Virgen. Y Ella ha escuchado mis plegarias, pues aquí estoy.

—¡Pero vistes un manto de los Folkung! —gritó el canciller con la cara enrojecida—. Un manto de los Folkung hay que llevarlo con honra.

Y además, ahora que lo pienso, ¿cómo puede ser? ¿Con qué derecho llevas tú, un penitente de veinte años que ha perdido herencia y pertenencia al linaje, el manto de los Folkung sobre tus hombros?

—Fui yo quien lo hice —intercedió Eskil, un poco temeroso al ver que Arn no pensaba responder al insulto—. Ocupo el lugar de mi padre como cabeza de la estirpe en Götaland Occidental. Yo fui quien cambió el manto templario de Arn por el nuestro. Lo acepté de nuevo y con plenos derechos en nuestra familia.

—Entonces, lo que ya está hecho no puede deshacerse —murmuró Birger Brosa, que parecía como si fuese a volver a sus cabales. Pero entonces se levantó de repente y empezó de nuevo a dar vueltas. Los demás hombres de la habitación intercambiaron cautelosas miradas. El rey se encogió de hombros; él tampoco había visto nunca a Birger Brosa comportarse de aquella manera—. ¡Cuánto mejor si ya llevas nuestro manto! —bramó de repente Birger Brosa, señalando acusadoramente a Arn—. ¡Mucho mejor! Porque ese manto no comporta sólo la protección contra el enemigo, el derecho a llevar espada donde te plazca y el derecho a cabalgar con escolta. ¡Ese manto conlleva también la obligación, tu maldita obligación o tu consagrada obligación, lo que prefieras, de hacer lo que sea mejor para nuestro linaje!

—A menos que vaya en contra de la voluntad de Dios o de un juramento sagrado —replicó Arn tranquilamente—. En cualquier otro caso haría lo que fuese por honrar nuestros colores.

—Entonces debes obedecernos, ¡si no ya puedes ponerte de nuevo tu manto blanco!

—De hecho conservo el derecho a llevar el manto templario —respondió Arn, e hizo una pequeña pausa, como recordaba que habría hecho Birger Brosa, antes de continuar—. Pero eso no sería aconsejable. Como templario no sirvo ni a canciller ni a rey que haya en el mundo, ni a obispo ni a patriarca, tan sólo sirvo a Su Santidad en persona.

Birger Brosa se detuvo en su ronda airada, y contempló a Arn con suspicacia, como buscando un rastro de burla o desprecio, antes de volver a sentarse y respirar

profundamente.

—Volvamos a empezar —dijo en voz baja como si finalmente hubiese logrado dominar su rabia—. Volvamos a empezar y analicemos la situación con calma. La hija de Sune Sik, Ingrid Ylva, pronto estará madura para entrar en el lecho conyugal. He hablado con Sune y tanto él como yo vemos la conveniencia de que Ingrid Ylva se convierta en un eslabón más de la cadena que estamos forjando para mantener la guerra a raya. Arn, tú eres el segundo hijo del jefe de la familia y además un hombre del que cantan y hablan las leyendas. Eres un buen partido. Vamos a impedir de dos maneras que los Sverker y la panda de obispos encuentren motivos para una nueva guerra. Una es que Cecilia Algotsdotter, quien Dios sabe que nos debe mucho, asuma la llamada del Altísimo y se convierta en abadesa de Riseberga. Cecilia sabe cómo están las cosas con la falsa confesión de la madre Rikissa y el falso testamento de que la reina Blanka habría pronunciado los votos durante su difícil época en Gudhem. Cecilia dice estar dispuesta a jurarlo y todos nosotros la creemos. ¿Entiendes todo esto?

—Sí, lo entiendo —contestó Arn—. Pero tengo objeciones que me reservo hasta que haya oído la segunda parte.

—¿La segunda parte? —repitió Birger Brosa, poco acostumbrado a que alguien dijese con tamaña tranquilidad que tenía objeciones cuando disponía sus palabras de la mejor manera posible.

—Sí —dijo Arn—. De dos maneras íbamos a mantener atrapados a los Sverker en la garra de la paz con nuestras astutas intrigas. La primera era convertir a Cecilia en abadesa, algo que más bien es asunto de la Iglesia que nuestro. ¿Y la segunda?

—¡Que alguien de categoría de nuestra estirpe se case con Ingrid Ylva! —respondió Birger Brosa, que pareció como si de nuevo tuviese dificultades para contener su ira.

—Entonces os diré lo que pienso —contestó Arn—. Vos convertís a Cecilia en abadesa de Riseberga, aunque por derecho es cosa de la Iglesia y de los cistercienses. De todos modos supongamos que lográis lo que os proponéis, así ponemos a prueba vuestro razonamiento. La madre Cecilia, abadesa que acaba de pronunciar los votos, presenta su juramento ante el obispo, pues según las reglas tendrá que ser ante él. El arzobispo se encuentra entonces ante un nudo difícil de deshacer. Podrá hacerlo de dos maneras: puede exigirle a Cecilia la ordalía, una prueba de Dios de que sus palabras son ciertas si no la quema el hierro candente, o también puede escribir acerca del asunto a Roma. Si es el conspirador que decís, optará por lo último, pues con el hierro candente nunca se puede saber seguro. Y si escribe a Roma acerca del asunto, elegirá sus palabras de modo que parezca que la nueva abadesa está jurando en falso. Con ello se resuelve su dificultad. Pronto el Santo Padre excomulgaría a Cecilia. De modo que no habríamos ganado nada pero sí perdido mucho.

—No puedes estar seguro de que las cosas irían así de mal —repuso Birger Brosa con su tono habitual y tranquilo.

—No —dijo Arn—, nadie puede saberlo. Sólo creo que sé mejor que vos, querido tío, los caminos que conducen al Santo Padre y que, por tanto, mi pronóstico será mejor. Pero no puedo saberlo, y vos tampoco.

—Bueno, ninguno de nosotros puede saberlo. Y si no lo intentamos con esta maniobra, tampoco lo sabremos nunca. No acierta quien no se atreve a tensar el arco.

—Cierto, pero el riesgo de empeorarlo es grande y evidente. Por lo que se refiere a Ingrid Ylva, os deseo todo el éxito en vuestros planes de lecho conyugal. Pero yo he dado mi palabra de que contraeré matrimonio con Cecilia Algotsdotter.

—¡Toma a Ingrid Ylva como esposa y luego manosea cuanto quieras a tu Cecilia! —gritó Birger Brosa—. ¡Es lo que hacemos todos! Una cosa es con quién debemos vivir bajo el mismo techo, y con quién debemos tener nuestros hijos, que es lo mismo. Pero lo que se haga a partir de ahí por placer, lo que tú en tu locura llamas amor, eso es otra cosa. ¿Acaso crees que Brígida y yo nos amábamos cuando se cerró el trato en nuestra cerveza de compromiso? Brígida era mayor que yo y más fea que el diablo, es lo que me pareció entonces. No era una rosa recién florecida, sino la viuda del rey Magnus. Sin embargo, nuestra vida fue buena y hemos criado a muchos hijos varones, y lo que tú llamas amor llega con el tiempo. ¡Debes hacer como hacemos todos! ¡Serás un gran guerrero y se cantará mucho sobre ti, aunque seas sólo uno de los que perdieron la Tierra Santa! Pero ahora estás en casa entre nosotros y aquí tendrás que ceder y ser como la gente normal. Más que eso, ¡comportarte como un Folkung!

—Aun así me fiaría poco del consejo de mi tío de pecar con una abadesa —contestó Arn con cara de disgusto—, Cecilia y yo ya hemos sido suficientemente condenados por el pecado carnal, y cometer un pecado irremediable como amar en carne a una abadesa me parece un consejo especialmente malo.

En ese mismo instante, Birger Brosa comprendió que su ira le había jugado una mala pasada y que por primera vez desde su juventud había dicho una locura. Aconsejar tener a una abadesa como concubina debía de ser lo más estúpido que había dicho jamás en una de esas negociaciones que estaba acostumbrado a ganar siempre.

—¿Y tú, Knut, mi rey y amigo de la infancia? —aprovechó Arn mientras Birger Brosa se revolvía en su propia trampa—. ¿Cuál es tu opinión? Quiero recordar que una vez me prometiste a Cecilia a cambio de que te acompañase en el viaje que terminó con la muerte del rey Karl Sverkersson. Veo que todavía cuelga de tu cuello la cruz que le quitaste a la víctima. Y bien, ¿cuál es tu opinión?

—No creo que sea asunto de un rey hablar a favor o en contra —respondió Knut, inseguro—. Eso de lo que habláis Birger y tú con tanto apasionamiento pertenece a vuestra familia y mal estaría que el rey se entrometiese en cosas que se refieren a los matrimonios de otras familias.

—Pero me diste tu palabra —repuso Arn con frialdad.

—¿Ah, sí? No lo recuerdo —dijo el rey, sorprendido.



—¿Recuerdas aquella vez en que me ibas a convencer para que te acompañase a Näs, cuando íbamos a navegar en ese pequeño barco negro sobre hielo y agujeros en plena noche?

—Sí, y tú eras mi amigo. Tú estuviste a mi lado en el momento de peligro, nunca lo olvidaré.

—Entonces también recordarás que primero tiramos con un arco y si yo te ganaba sería por Cecilia. Y yo te vencí. Tengo la palabra de un rey.

El rey Knut respiró profundamente y se mesó la barba encanecida mientras pensaba.

—Hace mucho tiempo de eso y tengo dificultades para recordar cuáles fueron las palabras exactas —empezó a decir, dudoso—. Pero puesto que entonces yo no era rey y no lo sería hasta al cabo de muchos años, no puedes tener la palabra de un rey...

—Entonces tendré al menos la palabra del hijo de un rey, Knut Eriksson, las palabras de mi amigo —replicó Arn.

—Entonces era muy joven, al igual que tú —continuó el rey con una voz más segura—. Y, siendo así, se puede decir lo mismo que dijo nuestro canciller acerca de que un niño promete la luna. Pero eso no es nada decisivo. Porque, como he dicho, el rey debe cuidarse mucho de entrometerse en los asuntos propios de otro linaje. Esto es algo entre vosotros, los Folkung. Pero una cosa debes saber: ahora soy tu rey, entonces no lo era. Ahora no debes preguntar qué puede hacer tu rey por ti, pregunta más bien qué puedes hacer tú por el rey.

—¿Qué puedo hacer por el rey? —preguntó Arn de inmediato.

—Entrar en el lecho conyugal con Ingrid Ylva y liberar a Cecilia Algotsdotter del juramento y la promesa, de modo que ella pueda ser nuestra abadesa en Riseberga —respondió el rey con la misma rapidez.

—Eso es imposible. Tenemos un juramento ante Nuestra Señora. ¿Qué más puedo hacer?

El rey dudó un instante y miró hacia Birger Brosa, pero éste suspiró mirando al cielo, indicando que el círculo se había cerrado y volvían a estar al principio.

—¿Puedes jurarme tu fidelidad? —preguntó el rey como si cambiase de tema de conversación.

—Ya lo hice cuando éramos jóvenes. Mi palabra sigue siendo firme, aunque la tuya no lo sea —respondió Arn.

Entonces el rey sonrió por primera vez durante esta disputa y asintió con la cabeza como si pensase que esta vez la flecha de Arn había dado en el blanco.

—Cuando no era rey no pudiste jurarme tu fidelidad como a un rey y eso es diferente. Ahora soy rey —contestó lentamente pero con firmeza.

—¿Te han jurado fidelidad mi tío y mi hermano? —preguntó Arn, y los otros tres hombres de la habitación asintieron con la cabeza.

Sin más argumentación, Arn desenvainó la espada y cayó de rodillas ante el rey Knut. Colocó ante sí la espada con la punta sobre el suelo de piedra y la tomó con

ambas manos tras haberse santiguado primero.

—Yo, Arn Magnusson, juro que mientras seas mi rey y el de los Folkung te seré fiel a ti, Knut Eriksson en... *auxilium et consilium* —dijo sin dudar hasta que llegó a las palabras en latín. Entonces se levantó, envainó la espada, regresó a su taburete y se sentó.

—¿Qué has querido decir con esas últimas palabras extranjeras? —preguntó el rey.

—Es lo que debe jurar un caballero, no sé decirlo en nuestra lengua pero no es menos válido en la lengua de la Iglesia —explicó Arn, encogiéndose ligeramente de hombros—. *Auxilium* es una cosa que te juré, significa ayuda... o apoyo... o mi espada, tal vez se pueda decir.

—¡El rey no necesita tu espada ahora, sino tu miembro! —murmuró Birger Brosa—. ¡A menos que estés pensando con él! —añadió, todavía más enojado.

Arn fingió no haberlo oído y en los ojos de su amigo de la infancia pudo ver que en esos momentos valía más no hacerlo.

—*Consilium* es lo segundo que un caballero le promete a su rey —prosiguió Arn—. Significa que he jurado ayudarte siempre con consejos verdaderos y lo mejor que pueda.

—Bien —dijo el rey Knut—. Dame entonces ahora mismo un consejo. El arzobispo Petrus habla mucho de expiar mi pecado por haber matado tiempo ha a Karl Sverkersson. No sé cuánto hay de pura fe en Dios en sus palabras y cuánto responde a la voluntad de fastidiar. Ahora quiere que, como compensación, envíe una cruzada a Tierra Santa. ¿Acerca de esto debes de tener alguna opinión, tú que has luchado allá durante más de veinte años?

—Sí, desde luego. Construye un monasterio, haz donación de oro y bosques, construye una iglesia, compra reliquias a Roma para la catedral del arzobispo. Cualquier cosa, y en el peor de los casos todo, cualquier cosa mejor que cruzadas. Si mandas a los Erik y a los Folkung a Tierra Santa, morirán todos como perros y eso no generará nada más que tristeza.

—¿Y eso dices saberlo tan seguro? —preguntó el rey—. ¿Crees que el valor de nuestros pechos no sería suficiente, ni nuestra fe lo bastante fuerte, ni nuestras armas lo bastante buenas?

—¡No! —exclamó Arn.

Y se hizo un abatido silencio en la habitación.

En el momento de mayor estruendo en la sala del consejo en la torre oriental, la reina Blanka y Cecilia Rosa subieron a lo alto del parapeto de la torre occidental para poder estar tranquilas y esconderse de todas las miradas inquisitivas. Por el modo en que retumbaba la voz de Birger Brosa a través de las saeteras, todo Näs tenía claro que la noche que les esperaba sería más bien de riña y discrepancia que no de alborozo, aunque eran pocos los que en realidad comprendían a qué venía tanto escándalo.

Sin embargo, las dos Cecilias lo entendían perfectamente. La ira pocas veces antes vista en Birger Brosa era porque Arn Magnusson se estaba enfrentando a él. Arn decía que iba a mantenerse fiel a su juramento y Birger Brosa decía que debía desentenderse del juramento para que Cecilia Rosa pudiese entrar en el convento de Riseberga, convertirse en abadesa y luego devolver los favores que les debía.

Así estaban las cosas en la sala del consejo, estaba más claro que el agua.

Intentaron escuchar lo que se decía pero sólo lo oían con claridad cuando tomaba la palabra Birger Brosa, que bramaba una y otra vez con desprecio acerca del amor.

Cecilia Rosa estaba como paralizada, incapaz de pensar. Aquello que durante muchos años había sido como un sueño imposible se había hecho realidad, algo tan cierto como que ella estaba viva y respiraba. Pero, a cambio, esa realidad parecía un sueño. Allí estaba Arn, a menos distancia que un tiro de flecha. Era cierto pero, sin embargo, inconcebible. Sus pensamientos giraban en círculos que era incapaz de romper.

La reina Blanka pensaba con mayor claridad. Sabía que había llegado un momento decisivo.

—¡Ven! —le dijo a Cecilia Rosa y la tomó de la mano—. Bajaremos un piso, beberemos un poco de vino blanco y decidiremos qué vamos a hacer. No sirve de nada estar aquí escuchando el ruido de los hombres.

—¡Mira! —exclamó Cecilia Rosa, señalando por encima del parapeto como si estuviese medio dormida—. Ahí llega el arzobispo y su séquito.

Arriba, por el camino que llegaba desde el puerto del norte, centelleaba la cruz arzobispal con sus rayos adicionales de plata que un jinete adelantado llevaba encabezando la procesión. Detrás del jinete portador de la cruz se veían muchos colores de los mantos de los obispos pero también de toda la escolta que solía acompañar a los obispos; en su mayoría, mantos rojos, pues el arzobispo era un hombre de los Sverker.

—¡Sí! —dijo Cecilia Blanka—. Los he visto venir y de golpe he sabido cómo vamos a poder arreglarlo todo antes de que los hombres se percaten siquiera de qué ha ocurrido. ¡Ahora ven!

Y se llevó a Cecilia Rosa a rastras a la cámara real, un piso más abajo, ordenó que les trajeran vino y empujó con decisión a su amiga sobre un montón de almohadas y cojines francos y de Lübeck. Se acomodaron sin decir nada; Cecilia Rosa parecía que estaba más en un ensueño que despierta.

—Ahora debes centrarte, amiga mía, las dos debemos hacerlo —dijo la reina con determinación—. Debemos pensar algo, decidírnos y, sobre todo, tenemos que hacer algo.

—¿Cómo puede oponerse el canciller a la voluntad de Nuestra Señora? Sencillamente no lo comprendo —comentó Cecilia Rosa en voz baja, como si no hubiese oído las palabras de su querida amiga acerca de ideas cuerdas y decisiones rápidas.

—¡Para los hombres es así! —aseguró la reina en tono despectivo—. Si ven que los planes de Dios y de los santos de Dios coinciden con los suyos propios, entonces bien. Si sus propias ideas acerca del poder van por otro camino, entonces Dios ya se las apañará para seguirlos. Así es como son. Pero ahora vamos escasas de tiempo, ¡tienes que centrarte y debemos pensar con claridad!

—Lo intentaré —accedió Cecilia Rosa, respiró profundamente y cerró los ojos—. De verdad que lo voy a intentar, lo prometo. Pero también tienes que comprender que no es tan fácil. Justo en el momento en que, tras todos estos años, he dudado por primera vez, la Virgen me ha traído a Arn. ¿Qué ha querido decir con eso? ¿No es extraño?

—Sí, es algo más que extraño —se apresuró a admitir Cecilia Blanka—. Cuando estábamos allí sentadas, en el campo de lirios, tuya era la desgracia y mía la suerte. Ibas a renunciar a tu sueño por mí, por nuestra amistad. Yo estaba triste aunque no sorprendida de que estuvieses dispuesta a resignarte a causa de nuestra amistad.

—Tú habrías hecho lo mismo por mí —comentó Cecilia Rosa, como ausente.

—¡Ahora despierta, querida amiga! —dijo la reina con firmeza—. Está sucediendo en este mismo momento. Ahora yo debo hacer lo mismo por ti, tal como Nuestra Señora nos ha enseñado. A ti no te corresponden el velo y la cruz, a ti te corresponde el lecho nupcial de Arn Magnusson, ¡y cuanto más de prisa, mejor!

—¿Pero qué podemos hacer cuando los hombres están ahí discutiendo acerca del asunto? —preguntó Cecilia Rosa, desesperada.

—¡No seas boba, no es propio de ti! Sé tú misma, querida Cecilia —dijo la reina con impaciencia—. Ahora vamos a pensar y a actuar, y nada de soñar. ¿Recuerdas aquella vez en Gudhem en que utilizamos la confesión como arma?

—Sí... —respondió Cecilia Rosa, pensativa—. ¡Sí! Cuando en nuestra confesión nos lamentábamos con amargura de nuestros malos sentimientos e insinuábamos una venganza anticristiana y que incitaríamos a los Folkung, al rey y al canciller si no recibíamos un trato más suave. ¡Esas flechas tuvieron más efecto de lo esperado!

—¡Exacto! —dijo la reina, animada al ver cómo Cecilia Rosa de repente parecía haberse despertado—. Y hoy vamos a hacer lo mismo. El arzobispo pronto estará ahí fuera, sentado en su tienda, intentando hacerse el bueno con el pueblo antes de la celebración del consejo. Muestra su amor a las ovejas más pequeñas de Dios, el muy hipócrita. Y quien quiere puede ir y besar el anillo obispal y confesarse. Eso también incluye a la reina y a la *yconoma* de Riseberga...

—¿Qué mensaje vamos a enviar esta vez con nuestra confesión? —preguntó Cecilia Rosa, excitada, con los ojos chispeantes y de nuevo con color en las mejillas.

—Yo explicaré cómo me ha atormentado la decisión de enviar a mi querida amiga a un convento en beneficio propio, por el derecho de mis hijos a heredar la corona. Eso, además, es cierto. ¿Deberías convertirte en abadesa por más motivos que la simple llamada divina? Esto me atormenta y lo quiero confesar. Y luego te toca a ti y entonces...

—¡No, no digas nada! Déjame pensar primero. ¡Sí! Yo confieso que he visto realizarse un milagro de Nuestra Señora cuando Ella ha escuchado mis plegarias y las de Arn durante más de veinte años y lo ha mandado ileso de regreso a casa. Y cómo su sagrado juramento está a punto de cumplirse... cómo Nuestra Señora, con ello, nos prueba lo grande que puede ser el amor, que nunca debemos abandonar la esperanza... y de qué modo me atormenta el hecho de que se me pida cumplir con mis obligaciones terrenales entrando en un convento en lugar de recibir el regalo de Nuestra Señora. Todo esto también es cierto; al igual que tú, yo tampoco profanaría la confesión al decirlo. ¿Crees que estas palabras serán suficientes?

—Estoy segura —contestó la reina—. Creo que nuestro ilustrísimo arzobispo recordará pronto las palabras de Dios acerca del milagro del amor. Se convertirá en un acérrimo luchador por el amor entre Arn y tú, que no debe ser profanado, porque...

—¡Entonces todos pecaríamos gravemente al rechazar la clara y manifiesta voluntad de Nuestra Señora! —exclamó Cecilia Rosa, riendo.

Ambas estaban ahora muy animadas y no paraban de hablar interrumpiéndose la una a la otra. Además, a Cecilia Blanka se le ocurrieron nuevos planes acerca de cómo celebrar aquella noche el banquete de un modo que imposibilitase el camino al convento. Cecilia Rosa se asombraba y se sonrojaba ante las artimañas de su amiga. Pero de repente se dieron cuenta de que no tenían tiempo que perder, se tomaron de las manos y bajaron por la tortuosa escalera como si fuesen unas jovencitas corriendo hacia la confesión completamente verdadera que convertiría todos los planes de los hombres en ruinas. Sin embargo, al salir al patio se obligaron a detenerse de golpe, agacharon las cabezas y caminaron tranquilas y con seriedad hacia la tienda del arzobispo, que estaba fuera de las murallas.

La gran trifulca de la sala del consejo de la torre oriental se había calmado y había pasado a ser una extensa conversación como consecuencia de las duras palabras de Arn sobre lo inútil de enviar una cruzada desde las tierras de Gota y de Svea. Tanto el rey como el canciller se habían sentido ofendidos por su forma concisa de decir que no a la pregunta acerca de la utilidad de los hombres nórdicos.

Arn se había visto forzado a ser más claro y lo que les explicó hizo a los demás escuchar con atención y espanto. Había empezado por decir que, para que los cristianos pudiesen recuperar Tierra Santa ahora, tras la caída de Jerusalén, sería necesario un ejército de, como mínimo, sesenta mil hombres. Y que era muy difícil mantener a un ejército así con agua y comida, de modo que había que mantenerse en constante movimiento y entregarse al saqueo por el camino. Por tanto, sería imposible sobrevivir sin una fuerte caballería, algo que por sí mismo convertía a los guerreros nórdicos en inservibles. Y sesenta mil hombres era una cantidad tan inmensa que implicaría a todo hombre que supiese manejar armas tanto de Svealand como de las dos tierras de Gota.

Bien, si se limitaban a hacer lo que exigía la Iglesia —cumplir con las

obligaciones hacia Dios— y aportaban lo que podían, intentaban reunir el mayor número de hombres posible, ¿eso qué significaría?

Diez mil soldados de a pie, dijo Arn. Si el rey Knut, con mucho esfuerzo, persuasión y amenazas conseguía convencer a todo el mundo de que Dios realmente quería que todo hombre nórdico capaz de levantar una espada, o al menos una horca, viajase a Jerusalén a cambio de su salvación, y si fuese posible convencer a todo el país, ¿entonces cómo se viajaría?

Navegando, claro. Subiendo a lo largo de la costa inglesa justo antes de la costa de Jutlandia, Arn y su barco se habían encontrado con un ejército cruzado danés de unas cincuenta naves con tal vez tres o cuatro mil hombres a bordo, pero sin caballos. Arn y Harald habían estado de acuerdo en que todos estos hombres iban camino de su propia muerte y que, más que servir de ayuda, serían una molestia, si es que lograban llegar en buenas condiciones.

«Porque imaginemos —prosiguió Arn al ver que los demás escuchaban como si quisiesen más motivos— que el rey Knut pudiese navegar con una fuerza parecida a ésa. ¿Qué sucedería al llegar a Tierra Santa?». La única ciudad a la que podían dirigirse los cruzados era San Juan de Acre, el último enclave cristiano en el reino de Jerusalén, donde ahora estaban todos hacinados. ¿Serían recibidos con agradecimiento unos mil nórdicos sin caballería? No, sólo representarían más bocas que alimentar. ¿Y se lograría hacer algo útil en el ejército cristiano? Tal vez correr junto a la caballería y proteger a los caballos con sus escudos. Pero los nórdicos no representarían una parte importante en la batalla, pues eran demasiado pocos para formar un ejército propio. Y tampoco entendían el franco lo suficiente como para ser de utilidad en el ejército cristiano.

No sólo sería una muerte segura sino además una muerte innecesaria y una deshonra, Y quien moría así no moría en bienaventuranza y con la certeza de que la muerte en Tierra Santa lo conducía al perdón de todos sus pecados y al paraíso.

Birger Brosa intentó poner algunas objeciones pero su ira de antes parecía haberse esfumado. Volvía a hablar en voz baja y a menudo sonreía, y la jarra de cerveza que había recibido se balanceaba sobre su rodilla.

—Knut y yo no estamos acostumbrados a pensar en nosotros mismos como corderos camino del sacrificio —dijo—. Al principio de la lucha por la corona, los años que siguieron a tu marcha, vencimos a los Sverker en todos los enfrentamientos excepto en uno. La batalla final se produjo a las afueras de Bjälbo y nuestra victoria fue grande, aunque el enemigo era casi el doble de fuerte que nosotros. Desde entonces ha habido paz en el reino. Éramos más de tres mil Folkung y Erik y parientes codo con codo, *fylking* a *fylking*. Es una fuerza enorme. Pero aun así dices que seríamos como corderitos. Es difícil imaginarlo. ¿Y si esta fuerza que luchó a las afueras de Bjälbo en la batalla de los campos de sangre estuviese acampada en Tierra Santa?

—Pues allí seguiríamos acampados —contestó Arn—. El enemigo va a caballo,

así que no podemos ir nosotros hacia él para la batalla, no podemos elegir ni el momento ni el lugar. En verano, el sol cosecha víctimas como si fuesen flechas; en invierno, la lluvia y el barro recio y rojo nos hunden en la desesperación y la enfermedad. De repente aparece el enemigo por detrás, sobre caballos rápidos, cien hombres mueren y otros tantos son heridos y luego ha desaparecido el enemigo. Y allí estamos. Al día siguiente lo mismo. Ninguno de nosotros tendría tiempo de golpear una sola vez con la espada antes de estar todos muertos.

—Pero si vienen a caballo, entonces podemos alcanzarlos con flechas y lanzas —repuso Birger Brosa—. Un hombre a caballo tiene el doble de cosas de que ocuparse, si cae lo golpeamos, si cabalga hacia las lanzas será atravesado.

Arn lanzó un profundo suspiro, se levantó y se acercó a la gran mesa de roble que había en el centro de la habitación, apartó los utensilios de escritura, sello y pergamino y dibujó con el dedo índice en el polvo.

Si el ejército se mantuviese quieto sobre terreno llano con buena visibilidad en todas direcciones, el enemigo realizaría sólo pequeños ataques, pues el sol y la sed se encargarían de hacer la mayor parte del trabajo.

Si el ejército no se movía, moriría. Si el ejército se movía, tendría que desplegarse a lo largo y entonces se producirían ataques rápidos contra la cabeza o las fuerzas de cola. Los jinetes sarracenos llegaban hasta muy cerca, disparaban una, dos o tres flechas, que daban casi todas en el blanco, y desaparecían. Tras cada uno de esos ataques había muertos y heridos que cuidar.

Además, los sarracenos también tenían una parte de caballería pesada armada con lanzas largas, al igual que los cristianos. Seguramente, un ejército nórdico novato estimularía a los sarracenos a utilizar también esta arma.

Arn describió cómo de repente una gran nube de polvo oscurecía el cielo, cómo pronto se notaba vibrar el suelo y cómo no se veía nada en todo ese polvo hasta que la caballería te golpeaba con todas sus fuerzas, embistiendo a la infantería, avanzando sin hallar resistencia, atravesando el ejército, que era dividido en dos partes, daba media vuelta, formaba de nuevo y regresaba. Tres mil soldados de infantería en Tierra Santa habrían muerto en menos tiempo del que habían pasado hablando y discutiendo en esta habitación, concluyó Arn y regresó a su sitio.

—Pienso en muchas cosas al oírte explicar esto, sobrino —dijo Birger Brosa—. Tu honradez es grande, eso lo sé. Doy por seguro que lo que nos has contado es cierto. Con ello nos estás librando de la mayor de las locuras.

—Eso es lo que espero —repuso Arn—. Le he jurado a nuestro rey *auxilium* y eso no es nada que me tome a la ligera.

—No —dijo Birger Brosa con una sonrisa burlona que todo el mundo reconocía como su verdadero ser—, no te tomas tu palabra a la ligera. Y eso no sólo nos trae problemas, sino que en este momento también es algo bueno. Por tanto, mañana en el consejo alegraremos a nuestro arzobispo y a su panda con la decisión de construir un nuevo convento en... bueno, ¿tú qué opinas, Knut?

—Julita —dijo el rey—. Tendrá que ser en Svealand, que es donde más débil es la voz de Dios y seguramente será donde más satisfará a la panda de obispos.

—Entonces será en Julita, a ver si así logramos acallar por un tiempo toda esa cháchara acerca de las cruzadas —decidió Birger Brosa—. Pero ésta es una decisión puntual. De cara al futuro hay otra pregunta más importante: si un ejército sarraceno nos puede batir con tanta facilidad, ¿podría hacerlo también un ejército franco? ¿Y uno inglés? ¿Y uno sajón?

—Y uno danés —respondió Arn—. Sí, si nos enfrentásemos a cualquiera de ellos en su terreno. Pero nuestra tierra está en el fin del mundo, no es cosa fácil trasladar un gran ejército hasta aquí. Los sarracenos nunca vendrán; tampoco los francos ni los ingleses ni los normandos. Aunque no aseguraría lo mismo acerca de los daneses y los sajones.

—Deberíamos meditarlo —dijo Birger Brosa mirando fijamente hacia el rey Knut, que asentía pensativo con la cabeza—. Los tiempos van cambiando; lo hemos aprendido por lo que se refiere al comercio y de ese conocimiento hemos sacado muchas cosas buenas. Pero si queremos sobrevivir y florecer como un reino en estos nuevos tiempos...

—¡Tenemos mucho nuevo que aprender! —dijo el rey completando los pensamientos de Birger Brosa cuando éste se detuvo sin terminar la frase—. ¡Arn! Mi amigo de la infancia, tú, que una vez me ayudaste a alcanzar el trono —prosiguió el rey, animado—, ¿quieres ocupar un lugar en nuestro consejo, quieres ser nuestro mariscal?

Arn se puso de pie e hizo una reverencia primero ante el rey y luego en dirección al canciller en señal de inmediato sometimiento tal y como había jurado hacer. Entonces se le acercó Birger Brosa, lo abrazó y lo golpeó con fuerza en la espalda.

—Es una bendición que estés de nuevo entre nosotros, Arn, mi querido sobrino. Soy un hombre que no suele dar explicaciones ni disculparse. Precisamente por eso no me resulta nada fácil. Pero mi conversación de hoy contigo ha sido en algún momento algo de lo que me arrepiento.

—Sí —repuso Arn—. Me sorprendisteis. No era así como recordaba yo al más sabio de los hombres de nuestro linaje, de quien todos intentábamos aprender.

—Tanto mejor que hubiese hoy pocos testigos —sonrió Birger Brosa—, y que hayan sido mis más cercanos parientes después de mis propios hijos y el rey, mi amigo. Podría haber sido malo para mi reputación... Por lo que se refiere a Cecilia Algotsdotter...

Sonrió y alargó un poco la espera para tentar a Arn a contradecirlo, pero Arn esperó en lugar de llevarle la contraria.

—Por lo que se refiere a Cecilia Algotsdotter tengo ahora una idea más razonable que la de antes —continuó—. Encuéntrate con ella, habla con ella, peca con ella si es eso lo que necesitas. Pero deja que pase el tiempo, prueba tu amor y deja que ella pruebe el suyo. Luego volvemos a hablar del tema, pero no hasta que haya pasado



bastante tiempo. ¿Quieres aceptar esta propuesta que te hago?

Arn se inclinó de nuevo ante su tío y ante el rey y su rostro no reflejaba ni dolor ni impaciencia.

—¡Bien! —dijo el rey—. Entonces mañana en la reunión del consejo no diremos nada acerca de quién será abadesa en Riseberga, como si hubiésemos olvidado por completo este asunto. En lugar de ello utilizaremos el nuevo convento de Julita para cerrarles la boca a los obispos y así los tranquilizaremos. Nos alegra que haya pasado la tormenta, Arn. Y nos alegra verte en el consejo como nuevo mariscal. ¡Bien! Ahora dejadme hablar a solas con mi canciller, que se merece una dosis de disciplina por parte de su rey. Sin testigos.

Arn y Eskil se levantaron, se inclinaron ante el rey y el canciller y se fueron por la oscura escalera de la torre.

Abajo en el patio se habían colocado mesas y montado carpas en las que se servía cerveza y vino. Eskil tomó a Arn del brazo y lo dirigió con pasos decididos hacia uno de los puestos de bebidas mientras Arn suspiraba y refunfuñaba acerca de ese continuo pimplar, aunque era obvio que su mal humor era fingido y sólo consiguió hacer sonreír a Eskil.

—Menos mal que te quedan ganas de bromear después de una tormenta así —dijo—. Y por lo que se refiere a la cerveza, tal vez cambies de opinión, pues aquí en Näs se nos da cerveza de Lübeck.

A medida que se iban acercando a las carpas de cerveza, la gente se apartaba de su camino, cuchicheando, como remolinos causados por el paso de un barco. Eskil ni siquiera parecía darse cuenta.

Arn probó la cerveza de Lübeck y se apresuró a reconocer que se trataba de una bebida completamente diferente de la que había sido forzado a beber hasta el momento con más o menos dificultades. Era más oscura, espumosa y sabía mucho más a lúpulo que no a enebrina. Eskil le advirtió que, además, subía mucho más de prisa a la cabeza, de modo que tenía que andarse con cuidado, no fuese a empezar a berrear y a desenvainar la espada. Ante esa broma empezaron con una pequeña risa que fue creciendo cada vez más y finalmente se abrazaron, aliviados, de que la tormenta, como todo parecía indicar, hubiese pasado ya.

Luego Eskil expuso su desconcierto ante la forma de hablar de Birger Brosa al principio de la reunión en la cámara del consejo. Estuvieron especulando acerca de qué debía ocultarse tras su inesperada falta de autocontrol. Eskil creía que se habían producido demasiados sentimientos encontrados a la vez, más de lo que incluso un hombre como Birger Brosa era capaz de soportar. Porque seguro que era auténtica la felicidad del canciller al ver a Arn vivo y de nuevo en casa. Pero a la vez había pasado muchos años dando vueltas a la cuestión de cómo Cecilia Rosa —Eskil hizo una digresión para explicar cómo Cecilia había recibido ese sobrenombre— representaría el contrapeso a las mentiras de la arpía de Rikissa acerca de los votos de clausura de la reina. Decía Eskil que alegría y decepción simultáneas no hacían un

buen brebaje, que era como mezclar vino y cerveza en una misma jarra.

Arn opinaba que llegar a un compromiso era mucho mejor que una derrota, pero Eskil no comprendía la palabra compromiso y tuvieron que darle vueltas hasta que llegaron a resumirlo en que ganar la mitad era mejor que una derrota. Sería duro alargar la espera y el deseo de estar con Cecilia. Sin embargo, habría resultado insoportable si Birger Brosa y Arn no hubiesen acabado con media victoria cada uno.

Los hermanos fueron interrumpidos al encontrarse con uno de los capellanes del arzobispo que avanzaba a empujones entre todos los hombres y mujeres vestidos para la fiesta, que conversaban y bebían alegremente.

El capellán llegaba con aires de importancia, alzando la barbilla de tal manera que Arn y Eskil no pudieron evitar hacerse carotas el uno al otro. Como una pequeña y pronto fracasada venganza, el capellán les balbuceó el encargo en latín. Su Eminencia quería hablar inmediatamente con el señor *Arnus Magnusonius*.

Arn sonrió ante la extraña declinación de su nombre y le respondió seguidamente en el mismo idioma que, si Su Eminencia lo mandaba llamar, se presentaría ante él sin tardanza, pero que forzosamente tendría que dar un rodeo y recoger primero algo de sus alforjas. Le susurró a Eskil que eso olía a juego sucio y Eskil asintió, pero le golpeó ligeramente la espalda, animándolo y haciéndole un guiño.

—¡No será la primera vez que tratas con gente de la Iglesia, querido hermano! — dijo en susurros.

Arn asintió con la cabeza y le devolvió el guiño, tomó con cortesía al capellán del brazo y se encaminó hacia las cuadras reales.

Tras haber recogido su carta de libertad del Gran Maestre de la Orden del Temple, que sospechaba que sería el motivo del interés del arzobispo, expuso para sondear su curiosidad ante el asunto que lo esperaba. Pero el capellán no pareció comprender por completo a qué se refería, pues a pesar de todo no dominaba tan bien el lenguaje de conversación del idioma eclesiástico como había aparentado al entrar dándose aires en la carpa de cerveza.

Arn tuvo que esperar un rato fuera de la tienda mientras allí dentro se acababa de tratar algún asunto y, tras salir un hombre con cara lúgubre y manto de los Sverker, Arn fue invitado a entrar por otro capellán.

En el interior, el arzobispo presidía sentado sobre una silla con brazos altos y cruces talladas y delante de él, sobre el suelo, estaba la cruz arzobispal de oro con rayos de plata. Sentado al lado del arzobispo había otro obispo.

Arn se acercó de inmediato, apoyó una rodilla en el suelo y besó el anillo del arzobispo, esperó la bendición y luego volvió a enderezarse. Ante el otro obispo se limitó a hacer una reverencia.

El arzobispo se inclinó sonriente hacia su obispo súbdito y dijo en voz alta en latín, como siempre seguro de que los hombres de la Iglesia eran los únicos que conocían su idioma, que podría ser que esta conversación resultase tanto animada como graciosa.

—El amor es asombroso —bromeó el otro obispo—. ¡En especial cuando obra el bien de la mano de la Santa Virgen!

Esta broma les hizo mucha gracia a los dos reverendísimos. Ambos ignoraban por completo a Arn, era como si todavía no hubiese entrado en la tienda.

Arn había visto este tipo de comportamiento demasiadas veces en los poderosos como para molestarse. Sin embargo, le irritaba que esos dos que hablaban un latín lleno de errores y con un curioso acento nórdico diesen por supuesto que él no comprendía lo que decían. Más valía que se apresurase a decidir de qué modo manejaría mejor la situación, con inteligencia o con honradez. Se santiguó y reflexionó y cuando el arzobispo se inclinó hacia su obispo ayudante con una sonrisa, como si se le hubiese ocurrido otra broma, Arn carraspeó y dijo unas pocas palabras que ante todo pretendían ser un aviso.

—Sus dos Eminencias deben disculparme si me entrometo en su conversación, sin duda de máximo interés —dijo, captando de inmediato su sorprendida atención—, pero realmente es como un bálsamo para la razón oír de nuevo su idioma, que conozco y en el que cada palabra posee un claro significado.

—¡Hablas el idioma de la Iglesia como un hombre de Dios! —exclamó el arzobispo con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa. Su desprecio ante otro visitante de poca categoría había desaparecido por completo.

—Sí, porque soy un hombre de Dios, Su Eminencia —respondió Arn con una reverencia y entregó su carta de libertad que él había supuesto que sería el motivo de la llamada del arzobispo, la cuestión de si era o no un desertor, un hombre sometido al derecho de la Iglesia o al derecho secular.

Los dos obispos juntaron las cabezas buscando en el texto hasta hallar la traducción al latín del franco y del árabe, que leyeron lentamente y con cierta reverencia, tras lo que tocaron con algo parecido a veneración el sello del Gran Maestro, que representaba a dos hermanos sobre un mismo caballo. Cuando el arzobispo levantó luego la mirada hacia Arn comprendió de repente que éste seguía delante de ellos, de pie, y se apresuró a pedir un taburete que un capellán acercó con cara de sorpresa.

—Realmente me alegra verte de nuevo en nuestra tierra, comendador Arn de Gothia —dijo el arzobispo con amabilidad, casi como si le hablase a un igual.

—Es para mí una bendición estar de nuevo en casa —repuso Arn—, de la misma manera que es una sensación de liberación el poder hablar el idioma de la Iglesia y recuperar el libre albedrío del pensamiento, asociaciones que se mueven como aves en el espacio en lugar de arrastrarse por el suelo como tortugas. Cuando intento hablar el idioma de mi infancia siento como si, en lugar de lengua, tuviese un trozo de madera en la boca. Por supuesto, eso hace que mi alegría sea todavía mayor al ser llamado a esta audiencia, aunque me gustaría disfrutar del privilegio de ser presentado ante ustedes.

El arzobispo presentó acto seguido al obispo Stenar de Växsjö, y Arn se acercó a

besar también el anillo de Stenar antes de sentarse de nuevo.

—¿Qué significa que seas un caballero templario del Señor pero, sin embargo, vistas el manto y el león de los Folkung? —preguntó el arzobispo con interés. Parecía como si la conversación hubiese tomado un giro completamente diferente del que los dos obispos habían imaginado al principio.

—Es una pregunta compleja, al menos por lo que a la primera parte se refiere, Su Eminencia —dijo Arn—. Tal como se expone en ese documento que os he presentado, seré hermano eterno de nuestra orden, aunque mi servicio en unidades militares de los templarios estaba limitado a veinte años, que era lo que duraba mi penitencia. Es decir, que tengo derecho a recuperar cuando quiera mi manto, algo que también queda expresado en las palabras por escrito del Gran Maestre.

—Entonces, como templario... ¿no se pronuncian los votos de convento? —preguntó de repente el arzobispo, frunciendo el ceño en señal de preocupación.

—Naturalmente que sí, todos los templarios pronuncian los votos de pobreza, obediencia y castidad —repuso Arn—. Pero como se desprende de la cuarta línea y sigue en la línea quinta, el documento me libera de esos votos desde el mismo momento en que cesó mi servicio temporal.

Los dos obispos metieron de nuevo sus narices en la hoja de pergamino, buscaron el punto al que Arn había hecho referencia, volvieron a deletrearlo, se les iluminaron los rostros y asintieron con la cabeza. También parecían muy aliviados, algo que para Arn resultaba difícil de comprender.

—De modo que eres libre tanto para la propiedad como para el matrimonio —constató el arzobispo con un suspiro de satisfacción, enrolló con cuidado la hoja de pergamino y se la devolvió a Arn, que la recibió con una reverencia y la introdujo en la funda de cuero cilíndrica—. Pero dime ahora, si retomases tu manto blanco, un derecho que de forma irrefutable te pertenece, ¿a quién obedecerías entonces? —preguntó el arzobispo—. He oído decir que los templarios no obedecen a nadie, ¿acaso es eso cierto?

—No, pero existe una pizca de verdad en vuestra suposición, Su Eminencia —respondió Arn, saboreando con placer este idioma que obedecía a cualquier giro del pensamiento—. Como templario obedezco, puesto que mi rango es de comendador de castillo, al Maestre de Jerusalén y al Gran Maestre de nuestra orden, y todos obedecemos al Santo Padre de Roma. Pero en ausencia de los hermanos más altos y en ausencia del Santo Padre, no obedezco a nadie, en ese sentido es cierta la suposición de Su Eminencia. Naturalmente, en el manto de los Folkung que ahora visto obedezco al rey de todos los godos y los svear, así como a mi linaje, tal y como es costumbre aquí, en el Norte, entre nosotros.

—En el mismo instante en que te colocases tu manto blanco serías inalcanzable a las órdenes de todos los de aquí en el Norte —resumió el arzobispo—. Desde luego es una condición bien excepcional.

—Una idea fascinante, Su Eminencia. Pero como el auténtico cristiano que soy de

nuevo en mi tierra natal, no sería en absoluto propio de mí huir de vuestro poder cubriéndome con el manto de la invisibilidad, tal como se explica en los mitos griegos.

—¿Tu fidelidad es primero para con el reino de Dios y en segundo lugar para con tu linaje? —inquirió el arzobispo con una suave sonrisa aunque su rostro reflejaba astucia.

—Ese dualismo es una concepción completamente falsa de la diferencia entre lo espiritual y lo secular, no hay nada que pueda dominar jamás por encima de las leyes de Nuestro Padre Celestial —respondió Arn, escurridizo, un poco molesto por lo absurdo de la pregunta.

—Te expresas con una admirable elocuencia, Arn de Gothia —le elogió el arzobispo a la vez que escuchaba algo que Stenar de Växsjö le recordaba en susurros, y asintió con la cabeza a modo de afirmación—. Esta conversación se ha alargado tanto por el tono agradable como por su inesperado contenido —prosiguió el arzobispo—. Pero el tiempo apremia, ahí fuera hay almas que esperan y, por tanto, debemos ir ya al asunto que nos ocupa. El tiempo de penitencia te fue impuesto por haber pecado carnalmente con tu amada, Cecilia Algotsdotter, ¿es así?

—Así es —contestó Arn—. Y he cumplido mi pena al servicio del Ejército de Dios en Tierra Santa con sinceridad y honra hasta el último instante. Lo que quiero decir con ello, naturalmente, no es que soy un hombre libre de pecado, sólo que el pecado que me condujo a la penitencia ha sido purgado.

—Ésa es también nuestra opinión —dijo el arzobispo, algo forzado—. ¿Pero el amor a esta tal Cecilia fue lo que te mantuvo vivo y te dio fuerza durante todo este tiempo, al igual que su amor ardió con la misma intensa llama?

—En mis plegarias diarias a la Santa Virgen fue así, Su Eminencia —respondió Arn, un poco molesto al ver que ese arzobispo un tanto provinciano y rudo conocía hasta el más íntimo de sus secretos.

—¿Y todos los días le suplicaste a la Santa Virgen que te protegiese a ti, a tu amor por Cecilia y a vuestro hijo que ella dio a luz a raíz de vuestra unión pecaminosa? —continuó el arzobispo.

—Es cierto —respondió Arn—. De la manera que yo, con mi limitada capacidad de entendimiento, comprendo lo sucedido, la Santa Virgen escuchó mis plegarias, se ha dejado conmover, me ha dejado regresar ileso de los campos de batalla junto a mi amada, tal como yo había jurado que intentaría si no se me concedía morir como templario en bienaventuranza.

—Es precisamente este asunto el que debemos considerar con mucha atención —declaró el arzobispo—. Todos los días durante veinte años has podido morir y entrar en el paraíso, una prerrogativa especial de los templarios. Y, sin embargo, has regresado ileso a tu tierra natal. ¿No es ésta la prueba divina de la enorme gracia en la que os ha tenido Dios a ti y a Cecilia Algotsdotter? —preguntó el arzobispo despacio y en tono amable.

—El amor terrenal entre un hombre y una mujer debe tener su lugar entre los seres humanos y en su vida en la tierra, pues de la manera que las Sagradas Escrituras nos indican en varias ocasiones, no existe de forma necesaria un conflicto entre éste y el amor a Dios —replicó Arn, evasivo, pues era incapaz de ver la intención que había detrás del giro que había dado la conversación.

—Desde luego, ésa es también mi opinión —dijo el arzobispo, satisfecho—. En esta parte del reino de Dios en la tierra un poco bárbara, en esta Última Thule, las personas parecen tener tendencia a ignorar este milagro claramente inducido por Dios. Aquí, el sagrado matrimonio que Dios ha establecido se contrae por motivos muy diferentes del amor, ¿no es cierto?

—Sí, es innegable que ésa es nuestra tradición —admitió Arn—. Sin embargo, es mi convencimiento y creencia que a Cecilia Algotsdotter y a mí mismo se nos ha sido concedida la gracia del milagro del amor. También es mi convicción que la Santa Virgen, que de esta manera ha dejado que Su cara luzca sobre nosotros, ha querido demostrarnos algo con esto.

—Fe, esperanza y amor —murmuró el arzobispo, pensativo—. Aquel que jamás duda de su fe, aquel que jamás abandona la esperanza de que la Sagrada Virgen será bondadosa, será recompensado. En mi opinión, era eso lo que quería demostrarnos a todos. ¿Acaso no es ésa también tu opinión, Arn de Gothia?

—Sería poco propio de mí interpretar lo maravilloso que nos ha sucedido a ambos de manera diferente de la vuestra, Su Eminencia —reconoció Arn, cada vez más intrigado por los secretos conocimientos del arzobispo y por la benevolencia que éste irradiaba.

—Entonces sería en nuestra opinión... —empezó a decir el arzobispo, arrastrando un poco las palabras mientras miraba hacia el obispo Stenar, que asintió con la cabeza con aspecto de reflexionar con gran seriedad—, en nuestra opinión sería, por tanto, un grave pecado oponerse a la alta voluntad que la Madre de Dios y, en consecuencia, Dios nos ha manifestado en este asunto. ¡Ven, hijo mío, deja que te bendiga!

Arn se acercó de nuevo y se agachó apoyándose en una rodilla ante el arzobispo, que ordenó a uno de sus capellanes que le acercara un cuenco de plata con agua bendita.

—Yo te bendigo, Arn de Gothia, por la misericordia que has recibido, por haber vivido un milagro de amor para instruirnos a todos nosotros en la vida terrenal, en el nombre del Padre, del Hijo y de la Santa Virgen. Y que el rostro de Dios luzca sobre ti, que la Santa Virgen te acompañe con éxito y que pronto tú y tu amada Cecilia podáis cosechar la recompensa del Señor, que ambos con fe ardorosa habéis anhelado durante tanto tiempo. ¡Amén!

A lo largo de la bendición, el obispo había rozado la frente, los hombros y el corazón de Arn con el agua bendita.

Arn salió aturdido y confuso a la luz que ahora le golpeó con fuerza en los ojos, pues el sol ya se estaba poniendo en el oeste.

Intentó pensar con la mayor claridad posible acerca de lo que acababa de vivir mientras regresaba hacia el patio del castillo donde estaba seguro de que hallaría a su hermano en las carpas de cerveza.

No veía la benévola mano de Nuestra Señora detrás de lo sucedido, aunque coincidía con la voluntad de Ella. En su lugar veía la voluntad y la intención de seres humanos, pero no terminaba de comprender la relación entre las cosas, al igual que poco podía comprender cómo un sencillo obispo nórdico podía tener tan grandes conocimientos acerca de los secretos más profundos que albergaban Cecilia, Nuestra Señora y él mismo.

No volvió a ver a Cecilia hasta el gran banquete del concilio que tuvo lugar en el salón del castillo, donde un centenar de invitados se habían reunido poco después de la puesta del sol. Después de la cerveza de Navidad, los banquetes del consejo eran lo mejor que había en el castillo del rey.

Por orden de la reina Blanka se había levantado un arco de ramas entrelazadas en uno de los lados cortos de la gran mesa real, algo que hizo que las mujeres que entraban en la sala señalasen, susurrasen y riesen excitadas.

La sala se fue llenando siguiendo un orden establecido, de manera que los invitados de menos rango entraron primero y ocuparon todos los sitios de las mesas que rodeaban la mesa del rey. Podían surgir muchas quejas sobre este orden, pero los mayordomos del rey se encargaban de controlar que nadie se colocase en un lugar más importante que el que le correspondía.

Luego entraban los huéspedes, que se sentaban a la mesa del rey y que siempre solían llevar los ropajes más coloridos y vistosos, de modo que todo el mundo que ya estaba sentado estiraba el cuello para poder admirar toda esa pompa. O para quejarse de que algún vecino o enemigo había recibido el honor de ser huésped en la mesa del rey.

Arn se hallaba entre estos invitados, al igual que Harald, que aprovechó para quejarse a su amigo de que todavía no había sido recibido ni por el canciller ni por el rey, como si un pariente noruego no fuese lo suficientemente bueno. Arn le susurró que para eso había motivos que no tenían nada que ver con el honor de Harald, que habían sido discrepancias y duras palabras las que habían retrasado los acontecimientos.

En penúltimo lugar entraron los reyes con coronas doradas y el canciller, que también lucía corona. El rey y la reina vestían ropas extranjeras de lo más ostentosas que refulgían en todos los colores del arco iris y todos llevaban mantos azules con pieles de armiño, incluso los tres hijos del rey, que iban charlando entre ellos como si asistiesen a una comida cualquiera.

Cuando los reyes se hubieron sentado entró el séquito del arzobispo, en el que la pompa de los ropajes no era mucho menor que la de los reyes. Primero el arzobispo bendijo a la familia real y luego se sentaron él y el resto de los obispos.

Arn vio a Cecilia sentada a lo lejos e intentó captar su mirada pero era como si

ella se escondiese entre las doncellas con las que estaba y no se atreviese a mirar en su dirección.

Cuando todos los sitios estuvieron ocupados, a excepción de aquellos dos en el lado corto de la mesa del rey que estaban decorados con ramas como para parejas de prometidos, de repente la reina se levantó y alzó dos ramas de árbol sobre su cabeza, una de abedul y la otra de serbal. Un esperanzado murmullo se apoderó de golpe de la sala y la reina empezó a caminar por la estancia con las dos ramas en las manos que, a modo de broma, acercaba a unos y a otros para luego retirarlas con rapidez en cuanto una mano se alargaba para cogerlas. Esta representación divirtió a todo el mundo y pronto surgieron encendidas conjeturas acerca de cómo terminaría el espectáculo.

Cuando la reina se detuvo en el sitio de Cecilia Rosa que, sonrojada, clavaba la mirada en la mesa, la gente comprendió al menos la mitad de la historia y los gritos de alegría y las felicitaciones se derramaron sobre Cecilia cuando con la cabeza gacha recibió la rama de abedul y siguió a la reina hasta el sitio adornado.

De nuevo brotó un murmullo esperanzado cuando la reina elevó la rama de serbal sobre su cabeza y empezó a caminar a lo largo de la mesa del rey. Cuando se detuvo al lado de Arn, ese Arn a quien todo el mundo conocía por su reputación aunque pocos habían tenido tiempo de darle la mano, el eco de las ovaciones subió por las paredes de piedra decoradas con banderines de los Erik con coronas doradas sobre fondo azul.

Arn no sabía cómo comportarse, pero la reina Blanka le susurró que se apresurara a tomar la rama y la siguiese antes de que fuese demasiado tarde. Él se levantó e hizo lo que ésta le había indicado.

La reina Blanka acompañó a Arn hasta su amada Cecilia y hubo tanto jolgorio en la sala que habría sido imposible oír cualquier grito del rey o del canciller.

Cuando Arn se sentó al lado de Cecilia con una sonrisa insegura y el corazón palpitando desbocado como antes de una batalla, los invitados de la sala golpearon las mesas con las manos creando un poderoso estruendo, y el momento en el que el rey o el canciller podrían haber hecho algo llegó y se fue con la celeridad de un pájaro cuando el barullo poco a poco disminuyó y se convirtió en murmullo y expectación más de cara a la comida que no por la sorpresa que acababan de presenciar.

El canciller permanecía con las manos entrelazadas y parecía como si fuese a levantarse pero fue interrumpido por el arzobispo, que elevó las manos pidiendo silencio y, cuando así se hizo, sacó su estola blanca, el sagrado símbolo de su elevada dignidad, se lo colocó sobre la espalda y el pecho y caminó a lo largo de la mesa hasta llegar junto a Cecilia y a Arn.

Allí se detuvo y colocó la mano derecha sobre el hombro de Cecilia y la izquierda sobre Arn.

—¡Admirad el milagro del amor y del Señor! —exclamó en voz alta, logrando así



un completo silencio en la sala, pues lo que sucedía ahora era algo completamente nuevo—. Estos amados han recibido la gracia de Nuestra Señora, estos dos amados están hechos el uno para el otro, y Nuestra Señora lo ha dejado más claro que el agua. Su cerveza de compromiso fue celebrada hace muchos años, de modo que lo que esta noche está sucediendo es sólo una confirmación. Pero cuando se celebre el matrimonio os prometo que nadie de menor rango que un arzobispo será quien leerá la bendición sobre vosotros dos en el portal de la iglesia. ¡Amén!

El arzobispo regresó a su sitio con dignidad, despacio y satisfecho. En el camino intercambió una mirada de complicidad con la reina y evitó mirar al canciller y al rey a los ojos, se quitó la estola, se sentó y empezó a hablar de inmediato de algo con el obispo que tenía más cerca.

Actuaba como si todo estuviese decidido. Y así era como había sido. Jamás podría ser abadesa aquella a quien el arzobispo ya hubiese bendecido como parte de la unión instituida por Dios entre hombre y mujer. Pues lo que Dios ha unido jamás lo podrá separar el hombre.

El canciller permanecía pálido de ira bajo su insignia con el león de los Folkung, el único símbolo que podía aparecer en el salón del castillo además de las tres coronas. De repente se levantó montando en cólera, derramó la cerveza que había sido colocada ante él y salió a grandes zancadas de la sala.

# III

Un amo duro y exigente llegó a Forsvik y, además, lo hizo un día después de haberse marchado hacia Näs, el castillo del rey. Nadie esperaba que regresara tan pronto.

Apenas habló con Erling y Ellen cuando llegó. No comentó nada de lo ocurrido en Näs ni por qué había regresado después de un solo día. Pero sí se comportaba como el nuevo señor de Forsvik.

El descanso estival que reinaba en Götaland Occidental a falta de unas pocas semanas antes de la cosecha del heno se convirtió en trabajo duro. Normalmente se recogían los troncos de pino del bosque durante el invierno, cuando se podía arrastrarlos en los trineos y cuando la madera estaba tan seca que resonaba al cortarla. Sin embargo, cuando hubo comido algo después de su inesperado regreso, Arn cambió su condición de señor por la de siervo, despojándose de la cota de malla y de toda la tela azul y vistiéndose con ropas de cuero, aunque todavía llevaba la espada como distinción. Empleó a toda la gente que no era necesaria en la carga de los barcos entre Vättern y los barcos fluviales, al igual que a los cinco guardias y a los niños Sune y Sigfrid.

Era muy sorprendente que el señor Arn fuese quien más duramente trabajaba con el hacha y los bueyes de arrastre, pero también quien daba órdenes a los cinco guardias de Forsvik de trabajar como siervos como Sune y Sigfrid, quienes no solamente eran un poco jóvenes para un trabajo tan duro, sino que también eran Folkung que iban a aprender buenas costumbres y a manejar la espada más que a realizar tareas propias de los siervos.

Unos cuantos empezaron a quejarse al segundo día, cuando la sorpresa ante esas costumbres extrañas dejó paso al sudor y a las manos destrozadas. El soldado Torben, el mayor de sus semejantes en Forsvik, se atrevió a decir en voz alta lo que todos estaban pensando, que era una vergüenza para los escuderos trabajar como siervos.

Arn, al oírlo, se enderezó del trabajo con el hacha, se secó con los dedos el sudor de la frente y se quedó callado un momento.

—Bien —dijo finalmente—. Cuando el sol se haya movido menos de media hora quiero ver a todos los soldados completamente armados y a caballo en el patio del castillo. ¡Y que nadie llegue con retraso!

Sorprendidos, dejaron caer las herramientas y murmurando se fueron hacia la casa mientras Arn acababa su faena. Cargó un carro de bueyes con dos pesados pinos y los llevó hacia la casa después de ordenar a la gente, a Sune y a Sigfrid qué dos árboles deberían cortar y mondar a continuación.

Sune y Sigfrid, por tanto, estaban entre los que debían quedarse en la tala, pero la curiosidad pudo más en ellos que su voluntad de obedecer al señor Arn. Esperaron una media hora, luego se acercaron a la casa y se escondieron en uno de los establos, desde donde un postigo podían ver el patio de la casa. Lo que vieron y oyeron no lo olvidarían jamás.

Los cinco guardias estaban montados a caballo formando un cuadrado, con Torben al frente. Estaban callados y malhumorados pero también un poco más preocupados de lo que querían demostrarse mutuamente. Nadie decía nada.

El señor Arn salió del establo encima de uno de sus pequeños caballos extraños. A gran velocidad, dio dos vueltas por el patio, contemplando severamente a los guardias antes de detenerse ante Torben. Se había puesto una cota de malla por encima pero no llevaba yelmo. En una mano embrazaba un escudo blanco con una cruz bermeja, lo que hizo estremecerse a los dos mirones, puesto que sabían muy bien que ése era el símbolo de los templarios.

En lugar de una espada, Arn llevaba una gruesa rama de pino y la probaba, golpeándose la pantorrilla desnuda mientras contemplaba a los guardias.

—Encontrasteis indigno el trabajo de la tala —dijo finalmente Arn—. Queréis trabajar como guardias porque os parece más digno. Pues tendréis lo que queréis. Aquel de vosotros que logre tirarme del caballo será libre, al que yo haga caer del caballo volverá a la tala de pinos.

No dijo nada más, pero su caballo empezó a moverse de lado, casi tan de prisa como un caballo se mueve de frente, y cuando llegó a uno de los establos dio un giro a mitad de movimiento, luego en diagonal hacia atrás y de repente hacia adelante. Para Sune y Sigfrid parecía magia; no pudieron ver los movimientos que hacía el señor Arn para hacer bailar al caballo de ese modo. Parecía imposible que alguien pudiera montar así un caballo, pero así era.

De repente, Arn atacó con dos saltos hacia adelante, tan rápidamente que el guardia que estaba más próximo no tuvo tiempo de levantar el escudo antes de ser golpeado por la rama en el costado, tan fuertemente que lo hizo doblarse de dolor y gemir. Al cabo de un instante, Arn estaba al lado del hombre batido y lo tiró al suelo de un solo golpe. Al momento se echó atrás porque Torben llegaba tras él con la espada alzada, pero golpeó en el aire.

Antes de que Torben diera la vuelta, Arn lo alcanzó por detrás y lo sacó de la silla con facilidad y luego echó su caballo hacia adelante en dos saltos rápidos entre los

guardias más jóvenes, que alzaron sus escudos para protegerse.

Pero en lugar de continuar el movimiento, el caballo del señor Arn se volvió de repente y dio una coz que espantó a los otros caballos, que se encabritaron y no lograron calmarlos antes de que Arn los hubiera rodeado y con la rama golpease a uno sobre el yelmo y sobre el brazo que blandía la espada al otro que, gimiendo de dolor, se inclinó en la silla.

Arn no se molestó más por los dos hombres ya tocados y de dos saltos rápidos se acercó al quinto jinete, levantó la rama como para asestar un golpe tremendo, así que su contrincante levantó el escudo para protegerse, sólo para darse cuenta de que el ataque llegaba desde el otro lado sacándolo de la silla con tanta fuerza que cayó lejos y de espaldas.

Sune y Sigfrid ya no pensaban en esconderse. Con los ojos abiertos de par en par se inclinaron tanto en el postigo que estuvieron a punto de caer al suelo. Lo que ocurría en el patio fue tan rápido que no pudieron ver cómo ocurría y, susurrando, intentaron explicárselo a sí mismos y preguntar al otro. El señor Arn trataba a los poderosos guardias de Forsvik como si fuesen gatitos, eso sí que lo comprendieron.

—Éste es el trabajo de la guardia de Forsvik —dijo Arn al quedar el único encima de su caballo y los demás sentados, echados o inclinados con todo el cuerpo dolorido—. Si queréis continuar el trabajo como escuderos, recoged vuestras armas, montad de nuevo y sigamos el juego.

Los contempló por un momento sin decir nada más. Ninguno de ellos hizo el menor ademán de querer montar de nuevo. Arn asintió con la cabeza como si viera una confirmación de lo que se había imaginado.

—Volvamos, pues, al bosque y a la tala —continuó—. Trabajaremos durante dos o tres días con los troncos de pino, hasta que el señor Eskil y mi amigo Harald lleguen. Quien haga un buen trabajo podrá elegir si quiere ocupar el puesto de guardia en Arnäs o quedarse aquí en Forsvik. El que decida quedarse aquí trabajará como escudero, pero os juro que no será tan fácil de batir como lo ha sido hoy.

Sin más explicaciones, Arn dio la vuelta a su caballo y lo llevó derecho al establo. Sune y Sigfrid aprovecharon la ocasión, dejaron el puesto de fisgones en el postigo del establo y se acercaron de prisa hasta el bosque sin ser descubiertos. Hablaron casi sin aliento de lo que habían visto. Comprendieron que el señor Arn les había entreabierto un poco la puerta al mundo de los caballeros. Era una visión de sueños maravillosos, porque ¿qué Folkung no daría un par de años de su vida por conseguir hacer una parte de lo que habían visto hacer a un verdadero caballero del Temple?

Los dos disimularon cuando Arn y los cinco soldados callados volvieron al bosque vestidos con ropas de trabajo. Tanto Sune como Sigfrid se esforzaron por hacer un buen trabajo y se obligaron a no preguntar nada sobre lo ocurrido en el patio del castillo.

Por la noche, cuando los dos jóvenes Folkung se fueron a descansar en su cabaña en uno de los grandes fresnos, les costó dormirse a pesar del cansancio y los cuerpos

doloridos. Una y otra vez intentaron describirse lo que habían vivido esa tarde. Un caballo que se movía como un pájaro, tan rápido y tan impredecible, un caballo que obedecía a su jinete como si lo condujese con el pensamiento en vez de con las rodillas, las riendas y las espuelas. Y un jinete que estaba unido al caballo; ambos juntos parecían un animal de las leyendas. Y si el señor Arn hubiese llevado una espada en la mano en lugar de una rama, habría matado a los guardias tan fácilmente como uno mata a un salmón recién pescado. Era un pensamiento horroroso, en caso de ser un simple guardia.

Sería un sueño hermoso, sin embargo, si uno se imaginaba ser el aprendiz del señor Arn para ser caballero. Sune y Sigfrid se durmieron llenos de sueños cuando finalmente el cansancio venció a la excitación.

Durante tres días de duro trabajo amontonaron una considerable cantidad de madera de pino en la explanada situada delante de Forsvik. Nadie sabía lo que se construiría con todo aquello y nadie se atrevió a preguntar al callado señor Arn, que trabajaba más duro que ninguno.

Al tercer día, sin embargo, regresaron de Näs el señor Eskil y el noruego Harald y los cinco guardias fueron librados del duro trabajo. Arn les dijo que quien quisiese ir a servir a Arnäs se preparara para el viaje durante el día; el que prefiriese quedar a su servicio en Forsvik para trabajar el arte de la guerra a fondo que lo dijese. Ninguno de los guardias hizo ademán de decir algo. Nadie quería quedarse en Forsvik.

Puesto que mucha gente sería trasladada en las barcas hasta Arnäs y Kinnekulle, hubo mucho ajeteo. Erling y Ellen, que junto con sus hijos y algunos sirvientes dejarían Forsvik por una finca mucho mejor, preguntaron seriamente a su hijo Sigfrid y al hijo adoptivo Sune si realmente querían separarse de sus padres a tan temprana edad. Erling se ofuscó y quedó confundido al oír que ambos habían tenido que trabajar como esclavos y que esa ofensa parecía reafirmar la voluntad de los jóvenes de servir al señor Arn. Sin embargo, aún estaban a tiempo de cambiar de idea, ya que tanto Sigfrid como Sune acompañarían a sus hermanos y a sus padres en el viaje por el río puesto que, al parecer, había muchos caballos por llevar de Arnäs a Forsvik. También este trabajo ilusionaba a Sune y a Sigfrid, pues creían saber de qué tipo excepcional de caballos se trataba.

En cuanto hubieron degustado la cerveza de bienvenida, el señor Eskil y su hermano, junto con el noruego, se apartaron y se sentaron en la orilla del lago. Demostraron claramente que querían hablar a solas y nadie se les acercó más que para llenar las jarras de cerveza cuando Eskil así lo pedía.

Eskil se quejó, burlándose, de tener que beber con un hermano que vestía y olía como un siervo. Y Arn replicó que una cosa era cuando el sudor era causado por la vagancia y la gula, y otra bien diferente cuando provenía del trabajo duro y bendito. Y en cuanto a la vestimenta de siervo, había pocos siervos que luciesen una espada del Temple. Sin embargo, había cosas más importantes de que hablar, y cuanto antes lo hicieran mejor. Arn dijo que había trabajado tan duro para distraer la mente de

todas las cosas que le rondaban la cabeza y que él por sí solo no podía comprender.

Eso era cierto, porque no era fácil averiguar qué especie de juego había ocurrido en Näs. Estaba claro que la reina Blanka tenía algo que ver en todo ello.

Después de la cena del consejo envió un mensaje a Arn diciéndole que todo estaba en juego y él acudió en seguida.

Se vieron al alba, en lo alto del muro de defensa que unía la torre occidental con la oriental de Näs. Hablaron brevemente, puesto que decía que no sería bueno que alguien viera a la reina sola en los muros con un hombre soltero, aunque peor sería si fuera en un lugar escondido.

Rápidamente dijo lo que tenía que decir. Arn debía salir de Näs inmediatamente, tomar un barco hasta Forsvik y esperar unos días hasta que el consejo terminase. En ese momento había muchos enemigos y malas lenguas en Näs y ante todo era absolutamente necesario que nadie pudiese siquiera sospechar que Arn y Cecilia se habían visto a escondidas. Un chisme de esa calaña lo estropearía todo.

Sin embargo, sí habría boda, aseguró la reina Blanka. Y eso en cuanto hubiesen pasado las tres semanas prohibidas antes de San Juan. Arn y Cecilia no podrían verse hasta entonces, excepto tal vez en Husaby, la casa paterna de Cecilia Rosa, y con muchos testigos, aclaró rápidamente. Mucha gente opinaba que esta boda llevaría a la guerra y a malos tiempos y por tanto habría que evitar por todos los medios que se celebrase.

Arn les contó a Eskil y a Harald cómo había sufrido ante esas palabras de la reina. Hablaba tan en serio como sabiamente. De todas formas le costó marcharse sin más. Incluso había objetado que ya había sido elevado a mariscal del consejo del rey y por eso no podía abandonar Näs. La reina se echó a reír y le explicó que eso no supondría ningún problema, ya que el canciller Birger Brosa, en su ira, había jurado que no se sentaría en el mismo consejo que Arn Magnusson, ya que no cumplía sus promesas.

Eso de no cumplir la promesa tuvo que explicárselo a la reina. Le habló del acuerdo en la cámara del consejo de dejar pasar un tiempo antes de decidirse, lo que no es lo mismo que ya en la cena sentarse junto con su prometida en el asiento adornado para los novios. Pero le juró a la reina que él era un hombre de palabra y que no tenía nada que ver con lo que ocurría y ni siquiera entendía cómo podía suceder. A eso la reina sólo hacía que rechazar con la mano diciendo que ya entenderían todos el orden de las cosas a su debido tiempo, pero que en ese momento ya no podían quedarse por más tiempo solos a la vista de todo el mundo que salía a orinar. Se lo explicaría todo a Eskil, dijo cuando se alejó corriendo, haciendo caso omiso de las nuevas preguntas que se le habían ocurrido a Arn. Sin embargo, él confiaba en su palabra.

Eskil, con semblante serio, asintió con la cabeza. También había confiado en las palabras de la reina. Había ido a verlo más tarde, a la segunda cerveza de la mañana, diciendo que su hermano había dejado Näs y que se quedaría en Forsvik el tiempo que durase el consejo, todo por la perseverante petición de ella. También Eskil había

puesto objeciones en lo tocante a la imprescindible presencia de Arn en el consejo, pero a él también le explicó que la idea de honrar a Arn con el título de mariscal del reino se esfumó en el mismo instante en que el canciller juró que en ese caso sería por encima de su cadáver.

Aparte de eso, el consejo había ido bien y el obispo no mostró sorpresa alguna porque no saliera el tema de la nueva abadesa de Riseberga, tanto más contento por las palabras del rey de que regalaría fincas y bosques por el valor de seis marcos de oro para la construcción de un nuevo convento cerca de Julita, en Svealand.

Sumando esos conocimientos, quedaba claro que la reina había intrigado junto con el arzobispo. Según Arn, eso también explicaba por qué los dos obispos con los que él había conversado sabían cosas acerca de él y de Cecilia que nadie más que ellos mismos conocían. La reina y sólo ella había invitado a esa cerveza nupcial. Pero Arn lo ignoraba por completo y tampoco podría haber conspirado a espaldas de todos, el rey, el canciller, su hermano, puesto que había dado su palabra a Birger Brosa de que se concedería un tiempo de reflexión.

Eskil no dudó de que Arn había sido tan ignorante como él mismo de la trama que se cocía a sus espaldas.

Lo que sí era difícil de comprender era que la reina pudiese haber ideado todo ese plan, que tan claramente iba en su contra. Porque si Cecilia Rosa realmente entraba en el lecho nupcial con Arn, se acabaría toda la idea de usarla como testigo contra el perjurio de la malvada Rikissa. En ese caso no estaba tan claro que Erik, el propio hijo de la reina, pudiese heredar la corona. Y si uno fuese rey y marido de la reina Blanka, eso podría entenderse como traición.

Arn opinó que ésa era una palabra muy dura antes de saber cómo lo habían planeado las dos Cecílias. Él era incapaz de averiguar nada, aunque hubiese estado sentado al lado de su Cecilia bajo las ramas de abedul y serbal durante toda la fiesta. Había muchos oídos ávidos a su alrededor, gran alboroto en la sala y muchísimas cosas de las que hablar. Ahora sabía bastante de los menesteres de un *yconomus* en un convento —una *yconoma*, se corrigió a sí mismo—, y también sabía mucho de la fervorosa amistad que unía a las dos Cecílias desde el tiempo de sus calvarios en Gudhem. Pero no sabía nada de intrigas de mujeres.

Tal vez era sencillo e inocente, reflexionó Harald, quien había estado callado durante largo rato. Pensando como un hombre, uno siempre se imagina intrigas y maquinaciones si ocurre algo inesperado y por eso tal vez se buscaba una traición en la reina y un lazo secreto entre ella y el arzobispo. Éste le había seguido el juego para allanar el camino al lecho nupcial de Cecilia. Pero ¿y si solamente se trataba de amistad? Si esas dos mujeres se conocieron en su juventud y sufrieron juntas durante muchos años, debían de estar muy unidas. ¿No habría hecho él, Harald, una cosa así por Arn? Y Arn, ¿no habría hecho el mismo sacrificio por su amigo? ¿Qué es lo que uno no haría sabiendo que la felicidad de su amigo está en juego?

Eskil decía que ésa era una manera inteligente de pensar, pero que esas ideas

inteligentes sólo incumbían a los hombres. No se podía esperar el mismo nivel de inteligencia en dos mujeres.

Pero entonces Arn repuso que la palabra correcta tal vez no sería inteligencia, aunque ellos deberían conocer las palabras nórdicas mejor que él. No había nada que discutir en cuanto a la inteligencia de las dos Cecilias. Como en un juego y en menos de un día habían engañado a todos los hombres, al rey, al canciller, a Eskil y al propio Arn. Por tanto, se trataba de otra cosa. ¿Podrían las mujeres sentir la misma lealtad entre amigas como los hombres y actuar desinteresadamente sólo por esta lealtad?

Harald Øysteinsson decía que bien podría ser el caso, especialmente si se tenía en cuenta que las dos Cecilias habían soportado un gran sufrimiento juntas y durante muchos años. Los otros dos estaban más inseguros en esa cuestión. Pero tarde o temprano se sabría, o sea, que por el momento ya no hacía falta malgastar más palabras con ese asunto. Porque había otra cosa más importante que preocupaba a Eskil. Él era el responsable de que hubiese boda en Arnäs, ya que precisamente allí debería celebrarse.

Si él organizaba esa boda, tendría a Birger Brosa como enemigo. Si no, el enemigo sería su propio hermano. No era una elección fácil.

Hubo un largo silencio después de que Eskil expuso su desasosiego tan llanamente.

—Comprendo tu preocupación, por lo que nunca podrás ser mi enemigo, sea cual sea tu decisión —dijo Arn finalmente—. Es cierto que el camino para la novia será largo y peligroso desde Husaby, la casa de Cecilia, hasta Forsvik, en lugar de sólo hasta Arnäs. Pero podríamos arreglarlo de ese modo.

—¡No! —exclamó Eskil con brusquedad—. Tú nunca te casarás con Ingrid Ylva, como desea nuestro tío. A ti y a Cecilia Rosa nada os detendrá. Ya no me importa que sea así, sólo lo constato. Entonces, lo que ha de suceder no sucederá a escondidas y con vergüenza. ¡Se celebrará en Arnäs, con flautistas y tambores e invitados hasta la tercera generación!

Cuando la conversación hubo resuelto esta dificultad, todo resultó mucho más sencillo y pronto estaban hablando animadamente de lo que habría que hacer en las siguientes semanas. Harald había recibido una carta con el sello de Birger Brosa y del rey Knut para viajar a ver al rey Sverre de Noruega. Prepararían el barco anclado en Lödöse y lo equiparían con su tripulación, porque Harald tendría que hacer ya su primer viaje en busca de pescado en salazón, para tener tiempo de hacer dos viajes en verano hasta Lofoten, antes de que comenzasen las tormentas de otoño, pues el viento del norte dificultaba mucho la travesía. Pero dos viajes reportarían una buena ganancia y Harald recibiría su justa recompensa.

Tanto mejor si Harald necesitaba una tripulación, decía Arn, ya que en Arnäs había cinco guardias noruegos que seguramente sabrían y querrían navegar con él, especialmente acompañados de un salvoconducto real. Y aquí en Forsvik había cinco guardias que hablan perdido las ganas de trabajar al servicio de Arn. Al día siguiente



ya podrían sustituir a los hombres de Arnäs.

Además, Arn necesitaría unos buenos siervos de Arnäs para la construcción e intentó recordar los nombres de los dos mejores cuando él era joven. Eskil reflexionó y llegó a la conclusión de que uno habría muerto y el otro, que llevaba por nombre Gur, era demasiado viejo pero seguía viviendo en Arnäs, con pleno derecho a comida y alojamiento aunque ya no pudiese trabajar. Su hijo Gure, sin embargo, era tan hábil como su padre en la construcción con argamasa y madera. Había dos siervos constructores más, aunque Eskil no recordaba sus nombres.

La mitad de los extranjeros de Arnäs también serían trasladados a Forsvik, puesto que sólo la mitad eran buenos constructores en piedra. Los demás tenían conocimientos más adecuados para Forsvik.

Después de haber zanjado esos asuntos, a Eskil le quedaba una pregunta que hacerle a Arn. Se trataba de su único hijo Torgils.

Ciertamente, Eskil habría preferido que Torgils se pareciera a él, un hombre para el comercio y la plata, la riqueza y la inteligencia. Se había preocupado demasiado y durante mucho tiempo, pero ahora se daba cuenta de que no podría cambiar a Torgils, ya que a la edad de diecisiete años ya montaba en la guardia del rey y le interesaban más el arco y la flecha que ser como su padre. Torgils quería ser como el hermano de su padre. Así era y no podría cambiar.

La pena para un padre era que todo joven que buscaba el camino de Torgils hallaba antes la muerte que el que optaba por el comercio y la contabilidad. Durante muchas noches de insomnio, Eskil había imaginado a su amado hijo aplastado debajo de caballos, despedazado por las espadas y las lanzas. Pero a los jóvenes les costaba entender estas preocupaciones paternas.

—¿Y qué quieres decirme en relación con ese asunto? —preguntó Arn.

—Mi pregunta es sencilla en palabras pero difícil de decir —dijo Eskil—. Mi hijo Torgils aún no sabe que has regresado a nuestro reino. Él conoce todas las canciones sobre ti y hay momentos en los que creo que ama tu leyenda más que a su propio padre.

—Estoy seguro de que no es así —repuso Arn—. Muchos jóvenes prefieren soñar con espadas más que con cuartos de contabilidad, y no podemos quitarles sus sueños. Tampoco debemos hacerlo, es mejor dirigir sus sueños hacia algo positivo. Pero al grano...

—Torgils está ahora en Bjälbo, con Erik, el hijo mayor del rey, y con tu hijo Magnus —musitó Eskil—. Allí celebraban un banquete y un concurso de tiro al arco. Por eso no estaban en Näs...

—Ya lo sé —lo interrumpió Arn, impaciente—. Cecilia y yo hablamos un poco de ello... ¿y tu pregunta?

—¿Puede Torgils ser aprendiz tuyo? —preguntó Eskil rápidamente—. Si ha de vivir de su espada, prefiero que tenga el mejor de los maestros y...

—¡Sí! —respondió Arn—. Al parecer no imaginabas que yo estaba a punto de

pedírtelo primero, aunque temía que una pregunta de este tipo no te alegrase en absoluto. Envíame a Torgils y le enseñaré todo lo que no aprenderá en la guardia del rey. Ya tengo a los jóvenes Sigfrid Erlingsson y Sune Folkesson a mi servicio.

Eskil, aliviado, bajó la cabeza, miró su jarra de cerveza vacía desde hacía rato, y de repente se dio cuenta de algo.

—¡Vas a formar un ejército de jinetes Folkung! —exclamó con el semblante iluminado.

—Sí, ésa es mi idea —admitió Arn, mirando de reojo a Harald—. Y ahora te diré algo que no debe ser escuchado por nadie, aunque Harald es mi amigo más íntimo y no cuenta como los demás. Aquí en Forsvik estableceré una caballería que podrá resistir a los francos o a los sarracenos, mientras los hombres lleguen a mí jóvenes, todavía a tiempo de aprender. Pero sólo quiero Folkung, ya que el poder que pienso crear no puede caer fuera de nuestra casa. Y Torgils, tu hijo, es especialmente importante, puesto que será el señor de Arnäs. Él es quien un día estará encima de la muralla y contemplará al ejército de Sverker abajo. Y ese día sabrá todo lo que un vencedor ha de saber. ¡Pero sólo Folkung, recuérdalo, Eskil!

—¿Pero y los de Erik? —objetó Eskil, vacilante—. Ellos son nuestros hermanos, ¿no?

—Por el momento lo son, y yo mismo he jurado fidelidad al rey Knut —replicó Arn suavemente—. Pero no sabemos nada del futuro. Tal vez los Erik y los Sverker se unan contra nosotros algún día por razones que ni siquiera podamos imaginar ahora. Pero una cosa es segura: si con Dios y con nuestro trabajo conseguimos una caballería Folkung y si hacemos muy fuerte Arnäs, nadie podrá resistirnos. Y si nadie puede resistirnos, podemos evitar la guerra, o al menos acortarla, y el poder será nuestro. Mi amigo Harald ha escuchado todo lo que sólo es para los oídos familiares. Pero pregúntale y te dirá que tengo razón.

—Lo que Arn dice es cierto —respondió Harald a la mirada inquisitiva de Eskil—. Él me ha enseñado a ser guerrero, aunque yo tal vez fuese un poco mayor cuando llegué a su servicio. Arn ha enseñado a un escuadrón tras otro (es decir, un grupo de jinetes, en nuestra lengua) a llevar la guerra hacia adelante en el ataque y hacia atrás en la retirada, al igual que él y gente como él enseñó a los arqueros, los sabotadores, los infantes y los jinetes ligeros tanto como a los maestros de armadura y los forjadores de espadas. Si un solo linaje en el Norte tuviera los conocimientos de los templarios, ya fueran Birkebein o Folkung, Erik o Sverker, todo el poder estaría con ese linaje. Créeme, Eskil, porque yo he visto todo eso con mis propios ojos. Todo lo que digo es cierto. ¡Soy el hijo de un rey noruego y mantengo mi palabra!

La reina Cecilia Blanka no le dio un momento de tranquilidad a su rey y marido hasta que obtuvo lo que quería. Él suspiraba y echaba de menos la paz que normalmente se extendía sobre Näs después de tres días de consejo. Ella encontraba al menos dos contradicciones a cada objeción que él ponía. Pensaba que era demasiado honor para una mujer soltera como Cecilia Rosa viajar acompañada con

más de una docena de guardias reales como protección. Eso era propio de un canciller pero no de una mujer que no estaba casada.

La reina contestaba que nada le impedía que enviara su propia guardia, ya que Cecilia era su más estimada amiga y todos lo sabían. ¿Quién podría protestar o envidiar que la reina honrase a su mejor amiga?

El rey Knut insistía en que, de todas formas, era demasiado enviar tantos hombres armados con una sola mujer. Sería como demostrar temor a un ataque a traición.

La reina contestó que ninguna fuerza era suficientemente grande si querías estar seguro de evitar un ataque a traición. El país no podría correr peor suerte si le ocurría alguna desgracia a Cecilia Rosa durante el peligroso viaje que tenía que hacer. El rey Knut suspiró que peor desgracia no podía ocasionar Cecilia Rosa con su muerte que lo que hacía yendo al lecho nupcial en lugar de ir al convento de Riseberga.

Pero en seguida tuvo que arrepentirse de esas palabras cuando la reina le auguró, sin la más mínima suavidad marital, lo que le sucedería al país si a Cecilia Rosa le tocaban un pelo o la mataban. Eso separaría inmediatamente a los Folkung con Eskill y Arn Magnusson en un lado y Birger Brosa en el otro. ¿Y cómo actuaría Magnus Månesköld en esa lucha, él, que había crecido en casa de Birger Brosa y era hijo de Arn Magnusson? Y si se tambalease el apoyo de los Folkung a la corona, ¿qué sucedería entonces con el poder del país?

Con palabras reflexivas y suaves, más que con un tono duro que muchos maridos habrían utilizado al oír tanto atrevimiento por parte de su esposa, Knut admitió sin más que la sola idea de una separación con los Folkung sería como una pesadilla. Él mismo y su linaje acabarían en medio de una lucha en la que no solamente sería incierto que Erik, su hijo, heredase la corona, sino peor todavía: la corona se tambalearía en su propia cabeza. Admitió, como a menudo hacía cuando estaban los dos solos, que ella tenía más razón que él. Pero la separación ya estaba allí, ya que Birger Brosa había regresado a Bjälbo echando pestes tanto de Arn como de Eskill.

La reina Blanka opinaba que el tiempo ya curaría esa herida, que ahora lo importante era llevar a Cecilia Rosa ilesa hasta el lecho nupcial de Arn Magnusson. Cuando la voluntad de Dios hubiese manifestado que ya nada podría cambiar, todo el escándalo se desvanecería. Pero si no se llevaba a cabo o, aún peor, si algo malo le sucedía a Cecilia Rosa antes de la noche de bodas, tendrían un enemigo terrible en Arn Magnusson.

Al rey Knut no le costaba admitir que eso sería lo peor de todo. En un mundo en el que tantos asuntos se arreglaban con la espada era necesario tener a hombres como Arn Magnusson de su lado. Por eso era preocupante que Birger Brosa en un inusual arrebato de ira hubiese jurado que preferiría dimitir de la cancillería antes que dar la bienvenida a Arn como mariscal del consejo. Por mucho que se debatiese esta cuestión, el dolor seguía allí como un dolor de muelas.

Y el único remedio eficaz contra el dolor de muelas era arrancar el diente malo, y cuanto antes mejor, replicó la reina, poniendo fin así a la conversación.

Las semanas siguientes fueron para Cecilia Rosa como si se le hubiese quitado tanto la libertad como la voluntad, como si ella fuese una hoja caída que flotaba en la corriente sin poder decidir en qué dirección quería ir. No podía decidir sobre una cosa tan sencilla como viajar entre Näs y el convento de Riseberga, algo que tantas veces había hecho.

Puesto que debería ir acompañada de doce guardias, el viaje tardaría dos días más. Si la hubiesen dejado decidir, habría viajado en barco hacia el norte por el Vättern hasta Åmmeberg y desde allí en una barcaza más pequeña por el Åmmelången y los demás lagos hasta Östersjön, desde donde sólo quedaría un día de viaje a caballo hasta Riseberga.

Pero con doce guardias, sus respectivos caballos y todo el equipaje no se podía viajar por el agua, sino que se debía ir por tierra ya desde Åmmeberg.

Cecilia Rosa estaba acostumbrada a montar con uno o dos hombres sobre los que ella misma mandaba. Y ahora era al revés: los guardias de la fortaleza del rey hablaban de ella como de un objeto, a pesar de estar justo a su lado. La llamaban la mujer, discutían sobre lo que sería mejor para la seguridad de la mujer y lo que soportaría la mujer y cómo la mujer se hospedaría mejor por las noches. El viaje se retrasó todo el tiempo a causa del jefe de los guardias, que enviaba a los hombres a adelantarse para investigar en un bosque o en un vado antes de cruzarlos. Con todo ello tardaron más de cuatro días en llegar a Riseberga.

Al principio intentó no escuchar y sumergirse en sus propios sueños sobre todo lo maravilloso y los pensamientos de agradecimiento que cada hora enviaba a la Virgen. Al segundo día ya no soportaba ser tratada como un cargamento de plata en lugar de como una persona, y encima de su caballo cabalgó al lado del escolta Adalvard, del linaje de Erik y capitán del grupo.

Le contó que había hecho ese viaje muchas veces, y sólo en una ocasión había encontrado unos bandoleros y que ellos la dejaron pasar ilesa cuando les explicó que regresaba de un convento y que el cargamento consistía en escritos y plata eclesiástica. Los bandoleros eran jóvenes y llevaban pocas armas, por lo que no la asustaron lo más mínimo. ¿Cómo podía ser entonces que la guardia real, con el símbolo de las tres coronas al frente, una visión que espantaría a la mayoría de los bandoleros, se mostrase tan melindrosa y miedosa ante cada giro del camino?

Adalvard le contestó, malhumorado, que lo que era seguro y lo que dejaba de serlo en ese camino lo decidía él basándose en sus conocimientos. Una mujer de convento seguramente conocía varias cosas que él desconocía, pero ahora se trataba de atravesar con vida los bosques de Tiveden. Ésos eran sus conocimientos.

Cecilia Rosa no se contentó con esa respuesta e intentó averiguar más preguntando de otra manera, pero sólo recibió la misma respuesta, aunque con otras palabras. Era importante mantener la seguridad y por eso había que mantener la seguridad. No avanzó más en el razonamiento ese segundo día, puesto que llegaron a una finca lo bastante grande como para alojar a una docena de guardias, sus caballos

y a una mujer.

Echaron a los amos de su propia casa, recogieron todas las armas, las colocaron en la panadería y limpiaron una cocina para que Cecilia Rosa pudiera estar a solas. Unos siervos asustados le sirvieron la cena y la cerveza acompañados por los guardias, y durante la noche dos soldados vigilaban delante de su puerta.

No le hizo ninguna gracia tener a dos hombres armados frente a su puerta y menos aún cuando nadie había pensado en dejarle un recipiente para orinar. Cuando salió a hacer lo que nadie podía hacer por ella, los dos guardias tuvieron tanto miedo de dejarla sola que insistieron en acompañarla incluso en unos menesteres tan femeninos que ningún hombre honrado debiera molestar. Puesto que ya había esperado demasiado, tenía tanta necesidad que consideraba que no tendría tiempo de discutir el asunto por más tiempo y les pidió que la acompañasen un trecho, pero que se diesen la vuelta durante el acto.

A la mañana siguiente, cuando ya llevaban un rato de camino, Cecilia se acercó a Adalvard y se quejó de que la trataran como a un prisionero que iba a ser ahorcado. Esas palabras le calaron más hondo que las preguntas sobre la seguridad, y se disculpó diciendo que todos respondían por ella con sus propias vidas.

A Cecilia Rosa primero le costó creer que hablase en serio y creyó que era la habitual manera masculina de vanagloriarse y exagerar. De reojo, le miró la cara; estaba curtida por los vientos y llevaba cicatrices de espadas o flechas y mostraba una gran seriedad, pero ni una muestra de orgullo o jactancia.

¿Podría ser verdad que todos respondiesen por ella como si fuese valorada por su peso en plata?, preguntó de nuevo después de un rato en silencio.

—Peor que eso, mi señora —respondió escuetamente Adalvard—. Sería una deshonra perder tal carga de plata y ya no tendría más que hacer al servicio del rey. Pero para vos, señora, nos jugamos nuestras vidas. Eso ha dicho el rey y así se hará.

Entonces un gran frío le atravesó a plena luz de un hermoso equinoccio de verano. El luminoso brillo del pequeño lago que estaban cruzando se convirtió en una amenaza, el siseo de las hojas nuevas en las copas de los árboles vaticinaba la secreta maldad del bosque y los abetos se convirtieron en criaturas mágicas que en un momento dado podrían levantar sus ramas como brazos y acercarse hacia ella. Los hombres, con las caras malhumoradas y los ojos vigilantes, no veían el día hermoso y no oían el canto de los pájaros; sólo oían sus penas de muerte y veían el hacha del verdugo.

Tardó un poco en hablar con Adalvard de nuevo. Primero intentó pensar en lo que estaba sucediendo y de lo que ella misma nada podía decidir. Iba de camino a su boda con Arn y era porque la Virgen había escuchado sus súplicas y se había dejado convencer. Y había reservado a Arn para otra cosa diferente del camino directo al paraíso a través del martirio.

Eso era verdad y la razón no podía cambiarlo, ni con preguntas ni con objeciones.

¿Qué seguridad necesitaba, pues, en su sencillo camino a Riseberga más que la

suave mano protectora de la Virgen?

Cecilia Rosa comprendía muy bien que esa lógica eclesiástica impresionaría poco a un hombre como Adalvard. Él actuaba por orden real y primero obedecía la voluntad de los hombres y luego posiblemente la de Dios. O bien, rectificó, veía la obligación del hombre de hacer siempre lo máximo para cumplir la voluntad de Dios.

En lo que ahora le sucedía, los hombres hacían todo lo que podían para cumplir lo que era la voluntad de la Virgen, por lo que se sabía de ello. Por eso flotaba por el río de la vida como una hoja sin voluntad propia, porque tantas personas con poder sobre tierras y bosques, plata y espadas, iglesias y conventos, todas ambicionaban lo mismo. ¡Qué mundo tan hermoso sería si todos siempre ambicionaran lo mismo de esa manera!

Tanto más difícil era, por consiguiente, creer que lo que estaba ocurriendo era únicamente por ella y por Arn, dos pobres pecadores que no eran mejores que otros.

No, ciertamente había algo que no encajaba en todo aquello. No era la bondad del hombre ni su eterna voluntad de seguir los caminos del Señor lo que la hacía cabalgar rodeada por doce guerreros que no se apartaban más que a un brazo de distancia. Debía de existir un peligro que ella desconocía, pero que los hombres que temían por su vida entendían mucho mejor.

Salió de su sitio en la comitiva y cabalgó hasta ponerse a la altura del capitán Adalvard, haciendo caso omiso de las molestias que ocasionó cuando tuvieron que reagrupar a la partida para que tuviese jinetes delante, detrás y a los lados. Pero quería estar segura y pensó en una nueva manera de hacer hablar a Adalvard acerca de los secretos que ella ni siquiera sospechaba.

—Adalvard, he pensado mucho en lo que me dijiste sobre responder con vuestras vidas por mi seguridad —empezó—. Debería haberme mostrado más agradecida y menos arisca y te pido disculpas por ello.

—No tenéis por qué disculparos, mi señora. Hemos jurado obedecer hasta la muerte las órdenes del rey y hasta el momento no nos ha ido tan mal —respondió Adalvard.

—Para mí era un viaje cualquiera hasta que me explicaste la seriedad de tu cometido y tengo que decirte lo honrada que me siento por tener esos enormes luchadores a mi lado en la hora del peligro —siguió diciendo Cecilia inocentemente.

—Somos la guardia del rey —replicó Adalvard—. Bueno, algunos de la reina, pero no son peores por eso —añadió con una sonrisa, la primera que había esbozado durante todo el trayecto.

—Ves que monto como un hombre, con un estribo a cada lado —señaló Cecilia—. ¿No te has preguntado por qué?

—Sí, me lo he preguntado —dijo Adalvard—. Pero no comprendo muy bien cómo lo hacéis, mi señora, puesto que de todas formas parecéis una mujer sentada en la silla. Y tampoco quería fijarme más cuando desmontáis o subís al caballo.

—Cabalgo mucho a causa de mis negocios en Riseberga, tal vez tanto como un

soldado —explicó Cecilia como si la conversación fuera totalmente inocente—. Por eso he cosido un traje para mujeres, ya sabes que cosemos mucho en los conventos, un traje que es como dos trajes, uno para cada pierna. Y luego llevo un delantal. Parezco una señora, pero puedo montar como un hombre. Por eso tienes que saber una cosa: si llegase el peligro, el peligro del que hablaste, podré escaparme más rápido que la mayoría de los defensores con sus caballos pesados. Si quieres protegerme de un ataque, no nos detendremos, sino que cabalgaremos de prisa alejándonos del lugar.

Por fin Cecilia había dicho algo que hizo que Adalvard la contemplase como a una persona con pensamientos e ideas propios y no como a un montón de plata. Se disculpó cortésmente y se fue a hablar expresivamente con algunos de sus hombres, gesticulando, y esos hombres se dirigieron hacia atrás para divulgar más la nueva información.

Cuando regresó al lado de Cecilia parecía contento y más hablador que en todo el viaje, así que ella consideró que el terreno estaría abonado para más preguntas.

—Dime, Adalvard, mi fiel defensor, tú que eres un hombre del rey en Näs y sabes mucho más que una mujer de convento, ¿por qué podría ser víctima de un ataque a traición yo, una pobre mujer del débil linaje de Pål?

—¡Pobre! —rió Adalvard y la miró inquisitivamente de reojo como para averiguar si se estaba burlando de él—. Bueno, podría ser, por ahora —gruñó—. Pero pronto habrá boda y, como señora de un Folkung, una tercera parte de lo suyo será vuestro. Pronto seréis rica, mi señora. Quien lograrse robar a esa novia también se haría rico a cambio del rescate. Esas cosas han sucedido, aunque no conozco a nadie que haya vivido mucho tiempo después de un acto infame de esa calaña. Pero sí que ha ocurrido.

—Pues entonces me siento realmente segura con estos luchadores a mi lado —respondió Cecilia, satisfecha a medias con la respuesta obtenida—. Pero ésa no debe de ser la única razón... Para protegerme contra bandoleros pobres y raptos de mujeres con armas deficientes no haría falta toda esta fuerza que viene con nosotros. Bastaría con que vieran nuestro símbolo con las tres coronas, ¿verdad?

—Sí, es cierto, mi señora —contestó Adalvard y, animado por la conversación, tal y como Cecilia lo había planeado, continuó—: Soy del linaje del rey Knut y de su padre el difunto san Erik. Pero mis hermanos mayores se quedaron con las fincas de mi padre y yo tuve que ser soldado. No me quejo, porque si eres del linaje de Erik, sabes lo que pasa en el reino en cuanto a la lucha por el poder. Vuestra vida, señora, forma parte de la lucha por el poder, al igual que vuestra muerte.

—Hay cosas del mundo de los hombres que no puedo comprender —respondió Cecilia humildemente—. Pero tanto mayor es mi alegría al cabalgar junto a un Erik que puede explicarme todo lo que nosotras, las mujeres del convento, no entendemos. ¿Qué tiene que ver mi muerte o mi vida con la lucha por el poder? Te pido, Adalvard, que me lo expliques de verdad.

—Bueno, no puedo deciros nada que no vayáis a saber dentro de poco —replicó Adalvard, satisfecho por ser el que conocía las grandes verdades de la vida—. Vos deberíais haber sido abadesa y entonces no podría haberos hablado con tanta irreverencia. Pero siendo abadesa habríais jurado de manera que el hijo mayor del rey Knut podría haber heredado la corona. Hasta aquí lo sabéis todo, ¿verdad?

—Sí, sé de qué va todo eso. Pero si no fuera así, ¿por qué querría hacerme daño alguno de los Sverker?

—Si nos mataran a todos, a vos, mi señora, a mí y a todos mis hombres, todos los hombres del reino creerían que los Sverker fueron los responsables de ese acto infame, aunque no fuese así —contestó Adalvard con un repentino mal humor; obviamente se arrepentía de haber seguido la conversación por la dirección que había tomado.

—¿No sería más inteligente matar a Arn Magnusson en ese caso? —preguntó Cecilia sin el menor temor.

—Sí, es cierto. Todo el mundo sabe que nosotros, los Erik, ganaríamos con un asesinato así, ya que no habría boda. Vos, mi señora, seríais abadesa en un santiamén, ya que el luto y la tristeza os llevarían al convento. Pero os juro que no pensamos así, puesto que sería romper nuestro acuerdo entre los Erik y los Folkung, sellado con muchos juramentos. Si los Erik y los Folkung se enemistasen, ambos perderíamos todo el poder a manos de los Sverker.

—Por consiguiente, los Sverker preferirían matar a Arn Magnusson y echar la culpa a los Erik —continuó Cecilia sin temblarle la voz, aunque un enorme dolor le atravesó el corazón al mismo tiempo que pronunciaba las palabras.

—Pues sí —sonrió Adalvard—. Si los Sverker pudiesen matar a Arn Magnusson y culparnos a los Erik, ganarían bastante. Pero ¿a quién enviarían a Arnäs o a Forsvik para cometer este acto infame? ¿A Odín, que se haría invisible? ¿O a Tor, cuyo martillo haría temblar el mundo? No, ningún asesino clandestino sorprenderá a Arn Magnusson, de eso podéis estar completamente segura, mi señora.

El capitán Adalvard rió a gusto de sus propias gracias sobre Odín y Tor. Por irreverentes que las encontrase, Cecilia de todos modos encontró consuelo en ellas.

Sólo una vez durante el viaje al convento de Riseberga ocurrió algo que perturbó la paz. Después de Östersjön, cuando ya habían pasado los grandes bosques y habían salido a un paisaje más abierto con alguna que otra finca, se encontraron con un rebaño de ovejas desbocadas que bajaban por las colinas. Detrás de las ovejas corrían cuatro pastores vestidos con anchas capas marrones que llevaban bastones en las manos para reunir a los animales asustados.

El capitán Adalvard envió en seguida a cuatro jinetes con las espadas alzadas y los pastores se echaron con la cara al suelo y los brazos y las piernas estirados, aunque algunos intentaron ver de reojo por dónde huían las ovejas.

Al mismo tiempo que se alejaron los cuatro jinetes hacia los pastores, los ocho restantes se cerraron alrededor de Cecilia con Adalvard al frente. Todos habían



desenvainado las espadas.

Los pastores eran pastores y nada más. Más tarde, Adalvard le comentó malhumorado a Cecilia que nunca se podía estar del todo seguro, que creer que entiendes todo lo que ves en el momento en que lo ves es el orgullo que lleva a la muerte. Al menos no mataron a ningún pastor en vano. Tardarían un poco más en encontrar sus ovejas, eso era todo.

Llegados por fin a Riseberga, Cecilia entró en seguida en sus aposentos y se quedó un buen rato con la mano sobre uno de los ábacos, inspirando el olor a pergaminos y tinta. Una habitación con escrituras tenía un olor inconfundible y sabía que podría rememorarlos más tarde cuando quisiese.

Lo que todavía le costaba era creer que realmente aquello sería un adiós. Había vivido tanto tiempo entre esas cuentas que en su fuero interno lo había imaginado así para el resto de su vida, mejor dicho, como la única vida posible en el mundo de los sentidos, mientras que Arn Magnusson pertenecía al mundo de los sueños.

El adiós fue difícil y no sin lágrimas. Las que más lloraron fueron las dos doncellas de los Sverker que habían encontrado asilo en Riseberga, aunque a Birger Brosa le había disgustado. Habían estado muy unidas a Cecilia, y ella les había enseñado todos los detalles de la costura, el arte de la jardinería y la contabilidad. A partir de ese momento se quedarían sin la protección de la *yconoma* y la esperanza que albergaban de que ella volviese como abadesa se esfumó.

Cecilia las consoló todo lo que pudo y les aseguró que siempre podrían enviarle un mensaje; no, que ella se mantendría informada de lo que acontecía en Riseberga; no, mejor todavía, que iría a verlas para saberlo todo de ellas.

Sus palabras no las consolaban tanto como habría querido. Las doncellas no creían que Cecilia tuviese mucho que decidir en Riseberga desde su poder mundanal, y por eso Cecilia tuvo que quedarse un día más de lo planeado con ellas.

Habló largas horas en el cuarto de contabilidad con las dos, Helena y Rikissa. Mientras explicaba y repasaba todas las tareas una y otra vez, y enseñaba y volvía a enseñar en qué casillas se guardaban los pagarés y las facturas, y dónde encontrar las cartas de reclamación de pago de los obispos y sus recaudadores de impuestos y arriendos, les iba contando sobre todo cómo se podía vivir entre familiares en un convento donde casi todos eran del linaje del enemigo. Ella y la reina Blanka habían vivido y resistido durante muchos años hasta que llegaron tiempos mejores.

También les explicó cómo una anciana inteligente, llamada Helena Stenkilsdotter, les enseñó el sentido común de no elegir a sus enemigos siendo muy jóvenes.

En su fuero interno, Cecilia pensó que se estaba pareciendo en algo a Helena Stenkilsdotter, puesto que podía sentir ese cariño hacia unas doncellas con los nombres del linaje de Sverker tan odiosos como Helena y Rikissa.

Les aconsejó que no pronunciasen los votos antes de sentir la verdadera vocación y que no perdiesen la esperanza jamás, y les dio a entender que incluso unas pobres hijas de los Sverker que estaban obligadas a refugiarse en un convento del enemigo

podrían ser llamadas al mundo exterior antes de lo que imaginaban. Ella las tendría muy presentes en su memoria.

Cuando Cecilia estuvo finalmente sola, después de tanto consolar, tal vez un consuelo falso, le tocaba dar su propio adiós. Consideró propiedad suya aquel ábaco que ella misma había construido y que mejor le servía, y se lo guardó. Tenía un caballo con su silla. Con su propio sueldo había pagado el manto de invierno forrado de piel de perro, y las botas del mismo estilo. Aparte de eso no tenía más que la ropa que llevaba puesta y posiblemente algunos vestidos de fiesta que se encontraban en Näs.

Cuando Cecilia Blanka y ella eran jóvenes usaban la misma talla de vestidos; ahora que las separaban siete embarazos, sólo Cecilia Rosa podía ponerse la misma ropa que de joven. Tal vez no eran solamente los embarazos. En Näs se comía mucha carne de cerdo y, lo que era peor, carne salada de cerdo con la que necesitabas beber mucha cerveza. En los conventos donde Cecilia Rosa había vivido la mayor parte de los últimos años, todo tipo de gula estaba prohibida.

Lo importante, sin embargo, no era que pudiera llevar uno o varios de los vestidos que a su amiga ya no le sentaban bien. Por lo demás tenía un marco y medio de plata que había sido el sueldo que honradamente se había ganado durante el tiempo que había ejercido como *yconom*a en Riseberga, como mujer libre y no como penitente. Sacó la plata, la pesó y anotó en el libro de cuentas que ya se había llevado lo que le pertenecía.

En ese momento se dio cuenta de lo poco que sabía de su propia pobreza o riqueza. Había estado camino de pronunciar los votos durante mucho tiempo, por lo que ya se había considerado pobre y por eso sabía muchísimo más de cada céntimo que se debía al convento que de sus propias pertenencias.

Cuando su padre Algot, murió sólo dejó dos herederas, sus hijas Cecilia y Katarina. Por tanto, debería haber heredado la mitad de las fincas alrededor de Husaby y Kinnekulle que pertenecían a su familia. Katarina habría heredado la otra mitad. Pero ahora, a causa de sus pecados, Katarina había ingresado en el convento de Gudhem y con eso había tenido que renunciar a todas sus pertenencias mundanales. ¿Habría renunciado también a su herencia? En ese caso, ¿a favor de quién, de Cecilia o de Gudhem? ¿Y cuántas de las fincas alrededor de Husaby eran suyas en uno u otro caso?

Eso era algo en lo que jamás había pensado; nunca se había considerado propietaria de bienes terrenales, tan sólo administradora de los de la Iglesia.

El marco y medio de plata que llevaba en la mano bastaría para pagar un manto hermoso. Pero había un manto de los Folkung en el que había trabajado durante tres años, el más hermoso de todos, forrado con piel de marta, y el león bordado con hilos de oro y plata traídos de Lübeck, y la boca del león y su lengua bordadas con hilo rojo de los francos. Ningún manto en el mundo relucía con colores tan brillantes, era la labor más bonita que jamás había cosido en toda su vida en el convento. Cecilia

jamás había podido ocultar su sueño a nadie, y aún menos a sí misma: el de que un día pudiera ver ese manto sobre los hombros de Arn Magnusson.

Sabía muy bien que el precio de un manto como aquél era como el de una finca con sus siervos y su ganado. El manto pertenecía al convento de Riseberga, aunque ella lo había cosido con sus propias manos.

Sin embargo, había sido su sueño, nadie más que un Folkung podría llevarlo, y ningún otro Folkung que no fuese Arn Magnusson. Estuvo dudando mucho rato con la pluma en la mano antes de decidirse. Finalmente firmó un pagaré de quince marcos de plata, secó la carta y la puso en la casilla pertinente.

Luego se dirigió a la cámara frigorífica, encontró el manto, dejó que le acariciase la mejilla e inspiró su fuerte olor, que era más para mantener alejadas a las polillas que propio de sueños amorosos, lo dobló y se lo llevó debajo del brazo.

Cecilia comulgó en la misa de despedida.

La cabalgata entre Arnäs y Forsvik era para el joven Sune Folkesson y su hermano adoptivo Sigfrid como si el más ardiente de los sueños se hubiese cumplido y, además, contra todo pronóstico.

Cada uno de ellos montaba uno de esos caballos extranjeros; Sune, un roano con la crin y la cola negra, y Sigfrid un alazán con la crin y la cola de color claro, casi blanco. El señor Arn había elegido con mucho esmero los dos caballos y los había probado, los había montado y había jugado con ellos antes de decidir cuál de los chicos dispondría de cada uno de los caballos. Escuetamente, pero muy en serio, les había explicado que los caballos eran jóvenes, al igual que sus nuevos dueños, y que era muy importante poder envejecer junto al caballo, que eso era el principio de una nueva amistad que duraría hasta que la muerte los separase, puesto que sólo la muerte podía separar a un hombre de su caballo de Outremer.

No había perdido mucho tiempo en explicar la diferencia entre esos caballos y los caballos nórdicos, tal vez porque veía en los ojos de los jóvenes que ya lo entendían. Al contrario de los hombres adultos en Götaland Occidental, los dos chicos comprendían por sí solos que esos caballos eran casi como la criatura de un cuento en comparación con los caballos góticos que montaban los guardias.

Sune y Sigfrid montaban a caballo desde que habían comenzado a caminar, al igual que todos los niños de su misma edad y de una familia de linaje con escudo propio. Montar era para ellos como respirar o beber agua, algo que ya no hacía falta aprender.

Hasta ese momento, cuando todo empezó desde el principio. La primera diferencia que notaron era la velocidad. Si a esos caballos los exhortaban como a un caballo nórdico, la velocidad después de sólo uno o dos saltos era tan vertiginosa que los hacía llorar, y el viento echaba su largo pelo infantil hacia atrás. La otra diferencia que se sentía era la vivacidad. Un caballo nórdico, al moverse de lado, daba tres pasos, y estos caballos tal vez diez. El jinete tenía la sensación como de estar flotando en el agua, no notaba el movimiento, sólo el cambio de posición. Mientras un caballo

nórdico caminaba recto en la misma dirección que la cabeza, estos caballos flotaban de lado, en diagonal, como si jugaran. Era como encontrarse en un barco dentro de un rápido sin poder controlarlo del todo y donde el menor movimiento en falso podría llevar a algo totalmente inesperado.

De esta manera era como empezar de nuevo, ya que había mil nuevas posibilidades para aprender a dominar la montura, tal y como el señor Arn había hecho cuando montaba su caballo en el patio en Forsvik, haciendo movimientos que parecían imposibles mientras jugaba con los guardias como si fuesen gatitos.

Sune y Sigfrid, de vez en cuando, contemplaban a los hombres que tenían a su alrededor. Todos hablaban con el señor Arn en un idioma totalmente incomprensible. Algunos de los desconocidos de ojos pardos montaban con la misma seguridad que el señor Arn; parecían estar unidos a sus caballos. Atravesaban el bosque con facilidad, también donde los árboles caídos por la tormenta de primavera hacían el paso intransitable. Pero casi la mitad de los forasteros cabalgaban con la cara contraída, como si tuviesen que esforzarse más, como Sune y Sigfrid.

Trece eran los hombres que atravesaron el bosque a caballo, contando a Sune y a Sigfrid, cosa que al menos ellos mismos hacían. En Arnäs, el señor Eskil les había regalado a ambos un pequeño manto de un azul desteñido que él y el señor Arn habían llevado de jóvenes. Por consiguiente, había tres hombres cabalgando de azul, el señor Arn al frente.

Los forasteros se habían cubierto con varias capas de tela y en las cabezas llevaban gruesos bultos de tela o bien yelmos puntiagudos con tela en la parte inferior. Los que llevaban esos yelmos eran los mejores jinetes y también tenían unas extrañas espadas torcidas, arcos en la espalda y aljabas al costado.

Todos cabalgaban en un semicírculo extendido y entre ellos mantenían la manada de caballos sin jinetes. No era fácil comprender cómo, pero ya después de una hora se veía claramente que todos los caballos sueltos seguían el menor gesto del señor Arn.

En esa cabalgata de camino a Forsvik atravesaban los bosques por donde no había caminos. Resultaba difícil entender cómo el señor Arn podía estar tan seguro de la dirección; de vez en cuando echaba una mirada al sol, eso era todo. Aun así, al terminar el día, había cabalgado derecho al vado Utter sobre el río Tidan, un poco por encima de la llanura del concilio de Askeberga. Donde el bosque raleaba y el paisaje se abría, vieron el río abajo como una serpiente larga y reluciente y llegaron al lugar donde los caballos podían cruzar sin problema.

Cuando hacia el atardecer se acercaron a Askeberga, pasaron de una barcaza a otra de las que llegaban cargadas desde Arnäs y con algunos de los forasteros que no habían querido cabalgar. Al parecer, una parte de la carga que transportaban esos hombres era tan valiosa que no querían separarse de ella, ya que estaban sentados encima de sus arcas de madera fuertemente atados con cintas de cuero, con cara de desconfiados. Sune decía que debía de ser oro o plata lo que tanto vigilaban, pero Sigfrid no estaba de acuerdo, ya que esas riquezas debieron de quedar en la cámara

de la torre en Arnäs. Se consolaron con la idea de que ya lo sabrían con el tiempo, cuando la cabalgata llegase a Forsvik.

En Askeberga desensillaron los caballos, los almohazaron y les dieron de beber. El señor Arn se acercó a Sune y a Sigfrid y les demostró cómo debían cuidar a sus caballos con mucho cariño a partir de ese momento. Debían quitarle toda pequeña bardana de la cola y las crines y examinar y acariciar cada pulgada del cuerpo del animal, al igual que los cascos, por si se hubiese metido alguna piedra o raíz. Y mientras se cumplía con esas tareas debían hablarle al amigo, porque un caballo como éstos era un amigo para toda la vida, y cuanto mayor fuese la amistad entre el jinete y el caballo, mejor trabajarían juntos. La amistad era más importante que lo que las manos y las piernas ordenasen. Con el tiempo aprenderían mucho más de lo que podían imaginar, puesto que no solamente serían más rápidos que cualquier jinete en el Norte cabalgando a toda velocidad hacia adelante, sino que también aprenderían a moverse hacia atrás y hacia los lados como no sabía hacerlo nadie de la familia ni de los amigos. Eso tomaría su tiempo.

Pero mientras tanto debían asegurarse la amistad con el caballo y hacerla crecer día a día, pues era la base del arte de la caballería.

Sune y Sigfrid sintieron la certeza de que todo eso que les explicaba el señor Arn, y que para los demás sonaría como una gran bobada, era parte del gran secreto, porque la visión del señor Arn a caballo en el patio en Forsvik estaba como grabada en sus mentes.

Durante la tarde y el principio de la noche llegaron de Arnäs las barcazas, una tras otra, y el arrendatario, Gurmund, tuvo mucho trabajo preparando cerveza y lechos.

Una hora antes de la oración, Arn sacó su arco, le puso las cuerdas, cogió el carcaj y se alejó para practicar. Ya no vivía bajo la estricta Norma que había sido su guía en todo durante tantos años, y ahora le costaba recordar el tiempo anterior. Ya no era caballero del Temple; en cambio, pronto entraría en la unión carnal, bendecida por el Señor, entre hombre y mujer. Pero la Norma condenaba tanto la pereza como el orgullo, la pereza de no practicar las artes de las armas para servir a Dios en la hora del peligro, al igual que el orgullo de creerse lo bastante hábil sin practicar.

Encontró la bala de paja que Harald y él habían usado como objetivo cuando estuvieron en Askeberga la vez anterior, y bajó al río en busca de un lugar apartado. Cuando el joven Sune y su hermanastro Sigfrid lo siguieron a escondidas, creyendo que él, un templario, no descubriría a sus perseguidores, tuvo la tentación de dejarlos creer que no los había visto, como aquella vez, cuando lo vieron castigar a los guardias perezosos en Forsvik. Pero cambió de idea, se dio prisa y tuvo tiempo de colocarse tras un roble ancho, y cuando los dos chicos pasaron junto al árbol con pasos furtivos, los agarró por el pescuezo.

Les advirtió que no debían seguir nunca furtivamente a un caballero de esa manera, puesto que ya habrían oído en Arnäs que su hermano Eskil habría preferido una docena de guardias de regreso a Forsvik, al correr el rumor de que más de un

hombre poderoso en el reino quisiera enviar a un asesino para impedir la boda de Arnäs. Sune y Sigfrid no podrían haber elegido peor momento para seguirlo a escondidas. Los chicos se avergonzaron y se disculparon, cabizbajos, pero en seguida se ofrecieron ilusionados a recoger las flechas cada vez que su señor las disparase.

Arn asintió con semblante severo, pero le costó mantenerse serio del todo. Y les indicó un tronco podrido en el que colocaron el objetivo. Ellos se sorprendieron por la larga distancia a la que éste se encontraba, pero obedecieron rápidamente.

Al volver se sentaron emocionados en el musgo de una gran piedra y Arn colocó la primera flecha en la cuerda, señaló hacia el objetivo y dijo que él los había visto llegar precisamente a esa distancia. Disparó cinco flechas seguidas y les hizo señas para que fuesen a buscarlas.

Las flechas estaban tan juntas que Sigfrid, que fue quien llegó primero, podía cogerlas todas con una mano para sacarlas de la bala. Cayó de rodillas y miró atónito las cinco flechas. Sune captó su mirada y sacudió la cabeza. No había nada que decir, pero tampoco eran necesarias las palabras.

Arn disparó cinco veces y cinco veces Sune y Sigfrid fueron a buscar las flechas, que pudieron recoger con una mano todas las veces excepto una. La primera excitación alegre de los chicos se fue transformando poco a poco en un callado desánimo. Ninguno se sentía capaz de pasar alguna vez esa prueba si era necesario disparar como el señor Arn para ser un caballero.

Arn vio su desánimo y lo entendió.

—Vosotros no debéis disparar con mi arco —les explicó en tono ligero cuando regresaron la quinta vez con las flechas—. Mi arco es adecuado para mí, pero no para vosotros. Al llegar a Forsvik construiremos arcos que os vayan bien, y también espadas y escudos. Ya tenéis caballos adecuados y pensad que sólo estáis al inicio de un largo camino.

—Un camino muy largo —musitó Sune, cabizbajo—. Nadie podría disparar jamás como vos, señor Arn.

—Nadie en todo el país podría disparar así —añadió Sigfrid.

—Los dos os equivocáis —replicó Arn—. Mi amigo Harald de Noruega dispara como yo y creo que pronto conoceréis a un monje que tal vez dispara mejor que yo, al menos antes así era. No hay un límite para lo que puede aprenderse, tan sólo las limitaciones que nos imponemos dentro de nuestras cabezas. Cuando me habéis visto disparar sólo habéis alejado el límite más de lo que creáis posible. Y si no fuese así, mal asunto, puesto que yo seré vuestro profesor.

Arn rió al decir esto último sobre sí mismo y los muchachos le correspondieron con unas sonrisas tímidas.

—El que más practique disparará mejor, es así de sencillo —continuó Arn—. Yo he practicado con armas todos los días desde que era más joven que vosotros dos, y si un día no practicaba era porque había guerra o practicaba de otro modo. Ningún hombre nace siendo caballero, sólo se consigue trabajando duro y eso es justo. ¿Aún

queréis trabajar todo lo duro que sea necesario?

Los niños, callados, asintieron con la cabeza.

—Bien —dijo Arn—. Y trabajaréis de verdad. Al principio, en Forsvik, será más en la construcción que en juegos de armas, pero en cuanto lo hayamos arreglado un poco, comenzarán vuestros días largos con la espada, la lanza, el escudo, el caballo y la forja. Todas las noches, a la hora de la oración, os dolerá el cuerpo por el agotamiento. Pero dormiréis bien.

Arn los animó con una sonrisa para compensar en cierta medida sus sinceras palabras sobre el camino hasta la caballería, un camino sin atajos. Sintió un extraño cariño hacia los dos, como si se viese a sí mismo de niño en la estricta escuela del hermano Guilbert.

—¿Qué es lo que un caballero reza por la noche y a quién dirige sus súplicas? —preguntó Sigfrid, mirándolo a los ojos.

—Formulas una pregunta sorprendentemente sabia, Sigfrid —respondió Arn, vacilante—. ¿Quién de los santos del Señor tiene más tiempo y mejor oído para vuestras oraciones? Yo me dirijo a Nuestra Señora, pero yo he estado a Su servicio y he cabalgado bajo Su emblema durante más de veinte años. El otro día mencionasteis a san Jorge, que es el protector de los caballeros seculares, y él será probablemente quien mejor os irá a los dos. Más fácil es decir lo que debéis pedir. Las dos virtudes de un caballero: *fortitudo* y *sapientia*. *Fortitudo* significa fuerza y valor; *sapientia* significa sabiduría y humildad. Pero no obtendréis nada de eso regalado, para todo hay que trabajar. Al acabar un día de trabajo duro es como un recordatorio del objetivo de vuestro trabajo y esfuerzo. ¡Ahora id a vuestros lechos y rezad por primera vez esa oración a san Jorge!

Se inclinaron y obedecieron inmediatamente. Arn, pensativo, los vio alejarse en el ocaso. «Al final del camino habrá un nuevo reino —pensó—. Un nuevo y poderoso país en el que reinará la paz con una fuerza tan grande que la guerra no valdrá la pena para nadie. Y esos dos niños, Sune Folkesson y Sigfrid Erlingsson, tal vez sean el principio de ese reino nuevo».

Guardó sus flechas en el carcaj y se lo pasó por encima del hombro, pero no quitó la cuerda del arco, sino que caminó arco en mano hasta el río, hasta el hermoso lugar para la oración situado bajo los alisos y los sauces que había encontrado la vez anterior que estuvo en Askeberga.

No se tomaba del todo en serio el rumor que había oído en Arnäs acerca de que los enemigos que astutamente buscaban el poder también pensaban en enviar un asesino para Arn Magnusson. «No le falta lógica a ese razonamiento», pensó y notó que ya estaba pensando en franco para poder reflexionar con más claridad. Ganaría mucho el asesino que lograra hacer que por ejemplo Birger Brosa pareciese el instigador. Una guerra civil entre los Folkung favorecería a los Sverker en su afán de hacerse con la corona, al tiempo que debilitaría a los Erik. Pero todos esos pensamientos solamente eran politiquero empapado en cerveza o vino. Una cosa era

pensar esas cosas y otra muy distinta realizarlas. Si alguien se acercase a Askeberga en el ocaso para asesinarlo, ¿dónde buscaría primero? Y si el asesino realmente se encontrase cerca ahora que la visibilidad estaba a punto de desaparecer, ¿cómo podría acercarse tanto como para usar una daga o una espada?

Y si se acercase en la oscuridad, no esperaría encontrar a un templario dormido y desarmado, ¿no es cierto?

La Madre de Dios no habría mantenido Sus manos protectoras sobre él durante todos esos años de guerra, no lo habría dejado privarse del martirio y el paraíso solamente para verlo asesinado en Götaland Occidental. Ella le había dado los regalos más grandes de la vida terrenal, pero no sin condiciones, puesto que al mismo tiempo le había mostrado a uno de Sus caballeros la más grande de todas las misiones. No solamente construiría una iglesia santificada en honor al Sepulcro del Señor, para enseñar a los hombres que Dios estaba donde estaba el hombre y que no hacía falta buscarlo en guerras en países lejanos. La misión aún más grande que le había confiado era crear la paz mediante la preparación de una fuerza tan superior que hiciese imposible la guerra.

De nuevo encontró el lugar cerca del río donde descansar y rezar. La breve oscuridad ya había caído, sólo faltaban unas pocas semanas para el solsticio de verano cuando la oscuridad no duraba más que una media hora. Había calma y los sonidos y olores de la noche eran penetrantes. Desde las barracas de los marineros se oían risas altas cuando alguien abría una puerta para salir a orinar. Los remeros seguramente se servían abundante cerveza de la que rechazaban los extranjeros. Un ruiseñor parecía encontrarse en unos arbustos, allí al lado, y el fuerte canto del pájaro llenó por un momento todos sus sentidos.

Jamás había sentido tanta paz anteriormente, era como si la Madre de Dios con ello quisiese demostrarle la felicidad celestial que todavía era posible en la tierra. En cada acontecimiento, grande o pequeño, adivinaba Su voluntad y Su gracia infinita. Su padre estaba recuperando todos sus sentidos y pronto estaría caminando de nuevo.

Ibrahim y Yussuf habían trasladado al señor Magnus a la gran cámara de la torre en cuanto ésta estuvo limpia como una mezquita, y con la ayuda de unos esclavos habían construido un puente con dos barandillas en el que el enfermo podía deslizarse apoyándose en los brazos, lentamente y con gran dificultad al principio, pero cada día podía verse con claridad que pronto caminaría sin apoyo. También había recuperado gran parte de su buen humor y había dicho que seguramente caminaría como un hombre mayor pero, aun así, lo haría sobre sus propias piernas cuando llegase el tiempo del enlace. Todavía duraría unas semanas más el tiempo prohibido para las bodas, y hasta entonces mantendría en secreto su bendición para que la fuerza del arte medicinal pudiese ser admirada por todos los asistentes que lo vieran en la boda.

Además hablaba mucho mejor ahora que practicaba todos los días y ya había dejado atrás la desesperación. A lo que al principio tanto le había enojado, mover una piedra entre las manos, ahora le dedicaba tanto empeño que Ibrahim y Yussuf de vez



en cuando tenían que detenerlo para que no se esforzase demasiado.

Le había comentado a Arn que era como ver y sentir a la vez cómo la vida volvía al cuerpo y al alma. Pero lo que más alegró a su hijo fue que dijo que entendía que eso no era un milagro, por mucho que lo dijese la gente al volver a verlo con vigor y saludable. Era el resultado de su trabajo, de su propia voluntad y, bueno, de sus oraciones, pero más que nada eran los conocimientos de los dos hombres extranjeros. Eran personas normales, no eran santos ni brujas, aunque llevasen vestimentas extrañas y hablasen un idioma incomprensible.

Finalmente, Arn le contó la verdad a su padre: que esos hombres, Ibrahim y Yussuf, ya que así se pronunciaban sus nombres, eran sarracenos.

El señor Magnus se había quedado callado tanto tiempo al oír esto que Arn se arrepintió de su deseo de decir la verdad. Finalmente, su padre asintió y dijo que lo que realmente hacía mejor la vida eran los buenos conocimientos de cerca o de lejos. Lo había visto con sus propios ojos y lo había sentido con sus propios miembros. Y si la gente de la Iglesia sólo decía maldades sobre esos sarracenos, no importaba nada comparado con lo que decía su propio hijo. Pues ¿quién conocía la verdad? ¿El que era sacerdote en Forsvik u obispo en Aros Oriental o el que había luchado contra los sarracenos durante veinte años?

Arn aprovechó la ocasión para explicar que en todas las fortalezas de los templarios habían tenido sarracenos doctos en medicina, puesto que eran los mejores y que, por consiguiente, lo que fuese bueno para el sagrado ejército del Temple del Señor seguramente sería suficiente para Götaland Occidental arriba en el Norte.

El buen humor que ese reconocimiento conllevaba hizo que el padre insistiera en ir acompañado a los muros para contemplar la nueva construcción.

Arn temía que fuese demasiado pronto para que su padre saliese, incluso apoyándose en su hijo, pero igualmente temía que su progenitor encontrase innecesaria la nueva construcción y la prohibiese, ahora que había recobrado el sentido común.

Sin embargo, también eso sucedió de la mejor de las maneras. Cuando el señor Magnus vio cómo un muro alto totalmente liso se estaba formando alrededor de las partes exteriores de la fortaleza que daban hacia el lago Vänern y cuando comprendió que la intención era que esos muros rodeasen todo Arnäs, enmudeció de alegría y orgullo. Era una construcción que él había comenzado a mejorar en sus años mozos y a menudo se había arrepentido de no haberla completado. Arn explicó detalladamente cómo sería cuando todo estuviese acabado y que ningún enemigo entonces podría amenazar al linaje de los Folkung. En todo recibió el apoyo entusiasta de su padre.

La única cosa negativa durante su breve estancia en Arnäs fue el carácter de Erika. Puesto que Arn había sido informado de la muerte de su hermano desconocido y también hijo de Erika, le había hablado de esa pena tal como debía. Ella, sin embargo, lo hirió en el alma hablando más de su legítima venganza que de su pena. Peor aún fue cuando explicó que le había agradecido a la Virgen el regreso de Arn, el

guerrero del Señor, para que los días del infame Ebbe Sunesson estuviesen contados. La ley era muy clara: si Arn lo desafiaba por el honor del linaje, ese infame no podría negarse. Erika se exaltó tanto que lloraba y reía a la vez cuando describía cómo se sentiría Ebbe Sunesson al ser obligado a desenvainar la espada contra el hermano mayor del asesinado y viese la muerte cara a cara.

No había podido mitigar el deseo de venganza de Erika Joarsdotter, en seguida lo comprendió al intentarlo. En cambio, intentó rezar con ella por el alma del hermano Knut. Aunque no pudo rechazar esa petición, parecía más sedienta de venganza que de paz por el alma del difunto.

Era penoso encontrar este pecado terrible en Erika. Durante toda la noche al lado del río rezó antes que nada por el perdón de los pecados y la penitencia de Erika.

Era como si se dirigiesen hacia el corazón de las tinieblas. Cuanto más lejos los llevaba el río, más fuerte era el sentimiento de los hermanos Wachtian de haber dejado todas las moradas humanas tras ellos y estar acercándose a lo inhumano e innombrable. Las pocas viviendas que pasaban tenían un aspecto cada vez más miserable, en las orillas el ganado corría junto a los niños salvajes y era difícil distinguir los animales de los hombres.

El lugar donde descansarían durante la noche era abominable y estaba abarrotado de hombres sucios y salvajes que bramaban en su idioma cantarín e incomprensible y bebían como bestias hasta que acababan peleándose entre sí o caían rendidos. Todos los hombres de Outremer, tanto cristianos como musulmanes, habían preferido acampar juntos, un poco apartados de las casas. Con horror y asco habían rechazado la comida que unos siervos les habían llevado y al caer la noche suplicaron todos por misericordia, los musulmanes por un lado y los cristianos por otro.

Por la mañana tardaron una eternidad en ponerse en marcha, puesto que los encargados tuvieron que buscar a sus remeros, que se habían quedado dormidos en los lugares más inesperados. Irritados y con los ojos rojizos, apestando a vómitos y orín, finalmente estos hombres fueron colocados juntos como animales uncidos a sus remos. Para entonces el sol ya estaba alto y se comentaba que el señor Arn y su grupo de jinetes ya debían de llevar muchas horas de ventaja.

Muy avanzada aquella tarde, su barco se deslizó hasta los muelles en Forsvik. La descarga empezó inmediatamente y Marcus y Jacob Wachtian olvidaron por un momento su desgracia por el apremio de vigilar que nada de su equipaje fuese dañado por esos tipos ignorantes y descuidados.

Cuando el señor Arn los reunió a todos en el patio entre las casas grises, bajas y con hierba en los tejados, estuvieron de acuerdo en que podría haber sido mucho peor, al menos todos los nórdicos a su alrededor estaban sobrios y bastante limpios y no apestabán como los remeros.

—En el nombre del misericordioso, Él, que es Dios de todos nosotros, aunque lo adoremos de diferente manera, os doy la bienvenida a esta mi casa —empezó diciendo Arn como de costumbre en árabe—. Éste es el final del viaje —continuó—.

Por consiguiente, antes de hacer o decir nada más, demos las gracias al Señor por haber llegado sanos y salvos.

Y Arn bajó la cabeza para rezar y todos los hombres a su alrededor hicieron lo mismo. Esperó hasta que todos enderezaron sus cabezas en señal de haber acabado la oración.

—Lo que veis aquí en Forsvik os impresionará poco, lo sé —prosiguió—. Pero tenemos cuatro años de trabajo en equipo por delante antes de que el tiempo que acordamos se acabe, y probablemente nadie reconocerá este lugar de aquí a cuatro años, os lo aseguro. No vamos a construir una fortaleza, sino un mercado. No vamos a construir murallas aquí como en Arnäs, sino herrerías, hornos para ladrillos y cristal y talleres para fabricar guarniciones, fieltro, cerámica y tejidos. Pero no se puede hacer todo a la vez. En primer lugar, una vivienda que nos cubra, y la limpieza debe ser como en Outremer. Luego arreglaremos todo lo demás en el orden que mejor nos convenga. Lo principal, sin embargo, es la casa, porque los inviernos aquí en el Norte son diferentes de los que ninguno de vosotros hayáis vivido jamás. Estoy seguro de que, cuando caiga la primera nieve y comience el frío, nadie me maldecirá por obligaros a trabajar como simples siervos constructores, aunque vuestros conocimientos específicos podrían usarse para trabajos más complicados que el de arrastrar troncos. La gente del Profeta, la paz lo acompañe, no verá comida impura ante sí. Ahora os espera un trabajo duro, pero también la recompensa por ello dentro de apenas medio año, cuando caiga la primera nieve.

Sir Arn repitió sus palabras, como de costumbre, en franco y luego se acercó a los dos maestros ceramistas Aibar y Bulent y se los llevó a una casa pequeña que estaba al lado de una corriente.

—Algunos tienen suerte y escapan de la esclavitud de la construcción ya desde el principio —murmuró Jacob Wachtian—. ¿Qué artimañas podríamos hacer nosotros para salvarnos?

—Ya se nos ocurrirá algo, no te preocupes —respondió Marcus, despreocupado, y cogió a su hermano por el brazo para ir a ver un poco más de cerca la finca que obviamente sería su lugar de trabajo durante los próximos años.

Dieron una vuelta por Forsvik y, puesto que a los dos les encantaba aprender cosas nuevas acerca de todo lo que unas manos podían construir, pronto tuvieron mucho de que hablar. Por lo que se podría intuir al ver toda esa cantidad de madera que estaba apilada en todas partes y que seguían trayendo con carros arrastrados por bueyes desde el bosque cercano, se construirían varias casas más. Pero la conclusión estimable era que esas casas se harían de manera diferente de las que ya estaban hechas, a juzgar por los montones de piedra y los barriles de cal y arena. Probablemente sería como la gran casa de madera de Arnäs, donde una de las paredes laterales era toda de piedra y tenía un enorme hogar al fondo. Si con la ayuda del fuego se calentaba tanta piedra, tal vez se podría luchar contra aquel frío invernal tan temible, argüía Marcus. Por lo menos había cantidades ilimitadas de combustible,

cosa que no había en Outremer.

Sus reflexiones fueron interrumpidas por sir Arn, que se les acercó a grandes zancadas ansiosas, colocó los brazos alrededor de sus hombros y les dijo que pronto trabajarían en lo que más sabían, pensar en la fabricación y en herramientas. Pero en primer lugar les enseñaría lo que había proyectado. Parecía alegre y seguro de sí mismo, como si ese lugar, dejado de la mano de Dios en el fin del mundo, ya fuese un gran mercado floreciente.

Primero los llevó a las dos corrientes y describió cómo se podría sacar la fuerza que uno quisiese de aquella agua y que el agua era mucho mejor que el viento, ya que no cesaba de correr.

En el torrente pequeño había dos ruedas de agua. Arn los hizo entrar en el molino y demostró cómo se transportaba la fuerza rotativa hasta las piedras del molino.

—Esto sólo es el principio —dijo—. Podemos construir diez ruedas como éstas, si queremos, y podemos hacerlas mucho más grandes. Entonces tendríamos una fuerza lenta pero muy dura, si se quiere moler piedra calcárea para producir cal para argamasa. O tener una fuerza más débil pero más rápida con ruedas más pequeñas. ¡En eso quiero que ocupéis vuestra inteligencia!

Los hizo salir del molino, todavía excitado y alegre, y les enseñó dónde pensaba construir las despensas en ladrillo, al lado del torrente grande para llevar un chorro de agua refrigerante a lo largo del suelo y de nuevo de vuelta a la corriente.

A lo largo del torrente grande construirían un canal de piedra para domar la fuerza que ahora simplemente se perdía. Allí los talleres estarían adyacentes, puesto que la fuerza hidráulica podría mover tanto los fuelles como los martillos. Para no tener que arrastrar todo el carbón y el combustible de acá para allá, pensaba que sería mejor construir el taller de los hermanos al lado de las forjas y las fábricas de vidrio. Marcus murmuró algo sobre estar pensando en piñones y muelles y a la vez tener que escuchar el trueno de las forjas y los trabajos del vidrio y sir Arn admitió, riendo, que ciertamente no había pensado en esa desventaja, pero que durante el invierno sería ventajoso trabajar precisamente al lado de las forjas y las vidrieras por el calor.

Sin embargo, ambos debían empezar por el extremo contrario, al igual que Ibrahim, el docto en medicina. De cara al invierno, durante el otoño embarrado y, más aún, durante el mismo invierno era difícil mantenerse limpio uno mismo y también la vivienda si no se empezaba a tiempo con la fabricación del jabón. Sir Arn pidió disculpas al ver las caras ofendidas de los dos hermanos armenios. Reconoció que un trabajo así era más adecuado para hombres menos instruidos, pero aquí en el Norte no existía la palabra jabón. Por consiguiente, había una elección: quien quisiese mantenerse limpio en invierno tendría que empezar a quemar cenizas y recoger grasa de huesos para fabricar su propio producto de limpieza. Además podrían cocer el aceite de los pinos nórdicos de la misma manera que se hacía con los cedros y pinos mediterráneos en el Líbano. Sir Arn ya había hecho abrir brechas en gran cantidad de árboles de los alrededores, que ya estaban sangrando abundante resina.

Interrumpió su alegre explicación al ver la aversión en las caras de los dos hermanos y les aseguró que podría poner a su propia gente para hacer el trabajo sucio de recoger la resina, pero que una vez estuviese en la olla, los señores armenios tendrían que conformarse y continuar el trabajo sencillo.

Otro trabajo sencillo que Marcus y Jacob sabrían hacer mejor que otros ahora al principio sería caminar a lo largo de las orillas y recoger las plantas acuáticas para quemarlas y obtener la ceniza adecuada para producir la masa de vidrio. Sería de gran utilidad cuando llegase el invierno.

Los hermanos Wachtian habían enmudecido al oír que su amo esperaba de ellos unos trabajos tan sencillos y propios de esclavos. Por sus caras fue fácil entender sus sentimientos y se metió en una larga explicación a modo de disculpa.

Primero habló de una cosa tan sencilla como el fieltro. Ese producto ni siquiera existía en el Norte. Por eso, Aibar y Bulent, los dos turcos maestros del fieltro, ya habían comenzado su trabajo. Aunque la mayor parte del fieltro con el tiempo se usaría para la guerra, el excedente del producto sería bien recibido durante el invierno.

Lo que había que comprender era que todo lo que era obvio en Outremer aquí no lo era en absoluto. Como lo del jabón y del agua, que tanto la gente del Profeta, la paz lo acompañe, como los cristianos de Outremer sabían apreciar.

Por tanto había un comienzo en el que se tendrían que hacer muchas tareas que parecían demasiado sencillas. Sólo después podría empezarse el verdadero trabajo, construir ballestas, cortar flechas para los arcos largos, forjar espadas y yelmos, estirar alambres y cocer barro y vidrio.

Además, añadió con una sonrisa, el que no encontrase trabajo con esas cosas tan sencillas ya desde el principio tendría que ayudar en la construcción de las casas. Esta breve insinuación convenció rápidamente a los hermanos Wachtian de la importancia de comenzar con la fabricación del jabón, al igual que la recolección de las plantas acuáticas adecuadas para producir la ceniza necesaria para cocer el vidrio.

Sin embargo, cuando tuviesen tiempo y ganas, les pidió meditar sobre la fuerza hidráulica y el uso que podrían sacar de ella.

Eso último era lo más reconfortante. Cuando sir Arn los dejó para ir a ver a otros con ideas similares, los hermanos Wachtian bajaron de nuevo a las ruedas de agua. En el interior de uno de los molinos estuvieron contemplando las piedras rotativas y sus ejes mientras pensaban en voz alta.

«Sierras», pensaron pronto. Aquí en el Norte se cortaba la madera y se alisaba como se podía con las hachas. Pero ¿y si se pudiese serrar lisa ya desde el principio?

Había fuerza en cantidades suficientes, tal y como había mencionado sir Arn. ¿Cómo se podría traspasar esa fuerza a las sierras?

No era del todo fácil de averiguar, pero era un problema que animó a los dos hermanos. En seguida se fueron a buscar tinta y pergaminos; ambos pensaban mejor cuando plasmaban sus ideas en dibujos.

# U

Al regresar a su casa en Husaby, Cecilia pronto descubrió que era una invitada no deseada y que, si había alguien que había querido verla en un convento más que Birger Brosa, éstos eran sus parientes.

Ella no había renunciado a la herencia de su padre Algot. Suyas eran al menos la mitad de las diez fincas que rodeaban Husaby. Y sus parientes se andaban con pies de plomo en lo que se refería a la herencia de su hermana Katarina. La cuestión era si Katarina había renunciado a su herencia al entrar en el convento y si, en ese caso, ésta recaía en el convento, en Cecilia o en sus parientes varones.

Husaby había sido finca real desde los días del rey Olof Skötkonung. Sin embargo, el linaje de Pål había administrado la finca durante más de un siglo y por eso se contaba con Husaby como finca propia para los banquetes del linaje, aunque siempre había que tener reservas suficientes en el caso de que el rey en persona apareciese de invitado. También había que pagar impuestos al rey.

Para el hijo de su tío paterno, Pål Jönsson, y para sus dos hermanos Algot y Sture, el regreso de Cecilia a casa había sido una decepción tan grande que les era imposible ocultarla. A ella no le era difícil comprender a qué venían sus caras largas y por qué no le hablaban más de lo estrictamente necesario o preferían estar a solas y ponían fin a la conversación en cuanto ella se acercaba.

La boda de Cecilia les saldría cara. La ley y la costumbre eran claras y sencillas: cuanto más rico fuese el novio, mayor sería la dote. Y sería difícil hallar a un hombre más rico que un hijo de Arnäs en todo Götaland Occidental. O al menos eso era lo que sospechaba Cecilia, aunque no tenía ni idea de qué podría heredar Arn de su padre Magnus.

Cecilia tenía buenas razones para no tratar el asunto de la dote con sus hostiles parientes. Sería mejor aguardar esa batalla para la cerveza de la dote, a la que acudiría el padrino de Arn, que seguramente sería Eskil, para discutir todo lo que debería estar listo para el día de la boda. Ya se batirían con Eskil.

Eskil había mandado allí a la vieja sierva Suom de Arnäs, pues era la más hábil en el arte de la costura y quien mejor que nadie podía coser un vestido de novia. Suom y Cecilia se hicieron pronto amigas. Hallaron gran alegría en la habilidad de la otra con el hilo y la aguja, la rueca y el telar.

Suom no había visto jamás algunas de las cosas que se hacían en el convento. Pero a cambio ella sabía hacer otras cosas distintas, de modo que a las dos les fue fácil estar juntas y con ello Cecilia pudo evitar gran parte de las frías relaciones con los hermanos Pål.

Eskil llegó a la hora exacta el día que había anunciado, acompañado por una docena de guardias. Bebió rápidamente su cerveza de bienvenida y explicó que no tenía intención de quedarse a pasar la tarde y la noche y que, por tanto, deberían dejar de beber y ocuparse de inmediato de los negocios.

A los hermanos Pål les fue difícil contradecirlo en eso, pero se sonrojaron por la humillación de que aquel Folkung ni siquiera se dignase compartir su pan y su embutido.

Tampoco mejoraron las cosas el hecho de que Eskil añadiese que prefería que la propia Cecilia estuviese presente y se representase a sí misma. Eso reducía la importancia de Pål Jönsson como padrino, y era imposible que Eskil no fuese consciente de ello.

Los tres hermanos Pål entraron primero y en silencio en la sala de festejos de Husaby para sentarse juntos en el sitial. Eskil aprovechó para retrasar un poco sus pasos, tomó a Cecilia con amabilidad del brazo y le susurró que pusiese buena cara y que no se preocupase por nada de lo que se diría a continuación. No tuvo tiempo de dar más explicaciones antes de penetrar en la lúgubre sala que seguía estando decorada con inscripciones rúnicas ancestrales e imágenes de dioses no demasiado cristianos.

Los hermanos Pål se acomodaron en silencio en el sitial teniendo a Cecilia debajo de ellos y a Eskil al otro lado de la mesa grande. Unos sirvientes silenciosos, que parecían sentir que ése no era un encuentro demasiado ansiado por sus señores, entraron en la sala con más cerveza.

—Bien, ¿y si decidimos primero el día? —sugirió Eskil como si estuviese hablando de algo nada difícil ni importante y limpiándose la boca de cerveza.

—Es costumbre decidir la fecha tras haber acordado todo lo demás —gruñó Pål Jönsson, enfadado. Tenía la cara roja y las venas se le hinchaban en la frente como si estuviera tenso como un arco ante lo que vendría a continuación.

—Como quieras, encantado de hablar primero de la dote —respondió Eskil.

—La mitad de la herencia de mi tío Algot pertenece legalmente a Cecilia, eso es lo que puede aportar a la morada —dijo Pål Jönsson, forzado.

—¡En absoluto! —replicó Eskil rápidamente—, Katarina era mi esposa, de modo que si alguien sabe bien que entró en el convento de Gudhem mientras su padre y el de Cecilia permanecía con vida ése soy yo. Entonces era otoño, y en las Navidades

siguientes fue cuando Algot bebió hasta sufrir el ataque y morir. Todos conocemos el triste suceso, en paz descansen su recuerdo. Por tanto, es de Cecilia toda la herencia de Algot, las diez fincas. Ésas serán las que aportará a la morada.

—¿Y no pertenece la herencia de Katarina al convento de Gudhem? —intentó escabullirse Pål.

—No, pues al entrar en el convento no tenía herencia, ya que Algot seguía con vida —respondió Eskil, implacable—. Y por lo que se refiere a Gudhem, he compensado de mi propio bolsillo la entrada de Katarina en la sagrada hermandad más que suficiente.

—Exiges que nosotros los hermanos Pål abandonemos finca y tierra —dijo Pål Jönsson, apretando los puños—. Es una demanda nada barata ahora que, además, quieres que seamos tus parientes. Piensa que ésa es una decisión mía, pues yo soy el padrino de Cecilia. ¡Y con las exigencias que me planteas puede que decida que todo quede en nada!

Ya estaba dicho. Por la forma en que los tres hermanos contenían la respiración, estaba claro que durante la última semana habían estado discutiendo sobre eso.

Eskil no se inmutó pero tardó una eternidad insufrible en decir algo, y cuando lo hizo habló con un tono de voz muy suave y amable.

—Si rompes un acuerdo, aunque sea un acuerdo muy viejo, es como si fueras un secuestrador de la novia, y no vivirás hasta el anochecer, querido amigo —dijo para empezar—. Ése no sería un buen inicio para esta boda. Pero yo no soy un hombre mezquino, desearía que lo arreglásemos lo mejor posible, sin sangre, y que en adelante siguiésemos siendo los amigos que la unión entre mi hermano y Cecilia Algotsdotter exige. Digamos que la dote de Cecilia consistirá sólo en las cinco fincas que limitan con Arnäs y con el lago Vänern. Y vosotros conservaréis las cinco fincas restantes y seguiréis siendo los administradores del rey en Husaby. ¿Os iría mejor a los tres hermanos una propuesta así?

Ninguno de los tres fue capaz de contradecirlo y asintieron mudos con la cabeza.

—A cambio de haber renunciado a cinco fincas, tal vez os exija un poco más de oro; digamos doce marcos de oro puro —prosiguió Eskil como si hablase de asuntos pequeños y sencillos y como si lo que en realidad le interesase fuese que le diesen más cerveza.

Sin embargo, lo que acababa de decir a modo de remate no era para nada una bagatela. Doce marcos de oro era una cantidad tan grande que ni siquiera todas las fincas del linaje de Pål habrían sido suficientes. Y ni siquiera aunque se hubiese tratado de una familia más poderosa habría sido posible conseguir una cantidad así en oro puro. Los tres hermanos miraban incrédulos a Eskil, como sin saber si era él o eran ellos los que habían perdido la razón.

—Se me ha terminado la cerveza —anunció Eskil con una sonrisa amable y levantando su jarra justo cuando Pål Jönsson había reunido fuerzas para pronunciar unas palabras que no parecía que fuesen a ser demasiado agradables.



Perdió el hilo, tuvo que esperar a que Eskil tuviese su cerveza y Cecilia pensó que tal vez esa tardanza previno que por la boca muriese el pez.

—¡Ah! Tal vez deba aclarar una cosa antes de que digas nada, amigo —dijo Eskil justo cuando Pål Jönsson abría la boca para hablar—. Los doce marcos de oro no tendréis que pagarlos vosotros, los hermanos; los pagará Cecilia de su propio bolsillo.

De nuevo se detuvo el pensamiento de Pål Jönsson justo cuando iba a pronunciarse. Y la ira que había habido antes, aquella ira que podría haberlo llevado a alzar la mano contra Eskil o a decir cosas que seguramente habrían significado su desgracia, se convirtió en una estupefacción boquiabierta.

—Si Cecilia, aunque no entiendo cómo, pudiese abonar una cantidad tan enorme como doce marcos de oro, entonces no comprendo nada en absoluto de esta conversación —dijo, esforzándose por seguir hablando con respeto.

—¿Qué es lo que no comprendes, querido amigo? —dijo Eskil situando su jarra de cerveza sobre la rodilla.

—Nuestro linaje Pål es pobre en comparación con vosotros los Folkung —explicó Pål Jönsson—. Si Cecilia es capaz de pagar doce marcos de oro, que sería la dote más grande de la que ninguno de los hermanos haya oído hablar jamás, entonces no comprendo para qué quieres cinco de nuestras últimas fincas.

—Para nosotros es un buen negocio, pues nos gustaría ver todas las tierras a lo largo del Vänern como propiedad nuestra —respondió Eskil con calma—. Y si lo piensas un poco, también es un buen negocio para vosotros, los hermanos Pål. No te quedarás sin nada. Después de esta boda podrás llevar espada en cualquier sitio de Götaland Occidental, pues al ser el padrino de Cecilia serás pariente por matrimonio del linaje de los Folkung. Puedes cambiar tu manto verde por el nuestro azul. Aquel que te agreda a ti o a tus hermanos habrá agredido a los Folkung. Aquel que alce contra ti su espada no vivirá más de tres anocheceres. Estarás unido a nosotros en sangre y honor. ¡Piensa en ello!

Lo que Eskil había dicho era cierto y evidente. Pero Pål y sus hermanos habían sido muy obstinados al hablar de las pérdidas económicas, de cinco o diez fincas de herencia y de cuánto mejor habría sido si Cecilia hubiese ingresado en el convento, que no se habían parado a pensar en lo que significaba estar bajo la protección de los Folkung. Su vida cambiaría por una noche de bodas y ellos ni siquiera lo habían pensado.

Un poco avergonzados por su propia estupidez, Pål y sus dos hermanos cedieron ahora ante todas las demandas de Eskil.

Cecilia recibiría Forsvik como regalo matutino para que, por el resto de la eternidad, pasase como herencia a sus descendientes. Residiría en Forsvik y allí viviría con Arn. Siempre y cuando lograrse mantenerlo allí, añadió Eskil con una mirada divertida hacia Cecilia Rosa, que había abierto los ojos de par en par con su innecesaria explicación del derecho legal que acompañaba a todo regalo matutino.

Decidieron que se celebrarían tres días de boda, con despedida de soltero y de

soltera el primer viernes después del solsticio, la recogida de la novia y el acompañamiento al lecho el sábado siguiente, y la purificación de la novia el domingo en la misa de la iglesia de Forshem.

Cuatro hombres jóvenes iban de camino a una despedida de soltero. Ya desde lejos cualquiera podía ver que esos jóvenes no eran unos cualesquiera. Sus caballos iban engalanados con telas azules y tres de los jóvenes llevaban camisolas con el león de los Folkung sobre las cotas de malla y el cuarto llevaba la insignia de las tres coronas. Era un día veraniego en plena época de recogida del heno, por lo que llevaban los mantos enrollados detrás de las sillas de montar. Si no hubiera sido así, se habría visto de inmediato que el cuarto de ellos, el único de los Erik, llevaba un manto forrado de armiño. Y puesto que no era el rey en persona debía de tratarse de su hijo el príncipe Erik.

Los escudos, que llevaban colgados a la izquierda de las sillas de montar, estaban todos recién pintados en un dorado refulgente y azul alrededor del león y de las coronas.

Tras ellos iban cuatro guardias reales y unos caballos de carga.

Era una imagen hermosa ver todos esos colores claros y los caballos bien cebados, pero también una imagen que llevaría a todo campesino de las tierras de Gota a ser algo más que prudente. Porque si se tenía la mala suerte de que una comitiva como ésa se acercase hacia el atardecer y decidiese alojarse por una noche, no dejarían tras de sí mucha cerveza y, lo que era peor, dejarían un gran vacío en las despensas. Pues en los Erik y en los Folkung residía todo el poder del reino y nadie podía oponerse a ellos.

El más joven de los cuatro era Torgils, que tenía diecisiete años y era hijo de Eskill Magnusson de Arnäs. El mayor era Magnus Månesköld, que anteriormente había sido considerado hijo de Birger Brosa pero ahora era como su hermanastro y el hijo legítimo de Arn Magnusson. El cuarto que cabalgaba junto al canciller Erik era Folke Jönsson, hijo de Jon, procurador de Götaland Oriental.

Los cuatro eran muy buenos amigos e iban casi siempre juntos en cacerías y juegos de armas. Para esta boda habían pasado diez días juntos mientras limpiaban y cosían sus vestimentas de caballeros y sus escudos eran dejados como nuevos en el peñón del rey. Habían practicado todos los días durante varias horas sus juegos de armas, pues lo que les esperaba no eran unas pruebas cualesquiera.

A Magnus Månesköld no le había resultado fácil mantenerse alejado de Forsvik durante tanto tiempo. Su primer impulso, cuando Birger Brosa regresó a Bjälbo lleno de ira tras el último concilio y mencionó, casi como de paso, que el tal Arn Magnusson había regresado al reino, había sido abalanzarse sobre la silla de montar e ir junto a su padre.

Sin embargo, pronto cambió de idea al comprender que seguramente Arn Magnusson no era un hombre al que uno fuese a visitar sin antes haberse vestido bien y haber pulido hasta dejar resplandecientes todas las armas. Y tras haber practicado

más con el arco, pues Magnus había vivido toda su vida de jovencuelo con las historias de que su padre Arn era mejor arquero que todos los demás.

Reconoció para sí mismo que no estaba del todo tranquilo ahora que se acercaba a Forsvik para el curioso, o al menos poco habitual, acontecimiento de ser uno de los solteros que acompañaban a su propio padre a la despedida de soltero. Sus amigos habían bromeado bastante sobre este asunto, acerca de que no eran muchos los que tenían la suerte de poder emborrachar a su propio padre en las últimas juergas de soltero. Pero a Magnus no le habían gustado estas bromas y lo había dejado bien claro. Arn Magnusson de Arnäs no era un novio cualquiera. Y la novia no era una tontaina aterrorizada y llorica, sino su propia madre, una mujer honrada a la que todo el mundo respetaba. Con este matrimonio se trataba más de poner las cosas en orden que no de hacer negocios, y sobre eso no había nada acerca de lo que bromear.

El príncipe Erik había objetado que, entre buenos amigos, se podía bromear de todo y de todos siempre que no hubiese cerca ningún extraño. Pero aun así le hizo caso y en adelante evitó el tema. Él era el heredero al trono y, de entre los amigos, el de mayor rango, pero Magnus Månesköld era el mayor de ellos, el mejor en los juegos de armas y a menudo listo como si realmente hubiera sido hijo de Birger Brosa.

Cuando se acercaron a Forsvik fue creciendo la tensión ante el encuentro con el Arn Magnusson que todo el mundo conocía por su reputación, pero a quien ninguno de ellos había visto en persona.

Las primeras gentes de Forsvik con las que se encontraron estaban ocupadas en la siega del heno, cortando hierba y levantando almiares. Todos interrumpieron su trabajo al ver acercarse a los jinetes resplandecientes y se pusieron en fila para arrodillarse a modo de saludo, hasta que el príncipe Erik les ordenó que regresaran al trabajo.

En uno de los prados, un campo en barbecho que estaba justo a la entrada de Forsvik, vieron algo bastante más divertido y sorprendente. Dos jóvenes muchachos estaban entrenando a caballo con dos hombres mayores extranjeros. Los cuatro cabalgaban juntos y al grito de uno de los oscuros extranjeros los cuatro giraban hacia izquierda o derecha a la velocidad del rayo o se detenían en seco, se encabritaban y giraban sobre sí mismos, aumentaban la velocidad para luego de repente volver a lanzarse en una nueva dirección. Era una imagen bien curiosa y una forma de cabalgar que ninguno de los cuatro amigos conocía. Además, los caballos parecían extraños, eran más pequeños pero se movían mucho más de prisa.

Pronto los descubrieron los cuatro jinetes que se entrenaban y uno de los extranjeros desenvainó una fina espada y advirtió algo a gritos al otro, que también alzó su espada a la vez que hacía señas a los dos jóvenes para que se apresuraran y entrasen en la finca. Siguieron unos momentos de confusión en que parecía que los dos extranjeros se dispusiesen a atacar y los dos chicos protestaban y peleaban sin acabar de hacerse entender.

El príncipe Erik y sus amigos permanecían, al igual que sus guardias, quietos, con las manos sobre las empuñaduras de las espadas. Era una imagen sorprendente, parecía que dos hombres se dispusiesen a atacar a ocho.

Antes de decidir cómo actuar ante esta inesperada forma de bienvenida, al otro lado del campo uno de los muchachos espoleó su caballo y se dirigió hacia ellos a tal velocidad que era difícil creer lo que estaban viendo sus ojos. Al cabo de unos instantes ya los había alcanzado, se detuvo en seco e hizo una reverencia.

—Disculpe, príncipe Erik, nuestros instructores extranjeros os han tomado por enemigos —dijo, jadeando—. Soy Sune Folkesson y estoy instruyéndome con el señor Arn aquí en Forsvik; ése de allí es mi hermano Sigfrid Erlingsson.

—Sé quien eres, cuando tenía tu edad conocí a tu padre —contestó el príncipe Erik—. Puesto que has sido tú el que nos ha recibido, ahora tendrás que llevarnos junto a tu señor.

El joven Sune asintió con anhelo y dio media vuelta a su caballo de un único y curioso salto y cabalgó ante ellos al galope corto mientras hacía señas a Sigfrid y a los dos instructores extranjeros de que no había peligro. Los jinetes extranjeros hicieron una reverencia y encaminaron sus caballos hacia Forsvik.

Retumbaban martillazos y hachazos y se oía el tintineo de las herrerías cuando los cuatro poderosos jóvenes se acercaban al puente que cruzaba el torrente seguidos por sus guardias, los dos muchachos y los extraños jinetes. Vieron a siervos y peones arrastrando madera a pesar de ser pleno verano, cargando con tejas y piedra, acarreando yugos con argamasa de un lado a otro. Era como si nadie tuviese tiempo de echar un vistazo a los visitantes.

Cruzaron el patio entre las casas sin que nadie acudiera a recibirlos y continuaron por el otro lado, donde se estaban levantando dos grandes casas nuevas y dos más pequeñas y donde parecía que la mayoría de los habitantes de Forsvik que no se encontraban fuera recogiendo heno trabajaban todos juntos. En la fachada lateral de la casa principal, más alejada, se había levantado un andamio y arriba del todo, justo debajo del caballete del tejado, estaban empotrando las últimas piedras, y no fue hasta que los cuatro visitantes aparecieron por la esquina que suscitaron la expectación que habían imaginado que llegaría bastante antes.

Un hombre que estaba en la parte más alta con la ropa de piel llena de barro bajó del andamio de dos grandes y ágiles saltos y todo el mundo le abrió paso cuando se secó el sudor de la frente y tiró la paleta hacia un lado mientras con aspecto serio miraba a cada uno de los visitantes. Cuando su mirada se detuvo en Magnus Månesköld, hizo un gesto afirmativo con la cabeza, se dirigió hacia él y le alargó la mano. Todo el mundo se había callado y nadie se movía.

La cabeza le daba vueltas a Magnus Månesköld al ver cómo aquella mano de guerrero pringada de argamasa se alargaba hacia él, y casi con miedo alzó su mirada hacia la cara marcada del hombre. Sus amigos permanecían en silencio, igual de sorprendidos que él.

—Si tu padre te tiende la mano, creo que deberías tomarla —dijo Arn con una gran sonrisa y volvió a secarse el sudor de la frente.

Magnus Månesköld bajó de inmediato del caballo, tomó la mano de su padre, apoyó rápidamente una rodilla sobre el suelo y dudó luego un instante antes de caer en los sucios brazos de su padre.

Sus amigos desmontaron rápidamente de sus caballos y entregaron las riendas a los sirvientes, que parecían despertar de su parálisis y salían corriendo de todas partes. Uno tras otro saludaron los cuatro jóvenes con respeto al verdadero Arn Magnusson, que no se parecía en nada a ninguna de las muchas ideas que habían albergado sobre su aspecto, pero de las que también habían hablado entre sí.

Todo el mundo hizo luego lo que era debido, aunque en una gran confusión. Se llevaron los caballos y se sacó cerveza, vino, pan y sal antes de que Arn y sus cuatro invitados pudieran entrar en la sala de la casona vieja y sentarse a la espera de más comida.

—No os esperaba hasta mañana —explicó Arn, indicando con un gesto divertido sus sucias ropas de trabajo—. Llegó un mensaje de Näs, vosotros sois los cuatro que vais a conducirme a mi despedida de soltero y os doy un cálido agradecimiento por ese Honor.

—Es para nosotros un honor poder llevar a Arn Magnusson a su despedida de soltero —respondió el príncipe Erik con una escueta reverencia, aunque la expresión de su cara no acompañaba las palabras que acababa de pronunciar. Luego se hizo un silencio.

—Acabáis de llegar a unas obras poco apropiadas para recibir a invitados —dijo Arn al cabo de un rato mientras miraba a cada uno de los jóvenes. No le era difícil comprender su silenciosa decepción—. Por eso propongo que viajemos de inmediato, nos detengamos a descansar en Askeberga y así llegaremos mañana a Arnäs —prosiguió, y esperó con astucia sus caras sorprendidas.

—Sería preferible que no viajarais de inmediato, padre —repuso Magnus, taciturno—. Ropas de siervo y argamasa en él pelo son poco apropiadas para una despedida de soltero.

—Ésa es también mi opinión —contestó Arn como si no se hubiese percatado de que su propio hijo acababa de reprenderle—. Por eso pensaba que si os dejáis proveer durante un rato de lo poco que Forsvik puede ofreceros en el día de hoy, iré y adoptaré otro aspecto.

Se levantó sin más dilación, se inclinó hacia sus invitados y salió con rapidez, dejándolos en un largo y tenso silencio. Resultaba evidente que la decepción estaba grabada en sus rostros.

Al salir de la casa grande le entraron las prisas a Arn. Estaba seguro de que, cuanto antes subieran todos a sus caballos y se alejaran de Forsvik, tanto mejor. Reunió a todos los trabajadores y explicó rápidamente y con severidad lo que esperaba que estuviese listo cuando él y su novia regresaran al cabo de menos de una

semana. Luego ordenó a Sigfrid y a Sune que prepararan su caballo *Ibn Anaza* y que lo cubrieran con una manta, tal como lucían los cuatro caballos de los invitados. Sune respondió un poco temeroso que en Forsvik no había una manta así, de los Folkung. Arn entró entonces en una de las casas nuevas a buscar una manta blanca, que lanzó hacia los muchachos. Luego ordenó que se sirviera cerveza a los guardias de los invitados, mandó llamar al sarraceno más hábil con la cuchilla de afeitar y encargó que llevaran agua caliente a los baños.

Dentro de la casa grande, al príncipe Erik y a sus amigos les sirvieron carne ahumada, pan y cerveza, pero todos se abstuvieron de beber el vino que también se sirvió.

El buen humor que habían exhibido de camino a Forsvik se había esfumado y les costaba hablar, pues nadie quería empeorar el suplicio de Magnus. Encontrar a su padre paleta en mano era algo que ninguno de ellos le envidiaba.

—Tu padre es fuerte y ágil como cualquiera de nosotros. ¿Visteis cómo bajó del caballete del techo con sólo dos saltos? —dijo Torgils Eskilsson a modo de consuelo.

—Alguien con cicatrices así en las manos y en la cara debe de haber luchado en muchas peleas —siguió Folke Jönsson.

Primero Magnus Månesköld no dijo nada, se limitó a mirar al fondo de su cerveza y suspiró, como si no se atreviese a mirar a sus amigos a los ojos. Luego murmuró algo acerca de que tal vez no era tan extraño que quienes perdieron Tierra Santa se llevaran unas cuantas palizas antes de que todo hubiese terminado. Su decepción se contagió como el frío a los demás.

—De todos modos fue él quien una vez se enfrentó en duelo a Emund Ulvbane en un concilio de todos los godos y le perdonó su ira aunque le cortase la mano —intentó consolar Torgils de nuevo.

—Entonces era un hombre joven como nosotros y esa vez no era una paleta lo que asía —gruñó Magnus.

Eso hizo que los amigos evitaran seguir hablando de Arn Magnusson y siguieron hablando cada vez más forzadamente de lo especialmente jugoso que era a pesar de todo el jamón y de que el clima había acompañado al hacer el viaje, ya que demasiada lluvia habría exigido otras ropas a quien quisiese evitar una amarga despedida de soltero. La conversación estaba decayendo.

Sin embargo, había pasado menos de una hora cuando apareció un Arn Magnusson completamente diferente por la puerta. Tenía la cara rosada tras el baño caliente, su cabello rubio, que antes había sido una masa enredada gris de argamasa y tierra, caía sedoso y limpio sobre los hombros y su cara estaba completamente limpia de barba, de modo que las cicatrices blancas relucían con mayor claridad que cuando lo vieron por primera vez. Aunque eso no era lo que más lo había transformado.

Su cota de malla era de una clase extranjera y relucía como la plata y se amoldaba tanto a su cuerpo que podría haber sido tela. En los pies llevaba una especie de calzado de acero que ninguno de los cuatro hombres había visto nunca antes y en los

talones resplandecían las espuelas de oro. Llevaba la camisola de los Folkung sobre la cota de malla y a un lado portaba una larga y fina espada en una vaina negra con una cruz estampada en oro. Un casco reluciente colgaba de una cadena de su hombro izquierdo.

—Los caballos esperan en el patio —dijo, lacónico, invitándolos con un gesto del brazo a levantarse y a seguirlo.

Fuera, en el patio, unos sirvientes esperaban sujetando cinco caballos. Los guardias ya habían montado y esperaban algo alejados.

Arn no miró a sus acompañantes, sino que fue directamente hacia un caballo negro con la crin plateada y lo montó de un salto, a la vez que el caballo dio media vuelta y se alejó al trote; parecía como si todo hubiese sucedido en un solo movimiento.

Nada más salir del patio hizo girar a su caballo sobre sus patas traseras danzarinas mientras alzaba su larga espada y gritaba algo hacia el patio en un idioma extraño que provocó risas y júbilo como respuesta entre los extranjeros.

—Quien juzga pronto juzga mal, las apariencias engañan —dijo Torgils a Magnus cuando ahora tuvieron que apresurarse a montar para alcanzar a Arn.

Lo que acababa de ver hizo que Magnus se sintiera igual de confuso que tras el primer encuentro con su padre. Aquel que cabalgaba ante él no era el mismo hombre que lo había recibido con una paleta en la mano.

Los cuatro animaron a sus caballos para alcanzar a Arn e ir junto a él, tal como era debido cuando entre hermanos se cruzaba el país a caballo. Vieron ahora que no sólo llevaba una tela blanca como manta sobre su montura, como hacían aquellos que carecían de estandarte heráldico; a ambos lados del lomo del caballo relucía una gran cruz roja, la misma marca que llevaba en el escudo blanco. Sabían lo que eso significaba, aunque ninguno de ellos había visto jamás a un templario en la vida real.

Cabalaron durante largo rato en silencio, cada cual con su confusión, y Arn no hacía el menor gesto de iniciar él una conversación para sacarlos de ese apuro. Creía saber muy bien lo que habían querido decir sus caras al verlo «trabajar como un siervo», como seguramente habrían dicho en su idioma. Por su parte, era tan joven cuando entró en el monasterio de Varnhem, que nunca tuvo tiempo de adquirir ese tipo de arrogancia. Sin embargo, le era difícil imaginar que él podría haber sido como estos jóvenes si se hubiese criado junto con Eskil fuera de los muros del monasterio.

Había hombres de iglesia que se comportaban de la misma manera, al igual que toda la corte franca de Jerusalén o los hombres adinerados de Damasco, Trípoli o Alejandría. En todas partes se podía encontrar ese desprecio que las personas más afortunadas sentían por el trabajo que hacía avanzar el mundo y que era la base de toda riqueza. Era imposible comprender por qué Dios había creado así a las personas. Pero así era, y no creía que él fuese capaz de cambiarlo. Sin embargo, él no haría jamás diferencias entre la espada y la paleta, pues seguramente a los ojos de Dios debía de dar lo mismo.

Justo al pensar en la palabra espada se acercó a su lado Magnus, su hijo, y le hizo una tímida pregunta acerca de la larga y clara espada que todos habían visto cuando se despedía de la gente de la finca.

—Alcánzame tu espada y toma la mía y te lo explicaré —dijo Arn, desenvainó su espada con un movimiento silencioso y rápido como un rayo y se la entregó, asiéndola de la hoja con el guante de acero, justo por debajo del gavilán—. Pero ten cuidado con tus manos y la hoja, ¡es muy afilada! —dijo a modo de advertencia al ver cómo Magnus alargaba su mano desnuda para recibirla.

Cuando Arn recibió a cambio la espada nórdica, la blandió unas pocas veces y sonrió.

—Todavía forjáis el hierro doblándolo una y otra vez —dijo, casi como para sí, antes de empezar a explicar.

La espada que tenía Magnus era muy hermosa, se apresuró a reconocer; además, caía bien en la mano. Pero era demasiado corta para ser usada desde el caballo, y lo mostró blandiéndola en diagonal hacia abajo. Además, el hierro era demasiado blando para atravesar las cotas de malla de los nuevos tiempos y se encallarían con facilidad en el escudo del enemigo. El filo no era muy cortante ni de buen principio y tras unos pocos golpes contra la espada o escudo de otro hombre, ya no serviría de mucho. De modo que se trataba de vencer rápidamente para poder volver a casa a afilarla, dijo, intentando hacer una broma.

Magnus blandió dudoso ante sí la espada de su padre y tocó con cuidado el filo. Se sobresaltó al cortarse tan rápido. Al ir a devolver la espada, su mirada descubrió una larga inscripción en oro que le era imposible leer y preguntó por su significado, si se trataba de una mera decoración o si era algo que hacía que la espada fuera mejor.

—Ambas cosas —respondió Arn—. Es el saludo de un amigo y una bendición, y algún día, pero no hoy, te explicaré lo que dice.

El sol estaba ya en su punto más alto y Arn sorprendió a sus jóvenes acompañantes estirándose para desatar el manto que llevaba detrás de la silla de montar y colgárselo sobre los hombros. Los demás se miraron interrogativamente y Arn les dijo que, si querían protegerse contra el calor, hiciesen lo mismo que él. Todos lo siguieron, indecisos, excepto el príncipe Erik, que llevaba el manto forrado de armiño y pensaba que el calor ya era malo de por sí como para encima añadirle la piel. Y así fue como él acabó siendo quien más sudaba cuando a última hora de aquella tarde llegaron a su lugar de descanso en Askeberga.

El día en que iba a celebrarse la despedida de soltera en Husaby, la finca real se transformó por completo en un campamento militar. Al menos ésa era la impresión de Cecilia, que se sentía cada vez más incómoda al oír por doquier el ruido de cascos de caballo, tintineos de armas y graves voces de hombre. Desde Arnäs habían enviado una docena de soldados y en los pueblos que debían lealtad a Arnäs se habían reunido dos veces esa cantidad de hombres de guerra. Un círculo de tiendas fue creciendo en torno a Husaby, grupos de jinetes exploraban los bosques de alrededor y se enviaron



batidores en todas las direcciones. Nada podía pasarle a la novia hasta que estuviese a buen recaudo bajo el edredón.

A lo largo de esas semanas de solsticio en que Cecilia había sido huésped en sus propias tierras, había permanecido casi todo el tiempo en el telar, junto a la vieja Suom. La amistad que había surgido al cabo de poco tiempo no era la habitual entre sierva y doncella. Suom sabía hacer milagros en su telar, dando vida al sol y a la luna, a la imagen del Novio Vencedor y a iglesias como en un universo propio en el que algunas cosas estaban cerca y otras lejos. Cecilia había llevado consigo desde Riseberga algunos de los tintes que había fabricado durante muchos años, al igual que hilo mezclado de lino y lana. Suom decía que jamás había visto unos colores tan hermosos y que todo lo que había hecho a lo largo de su vida habría quedado mucho mejor si desde el principio hubiese tenido ese conocimiento. Cecilia le explicó a Suom el origen de los colores y cómo había que cocerlos y mezclarlos, y Suom le enseñaba con sus manos cómo era posible tejer figuras en el centro de una tela.

Habían tenido tanto que enseñarse la una a la otra y lo habían disfrutado tanto las dos, que empezaron muy tarde a hacer lo que era más importante: el manto de novia de Cecilia. En la recogida de la novia, el camino hacia la bendición en la iglesia y hasta la cerveza de matrimonio, la novia debía ir vestida con los colores de su propio linaje hasta que pudiese elegir por sí misma. Cecilia estaba segura de que elegiría un manto azul tras convertirse en la señora de Arn, a pesar de que pudiese parecer que desdeñaba su propio linaje. Pero los recuerdos que tenía del color azul de cuando estaba en el convento de Gudhem eran muy intensos. Allí la reina Blanka y ella habían estado solas entre todas las hijas de los Sverker, que llevaban un hilo rojo atado al brazo como muestra de su fidelidad interna y de su odio hacia las dos enemigas, Cecilia Rosa y Cecilia Blanka. Ella y su mejor amiga las habían desafiado atándose un pequeño hilo azul al brazo. Aquella vez en que el rey y el canciller llegaron al fin a recoger a Cecilia Blanka para convertirla en reina, el canciller hizo algo de lo que Cecilia en el día de hoy seguía guardando grato recuerdo.

Fue llamada al *hospitium* del convento, donde la malvada Rikissa le arrancó con desprecio el trozo de hilo azul, y Cecilia estuvo a punto de echarse a llorar por el ultraje y por su propia impotencia. Entonces el canciller se acercó y le colgó su propio manto de los Folkung, una protección que nadie podía malinterpretar. Desde aquel día siempre se sintió azul y no verde, que era el color del linaje de Pål.

Suom había escuchado toda esta explicación cargada de emoción con un relativo interés y cuando Cecilia, hacia el final de la historia, percibió su impaciencia, Suom explicó que nunca había tenido demasiado interés en aquello que se refería a conventos y a Cristo Blanco, pues su fe era otra.

Cecilia quedó como petrificada al oír que la buena mujer no era cristiana. Una cosa así era casi imposible de comprender y no sabía muy bien si debía lamentarse por Suom o maldecirla.

La anciana se encogió de hombros y dijo, concisa, que la fe de los siervos solía

ser diferente de la de la gente y que era algo que no molestaba a nadie y que más valía que cada uno estuviese satisfecho con su fe. Era cierto que había algunos siervos que se habían dejado bautizar, pero eso era sobre todo para dar coba a los amos. De todos modos, seguían manteniendo su propia fe a escondidas.

La idea de Cecilia de salvar a Suom de la depravación, pues ya le tenía muchísimo aprecio, se desvaneció rápidamente cuando Suom dejó bien claro que no deseaba dar lástima ni tampoco ser salvada.

Acordaron no hablar más del tema y, con energías renovadas, se pusieron manos a la obra con el trabajo del manto de compromiso. Suom tejió el estandarte del linaje de Pål en el centro, sobre la espalda; un escudo negro con un chivo gris plateado que parecía tener vida propia a pesar de no haber sido añadido, sino que formaba parte de la tela. Tras muchas pruebas, Cecilia había logrado un verde profundo y resplandeciente con el que ambas estaban muy satisfechas. Al final consiguieron acabar el manto a tiempo.

Hacia el atardecer, cuando iba a iniciarse el banquete de la despedida de soltera, llegó el momento de la separación entre Suom y Cecilia. La anciana empezó a recoger las telas y los enseres que había llevado consigo en un bulto desde Arnäs. Ahora que había completado su trabajo, regresaría sola caminando en la noche de verano hasta Arnäs. Pero como Cecilia no quería despedirse de ella, pidió que Suom le contara cómo era su vida en Arnäs, si estaba bien o si podía ser mejor, y si sus hermosas labores obtenían el aprecio que se merecían.

Suom explicó, aunque un poco reacia, que había sido mejor antes cuando era joven, especialmente en los tiempos en que seguía con vida la señora Sigrid, la madre del señor Arn y del señor Eskil. La señora Sigrid había pasado mucho tiempo con Suom en el telar de Arnäs, y en aquellos tiempos casi todas las paredes de Arnäs estaban decoradas con las telas y los tapices de Suom. Habían sido retirados con la llegada de la señora de Eskil a Arnäs y ahora debían de estar guardados en alguno de los cobertizos.

En el último momento, Suom se privó de decir nada malo de la señora de Eskil, al comprender que Katarina era la hermana de Cecilia. Pero Cecilia ya lo había comprendido. Movida por un repentino impulso, le preguntó si le gustaría ir a vivir a Forsvik, de modo que pudieran continuar cosiendo y tejiendo juntas. Pero entonces la anciana se rió y le contestó que difícilmente sería ella quien decidiría si estaba a la venta.

Cecilia se sonrojó al comprender la falta de delicadeza que había tenido con su pregunta, se le había olvidado por completo que Suom no era libre. Y tampoco sabía si ahora empeoraría más las cosas si prometía informarse de si Suom estaba a la venta con su propietario, fuera éste Eskil, Arn o su padre.

Aun así, se despidieron con afecto y Cecilia se abstuvo en el último momento de desear la paz de Dios en el camino hacia Arnäs.

Tras separarse, Cecilia permaneció sola y pensativa en el telar, reflexionando

sobre qué era ser siervo y qué era ser libre. Había vivido casi toda su vida de adulta en un monasterio y no acababa de comprender esas cosas de la misma manera que sus parientes de Husaby, que trataban a los siervos como si fuesen animales, carentes de razón y voluntad, sin que por ello parecieran personas especialmente malvadas.

Aquel que era siervo podía ser comprado, eso era cierto. Pero aquel que poseía un siervo también podía darle la libertad. En ese caso, lo que tenía que hacer era comprar primero a Suom, por extraña que le pareciese la idea —tal vez incluso pedir a la anciana como un regalo de matrimonio adicional—, llevarla a Forsvik y concederle allí la libertad. También se le pagaría por su trabajo, pues debía de ser muy valioso.

Por mucho que pareciese sabio y bueno pensar de ese modo, la idea de pedir a alguien como regalo como si fuera un manto o una nueva y hermosa cinta para el pelo le resultaba repugnante.

Cinta para el pelo, pensó. Mañana se pondría fin a esos tiempos. Desde el fin de su larga penitencia, Cecilia había ido con su larga melena roja suelta, y la recogía con una cinta del pelo así como podían hacerlo las mujeres solteras. Ahora le resultaba difícil imaginar que pronto llevaría un gorro de esposa.

Pero no era un asunto demasiado importante y además no creía que su futuro marido fuese demasiado severo con una obligación que comportaba pasearse constantemente con un gorro de dormir.

Se levantó con decisión, se enfundó el más hermoso de los mantos verdes de Pål y se encaminó hacia la casa principal, donde sus parientes estaban reunidos para la breve cerveza vespertina que daría inicio a la velada de despedida. Al entrar en la sala, a los tres hermanos Pål se les iluminó el rostro en lo que parecía una alegría completamente sincera al ver su manto. Lo admiraron y todo el mundo quiso tocar la tela y retorcerla entre sus manos para ver su brillo. También parecían aliviados por haberse librado del agravio de que ella hubiese decidido coserse un manto azul en lugar de honrar sus propios colores en esta gran boda.

Pål Jönsson en persona le entregó una pequeña jarra de cerveza y bebió con Cecilia el primero, tras lo cual ella bebió con el hermano más joven, Algot. El más joven de todos, Sture, que todavía era soltero, había viajado a Arnäs para ser el único joven del linaje de Pål que tomaba parte en la despedida de soltero. Alzaron también sus jarras por el joven Sture, pues como decía Pål, no sería cosa fácil ser el único del linaje de Pål que bebiera en una despedida de soltero rodeado por los Folkung y los Erik.

Luego se empezó a organizar todo aquello que debía suceder en una velada de despedida de soltera. Seis doncellas del linaje de Pål entraron en la sala y todas saludaron a Cecilia tomándole la mano. No conocía a ninguna, pues todas eran muy jóvenes. El cura de la iglesia de Husaby bendijo a las siete doncellas y entraron sirvientes a entregarles a cada una túnica y una corona de ramitas de arándanos rojos.

Cecilia tenía sólo una vaga idea de lo que era una velada de despedida y no sabía en absoluto cómo comportarse cuando las jóvenes y desconocidas doncellas se

colocaron en fila, cada una con la túnica blanca entre sus brazos y la corona de ramitas encima. Pensó que lo único que podía hacer era hacer ver como si nada le fuese extraño y seguir a las demás, que ahora habían empezado a avanzar lentamente por las puertas abiertas hacia la noche de verano.

Fuera había una fila de soldados, de los cuales uno de cada tres sujetaba una antorcha ardiente entre sus manos para mantener los espíritus malignos o las almas en pena alejados de las doncellas en ese preciso momento de su aparición, que era el más peligroso ante las fuerzas de la oscuridad.

Cecilia iba la última en la procesión, que avanzaba lentamente hacia el bosque de robles y el riachuelo que se hallaba un poco más allá y donde se vislumbraban los baños iluminados por antorchas y hachones.

En el preciso momento de dejar el patio y dar los primeros pasos por el robledal, las otras doncellas entonaron una canción que Cecilia no había oído jamás a pesar de que seguramente había oído un millar de ellas. No entendía todas las palabras, pues muchas eran muy antiguas, pero comprendió que era una canción dedicada a una diosa de tiempos paganos. Fuera, en el bosque, se movían sombras amenazadoras. Pero Cecilia no creía tanto en dríades y duendes como en guardias armados e intranquilos.

Tal como exigía la costumbre, las siete doncellas debían llegar a la casa de purificación en la hora más oscura de la noche de verano. Pero ahora, una semana después del solsticio, no se podía hablar de gran oscuridad. Aun así, las cegaron las antorchas y los cirios que ardían en torno a los baños. Delante de la casa había dos bancos alargados sobre los que las acompañantes de Cecilia, entre risas y con gran alborozo, empezaron a colocar sus ropas, de modo que una tras otra iban quedando completamente desnudas. También se quitaron las cintas del pelo y con los dedos peinaron sus cabellos, esparciéndolos en toda su longitud sobre hombros y pechos.

Cecilia vaciló y se sonrojó, pero su vergüenza quedó oculta en la oscuridad. Nunca antes se había mostrado desnuda ante otra persona y al principio no sabía cómo comportarse.

Las otras doncellas bromearon abrazándose, tiritando y pidiéndole que se apresurara para que pudieran entrar pronto al calor. Cecilia pensó entonces que, si era escrupulosa, había una persona que sí la había visto desnuda, aunque de eso hacía mucho tiempo, una sola: Arn Magnusson. Se dijo a sí misma que si era capaz de mostrarse desnuda ante un hombre, si bien era su amado, debería serle más fácil todavía ante mujeres, y tímida y torpe se quitó las ropas y las colocó sobre el banco de madera.

Ahora caminaron todas en fila con los brazos cruzados sobre el pecho, dando siete vueltas a la casa de baño mientras cantaban otra canción pagana que Cecilia tampoco había oído jamás y de la que no conocía ni letra ni melodía. Luego la doncella que caminaba la primera abrió la puerta de la casa de baño y todas entraron corriendo con gritos y risas en el vapor.

En el interior había grandes tinas de madera con agua ardiente y fría y cubos con los que verter el agua. Tras un primer tanteo con un pie desnudo resultó que tenían que verter agua fría en la tina ardiente, que era tan grande que habrían cabido al menos dos bueyes enteros. Algunas salpicaron agua fría sobre las otras y de nuevo hubo mucho griterío y risas.

Finalmente, una de ellas se armó de valor, se metió en la tina, se apresuró a sentarse, jadeó un par de veces y les indicó con la mano que se estaba bien. Inmediatamente la siguieron todas las demás y se sentaron formando un círculo, se cogieron de las manos y cantaron más canciones paganas, algunas con un contenido que hizo que Cecilia sintiese cómo se sonrojaba todavía más bajo sus mejillas ardientes. Las canciones eran groseras y hablaban de lo que estaba prohibido hasta la noche de bodas pero que a partir de entonces estaba más que permitido, aunque muchos de los versos parecían decir que lo que mejor sabía era la fruta prohibida.

Cecilia pensó que tal como estaba, aquí sentada, como en medio de un caldo de gallina, no era mucho lo que podía hacer y, desde luego, nada de lo que pudiese librarse con mal humor. Era una idea reconfortante y pronto empezó a sentirse extrañamente alegre y luego como si ardiese en estado febril, como si de buen grado le estuviese afectando la magia que transpiraban las canciones.

Permanecieron así hasta que el agua estuvo demasiado fría y fuera empezaba a clarear y las antorchas comenzaban a apagarse. Entonces les entraron las prisas para hacer lo último antes de que estuviesen en su derecho de empezar a pimplar. Salieron todas corriendo al riachuelo y con gritos estridentes se dieron un chapuzón en el agua helada y de nuevo corrieron a la casa de baño, que ahora les pareció maravillosamente cálida. Encendieron antorchas nuevas y se lavaron las unas a las otras por todo el cuerpo, incluso en sus partes pudendas.

Después de lavarse, se secaron con rapidez, ayudadas por grandes lienzos, y salieron de puntillas hacia sus montoncitos de ropa. Se enfundaron los camiones blancos que habían llevado desde la casa principal, se colocaron las coronas de ramas en torno a frentes y nuca y se arreglaron el pelo húmedo. De la parte trasera de la casa de baño sacaron una serie de pequeñas jarras de cerveza y un tonel recién abierto y pronto bebieron a la salud de las unas y las otras como hacían los hombres, y los imitaron, caminando descalzas sobre el suelo de madera, arqueando las piernas y fanfarroneando. A Cecilia le habría gustado ser capaz de hacer las travesuras de su amiga Blanka, soltarse y eructar como un hombre.

Tenían que vaciar el tonel antes de regresar, pues en caso contrario, según explicó una de las jóvenes parientes de Cecilia que se llamaba Ulrika, traería mala suerte para la novia. Pero no había que preocuparse por eso, ya que ésa era la noche en que las jóvenes doncellas podían pimplar tanto como quisiesen.

La cerveza estaba caliente y endulzada con miel para ajustarse mejor a los gustos de las zagalas y pronto bebían casi como hombres mientras iban hablando cada vez más alto.

Desapareció también ahora esa gran timidez que Cecilia y sus parientes mucho más jóvenes habían sentido las unas ante las otras, aunque todas habían fingido ignorarla. Una de ellas dijo que Cecilia no creyese que alguna de ellas pensaba mal de ella por haber llegado a ser una soltera tan vieja antes de beber su cerveza de matrimonio. Otra dijo que no importa esperar si la dicha es buena.

Aunque estas palabras seguramente tenían la intención de ser un consuelo, hicieron que Cecilia se sintiera de nuevo retraída. Todas las jóvenes eran mucho más hermosas que ella y sus pechos eran firmes, y sus caderas suaves y redondas. Sin embargo, Cecilia había tocado su propio cuerpo esa noche más que en toda su vida, y sabía que sus pechos colgaban y que tenía una figura flaca y angulosa.

Cuando las otras detectaron este indicio de preocupación en la mirada de Cecilia, la pariente que se llamaba Katarina fue la primera que se armó de valor y dijo lo que ella estaba segura de que todas pensaban. Para ellas, éste era un gran día, pues Cecilia había demostrado que una mujer podía decidir mucho por sí misma, que incluso podía negarse ante sus parientes a entrar en el monasterio aun estando en juego el poder, y que además podía ir a la cama de matrimonio con aquel que amaba y no con aquel que señalaban los padres.

Otra intervino, enfadada, diciendo que daba igual con quien contraía una la cama de matrimonio, siempre y cuando se hiciese honrando al linaje. A eso siguió un rato de encendida discusión que terminó con la que se llamaba Katarina y otra que se llamaba Brígida salpicándose cerveza la una a la otra, hasta que Katarina cogió la jarra de cerveza y la vació por completo sobre el cabello de Brígida.

Entonces hubo de nuevo carcajadas y la riña se esfumó y Katarina propuso que exigiesen otro tonel nuevo antes de entrar a tomar la cerveza de dormir en la casa principal.

Sin embargo, cuando se hubieron tragado el primer tonel de cerveza, se pusieron los mantos sobre los camisones blancos, recogieron sus ropas, tomaron sus zapatos en la mano y regresaron a la casa principal.

Para alegría interna de Cecilia cantaron ahora todas *Kyrie Eleison*, de manera que su propia voz pudo participar del canto por primera vez, más clara y más alta que todas las demás. Porque seguramente estas jóvenes doncellas tenían pechos y caderas más hermosos que los suyos, pero cantar era algo que ella hacía como ninguna de las demás.

Diez libras de miel, trece gorrinos salados y veintiséis vivos, veinticuatro jamones de jabalí ahumados y otras tantas paletillas, diez corderos salados y veinticuatro vivos, dieciséis bueyes vivos y cuatro salados, catorce barriles de mantequilla, trescientos sesenta quesos grandes y doscientos diez pequeños, cuatrocientas veinte gallinas, ciento ochenta gansos, cuatro libras de pimienta y comino, cinco libras de sal, ocho barriles de arenque, doscientos salmones y ciento cincuenta pescados noruegos secos y, además, avena, trigo, centeno, harina de cebada, malta y enebrina en cantidades suficientes.

Eskil las estaba pasando canutas con las cuentas de las caravanas, que llegaban a raudales a Arnäs cuando Arn y sus jóvenes acompañantes arribaron cabalgando a la fortaleza, medio día antes de lo esperado. Al día siguiente, Arnäs se llenaría con más de doscientos invitados, pero más de cien eran esperados ya a la velada de despedida de soltero, pues muchos esperaban algo fuera de lo común de los juegos que era costumbre celebrar. Los que iban a competir no eran unos jóvenes cualesquiera.

Pero todavía no habían llegado los invitados y Arnäs estaba casi desierta, de no ser por todos los sirvientes que corrían arriba y abajo, ocupados en un sinfín de tareas. Arnäs había sido vaciada de gente y engalanada hasta el último rincón para todos aquellos invitados demasiado ilustres para dormir en tiendas. En la pradera que había a la salida de la puerta oriental, al otro lado de los fosos, se había alzado un pabellón de ramas de serbal entrelazadas y ahora se estaban llevando mesas y bancos. Toneles de cerveza rodaban por el patio del castillo, grandes carretadas de abedul y serbal entraban y eran descargadas para servir como decoración en las paredes de la sala grande, se iban a buscar mesas aquí y allá, se levantaban postes y se tensaban las telas de las carpas.

Nada tenían que hacer Arn y sus amigos en estos trabajos, y tras haber dejado sus caballos a cargo de los mozos de cuadra, el príncipe Erik decidió que dormiría un rato para renovar fuerzas ante las duras pruebas que les esperaban aquella noche, y lo mismo decidió Folke Jönsson. Además, quien llegaba pronto podría agenciarse los mejores lechos.

Arn opinaba que el tiempo podía utilizarse para algo más provechoso que para dormir pero se guardó de decirlo en voz alta. En lugar de eso cogió a su hijo Magnus y al joven Torgils por los hombros y se los llevó bromeando pero con firmeza hacia la gran torre. Ambos retrocedieron un poco cuando les explicó que iban a ver al viejo Magnus, pues ambos creían saber con seguridad que el viejo no estaba en sus cabales.

Tanto mayor fue, pues, su sorpresa cuando junto con Arn subieron la escalera de la torre y encontraron al señor Magnus fuera en la barbacana. Caminaba arriba y abajo, refunfuñando y con determinación, sirviéndose sólo de un grueso bastón de enebro como apoyo. A su lado, un extranjero lo vigilaba con atención. Cuando Magnus descubrió a los tres visitantes se le iluminó de inmediato la cara con una amplia sonrisa, abrió ambos brazos, incluido aquel sobre el que en realidad debería apoyarse, y vanaglorió a Dios en palabras generosas y completamente comprensibles por la gracia que se le había concedido.

Magnus Månesköld se le acercó con rapidez, tomó la mano del anciano y se agachó tan rápidamente que una de sus rodillas rozó el suelo; luego lo siguió Torgils y por último Arn.

—Habéis recuperado vuestras fuerzas antes y mejor de lo que me habría atrevido a aventurar, padre —dijo Arn.

—Sí, y precisamente por eso me alegra tanto como me fastidia el veros a los tres, aunque hace mucho que no te veo ni a ti Magnus ni a ti Torgils, ¡mis dos nietos!

—Desde luego no era nuestra intención fastidiaros, querido abuelo —dijo Magnus Månesköld con suavidad.

—Bah, ¡me has entendido mal! Lo que quería decir es que me habría gustado dejaros a todos pasmados de sorpresa en la cerveza de matrimonio. Todos se imaginarían que estaría ahí tumbado sobre mi propio meado en algún rincón, escondido de todo el mundo. En lugar de eso ahora voy a levantar yo mismo la jarra de la novia, pues hace mucho tiempo que tuve el placer de hacerlo por última vez. Ahora os pido que mantengáis todos la boca cerrada y dejadme que disfrute de la sorpresa.

Sus palabras fluían sin tropiezos, tal vez un poco más despacio que antes pero casi igual. Magnus Månesköld y el joven Torgils, que no lo veían desde hacía más de un año y que cuando lo hicieron aquella vez había sido para despedirse y no en un encuentro alegre, pensaban que acababan de presenciar un milagro. Y el señor Magnus no tenía el más mínimo problema en comprender lo que pensaban y creían.

—No es en absoluto lo que vosotros dos pensáis —continuó dando una vueltecita por el parapeto como para demostrar otra vez que podía caminar casi como antes—. Es este sabio franco quien me ha mostrado el camino, y también nuestro Señor, ¡claro está!

Arn había mantenido una breve conversación en voz baja en un idioma incomprensible con el hombre foráneo y parecía que lo que había oído eran buenas noticias.

—No debéis esforzaros demasiado hoy, padre —le aconsejó—. Si lo hacéis, luego puede resultar duro y mañana os espera una noche muy larga. Os prometemos que no diremos ni una palabra a nadie acerca de la sorpresa.

—¿De verdad que no? —les dijo a los dos nietos, que se apresuraron a asentir con la cabeza a modo de solemne confirmación.

—Ahora, padre, debe descansar dos horas, practicar luego una hora y descansar de nuevo dos horas —prosiguió Arn tras otra breve conversación con el extranjero—. No molestemos más a padre.

Los tres se inclinaron y retrocedieron de espaldas unos pasos antes de dar media vuelta y cruzar la barbacana en la dirección que Arn les indicaba. Quería enseñarles lo que estaba en construcción.

Pero parecía como si Magnus y Torgils se sintiesen algo tímidos con respecto a Arn y pronto quisieron hacer como el príncipe Erik, ir a descansar ante la gran prueba del atardecer.

Decepcionado por su falta de interés y preocupado porque hubiese algo en ellos que no alcanzaba a comprender, Arn se encaminó hacia la orilla del lago Vänern, donde chirriaban las poleas y tintineaban las forjas. Realmente le sorprendió lo de prisa que había ido el trabajo y lo exactas que habían quedado las juntas entre las piedras y pasó un largo rato elogiando a los constructores sarracenos antes de explicar que ahora se celebrarían tres días festivos para la boda, que todos estaban invitados y



que deberían vestirse como tales. No dijo nada acerca del baño, pues habría sido una ofensa recordarles una cosa así a la gente del Profeta.

Sin embargo, bromeó un poco acerca de ello con el sudoroso hermano Guilbert, que a pesar de todo había sido templario durante doce años en Tierra Santa y tal vez siguiese todavía hoy firme en la prohibición de la Norma en cuanto al lavado innecesario. El hermano Guilbert soltó una buena carcajada ante esta preocupación y dijo que, de todas las normas, esta que decía que era necesario apestar como un cerdo era la más difícil de comprender. A menos que hubiese sido san Bernardo en su arcana sabiduría quien cuando escribió la Norma pensase que los sarracenos temerían todavía más a los guerreros que oliesen precisamente a cerdo.

Mientras el hermano Guilbert iba a lavarse y a ponerse su hábito blanco de monje, pues cuando trabajaba se vestía como un hermano lego, Arn fue a buscar a Eskil y lo halló embrollado en una discusión en muchos idiomas diferentes a la vez, en donde nadie parecía comprender ni palabra del grupo de juglares, flautistas y tamborileros que habían llegado desde Skara en cuatro carros de bueyes. Había que aclarar el pago y el alojamiento y en negocios como éstos solía suceder que la gente aparentaba entender menos de lo que en realidad lo hacía. Pero cuando resultó que el cabecilla del grupo de juglares era de Aix-en-Provence, Arn pronto pudo ayudar a su hermano a dejar bien claro el acuerdo sobre cada una de las monedas de plata, así como el libre consumo de cerveza y carne, pero también la obligación de acampar con sus carros un poco alejados del castillo. Al final pareció que ambas partes quedaban satisfechas y los juglares dieron media vuelta a sus carros de bueyes para dirigirse al sitio indicado.

Eskil acompañó entonces a su hermano al dormitorio matrimonial, que quedaba un poco separado en el altillo de la parte occidental de la casa principal, con una escalera que ascendía por cada lado, una para el novio y otra para la novia. Arriba, en la cámara, colgaban las ropas que Arn vestiría en diferentes ocasiones a lo largo de los días que duraría la cerveza de matrimonio, pues sólo iría vestido de guerrero en la recogida de la novia, luego tendría que mudarse. En la noche de la cerveza de matrimonio llevaría un traje extranjero de color azul y plateado hecho de esa tela que habitualmente sólo vestían las mujeres. Pero ahora, en la despedida, se cubriría con una capa blanca con mangas, debajo de la cual llevaría una camisa larga azul de piel de cervatillo teñida, calzones de piel incoloros y unas suaves botas de piel atadas con cintas a las piernas. Con todos los trajes llevaría espada.

Tras haberle expuesto sus instrucciones relativas a los atuendos al confundido Arn, Eskil exhaló un profundo suspiro como si por enésima vez acabase de recordar algo que había que preparar a toda prisa. Contaban sólo con seis hombres para la despedida de soltero, y tenían que ser siete. Uno era el príncipe Erik, el otro, Sture Jönsson, de la casa de Pål, y cuatro eran de los Folkung, contando al propio Arn, a Magnus Månesköld, Folke Jönsson y al hijo de Eskil, Torgils. Había que encontrar a un séptimo que no podía ni estar casado ni ser un Folkung.

Arn dijo que nada podía opinar en este asunto, pues sólo tenía una vaga idea de lo que era una despedida de soltero, aunque suponía que se beberían unas cantidades poco cristianas de cerveza, como siempre. Eskil explicó con forzada paciencia que se trataba de la despedida de la juventud, de la vida libre, una última noche antes de que uno de ellos dejase la juventud tras de sí para siempre. Ésa era la tradición.

Aunque esta vez los jóvenes eran inusualmente maduros, dijo, defendiéndose de la risa burlona de Arn, y el novio era un hombre en su plenitud que contaba con un hijo y un sobrino entre los parientes. Seguro que no se había dado nunca una situación como ésta y puesto que algunos de estos hombres solteros, en especial el príncipe Erik y Magnus Månesköld, ya eran conocidos en el reino por su fuerza y su habilidad con las armas, asistiría mucha gente a ver el inicio de la celebración.

Arn propuso con un suspiro que como el hermano Guilbert era su amigo más viejo en la vida, después de Eskil, y no podía ser considerado de los Folkung, preferiría ver al hermano Guilbert y a nadie más como séptimo mozo. Pues la edad no significaba nada y era más que probable que el hermano Guilbert tuviese su virginidad mejor conservada que muchos de esos gallitos.

Eskil parecía un poco disgustado con esta propuesta, ya que opinaba que un viejo monje produciría más humillación que honra en los juegos que les esperaban.

Aunque Arn ya sospechaba lo que vendría y aunque le disgustase tanto como imposible le resultaba adaptarse a las costumbres de sus parientes, preguntó con cara de inocente qué podía ser eso de lo que eran capaces esos gallitos pero no el hermano Guilbert.

Eskil respondió, evasivo, que se trataba de siete juegos, siete juegos diferentes en la habilidad con las armas, y que otorgarían un eterno honor a aquel que se mostrase mejor que los demás en una despedida de solteros. Cuánto peor entonces si alguien, y en especial un amigo cercano, quedaba en ridículo.

Tras oír estas palabras, Arn permaneció un rato en silencio sentado sobre sus sábanas de matrimonio, aunque no por los motivos que Eskil imaginaba. Desde luego no le apetecía nada participar en juegos de armas con blandengues y niños y todavía le apetecía menos hacerles daño. Le recordaba aquel ingrato día en que el rey Ricardo Corazón de León había espoleado a uno de sus blandengues, sir Wilfred de Ivanhoe, a estrellarse lanza en ristre contra un templario. Ese tipo de cosas podían terminar mal.

Había que enseñar y educar a los niños, pero era un agravio competir contra ellos. Comprendió con tristeza que este pensamiento le resultaría a su hermano del todo incomprensible.

—¿En qué juegos de armas vamos a empeñar nuestro honor? —preguntó finalmente.

—Como dije, son siete juegos diferentes —respondió Eskil con impaciencia—. Tres juegos los hacéis a caballo, cuatro a pie, y son con hacha, lanza, arco y palo sobre tronco.

—¿Tres juegos a caballo y palo sobre tronco? —preguntó Arn con una repentina

alegría—. Esto puede ser más divertido de lo que te imaginas y no te preocupes por el monje, pues se las apañará bien, y para vosotros, que miraréis, será un gran espectáculo. Pero primero debo ir a hablar con él, luego buscaré los arcos que están en la torre y haré ensillar a mi yegua de la forma que corresponde a un monje.

Eskil alzó los brazos y dijo que él se eximía de toda responsabilidad, se le ocurrieron otras cien cosas que debía solucionar y bajó corriendo por la escalera del novio con prisas renovadas.

Arn se arrodilló y apoyó su cara sobre la suave manta de la cama de matrimonio, inhaló los olores a hierbas y rezó para que la Madre de Dios sostuviese Su mano protectora sobre su amada Cecilia que seguía estando en peligro y para que él no se viese afectado por la soberbia y para que no hiriese a ninguno de los críos, ante todo no a su propio hijo, en los juegos infantiles de los que le sería imposible escabullirse.

Aquella tarde, temprano, habían llegado más de cien invitados a Arnäs para celebrar la despedida de solteros, pero sobre todo para ver el torneo de los mozos. El patio del castillo estaba abarrotado de tiendas de cerveza y anchos tablones colocados sobre caballetes para que todo el mundo pudiese ver las habilidades de los titiriteros. Sonaban flautas y tambores y los hijos de los artistas exhibían sus absurdas habilidades, se doblaban sobre sí mismos metiendo sus cabezas entre las piernas y se paseaban cuales enormes pulgas sobre los anchos tablones, provocando horror y risas. Pero el aire estaba cargado de emoción ante lo que todo el mundo no podía dejar de comentar: un torneo de mozos de una envergadura jamás vista por hombre alguno en que competirían a la vez un príncipe real y un guerrero del Señor regresado de Tierra Santa.

El espectáculo empezó con los siete mozos vestidos de blanco saliendo del establo en fila y, cabalgando, formaron un círculo en el patio del castillo con el príncipe Erik en cabeza. Cerraba la procesión un monje vestido de blanco que provocó risas y una oleada de sorpresa. Todos cabalgaban unos fornidos caballos nórdicos, todos a excepción de Arn Magnusson y del monje, que montaban unos pequeños y huesudos pencos que parecían asustados por el gentío y el barullo.

El príncipe Erik guió a los jinetes a través del portón del castillo hacia el prado con el pabellón de ramajes, donde unos siervos de cuadra sujetaron sus caballos mientras ellos desmontaban. Los invitados de Arnäs se reunieron expectantes sobre el muro bajo que daba hacia el oeste y desde donde las vistas sobre el campo de juegos eran tan buenas que ninguno de los espectadores perdería detalle.

Abajo en el prado, los siete mozos, pues así había que llamarlos aunque al menos cuatro de ellos fuesen unos hombres hechos y derechos, eligieron al príncipe Erik para que actuase de juez si surgían desacuerdos. Sin embargo, nadie pensaba que esos hombres fuesen a reñir como hacían los mozos de verdad, sino que cada uno de ellos actuaría con honra.

El primer juego consistía en lanzar el hacha y sería decisivo para lo que seguiría. Aquel que ganase el juego de hachas mandaría sobre el próximo juego y, por tanto,

decidiría cómo proseguir.

De un grueso tronco de roble se había serrado un fino tablero y en su centro se había pintado un aro rojo que haría de blanco. Cada uno de ellos lo intentaría tres veces con unas viejas hachas de doble filo desde una distancia de diez pasos.

Arn y el hermano Guilbert, que se habían colocado juntos, comentaron bromeando que si en la mano tenías una hacha de guerra como ésa el objetivo debería ser intentar conservarla allí; si la arrojabas, no te serviría de mucho. Nunca habían visto este ejercicio y aún menos lo habían practicado.

El príncipe Erik fue el primero en tirar. Su hacha fue girando por el aire y con un golpe seco quedó clavada en el centro del aro rojo. Los espectadores lo ovacionaron y dejaron escapar un murmullo lleno de expectación, pues no estaría nada mal que un único Erik fuese capaz de derrotar a cuatro Folkung.

La segunda hacha acertó casi igual de bien, pero la tercera quedó un poco fuera del aro.

Luego le tocó lanzar a Magnus Månesköld. También él acertó con dos hachas en el interior del aro mientras que la tercera quedó un poco fuera. El príncipe Erik y él estuvieron de acuerdo en que Erik había sido el mejor de los dos y ninguno de ellos mostró ni decepción ni euforia.

El joven Torgils lanzó y acertó sólo con una hacha en el interior del aro, aunque las otras dos quedaron firmemente clavadas en la tabla. Folke Jönsson tiró un poco peor que Torgils, y cuando luego llegó el turno de Sture Jönsson se oyeron bastantes murmullos y risas desde el público del muro, pues era difícil evitar bromear acerca de lo que sucedería si un solo miembro de los Pål lograba derrotar tanto a los Folkung como a los Erik.

Eso fue precisamente lo que hizo, al menos hasta el momento. Sus tres hachas quedaron clavadas muy juntas y dentro del círculo rojo. Obtuvo fuertes aplausos por ello.

Cuando el gran monje dio un paso hacia adelante se produjo una gran risa generalizada, se dejaron caer unas cuantas burlas, y se oyeron algunos gritos diciendo que, por mucho que conservara su candor juvenil, no parecía que tuviese mucho que hacer en juegos como éstos. Y como era de esperar, sólo acertó con una hacha, que además fue a parar fuera del círculo rojo.

Se hizo un silencio total de tensa expectación cuando Arn Magnusson, el último de todos, se adelantó con las tres hachas en la mano. Pero pronto la decepción fue mayor y mucho se murmuró acerca de sus pésimos lanzamientos, dos de las hachas golpearon en el blanco pero no con el filo y sin clavarse y la tercera permaneció por unos instantes fuera del aro rojo antes de caer al suelo. Nadie esperaba eso de un hombre legendario.

Siete cestas fueron colocadas ante los mozos, que ahora tenían que llenar con nabos medio podridos del año anterior en función de cómo había sido su actuación. En consecuencia, Arn recibió siete nabos en su cesta y Sture Jönsson sólo uno. Quien

al final de la competición tuviese menos cantidad de nabos sería el ganador de los juegos.

Ahora tocaba lanza. Sture Jönsson era quien tenía la potestad de decidir con quién se enfrentaría primero y con ello empezó el juego de verdad. Porque ahora no se trataba sólo de tener buena mano con las armas; ahora se trataba también de que aquel que quisiera ganar pensara con perspicacia. Si Sture apuntaba hacia la victoria, debería enfrentarse primero a los mejores para que recibiesen muchos nabos al ser los primeros en ser derrotados. Si en lugar de eso se conformaba con algo menos honroso, debía empezar por la otra punta y desafiar al monje o a Arn Magnusson, pues ambos habían mostrado ser unos pésimos tiradores.

Soberbio como si realmente pensase ser el campeón aquella noche, Sture Jönsson dirigió su lanza primero hacia el príncipe Erik. No obstante, no debería haber hecho eso porque cuando los dos hubieron arrojado sus tres lanzas contra un buey de heno, el ganador fue el príncipe Erik y Sture Jönsson el que llenó su cesta con siete nabos.

El príncipe Erik iba a por la victoria, nadie lo dudaba. Por eso hizo bien en dirigir ahora su lanza hacia Magnus Månesköld, que debía de ser su mejor contrincante y, por tanto, era preferible que recibiese el mayor número de nabos posible.

Se produjo una dura lucha entre dos tiradores muy buenos. Una y otra vez se produjo una oleada de admiración entre el público del muro. Los dos tiraron tan igualados y tan cerca del blanco con las tres lanzas que era imposible decidir entre ellos, por lo que acordaron tirar de nuevo.

La segunda vez el príncipe Erik acabó proclamando vencedor a Magnus Månesköld. Magnus señaló ahora al monje y lo venció con la facilidad que todo el mundo había pronosticado. Luego señaló con descaro a su propio padre.

También Arn Magnusson fue derrotado y con la misma facilidad que el monje, y pronto Magnus Månesköld hubo ganado este juego y muchos de los espectadores empezaron a sentirse seguros de que sería él quien terminaría con menos cantidad de nabos en su cesta y, por tanto, se ganaría una corona de oro.

El siguiente juego sería palo sobre tronco, en el que ambos contrincantes se balancearían sobre un tronco colocado sobre el foso e intentarían golpear al otro con un palo largo cuyas puntas estaban envueltas en piel. Lo normal en este juego era quitarse la mayor parte de las ropas, pues cuando terminase el juego todos excepto uno se habrían bañado en el foso.

Magnus Månesköld no se molestó siquiera en quitarse la túnica blanca y abierta cuando señaló en primer lugar al monje con su palo, tan seguro estaba de su victoria.

Estaba claro que el monje, por mucho que quisiera, no podía quitarse su hábito monacal de lana blanca, algo que despertó una gran alegría maliciosa entre los espectadores cuando éste fue y tomó su palo y dio, a modo de prueba, unos golpes fuertes al aire. Pero alguno que otro vio también cómo Arn Magnusson se estaba divirtiendo mucho allá abajo entre los mozos y golpeó la espalda del monje bromeando de forma grosera acerca de algo que seguramente tenía que ver con baños

involuntarios.

Y fue entonces cuando el juego dio un giro completo y se convirtió precisamente en el espectáculo inolvidable que los más de cien espectadores estaban esperando.

El monje avanzó sonriendo y sacudiendo la cabeza sobre el tronco donde Magnus Månesköld lo esperaba con el palo bajado, como si un viejo monje que no sabía manejar ni la lanza ni el hacha no supusiese una gran amenaza.

Magnus Månesköld cayó al foso vestido con todas sus ropas tan rápidamente que nadie tuvo tiempo de ver lo sucedido. El monje debió de tener un golpe de suerte, eso fue lo que pensaron casi todos.

El hermano Guilbert dejó el palo a un lado, se arremangó un poco el hábito sobre sus piernas blancas y señaló luego al príncipe Erik, que se quitó la túnica blanca y avanzó hacia él con mayor cuidado del que había puesto su amigo. Y cayó chapoteando al foso casi con la misma rapidez que Magnus Månesköld. Esta vez la gente de los muros había seguido con mayor atención lo sucedido. Primero el monje había dirigido su palo hacia la cabeza del príncipe Erik, pero a medio camino lo había soltado con una mano y había barrido las piernas de su contrincante.

El monje despachó con la misma facilidad a los otros tres mozos, que cada vez se quitaban más y más ropa ante el baño que les esperaba, hasta que sólo quedó Arn Magnusson.

Arn se quitó la túnica de lana y la larga camisa azul antes de acercarse al hermano Guilbert. Intercambiaron unas palabras que pocos de los espectadores podían comprender por mucho que aguzaran los oídos, pues hablaban en franco.

—No es de extrañar que hayas perdido velocidad con los años, querido instructor —dijo Arn.

—¡Recuerda que nunca estuviste siquiera cerca de golpearme, mocosos! —replicó el hermano Guilbert, riendo, y levantó el garrote amenazador fingiendo dar un golpe ante el cual Arn ni siquiera se inmutó.

—Tu problema es que ya no soy para nada un mocosos —dijo Arn y al momento estalló la lucha.

Ambos pelearon durante mucho tiempo y a una velocidad vertiginosa en la que podían dar cuatro, cinco o seis golpes cada vez que atacaban al otro, que se defendía con la misma velocidad. Y quedó claro desde el principio que esos dos eran superiores en palo sobre tronco.

Al final fue como si el cansancio alcanzase primero al monje y entonces Arn aumentó la velocidad hasta que pronto golpeó un pie del monje y venció, a la vez que alargó el garrote para que el monje pudiese agarrarse a él a media caída y saltar y aterrizar allá donde el foso tenía menor profundidad. De esta manera, la mayor parte de su hábito de lana permaneció seca.

A partir de ese momento, ninguno de los mozos fue capaz siquiera de rozar una nueva victoria y eso quedó claro ya cuando empezó el primer juego a caballo.

Primero se trataba de cabalgar el uno contra el otro, cada uno con un saco de piel

lleno de arena e intentar golpear al otro para que cayera de la silla. Arn, que había ganado al palo sobre tronco y por tanto decidía el orden en esta lucha, jugó con todos los mozos con la misma facilidad con la que el monje los había despachado con el palo. Cuando sólo quedaba el monje se produjo de nuevo una larga lucha y una exhibición hípica a velocidad vertiginosa con habilidades que eran casi imposibles de comprender. Arn ganó esta vez también y de nuevo pareció como si las fuerzas del monje fueran las primeras en faltar y que aquello fuese determinante.

El siguiente juego consistía en cabalgar con rapidez hacia nabos clavados en palos y partirlos con la espada. Ninguno de los mozos tuvo tiempo de partir ni la mitad de su hilera de nabos antes de que Arn terminara. Ni siquiera golpeaba, se limitaba a cabalgar y pasaba extendiendo su larga y fina espada como una ala mientras los nabos caían partidos por la mitad, y un nabo no había llegado siquiera a tocar el suelo cuando Arn ya había partido el siguiente. El monje, que fue el último, intentó cabalgar del mismo modo, pero su espada prestada quedó enganchada en el tercer nabo, con lo cual se decidió también este juego.

Para quien hubiese vencido en este juego era casi imposible ganar el siguiente, pues se trataba de una carrera. Si se vencía al primero, al segundo y al tercero, no era fácil forzar al caballo a lograr la máxima velocidad compitiendo contra caballos frescos y descansados.

Parecía que Arn Magnusson lo había comprendido. Las primeras veces cabalgó de forma que parecía que iba lento, aunque siempre justo delante. Tal vez habría sido mejor intentarlo primero con el monje, pues éste montaba uno de sus propios caballos extranjeros. En lugar de eso dejó al monje para el final.

Ahora cabalgaron ambos a plena velocidad como habían hecho al competir en los juegos de saco de piel y corte de nabos, pero la yegua descansada venció con facilidad al caballo de Arn Magnusson.

Sólo quedaba entonces el juego más noble, el tiro con arco. Nadie había oído jamás de monjes que supiesen tirar con arco, pero nadie tampoco se había imaginado que los monjes pudiesen cabalgar como este cisterciense, y aún menos manejar el palo y la espada como había hecho él.

Tal vez el monje y Arn hubiesen decidido entre ellos cómo terminarían los juegos, pues lo que ahora sucedió fue muy emocionante. En el mismo momento en que el monje tiró a modo de prueba de la cuerda del arco que su amigo Arn le entregó, se pudo ver con claridad que no era la primera vez que tenía esa arma entre las manos.

El tiro con arco se hacía de manera que los dos tiradores iban disparando una flecha cada uno desde una distancia de cincuenta pasos a unas balas de paja adornadas con una negra cabeza de grifo. Cuando colocaron los blancos se oyeron muchas risas y murmullos entre los asistentes ante el atrevimiento de elegir el estandarte de los Sverker como blanco. No era demasiado noble burlarse de esa manera del enemigo derrotado.

Sin esforzarse al parecer en exceso, el monje derrotó primero a Sture Jönsson, y luego a Torgils y a Folke Jönsson. Tuvo que esforzarse un poco más para vencer al príncipe Erik, y cuando llegó el turno de Magnus Månesköld se notaba que el monje tenía que esforzarse al máximo en cada uno de los tiros, ya que los dos lo hacían casi igual de bien.

Ambos tiradores siguieron dando una y otra vez en el blanco en la cabeza del grifo hasta la novena flecha. Entonces la flecha de Magnus Månesköld quedó justo en el límite de la cabeza del grifo, mientras que el monje clavó la suya en pleno blanco. Magnus acertó de nuevo con su décima flecha en el centro del blanco. Todo dependía ahora de la última flecha del monje.

Entonces el hermano Guilbert se volvió y le dijo algo a Arn Magnusson que, sin embargo, le respondió tajantemente, negando con la cabeza, tras lo cual el hermano Guilbert clavó su última flecha en el centro del blanco y, por una sola flecha, derrotó al mejor tirador de todo Götaland Oriental. Pues en Götaland Occidental había ahora al menos uno que era mejor.

Con el tiro con arco pasaba lo contrario que con la carrera a caballo. Era una desventaja permanecer quieto hasta el final y una ventaja ir disparando contra rivales más fáciles hasta que llegase el momento decisivo. Y el hermano Guilbert había tenido que echarles sólo un vistazo a los mozos para ver quiénes eran los más o menos hábiles para poder seleccionarlos en el orden adecuado.

—Ahora, mi joven aprendiz, ya no puedes ganar con la fuerza de tus pulmones y la firmeza de tus piernas a tu maestro —dijo, contento, el hermano Guilbert, tensando para fastidiar la cuerda de su arco unas cuantas veces cuando Arn se acercó.

—No, eso es cierto —concedió Arn—. Si realmente quisiésemos ver si el maestro sigue siendo mejor que su aprendiz, preferiría poder hacerlo a solas. ¿Pero quién de nosotros quiere ganar ahora?

—Tu hijo Magnus se ha llevado una gran decepción al perder, lo he notado, aunque lo ha ocultado caballerosamente —expuso el hermano Guilbert—, ¿pero qué sería ahora lo mejor? ¿Ver a su padre derrotado por el mismo monje o ver a su padre como vencedor aunque haya practicado toda su vida para vencerte, o para vencer a tu sombra? Realmente es muy bueno.

—Sí, ya lo he visto —dijo Arn, pensativo—. Verdaderamente bueno, piensa en lo que habría llegado a ser si te hubiera tenido a ti como profesor. Sin embargo, no puedo decir quién de los dos de nosotros sería preferible que ganase, cuál de los dos vencedores le costaría más aceptar a Magnus.

—Yo tampoco —repuso el hermano Guilbert santiguándose en señal de que dejaba esa difícil cuestión a los poderes superiores.

Arn asintió con la cabeza a modo de confirmación, se santiguó también él y colocó la primera flecha sobre la cuerda del arco. Su flecha se clavó un poco por debajo de la cabeza del grifo, lo que tampoco era de extrañar, pues se trataba de su primer disparo, que iría demasiado alto o demasiado bajo hasta que supiese cómo se



comportaba el arco.

Por eso el hermano Guilbert le llevó ventaja hasta la séptima flecha, pues ambos fueron acertando en pleno blanco, donde se fueron abarrotando las flechas. El hermano Guilbert disparó su flecha demasiado alto, pero no tan alto como bajo había disparado Arn su primera flecha.

Se había hecho un completo silencio arriba en los muros y los otros mozos competidores se habían ido acercando cada vez más de forma inconsciente, de modo que ahora formaban una media luna justo detrás de los dos arqueros.

Octava flecha, igual para ambos, pleno blanco. Novena flecha, igual para ambos, pleno blanco.

Arn disparó su décima flecha, que rompió las plumas de otras dos flechas, pero aun así se hizo un hueco en el centro. Ahora todo dependía de la última flecha del hermano Guilbert.

Se tomó su tiempo para apuntar y lo único que se oía en Arnäs era el aleteo de una bandada de vencejos que pasaban por ahí. Pero se arrepintió y bajó el arco, respiró profundamente unas cuantas veces antes de volver a alzarlo de nuevo y tensar la cuerda hacia la mejilla. También esta vez pasó mucho rato apuntando.

Su flecha quedó demasiado alta, pues tiró con demasiada fuerza. Por tanto, Arn era el campeón de ese torneo de mozos que ninguno de los presentes olvidaría jamás, pero que tampoco olvidarían aquellos que no estuvieron allí, pues oírían contarle tantas veces que con los años llegarían a pensar que ellos mismos lo vieron con sus propios ojos.

Eskil bajó de inmediato junto a los mozos con la señora Erika Joarsdotter a su lado. Ella llevaba dos coronas relucientes, una de oro y otra de plata. Se detuvieron el uno junto al otro y todos los jóvenes se dispusieron ante ellos en formación de cuña, cerca del foso, para que los invitados pudiesen ver y oír todo lo que iba a suceder.

—Esta velada ha empezado muy bien —dijo Eskil en voz alta—. Habéis traído un gran honor a mi casa, pues un torneo de mozos como el que hemos presenciado en el día de hoy no se ha celebrado jamás y nunca volverá a celebrarse. La corona del campeón es de oro, pues no es posible lograr una victoria más distinguida que ésta. No soy tacaño, aunque soy cuidadoso con el dinero. Especialmente me alegra que sea mi hermano el campeón cuando tantas otras cosas han erosionado su honra y su nombre. También me alegra que de esta manera el oro siga en esta casa. ¡Acercaos, señor Arn!

Magnus Månesköld y el joven Torgils empujaron al reluctantante Arn hacia adelante, hizo una reverencia ante Eskil y fue coronado con la corona dorada por Erika Joarsdotter y luego no supo qué hacer, de modo que Magnus tuvo que inclinarse y tirarle de la túnica, algo que produjo una gran diversión entre los espectadores de los muros.

A continuación, Erika Joarsdotter alzó la corona hacia el hermano Guilbert, porque no era necesario contar con exactitud los nabos para saber quién había sido el

segundo mejor después del ganador.

El hermano Guilbert protestó y se negó con algo que parecía timidez sacerdotal hasta que explicó que, según sus votos de monje, no podía poseer nada, y darle a él la plata sería como dársela al monasterio de Varnhem.

Eskil frunció el ceño y estuvo de acuerdo en que podía ser inútil dar un premio de mozo a un monasterio al que ya se le había donado más que suficiente. Siguió un rato de irresolución cuando Erika bajó la corona de plata y miró a Eskil, que se encogió de hombros.

Sin embargo, fue el hermano Guilbert quien halló la inesperada solución. Con cuidado, tomó la corona de plata de las manos de Erika, se dirigió a las cestas del príncipe Erik y de Magnus Månesköld y contó los nabos. Pronto estuvo de vuelta y se acercó a Magnus.

—Tú, Magnus Månesköld, eres el mejor arquero que he visto en esta tierra, después de tu padre, claro está —dijo con solemnidad—. Después de mí, que no cuento porque unas reglas divinas lo impiden, has sido el mejor. ¡Vamos, joven, agacha la cabeza!

Sonrojado pero también orgulloso y alentado por sus amigos, Magnus obedeció. Y así fue como padre e hijo emprendieron aquella noche la celebración de la cerveza de la despedida de soltero con una corona de oro y otra corona de plata.

En ese momento empezaba la fiesta propia de los mozos. Celebrarían la velada a solas, en el pabellón enramado, tal como prescribía la costumbre. Eskil y Erika Joarsdotter regresaron al castillo con sus invitados anhelantes, mientras los jóvenes se dirigían a su sala de fiestas al aire libre. Unos mozos de cuadra se encargaron de sus caballos y varios sirvientes llegaron corriendo con sus mantos, ropa seca, carne y cerveza.

Al quedarse solos empezaron a hablar los siete a la vez, pues tenían mucho que intentar comprender, lo más difícil de todo era que un viejo monje pudiese derrotar a jóvenes combatientes nórdicos en sus propios juegos de armas.

Arn explicó que no se trataba de un monje cualquiera, que el hermano Guilbert había sido templario al igual que él y que, por el contrario, habría sido una gran deshonra si dos templarios no hubiesen sido capaces de poner a unos fanfarrones nórdicos en su sitio.

Armaban mucho alboroto y estaban de muy buen humor incluso antes de que hubiese llegado su cerveza. Todos estaban satisfechos a su manera.

Magnus Månesköld estaba satisfecho a pesar de haber llegado a esos juegos con la firme voluntad de ganar. Pero los únicos que le habían vencido eran dos de los templarios del Señor, y todo el mundo había visto en el día de hoy con sus propios ojos que todo lo que se contaba de estos sagrados guerreros de Dios era cierto. Pero Magnus había vencido a sus amigos.

El príncipe Erik también estaba contento porque sabía que tenía que tener un día de suerte para poder *derrotar a* Magnus Månesköld, y al menos no había quedado

delante de él ninguno de los otros amigos.

Torgils estaba satisfecho porque, a pesar de ser el más joven de todos, había evitado quedar el último, y Sture Jönsson estaba contento a pesar de que había quedado el último, pues era uno de los que no eran templarios y, sin embargo, había ganado un juego, el de las hachas.

Arn estaba satisfecho porque era el vencedor, aunque se sentía casi avergonzado de reconocerlo. Pero puesto que estaba claro que tenía que luchar para ganarse el respeto de su hijo, eso representaba un buen paso en esa dirección.

Posiblemente, el hermano Guilbert era el más satisfecho de todos, pues había demostrado que, incluso siendo un hombre viejo, era capaz de ir casi al compás de un hermano guerrero y que Dios había resuelto el tiro con arco de la mejor manera, de forma que él y Arn evitaran tener que amañar el resultado.

Unos mozos tan animados a celebrar la despedida de soltero le saldrían caros a Eskil en términos de cerveza y a muchos de ellos en dolor de cabeza al día siguiente. La noche entera era suya.

Pronto hubo comida y cerveza en aquellas cantidades que el hermano Guilbert y Arn habían temido. Pero por orden de Arn también se había servido una pequeña cuba de vino libanés que había llevado consigo, y había dos vasos para los únicos dos que preferirían vino a la cerveza de Lübeck.

Durante la primera hora y hasta que la borrachera empezó a trastocar sus cabezas, hablaron sobre todo de los diferentes sucesos en los juegos y pronto alguno osó comentar en broma que los templarios no sabían arrojar ni el hacha ni la lanza.

El hermano Guilbert explicó de buena gana que tirar la lanza no era el primer interés de un templario, sino más bien el último. Y por lo que se refería al hacha, estaba dispuesto a enfrentarse a cada uno de los mozos a caballo con una hacha en la mano. Pero sin arrojarla. Y acto seguido miró con tanta severidad y crueldad a su alrededor que hizo que los jóvenes se echaran de un impulso hacia atrás hasta que él estalló en carcajadas.

Sin embargo, el palo sobre tronco era un ejercicio excelente. Era la base para todo, rapidez, desplazamiento, equilibrio y muchos moratones como recordatorio de que la defensa era tan importante como el ataque. Por consiguiente, eso había sido lo primero que una vez el hermano Guilbert enseñó al pequeño Arn.

Arn alzó su copa de vino y corroboró de inmediato que así fue cuando él de muy joven llegó a Varnhem. Que a partir de entonces había recibido palizas por parte del hermano Guilbert todos los días durante doce años, añadió con un fuerte suspiro y agachando la cabeza, de modo que todos se echaron a reír.

Conforme empezaba la meona cervecera, los jóvenes iban entrando y saliendo sin parar, mientras que Arn y el hermano Guilbert permanecieron tranquilos en sus sitios. De este modo aparecía un joven nuevo al lado de los mayores en cuanto la plaza quedaba libre, y mientras los jóvenes fueron capaces de conversar, tanto el hermano Guilbert como Arn tuvieron la oportunidad de hablar con todos ellos.

Cuando Magnus Månesköld fue y se sentó al lado de Arn, la noche ya había avanzado más de lo que Arn había esperado. Era como si entre los dos se interpusiese una timidez que les exigía bastante cerveza y vino para ser superada.

Magnus empezó disculpándose por haber juzgado mal a su padre en dos ocasiones, pero añadió que había aprendido mucho con estos errores.

Arn fingió no saber de qué hablaba y pidió una aclaración. Magnus le explicó su decepción al ver por primera vez a su padre, no como el guerrero de sus sueños, sino como un siervo con la paleta en la mano, y que debería haberlo comprendido mejor al abandonar Forsvik a caballo. Pero era tan tonto que había vuelto a tener la misma decepción al ver a Arn arrojar el hacha sin acertar. Era merecedor, por tanto, del escarmiento recibido y no había visto jamás mejores arqueros que el monje y su propio padre, en eso eran exactas las leyendas.

Arn intentó quitarle hierro al asunto con una broma, diciendo que prometía que en adelante practicaría con empeño la habilidad de arrojar las armas. Pero ese comentario no le hizo demasiada gracia a Magnus, que se mantuvo serio y reunió valor para preguntar algo sobre lo que le habían asaltado las dudas tan sólo después de que se hubo producido.

—Cuando llegamos cabalgando a Forsvik —dijo— y cuando aparecimos por la esquina donde vos, mi padre, estabais arriba en el caballete del tejado con la paleta... cuando bajasteis corriendo y nos miraste... ¿cómo pudisteis reconocerme de inmediato como hijo vuestro?

Arn estalló en una desmedida carcajada aunque desearía haber sido capaz de mantenerse serio.

—¡Mira esto! —exclamó, alborotándole el vigoroso pelo rojo—. ¿Quién como tú tiene el cabello de su madre, hijo mío? Y además, aunque hubieses llevado casco me habría bastado echar un vistazo a vuestros escudos. Uno de vosotros, es decir, tú, llevaba una luna creciente dibujada junto a nuestro león Folkung. Y si nada de esto fuese suficiente, te habría mirado a los ojos. Tienes los hermosos ojos castaños de tu madre.

—Mañana me convertiré en vuestro hijo legítimo —respondió Magnus con repentina emoción.

—Tú siempre has sido mi hijo legítimo —repuso Arn—. Tal vez fue un pecado el que tu madre Cecilia y yo cometimos al engendrarte demasiado pronto. Nuestra boda tardaba en llegar porque a mi amigo Knut no le fue tan fácil ser rey como había pensado en un primer momento, y había prometido asistir a nuestra boda siendo rey. Grande era el amor de tu madre y el mío, grande era también nuestro deseo, y cometimos un pecado que no somos los únicos en cometer. Pero grande o no, ambos lo hemos expiado con duras penitencias, nos hemos purificado. Y mañana beberemos la cerveza de matrimonio que fue planeada hace más de veinte años. Pero no será entonces cuando te convertirás en mi hijo, y yo tampoco me convertiré mañana en marido de Cecilia. Siempre he sido suyo y tú siempre has sido mi hijo, cada día lo

fuisteis en mis plegarias durante una larga guerra.

Magnus permaneció en silencio y pensativo durante un rato, como si se sintiese inseguro de la dirección en la que debería seguir dando tumbos en la conversación. Le asaltaban muchos pensamientos a la vez.

—¿Creéis que el rey acudirá a vuestra boda, como prometió? —preguntó de repente, como si con ello se librase de pasar a temas de conversación más delicados.

—No, no lo hará —dijo Arn—. Birger Brosa no vendrá, eso lo sabemos, y creo que el rey tiene pocas ganas de ofender a su canciller. Y por lo que se refiere a la promesa de un rey, he llegado a aprender que existe cierta diferencia entre lo que se dice antes y después de que la corona quede colocada en su sitio. Sin embargo, todo se ha arreglado con inteligencia de tal manera que esté aquí el príncipe Erik, honrándonos así tanto con la presencia de los Erik como de la corona.

—Pero el príncipe Erik está aquí porque es mi amigo —objetó Magnus Månesköld sin reflexionar.

—Me alegra que esté aquí y me alegra que sea tu amigo —señaló Arn—. Pero ante todo es un príncipe real y nuestro próximo rey. De esta manera, mi amigo Knut resuelve su dificultad. Está aquí como me prometió. No está aquí como seguramente ha prometido a Birger Brosa. Así es como actúa un amigo sabio cuando es rey.

—¿Habrá pronto guerra? —preguntó Magnus, como empujado por una repentina inspiración o tal vez porque era ahora la cerveza la que guiaba su conversación en lugar del decoro.

—No —dijo Arn—. No en mucho tiempo, pero de eso hablaremos más adelante, en otra ocasión, cuando no hayamos bebido tanta cerveza.

Como si las palabras de Arn acerca de la cerveza hubiesen recordado a Magnus la fuerza de la naturaleza, se disculpó y se alejó para desahogarse hacia la noche sobre unas piernas un tanto inestables. Llegaron sirvientes con antorchas y más carne asada.

Un poco más tarde, el hermano Guilbert y Arn se quedaron allí sentados solos, cada uno con su copa de vino y rodeados por cánticos y ruido por todas partes.

Arn se burlaba de la última flecha del hermano Guilbert diciendo que, si uno piensa tanto antes de disparar, ya no hay nada que hacer. Entonces uno lo desea demasiado. Y si uno lo desea demasiado, utiliza también demasiadas fuerzas y eso el hermano Guilbert debería saberlo mejor que nadie.

Sí, puede que sea cierto, admitió el hermano Guilbert. Pero él había disparado para ganar. O al menos para hacerlo lo mejor que podía para que nadie pensase que le regalaba la victoria a Arn. A pesar de todo habían sido los Poderes Superiores quienes habían guiado la flecha.

—*Deus vult!* —bromeó Arn, alzando el puño como en el saludo de los templarios.

El hermano Guilbert accedió de inmediato a participar en la broma y golpeó su puño contra el puño alzado de Arn.

—Tal vez podamos volver a competir, pero contra blancos más difíciles que se muevan y a caballo —propuso Arn.

—¡De eso nada! —respondió el hermano Guilbert con firmeza—. Lo único que quieres es poner a tu viejo profesor en su sitio. ¡Antes te doy una nueva paliza con el garrote!

Y ambos se rieron complacidos aunque ninguno de los jóvenes les prestaba ya ni tanta ni tan reverente atención, tal vez porque no comprendían la conversación. El hermano Guilbert y Arn habían pasado a hablar en franco, impelidos por la fuerza de la vieja costumbre.

—Dime una cosa, hermano —dijo Arn, pensativo—. ¿Cuántos templarios serían necesarios para dominar las dos tierras de Gota y la tierra de Svea?

—Trescientos —respondió el hermano Guilbert tras una breve reflexión—. Durante mucho tiempo, trescientos fueron suficientes para conservar Tierra Santa. Este reino es más grande, pero a cambio aquí no existe la caballería. Trescientos caballeros y tres fortalezas y habríamos pacificado toda la zona. ¡Ajá! ¡De modo que eso es lo que tienes en mente! Así que ahora mismo estoy construyendo la primera fortaleza con nuestros amigos sarracenos. ¡Divina ironía! Por cierto, ¿no te preocupa que los amigos sarracenos puedan traer problemas? Quiero decir que, tarde o temprano, estos bárbaros nórdicos comprenderán qué tipo de extranjeros son los que rezan cinco veces al día y además de una forma bastante indiscreta, si debo expresarme con delicadeza.

—Son muchas cosas a la vez —dijo Arn con un suspiro—. Sí, más o menos lo que estaba pensando es que, si formo una caballería que realice los mismos ejercicios que nosotros los templarios, lograremos la paz. Es cierto que hará falta más de una fortaleza. Y por lo que se refiere a los sarracenos, mi intención es que primero demuestren lo que valen y luego la gente ya elegirá entre la validez probada y sus propias falsedades acerca de lo que son los sarracenos.

—Esto último podría ser un juego peligroso —repuso el hermano Guilbert, pensativo—. Tú y yo conocemos la verdad sobre los sarracenos. Para eso existe una explicación. ¿Pero no crees que cualquiera de los obispos ignorantes y primitivos de este país caería muerto asfixiado por un trozo de tocino en el mismo momento en que comprendiese la verdad sobre tus constructores de castillos? Y en cuanto a construir la paz con una fuerza abrumadora como la que tienes en mente, está bien pero a la vez mal.

—Sé lo que está bien, pero ¿en qué sentido está mal? —inquirió Arn con premura.

—Está mal porque los nórdicos no comprenden lo que es la caballería de los nuevos tiempos y hasta qué punto es invencible. Y si creas ese poder, para lograr la paz tendrás que demostrarlo primero. Eso significa que en cualquier caso habrá guerra.

—He reflexionado mucho sobre eso, precisamente eso —admitió Arn—. Sólo tengo una respuesta y es que espero necesitar una lección poco severa. ¿Recuerdas nuestra regla de oro en la Orden del Temple?

—*Cuando alces tu espada, no pienses en quien vas a matar. Piensa en quien vas a salvar* —respondió el hermano Guilbert en latín.

—Exacto —dijo Arn—. Exacto. ¡Que ésa sea la voluntad de Dios!

# VI

Por el camino del cortejo nupcial, iban y venían los caballos pesados, galopando con un estruendo que salía de los cascos. El sol se reflejaba en las largas alabardas y por todas partes se oía el fragor y el tintineo de las armas y las palabras excitadas de los soldados. Algunos jinetes llevaban el símbolo del rey, pero la mayoría eran Folkung procedentes de fincas y pueblos muy lejanos. Mil hombres armados protegerían a la novia en su viaje. Desde el principio de la paz no se habían visto tantos guerreros y era casi como en los viejos tiempos, cuando el rey había llamado a la guerra.

Desde los pueblos de la zona de Skara, la gente había salido de sus casas ya pronto por la mañana y se había colocado a lo largo de todo el camino desde Husaby hasta la iglesia de Forshem. Unos descansaban con cerveza y carne salada, otros buscaban a vecinos que no habían visto en mucho tiempo, mientras los niños corrían y jugaban. Todo el mundo había ido a ver a la novia cabalgar hasta Forshem. Pero antes ya se habían visto cortejos nupciales, y esta vez la mayoría esperaba ver algo más. Se habían visto presagios en forma de cuatro soles y corrían rumores de ataques malignos que acechaban a la novia. Se trataba de los peligros de las fuerzas oscuras que amenazaban a todas las novias: que sería raptada por Näcken, el espíritu acuático de los bosques, o petrificada por las dríades o envenenada por los trolls. Otras amenazas más terrenales eran que habría guerra y maldición para el país, tanto si la novia esa noche llegaba viva bajo el edredón nupcial como si la mataban o la raptaban los espíritus de la montaña. Entre los mayores y los más sabios se insinuaba que esa boda tenía mucho que ver con la lucha por el poder en el país.

Pasara lo que pasara durante ese cortejo nupcial, sería un espectáculo por el que valdría la pena esperar varias horas.

A la hora señalada, cuando el sol estaba en su cénit, los tres padrinos habían sacado a Cecilia al patio, Pål, Algot y el joven Sture, quien esa misma mañana había regresado de Arnäs con una fuerte resaca, pero de muy buen humor contaba muchas cosas sobre los torneos de los mozos con los mejores arqueros del país.



Los tres hermanos lucían sus mejores mantos verdes del linaje de Pål, pero se veían desteñidos y sencillos en comparación con el de Cecilia. En el patio estaba la mesa de la novia con cinco bolsitas de cuero llenas de tierra de las cinco fincas y un baúl pesado que era la dote que recogería el encargado de acompañar a la novia. Al lado estaba el regalo de Cecilia para el novio: el manto azul de los Folkung doblado que nadie había visto aún. Los siervos de los establos aguantaban los caballos almohazados y adornados para la fiesta y las seis doncellas vestidas de blanco aguantaban el lino largo de la novia entre sus manos. A Cecilia no la vestirían con el lino hasta justo antes de que llegase el encargado de recoger a la novia.

Allí estaban esperando pero no sucedía nada.

—Tal vez el señor Eskil bebió demasiada de su buena cerveza —dijo el joven Sture descaradamente. Él y todos los demás estaban seguros de que Eskil sería quien iría a buscar a la novia, puesto que el anciano señor Magnus estaba indispuesto.

Estuvieron una hora al sol sin darse por vencidos, puesto que eso traería mala suerte. Al principio Cecilia temía que algo malo hubiese ocurrido; luego su temor fue convirtiéndose en una ligera ira porque Eskil la hiciese quedar así. «Es tan astuto en los negocios como despreocupado por el bienestar de los demás», pensó Cecilia.

Sin embargo, pronto se daría cuenta de que el culpable del retraso no era Eskil.

Desde lejos, donde la carretera torcía cerca del puente sobre el riachuelo, se oían gritos de la gente que estaba esperando. No sonaban asustados o preocupados, sino más bien gritaban de júbilo.

La excitación de Cecilia y de los tres hermanos de Pål iba en aumento y tenían la mirada clavada en el recodo del camino donde aparecería el encargado de recoger a la novia.

Lo primero que vieron fue un jinete que llevaba el símbolo del rey. Luego seguía una procesión con muchas puntas de lanza brillando al sol.

—Si es éste el que nos ha hecho esperar, le está todo perdonado —jadeó Pål Jönsson, atónito, haciendo señas a las doncellas para que acudieran con el lino blanco y con ello cubrirle el pelo, la cara y casi todo el cuerpo a Cecilia.

Y así se quedó, totalmente quieta y estirada cuando los jinetes reales entraron con un ruido atronador en el patio y se colocaron en un círculo amplio, espadas en mano y los caballos mirando hacia afuera. En el gran vacío formado, el rey y la reina entraron cabalgando, ambos vestidos con armiño y corona, y detuvieron sus caballos a diez pasos de la expectante Cecilia y de sus tres hermanos.

Dado que el lino cubría la cara de Cecilia, nadie podía ver sus ojos. Por eso no podía mirar a los ojos de la reina, su más querida amiga, pero inclinó ligeramente la cabeza cuando Cecilia Blanka le sonrió a sabiendas de que Cecilia Rosa no esperaba su presencia allí.

El rey alzó su mano en señal de silencio ante su saludo.

—Hace muchos años, nos, Knut Eriksson, rey de los svear y los godos, prometimos que os acompañaríamos a ti, Cecilia, y a nuestro amigo Arn Magnusson

en la cerveza nupcial. Las promesas no deben romperse, especialmente las promesas de un rey. ¡Aquí estamos, por consiguiente, y pedimos disculpas por haber tardado más de lo que pensábamos en cumplir esa promesa!

Después de estas palabras, el rey desmontó, se acercó y saludó por orden a los tres hermanos Pål. Todos lo saludaron del mismo modo, doblando rápidamente una rodilla hacia el suelo. Raras veces se comportaban así unos padrinos al entregar a la novia. Pero más raro aún era que el que iba a buscarla fuese el mismísimo rey.

El rey sólo inclinó brevemente la cabeza ante Cecilia, no la tocó, puesto que eso podría atraer mala fortuna para ambos.

Mandaron a los hombres del séquito del rey a cargar la dote y el regalo para el novio en un carruaje adornado con ramas y tirado por dos alazanes vivaces en lugar de bueyes. Los siervos llevaron los caballos para la comitiva nupcial y montaron. Colocaron un taburete para Cecilia, ya que montaba con el vestido y el velo de novia y no podía evitar la silla femenina de montar, la que normalmente encontraba tan detestable.

Y así salieron de la casa real de Husaby, con el rey y la reina al frente, luego la novia y tras ella los tres hermanos del linaje de Pål. La guardia real acudió a ambos lados y unos jinetes se adelantaron al galope para abrir paso y apartar del camino a todos los curiosos que estaban demasiado cerca. El eco de los gritos de los capitanes retumbaba y los siervos de Husaby corearon el trino, que era su habitual saludo de felicidad.

Una comitiva nupcial tan espléndida como la que ahora bajaba por las laderas desde Husaby hacia Forshem bajo el sol veraniego no se había visto en el reino desde que el rey Knut, muchos años antes, había llegado al convento de Gudhem en busca de su novia. Pero aquella vez no habían ido tantos granjeros para ver la esplendorosa pompa. Y esta vez incluso se había acercado mucha gente de la ciudad de Skara. Las personas de la urbe eran fáciles de reconocer, dado que se vestían como mujeres, con plumas en el sombrero, y hablaban por la nariz aun siendo hombres.

Las bendiciones le llovían a la novia procedentes de todas partes, palabras de buena suerte y ramitas de abedul. A veces la cubrían tantas ramas de abedul, que Cecilia llegó a pensar de manera impía que pronto tendría el aspecto de una ninfa del bosque.

Al acercarse a Forshem fueron un poco más despacio y unos jinetes veloces se adelantaron para informarse, de manera que las dos comitivas llegasen a la iglesia al mismo tiempo.

Desde lejos, Cecilia vio que muchísima gente se había reunido delante de la iglesia, y que había más colores rojos que azules. Pero como el rey y la reina, que iban justo delante de ella, también debieron de haber notado el color de los Sverker sin preocuparse lo más mínimo, Cecilia se santiguó rápidamente y pensó que no debía de existir ningún peligro.

Cuando se acercaron más entendió el porqué de todo el color rojo. En la puerta de

la iglesia, el arzobispo los estaba esperando, y los hombres de su guardia eran casi todos del linaje de Sverker.

Desde Arnäs se iba acercando la comitiva del novio. Al frente cabalgaba el mayor de los guardias Folkung, que había llegado desde Algaras por el honor de llevar el león de los Folkung. Detrás de él iban el señor Eskil y Arn, uno al lado del otro, ambos vestidos de guerreros, lo cual le sentaba mejor a Arn que a su hermano mayor. Arn llevaba ramitas de serbal sobre él y sobre su caballo, puesto que a él también le habían llovido los deseos de buena suerte por el camino, como había pasado con Cecilia. Detrás de Arn iban sus padrinos y entre ellos un monje cisterciense con su hábito blanco y la capucha en forma de cucurucho sobre la cabeza.

Todo estaba preparado para suceder en el orden que mandaba la tradición. Delante de la iglesia, la novia bajó de su caballo con la ayuda de sus padrinos. La guardia del rey, de los Folkung y del arzobispo formaron un círculo de escudos y lanzas alrededor de la puerta de la iglesia, donde el arzobispo presidía en todo su esplendor con dos capellanes vestidos de negro a cada lado y el manto blanco le cubría el pecho y la espalda.

Llevaron a la novia y ésta inclinó brevemente la cabeza ante el arzobispo, pero tampoco lo tocó, y sus tres padrinos cayeron de rodillas y besaron el anillo arzobispal.

Arn y sus acompañantes habían permanecido un poco apartados y ahora se acercaron para saludar al arzobispo. Arn también besó el anillo del arzobispo.

Luego vino un momento muy emocionante cuando Arn y Cecilia se encontraron el uno frente a la otra delante del arzobispo y Cecilia lentamente se quitó el velo de lino y descubrió su cara. Ella lo había visto a través de la tela, él no la veía hasta aquel momento, tal y como estaba escrito.

Ahora tocaba el intercambio de los regalos. Erik se acercó a Arn y, con una profunda inclinación, honor inesperado que hizo murmurar a muchos, entregó un cinturón costoso de pesados eslabones de oro con una piedra verde en cada eslabón. Arn ató el cinturón alrededor de Cecilia con un poco de torpeza que despertó la simpatía de la gente, y luego Cecilia empezó a dar vueltas con los brazos estirados para que todo el mundo pudiese ver el oro reluciente que le colgaba de las caderas y en línea recta hacia su regazo.

Pål Jönsson llevó el regalo nupcial de Cecilia, que evidentemente era un manto azul doblado. Eskil estaba al tanto y rápidamente le quitó a su hermano el manto que llevaba, pero antes le sacó la pesada hebilla de plata que lo cerraba en el cuello. Lenta y ceremoniosamente, Cecilia desdobló su regalo. Pronto se oyeron gritos de admiración y sobrecogimiento en la muchedumbre detrás de los guardias, donde la gente estiraba los cuellos para mirar. Jamás se había visto un manto azul tan hermoso y el león de la espalda brillaba como si fuera de oro puro, al igual que las tres corrientes de plata, y en las fauces del león relucía el color rojo. Entre Eskil y Cecilia pusieron el manto sobre los hombros de Arn.

Luego éste hizo como Cecilia, dio una vuelta entera, abriendo el manto con los brazos estirados para que todo el mundo pudiese verlo de nuevo y se oyeron voces de admiración.

El arzobispo alzó su bastón para pedir silencio y se enojó ligeramente cuando la gente no calló de inmediato, algo que no era causado por falta de devoción, sino más bien por la emoción de los comentarios sobre los costosos regalos nupciales.

—En el nombre del Padre, del Hijo y de la Santa Virgen —gritó el arzobispo, y la muchedumbre se calló—. Te bendigo a ti, Arn Magnusson, y a ti, Cecilia Algotsdotter, al entrar en el matrimonio instituido por el Señor. Que la felicidad, la paz y el bienestar os acompañen hasta que la muerte os separe, y que esta unión, instituida por Dios, contribuya a la paz y la concordia en nuestro reino. Amén.

Luego, uno de los capellanes le entregó un cuenco de plata y con el agua bendita rozó la frente, los hombros y el corazón de Cecilia y después hizo lo mismo con Arn.

El arzobispo habría querido que en ese momento Arn y Cecilia se abrazasen en señal de haber contraído matrimonio, pero a pesar de haber entendido el significado oculto de la bendición, de que ahora y no más tarde era el momento en que se convertían en esposos, ninguno de los dos tenía ganas de participar en ese juego. Ante los familiares y ante la ley no serían esposos hasta que hubiesen sido acompañados al lecho nupcial. Y si fuese necesario elegir entre el afán del arzobispo de hacer valer la autoridad de la Iglesia o la convicción de los familiares de no cambiar las viejas tradiciones y costumbres, los dos coincidieron en que no era el momento de entablar una lucha de esa índole. Sólo hizo falta una mirada entre ambos para estar de acuerdo acerca de cómo actuar.

Un poco disgustado porque los dos, al parecer, no entendieron lo que tan claramente había insinuado en su bendición, el arzobispo dio media vuelta y entró en la iglesia para empezar la misa.

Detrás de él iban el rey y la reina, los novios, sus padrinos, doncellas y familiares, tantos como cabían en la pequeña iglesia.

La intención era leer una misa breve, ya que el arzobispo sabía muy bien que la gente se mostraba más impaciente por la sed de cerveza de la fiesta que por la sed de su Dios. Sin embargo, tuvo una ayuda inesperada de los propios novios al entonar los cánticos, al igual que del monje cisterciense que había llegado con la comitiva de Arn Magnusson. En los cánticos finales, los tres se encargaron de cantar a tres voces, tan emocionados que la pareja tenía lágrimas en los ojos; la novia cantó en la tesitura de soprano, y la profunda voz del monje formó la tercera voz.

El arzobispo paseó la mirada por encima de la complacida congregación que al parecer había olvidado las prisas por dejar la casa de Dios para llegar a la cerveza y los placeres del convite. Su mirada se posó sobre Arn Magnusson, que al contrario que el resto de los hombres, todavía llevaba la espada al cinto. Primero se asustó, como si eso fuera de mal augurio. Aunque no pudo hallar ni rastro de maldad en los ojos de ese hombre que cantaba como el mejor de los cantores de iglesia y con una

fervorosa devoción. El arzobispo se santiguó rápidamente con una oración por el perdón de sus malos pensamientos y de su ignorancia, cuando recordó que el novio era, en efecto, un caballero del Temple, por muy vestido de azul que fuese, y que un templario era como un hombre de la Iglesia y que la espada en la negra vaina con la cruz dorada era una espada bendecida por la Madre de Dios y la única arma que podía llevarse en una iglesia.

Y decidió tener una relación cordial con Arn Magnusson, porque un hombre de Dios comprendería más fácilmente lo que haría falta para mejorar ese reino en el que gobernaban individuos toscos como el rey Knut y Birger Brosa. Sabio sería tener a Arn Magnusson de su lado en las luchas inminentes entre el poder eclesiástico y el poder temporal. Sobre esos asuntos, seguramente ese templario sabría mucho más que cualquiera de sus ambiciosos amigos.

Las elucubraciones del arzobispo que comenzaron entre malos pensamientos y celos se fueron convirtiendo por consiguiente en una fe esperanzada en el futuro conforme los tres cantores magistrales interpretaban los cánticos del Señor.

La comitiva nupcial sólo tardó un poco más de una hora en llegar a Arnäs, dado que la cantidad de espectadores había disminuido después de la bendición eclesiástica. Ya no existía peligro para la novia, puesto que lo peor había pasado y no se sospechaba de ninguna amenaza seria contra su vida. Todos los guerreros se habían reagrupado y mantuvieron el corto camino hasta Arnäs bajo una vigilancia férrea.

Al frente de la comitiva, después de los dos jinetes con los escudos con las armas del rey y de los Folkung, iban Arn y Cecilia, uno junto al otro hasta Arnäs. En realidad, no era ésa la tradición, pero ese día sucedieron muchas cosas que se salían de lo común. Nadie había oído hablar de un rey que recogiera a la novia; una idea igual de descabellada que unos novios cantores que incluso superaban a la gente del arzobispo. Un huésped no podía adelantarse al anfitrión de la casa, pero ¿y si el huésped era el rey y llevaba la reina a su lado? Realmente esa boda le había dado la vuelta a muchas cosas.

En el interior de los muros de Arnäs se veían multitud de colores, con un esplendor que era más de lo que el ojo humano podía soportar. Alrededor de los tenderetes de cerveza se mezclaban los mantos de color rojo sangre de los Sverker con los azules de los Erik y los Folkung. Pero también se veían muchas vestimentas extranjeras de varios colores llevadas por los huéspedes que se habían vestido así por vanidad y soberbia, cosa que a menudo ocurría en casa del rey, o las que llevaban los francos que había traído Arn Magnusson, demasiado refinados como para beber cerveza y cuyo lenguaje era totalmente incomprensible. Los tambores redoblaban y la música de los flautistas se oía por doquier, los juglares lanzaban antorchas que daban vueltas por el aire y que siempre recogían correctamente y había cantores subidos en un tablado cantando leyendas francas. El arzobispo entró en la propiedad transportado en palanquín, pero de vez en cuando alargaba la mano para repartir

bendiciones a diestro y siniestro.

De nuevo Arn y Cecilia tuvieron que separarse, puesto que Cecilia debía subirse a un palco alto para la novia, adornado con ramas y hojas y colocado en el patio, y Arn, de igual modo, tenía que sentarse en una similar torre de madera con sus padrinos. Eskil lo había decidido de ese modo para que todos pudiesen ver a los novios, dado que solamente la mitad de los huéspedes cabrían más tarde en la sala grande. Si no, para todos los que tendrían que celebrar la fiesta, comer y beber en el patio, habría sido decepcionante ser relegados a un lugar inferior sin haber visto siquiera a los novios. Un sitial parecido se había elevado también para el arzobispo, el rey y el anfitrión de la casa.

El hermano Guilbert se subió con facilidad entre los andamios de madera y se sentó al lado de Arn y al mismo tiempo llamó a los músicos francos con sus laúdes y a los cantores para que se acercasen y repitiesen las últimas canciones. Animados porque había gente que entendía también el texto de las canciones y no sólo la música, obedecieron en seguida. Tanto Arn como el hermano Guilbert sonrieron mirándose al reconocer los primeros versos. El hermano Guilbert incluso parecía saber cantar algunos versos, aunque ese tipo de canciones le estaban prohibidas.

La canción trataba del caballero Roldán, quien viendo próxima la muerte intentó romper en vano su espada Durindana para que no cayese en manos del enemigo, ya que la empuñadura contenía reliquias sagradas, un diente de san Pablo, sangre de san Basilio y un hilo de la falda que la Madre de Dios había llevado. Pero la espada no se rompía por mucho que el moribundo Roldán lo intentase, y los ángeles del Señor se apiadaron del héroe y elevaron la espada hasta el cielo y Roldán pudo dejarse caer a la sombra de un pino con el olifante, el cuerno de lucha, a su lado y giró la cabeza hacia el país de los infieles para que el rey Carlomagno no encontrase a su héroe muerto como un cobarde. Y confesó sus pecados y estiró la mano derecha con el guantelete hacia Dios. Entonces san Gabriel bajó y lo recogió y llevó el alma de Roldán hasta el cielo.

Tanto Arn como el hermano Guilbert se emocionaron con la canción, ya que no les costaba imaginarse todo lo que se cantaba como si lo hubiesen vivido en carne propia. Habían oído muchas narraciones sobre caballeros cristianos que en Tierra Santa habían roto sus espadas y se habían echado al suelo para esperar la muerte mientras encomendaban sus almas a Dios.

Cuando los dos trovadores provenzales descubrieron que tenían espectadores que realmente se conmovían por el texto, se colocaron tan cerca del hermano y de Arn como pudieron y cantaron verso tras verso como si no fuesen a acabar nunca. La canción del caballero Roldán no era corta.

Arn, quien no entendió que debería pagar algo de plata para que se callaran, se extrañó de que no dejaran de cantar y les gritó en franco que se lo agradecía mucho pero que ya estaba bien. Los trovadores se fueron desilusionados en busca de un nuevo público.

—Deberías haberles pagado algo —explicó el hermano Guilbert.

—Es posible —repuso Arn—. No llevo plata encima, igual que tú, tendré que recordar eso para más tarde. Todavía queda demasiado de monje en mí y no es tan fácil desacostumbrarse.

—Pues te urge, puesto que la noche de bodas está al caer —bromeó el hermano Guilbert, pero se arrepintió en seguida al ver cómo Arn empalidecía ante esa observación tan sencilla.

Por fin sonaron los cuernos para que comenzara el verdadero festín y la mitad de los invitados empezaron a caminar hacia la puerta de la sala grande, mientras la otra mitad se quedaba en el patio sin saber exactamente cómo comportarse para no parecer ofendidos por no estar entre los cien más cercanos. Sólo los Sverker, que se reunieron aparte y formaron como una mancha de sangre roja en medio del patio, mostraron un abierto malestar, puesto que entre los que iban entrando a la sala grande se veían pocos mantos rojos y todos eran de mujeres.

El más hermoso de esos mantos rojos pertenecía a Ulvhilde Emundsdotter, la más estimada amiga de las dos Cecilias, desde la época lúgubre del convento de Gudhem. La amistad entre las tres señoras era singularmente fuerte, aunque entre ellas había deudas de sangre. Arn, el futuro esposo de Cecilia Rosa, había sido quien una vez le había cortado la mano a Emund, el padre de Ulvhilde. El marido de Cecilia Blanka, Knut, era quien lo había matado después de una traicionera negociación.

Las tres entraron juntas las primeras. La reina Blanka ya sabía cómo y dónde estarían sentadas durante la noche, las tres juntas arriba, en el palco de la novia, con las seis doncellas abajo.

Los fuegos flameaban desde todos los rincones, aunque la noche era clara en esta época del año, después del solsticio. Por encima del sitial, en medio de la pared larga, habían colgado una gran tela azul con un león Folkung de los antepasados algo desteñido y, a cada lado del sitial, la servidumbre había colgado los dos blancos del tiro al arco de la noche de los mozos y lo primero que se veía al entrar eran dos negros grifos de Sverker atravesados por flechas. Alrededor de las flechas, en uno de los objetivos, colgaba una corona de oro para que todos pudiesen ver con sus propios ojos lo que los rumores ya estaban cantando. El mismísimo novio había disparado diez flechas tan cerca la una de la otra que una corona podía rodearlas a todas, y eso desde cincuenta pasos de distancia.

Ulvhilde fue la primera en darse cuenta. Al sentarse con las Cecilias arriba en el palco de la novia refunfuñó diciendo que obviamente era una suerte no haber sido invitada durante el día anterior, puesto que habría tenido que guardar su espalda de ser atravesada por las flechas. En medio de su manto rojo llevaba la cabeza de un grifo negro bordada con miles de hilos de seda, esas labores que las tres amigas habían sido las primeras en bordar tan hermosamente durante su época en Gudhem, durante la cautividad bajo la madre Rikissa.

Cecilia Blanka era de la opinión de que un insulto no tenía más importancia de la

que una misma quería darle, y de que Ulvhilde debería mandar poner en su casa de Ulfshem el objetivo para las flechas de un león para la próxima fiesta de tiro. Así los graciosos catarían su propia broma.

El palco del novio estaba colocado al otro lado de la primera mesa larga y en medio de la mesa estaba el sitial. Allí se sentaron Eskil y Erika Joarsdotter, flanqueando al arzobispo. El rey había decidido sentarse al lado del novio, y la reina junto a la novia. Jamás se había visto tal honor en el reino de los Erik y los Folkung.

Pero cuando todos estuvieron sentados, Erika Joarsdotter dejó su sitio y se dirigió hacia la puerta, donde se quedó un rato, mientras los murmullos y los susurros iban en aumento, ya que los invitados comprendieron que algo raro ocurría. Sin embargo, tanto más grande fue la alegría por la sorpresa que siguió. El anciano señor Magnus entró en la sala al lado de la señora Erika, y caminó lentamente pero con gran dignidad hasta el sitial, donde se sentó junto al arzobispo y a Erika. La servidumbre trajo un cuerno de los ancestros con aplicaciones en plata y lo entregó al señor Magnus, quien se levantó firme sobre ambas piernas y alzó el cuerno. Se hizo un silencio de inmediato, lleno de emoción y sorpresa, todo el mundo creía saber que el señor Magnus llevaba años impedido, esperando que la muerte se lo llevara.

—¡A pocos hombres se les ha concedido la alegría que a mí me han dado hoy! —dijo el señor Magnus en voz alta y clara—. Brindo con vosotros, amigos y parientes míos, porque me han devuelto a mi hijo de Tierra Santa y he ganado una hija para mi casa, porque se me ha concedido la gracia de volver a tener salud y la alegría de ver a parientes y amigos, juntos, en paz y concordia en mi casa. ¡Ninguno de mis ancestros jamás tuvo mejor motivo para alzar esta copa!

El señor Magnusapuró la copa sin derramar ni una sola gota, aunque los que estaban más cerca notaron que hacia el final le temblaba la mano del esfuerzo.

Hubo un breve silencio cuando Magnus se hubo sentado y entregado a su hijo Eskil el cuerno de los ancestros, a lo que siguió una gran aclamación que fue creciendo hasta convertirse en un poderoso estruendo cuando cien invitados golpeaban con sus puños contra las mesas. Poco después se oyeron flautas y tambores y unos sirvientes vestidos de blanco entraron con la comida, mientras unos simpáticos juglares los precedían tocando sus instrumentos y haciendo graciosas bufonadas.

—Gracias a la carne, los juglares y la cerveza, nos libramos de tanto mirón —dijo la reina Blanka y alzó su copa de vino hacia Cecilia y Ulvhilde—. ¡Pues claro que hay razones para mirarnos, ya que no estamos nada mal aquí arriba, con nuestros colores verde, rojo y azul!

Bebieron sin miramientos, ya que tanto Ulvhilde y Cecilia se pusieron a reír por la manera tan ligera de su amiga de despachar la molestia de los mirones, que ya llevaban un rato susurrando y señalando.

—Pues si quieren ver un manto rojo aquí dentro, no somos tantos, ¿verdad? —dijo Ulvhilde haciéndose la ofendida al bajar la copa.

—No te hagas la interesante, querida amiga —repuso la reina Blanka—. No



tienes tan mala pinta honrada aquí junto a la reina y la novia, y por suerte estás sentada encima de aquel gallo negro.

—¡Y tú encima de esas tres coronas! —resopló Ulvhilde continuando con el juego.

El ruido de los invitados sentados debajo de las tres amigas iba tan en aumento que estaban seguras de que lo que comentasen no lo oiría nadie más. La reina Blanka era de la opinión de que ya era hora de explicarlo todo, mientras todavía tuviesen las mentes claras, porque no tardarían en beber demasiado.

La reina continuó diciendo que lo más importante era explicar sin demora el significado de todo ese espectáculo, además de ser una alegre fiesta nupcial. Tenían mucho de que alegrarse, más de lo que jamás hubieran soñado cuando las tres vivían como prisioneras en Gudhem. Qué habría pasado si, en el momento de mayor y más terrible desesperación, pudiesen haberse visto como ahora, las tres juntas, dos bien casadas y la tercera en su propia cerveza nupcial. En verdad eso era más de lo que sus mentes podían asimilar, pero tendrían el resto de sus vidas para hablar de esa indescriptible alegría y de esa gracia inconcebible. En esos momentos, la reina debería hablar de lo imprescindible, ya que en breve no les quedaría tiempo para ello.

Por consiguiente, así estaban las cosas. Casi todos los hombres con poder en el reino se encontraban en la sala, todos excepto Birger Brosa y algunos de la panda del obispo. Al lado de Arn, a lo lejos, en la otra parte de la sala, brillaban las coronas tanto del rey como del príncipe. La reina estaba sentada con la novia, y en el sitial, el arzobispo.

Mucho había tenido que luchar para asistir a esa boda, y el rey había gruñido y protestado diciendo que por nada del mundo quería ofender a su canciller Birger Brosa. Y ahora el que estaba de mal humor era Birger Brosa, solo con Brígida en la casa de Bjälbo. No era lo mejor, pero era lo menos malo. La intención era mostrar que el reino estaba en concordia, que los Erik y los Folkung estaban codo con codo. Más que eso no se podía hacer.

—Pero, querida, dijiste que era como un sueño hermoso que las tres pudiésemos estar sentadas juntas de esta manera. ¿Quieres decir que no estás aquí por nuestra amistad sino por las exigencias del poder? —objetó Cecilia Rosa, súbitamente mortificada.

—¡Sí, sí, sí! —respondió la reina—. Pero tienes que ver las dos cosas. ¡Es la otra cara de la moneda, aparte de la amistad entre tú, Ulvhilde y yo, lo que intento explicarte! Nadie podrá decir que el rey hizo maniobras arteras para evitar esta boda, nadie podrá decir que estamos disgustados porque no estés en Riseberga con la cruz, la toca y los votos sagrados. Pero si, por el contrario, el rey hubiese impuesto su voluntad, habríamos parecido disgustados, porque entonces sólo habrían estado aquí el príncipe Erik, el arzobispo y la mitad de los invitados. Con la mitad de invitados, la sala habría estado poblada con los mantos rojos de los Sverker. Habría sido una boda con los Sverker y los Folkung, más que con los Erik y los Folkung. Pronto habrían

sido divulgados por doquier rumores de discordia. El rey y Arn habrían empezado a mirarse con recelo. Y Birger Brosa habría tenido agua para su molino... ¡Habría sido estúpido, pero a menudo los hombres lo son!

—Eres la única de nosotras que servía para reina —suspiró Ulvhilde—. Todo lo que dices sobre la lucha por el poder suena tan sensato al oírlo. Lo que no entiendo es cómo lo haces para llevar a tu Knut por donde quieres. A mí me es más fácil, porque yo soy la dueña de las fincas y de todo. ¿Pero qué haces tú?

—Paciencia, por un lado —respondió la reina Blanka con mirada alegre mientras apuraba su copa de vino y la entregaba a un siervo doméstico—. Y, por el otro, la vanidad masculina, que es el ariete que quiebra su inteligencia. Lo difícil es la paciencia, lo fácil la vanidad. Cuando le expliqué a mi querido Knut que él quedaría como el pacificador de esta boda, de la que tantas cosas malvadas se rumoreaban, y que lo estimarían como un rey noble que impedía a toda mano malvada lograr su cometido, lo hubiese mandado o no, entonces fue todo oídos. Puesto que esta cerveza nupcial no podía evitarse, sería mejor no ponerse de mal humor. Mejor si el rey, altruista, mantenía sus manos protectoras sobre todos nosotros. De ese modo actúa un hombre grande y amistoso y un buen rey. Finalmente le hice comprender eso.

—Aunque lo primero que veía era un Birger Brosa malhumorado y dos Cecilias que iban en contra de sus planes —apostilló Ulvhilde, riendo y pidiendo más vino también para ella.

—Se trata de decir las mismas cosas, pero cada vez con palabras diferentes. Y ahora estamos sentadas aquí, y no solamente para nuestro regocijo, sino también por el bien del reino —dijo la reina y juntó las manos complacida al ver el plato de madera lleno de capones colocados entre plumas negras y rojas que acababan de poner delante de ella. Ya en la salutación había advertido a Erika Joarsdotter que preferiría no ver tanta carne de cerdo en el palco de la novia y que sus dos amigas de convento probablemente tuviesen el mismo gusto.

Hicieron el primer brindis por la novia y Cecilia tuvo que levantarse, ruborizada e insegura, y beber un vaso entero de vino, del que derramó las últimas gotas sobre el lino blanco.

—Tendremos que pedir un poco de agua, porque creo que habrá bastantes brindis por la novia esta noche —susurró Ulvhilde.

La reina asintió decidida con la cabeza e hizo señas al sirviente, que tenía órdenes estrictas de no dejar de mirar a la reina durante toda la noche.

En la otra parte de la sala, arriba en el palco del novio, estaba Arn con el rey a un lado y Magnus Månesköld y el príncipe Erik al otro. Eso lo había decidido el mismo rey cuando le habían dicho que Magnus había sido el mejor en los juegos de lucha después de los dos templarios que, por supuesto, luchaban en otra categoría.

El rey Knut rodeaba los hombros de Arn con el brazo y explicaba largas historias de cómo había sufrido al no tener a Arn a su lado durante los años sangrientos antes de tener la corona bien afianzada encima de su cabeza. En esta vida no tenía mejor

amigo que Arn, porque Birger Brosa era más un padre sabio que un amigo, eso podía reconocerlo ahora que nadie los oía. No había dudado un instante en decidir que iría a la boda de su mejor amigo con todas las banderas y los jinetes que pudiese reunir. Como tampoco había dudado jamás de que este enlace nupcial tenía lugar porque era la voluntad de Dios y la gracia y recompensa de la Virgen por la larga fidelidad y la esperanza que jamás habían abandonado Arn y Cecilia. Entonces, ¿quién sería él, un pobre pecador, para oponerse a esa Voluntad?

Cecilia Rosa y la reina eran amigas del alma, por lo que la alegría era tanto mayor ahora que serían vecinos. Para los que vivían en Forsvik, la iglesia más cercana era la de Näs, y él y su reina honrarían Forsvik con sus visitas, al igual que albergaba la esperanza de que Arn y Cecilia Rosa fueran huéspedes asiduos en Näs por más motivos aparte de las misas.

Al principio de la noche, el rey repitió muchas de esas palabras endulzadas. Arn primero sintió alivio y alegría; había vivido tanto tiempo en un mundo donde la falsedad y la mentira estaban prohibidas que creía todo lo que le decían. Pero algo más tarde recordó la leyenda sarracena sobre el ignorante médico franco al que se le ocurrió untar con miel las profundas heridas de lanza.

Las personas tenían la idea de que la miel era lo contrario de las heridas y del dolor, como lo salado es lo contrario de lo dulce. Y puesto que la sal en las heridas era lo que más dolía, mucha gente creía en esa cura de la miel. También se decía que un chorro de miel por encima de un corte profundo al principio proporcionaba bastante alivio, pero que después de poco tiempo la herida empeoraba y se pudría fácilmente.

Todos los constructores sarracenos estaban sentados juntos a la otra mesa larga, cerca del palco del novio. Había sido decisión de Arn, porque quería que todos viesen que se los honraba por su trabajo. También le había indicado más de una vez a Erika Joarsdotter que sirviese agua en jarras de barro a esa mesa y que los sirvientes no llevasen carne de cerdo a esos forasteros. Además, quería estar muy cerca de sus constructores por si hubiese el más mínimo asomo de pelea.

Y ahora parecía que se entablaba una pelea allí abajo, aunque desde tan lejos era imposible averiguar el motivo. Con una mueca hacia Knut como si ya fuese hora de ir a aliviarse, de un brinco bajó desde el palco y se dirigió hacia la salida, fingiendo detenerse ante los sarracenos para que lo felicitasen. Eso hicieron también en cuanto estuvo delante de ellos y sus discusiones murieron de inmediato.

Vestido con la coqueta ropa franca que crujía bajo el manto, Arn se sintió ridículo ante los ojos de los sarracenos y ante los suyos propios. Aunque intentasen ocultarlo, a Arn le pareció ver una sonrisa en los labios de los constructores. De manera nórdica, más que del modo árabe, les preguntó sin rodeos el porqué de la discusión y le respondieron, vacilantes, que muchas de las dádivas de la mesa podían ser comida impura.

Quiso acabar con esa desavenencia antes de que se divulgase entre los

comensales el rumor sobre los francos que se negaban a comer carne de cerdo. Sólo había una manera inmediata de ganar el respeto y la obediencia de los sarracenos. Les habló sonriendo, como si leyese cualquier verso en un idioma extranjero, pero lo hizo en el idioma de su Dios.

—En el nombre de Dios misericordioso —empezó, y la conversación cesó de inmediato—. ¡Escuchad el primer verso del sura Al Maidah! «¡Creyentes! ¡Completad vuestros deberes según los acuerdos celebrados! La comida que os es permitida es la carne de todos los animales herbívoros». ¿O por qué no las palabras de Dios del sura Al Anam? «Comed de todo sobre lo que se ha pronunciado el nombre de Dios, si creéis en su mensaje. ¿Por qué no ibais a comer de lo que ha sido bendecido por el Señor después de saber lo que ha prohibido, si no fuese en una situación de necesidad? Mucha gente hace errar a otros por lo que ellos, en su ignorancia, creen correcto o incorrecto. Tu Señor sabe mejor quiénes infringen Sus mandamientos».

Arn no tuvo que hablar más, tampoco hubo necesidad de explicar lo obvio de esas palabras. Les sonrió, asintiendo con la cabeza para sí mismo, como si hubiese pronunciado unos versos mundanales para divertir a sus amigos y constructores de Tierra Santa. Volvió a su asiento con tranquilidad y el manto más hermoso de todos los mantos Folkung del país cosechó entonces más atención que el asunto de la lectura de versos del novio.

Durante el resto de la noche no se oyó ni una protesta más desde la mesa de los sarracenos.

Conforme el rey Knut iba emborrachándose, abandonó todo el dulce parloteo y desechó el asunto que le ocupaba la mente. Primero opinó que era de suma importancia que Arn hiciese las paces con Birger Brosa, su tío. Después mencionó que el próximo festín nupcial debería ser entre los Folkung, cuando Magnus Månesköld, el hijo de Arn, se metiera en el lecho nupcial con la hija de los Sverker, Ingrid Ylva, y cuanto antes mejor. Arn se atragantó de inmediato con el vino.

Cuando hubo recobrado el habla dijo:

—Aún no nos han tapado con la colcha nupcial a Cecilia y a mí y ya estás preparando la próxima boda. ¿Qué es lo que estás tramando?

—El vil arzobispo que allí ves quiere poner a un Sverker, más concretamente, a Sverker Karlsson de próximo rey del país —respondió Knut bajando la voz aunque nadie podía oírlos a causa del alboroto festivo.

—Primero, el poder está con los Erik y los Folkung —replicó Arn—. Y segundo, no entiendo cómo aplacaríamos al arzobispo casando a mi hijo con la hija de un Sverker.

—Tampoco es ésa la intención —respondió el rey—. Queremos evitar la guerra en la medida de lo posible. Lo que vimos durante los años de guerra aquí nadie en el reino querrá volver a vivirlo. No es al arzobispo y a sus amigos daneses a los que vamos a aplacar, es a los Sverker. Cuantos más lazos nupciales haya, más fácil será

mantener lejos la guerra.

—Así piensa Birger Brosa —asintió Arn.

—Sí, así es como piensa Birger Brosa, y su sabiduría no ha fallado durante más de veinte años. Sune Sverkersson Sik era el hermano del rey Karl. Si el arzobispo y sus amigos daneses entrasen en guerra contra nosotros, tendrían que llevar a Sune Sik con ellos. No bastaría con Sverker, el hijo del rey Karl, al que están cebando para ser rey allá abajo en Roskilde. Sune Sik lo pensaría más de una vez antes de desenvainar la espada contra su propio yerno Magnus Månesköld. ¡Ése es nuestro real deseo!

—Matamos al rey Karl en Visingsö. Su hijo Sverker se nos escapó a Dinamarca, pero ahora vamos a castigarlo con un festín nupcial y, por consiguiente, da igual que sea yo, tal y como lo habíais planeado primero tú y Birger Brosa, o que sea mi hijo Magnus el que se case con esa tal Ingrid Ylva, ¿verdad?

—Sí, así es.

—¿Y ya le has preguntado a Magnus lo que opina sobre su futura cerveza nupcial? —preguntó Arn quedamente. El rey sólo resopló ante esa pregunta y se dirigió a la servidumbre para que le sirvieran más carne salada y cerveza. El rey era conocido por comer enormes cantidades de carne salada de buey y preferir ésta a la carne fresca, puesto que la salada iba mejor con la cerveza.

Esa pregunta debería tener una pronta respuesta, dado que Magnus Månesköld estaba sentado a menos de un largo del brazo de Arn, conversando arduamente con el príncipe Erik sobre algo que, al parecer, trataba de lanzas y caza. O al menos eso imaginaba Arn cuando se inclinó y colocó su mano encima del brazo de su hijo, que en seguida interrumpió su conversación y se volvió.

—Tengo una pregunta para ti, hijo —dijo Arn—. Una pregunta que es sencilla de hacer pero tal vez sea más difícil de contestar. ¿Querrías celebrar una boda con Ingrid Ylva, la hija de Sune Sik?

Magnus Månesköld primero se quedó mudo y atónito por la pregunta. Pronto recobró la normalidad y dio una respuesta segura:

—Si ése es vuestro deseo, padre, y si además es la voluntad del rey, podéis estar seguros de que obedeceré sin demora —respondió con una leve inclinación de la cabeza.

—Mi intención no era ordenarte, sino preguntar por tu propia voluntad —repuso Arn con el ceño fruncido.

—Mi deseo es obedecer a mi padre y a mi rey en todo lo que esté en mi mano. Ir al lecho nupcial es una de las cosas más fáciles que me podáis pedir —contestó Magnus Månesköld tan rápidamente como si estuviera recitando una oración de memoria.

—Una boda de esa índole, ¿te haría feliz o infeliz? —insistió Arn para traspasar la curiosa disposición a subordinarse de su hijo.

—Infeliz no, padre —respondió Magnus—. A Ingrid Ylva sólo la he visto dos veces. Es una hermosa doncella con el talle delgado y con el pelo negro que llevan

muchas de las mujeres de los Sverker, al igual que la madre de mi propio padre, por lo que me han dicho. Su dote, a buen seguro, será importante y ella es de un linaje real. ¿Qué más podría pedir?

—Bastante más, si amases a otra tanto que rezases por su bien todas las noches y te despertases todas las mañanas con el anhelo de estar con ella —murmuró Arn con la mirada baja.

—Yo no soy como vos, padre —sonrió Magnus Månesköld dulcemente, con una mirada con más ternura y compasión que rebeldía ante esas curiosas preguntas que había contestado con una forzada amabilidad—. La leyenda del amor entre vos y mi madre es hermosa y se canta en los establos y en los mercados. Y el día de hoy no ha hecho disminuir el hermoso canto de fe, esperanza y amor. Honestamente, me alegra todo esto, pero yo no soy como vos, padre. Cuando yo vaya a mi boda, haré lo que me exija el honor, lo que me exijan mi linaje, mi padre y mi rey. Nunca he pensado en otra cosa.

Arn calló, asintió con la cabeza y se volvió hacia el rey de nuevo. Pero se detuvo antes de decir lo que había pensado primero, que la boda con Ingrid Ylva se podría arreglar en cuanto se pusieran de acuerdo con Sune Sik. Varias cosas lo hacían vacilar. Principalmente, la repentina comprensión de que él mismo sería quien recogería a la novia en esa celebración. Recogería a la hija del hombre cuyo hermano había sido asesinado y en el asesinato del cual había participado. Tal cosa requería reflexión y oraciones antes de precipitarse.

Apenas había pasado media fiesta cuando la breve oscuridad se impuso y llegó la hora del baile. Con los tamborileros y flautistas en frente, las seis doncellas vestidas de blanco se levantaron del palco de la novia, se cogieron de las manos y pasaron en fila entre las mesas con largos pasos deslizantes que seguían la música. Eso era el adiós a la juventud de la doncella que ahora iba a dejar a sus hermanas. Jamás se había visto este baile con músicos extranjeros, pero la mayoría era de la opinión de que era aún mejor así.

Cuando las doncellas hubieron finalizado la primera vuelta alrededor de las mesas, el ritmo de la música fue en aumento y sonaba más fuerte en la segunda vuelta. En la tercera y cuarta vueltas, cuando el ritmo era mucho más rápido, a algunas de las doncellas les costaba mantener el equilibrio. Según la tradición deberían haber bailado en un corro cogidas de las manos y apoyándose mutuamente en los pasos rápidos, pero la sala de Arnäs estaba demasiado repleta de gente como para seguir todas las costumbres antiguas.

Después de las tres vueltas, todas las doncellas se detuvieron al lado del palco de la novia, y con las caras rojizas y jadeando invitaron a Cecilia Rosa, a la reina y a Ulvhilde Emundsdotter a bajar y a cogerlas de las manos. Con la reina al frente, luego Ulvhilde y la novia la última, las mujeres se deslizaron lentamente en procesión por la sala y salieron por la puerta.

En cuanto se cerraron las puertas, los gritos pidiendo más cerveza rugieron desde

todos los rincones y hubo un gran jaleo y era difícil oír lo que decía el vecino si no se decía a gritos.

Apenas bebieron una jarra de cerveza cuando el anciano señor Magnus se levantó y, apoyado en su hijo Eskil, se acercó hasta el palco del novio. Con la mano invitó a su hijo Arn a bajar, luego el rey, el príncipe Erik, Magnus Månesköld y también el monje.

Acompañado por felicitaciones y gritos alegres, algunos teñidos por la desfachatez que provoca el exceso de cerveza, Arn caminó lentamente y con digna hombría por la sala en la cola de la procesión encabezada por el rey.

En el patio, los huéspedes se habían subido encima de las mesas y de los bancos para contemplar el acompañamiento hacia el lecho, y a ambos lados de la corta procesión se juntaron los portadores de antorchas.

El trayecto no fue largo, sólo hasta la parte posterior de la casa principal, donde encontraron la escalera que subía hasta la cámara nupcial.

Al anciano señor Magnus le costó mucho subir por ella, pero no se rindió y rechazó cualquier ayuda con exabruptos.

En la antesala de la cámara nupcial hubo una aglomeración de gente cuando todos hubieron entrado y empezaron a desvestir a Arn, quien primero intentó defenderse. Su padre dijo bromeando que ya era demasiado tarde para resistirse.

Le quitaron las ropas extranjeras y lo vistieron con una camisa larga de lino blanco con un escote ancho. Ya estaba preparado para abrir la puerta de la cámara nupcial.

Allí yacía Cecilia, vestida de lino blanco con el pelo suelto y con los brazos a los lados del cuerpo, y a los pies de la gran cama nupcial se encontraban la reina, Ulvhilde y las seis doncellas. El rey y el señor Magnus condujeron a Arn cada uno por un brazo hasta la cama y lo invitaron a echarse al lado de Cecilia. Cuando estuvo acostado, ruborizado como ella y con los brazos apretados contra el cuerpo, sus acompañantes se colocaron a los pies de la cama.

Todos se quedaron así sin decir nada y Arn, que no tenía ni idea de lo que se esperaba de él o de Cecilia, la miró de reojo y le susurró una pregunta a la que ella no tuvo respuesta. Al parecer, todos sus familiares y amigos esperaban algo, aunque ni Arn ni Cecilia sabían de qué se trataba.

A ambos, el silencio y la espera se les hicieron interminables antes de saber lo que ocurría. Esperaban al arzobispo. Durante un buen rato se oyeron sus resoplidos abajo en la escalera antes de que se asomara por la puerta, tambaleándose y apoyándose en un capellán.

Ahora había llegado el momento. El arzobispo alzó su mano y, jadeando, pronunció la bendición. La reina cogió el gran edredón de guata por una esquina, el rey por la otra y luego lo estiraron lentamente por encima de los novios, tapándolos.

El acompañamiento al lecho había sucedido con la presencia de doce testigos. Por consiguiente, Arn y Cecilia Rosa eran marido y mujer. Según las normas de la Iglesia,

hasta que la muerte los separase. Según las leyes de Götaland Occidental y de los ancestros, hasta que surgiesen razones para separarse.

Los amigos los felicitaron uno a uno con una inclinación de la cabeza y dejaron a los novios solos para su primera noche juntos.

La habitación estaba iluminada tanto por velas de cera como por antorchas de brea sujetas por hierros. Ambos se quedaron quietos y tensos, mirando al techo, sin saber qué decir durante un largo rato.

El viaje hasta ese lecho había sido largo. Por fin estaban allí, puesto que Dios así lo quería. La Santa Virgen se lo había prometido y ellos habían rezado todas las noches durante más de veinte años para que así fuera. Pero también porque así lo requería la unidad y la paz del reino y porque sus dos linajes así lo habían dispuesto. El rey y la reina los habían tapado con el edredón nupcial. No se podía ser más marido y mujer.

Cecilia pensó que el sufrimiento que le había parecido tan largo, desde el momento en que lo vio montado en su caballo en Näs y todos los impedimentos que luego se habían acumulado, había pasado ahora ya tan de prisa como el vuelo de una golondrina. Le habían ocurrido tantas cosas por voluntad ajena y por exigencias impuestas por las tradiciones que había sido arrastrada como por una fuerte corriente, como aquella hoja en el riachuelo que había imaginado durante el viaje entre Näs y Riseberga. Ese momento en el que pensaba en la hoja parecía ahora ya muy lejano y, sin embargo, era muy reciente. El tiempo pasaba vertiginosamente e intentaba capturarlo cerrando los ojos y recordando el momento en que había visto a Arn acercarse sobre su caballo negro con las crines plateadas. Pero cuando cerró los ojos la cama empezó a dar vueltas como la rueda de un molino y tuvo que abrirlos rápidamente para huir del mareo.

Arn pensó que el amor que tan fuerte había albergado en su interior durante tantos años y que había jurado no traicionar nunca, últimamente había sido relegado por miles de cosas que no tenían nada que ver con el amor. Hacía un momento él y Knut habían hablado de una boda como el remedio más convincente de Birger Brosa contra la guerra, como si una boda no tuviese en absoluto nada que ver con el amor. También Magnus, hijo suyo y de Cecilia, había hablado de esa manera sobre el amor cuando Arn le preguntó acerca de una boda entre él e Ingrid Ylva. Era como si esa eterna lucha por el poder hubiese arrastrado a su amor por el fango y lo hubiese rebajado.

Y la parte carnal del amor, la que había aprendido a soslayar con oraciones, agua fría, cabalgatas nocturnas y todo tipo de artimañas, a la que había aprendido a considerar como pecado y tentación, ahora sería bendecida por la mismísima Virgen Santa. Todos los presentes en el banquete estaban esperando que se uniese carnalmente con Cecilia, ya que durante la misa del día siguiente llevarían a la novia a la iglesia de Forshem para la purificación.

Intentó recordar cómo había sido aquella primera vez cuando estuvieron juntos y



cómo se habían dedicado a ello con pasión, pero era como si se hubiesen cerrado las puertas a ese recuerdo, como si se hubiesen cerrado con llave por demasiadas oraciones y noches angustiosas en una pequeña celda de piedra en un dormitorio con otros hermanos caballeros.

Empezaba a sudar y apartó lentamente el edredón con el que el rey y la reina los habían tapado hasta las puntas de las narices.

—Gracias, amor mío —susurró ella.

No dijo nada más, como si la timidez de ambos se lo prohibiese. Pero era una maravillosa sensación de alivio oír su voz y, aún más, sentir precisamente esas palabras que ahora tenían todo el derecho a pronunciar.

—Es increíble que por fin podamos decir esas cosas, amor mío —respondió con la voz ronca, y rápidamente se decidió a no permitir que el silencio los invadiese de nuevo—. Ahora que por fin estamos juntos, ¿no deberíamos dar las gracias primero a Nuestra Señora por mantener Sus manos sobre nosotros durante todo el largo camino? —continuó.

Cecilia hizo ademán de querer levantarse para arrodillarse junto a la cama, pero él le tendió la mano y la detuvo.

—Toma mi mano, amada mía —dijo mirándola por vez primera a los ojos cuando se volvió hacia él—. Estoy seguro de que Nuestra Señora querrá vernos de este modo por esta única vez, ahora que le daremos las gracias.

Cogió la mano de Cecilia en la suya y recitó una larga expresión de gratitud en el idioma de la Iglesia y ella la repitió obedientemente en voz baja.

Pero después de la oración fue como si la timidez los invadiera de nuevo. Durante un rato Arn contempló la mano de Cecilia sin poder decir nada. Era la misma mano que antes, aunque las venas eran más pronunciadas, los dedos más gordos y algunas uñas se habían agrietado por el trabajo bendito que había realizado en el convento del Señor.

Ella vio su mirada y comprendió lo que estaba pensando acerca de su mano. A su vez, Cecilia contempló la suya y pensó que era la misma de antes, fuerte a causa del trabajo con el martillo en la forja y de la espada en la guerra, pero con varios nudillos maltrechos y cicatrices blancas en señal de lo que su larga penitencia había conllevado de miseria y dolor.

—Tú eres mi Arn y yo soy tu Cecilia —dijo finalmente al ver que él no se armaba de valor para hablar de nuevo—. Pero ¿eres el mismo Arn y soy yo la misma Cecilia que se separaron con tanta pena aquella vez delante de las puertas de Gudhem?

—Sí, somos los mismos —respondió—. Nuestras almas son las mismas, nuestros cuerpos son más viejos, pero el cuerpo sólo es el cascarón del alma. Tú eres esa Cecilia que recuerdo, esa Cecilia a la que en tantos sueños y oraciones he intentado recordar, cuando quería imaginarme cómo serías. ¿No has pensado del mismo modo en mí?

—Lo he intentado —dijo—. Todo el tiempo te recordé como aquel verano en que

te habías dejado crecer el cabello, que ondeaba al viento cuando montabas a caballo, siempre recordaba tu cara así. Pero nunca te imaginé como otro, tal como serías al volver, el mismo Arn, pero mayor.

—Durante mucho tiempo recordé tu cara joven —comentó él—. Tu pelo, tus ojos y cada pequita de tu nariz los recordaba tal cual eran. Después, al pasar los años intenté imaginarte más mayor, la misma Cecilia pero mayor. No era fácil y la imagen se volvía cada vez más difusa. Pero cuando te vi de nuevo por primera vez delante de Näs, entendí que eras más hermosa de lo que me había atrevido a soñar. Las arrugas, las arruguitas en las comisuras de los ojos, te hacen más hermosa de una manera más inteligente. ¡Oh, quisiera decir esto en el idioma franco! Perdóname si mis palabras suenan como un par de zuecos cuando hablo en nuestro idioma, no estoy acostumbrado.

—Son palabras muy bonitas y las he entendido bien aunque nunca he oído hablar de palabras que suenen como unos zuecos —respondió con una risita ahogada.

Su risa acudió como un bálsamo para ambos y al mismo tiempo respiraron profundamente y soltaron el aire como aliviados. Después de eso rompieron en más risas juntos y Cecilia se le acercó un poco más en la gran cama.

—¿Y mi cara? —preguntó Arn con una sonrisa de alivio—. A veces temía que las heridas y las cicatrices no dejaran que mi amada me reconociese cuando llegase el momento. Pero lo hiciste, ¿verdad?

—Te reconocí a la distancia de un tiro de flecha, mucho antes de que viera tu cara de cerca —respondió, emocionada—. Quien te ha visto encima de un caballo sabe bien que eres tú y nadie más. Fue como si me partiese un rayo en un cielo sereno. El momento en que te vi y te reconocí, amado mío, ¡qué maravilla poder decir estas palabras!, jamás podré describir ese sentimiento de una manera exacta.

—Pero cuando viste mi cara de cerca, ¿no te asusté? —insistió Arn, esbozando una sonrisa, pero Cecilia intuyó la angustia en sus ojos.

Sacó la otra mano sudorosa que tenía detrás de la espalda, la limpió en el camisón y acarició las grandes cicatrices de su mejilla sin decir nada.

—Dijiste que nuestras almas son las mismas —respondió finalmente, reflexiva—. Pero también se dice que los ojos son el espejo del alma y tus dulces ojos azules son los mismos que yo recuerdo. Los sarracenos te han herido, te han golpeado con espadas y lanzas durante muchos años, ya sabes que veo eso. ¿Qué son mis arruguitas en comparación con eso? ¡Qué fuerza pacífica delata tu rostro, amado mío! Tus heridas hablan de la eterna lucha contra la maldad y de las acciones abnegadas de las que sólo son capaces los hombres más buenos y los de fe más intensa. A tu lado siempre llevaré la cabeza bien alta, ya que un hombre tan hermoso no existe en todo nuestro reino.

Arn se sintió tan avergonzado por estas palabras que ella comprendió que probablemente no se atrevería a responder. Temiendo que el silencio los invadiera de nuevo, se inclinó sobre él y lo besó con labios asustados y secos, primero en la frente,

luego en la mejilla y después cerró los ojos buscando su boca.

Él intentó devolverle el beso como soñando que tenían diecisiete años y que todo era tan fácil como antes. Pero no lo era, y con un extraño desespero que crecía en su interior mantuvo sus labios contra los de ella, al mismo tiempo que con mucho cuidado puso su mano callosa encima de uno de sus pechos.

Cecilia intentó no mostrarse tensa y asustada, pero había tenido los ojos cerrados tanto tiempo que la cabeza empezaba a darle vueltas a causa de la cantidad de vino que había bebido. De repente tuvo que apartarse y lanzarse a la escalera, donde vomitó con mucho ruido sin poder frenarse.

Arn primero se quedó en la cama como petrificado por la vergüenza. Pronto comprendió que no podía permanecer sin hacer nada si su amada tenía problemas. Salió tambaleándose de la cama, se dirigió a la escalera y la consoló, rodeándole los hombros con sus brazos. Luego abrió la puerta de la escalera exterior y pidió agua. Tal y como había esperado, allí había unos sirvientes que se apresuraron a obedecerlo.

Un poco más tarde estaban de nuevo en la cama, refrescados con agua y con una jarra grande en las manos.

Cecilia sentía tanta vergüenza que tardó un buen rato en atreverse a enfrentar la mirada de su amado. Él la consolaba con caricias al principio y luego empezó a reír, y ella pronto se contagió con la risa.

—Tenemos el resto de nuestras vidas juntos para aprender a amar tal y como una vez lo hicimos —dijo él acariciando su frente empapada—. Pierdes esa costumbre en el convento. Lo mismo ocurre con los caballeros del Temple, puesto que vivimos como monjes. Pero no tenemos prisa por aprender lo que una vez hicimos con demasiada facilidad.

—Aunque sin beber un tonel de vino y comer todo un buey primero —repuso Cecilia.

—Lo intentaremos con agua fría —dijo Arn, riéndose al mismo tiempo por un pensamiento lejano que pasó por su mente confusa por el vino.

Cecilia no entendió lo que era tan gracioso acerca del agua en lugar de vino, pero rió a hurtadillas y lo hizo reír aún más, de modo que ambos acabaron riéndose, abrazados.

Al día siguiente, avanzada la mañana, tal y como exigía la tradición, llegaron los doce testigos con los ojos rojizos y tambaleándose. Arn tuvo que levantarse y coger una lanza que ahora le tocaba tirar por la ventana. Alguien hizo una broma sobre la poca distancia que había entre la cama y la ventana, que ni siquiera Arn Magnusson podría fallar, aunque todo el mundo sabía que como lancero era muy malo.

No falló, por supuesto. Y con eso se confirmaba el regalo matutino. Forsvik ya pertenecía a Cecilia Algotsdotter y a sus descendientes por siempre jamás.

# III

Allá por San Olof llegó la transición entre la nueva cosecha y la vieja en Götaland Occidental. Los graneros estaban vacíos pero la siega iba viento en popa, y debería estar terminada para Laurentius, doce días más tarde. Pero este verano inusualmente caluroso las cosechas habían madurado antes de lo habitual y todo el heno había sido recogido ya. Había transcurrido un mes desde la cerveza nupcial de Arn y Cecilia y era momento de la tercera purificación de la novia. La primera purificación se celebraba tras la noche de bodas, y la segunda, una semana más tarde.

La novia no sería mucho más pura que antes por el hecho de que un cura volviese a bendecirla y a salpicarla con agua sagrada, pensó Cecilia. Ni en los breves momentos de soledad y reflexión que había tenido durante el primer mes era capaz de admitir que sentía una secreta vergüenza sobre su involuntaria pureza. Y, por otra parte, sentía como un pecado inverso que ella y Arn no se hubiesen unido en carne, y aunque Cecilia se culpaba más a sí misma que a Arn, no se le ocurría ningún remedio para mejorarlo.

Con Arn era como si trabajase hasta la locura. Tras la oración matinal se sumergía de inmediato en su trabajo, sólo lo veía durante unos instantes en el almuerzo y la cena, y después de la oración de la tarde bajaba a la orilla del lago Bottensjön y nadaba hasta quedar limpio de polvo y sudor. Cuando se encontraba con ella en el dormitorio ya era de noche y no decía gran cosa antes de caer en un profundo sueño.

Seguramente era cierto lo que él decía, que ésa era una época especial, una temporada de trabajo mucho más duro de lo que jamás sería después, pues muchas cosas debían quedar listas para el invierno. Muchas almas nuevas necesitarían techo sobre sus cabezas y calor, ante todo calor, ya que los extranjeros no habían experimentado nunca un invierno nórdico. Las forjas y los talleres de cristal debían estar construidos al llegar el invierno para que el trabajo de verdad pudiese empezar entonces y pasar el invierno trabajando en lugar de comer, dormir y esperar congelados a que terminara.

Arn pasaba de arrastrar cargamentos de troncos al aislamiento de paredes con lino y pez, de la construcción en ladrillo de los cobertizos nuevos a los hornos de las forjas y los talleres de cristal. Cada vez que llegaban las barcazas del río a Forsvik iba a ver cuánto ladrillo nuevo había llegado.

El ladrillo era lo que más retrasaba el trabajo. Por mucho que se había buscado había sido imposible encontrar arcilla aprovechable más cerca de Braxenbolet, justo pasado el lago Viken. En las orillas enfangadas y de poca profundidad del lago desecado se hallaba una gran capa de arcilla firme. Pero la arcilla se habría echado a perder si la hubiesen cargado en las barcazas y la hubiesen transportado hasta Forsvik, pues la arcilla fresca no podía ser cargada como todos los demás productos que iban en los barcos de Eskil. Por eso, Arn había construido un sencillo tejatillo en Braxenbolet, de manera que cada uno de los barcos fluviales pudiese atracar y coger una pequeña carga que a veces no superaba los diez ladrillos. A cambio debía asegurarse de que se cargaba suficiente comida y cerveza en los barcos que iban en el otro sentido para que quienes se mataban a trabajar en la sucia, calurosa y monótona tarea de cocer ladrillos al menos tuviesen el asunto de la comida solucionado.

En la sufrida vida que llevaban en Forsvik, en que las palabras entre ellos eran escasas y casi siempre se referían a cosas simples relacionadas con el trabajo del día o del mañana, Cecilia se exiliaba en la certeza de que eso duraría sólo un tiempo, que lo dejarían atrás y que sería diferente y más tranquilo con la llegada de la oscuridad del invierno. Ella también se alegraba con todo lo que veía realizarse y todas las noches, al entrar en su dormitorio, respiraba profundamente y disfrutaba del olor a madera nueva y brea.

Arn había dispuesto las cosas de manera que Cecilia y él compartiesen a solas una casa más pequeña con cimientos de piedra situada un poco alejada de la nueva casa principal, al inicio de la pendiente que bajaba hacia la orilla del lago Bottensjön. El primer día en Forsvik, antes de ser atacado por esas irrefrenables ganas de trabajar a todas horas desde la oración matutina hasta la oración del atardecer que ya le duraba un mes, le había enseñado todo lo que se estaba construyendo. Y no era poco lo que había que enseñar, pues una nueva Forsvik estaba creciendo a ambos lados de la vieja.

La mayor de todas las sorpresas fue que hubiese construido una casa sólo para ellos dos. Al igual que a ella, a él también le disgustaba la idea de seguir la vieja tradición de que los amos durmiesen entre siervos y criados en el lugar más cálido de la casa principal. Ciertamente que él estaba acostumbrado a los dormitorios llenos de hermanos guerreros, le explicó, y al igual que ella, había tenido una celda para sí mismo durante muchos años. Sin embargo, creía que ni ella ni él estarían muy a gusto durmiendo con todos los demás como en un gran festejo.

Su casa era mucho más pequeña que la casa principal y estaba dividida en dos grandes estancias, y una casa como ésa para los señores no existía en todo Götaland Occidental, Cecilia no necesitó mucho tiempo para convencerse de ello.

Al guiarla por la pequeña puerta que llevaba al ropero de la casa se asombró al oír el murmullo del agua como en un río. Arn había hecho pasar agua corriente a través de la casa construyendo un muro de ladrillos. Entraba por un agujero en la pared y salía por la otra pared, donde estaba la puerta que daba al puente. La pared había sido agujereada en dos puntos para que se pudiesen hundir las manos en la corriente de agua. Sobre uno de los agujeros había una trampilla cubierta con postigos de madera y al lado colgaba un lienzo blanco de la pared para que uno se secara, y debajo del lienzo, sobre una bandeja de madera había algo parecido a la cera que él llamaba *savon* y que se utilizaba para lavarse. Sobre la otra abertura para el agua se había colocado madera pulida sobre los ladrillos para que uno pudiese sentarse. Primero Cecilia no estaba segura de haberlo comprendido bien pero cuando lo señaló y preguntó con inseguridad, él rió y afirmó con la cabeza que era justo lo que pensaba, un *retrit*. Aquello que abandonaba el cuerpo era alejado de inmediato por la corriente de agua y desaparecía por el muro de ladrillos e iba a parar lejos de la casa, a un riachuelo que desembocaba en el lago Bottensjön.

Dijo que no estaba seguro de si se podría mantener el agua corriente durante todo el invierno, aunque la mayor parte del conducto había sido bien enterrado. Pero justo en el punto donde el agua entraba en una casa había que conducirla por un muro hueco para el que Arn no tenía palabra nórdica pero que en latín llamaba *aquaeductus*. No obstante, la dificultad estaba en cómo se hacía para que el frío del invierno no afectase la corriente de agua cuando salía del suelo. A medio invierno ya verían qué tal iba el asunto y, si no lo lograban a la primera, tendrían que rehacerlo.

Cecilia se excitó tanto con esta primera novedad en la casa que olvidó entrar en el dormitorio, y en lugar de eso salió corriendo para ver cómo estaba construida la canalización de agua. Arn la siguió sacudiendo la cabeza y riéndose se lo explicó.

Era como en Varnhem o Gudhem, la misma idea de usar una corriente de agua y el desnivel. Aquí en Forsvik el agua del Bottensjön estaba más abajo que la del Viken y todo lo que se cavase en ese trazado se convertiría en nuevos torrentes. En Varnhem, quienes construían los conductos podían hacerlo directamente con plomo, allí se hacía entrar el agua en las casas a través de tubos de plomo. En lugar de eso, aquí se había tenido que utilizar ladrillo, pero a cambio las corrientes de agua eran mayores y sería más fácil que resistiesen el frío. Tampoco quedaban bloqueadas con tanta facilidad por los excrementos.

Cecilia tenía muchas preguntas acerca de esa agua maravillosa y tenía muchos recuerdos del convento, de ir un frío día de invierno al *lavatorium* y encontrarse con que el agua estaba helada. De modo que aquí podría levantarse de la cama y dar tan sólo unos pasos. Y si tenía urgencia de hacer sus necesidades ya no tendría que levantarse en plena noche, calzarse y abrirse paso en la nieve en busca del palo y del hoyo.

Tras pronunciar en voz alta sus pensamientos sobre levantarse del calor del lecho en plena noche de frío invierno recordó que se le había olvidado ver el resto de la

casa y, riendo, regresó corriendo al interior para ver el dormitorio.

En esa habitación, uno de los laterales había sido construido por completo en piedra y en el centro de la pared había un gran hogar con dos salidas de humo y una campana redonda sobre soportes de hierro forjado en espiral que sostenían toda la chimenea. El suelo era de madera, sellada con pez y brea, lino y musgo, al igual que las paredes de madera. Sin embargo, el suelo no se veía demasiado, pues estaba cubierto por enormes alfombras rojas y negras, tupidas y con dibujos exóticos.

Arn explicó que había traído consigo bastantes tapices como éstos en el barco de regreso a casa, no sólo para uso propio, sino también porque en las noches del invierno nórdico sus hombres de Tierra Santa se alegrarían más de lo que ellos mismos se podían imaginar de tener los suelos cubiertos como se hacía en su tierra natal.

Por el momento, el espacio que rodeaba el hogar era sólo un hueco en la madera y Arn explicó encogiéndose de hombros que la piedra caliza que cubriría esa parte de la habitación no había llegado todavía. Pero dado que el hogar se encendería a menudo cuando cambiase el tiempo, lo mejor sería que todo el suelo que lo rodeaba estuviese cubierto de piedra.

En la habitación había un gran lecho parecido al lecho de novios de Arnäs, como si Arn hubiese hecho construir uno igual. Las paredes estaban casi desnudas, a excepción de la pared que daba hacia el este y al Bottensjön. Allí había una abertura alargada y bastante grande con postigos que podían ser cerrados por dentro y por fuera. Arn explicó que eso también mejoraría en cuanto pusiesen en marcha la producción de cristal. La ventaja de una ventana tan grande era la luz que entraba en la habitación y el sol del amanecer, que llamaba al trabajo del día; la desventaja era fácil de ver si se pensaba en el frío del invierno y en las corrientes de aire. Pero con cristal y sellando la ventana, la cosa mejoraría de forma considerable y de todos modos todavía era verano.

En toda la casa había un fuerte olor a madera nueva, brea y pez.

En la parte exterior, el olor a pez era aún más fuerte, pues todas las casas nuevas habían sido cubiertas con una gruesa capa. No era sólo para evitar la putrefacción ni para construir para la eternidad como construían los noruegos sus iglesias, explicó Arn; lo importante era tapar cualquier pequeño hueco entre los troncos de las paredes. Había que tener un cuidado especial cuando se construía con madera nueva, que no era lo mejor, pues la madera se contraía al secarse. Pero en ese caso no habían tenido mucha elección, o casas de madera nueva o no había casas, y de todos modos, las gruesas capas de pez hacían que las paredes permaneciesen aisladas.

La guió hacia la casa siguiente, que era una casa principal igual de grande que la antigua casa principal de Forsvik. Para su sorpresa le pidió que esperara fuera mientras él entraba un momento. Pronto salieron dos extranjeros haciendo reverencias y Arn tomó a Cecilia de la mano y la hizo entrar.

Aquí se había construido como en Arnäs, con una pared completamente de piedra

y un enorme hueco para el fuego y campanas para el humo construidas de la misma manera que en su propia casa. También había agua en un muro de ladrillos y también el suelo estaba cubierto casi por completo por alfombras de un profundo color rojo sangre y negro. A lo largo de las paredes se habían construido literas de tres plazas, cubiertas por tapices que colgaban desde la cama más alta hasta tocar el suelo. Algunas de estas coberturas eran coloridas como las alfombras, mientras que otras eran grises y sosas. Arn la condujo hasta una de esas mantas grises y le pidió que la tocara con la mano. Eso era fieltro, explicó, el primer artículo que se había empezado a fabricar en Forsvik.

Para sorpresa de Cecilia, el siguiente caserío no era para gente, sino para animales. Allí pasarían el invierno los más de treinta caballos y era como si cada animal tuviese su propia habitación. La parte más alejada de la casa era para las vacas y toda la parte superior de la casa sobre el bajo techo era para conservar el forraje del invierno. De momento, el suelo era de tierra apisonada, le enseñó Arn, pero sería sustituido por suelo de piedra, pues era más fácil de mantener limpio.

Esas tres casas nuevas estaban a un lado del viejo cuadrado de casas que era la antigua Forsvik.

La llevó fuera, al patio, y pasó de largo con rapidez las casas viejas explicando que allí no había mucho que ver y que la antigua casa grande sería el hogar de invierno de los siervos y los criados pero que todavía no tenían casa para banquetes ni invitados.

Tenía más interés en mostrarle la sucesión de casas nuevas y pequeñas que habían aparecido en una hilera al otro lado de la casa vieja. Allí había tres herrerías en marcha, una para la forja pesada, otra para la forja doméstica y otra para armas y fabricación de alambres. Lo siguiente en la hilera era el taller de cristal que pronto estaría terminado, un taller de fieltro donde dos extranjeros trabajaban produciendo ruidos sordos y una música rítmica, luego dos casas en las que se realizarían trabajos delicados con las manos, algo que a Cecilia le pareció una descripción bastante vaga, una alfarería y luego un lugar donde en esos momentos se estaban derribando unas casas viejas para hacer sitio.

Arn dijo que había pensado que en alguna de las casas nuevas llevaría sus cuentas la *yconoma* de Forsvik, a menos que prefiriese hacerlo en su propia casa, preguntó rápidamente como para demostrar que desde luego ella era la dueña de la hacienda y quien decidía. Cecilia hizo un gesto de rechazo con las manos ante la idea de realizar trabajos en la casa donde se dormía y entonces él, aliviado, continuó avanzando por la hilera de casas pequeñas donde ya empezaba a resonar el tintineo del trabajo.

Porque allí llegaban a la gran transformación en Forsvik, explicó él, orgulloso. Junto a la nueva hilera de talleres estaba la huerta de Forsvik con manzanos y cebollas plantadas, puerros y nabos rojos y blancos. Era una vergüenza que todo eso tuviese que desaparecer, explicó él con una mirada esquiva. La cuestión era encontrar la manera de que una persona que supiera de horticultura, según él tenía entendido



que era ella, pudiese salvar la mayor parte posible de todo eso para llevarlo a otro sitio cuando llegase la época de sembrar.

Cecilia opinaba que ahora se estaba excediendo en sus ilusiones y le dijo que la mayoría de esos viejos manzanos se echarían a perder si intentaban trasladarlos y que sería una pena y una desconsideración hacia los muchos años de trabajo de todos los desconocidos que ahora descansaban con sus antepasados pero cuyo espíritu trabajador seguía presente en el jardín. Fuese lo que fuese lo que allí quería construir, tendría que hacerlo en otra parte, dijo ella con firmeza.

Arn suspiró y explicó que lo que pensaba construir allí no era algo tan fácil de hacer en cualquier otro sitio. Aquí no sólo habría casas nuevas, sino que también se construiría un canal empedrado.

La depresión que ocupaba el jardín era el sitio apropiado y por mucho que habían meditado y hecho pruebas cavando no habían sido capaces de hallar otro lugar donde construir el canal.

Cecilia quería preservar el jardín pero se sintió insegura, pues no comprendía la relevancia de ese canal y por eso le pidió a Arn que se lo explicara con mayor paciencia y precisión.

A él se le iluminó el rostro, de nuevo la tomó de la mano y se encaminaron primero al pequeño torrente donde giraban unas ruedas de molino del monasterio de Lugnås, entraron en los molinos y le enseñó lo que podía conseguirse con la fuerza del agua. Aquí no sólo se podía moler el trigo del pan, no sólo había una trituradora para hacer polvo de la piedra caliza para usar en la argamasa, sino también muelas giratorias de diversos tipos, desde grandes, lentas y pardas piedras de arenisca hasta pequeñas y veloces de color negro que ella desconocía.

Esto, dijo al regresar al huerto, sería el canal empedrado por donde fluiría el agua con fuerza constante tanto en primavera, verano y otoño como en la mayor parte del invierno. Y esa fuerza también haría funcionar los fuelles y los martillos de varios de los talleres. Entre sus hombres de Tierra Santa había todo tipo de conocimientos, continuó diciendo. Eran capaces de hacer milagros si se les daba más fuerza, y aquí era donde estaba, desafortunadamente en medio del jardín. Pero esto sería el futuro de Forsvik, aquí había riqueza y prosperidad y aquí estaba la gran obra que conduciría a la paz.

Cecilia intentó detenerse para no dejarse llevar por su momentánea euforia. Ella comprendía bien que para él no era nuevo pensar como un *yconomus*, que comprendía muy bien la diferencia entre deber y haber.

Tal vez parecía demasiado ansioso al explicar sus nuevas ideas, pero a sus oídos parecía que no había ni orden ni concierto. Aún más extraña le sonaba la idea de que en Forsvik edificarían y construirían para crear paz. Poco tenía que ver lo que conservaba la paz o conducía a la guerra con las forjas y los canales, ¿acaso no tenía más que ver con las ideas de las personas?

Ella le pidió que se sentara a su lado sobre un viejo banco de piedra del jardín y

que volviese a explicárselo todo otra vez, pero despacio y paso a paso. Pero en lugar de eso, él empezó a dar vueltas a su alrededor, agitando los brazos excitado, mientras volvía a explicarlo igual de desorganizadamente que antes. Mezclaba cosas importantes y nimias, toneles de mantequilla con barras de hierro de Svealand, forraje para caballos con fabricación de puntas de flecha, cristal con harina y lana, pieles propias de Forsvik con aquello que había que comprar, arcilla para alfarería con la fabricación de toneles, hasta que acabó casi tan mareado de explicar como ella de intentar escuchar.

De nuevo le pidió que se sentara a su lado y respondiese a sus preguntas en lugar de intentar decirlo todo de golpe. Porque si ella no comprendía lo que él le decía, podría serle de muy poca ayuda.

Aquellas palabras parecieron serenarlo y se sentó dócilmente a su lado, le acarició la mano y sacudió la cabeza sonriente como pidiendo disculpas.

—Bien, empecemos por el principio —dijo ella—. Dime primero qué es lo que llegará a Forsvik en los barcos de Eskil, sólo eso, ¡sólo lo que tenemos que comprar!

—Barras de hierro, lana, sal, forraje para animales, grano, un poco de arena para cristal, pieles y diferentes tipos de piedra —enumeró él, obediente.

—¿Y todo eso tendremos que pagarlo? —preguntó ella con severidad.

—Sí, así es. Pero no tiene por qué ser siempre con plata...

—¡Lo sé! —interrumpió ella—. Se puede pagar de muchas maneras, pero esa pregunta más adelante. En lugar de eso, dime ahora qué saldrá de Forsvik.

—Todo aquello que se haga con hierro y acero —respondió él—. Todo tipo de armas que seguro que podremos fabricar mejor que otros en el reino, pero también rejas de arado, y ruedas forjadas. La harina podemos molerla a todas horas, día y noche, todo el año, y el grano llega con tantos de los barcos de Eskil que nunca escaseará. Fabricaremos todo lo que tiene que ver con cuero y talabartería. Si solucionamos el problema del barro, que en estos momentos está demasiado lejos, los alfareros podrán trabajar con la misma constancia que el molinero. Pero el cristal será lo que al principio nos reportará los mayores ingresos.

—Todo esto junto no suena en absoluto a ingresos —señaló Cecilia con el ceño fruncido—; suena a pérdidas. Porque también debemos tener en cuenta la cuantiosa manutención de la finca, aquí ya hay muchas almas y, si he entendido bien tus planes, serán todavía más en invierno. Y aquí tenemos la misma cantidad de caballos como el rey en Näs, y no tenemos tanto forraje en nuestras propias tierras. ¿Estás completamente seguro, amado mío, de que no estás siendo excesivamente pretencioso?

Él se quedó primero parado por estas palabras y tomó la mano de ella entre las suyas, la llevó hacia su boca y la besó varias veces. Ella sintió el calor en su interior pero en cualquier caso eso no la tranquilizaba en cuanto a lo que a los negocios se refería.

—En una cosa eres diferente de la Cecilia de la que me despedí delante de

Gudhem, amada mía —dijo él—. Ahora eres mucho más sabia que entonces. Ves rápidamente cosas que ninguno de tus parientes podría llegar a comprender. No existe mejor esposa que tú en todo el reino.

—También es eso lo que querría ser, tu buena esposa —respondió ella—, pero para serlo también debo intentar controlar todos tus planes ambiciosos, porque, por tu parte, parece que te dediques más a construir que no a pensar.

—Seguramente eso sea cierto —admitió él sin parecer en absoluto preocupado—. La forma de poner orden entre deudas y pérdidas, beneficios y créditos era algo que pensaba dejar para más tarde, aunque soy consciente de que es necesario.

—Pensar de esa forma descuidada nos podría salir caro y muchos de nosotros podríamos acabar pagándolo con los estómagos vacíos este invierno —respondió ella con calma—. ¿Acaso no deberías detenerte y reflexionar un poco?

—No, pero por lo que oigo puedo confiarte esa reflexión a ti —respondió él, besándole de nuevo la mano—. ¿Sabes que se pueden hacer negocios con pérdidas al principio?

—Sí, lo sé, y yo misma lo he hecho aunque no fuese nada que desease ni comprendiese en aquellos tiempos. Pero para eso es necesaria una gruesa capa de plata en el fondo del arca y la seguridad de que en el futuro la cosa mejorará.

—Aquí en Forsvik cumplimos las dos condiciones. ¿Pero cuáles fueron las pérdidas que tuviste que experimentar, querida?

—Cecilia Blanka, Ulvhilde y yo fuimos las primeras que logramos que entrara plata en Gudhem cosiendo mantos, de esos mantos que casi todo el mundo lleva aquí en el reino. Al principio los vendíamos demasiado baratos y luego gastábamos la misma cantidad de plata en comprar pieles e hilo de Lübeck que la que recibíamos al vender los mantos una vez acabados —respondió ella, ilusionada al haber dejado de hablar por un momento sobre los pésimos negocios de Forsvik.

—¡Pero luego subisteis los precios y pronto todo el mundo quería tener mantos tan buenos como éstos y entonces subisteis el precio aún más! —sugirió Arn, contento, alargando los brazos como si no hubiese nada de que preocuparse, ni ahora ni más adelante.

—Sí, claro que tuvimos que adaptarnos —contestó Cecilia, frunciendo de nuevo el ceño—. Dijiste que tenemos plata y has dicho que las cosas irán mejor en el futuro. Eso es algo que tienes que explicarme.

—Lo haré con gusto —respondió Arn—. Tenemos suficiente plata. Lo que podemos vender ahora mismo es cristal, pero ese ingreso será inferior a lo que tenemos que gastarnos en todo lo demás. Eso se ajustará en cuanto podamos vender armas. Luego tenemos la alfarería, madera serrada y unas cuantas cosas más que pronto convertirán las pérdidas en beneficios, tan pronto como nos pongamos a ello.

—¿Armas? —preguntó Cecilia, reticente—. ¿Cómo vamos a vender algo que todo el mundo hace en su propia finca?

—Porque haremos armas mucho mejores.

—¿Cómo vas a hacer para que la gente lo sepa, no puedes ir por ahí haciendo demostraciones con tus propias armas?

—No, pero sólo las armas para Arnäs nos tomarán su tiempo. En Arnäs deberá haber armas y cotas de malla para cien hombres. Y todo eso tendrá que pagarlo Eskil. Luego tenemos Bjälbo, después caerá una finca Folkung tras otra.

—Ésa es una manera nueva de hacer negocios —reconoció Cecilia con un suspiro—. Claro que lo más importante no es el hierro de Svealand que entra en Forsvik y las armas acabadas que salen. Lo más importante es que toda la lana que obtenemos de nuestras propias ovejas se ha consumido en tu... ¿cómo era la palabra?

—Fieltro.

—Eso, el fieltro. Pero normalmente la lana se usa para la ropa de cada cual, tanto de nobles como de plebeyos. ¿Y ahora tendremos que pagar por toda esa lana?

—Sí, tanto para la ropa como para hacer más fieltro.

—¿Y necesitamos más pieles de las que obtenemos en nuestra propia matanza, y necesitaremos más carne, en especial carne de oveja, más de la que tenemos en estos momentos para pasar el invierno? ¿Y forraje para todos los animales, particularmente los caballos?

—Sí, así es, amada. Lo ves todo con gran clarividencia.

—Pero entonces uno de nosotros debería contabilizar todo esto para que podamos hacer cada cosa a su tiempo, ¡y eso no es una cuenta nada sencilla! —repuso ella al final, después de haber reflexionado y ver cómo las dificultades se hacían una montaña en el futuro más próximo.

—¿Puedo pedirte, esposa mía, que te encargues tú de eso? —preguntó él con una ilusión que a ella casi le pareció exagerada.

—Sí, puedes —respondió ella—. Tengo ábacos, pero todo esto será más de lo que nadie puede almacenar en su cabeza. Para realizar este trabajo necesito utensilios de escritura y pergamino. Y debo hablar con mucha gente, así que necesitaré tiempo. ¡Pero si no hacemos los cálculos, este invierno pasaremos hambre!

Él se apresuró a prometerle que tendría todo lo que podía necesitar para empezar el trabajo de contabilidad. Y añadió, muy seguro de sí mismo, que allí en Forsvik nunca pasarían hambre y desde entonces fue como si se le olvidase todo el asunto y se sumergió en su trabajo desenfrenado.

Aquello que el rey Knut le dijo a Arn de que la iglesia de su castillo en Näs sería la más cercana para los habitantes de Forsvik no era del todo cierto. Había iglesias más próximas. Pero si los vientos del Vättern eran favorables, era igualmente posible bajar más de prisa hasta Näs que ir a cualquier otra iglesia, pues el rey Knut seguía teniendo a su servicio remeros y navegantes noruegos.

Para la misa de San Olof, Arn y Cecilia fueron recogidos por la nave a la que a modo de chiste noruego llamaban la *Serpiente corta*. Cecilia se alegró al ver la esbelta nave y deseó que el segundo de a bordo fuese el mismo que una vez había conocido. Pronto descubrió que así era, pero su larga melena había encanecido.

Para Arn, esta nave no supuso un motivo de alegría. Había viajado en ella en su primera singladura, que había terminado en un regicidio, pero sobre eso no le dijo nada a Cecilia ni a nadie cuando agachó la cabeza, se santiguó y subió a bordo. Los remeros noruegos se miraron y sonrieron de manera cómplice, pues pensaban que llevaban a bordo a otro godo-occidental que en su vida habría subido a una embarcación. Todavía entonces se contaba entre ellos la graciosa historia de una señora distinguida que le preguntó a Styrbjörn en persona si no temía extraviarse en el pequeño Vättern.

Sólo tuvieron que remar una hora hasta encontrar viento y poder izar las velas, y a partir de entonces el viaje se produjo a una velocidad espeluznante y la espuma blanca salpicaba sobre la proa de la nave.

Después de la misa y la purificación de la novia se separaron los amigos. Las dos Cecílias se fueron por una parte y Knut se llevó a Arn arriba, al pretil que unía las dos torres, adonde había ordenado llevar bancos y una mesa y además comida y bebida, que no consiguió que tocara Arn en ese día festivo.

Había tanto de que hablar que un día no era en absoluto suficiente, se lamentó Knut, apenado, pasando la mano por su cabeza casi calva. Pero si había que empezar por algo, más valía empezar por lo más sencillo, para que sólo lo más delicado quedase al final sobre la mesa.

Lo más fácil sería arreglar el matrimonio entre Magnus Månesköld y la hija de los Sverker, Ingrid Ylva. Knut decía comprender el dilema que tanto a Arn como al padre de la novia, Sune Sik, les creaba el hecho de que Arn fuese el padrino y llevase las negociaciones con el hermano del hombre al cual Arn había colaborado en asesinar. Sin embargo, Birger Brosa había resuelto la cuestión con la misma facilidad con la que cascaba una nuez con la mano.

Magnus Månesköld había crecido como hijo adoptivo de Birger Brosa, y ahora se consideraba más bien hermano menor que no hijastro. Si, por consiguiente, Birger Brosa era padrino en lugar de Arn, se conseguirían sortear todas las dificultades de una manera decorosa por la que nadie podría sentirse insultado. Además, Sune Sik, el hermano del rey danés, tendría el honor de reunirse con el canciller del reino como negociador por parte de su futuro cuñado.

Arn no tenía mucho que decir acerca de esta propuesta, por lo que se limitó a asentir y murmuró que no había que dedicarle más tiempo a esa cuestión si tenían pendientes otras más complicadas.

Y era cierto que la siguiente cuestión era bastante más delicada, pues combinaba orgullo con sabiduría y, por tanto, no podría resolverse sólo con sabiduría. La cuestión era que Arn debía hacer las paces con su tío Birger Brosa lo antes posible. Knut había intentado sacar el asunto pero el canciller había respondido tan sólo con bufidos, como un gato enfurecido. Birger Brosa sentía que tanto Knut como Arn lo habían engañado al organizar tan de prisa la boda en Arnäs. Y no lo hacía sentirse menos decepcionado el hecho de que tanto el rey como la reina viajaran a Arnäs para

mostrar su aprobación.

Arn pensó que tal vez él y Cecilia debían viajar a Bjälbo y presentarse de improviso. Tarde o temprano irían a visitar a Ulvhilde Emundsdotter a Ulfshem, pues ya se lo había prometido a su esposa. Dado que Bjälbo quedaba en el camino de Forsvik a Ulfshem, no sería de extrañar si él y Cecilia, retrasados por un temporal u otro motivo, se presentaban como huéspedes inesperados en Bjälbo. En ese caso, Birger Brosa no podría rechazar a sus parientes.

Knut negó con la cabeza ante esta propuesta. Cuando Arn pidió que se explicara, le dijo que era bien sabido que a Birger Brosa le horrorizaban las visitas inesperadas. Era posible que hubiese tenido demasiadas de ese tipo a lo largo de los años.

En un caso así, tal vez su hospitalidad fuese limitada, tal vez dejaría que los sirvientes les asignaran lecho y una pobre alimentación, en el peor de los casos en alguna de las cocinas o en una hospedería para desconocidos. Y si Arn y Birger Brosa se ofendían el uno al otro de esa manera por segunda vez, irían de mal en peor.

Consideraron un rato la cuestión en silencio hasta que Arn dijo que en la cerveza nupcial, bien se celebrase en Bjälbo o en casa de Sune Sik, la madre y el padre del novio serían invitados al sitio. Y lo mismo en lo referente a la cerveza de compromiso. Y, sin duda alguna, el canciller se sentaría en el sitio. Si no eran capaces de reconciliarse con toda una tarde de cerveza nupcial o cerveza de compromiso, entonces la cosa sería del todo imposible.

Knut asintió pero añadió que lo mejor sería hacer esperar esa cerveza nupcial hasta poco antes del tiempo de prohibición de bodas de Navidad, celebrarla entre el día de Todos los Santos y San Andrés. Tal vez Birger Brosa habría enfriado los ánimos para cuando cayese la primera nieve. Lo mejor sería ir poco a poco.

Pensando que ya habían terminado los temas de conversación difíciles, Arn empezó ansioso a preguntar acerca de cómo se dirigía el reino en los tiempos modernos. Había llegado a comprender hasta el punto de que unas cuantas cosas habían cambiado desde que eran jóvenes cuando toda la gente se reunía en los concilios de todos los godos, con el rey, el canciller y el procurador y tal vez unos dos mil hombres. No había oído ni una palabra acerca de concilios como éstos desde que regresó a casa, lo que debía de significar que el poder había pasado del concilio a otra parte.

El rey Knut dijo con un suspiro que eso era del todo cierto. Algunas cosas habían ido a mejor con la nueva manera de gobernar el reino, tal como se habían imaginado; otras cosas habían ido a peor.

Igual que antes, los campesinos libres decidían en concilios todo aquello que fuese entre campesinos libres. En los concilios podían solucionar sus conflictos, decidir las penas por asesinato, ahorcar mutuamente a los ladrones y otras menudencias.

Sin embargo, en el consejo del rey se decidía todo lo importante que tenía que ver con el reino, sobre quién sería rey, canciller u obispo, los impuestos para el rey y el

canciller, las construcciones de monasterios, el comercio con el extranjero y la defensa del reino. Cuando los fineses y los rusos avanzaron por el Mälaren cinco años atrás, saquearon y quemaron la ciudad de Sigtuna y asesinaron al arzobispo Jon, hubo mucho que decidir en el consejo del rey sobre cosas que nunca se habrían decidido en un concilio con un millar de hombres discutiendo. Había que construir una ciudad nueva para taponar la entrada al Mälaren, en Agnefit, donde el Mälaren desembocaba en Östersjön.

Allí se había construido para empezar una torre de defensa, se habían clavado estacas y cadenas cruzando el río de manera que ningún asaltante pudiera llegar del este, o al menos sin pasar desapercibidos como hicieron la primera vez. Cosas como ésa se decidían en el consejo del rey. Eso era lo nuevo.

Arn, que sabía bien donde estaba Agnefit porque había cabalgado por allí pasando por Stocksund cuando regresaba de Aros Oriental camino de Bjälbo, se apresuró a proponer que allí debería tener el rey su sede en lugar de al sur, en Näs, en medio del Vättern.

Por mucho que Knut se impacientó cuando la conversación tomó un camino completamente nuevo y hacia cuestiones muy diferentes de las que él había pensado plantear, no pudo evitar pedirle a Arn que se explicase acerca de esa repentina propuesta. ¿Qué tenía de malo Näs?

La situación, respondió Arn con una pequeña risa. Näs fue construida por Karl Sverkersson por una única razón: que el rey poseyese un castillo tan seguro que nadie que tuviese en mente un asesinato pudiese alcanzarlo. Arn y Knut sabían mejor que nadie lo presuntuosa que había resultado ser esta idea, pues fue precisamente allí en Näs donde asesinaron al rey Karl, a menos de un tiro de flecha del sitio donde ahora estaban sentados muchos años más tarde.

Era preferible que el rey tuviese su sede allí, donde fluían el oro y la plata del reino, continuó Arn. Tal como estaba ahora el comercio y hasta donde se podía ver en el futuro, ese lugar se hallaba más al este que no al oeste del reino, pues al oeste estaba Dinamarca.

Era posible que Linköping en Götaland Oriental fuese un lugar donde *se pudiese atender mejor los negocios y en especial el comercio con Lübeck*, mejor que desde el remoto lugar de Näs. Pero desde antiguo, Linköping era una ciudad de los Sverker y para un rey del linaje de Erik sería como buscarse alojamiento en un avispero. Pero una ciudad nueva, junto al mar Báltico, una ciudad que no perteneciese a nadie excepto a quien la construyese, allí era donde debía estar el rey.

Knut repuso que Näs era más seguro. Allí podías defenderte o huir y durante gran parte del año a cualquier enemigo le era imposible acercarse. Si construían una ciudad nueva, podrían tomarla por sorpresa y quemarla. Arn respondió que Agnefit y Stocksund tenían una disposición que permitía construir una ciudad inexpugnable. Además, sólo había un enemigo, que era Dinamarca, y si los daneses iban a luchar contra Götaland Occidental sólo podrían entrar por tierra desde Escania. Y bajar

navegando desde Lödöse hasta Lübeck sería imposible a partir del momento en que los daneses se opusiesen. Dinamarca era un gran poder. Pero a los daneses no les sería tan fácil alcanzar la costa este del reino. Y Lübeck quedaba más cerca desde Agnefit que desde Näs, considerándolo de la misma manera que lo había calculado Knut al decir que la iglesia más cercana a Forsvik sería Näs. Eso era cierto en tiempo, ya que gran parte del trayecto se hacía por mar, o todo el trayecto cuando los vientos eran favorables. Lo mismo pasaría si trasladaban el poder del reino desde Näs hasta la costa oriental.

Estuvieron dándole vueltas a la idea de la nueva ciudad a orillas del mar Báltico, pero pronto Knut prefirió volver a las cuestiones de las que él había pensado hablar. Lo más difícil de todo era el reticente arzobispo Petter, o Petrus, como él mismo se hacía llamar. Tener un arzobispo enemigo era lo peor que le podía pasar a un rey. Lo mismo sucedía en Noruega, donde el rey Sverre, por mucho que había forcejeado, no había logrado evitar arzobispos enemigos. Cuando un tal Øystein murió unos años atrás, no sirvió de mucho que Sverre intentase influir cuando hubo que designar un nuevo arzobispo, acabó siendo uno de nombre Eirik de Stavanger y ahora Sverre había obligado a este Eirik a exiliarse a Dinamarca y se exponía a ser excomulgado por la Iglesia. El Santo Padre de Roma había escrito ordenando tanto a Knut como al rey de Dinamarca que atacasen Noruega los dos juntos. Eso era algo que no sucedería, al menos no por parte de Knut, pues su hermana Margareta estaba casada con el rey Sverre y era reina de Noruega. Pero los problemas de Sverre ponían de manifiesto que tener arzobispos contrarios era como tener un grano en el trasero.

Es decir, lo mismo sucedía en el reino de los svear y los godos. El arzobispo Petter era un hombre de Sverker, algo que no ocultaba en absoluto. Y a estas alturas todo el mundo tenía claro cuál era su intención: quería arrancarle la corona a su propio rey y entregársela a Sverker Karlsson, que había vivido toda su vida en Dinamarca.

Arn objetó que, incluso siendo el poder de la Santa Iglesia de Roma tan grande, no había oído en su vida que tuviese el poder de designar un rey; en ese caso, habría sólo un poder sobre la tierra.

Naturalmente no era así, admitió Knut, pero de todos modos era bastante complicado. En el consejo nombraba a todos los obispos del reino, un obispo recibía su báculo y su anillo de manos del rey. Por tanto, nadie podía ser obispo contra la voluntad del rey. Sin embargo no era tan fácil con el arzobispo, porque a ése el rey no podía ni rechazarlo ni nombrarlo. En realidad, era Roma quien decidía, pero ahora Roma había cedido ese poder al arzobispo Absalón de Lund, que era como decir que se lo había dado a Dinamarca.

Por consiguiente, eran los daneses quienes decidían quién sería arzobispo en el país de los svear y los godos. Por muy rocambolesco que fuese no se podía hacer nada para remediarlo. Y aunque Knut había hecho lo que había podido para barrer a la panda de obispos de los Sverker, esos canallas cambiaban de idea en cuanto



recibían su anillo y su bastón. Entonces obedecían al arzobispo a pesar de las promesas secretas que le habían hecho al rey antes de recibir su poder. Uno nunca podía fiarse de un hombre de Dios.

Y ese pérfido de Petter no cesaba nunca de armar bronca con eso de que Knut no había pagado suficiente por el asesinato del rey Karl y que mientras no lo hubiese enmendado su corona sería ilegítima por mucho que hubiese sido coronado y ungido. Y una corona ilegítima no podía ser heredada por el primogénito, decía Petter.

También había muchas protestas con lo de que Cecilia Blanka en realidad había pronunciado los votos, con lo que los hijos Erik, Jon, Joar y Knut serían todos ilegítimos. Y según Petter, un hijo ilegítimo tampoco puede heredar la corona.

El arzobispo Petter iba tirando de estas dos riendas, ora hacia aquí, ora hacia allá. Si Knut prometía cruzadas para enmendarse y construía un sinfín de conventos nuevos, Petter seguiría dando la murga con eso de los votos de Cecilia Blanka. Y aunque muchos testigos pudiesen decir que todos los rumores sobre los votos de Blanka no eran ciertos, volvería con eso del asesinato del rey Karl. No había manera de librarse de sus riendas.

Arn objetó que la Iglesia no podía oponerse a la elección de un rey. Si el consejo decidía que el príncipe Erik fuese rey después de Knut, los obispos ya podrían quejarse del asunto, poner los ojos como platos y hablar de pecado. Y naturalmente podrían negarse a coronar a Erik. Pero no sería la primera vez que el reino tenía un rey sin coronar.

—¿Pero y si entonces la panda de obispos viajara a Dinamarca y coronara en su lugar a ese Sverker? —repuso Knut casi desesperado.

—Entonces no habría hombre en el país de los svear y los godos que se tomara ese asunto en serio y un rey como ése, al servicio del extranjero, no podría poner nunca su pie en el reino —respondió Arn con calma.

—¿Pero y si un rey así viene a la cabeza de un ejército danés? —continuó preguntando Knut y ahora se notaba angustia en su mirada.

—Entonces vencerá quien gane la guerra, eso no es ninguna novedad —respondió Arn—. Sería como si los daneses quisiesen convertirnos en daneses hoy mismo, sin importar a quién elijamos como rey.

—¿Crees que los daneses pueden hacerlo, que pueden derrotarnos? —preguntó Knut casi con lágrimas en los ojos.

—Sí, sin lugar a dudas —respondió Arn—. Y si fuésemos tan estúpidos como para enfrentarnos a un ejército danés en un campo de batalla, hoy en día ellos se llevarían una gran victoria. Si yo fuese tu mariscal, te invitaría a abstenerme, ya que he jurado que te aconsejaría lo mejor que pudiese, de enfrentarte a ellos en el campo de batalla.

—¿De modo que estaríamos perdidos y además humillados porque no luchamos por nuestro honor y nuestra libertad?

—No —dijo Arn—. En absoluto. Seeland está muy lejos de Näs, y todavía más

de Aros Oriental, de los svear. Si un ejército danés irrumpiese en nuestro país, naturalmente querrían que todo concluyese rápidamente, mientras todavía fuese favorable el clima y su aprovisionamiento fuese bueno. Al igual que tú, contarían con que llamaríamos pronto a filas, que todo hombre del reino se pondría su capacete de hierro y aparecería varonilmente plantado sobre sus piernas separadas y hacha en mano, dispuesto a ser aplastado por los jinetes daneses y morir con bravura y con honra, pero morir de todas formas. ¿Y si no hiciésemos eso?

—Entonces perderíamos nuestro honor, ¡nadie sigue a un rey sin honor! —respondió Knut con una repentina furia y golpeando con el puño la mesa que había ante ellos.

—Nadie sigue a un rey muerto —contestó Arn con frialdad—. Si los daneses no lograsen la gran batalla que vendrían buscando, no ganarían. Quemarían una ciudad. Saquearían pueblos y robarían a los campesinos. Nos costaría muchos sufrimientos. Pero entonces llegaría el invierno. Sus provisiones menguarían y nosotros los cazaríamos uno a uno y cortaríamos sus líneas de abastecimiento desde Dinamarca. Al llegar la primavera, tú serías el gran vencedor. Más honor que ése no puedes ganar.

—Desde luego piensas como nadie más lo hace en lo tocante a la guerra —dijo el rey Knut.

—En eso te equivocas por completo —repuso Arn con una sonrisa casi impertinente—. Pienso como lo hacen miles de hombres, muchos de los cuales conocí. En Tierra Santa no éramos más de mil hombres frente a un poder infinitamente más grande que la fuerza danesa. Los templarios lucharon con gran éxito durante medio siglo.

—¡Hasta que perdisteis! —objetó Knut.

—Así es —respondió Arn—. Perdimos cuando un rey chalado decidió que todo nuestro ejército se enfrentaría a un poder superior en una única batalla. Entonces perdimos. Si hubiésemos continuado como estábamos acostumbrados, Tierra Santa seguiría siendo nuestra todavía hoy.

—¿Cómo se llamaba ese rey?

—Guy de Lusignan. Su consejero era Gérard de Ridefort. ¡Que sus nombres vivan para siempre en la deshonra!

Para los hermanos Jacob y Marcus Wachtian, el viaje a Skara fue uno de los más curiosos de su vida, y eso que ambos habían viajado mucho.

Al principio, sir Arn había sugerido que los hermanos viajaran solos, acompañados solamente por algunos de sus siervos para que les sirviesen de guías, pero con horror y espanto habían rechazado la propuesta poniendo como excusa que les sería difícil hacer compras en un idioma que no comprendían, aunque en realidad lo que temían eran las noches oscuras a orillas de ríos desiertos. Ese país del norte era un país de demonios, ambos estaban convencidos de ello. Y a menudo las personas que veían eran difíciles de diferenciar de los animales, lo cual les producía el mismo

espanto.

Sir Arn se había mostrado reacio a abandonar sus construcciones, pero se rindió ante sus argumentos y decidió que tanto él como su esposa los acompañarían, pues ella también tenía algunas compras que hacer. Los hermanos habían indicado indecisos que no les parecía conveniente viajar tanto con el oro como con la plata que necesitarían para la larga lista de compras que tenían pensadas sin llevar consigo jinetes armados, pero sir Arn se rió ante esa advertencia, hizo una reverencia exageradamente caballeresca y les aseguró que tenían a un templario a su completa disposición. Y viajó en ropas de guerra llevando arco y carcaj, además de la espada y el hacha de guerra que siempre llevaba encima.

Tras haber cargado a bordo un carro, dos bueyes, sus caballos y raciones de viaje, sir Arn descubrió que necesitarían a alguien que condujese el carro de bueyes cuando fuesen a seguir por tierra, y avisó a dos muchachos, que aparecieron corriendo llenos de ilusión, arco y carcaj en mano, justo cuando el barco estaba a punto de zarpar.

Para el viaje habían contratado una barcaza que iba sin carga con ocho remeros malolientes y de poco fiar, y los hermanos Wachtian pensaron que salir a la llanura deshabitada y temible, con oro y plata delante de las narices de esos hombres, sería como poner sus vidas en juego. Sin embargo, cambiaron pronto de idea al ver de qué forma sumisa y casi horrorizada miraban estos villanos a sir Arn.

El viaje fue primero hacia Askeberga, por el mismo camino de vuelta de Arnäs, y luego continuaron hacia el lago que llamaban Östersjön, pero a partir de ahí, en lugar de dirigirse hacia el norte, donde estaba Arnäs, viajaron por un nuevo río en dirección sur durante muchas horas hasta llegar al lugar donde había que descargarlo todo y continuar el viaje a caballo.

El camino que llevaba desde el embarcadero del río hasta la ciudad más próxima atravesaba un bosque, y puesto que era el único camino y, por tanto, quienes quisiesen ir al mercado de la ciudad tenían que ir necesariamente por allí, no era difícil imaginar los peligros que podían acechar dentro del bosque.

Los malos presentimientos de los hermanos se hicieron realidad porque de repente sir Arn, que cabalgaba a la cabeza, detuvo su caballo, levantó la mano dando el alto y se puso el casco. Examinó con detalle el suelo que tenía delante, alzó la mirada hacia las opacas copas de los árboles y gritó algo en su propio idioma que dio vida al bosque que los rodeaba. Muchos bandidos bajaron de los árboles y aparecieron de detrás de arbustos y troncos. Pero en lugar de abalanzarse sobre ellos en un ataque que en caso de prosperar les habría proporcionado una considerable riqueza, los bandoleros se hicieron a un lado con las cabezas agachadas y las armas bajadas y dejaron que la pequeña caravana pasara sin disparar una sola flecha. Jamás habían visto unos bandidos tan patéticos.

Al salir del bosque y vislumbrar en el horizonte una pequeña ciudad con iglesia, Marcus bromeó alegremente diciendo que unos bandoleros como éstos no durarían mucho, o al menos no engordarían demasiado, si su zona de operaciones hubiese sido

Outremer.

Jacob, que dudaba de que ése fuese el comportamiento habitual de los bandidos nórdicos, se adelantó con su caballo hasta la altura de sir Arn y le preguntó sobre lo ocurrido. Al regresar al lado de su hermano pudo explicar, no poco divertido, lo que había sucedido.

Los bandidos no eran sólo bandidos, sino que eran también recaudadores de impuestos del arzobispo de la ciudad y al parecer actuaban según les convenía en función de quién era el que aparecía por el camino. De algunas gentes recogían impuestos para su obispo y a otros les robaban en provecho propio, pues no recibían ningún otro salario por su trabajo como recaudadores de impuestos.

Sin embargo, esta vez no hubo ni recaudación ni saqueo. Cuando sir Arn había descubierto la emboscada de los bandoleros, los había avisado. En primer lugar, él era Arn Magnusson y podría matarlos en persona si le daban un motivo. Y en segundo lugar, pertenecía al linaje de los Folkung, lo cual significaba que ninguno de los bandoleros, estuviesen al servicio del obispo o fuese en provecho propio, viviría tres puestas de sol tras haber disparado una flecha, independientemente de si lograba escapar de sir Arn en persona. Los bandoleros no tardaron en mostrarse convencidos por su capacidad de persuasión.

De modo que la familia a la que pertenecía sir Arn debía de ser más o menos como una tribu de beduinos, dedujo Jacob. A pesar de todo, esta tierra de bárbaros tenía poder real e iglesia, como todas las demás. Había fuerzas armadas temporales y eclesiásticas. Habían podido verlo con sus propios ojos en la fiesta de enlace. Por tanto, la ley era implantada casi de la misma manera que en otros países cristianos.

¿Pero en qué país cristiano podría alguien acercarse a unos bandoleros o recaudadores de impuestos y decir que pertenecía a cierta tribu y con eso lograr que todo el mundo bajara las armas? Sólo en Outremer. Allí, quien atacaba a un miembro de algunas tribus beduinas podía estar seguro de que sería perseguido por vengadores, si era preciso hasta el fin de los tiempos. Parecía que lo mismo sucedía aquí en el Norte.

Marcus dijo bromeando que era una bendición de Dios tener a estos beduinos de su lado y que, por lo demás, si uno pensaba en Outremer, podría ser lo mismo con la secta de los *asesinos*. ¿Quién quería tener al viejo de la montaña y a los *asesinos* por enemigos? El que lo hiciese, con toda seguridad estaba condenado a muerte. Pero si estos Folkung eran como los beduinos o los *asesinos*, era tan difícil de determinar como distinguir entre unos recaudadores de impuestos y unos bandoleros. Daba lo mismo, obviamente eran una compañía segura.

Pasaron de largo, sin prestar demasiada atención, la primera ciudad que encontraron, al parecer gobernada por un avaricioso obispo, y que más bien parecía un vertedero. Jacob y Marcus sintieron tanto alivio como decepción, pues les dolían sus nalgas desentrenadas tras horas de cabalgar, pero por otro lado, la peste que emanaba la ciudad era de lo más disuasoria.

Sin embargo, obtuvieron recompensa por sus sufrimientos porque pocas horas más tarde, al avanzar el primer frío de la noche en forma de una cruda niebla, se acercaron a un monasterio. Allí se detendrían a pasar la noche.

Para los hermanos Wachtian fue como si de pronto hubiesen regresado a casa. Fueron alojados en el *hospitium*, en una habitación propia con paredes blancas encaladas y crucifijos. Los monjes que los recibieron hablaban todos franco, se comportaban como personas de verdad y la comida que sirvieron después de vísperas era de calidad suprema, al igual que el vino. Era como llegar a un oasis con dátiles maduros y agua fresca y cristalina en medio de un ardiente desierto, la misma sorpresa, la misma bendición.

A ellos no les estaba permitido entrar al interior de los muros del monasterio, pero vieron a sir Arn cubrirse con su manto blanco de templario y entrar a rezar. Según les explicó su esposa en su latín curioso y puramente eclesiástico, iba a visitar la tumba de su madre.

Al día siguiente dejaron gran parte de su ropa y raciones de viaje en el *hospitium*, pues regresarían para pernoctar una vez más tras el día de negocios en la ciudad llamada Skara.

Les habían dicho que Skara era la ciudad más grande y más antigua de todo Götaland Occidental, de ahí su exagerada expectación. Sin embargo, no tenía mucho que ver con Damasco, la ciudad a la que entraron aquella mañana. El mismo hedor a excrementos e impurezas que a las afueras de la ciudad más pequeña cuyo nombre imposible ya habían olvidado, la misma gente sucia, las calles sin empedrar y sin aceras. Y la pequeña y primitiva iglesia con dos torres a la que llamaban catedral era más bien oscura y espeluznante que no inspiradora de beatitud. Pero como buenos cristianos no pudieron oponerse cuando sir Arn y el resto de su compañía, su esposa y los dos muchachos, entraron a rezar. A Jacob y Marcus les parecía que ésa era una iglesia en la que Dios no existía, bien porque nunca había estado en aquel lugar, o bien porque lo había olvidado. El interior era húmedo y olía a paganismo.

Al principio caminaban desmoralizados tras sir Arn y su esposa, pues los dos parecían funcionar como la proa de barco entre el gentío, todo el mundo se apresuraba a abrirles paso. Jacob pensaba que debía de ser por el manto azul, el que manifestaba la tribu de beduinos a la que pertenecía sir Arn. Marcus, que solía ser más perspicaz, señaló entonces que había otra cosa más notable. Casi nadie en la ciudad llevaba espada y los pocos que lo hacían vestían un manto parecido al de sir Arn, aunque no siempre azul. También se cruzaron con algunos pocos hombres con mantos rojos que también llevaban espada. Y todos los hombres con espada se saludaban de forma amable si vestían el mismo color, y de forma fría pero educada si vestían colores diferentes. Eso significaba que, primero, había varias tribus beduinas, y segundo, que en este país tenían la curiosa costumbre de que sólo los beduinos, que eran los más peligrosos de los hombres, podían llevar espada. O tal vez era que a nadie se le pasaría por la cabeza la absurda idea de intentar quitarle el arma a un

hombre así.

No llegaron a ninguna conclusión inequívoca a sus interrogantes acerca de espadas y mantos, pues pronto tuvieron otras cosas en que pensar. En el lindero de la ciudad había una calle limpia y recogida como en una ciudad franca o una ciudad de Outremer. Aquí olía de forma diferente, a limpio, a café, a comida y a especias, un olor que les resultaba familiar, y en todas partes se hablaba franco y algunas otras lenguas que no eran nórdico.

Habían llegado a la calle del vidriero, el calderero y el picapedrero. Había cristal, muestras de piedra y jarras de cobre expuestos a lo largo de la calle y empezaron a aparecer traductores corriendo de todas partes para ofrecer sus servicios al ver los rellenos saquitos de monedas que colgaban del cinturón de sir Arn. Pero pronto descubrieron que por una vez sus lenguas serían completamente prescindibles.

Visitaron tienda tras tienda, se sentaron y se dejaron servir agua fría en vasos hermosos pero rechazaron de forma amable aunque decidida las jarras de cerveza que también se les intentaba endosar. Era como una pequeña Damasco, allí podían hablar con todos y cada uno en idiomas comprensibles, también acerca de cosas de las que seguramente les sería difícil obtener información fuera de esa pequeña calle.

Se informaron de cómo se podía pedir arena de cristal con lasca de cobre o sulfato de cobre a Dinamarca y Lübeck si se quería lograr un color amarillo o azul, mientras que las sustancias para los colores verde o rosa, o para el incoloro, existían en el país, siempre y cuando se fuese lo suficientemente entendido como para mandar a la gente a extraer a los sitios adecuados. Pronto sir Arn envió a los dos muchachos a buscar el carro de bueyes que habían dejado con unos guardias delante de la catedral e hizo rápidamente sus compras. El carro fue cargado hasta arriba de sustancias para la fabricación de cristal; era como si en algunos puestos comprase todo lo que tenían almacenado. También había grandes cantidades de plomo, pues los vidrieros trabajaban sobre todo en ventanales de iglesias. Aquel día se hicieron muchas compras a la ligera. Sir Arn gastaba mucho dinero sin preocuparse demasiado por negociar los precios, algo que parecía molestar a su esposa casi tanto como a los hermanos Wachtian. Para estos vidrieros francos fueron negocios poco habituales, pues estaban acostumbrados a hablar a través de traductores y a vender vasos acabados, pero no a hablar su propio idioma con un habitante del norte que lo dominaba con la misma seguridad que ellos mismos. Aún menos habían vendido no herramientas y materiales para hacer masa de vidrio en lugar del vidrio que ellos mismos producían. Aunque sir Arn compró algún que otro vaso para llevarse como muestras de trabajo, como él lo describió.

Lo mismo pasó con los caldereros. Por las vasijas amartilladas y galvanizadas que había expuestas delante de las tiendas de los maestros del cobre, tanto los hermanos Wachtian como sir Arn vieron claramente que los caldereros damasquinos que tenían en Forsvik podrían hacerlo mejor. Sir Arn compró alguna que otra jarra, pero más que nada por cortesía; sobre todo compró barras de cobre y lingotes de estaño.

Cuando el carro estuvo lleno con un pesado cargamento y visitaron a todos los vidrieros y maestros del cobre de un lado de la calle, regresaron del mismo modo despacio por la calle para visitar a los picapedreros o a los sirvientes o aprendices que estuviesen en casa. Muchos de los maestros estaban en alguna obra de iglesia que requería siempre de sus visitas sobre el terreno. Para su sorpresa, Marcus y Jacob descubrieron que los negocios de las iglesias eran más prósperos en este pequeño país que en cualquier otro lugar del mundo. Aquí se construían al mismo tiempo más de cien iglesias, y con tanta construcción, los maestros picapedreros podían cobrar el doble aquí de lo que se cobraba en cualquier sitio del reino franco, en Inglaterra o en Sajonia.

Uno de los maestros picapedreros, que era más caro que los demás, tenía expuestos delante de su tienda retratos que le habían encargado en la construcción de la mismísima catedral. Fueron todos de imagen en imagen, intentando adivinar qué representaban, algo que normalmente era fácil para quien estuviese familiarizado con las Sagradas Escrituras.

En particular, la esposa de Arn pareció mostrar un gran aprecio por el arte de este maestro. Entonces sir Arn se hizo invitar a sí mismo y a toda su compañía a conocer al maestro, que al principio pareció molesto y reacio y se quejó diciendo que no tenía ni tiempo ni dinero para permitirse conversaciones. Pero cuando comprendió que con este comprador podía hablar su propio idioma cambió rápidamente de opinión y empezó a explicar animado, casi afanoso, cómo pensaba en su trabajo y lo que le gustaría hacer. Sir Arn mencionó que su deseo era reformar la iglesia que pertenecía a su propio linaje, que sería una reforma desde los cimientos pero que también cambiaría el motivo de consagración. Esta iglesia no estaría dedicada a la Virgen María, como casi todas las iglesias de Götaland Occidental, sino al Santo Sepulcro de Dios.

El maestro tallista mostró un devoto interés al oírlo, porque como él mismo decía, llevaba varios años tallando a la Virgen María con todos los contenidos imaginables: apacible y piadosa, severa y reprensora, con Su Hijo muerto, con su Hijo recién nacido, el anuncio del Espíritu Santo, camino de Belén, ante la estrella, en el pesebre...

¿Pero el Santo Sepulcro? Entonces había que repensarlo todo de nuevo. Eso requería de alguien especial, y también requería tiempo. Por lo que se refería al tiempo, lamentablemente el maestro tallista, que se llamaba Marcellus, tenía compromisos en todo el país para el próximo año y medio. Antes de eso le sería imposible quedar libre sin romper sus acuerdos.

Sir Arn le dijo que la demora temporal no suponía ningún problema, que era más importante que el trabajo resultase hermoso para la eternidad, pues aquello que fuese tallado en piedra quedaría para siempre. De modo que quería hacer un trato.

Tanto a Marcus como a Jacob se les ponían los pelos de punta al oír la facilidad con la que sir Arn se dejaba convencer para pagar un anticipo, que además era una

cantidad escandalosa. Sin embargo, no vieron ninguna posibilidad de inmiscuirse en el asunto. La negociación terminó con sir Arn pagando la increíble suma de diez besantes de oro como anticipo del trabajo de un año, y prometió otros diez besantes por cada año adicional que requiriese el trabajo. El maestro tallista no tardó en aceptar la propuesta.

De regreso al monasterio de Varnhem en el temprano atardecer pareció primero como si la esposa de Arn lo reprendiese, aunque de forma suave, por su manera irresponsable de tratar con el oro y la plata. Pero él, lejos de inmutarse siquiera, le respondió con cara de felicidad y gestos animados, que incluso para quien no hablase nórdico podían interpretarse como descripciones de planes grandiosos.

Al final él empezó a cantar y entonces fue como si ella no pudiese resistirse a acompañarlo en el canto. Era un cántico muy hermoso y que ambos hermanos identificaron como sagrado y no profano.

De esa manera se fueron acercando al monasterio de Varnhem mucho antes de la puesta del sol y del crudo frío nocturno, con cantores celestiales a la cabeza. Los hermanos estaban de acuerdo en que desde luego ese viaje no sólo había deparado sorpresas, sino además mejor suerte de lo que ninguno de ellos hubiese esperado.

Al día siguiente se retrasó la partida por los negocios de la esposa de sir Arn con pergaminos y con rosas que compró en bolsas de piel con tierra húmeda, cortadas de forma que sólo los tallos sobresaliesen de su embalaje. No había que saber nórdico para comprender que esa mujer era mejor que su marido en los negocios. A cambio tuvieron que resignarse a esperar a que ella y el jardinero del convento hubiesen terminado de negociar hasta el último céntimo. Sir Arn no hizo ningún amago de entrometerse. Al final su señora tuvo en el carro las plantas que había deseado, y a juzgar por las rosas que trepaban en rojo y blanco por los muros de Varnhem, había comprado mucha belleza para llevar consigo a Forsvik.

En los ajetreados días de las últimas cosechas, entre San Bartolomé y la Santa Matrona, regresó el verano por unos días a Götaland Occidental con una semana de tenaces vientos del sur.

Esta temporada fue tan atareada para Cecilia como lo había sido hasta entonces para Arn. Había que cosechar todo lo de los jardines y luego tendría que intentar salvar aquello que fuese susceptible de ser salvado. Ella misma trabajó tanto como los siervos que empleaba, excavando para poder desenterrar los manzanos con sus raíces para replantarlos en la ladera que se extendía desde su casa y la de Arn hasta la bahía de Bottenviken. Allí no se secaría nunca la tierra.

Tenía heridas en las manos y las uñas completamente destrozadas por el trabajo con la tierra, por lo que todas las noches era como una bendición poder frotarse hasta quedar limpia bajo el agua corriente con eso que Arn llamaba *savon*. Aunque sus manos estuviesen negras como el pecado por la tierra y los jugos de las plantas, al hundirlas entre los ladrillos en la corriente de agua pronto quedaban otra vez limpias.

Cuando hubo terminado todo el trabajo en el huerto que ella misma debía dirigir y



supervisar, fue a ver a los hermanos Wachtian a su taller, a informarse sobre aquello y lo de más allá, sobre qué tipo de trabajo pensaban iniciar primero y sobre qué vendría después. También consiguió que la acompañaran a las forjas y a las alfarerías y hacer de traductores, pues además del latín y de su propio idioma, los hermanos dominaban sin ningún tipo de problema incluso la extraña lengua que hablaban muchos de los hombres de Tierra Santa. Le mostraron puntas de flecha de diferentes tipos, largas y afiladas como agujas capaces de atravesar cotas de malla, otras anchas y afiladas para la caza y para los caballos del enemigo, y otras destinadas a finalidades que ella apenas alcanzaba a comprender. Fue a la forja de espadas y de anillas a preguntar, así como al taller de vidrio, donde se informó de cuáles de los vasos de muestra que estaban colocados sobre un banco se podrían fabricar realmente en Forsvik y cuáles no. Fue también a ver a los encargados de los caballos para enterarse de cuánto forraje consumía un caballo, a las granjas para saber cuánta leche daba una vaca y al matadero a preguntar sobre sal y toneles.

Después de cada una de estas visitas regresaba con sus ábacos y sus utensilios de escritura. Eso había sido lo mejor de la visita a Varnhem, incluso mejor que la compra de la famosa rosa de Varnhem, que se había podido agenciar una buena reserva de pergamino para convertir en libros de contabilidad. Estas tareas eran las que más le gustaban, incluso más que el jardín y la costura, pues durante más de diez años se había encargado de llevar los libros y de cuidar de los negocios en dos conventos.

Al final logró controlarlo todo y supo decir hasta el último céntimo cuál era la situación de Forsvik. Entonces fue a buscar a Arn, todavía no era muy tarde y él justo estaba terminando el trabajo con las fresqueras al lado del río. Se alegró al verla, se secó el sudor de la frente a su modo particular con el dedo índice y antes de nada quiso que ella elogiara las fresqueras. Cecilia no pudo oponerse aunque seguramente no se mostró tan entusiasmada como él había esperado al ver ese gran espacio hecho exclusivamente con ladrillos. Allí colgaban hileras de ganchos de hierro y barras vacías esperando una comida que no existía, recalcó ella con tanta severidad que él se quedó callado a mitad de su animada explicación.

—Acompáñame a mi cámara de contabilidad y te lo explicaré todo, amado mío —dijo ella con la mirada baja. Sabía muy bien que esas palabras lo calmarían, pero también sabía que eran ciertas, y no sólo palabras ingeniosas de mujer. Era verdad que él era su amado.

Pero eso no quitaba que fuese necesario decirle la verdad acerca de lo que había descubierto y que podía demostrar en cifras puras y duras. Rogó en silencio para que él fuese razonable y lo comprendiese, aunque hasta el momento se hubiese manifestado indiferente ante cualquier cosa que no fuese construir para el invierno.

Todavía era temprano aquella tarde excepcionalmente calurosa y no tuvo que encender velas al abrir sus libros de contabilidad y pedirle que se sentase junto a ella. Todo estaba caligrafiado en latín pero sabía que su esposo lo dominaba mejor que ella.

—Mira esto, amado mío —dijo, a la vez que abría el inventario de lo que comían y bebían todos los días tanto las personas como los animales de Forsvik—. Esto es lo que necesita un caballo en forraje todos los días. Aquí ves lo que esto suma en un mes y aquí lo que tenemos en nuestros cobertizos. Por tanto, por la Candelaria, a mediados del más frío invierno, podemos contar con treinta y dos caballos hambrientos. La carne que tenemos y la que podremos obtener del matadero a partir de ahora habrá terminado para la Anunciación. Además, el consumo de cordero es tal que para Navidad no nos quedará nada. Todavía no ha llegado el pescado en salazón. ¿Lo ves?

—Sí —respondió Arn—. Parecen unos cálculos muy exactos. ¿Qué debemos hacer?

—Por lo que se refiere a las personas necesitamos que llegue el pescado en salazón como fue prometido, preferiblemente bastante antes de Cuaresma. En cuanto a la carne, deberías contratar a unos cazadores, pues aquí en los bosques de los alrededores hay bastante ciervo y jabalí y en el bosque de Tiveden hay un animal que es igual de grande que una vaca y proporciona la misma cantidad de carne. En cuanto a los caballos, dudo que quieras sacrificarlos para la Candelaria, ¿no es así?

—No, desde luego que no —dijo Arn con una sonrisa—. Cada uno de esos caballos vale lo mismo que veinte caballos godos o incluso más.

—Entonces debemos comprar forraje —lo interrumpió Cecilia—. No es muy común comprar forraje para animales, pues cada uno se encarga del suyo. Por eso tienes que encargarte de esto en primer lugar, antes de que lleguen las heladas, porque entonces ya no podrán entrar hasta aquí ni barcos ni trineos. Cuanto menos avanzado esté el otoño, más fácil será comprar forraje.

—Yo también lo creo —asintió Arn—. Mañana mismo me ocuparé de este asunto. ¿Qué más has descubierto con tus cálculos?

—Que hemos gastado una cantidad de plata por casi el mismo valor de Forsvik sin haber obtenido ningún ingreso a cambio. Sólo la plata que le diste al tallista de Skara nos habría mantenido vivos y rollizos durante varios años.

—¡Ese oro no debes contar! —replicó Arn con brusquedad pero no tardó en arrepentirse y sonrió para disculpar su rudeza—. Tengo oro para cubrir todos los gastos que tengan que ver con la iglesia de Forshem. Está en una arca aparte, no nos corresponde a nosotros, podemos considerar la iglesia como algo que ya está pagado.

—Naturalmente eso cambia mucho las cosas, para mejor —admitió Cecilia de inmediato—. Tal vez me lo podrías haber dicho antes, y de ese modo habría gastado menos tinta. Y tal vez sea hora de que le digas a tu propia esposa hasta cuánto asciende nuestra propiedad, o más bien la tuya, pues mi propiedad es Forsvik y su valor va en aumento con cada gota de sudor que le destinas.

—Tengo más o menos mil marcos de oro —contestó Arn, mirando incómodo al suelo de madera—. Sin contar con lo que va a costar reformar Arnäs para que sea una fortaleza inexpugnable, una salvación para todos nosotros cuando llegue el día. Ni

tampoco con lo que está destinado a sufragar los gastos de la iglesia de Forshem.

Tras decir eso último se revolvió con preocupación y siguió mirando a un lado como si fuese muy consciente de que acababa de decir algo que nadie en su sano juicio creería.

—¡Mil marcos! —susurró Cecilia, paralizada—. Mil marcos de oro, eso es más de lo que poseen Riseberga, Varnhem y Gudhem juntos.

—Seguramente sea así, pues si tú lo dices, debes de saberlo, amada mía —respondió Arn en un tono de voz tan bajo que parecía que su enorme riqueza le produjese más pena que gloria.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —inquirió Cecilia.

—He pensado en decírtelo muchas veces —respondió Arn—, pero era como si nunca encontrase la ocasión. La explicación de cómo conseguí este oro en Tierra Santa es una historia muy larga y no del todo fácil de comprender. Si te hubiese dicho una cosa, tendría que explicarte la otra y hay tantas cosas por hacer antes de que llegue el invierno. El oro no lo es todo, el oro no nos salvará del frío, en particular a mis amigos de países cálidos. No había pensado ocultarte esta información, pero habría preferido decírtelo durante una larga noche de invierno en la que el viento del norte azotase las paredes de nuestra casa mientras tú y yo nos acurrucábamos a la luz y al calor de nuestro hogar sin que una gota de aire nos alcanzase bajo nuestras mantas. Así es como me habría gustado explicarte toda la historia.

—Si esperas al invierno, no esperarás en vano —contestó Cecilia, esbozando una sonrisa que proyectó un rayo de luz sobre esa extraña pesadumbre que los había invadido en medio de la charla sobre la riqueza.

—No, este invierno lo espero con ansia —dijo Arn, sonriendo él también.

—Eso no quita que el oro sea una pésima protección contra el frío y el hambre. Como has dicho, debes empezar mañana mismo a comprar forraje en Linköping o donde sea que puedas encontrarlo.

—Te lo prometo —contestó Arn—. ¿Qué más has descubierto con la despiadada lógica de tus números? ¿Eh... sabes lo que quiero decir con lógica, no?

—Sí, lo sé, porque incluso a las mujeres de un convento les dejan probar un poco de filosofía, aunque se dice que en dosis demasiado grandes puede ser mala para nuestras cabezas. Sin embargo, con o sin Aristóteles, he descubierto que deberías comprar o construir un barco para transportar barro —respondió ella de forma veloz e inocente.

—¿Por qué? —dijo Arn, sorprendido por primera vez a lo largo de su conversación.

—Para hacer ladrillos se necesita tanta arcilla fresca cada vez que se vayan a cocer que no merece la pena trasladarla toda aquí en lugar de seguir realizando el trabajo allí en Braxenbolet —prosiguió ella como si ya no hubiese oro en el mundo que la preocupara—. Pero es diferente con el barro para la alfarería. Si logras traer ese barro hasta aquí, la alfarería podrá seguir trabajando todo el invierno. Sólo se

trata de mantener el barro húmedo pero sin que se congele.

Arn la miró con admiración y con una sorpresa difícil de ocultar y ella le devolvió satisfecha la sonrisa, casi de un modo triunfal.

—Cecilia, mi amada Cecilia —dijo él—. Desde luego no eres sólo la más hermosa y la más adorable que he conocido, eres también la más sabia. Contigo al mando de la contabilidad, tenemos el éxito asegurado, ¡no lo dudes!

—Deberías haberme encargado este trabajo antes —replicó ella, sacudiendo la cabeza y haciéndose la ofendida.

—Sí, desde el primer día —admitió él—. Pero tenía la mente ocupada en otras cosas, en todo eso que ahora hemos conseguido hacer. ¿Podrás perdonarme esta necesidad?

—Sí, pero con una condición —dijo ella con una enigmática sonrisa.

—¡Acepto esa condición antes de que ni siquiera la hayas puesto! —se apresuró él en prometer.

—No trabajes más hoy —dijo ella—. Quédate conmigo, salgamos a cabalgar los dos juntos y disfrutemos por unos instantes del fruto de nuestro trabajo. Hace una tarde muy agradable.

Él la tomó de la mano sin contestar y la guió hacia su casa, donde cogió dos mantos de lana que colgaban del techo sobre las barras para la ropa, la miró durante un instante, se estiró de nuevo y bajó la falda de montar que ella misma había cosido como si hubiese una falda para cada pierna.

—Pensé que querrías librarte de la silla para mujeres —dijo él, y a pesar de que la habitación estaba en penumbra parecía como si se sonrojase por haber tocado la ropa de ella.

Ella tomó su traje de jinete, se escabulló al dormitorio y cerró tras de sí la puerta para poder cambiarse. Mientras esperaba se quitó las sucias ropas de trabajo, se salpicó la cara todavía ardiente y sudorosa con agua fría de la corriente y se vistió con un jubón azul. Después de dudar un instante se colocó su espada. Presentía que ella habría preferido verlo sin el arma, pero para él resultaría inimaginable ir a cabalgar al bosque junto a su amada sin llevar consigo la espada.

Tal como él había imaginado, Cecilia frunció el ceño al regresar en seguida vestida para montar y verlo con los mantos de lana sobre el brazo como si intentara ocultar la alargada vaina negra que sobresalía por debajo de la tela, pero no dijo nada.

Se dirigieron primero al establo, que a estas alturas del año estaba vacío, puesto que todos los caballos estaban en los cercados. Allí colgaba una larga hilera de sillas de montar con dibujos extraños y Arn eligió dos sobre las que había bridas y riendas atadas con unas finas cuerdas de piel. Le entregó a ella los mantos, cargó las sillas sobre los hombros y avanzó delante de su esposa hacia el cercado de caballos. El sol estaba bajo pero todavía hacía calor como en un día de verano y la suave brisa era como una tibia caricia sobre sus rostros.

En primer lugar se dirigieron a un cercado más pequeño, donde una yegua negra y

su potro estaban separados de los demás. Entraron por entre los postes de la valla, sobre la que Arn descargó las sillas y luego llamó a la yegua. Ésta levantó las orejas y acudió de inmediato hacia él, cabeceando; detrás de ella iba el potro con pasitos menudos. Cecilia observó con sorpresa el cariño con el que su amado y la yegua se saludaban, cómo frotaban cara y hocico y cómo él la acariciaba y le hablaba en un extraño idioma.

—¡Ven! —dijo él, y alargó la mano hacia Cecilia—. Tienes que hacerte amiga de *Umm Anaza* porque a partir de ahora ella será tu caballo. ¡Ven a saludarla!

Cecilia se acercó e intentó hacer lo mismo que Arn, frotar su cara contra el hocico de la yegua, que al principio pareció un poco asustada. Arn le habló al animal en el extraño idioma y pareció como si entonces cambiara de opinión y quiso más caricias por parte de Cecilia, que no se hizo de rogar.

—¿Cuál es ese idioma en el que hablas? —preguntó Cecilia mientras acariciaba a la yegua y al pequeño potro, que se había acercado con timidez.

—El idioma de los caballos —dijo Arn, enigmático, pero luego sacudió la cabeza y se rió—. Eso fue lo que me dijo el hermano Guilbert cuando era niño y entonces creí que realmente existía un idioma que sólo comprendían los caballos. Pero lo cierto es que hablo el idioma que estos caballos han oído en Outremer desde su nacimiento, es sarraceno.

—¡Pero yo sólo puedo hablarle en lengua vulgar o en latín! —repuso Cecilia, riendo—. Al menos debo saber su nombre.

—Se llama *Umm Anaza*, que significa «Madre Anaza», y el pequeño se llama *Ibn Anaza*, aunque primero llamé así a su padre. El caballo que pronto iremos a buscar se llama *Abu Anaza*, y lo que significa Abu e Ibn ya te lo puedes imaginar.

—Padre e hijo Anaza —afirmó Cecilia—. ¿Pero qué quiere decir Anaza?

—Es sólo un nombre —respondió Arn mientras colocaba sobre la yegua una cincha con forro de piel de cordero—. Anaza son los caballos más nobles de toda Tierra Santa, y cuando lleguen las frías noches de invierno te contaré la historia de Anaza.

Arn ensilló y embridó a la yegua a una velocidad asombrosa aunque, aun así, no parecía que lo hiciese con prisas, y la yegua no ofreció la más mínima resistencia, al contrario, parecía contenta de poder salir.

Cecilia tomó a la yegua de las riendas y la bajó hasta el cercado grande, donde estaban los caballos. Arn saltó con agilidad las estacas del vallado y silbó, de modo que todos los caballos dejaron de pacer y alzaron las cabezas.

Al momento, todos se dirigieron hacia Arn a un galope que hizo temblar la tierra. Cecilia tuvo tiempo de asustarse pero pronto comprendió que su preocupación había sido innecesaria cuando Arn alzó el brazo como ordenándoles que se detuviesen. Entonces se agruparon todos en torno a Arn, que parecía tener un nombre y algunas palabras cariñosas para cada uno de los animales. Concluyó concentrando todas sus caricias en el único caballo que tenía el mismo aspecto que la yegua de Cecilia, el

pelaje negro y la crin plateada, y no era difícil comprender que se trataba de *Abu*. Cecilia no pudo evitar emocionarse al ver a su marido tan cariñoso con esos animales. Era como si fuesen mucho más que caballos, casi como si fuesen para él unos buenos amigos. No había ningún hombre en el Norte que tratara así a sus animales, pensó ella, dándose a la vez cuenta de que tampoco debía de haber en todo el Norte ningún hombre que cabalgase como Arn. Era una hermosa idea pensar que los cuidados cariñosos hacían mejores jinetes que la dureza y la seguridad en uno mismo.

Ella misma sintió una parte de ese amor cuando, un rato más tarde, salió a caballo de Forsvik en dirección norte por la playa del Bottensjön. No era como si la yegua estuviese haciendo el trabajo servil para el cual la habían educado, todo lo contrario, parecía como si disfrutase cargando con su nueva dueña, como si le estuviese hablando a través de sus suaves movimientos, que no eran como los de otros caballos.

El sol se había ocultado tras las copas de los árboles, donde empezaba el infinito bosque de abetos del Tiveden. Arn los fue llevando en ascenso por un sendero hasta que pronto estuvieron tan alto que vieron brillar el Bottensjön a la luz del atardecer y un poco más lejos también el lago Vättern. El olor de los caballos y el verano tardío se mezclaba, hechicero, con el dulzor de la descomposición y las coníferas.

Arn se acercó a ella y le dijo que ahora era demasiado viejo como para ponerse de pie sobre el trasero de un caballo y que era su intención permanecer en la silla de montar. Al principio Cecilia no comprendía a qué se refería con eso, pero luego recordó aquella vez en Kinnekulle cuando salieron a cabalgar solos por primera vez y él se puso de pie sobre el caballo en pleno galope, mirándola a ella en vez de mirar por donde iba, se cruzó con la robusta rama de un roble, ésta lo barrió del caballo y él quedó tumbado inerte en el suelo.

—Aquella vez casi conseguiste que se me parase el corazón —susurró Cecilia.

—No era ésa mi intención —respondió Arn—. Quería ganarme tu corazón, no detenerlo.

—¿Querías ganarte mi corazón demostrándome lo buen jinete que eras, capaz de ponerte de pie sobre un caballo?

—Sí, y de cualquier manera posible. Si hubiese servido de algo colocarme de cabeza sobre el caballo, lo habría hecho. Y en el fondo lo conseguí, ¿no es cierto?

Mientras bromeaba sobre aquella arte de seducción, fue levantándose sobre los brazos, doblando despacio el cuerpo, estirando primero las piernas hacia afuera y juntándolas al final para acabar haciendo el pino sobre la silla de montar mientras su caballo seguía caminando tranquilamente como si estuviese acostumbrado a las chaladuras de su amo.

—No tienes por qué hacerte el interesante —dijo Cecilia riendo—. Si te prometo que tienes mi corazón seguro como en un estuche de oro, ¿te sentarás y cabalgarás como la gente normal?

—De acuerdo —accedió Arn, virando rápidamente sobre sí mismo y sentándose de nuevo con los pies en los estribos—. Creo que empiezo a ser demasiado viejo para

estos malabarismos, por suerte ya somos marido y mujer.

—¡No menosprecies la Bondad y la Voluntad divinas que nos convirtieron en marido y mujer! —replicó Cecilia con severidad, una severidad exagerada, pensó nada más pronunciar las palabras. Pero no había podido evitar pensar que la broma iba demasiado lejos.

—No creo que Nuestra Señora se ofenda porque en nuestra felicidad bromeemos sobre el momento en que surgió nuestro amor —repuso Arn, cauteloso.

Cecilia se reprendió a sí misma por haber introducido innecesariamente la devoción en su conversación cuando por una vez estaba siendo tan alegre y despreocupada. Y tal como había temido, siguieron cabalgando en un silencio que ninguno de los dos parecía saber cómo romper.

Llegaron a un claro del bosque al lado de un riachuelo donde el musgo verde, mágico e incitante bajo la postrera luz del atardecer resplandecía entre los troncos de los árboles. Junto a un viejo tronco de roble medio podrido, el musgo formaba un sugerente lecho con algunas pequeñas flores silvestres rosadas.

Era como si *Umm Anaza* se dejase llevar por los pensamientos de Cecilia, como si la yegua hubiese comprendido todo lo que fluía por la memoria de Cecilia al ver aquel lugar, porque cambió de rumbo sin que ella se lo indicase. Cecilia desmontó sin decir nada y extendió su manto en el verde musgo.

Arn la siguió, desmontó y enrolló las riendas en torno a las patas delanteras de sus caballos antes de acercarse a ella y extender su manto también.

No tuvieron que decir nada, ni sobre disparatados malabarismos a lomos de un caballo ni sobre los recuerdos amorosos, pues entre ellos estaba todo claro, como si lo llevaran escrito en la cara.

Al besarse lo hicieron sin miedo, como si los tiempos difíciles que siguieron a la noche de bodas jamás hubiesen existido. Y al descubrir ambos que ese temor había dejado de existir fue como si el deseo regresase a ellos con la misma fuerza que cuando tenían diecisiete años.

# VIII

Una dama del linaje de los Folkung había sido miserablemente asesinada por su propio marido y señor. La infamia tuvo lugar muy avanzada una tarde y por la noche el asesino pudo ver la primera puesta de sol después de su acto inicuo.

El nombre del canalla era Svante Sniving, del linaje Ymse, y la esposa asesinada era Elin Germundsdotter de Älgarås. Sólo tenían un hijo, Bengt, de trece años.

Tras haber sido testigo de la brutal paliza que su padre le propinó a su madre, el joven Bengt huyó a casa de su abuelo materno, Germund Birgersson, en Älgarås. Esa misma noche salió de allí un mensaje hacia todos los puntos cardinales para los feudos Folkung que se encontraban a un día de distancia.

Ya era de día cuando los jinetes mensajeros, jóvenes parientes con mantos azules desgastados, llegaron a Forsvik. Cecilia recibió a los inesperados huéspedes con pan, sal y cerveza, y calmaron primero su sed antes de explicar su cometido, que llegaban con una convocatoria Folkung para el señor Arn.

Cecilia dijo que iría a buscarlo en seguida y los invitó a servirse jamón y a tomar cerveza en su ausencia. Con el corazón latiendo con fuerza por la angustia se fue corriendo hacia el campo de equitación, desde donde se oía el tronar de caballos galopando y en el que encontró a Arn junto con los niños Sune y Sigfrid y los dos instructores sarracenos. Le hizo señas a Arn, que la vio de inmediato. Éste se separó del grupo compacto de jinetes y se acercó como un viento huracanado por el campo hacia ella. Montaba a *Abu Anaza*.

Detectó su preocupación desde lejos y bajó del caballo con un brinco entrando en su regazo como en un solo movimiento al detenerse.

—Ha llegado una convocatoria de los Folkung —contestó a su muda pregunta.

—¿Una convocatoria de los Folkung? ¿Qué significará esto? —se preguntó, desconcertado.

—Dos jóvenes con las caras muy serias llegaron y sólo dijeron eso, que traían una convocatoria —respondió—. Pero no sé más que tú, tendrás que preguntarles a tus



niños.

A Arn no se le ocurrió otra cosa e hizo lo que Cecilia le había sugerido; llamó a los cuatro jinetes con un silbido y dos gritos. En seguida se acercaron a toda velocidad y se detuvieron a sólo unos pasos.

—Ha llegado una convocatoria de los Folkung, ¿alguno de los dos puede explicarme lo que significa eso? —preguntó a Sune y a Sigfrid a la vez.

—Pues que todos los hombres Folkung tenemos que dejar inmediatamente lo que estamos haciendo, armarnos por completo y seguir a los que trajeron el mensaje —respondió Sigfrid.

—Nadie de nuestro linaje puede rechazar una convocatoria, eso conllevaría la eterna deshonra —añadió Sune.

—Pero vosotros sólo sois niños, eso de «armados por completo» no suena muy adecuado para vosotros —murmuró Arn, malhumorado.

—De todos modos somos Folkung, jóvenes o no, pero Folkung, y los únicos que están a vuestra disposición en Forsvik, señor Arn —respondió Sune, gallardo.

Arn suspiró y reflexionó, mirando fijamente al suelo. Luego pronunció algo que sonaba como una orden a los dos instructores sarracenos y señaló las camisas azules que llevaban los niños, y los dos guerreros de Tierra Santa inclinaron las cabezas en señal de obediencia y se fueron corriendo hacia la casa.

—Vayamos juntos a ver a nuestros parientes que llegaron con la convocatoria para ver lo que quieren —dijo Arn y al paso se acercó a Cecilia y la subió en la silla, delante de él, y de repente salió a una velocidad tan fabulosa hacia la vieja casa principal que Cecilia gritó y rió alternativamente durante la breve cabalgata.

Una vez en la casa, los dos parientes desconocidos saludaron cortésmente a Arn cuando entró y uno de ellos, tras titubear, se arrodilló y estiró los brazos entregándole el bastón de convocatoria, que era un trozo de madera con un león Folkung grabado a fuego.

—Os entregamos, señor Arn, el bastón de los parientes y os pedimos que nos acompañéis con todos los hombres que podáis armar —dijo el joven.

Arn recibió el bastón pero no supo qué hacer con él. En ese momento entraron Sune y Sigfrid y se inclinaron ceremoniosamente ante los dos mensajeros y luego miraron a Arn.

—He estado fuera tantos años, en Tierra Santa, que por consiguiente no sé lo que esperáis de mí —dijo, turbado—. Pero si me explicáis de qué se trata, haré lo que el honor nos exija.

—Se trata de Svante Sniving, conocido por ser un hombre que con mucha facilidad, y especialmente con mucha cerveza en el cuerpo, suele apalazar a sus siervos e incluso a su propio hijo —explicó el mensajero que hasta el momento no había hablado.

—Eso no honra en absoluto a Svante Sniving —contestó Arn, vacilante—. Pero decidme, ¿qué tengo que ver yo con eso?

—Ayer mató a su señora Elin Germundsdotter, de nuestro linaje, y ya ha visto ponerse el sol una vez —explicó el primer mensajero.

—Anoche salió la convocatoria para todos los Folkung que puedan llegar a Ymseborg antes de la puesta de sol de mañana —aclaró el otro pariente.

—Creo que ya lo entiendo —asintió Arn—. ¿Qué tipo de resistencia esperamos encontrar por parte de ese tal Svante?

—Es difícil de saber. Tiene doce escuderos, pero nosotros probablemente seremos cincuenta o más mañana. Sin embargo, debemos partir esta noche, o mejor, de inmediato —repuso el primero de los dos parientes.

—Sólo somos tres Folkung aquí en Forsvik, de los cuales dos son niños. ¿Pero puedo llevar conmigo a mis soldados? —preguntó Arn, y recibió enfáticos asentimientos.

No había más que hablar o preguntar. Tardaron menos de una hora en cargar los caballos y vestir a los cinco jinetes de Forsvik para la lucha. El sol aún estaba alto cuando se dirigieron hacia el noreste.

Era poco después del nacimiento de María y las hojas del bosque ardían en rojo y en oro. Las noches eran algo más oscuras, lo cual era bueno para los fieles, puesto que su noveno mes, el Ramadán, mes de ayuno, acababa de iniciarse dos días antes. Al principio del viaje, Arn pensó durante un rato sobre las excepciones en las leyes del Corán en las que no hacía falta aplicar el ayuno durante la guerra. Sin embargo, este viaje no podía contabilizarse como una guerra, sino solamente como una ejecución, si lo había entendido bien.

Se acercó con su caballo a sus acompañantes islámicos y les preguntó directamente cuál era su opinión. Pero se rieron diciendo que no había problemas ahora al principio del mes de ayuno, en esa época fresca del año y cuando el sol ya había recobrado su sensatez, poniéndose por la noche. Además, tenían que montar muy lentamente, sin sudar, ya que los dos guías eran muy lentos. Arn asintió sonriendo y pensó en que era una suerte que el mes del ayuno no cayera en la época del solsticio durante los próximos años, ya que habría sido difícil para la gente del Profeta renunciar al agua y a la comida desde la salida hasta la puesta del sol.

Continuaron la cabalgata una hora después de que el sol hubo desaparecido y fue noche cerrada y se vieron obligados a acampar durante la noche. Alí y Mansour, que ahora montaban vestidos con camisas azules por encima de sus cotas de malla cubiertas de cuero, no mostraron con gesto alguno que hubiesen preferido detenerse a comer y a beber justo después de la puesta de sol.

Al día siguiente, cuando el sol se ponía por tercera vez tras el asesinato de una mujer Folkung por parte de Svante Sniving, cinco docenas de jinetes se habían reunido delante de Ymseborg. Durante la noche los guardias de las empalizadas del fuerte habían visto arder hogueras en todas las direcciones en señal de que no había huida posible. El portal de madera estaba cerrado y encima del mismo había cuatro arqueros mirando angustiados todos los mantos azules que se habían reunido en

concilio a menos de unos tiros de flecha.

El capitán de los Folkung era Germund Birgersson, el padre de Elin, la asesinada. A su lado había un niño apenado, lleno de moratones y vestido con un manto mitad amarillo, mitad negro, que eran los colores del linaje de Svante Sniving.

Arn se había llevado a Alí y a Mansour a dar un paseo a caballo alrededor del fuerte construido en madera. Estaban de acuerdo en que, si tuviesen que tomar la fortaleza, lo más fácil sería hacerlo con fuego, pero no podrían atravesar los muros de madera a caballo. Arn sabía además que ahora el tiempo apremiaba, puesto que todo debería estar concluido a la puesta del sol.

Al regresar fue a buscar a Germund Birgersson para informarse de lo que se debía hacer. Tenía entendido que el hijo heredaría la fortaleza y entonces sería una lástima quemarla, ¿verdad?

Germund sonrió hoscamente y dijo que no creía que supusiese un gran problema abrir la puerta con tan sólo que Arn, cuya reputación había alcanzado también ese territorio, lo ayudase a convencer al guardia. Arn le contestó que lo ayudaría en lo que fuese necesario.

—Bien, eres un hombre de honor y cualquier otra cosa por tu parte me habría sorprendido enormemente —gruñó contento Germund Birgersson, levantándose al mismo tiempo con dificultad y arreglándose el manto azul por encima de los hombros—. ¡Monta y sígueme, y verás cómo pronto arreglamos este pequeño impedimento!

Arn se dirigió a su caballo un poco confundido, tensó la cincha y cabalgó hasta Germund, que se dirigía hacia la puerta de Ymseborg. Ningún otro Folkung los siguió. Se acercaron tanto que podrían haber sido alcanzados por las flechas, pero nadie les disparó.

El anciano jefe Folkung echó una mirada astuta a Arn, se acercó aún más y Arn lo siguió sin dudar, ya que la duda equivale a media muerte.

—Soy Germund Birgersson, del linaje de los Folkung, y estoy aquí en Ymseborg por honor y no por guerra o saqueo. Soy el padre de la señora Elin y he venido para exigir mi derecho y así también lo han hecho mis parientes —dijo Germund en voz alta y clara, como si recitase su mensaje.

Arriba en el muro de madera no contestó nadie, pero tampoco nadie movió una mano para coger una arma. Germund esperó un momento antes de continuar.

—Preferiríamos no dañar Ymseborg, ya que la finca pronto será heredada por el joven Bengt, que es nuestro pariente —prosiguió—. Por eso, os juro lo siguiente: no queremos la muerte de nadie más que de Svante. No queremos dañar casa o siervo, ninguno de la servidumbre, ninguno de los guardias y tampoco violaremos la morada cuando hayamos acabado. Así será si abris esta puerta en el plazo de una hora y deponéis las armas. Estaréis al servicio del joven señor Bengt o al de quien pongamos como arrendatario en su lugar. Vuestras vidas seguirán siendo como hasta ahora. Pero si os resistís, os juro que ni uno solo de los guardias saldrá vivo de aquí. ¡A mi lado tengo a Arn Magnusson y él jura lo mismo que yo!

A continuación, Germund dio la vuelta a su caballo lentamente y Arn lo siguió con el semblante serio, aunque sintió un regocijo impropio subiendo por su interior motivado porque alguien hubiese jurado muerte y destrucción en su nombre, sin ni siquiera preguntarle.

No se disparó ni una sola flecha tras ellos, ni se oyó una sola pulla.

—Creo que habremos arreglado esta contrariedad antes de la noche —gimió Germund Birgersson al dejarse caer pesadamente en su sitio, alrededor del fuego de los Folkung, y estirarse a por un trozo de carne.

—¿Qué haremos con los cadáveres cuando hayamos acabado? —preguntó Arn.

—Me llevaré a mi hija a Älgarås para darle un entierro cristiano en la iglesia familiar —explicó Germund—. Coseremos a Svante y su cabeza en una piel de vaca y se lo enviaremos a sus parientes. Pondremos un arrendatario en Ymseborg en lugar del joven Bengt.

—¿Y el niño? Le esperan unos tiempos difíciles al haber perdido tanto a la madre como al padre —inquirió Arn.

—Cierto. Me gustaría poder hacerle la vida más dichosa al joven Bengt —dijo Germund, pensativo—. Tan joven, aún le queda mucho de pillastre. No tiene interés en labrar la tierra, fantasea sobre la caballería y la guardia real o acerca de entrar al servicio de Arnäs. Al parecer, todos los jóvenes de hoy son así.

—Sí —repuso Arn, serio y reflexivo—. Es fácil que los jóvenes se emocionen con la espada y la lanza en lugar del arado y la hoz. Pero debes quitarle esas ideas de la cabeza y convertirlo en granjero.

—Soy demasiado viejo para esos menesteres —murmuró Germund, malhumorado, al pensar que antes de la puesta del sol tendría un niño de trece años a su cargo para intentar hacer de él una persona decente.

Arn se excusó y fue a buscar a Sune y a Sigfrid y los encontró con los semblantes serios, limando las puntas de sus flechas. Le quitó la piedra de afilar a Sune y le enseñó cómo hacerlo mejor mientras les narraba el triste destino del joven Bengt, no sólo ser huérfano de madre, sino pronto también de padre y además ser enviado al anciano Germund para ser granjero como hacía cien años. Tal vez, pensaba Arn en voz alta, no sería mala idea si Sune y Sigfrid estuviesen cerca de él durante las próximas horas, puesto que los tres eran los únicos chicos jóvenes de la partida. Tampoco le haría daño saber un poco acerca de lo que estaban aprendiendo en Forsvik.

Con una sonrisa que le costó ocultar, Arn se levantó y dejó a sus dos jovencísimos escuderos.

Había transcurrido una hora y todos los Folkung montaron en sus caballos y cabalgaron lentamente hacia las puertas de Ymseborg, que se abrieron cuando estaban a una distancia de dos tiros de flecha. Entraron en el patio, colocaron sus caballos en fila y esperaron. Se veían pocas personas, excepto los hijos de los siervos que miraban por los ventanucos y desde debajo de los puentes. Alguna que otra

criada corría angustiada por el patio en busca de algún niño descarriado.

Había un silencio total, excepto por los resoplidos de los caballos y el tintineo de algún que otro estribo. Nadie decía nada y no ocurría nada. Esperaron largo tiempo.

Finalmente, Germund se cansó y les indicó a diez jóvenes diligentes que desmontaran, desenvainaran sus espadas y entraran en la casa principal. Pronto se oyeron gritos y tumulto y al poco rato salieron con Svante Sniving atado de manos y pies y lo hicieron arrodillarse delante de la fila de jinetes entre los que sólo se veía un manto amarillo y negro entre todos los azules. Era el joven Bengt, en cuya cara impasible aún eran bien visibles los moratones de los puños de su padre.

—¡Exijo mi derecho como granjero libre y propietario de mis tierras en el país de los godos y según la ley goda! —gritó Svante Sniving con voz ronca, que daba muestras de no estar menos borracho que de costumbre, aunque esta vez fuese la última.

—¡Quien mate a un Folkung, sea hombre o mujer, joven o viejo, no tiene derecho alguno más que el de vivir hasta la tercera puesta del sol! —replicó Germund Birgersson desde lo alto de su caballo.

—¡Ofrezco doble reparación por la ofensa y quiero presentar mi causa ante el concilio! —respondió Svante Sniving, como si realmente creyese tener un derecho legal.

—Nosotros, los Folkung, no aceptamos nunca una reparación, sea doble o triple, eso no significa nada para nosotros —repuso Germund con tanto desprecio en la voz que causó risas entre la fila de hoscos jinetes.

—¡Entonces exijo mi derecho a juicio divino en un duelo, el derecho a morir como un hombre libre y no como un siervo! —vociferó Svante, con más ira que miedo en la voz.

—No puedes exigir un duelo —refunfuñó Germund Birgersson—. Entre los parientes que se han reunido en este asunto se encuentra Arn Magnusson, aquí, a mi lado. Él sería nuestro duelista. Y entonces morirías más rápido que bajo el hacha del verdugo, pero no por eso con más honra. ¡Puedes estar contento de que no te colguemos como a un siervo y piensa que tu última honra en esta vida es morir como un hombre sin gemidos y sin mearte!

Germund Birgersson hizo una señal con la mano y algunos de los jóvenes que habían ido a buscar a Svante Sniving a la casa principal sacaron un tajo y una hacha. Sin mediar palabra, Germund señaló al hombre más forzudo de ellos y éste cogió el hacha sin vacilar y al momento la cabeza de Svante rodó por el suelo, mientras dos hombres sostenían el cuerpo que se meneaba hasta que la sangre dejó de brotar por el cuello.

Durante esos momentos, Arn contempló pensativo la cara del joven Bengt. Se estremeció ligeramente cuando se oyó el sonido del hacha, pero nada más; ni una lágrima, ni siquiera se santiguó.

Arn no estaba seguro de si esa impasibilidad era buena o mala. Pero una cosa era

cierta: ese joven había odiado a su padre con toda el alma.

Rápidamente se ocuparon de lo poco que había que hacer. Mientras se llevaban el cuerpo de Svante a rastras y su cabeza hacia el matadero, donde iban a coserlo dentro de una piel de vaca, el joven Bengt desmontó y se acercó lentamente hacia el lugar en el que la sangre de su padre aún corría a la luz del atardecer.

Se quitó el manto y lo dejó caer al suelo, en el charco de sangre de su padre.

Los Folkung permanecían inmutables en sus caballos, contemplando al joven cuyo valor y honor eran admirables. Germund Birgersson le indicó a Arn que desmontara y lo siguiera hasta llegar donde se encontraba Bengt.

Germund se puso lentamente detrás del joven Bengt y colocó su mano izquierda encima del hombro izquierdo del chico. Después de una mirada breve de Germund, Arn hizo lo mismo con su diestra. Esperaron un rato en silencio a que el joven Bengt se repusiese ante lo que iba a decir. No era fácil, ya que seguramente preferiría hablar con la voz firme.

—Yo, Bengt, hijo de Svante Sniving y Elin Germundsdotter, en presencia de mis parientes, tomo el nombre de Bengt Elinsson —gritó finalmente con voz clara y segura y sin temblor.

—Yo, Germund Birgersson, y mi pariente Arn Magnusson te aceptamos en nuestro linaje —respondió Germund—. Ahora eres un Folkung, y Folkung serás para siempre jamás. Tú siempre estarás con nosotros y nosotros siempre estaremos contigo.

En el silencio que siguió, Germund movió la cabeza para que Arn continuara. Pero Arn no sabía ni qué decir ni qué hacer y Germund se inclinó y se lo susurró, enfadado. Arn se quitó el manto azul y envolvió los hombros del joven Bengt y todos los hombres a caballo sacaron sus armas y señalaron primero al cielo y luego hacia Bengt.

Bengt había sido aceptado en el linaje de los Folkung por un juramento de sangre. Su abuelo puso dos arrendatarios a cuidar de la hacienda de Ymseborg para administrar la herencia, ya que Bengt no quería quedarse ni un día más allí.

Lo que sí quería lo supo pronto su abuelo en cuanto hubieron salido del fuerte y cuando todos los Folkung iban a despedirse y a separarse junto al campamento. Con un fervor ardiente pidió poder seguir a Arn Magnusson hasta Forsvik, ya que de boca de los dos jóvenes de la comitiva de Arn había oído las maravillas que allí sucedían.

Germund pensó que por una vez valía más tomar una gran decisión sin demora. El joven Bengt ciertamente necesitaría ocupar su mente en otras cosas y cuanto antes mejor. El honor le exigía ir a Älgarås para el entierro y una semana de luto, al menos a un adulto. Pero no se podía tratar por un igual a un niño que había perdido tanto a su madre como a su padre en menos de tres días.

Germund se acercó a Arn Magnusson, que estaba hablando con sus guardias en un idioma extraño, y le preguntó sin rodeos si podría ofrecerle lo que el joven y nuevo Folkung al parecer deseaba con tanta ansia. Arn no demostró sorpresa alguna

por la pregunta y le respondió que no había problema alguno.

Y así fue como salieron tres Folkung para defender el honor de su estirpe y regresaron cuatro.

Durante la primera época suave del otoño ya reinaba el orden en Forsvik; tanto, que ni siquiera los ojos vigilantes de Cecilia podían ver otra cosa. Día sí, día no, llegaban barcos cargados con el forraje invernal que almacenaron en los graneros y en los pajares y desde Arnäs llegaba en abundantes cantidades el pescado seco de Lofoten, lo que mostraba que Harald Øysteinsson había tenido suerte también con su segundo viaje en la gran nave templaria.

Con la tercera carga de pescado seco llegaron también los nuevos siervos que Arn había pedido a Eskil. Eran Suom, la hábil tejedora y su hijo Gure, quien decían que tenía buenas manos para la carpintería, y también el cazador Kol y su hijo Svarte.

Arn y Cecilia se alegraron mucho de tener esos siervos y los recibieron casi como si fuesen huéspedes. Cecilia cogió a Suom por debajo del brazo y se la llevó para enseñarle la cámara de tejer que estaban preparando. Mientras, Arn fue con los tres hombres hacia las moradas de los siervos en busca de un lugar para ellos. Pero pronto se dio cuenta de que lo que había era demasiado mísero para el invierno que se acercaba, y ordenó a Gure que comenzara con su trabajo en Forsvik, que reformara las viviendas que se encontraban en peor estado y que, cuando terminara, construyera otras nuevas.

Gure tuvo un equipo de trabajo de cuatro siervos a los que debía liderar como mejor supiese. Si necesitaba nuevas herramientas, sólo tenía que ir a la herrería y pedir las.

Arn quería darles un lugar en la vieja casa principal a Kol y a su hijo Svarte, pero ellos dijeron que preferirían vivir en una cabaña sencilla, ya que estaban acostumbrados a ir a su aire, pues los cazadores tenían otros horarios que el resto de los trabajadores.

Arn era de la opinión de que conocía a Kol desde la juventud, pero tuvo que preguntarle varias veces para que se lo confirmase. Habían cazado juntos cuando Arn tenía diecisiete años y Kol era aprendiz con su padre, que también se llamaba Svarte, como el hijo. El viejo Svarte estaba muerto y enterrado en la casa de los siervos, cerca de Arnäs. Por eso la venta de Kol y de su hijo había sido más fácil. En Arnäs no gustaba dejar a los siervos ancianos e impedidos sin la ayuda de sus próximos.

Arn se desanimó a causa de esas explicaciones y desistió de preguntar por la madre del niño. No se había acostumbrado a ser dueño de seres humanos, dado que desde los cinco años había vivido entre monjes y caballeros del Temple, para los que el mero pensamiento de la esclavitud sería una abominación. Se prometió a sí mismo hablar en serio con Cecilia sobre este asunto.

A Kol le dijo que primero debían solucionar que él y su hijo tuviesen caballos y utensilios de montar para poder moverse por el territorio, aprenderse los caminos e idear cómo cazar las presas. Bajo un silencio malhumorado, Kol y Svarte siguieron a

Arn hasta las dehesas de los caballos, donde Arn eligió dos animales, más por su mansedumbre que por su velocidad y su ardor, y les colocó los arreos.

Los cazadores debían mantener los caballos descansando en las cuadras y no dejarlos sueltos en la dehesa con los demás hasta que se hubieran acostumbrado a ellos. Si no, podría ser complicado volver a atraparlos, advirtió Arn mientras los llevaban hasta la finca.

Para su satisfacción, Arn descubrió que Kol se había alegrado mucho al ver esos caballos y habló muy emocionado con su hijo en el idioma de los siervos mientras movía las manos por encima de los cuellos y las patas de los dos animales. Arn no pudo dejar de preguntarle lo que estaba explicando a su hijo y la respuesta fue que esos caballos eran como aquel en el que había llegado a Arnäs el señor Arn hacía mucho tiempo, y que todos los amos consideraron un caballo miserable. También Kol y su padre habían pensado la misma estupidez, hasta que vieron al señor Arn montar el caballo de nombre *Kamil* o algo parecido.

—*Chimal* —lo corrigió Arn—. Significa el «Norte» en el idioma de donde son los caballos. Pero dime, Kol, ¿de dónde eres tú?

—Nací en Arnäs —respondió Kol en voz baja.

—Pero tu padre, con quien también iba a cazar, ¿de dónde era él?

—De Novgorod, al otro lado del mar Báltico —contestó Kol, malhumorado.

—Y los demás siervos de Arnäs, ¿de dónde son ellos y sus padres? —insistió Arn, aunque vio claramente que Kol prefería no contestar más preguntas sobre ese tema.

—Todos venimos del otro lado del mar —respondió Kol con desgana—. Algunos lo saben, otros sólo lo creen, algunos dicen Miklagård, otros lo llaman Rusia o Polonia, Estonia o el País de las Túnicas. Existen muchas leyendas y poco conocimiento acerca de ello. Una vez capturaron a nuestros padres y madres como rehenes en una guerra, creen algunos; otros dicen que siempre hemos sido siervos, pero yo no opino lo mismo.

Arn se calló. Tuvo que reprimirse para no decirle a Kol de inmediato que él y su hijo ya eran libres, tendría que reflexionar más y hablar primero con Cecilia. No le hizo más preguntas incómodas, sólo les pidió que Kol y su hijo dedicasen el tiempo a conocer el terreno y no a cazar para obtener carne, a no ser que saliese una oportunidad especial. Pero él opinaba que lo más importante era llegar a conocer la zona y saber dónde encontrar la caza, ¿verdad?

Kol asintió en silencio y se despidieron.

Arn había pensado hablar con Cecilia sobre el asunto de los siervos, aprovechando el viaje a Bjälbo, adonde acudían a la cerveza de compromiso entre su hijo Magnus e Ingrid Ylva, hija de los Sverker.

Al parecer, también Cecilia había pensado dedicar este viaje, especialmente las primeras horas ociosas cruzando el lago Vättern, a conversaciones que exigían más tiempo y reflexión. Desde que salió el barco estuvo hablando sin parar de la anciana



tejedora Suom y de la casi milagrosa habilidad que esa mujer tenía en las manos. Tal y como Cecilia le había pedido, Eskil le había enviado un gran paquete con tapices hechos por Suom y que antes habían cubierto las paredes en Arnäs. Arn ya había visto algunos de ellos, puesto que había ocultado las paredes de su dormitorio con las imágenes de Suom.

Arn comentó que ciertas imágenes eran muy extrañas para su gusto, especialmente las que representaban la ciudad de Jerusalén con las calles de oro y los sarracenos con cuernos en la frente. Esas imágenes eran falsas, y él lo sabía mejor que nadie.

Cecilia se molestó un poco y dijo que la belleza de las imágenes no sólo tenía que ver con la verdad, sino también con la composición de los colores, los pensamientos y las fantasías que esas imágenes despertaban si estaban bien hechas. A causa de eso se desviaron durante un rato del tema del que realmente querían hablar y estuvieron discutiendo de lo que era bello y lo que era verdadero.

Arn se apartó un momento y se fue hacia la popa del barco para ver a los caballos y a Sune y Sigfrid, a quienes habían permitido acompañarlos para cuidar de los caballos, aunque los niños más bien se considerasen los guardias del señor Arn. Al volver, Cecilia expuso sus ideas sin demora.

—Quiero que liberemos a Suom y a su hijo Gure —dijo rápidamente fijando la mirada en la borda del barco.

—¿Por qué? ¿Por qué precisamente a Suom y a Gure? —inquirió Arn con curiosidad.

—Porque su trabajo tiene un gran valor que podría dar muchas veces la plata que vale un siervo —respondió Cecilia de prisa y sin mirar a Arn.

—Podrás liberar a quien quieras en Forsvik —dijo Arn, pensativo—. Forsvik es tu propiedad, y con ella, todos los siervos. Pero yo preferiría liberar a Kol y a su hijo Svarte.

—¿Y por qué precisamente a los dos cazadores? —preguntó, sorprendida de que la conversación ya hubiese sobrepasado la cuestión decisiva.

—Pongamos que Kol y su hijo Svarte nos traen ocho ciervos este invierno —respondió Arn—. Eso no solamente nos da variedad en la alimentación, es más de lo que vale un siervo, y eso en un solo invierno. Pero si lo piensas, eso sucede con todos los siervos; todos producen un valor más grande que el suyo propio.

—Te estás refiriendo a otra cosa, ¿verdad? —preguntó Cecilia con una mirada inquisitiva.

—Sí —dijo él—, y es algo que me he guardado para este viaje.

—¡Yo he pensado lo mismo! —lo interrumpió Cecilia, alegre, y se tapó rápidamente la boca con la mano para mostrar que no diría más hasta que Arn hubiese continuado.

—Dios no ha creado a ningún hombre ni a ninguna mujer para ser siervo, ésa es mi opinión —prosiguió Arn—. ¿Dónde está escrito eso en las Sagradas Escrituras?

Tú, igual que yo, has vivido en aquella parte del mundo, detrás de los muros, en donde una cosa así sería impensable. Creo que en eso pensamos igual.

—Sí, yo opino lo mismo —dijo Cecilia muy seria—. Pero lo que siempre me pregunto es si soy yo quien no lo entiendo o son todos nuestros parientes quienes se equivocan. Hasta los mismos siervos parecen creer que Dios ha creado a algunas personas para ser señores y a otras para ser siervos.

—Muchos de los siervos ni siquiera creen en Dios —comentó Arn—. Pero eso que decías también lo he pensado yo. ¿Soy yo quien se equivoca? ¿O es que soy más inteligente y mejor que todos nuestros parientes, incluidos Birger Brosa y Eskil?

—Sí —repuso—, por el mero hecho de haberte formulado esa pregunta. Por tanto, en eso tú y yo somos iguales.

—Pero si estamos de acuerdo, ¿cómo lo haremos? —preguntó Arn—. Si mañana liberamos a todos los siervos de Forsvik, porque los amos no quieren ser propietarios de siervos, ¿qué pasará entonces?

Cecilia no tuvo una respuesta de inmediato. Estuvo pensando un buen rato con la mano debajo de la barbilla, y se le ocurrió que sería fácil apartarse del pecado; lo difícil sería arreglar todo el desorden que tal vez se originaría.

—Sueldo —dijo Arn finalmente—. Los liberamos a todos, digamos un día en pleno invierno, para que el frío los obligue a ser sensatos y que no se vayan corriendo cada uno por su lado con su libertad. Luego les ofrecemos un sueldo. En cada cambio de año, todo siervo, quiero decir, cada hombre y cada mujer, recibirá una cantidad en plata. Otra posibilidad que mi difunta madre Sigrid usaba era dejar que los siervos liberados fuesen arrendatarios en una tierra nueva y que pagasen un arriendo anual. Mi propuesta es que intentemos proceder de ambas formas.

—Pero tantos sueldos supondrán grandes gastos para nosotros en plata pura —suspiró Cecilia—. Y yo que acababa de ver una mejora en los libros de contabilidad...

—El que da limosnas a los pobres hace una acción que a Dios le agrada, aunque la bolsa de plata sea más ligera —señaló Arn, pensativo—. Es justo, y tú y yo queremos vivir de una manera justa. Eso ya es una razón. Otra razón es que los arrendatarios liberados por mi madre en Arnäs trabajaban mucho más duro. Sin que nos costara más forraje en invierno, aumentaban nuestras riquezas. Imagínate si los liberados siempre trabajasen más que los siervos, imagínate si fuese un buen negocio liberarlos...

—En ese caso, nuestros parientes, propietarios de siervos, no solamente serían pecadores sino también débiles mentales —rió Cecilia—. ¡Somos bastante orgullosos tú y yo, mi querido Arn, si pensamos de esta manera!

—Ya lo veremos —repuso él—. De todos modos, tú y yo queremos purificarnos del pecado, pues ¡hagámoslo! Si el Señor nos quiere recompensar por ello, no es de nuestra incumbencia. Y en cualquier caso, aunque lo encontremos caro en plata, nos lo podemos costear. ¡Intentémoslo!

—Sí, ¡y esperemos hasta que sea pleno invierno para que no se vayan corriendo como gallinas alborotadas en cuanto los dejemos libres! —sonrió Cecilia como si se imaginase todo el jaleo que se armaría en Forsvik.

En Bjälbo no fueron tan bien recibidos como esperaban. Cuando entraron entre los fuegos de bienvenida delante de la iglesia fueron recibidos por la servidumbre, que les indicó un lugar en una de las casas para huéspedes como si tuviesen que compartirlo con su guardia. No llevaban una gran comitiva, puesto que sólo iban con ellos los niños Sune y Sigfrid, quienes a lo mejor se consideraban a sí mismos como los protectores de sus señores, pero a los que todo el mundo sólo veía como dos niños.

Ése fue uno de los pocos asuntos que Birger Brosa comentó en una breve conversación con Arn, que no era muy apropiado para un Folkung viajar sin escolta, especialmente cuando los Sverker en este festín podrían tomarlo como un desaire.

También el padre de Ingrid Ylva, Sune Sik, se mostró frío en el tono de voz y cuando le dio la mano a Arn. Sólo comentó que la deuda de sangre que había entre ambos no se lavaría hasta después de la cerveza nupcial.

El ambiente tenso que reinaba en el sitio, donde ni Birger Brosa ni su señora Brígida se dignaron decir una palabra amable a Arn o a Cecilia, se extendió por toda la sala. Esa reunión en Bjälbo no sería recordada precisamente como una fiesta de compromiso alegre.

Las tres noches, Arn y Cecilia se retiraron todo lo temprano que les fue posible sin ofender el honor del anfitrión. Apenas tuvieron ocasión de hablar con su hijo Magnus y su futura señora Ingrid Ylva, puesto que el palco de compromiso, adornado con ramas, se encontraba lejos del sitio.

No se quedaron ni una hora más de los tres días que la tradición les exigía.

Tampoco fue mucho mejor para Arn cuando llegaron a su siguiente visita en Ulfshem en casa de Ulvhilde Emundsdotter, la amiga íntima de Cecilia. La finca estaba hermosamente situada entre Bjälbo y Linköping, había vino para Cecilia y Arn, que estaban encantados de renunciar a las borracheras de cerveza, y la carne era tierna. Pero entre Arn y Ulvhilde había una sombra que no quería desaparecer y que todo el mundo veía, aunque nadie quisiese comentarlo.

Al marido de Ulvhilde, Jon, que era más amigo de las leyes que de la espada, le costaba mantener una conversación razonable con Arn, ya que daba por sentado que Arn no sabía de otra cosa que de guerrear. Y este último se sentía como si le hablara como a un niño o a un ignorante.

A Jon también le molestaba que sus hijos Birger y Emund mirasen todo el tiempo fijamente a Arn con los ojos brillantes de admiración. La cosa mejoró algo en un sentido pero no en otro, cuando Arn les sugirió que sería mejor que los jóvenes Sune y Sigfrid saliesen con los hijos de Jon en lugar de quedarse cortésmente en compañía de los adultos. Los niños salieron obedientemente pero pronto se oyó el entrechocar de armas en el patio, cosa que no sorprendió a Arn, pero sin duda irritó a Jon.

La segunda noche, que iba a ser la última en Ulfshem, Arn y Cecilia, Jon y Ulvhilde estaban juntos al lado del fuego largo en la sala. Era como si las dos mujeres, que tenían miles de asuntos que comentar, no hubiesen detectado hasta que ya fue tarde que sus maridos no estaban a gusto en sus respectivas compañías. La conversación era forzada y sólo hablaron de cosas triviales que no desembocasen en nada desagradable.

Arn estaba bastante seguro de lo que se ocultaba en el fondo de ese lago oscuro y al principio de la tensa noche pensaba dejarlo estar. Pero después de la primera hora, que se arrastró lentamente con palabras vacías, silencios embarazosos y ni una sola risa, decidió que era más difícil soportar esa situación que extirpar el tumor purulento.

—¿Por qué no hablamos de lo que hay entre nosotros? No mejorará nada el hecho de que finjamos —dijo Arn en medio de una conversación sobre el suave otoño de este año y cuán duro había resultado el otoño anterior en comparación.

Primero se produjo un silencio total, lo único que se oía era el chisporroteo del fuego.

—Te refieres a mi padre, Emund Ulvbane —dijo finalmente Ulvhilde—. Sí, hablemos de él ahora mejor que luego. Sólo era una niña cuando lo asesinaron a traición y tal vez lo que yo conozco no sea toda la verdad. Cecilia Rosa es mi más estimada amiga, tú eres su marido y entre nosotros no deberían existir las mentiras. ¡Dime lo que pasó!

—Tu padre Emund era el más leal y mejor luchador del rey Sverker —empezó Arn después de respirar hondo—. Decían que nadie podía con él. En el concilio de todos los godos en Axevalla, él ofendió a mi padre Magnus, hasta tal punto que el honor exigió un duelo entre ambos, o bien con el hijo en el lugar del padre, tal y como contempla la ley. Mi padre no era un hombre de espada y le esperaba una muerte segura a manos de Emund. Llamó a un sacerdote, se confesó y se despidió de sus más allegados. Pero yo me enfrenté a Emund en el lugar de mi padre. Solamente contaba diecisiete años y no tenía ningún deseo de matar a nadie. Hice lo que pude, dos veces le ofrecí a tu padre abandonar la lucha cuando estaba vencido, pero no aceptó. Finalmente no vi otra solución que malherirlo para que tuviese que retirarse pero con el honor a salvo. Hoy tal vez podría haber hecho algo mejor, pero entonces sólo tenía diecisiete años.

—¿O sea que no estabas presente cuando Knut Eriksson asesinó a mi padre en Forsvik? —preguntó Ulvhilde después de permanecer largo rato en silencio.

—No —respondió Arn—. Mi hermano Eskil estaba con él, pero sólo cuidaba de las cuentas en el negocio que tenían que arreglar cuando le compramos Forsvik a tu padre. Cuando la compra estaba hecha y sellada, Eskil se fue a su casa en Arnäs. Knut se quedó para vengarse.

—¿De qué tenía que vengarse con mi padre? —preguntó Ulvhilde, sorprendida, como si jamás hubiese oído ni una palabra de ese asunto.

—Dicen que Emund fue quien decapitó al padre de Knut, el santo Erik —respondió Arn—. No sé lo que hay de cierto en todo ese asunto, pero Knut estaba seguro de que así era. De la misma manera que mataron a su padre, él mató a Emund.

—¡Que ya no podía defenderse puesto que por tu culpa sólo tenía una mano! —interrumpió Jon como para defender a Ulvhilde.

—Eso que dices es cierto —respondió Arn en voz baja—. Pero cuando se trata de una deuda de sangre en nuestro país, he aprendido que una mano o dos hacen poca diferencia.

—¡Un asesinato debe ser llevado al concilio y no a otro asesinato! —replicó Jon.

—La ley tal vez diga eso —admitió Arn—, pero cuando se trata del asesinato de un rey no rige la ley, sino el derecho del más fuerte. Y tú mismo eres un Folkung, al igual que yo, ¿ya sabes que el asesinato de un Folkung jamás será cosa del concilio?

—¡Ese derecho es injusto! —espetó Jon.

Nadie lo contradijo en ese particular. Pero Ulvhilde, después de permanecer un rato en silencio y pensativa, se levantó y se dirigió muy seria hacia Arn, le tomó la empuñadura de la espada, la llevó a sus labios y la besó tres veces. Ésa era la señal de reconciliación según la tradición ancestral.

La noche no fue mucho más alegre después de todo, no hubo bromas ni risas. Pero de todas formas era como si el aire entre ellos se hubiese purificado, como cuando el sol está saliendo de nuevo después de una tormenta un cálido día de verano.

Gracias a eso, la primera visita de Arn a Ulfshem no acabó tan miserablemente como había comenzado. Y el cebo que sabía que eran Sune y Sigfrid para todos los niños de su edad también había dado resultado. Después de su visita, Emund, el hijo menor de Ulvhilde y Jon, no daba tregua a sus padres insistiendo en poder viajar a la antigua casa paterna de su madre, Forsvik. Quedaba claro como el agua que su intención no era peregrinar a la tierra de sus ancestros. Se le había contagiado el sueño de ser caballero. Finalmente obtuvo el permiso de viajar cuando cumplierse los trece años.

A su regreso a Forsvik, Arn y Cecilia encontraron que la finca no había sufrido en absoluto a causa de la ausencia de sus señores durante diez días. Gure, el recién adquirido, había encontrado muchas manos entre los siervos para que lo ayudaran a rehabilitar las viviendas, y en las forjas y los talleres de fabricación de flechas, vasijas y fieltro el trabajo salía de manera regular y sin protestas. La mayoría de los que se dedicaban a esos trabajos eran extranjeros y, dado que toda la cosecha estaba finalizada, a excepción de los nabos, Gure pudo poner a trabajar a muchos siervos. Era una excelente adquisición para Forsvik y los demás lo obedecían con diligencia, como si hubiese sido su señor y no su igual.

Los hermanos Wachtian habían ido anotando por turnos todos los productos que llegaban y dejaron las listas en la cámara de cuentas de Cecilia, de forma que ella sólo tenía que introducirlas en sus libros de contabilidad. Los hermanos también

estaban ansiosos de llevarse a Arn y a Cecilia al molino para enseñarles la nueva herramienta que habían construido.

Jacob era el que primero lo había pensado y dibujado; Marcus, el que había ido a la forja para convertir los pensamientos en hierro y acero.

El asunto que los había mantenido ocupados durante tanto tiempo era cómo convertir la fuerza del agua en una sierra. Puesto que la fuerza consistía en una rueda que movía unos ejes, a pesar de un gran esfuerzo mental, había sido imposible convertir el movimiento rotatorio en dos movimientos de ida y vuelta, como cuando se serraba a mano. Pero después se preguntaron si la cuestión no estaba en la misma rotación y finalmente crearon una sierra redonda. Naturalmente habían fallado varias veces con esa hoja de sierra, puesto que se rompía o se calentaba al acercarla a un tronco, si sólo estaba un poco torcida. Y cuando finalmente habían logrado una hoja que rotase regularmente sin torcerse y en la que el temple de los filos resistiese el calor del movimiento firme, entonces surgieron nuevos problemas. Resultó imposible llevar un tronco manualmente hacia la hoja, ya que la fuerza era superior. Entonces construyeron un trineo que se movía en una pista a lo largo del suelo y en ella empujaban los troncos hacia la hoja. Pero el suelo era desigual y cuando lo arreglasen aún los esperarían más dificultades.

Ahora creían estar listos, pidieron ayuda a Gure y a su equipo, y en un momento y ante la ilusionada mirada de Arn, cortaron con la sierra un tronco en cuatro tablas planas, como para la borda de un barco.

Cuando Cecilia preguntó para qué serviría, aunque pareciese un invento curioso, contestaron que para hacer suelos. Suelos para casas de piedra, como en Arnäs, había sido su primera idea, pero tal vez también aquí en Forsvik, ya que los troncos desiguales que ahora pisaban quizá no eran lo más práctico. De todos modos sería una decisión que deberían tomar más adelante, primero se trataba de poner una remesa de tableros a secar durante el invierno y para el verano siguiente se vería si eso suponía una gran mejora. En comparación, de construir suelos de piedra caliza tallada a construirlos con esa madera serrada, las horas de trabajo se reducirían a una décima parte.

Además, esa sierra, que ahora estaba metida en el eje del molino con las piedras pulidoras para cosas grandes y pequeñas, era solamente la primera. Cuando construyeran el canal con nuevas ruedas de agua, se podrían hacer sierras redondas, grandes y pequeñas. Y con eso ahorrarían muchas horas de trabajo, y podrían cortar mucho más de lo que necesitasen para sí mismos, opinaban los hermanos.

Arn les golpeteó cordialmente la espalda y dijo que pensamientos y herramientas de ésas valían tanto como el oro para la finca, pero también para los inventores.

Arn dedicó las mañanas de la semana siguiente a montar los caballos con Alí y Mansour, y juntos practicaron con los niños hasta cansarlos. Las tardes las dedicaron al tiro y a hacer prácticas con la espada, primero ellos mismos y luego con sus tres jóvenes escuderos.

En la forja habían fabricado un material que otros formaron casi como espadas de verdad, pero con el filo romo. Aunque no fuesen espadas cortantes deberían tener el tacto correcto para las manos de Sune, Sigfrid y Bengt. Iba probando hasta que juzgaba que cada uno tenía el peso correcto en su espada de prácticas, puesto que la fuerza de sus brazos no era la misma. También había hecho confeccionar unas cotas de malla para ellos, cosa que Cecilia encontraba más infantil que sensata, ya que nadie podría imaginar a unos niños tan pequeños saliendo a guerrear.

Arn, un poco dolido, le explicó que tampoco era ésa su intención, sino que quería que se acostumbrasen a moverse siempre con esa ropa pesada. Además, añadió después de su pregunta de si no se les quedaría pronto pequeña esa ropa, otros niños llegarían tras esos tres aprendices.

En Forsvik, con el tiempo, habría armaduras y armas de práctica de todos los tamaños, desde para niños de trece años en adelante.

Esa información hizo reflexionar a Cecilia. Ella había dado por supuesto que Arn educaba a esos niños por bondad o porque no había podido negarse, no tanto por voluntad propia como por la insistencia de ellos. Como si sólo les hiciera un favor a unos parientes jóvenes.

Pero ahora veía ante sí una hilera de cotas de malla y de espadas que colgaban como las sillas en el establo con un número encima. Había algo amenazador en esa imagen, tal vez porque no entendía del todo lo que significaba.

Arn no se percataba de esa angustia en Cecilia, puesto que su mente estaba llena de cavilaciones sobre cómo practicar con armas con esos niños tan jóvenes. Había enseñado a muchos hombres, especialmente durante su tiempo como comendador en Gaza. Pero no sólo habían sido adultos, sino que habían llegado jóvenes a Gaza, porque algunos de las delegaciones de los templarios en Roma o en Provenza, París o Inglaterra habían hecho una selección de entre los que ya se creían entre los elegidos. Lo eran pocas veces, desde luego, y al llegar a Gaza se comportaban con las armas de manera que, si se los hubiese enviado a la lucha contra los jinetes sirios o egipcios, la mayoría habrían muerto de inmediato. Contra aprendices así se podría actuar con cierta dureza al enseñarles desde el principio cómo ser un templario. Al darles una espada de prácticas, pronto experimentó, sin embargo, que con niños de trece años la dureza no era el mejor método. Su primer error era dejarlos luchar el uno contra el otro después de ponerles las cotas de malla. Empezaron a golpearse como salvajes, especialmente Bengt Elinsson, que peleaba con una furia temeraria, no sólo porque dejaba a Sune y a Sigfrid llenos de moratones en brazos y piernas, sino más por el odio que henchía el pecho del niño y que se mostraba más bien claramente cuando tenía una arma en la mano.

Arn cambió pronto las prácticas de espada por la lucha contra un poste en lugar de contra carne y hueso. Levantó unas estacas de madera y con el hacha marcó en cada estaca el lugar de la cabeza, el brazo, la rodilla y el pie, y les enseñó los ejercicios más comunes, señalando los diferentes sitios en su propio cuerpo donde

demasiada práctica podría hacer daño y se debería descansar. No le sorprendió en absoluto que Bengt Elinsson fuese el único de los tres que no escuchó los primeros dolores de advertencia que emitía su cuerpo y siguió luchando tanto que se lastimó y tuvo que dejar la espada durante una semana.

Tarde o temprano, deberían empezar a practicar el uno contra el otro, pero hasta entonces tenía la intención de encontrar mejor protección para cabeza, manos y mejillas. El dolor en los ejercicios era bueno, ya que llevaría a tener respeto a la espada del contrario. En cambio, demasiado dolor y muchas heridas en los aprendices jóvenes podría llevar al miedo. Tal vez sería mejor cuando el hermano Guilbert llegase a Forsvik durante el invierno, se consolaba Arn. Porque el hermano Guilbert ciertamente había hecho un caballero del propio Arn, y la habilidad de enseñar era ahora muy valiosa para Forsvik.

Al pensar en el hermano Guilbert, también se le despertó su mala conciencia. Desde hacía tres meses, el hermano Guilbert se dedicaba al duro trabajo de la piedra con los canteros sarracenos de Arnäs y no lo había visitado ni una sola vez ni le había enviado unas palabras de ánimo.

De repente sintió vergüenza al darse cuenta y, sin vacilar, montó en su caballo *Abu Anaza* y se fue derecho a Arnäs, atravesando bosques y campos, de manera que llegó a su destino en la tarde del mismo día que salió de Forsvik.

Cuando vio a sus hermanos sarracenos luchar con la piedra en Arnäs, sus ojos se llenaron de lágrimas al ver cómo las ropas se les caían como trapos y el sudor les brillaba en los brazos y la frente. También el traje lego del hermano Guilbert se había roto por el roce de los cantos afilados de las piedras y estaba tan sucio por la argamasa que más bien parecía un siervo que un monje.

Aunque sintiese vergüenza por su profunda despreocupación, no pudo más que dar una vuelta por la muralla para ver todo lo que habían progresado. Y lo que veía respondía en cada piedra y en cada hilera a sus más ilusionadas esperanzas y fantasías, o incluso las superaba.

La parte más corta de la muralla hacia el lago Vänern y el puerto estaba lista, con ambas esquinas defendidas por torres redondas colgantes en la parte exterior. Encima del portal vacío en dirección al puerto se levantaba una torre cuadrada y habían hecho veinte pasos de la muralla más larga, la que iba de oeste a este. Un trabajo así en sólo unos meses y con tan pocas manos impresionaría al mismísimo Saladino, pensó Arn. Ciertamente era el principio de una fortaleza inexpugnable.

Arn fue arrancado de sus sueños y devuelto a su mala conciencia al ser visto por los constructores. Entonces cabalgó a su encuentro, los llamó con ambas manos, desmontó y cayó de rodillas ante ellos. Todos enmudecieron, atónitos.

—¡Hermanos creyentes! —dijo al ponerse de pie e inclinarse—. Vuestro trabajo es grande, e igualmente grande es mi deber hacia vosotros. Grande también es mi descuido por haberos abandonado como si fuerais esclavos. Pero sabed que yo también he trabajado igual de duro para que no tengáis que soportar nuestro invierno



nórdico como si fuese el infierno. Os invito a acabar este trabajo duro y que de aquí a dos días, cuando hayáis terminado, viajéis conmigo a descansar e instalaros para el invierno. El mes de ayuno casi ha acabado y la fiesta la celebraremos juntos y será sonada. Una cosa más: ¡vine a veros a vosotros, constructores, antes que a mis propios parientes aquí en Arnäs!

Cuando hubo terminado, los sarracenos se quedaron callados y se miraron los unos a los otros, más confundidos que alegres de que el trabajo duro hubiese tenido un fin tan repentino. Acto seguido, Arn se acercó al hermano Guilbert y lo abrazó sin mediar palabra durante largo rato.

—Si no me sueltas pronto, hermanito, haremos el ridículo a ojos de esos creyentes, como tú los llamas —gruñó el hermano Guilbert finalmente.

—Perdóname, hermano —dijo Arn—. Sólo puedo decirte lo que ya les he dicho a los sarracenos, que he luchado duramente y sin cesar para prepararnos un buen invierno. Me da mucha pena ver cómo habéis sufrido aquí.

—La mayoría de nosotros hemos pasado peores calvarios que construir con piedra en un clima fresco —murmuró el hermano Guilbert, que no estaba acostumbrado a ver al adulto Arn tan sensible.

—¿Tal vez podamos marcharnos dentro de un día? —sugirió Arn con la cara iluminada—. ¿Qué es lo que hace falta para asegurar la construcción de cara al invierno?

—No mucho. Hemos intentado construir pensando en el invierno. O mejor dicho, yo lo he pensado; estos amigos no saben lo que puede hacer el frío, el hielo y la escarcha en una construcción. Hemos sido muy meticulosos en cuanto a taponarla desde arriba, pero gran parte de la argamasa está húmeda.

—¿Y si la cubrimos desde arriba con cuero?

—Sí, eso sería lo mejor —asintió el hermano Guilbert—. ¿Crees que podremos hacernos con plomo para la primavera?

—¿Plomo? —inquirió Arn—. Sí, pero tal vez no en grandes cantidades. ¿Para qué quieres plomo?

—Para las juntas superiores —respondió el hermano Guilbert con una profunda inspiración—. Imagínate que vertemos plomo derretido desde arriba por todas las juntas a cielo abiertas, ¿entiendes por dónde voy?

—Sí —asintió Arn lentamente—. Si pudiéramos emplomar las juntas de arriba, no entraría nada de agua... ni tampoco hielo. Es una buena idea, intentaré encontrar plomo. Pero dime ahora que estás bien, que tu cuerpo no te duele más de lo que es habitual después del trabajo y que me perdonas por haberte abandonado de esta manera.

—Lo haré después de haber visto mis aposentos de invierno y comido mi primer jamón, porque no hemos visto mucho de eso aquí durante el mes del ayuno —rió el hermano Guilbert, zarandeando a Arn tal y como solía hacer cuando reprendía a su joven alumno en Varnhem.

—¡El ramadán no tiene vigencia para ti! —exclamó Arn con los ojos de par en par—. ¿No habrás...?

—Nada de eso —interrumpió la pregunta el hermano Guilbert antes de que llegase a ser ofensiva—. Pero si has de trabajar con esos infieles, me parece que lo mejor es ayunar de la misma manera que ellos, ¡así te libras de cualquier protesta!

—¿Sin comer entre la salida y la puesta del sol? —preguntó Arn—. Y trabajando duro. ¿Cómo puede soportarse eso?

—Te engordas de tanto comer —murmuró el hermano Guilbert con fingido malhumor—. Y tienes que orinar muchísimo las primeras horas de trabajo por toda el agua que tragas. Comemos como *djins* en cuanto se pone el sol, cenamos durante horas y, por suerte, no acompañamos todos esos asados de cordero con vino.

Mientras el hermano Guilbert se llevaba a los constructores sarracenos para empezar a desmontar su campamento, Arn entró en Arnäs y en seguida encontró a los que buscaba principalmente. Eskil se hallaba con su hijo Torgils en la cámara de cuentas de la gran torre y su padre, el señor Magnus, estaba en la habitación de la torre con Yussuf, el experto en medicina. El reencuentro fue muy feliz, especialmente para Arn, puesto que sus tres parientes más próximos se apresuraron a la vez a hablar de la nueva construcción y a querer enseñarla. Arn no se hizo de rogar.

Tuvieron que subirse a unos andamios para llegar a la obra, ya que los nuevos muros eran el doble de altos que los antiguos. Allí arriba podían caminar un trecho corto en la línea de tiro, donde las aberturas de tiro eran anchas en la parte interior pero sólo dejaban una pequeña ranura en la exterior. Todos entendían el significado de eso sin las explicaciones de Arn. Si mirases por esas aberturas y apuntases con un arco o una ballesta, tendrías un campo de visión hacia todos los lados, mientras que a quien se encontrase al otro lado del foso le costaría mucho acertar el tiro en la estrecha ranura que se veía desde el exterior.

Sin embargo, para otras cosas sí que hacían falta sus aclaraciones. La torre situada sobre la puerta grande que daba al agua sobresalía por encima del muro. Desde allí podría dispararse a lo largo del muro contra los enemigos que intentasen levantar escalas de asalto.

Pero de todos modos sería difícil levantar esas escaleras alrededor de la torre de la puerta, dado que los muros eran el doble de gruesos en la parte de abajo que arriba, en el pasillo de tiro. Esa inclinación estaba hecha por dos motivos, explicaba Arn. Si a alguien se le ocurriese levantar escaleras de asalto allí, éstas tendrían que ser muy largas y fuertes para no partirse por la mitad cuando empezasen a escalarlas. Y cuanto más pesadas fuesen las escaleras, más difícil sería colocarlas de una manera rápida y por sorpresa.

La otra razón para inclinar el muro precisamente allí hacia el puerto era que el suelo sería más liso para el enemigo con el hielo del invierno. Si intentase acercar los arietes, tendría que alzarlos y construir una especie de columpio para balancearlos. Porque si solamente empujaba contra la base inclinada, no le serviría de mucho. Pero

construir un andamio para los arietes no sería cosa fácil, ya que un trabajo de ese tipo no podría hacerse sin que los defensores los atacasen desde el muro y la torre.

La puerta de entrada desde el lado del puerto estaba en lo alto y en medio de la torre, por lo que se formaba una pequeña galería abovedada. Arn mostró cómo se construiría la puerta, primero con una verja forjada que podrían bajar y subir desde la parte interior de la torre. Eso se podría hacer en un instante si el asalto llegaba rápidamente y por sorpresa. Luego se subiría el puente levadizo de roble grueso para que cubriese perfectamente la verja por el exterior. En una fortaleza, las puertas siempre eran el punto más débil y por eso esa puerta había sido colocada tan elevada del suelo, para que fuese muy difícil tener acceso a ella con arietes o herramientas. Especialmente porque los posibles asaltantes serían asaeteados sin cesar desde las dos torres laterales, y desde lo alto de la barbacana en la torre de la puerta se les lanzaría todo tipo de cosas.

Por el momento sólo se podía pasar por un paso estrecho desde las dos torres laterales en la dirección de los futuros muros. Pero al situarse allí arriba y mirar por la línea en la que continuaría la construcción, era fácil comprender cómo quedaría todo acabado. En todo el reino no habría una fortaleza más poderosa.

Arn pidió usar todos los cueros no acabados de curtir que tuviesen para cubrir los mojinetes y los pasillos de tiro de cara al invierno, y tanto su padre Magnus como Eskil le contestaron al unísono y casi livianamente que le darían todo lo que exigiese y estuviese en su poder o entre sus pertenencias. Con esa construcción, ambos ya habían entendido sin duda la era cuya llegada era inminente, la era en que el poder de los Folkung sería el mayor de todos. En mitad de esa conversación jovial y emocionada, el señor Magnus mencionó por casualidad que Birger Brosa no tardaría en acudir a Arnäs para celebrar el concilio del linaje.

En seguida se extendió un breve abatimiento, puesto que el canciller había dictaminado que la presencia de Arn Magnusson sería superflua en ese concilio, ya que tanto su padre como su hermano mayor bien podrían responder por él. No había nada que discutir. Birger Brosa era el primero de entre los Folkung y el canciller del reino. Tal y como él dispusiese, así se haría.

Sin embargo, no hubo tristeza en el festín nocturno, ya que había miles de asuntos que tratar en lo referente a la construcción de Arnäs y las tareas de Arn en Forsvik. Tanto Eskil como el señor Magnus ya sabían a esas alturas hacia lo que Forsvik apuntaba: iba a ser la segunda viga en la construcción del poder de los Folkung.

Hablando de los planes futuros, el joven Torgils no tardó en recordarles la promesa de que podría ser aprendiz en Forsvik. Y Arn dijo en pocas palabras que, por él, Torgils sería bienvenido en cuanto quisiera. Torgils contestó que quería viajar en seguida, a lo que Eskil, incómodo, no pudo más que acceder.

Antes de que Arn y sus acompañantes abordaran la nave que los llevaría por el lago Vänern hasta el campamento de carga para barcos fluviales, mantuvo una breve conversación privada con el médico Yussuf y decidió que también él iría con todos

los fieles a Forsvik, adonde ya había marchado Ibrahim con los primeros extranjeros. Porque no sería una buena recompensa para un musulmán permanecer solo durante el invierno y aguantar la desmedida gula de carne de cerdo durante la Navidad, consideró Arn, aunque no lo comentara con nadie. Y de todos modos, su padre gozaba de tan buena salud que ya no necesitaba un cuidado diario. Arn, sin embargo, se llevó a su padre aparte y cortésmente, pero con insistencia repitió todo lo que Yussuf le había advertido. Debía moverse todos los días, ni mucho ni poco, pero a diario. Además, debía reducir el consumo de carne de cerdo y, en cambio, comer salmón y ternera, ciervo y cordero, y mejor beber vino que cerveza ahora que se acercaban las fiestas navideñas.

El señor Magnus gruñó algo acerca de que eso ya se lo podía imaginar él mismo. Era una pena pero bien sabido que la vida de los hombres de su edad peligraba con el exceso de cerveza navideña.

Durante los días en que Arn estuvo en Arnäs, Cecilia se sintió cada vez más confundida con los extranjeros en Forsvik. Por las noches armaban un gran escándalo en su casa principal, y por el humo y los olores a carne y a pan comprendía que continuamente estaban de fiesta allí dentro. Rechazaban el pan de Forsvik, hecho en el otoño, y habían construido sus propios hornos de barro, que parecían avisperos del revés, y en ellos cocían todas las noches su propio pan en grandes obleas finas. Se levantaban tarde por las mañanas e iban muy despacio al trabajo.

Cecilia sólo podía imaginar lo que eso significaba y tendía a pensar que era la ausencia de Arn la que había sacado a relucir la pereza en esos extranjeros. Aunque no todos hacían lo mismo; los hermanos Marcus y Jacob trabajaban arduamente, como de costumbre, al igual que los ingleses que preparaban las flechas, John y Athelsten. Llevaba tiempo pensando en preguntarle a Arn sobre eso y otras cosas que no podía abarcar con los sentidos. Pero las largas noches de invierno, cuando el viento aullara fuera de la casa, y ambos estuvieran muy juntos acostados cerca del fuego y él le contara todas las maravillas y todo el terror de Tierra Santa y diera respuestas a las preguntas difíciles, esas noches estaban muy lejos en más de un sentido.

Desde aquella vez en que cabalgaron solos y la Virgen dulcemente les enseñó los alegres derechos de los que una vez abusaron pero que ahora eran de su propiedad, sus noches habían sido tan dulces que el mero pensamiento encendía los colores en las mejillas de Cecilia. Por eso no habían tenido muchas conversaciones sobre asuntos importantes en su dormitorio.

Cuando Arn volvió, resultó que no solamente lo acompañaba el joven Torgils, sino también muchos más desconocidos, puesto que regresaba con todos los picapedreros de Arnäs. Tenían un aspecto deplorable y la ropa les colgaba en harapos, pero al parecer tenían vestidos enteros y bonitos empaquetados en grandes hatos. Habían desmontado el campamento en Arnäs y, por consiguiente, se instalarían en Forsvik para el invierno. Cecilia se sintió un poco ofendida por no haber sido avisada

de antemano, ya que consideraba que, si tantos hombres libres e importantes llegaban a Forsvik, deberían ser tratados como huéspedes. Casi se enfadó cuando, riendo y negando con las cabezas, rechazaron su intento de darles la bienvenida con sal, cerveza y pan. Desde luego no era costumbre en Götaland Occidental rechazar un recibimiento de ese modo.

Más confundida todavía se quedó la primera noche después de la llegada de los extranjeros, ya que el ruido de la casa de los desconocidos era peor que nunca. Arn le respondió escuetamente que celebraban una fiesta que se llamaba Laylat al-Qadr, y que significaba la noche de la fuerza. Entonces le preguntó inocentemente de qué fuerza se trataba y se le congelaron las entrañas al oír su respuesta: lo que celebraban era la primera visión de Mahoma.

¡Mahoma! ¡El diablo en persona bajo el aspecto de un hombre que decía ser Dios, esa doctrina herética por la que todos los cristianos habían sufrido tanto al enfrentarse en Tierra Santa contra esos diablos en forma de hombres, esos monstruos con cuernos!

Arn ni siquiera notó que se quedó tensa por unos momentos, ya que, con un gruñir somnoliento, mostraba más interés por la alegría del amor carnal que por cualquier otra cosa, y puesto que ya se encontraba en situación de no poder ocultarlo, ella no podía levantarse de la cama, golpear con el pie en el suelo y decir que preferiría hablar de Mahoma. Así que pronto se dejó arrastrar en su dulce corriente y olvidó todo lo demás.

Pero dos o tres días más tarde le pidió que se pusiera su mejor vestido, ya que irían a una celebración. Le preguntó adonde viajarían, pero él le respondió que se celebraría tan cerca que podrían ir a pie y ya vestidos para la fiesta. Cuando cuidadosamente preguntó si era una broma, le enseñó su propia ropa que ya había colocado en la cama, con el manto nupcial azul debajo de todo.

Un poco antes de la puesta del sol, los hermanos Marcus y Jacob Wachtian vestidos de fiesta, junto con el hermano Guilbert, en hábito cisterciense limpio y blanco, fueron a buscar a Arn y a su esposa para acudir al festín. En el patio ya se mezclaban los olores de cordero asado con el aroma de especias desconocidas.

Cecilia no había entrado en la casa principal de los huéspedes desde aquella vez en que Arn se la enseñó. Ahora se dirigieron todos allí y cuando entró apenas pudo reconocerla. Habían colocado aún más alfombras multicolores y en las paredes colgaban tapices con fantásticos motivos estrellados. Había bancos en un cuadrado alrededor del suelo, y detrás de los bancos, montones de cojines y colchones de pluma, y lámparas de cobre y hierro con cristales de colores ardían colgadas del techo y junto al fuego alargado asaban en parrillas truchas asalmonadas del lago Vättern.

El médico Ibrahim, vestido con una túnica larga de un brillo intenso y con la cabeza envuelta en una tela, recibió a sus huéspedes en la puerta y los llevó al sitio principal, en medio de la fila de cojines y bancos que se hallaba más al oeste.

Llevaron jarras artísticamente decoradas junto con vasos hechos en el propio

taller de vidrio y los colocaron a lo largo de los bancos. Cecilia estuvo a punto de sentarse allí, pero Arn, riendo, le señaló que se sentara de rodillas detrás del largo banco de madera y le susurró que no tocara ni la comida ni la bebida antes de que lo hiciera otro.

Esperaban a la puesta del sol y mientras tanto se acomodaron los extranjeros, excepto los que se encargaban del pescado asado, y el viejo Ibrahim, que salió al patio.

Para su enojo, Cecilia vio que ni el hermano Guilbert ni los hermanos Wachtian o Arn se sentían en absoluto molestos por esos olores y costumbres extraños. Conversaban y bromeaban en voz baja entre ellos en aquel idioma que Cecilia había aprendido a reconocer como franco.

Pronto Arn descubrió la confusión de Cecilia, se excusó ante los hombres y se volvió hacia ella para explicarle.

Era una noche estrellada, una de las primeras con escarcha, en aquel otoño tan suave, y allí, en el patio, el médico Ibrahim estaba escrutando el cielo en el noroeste. Al caer la oscuridad en seguida descubriría la fina hoz de la luna que presagiaba un nuevo mes y entonces la fiesta llamada Id al-Fitr empezaría, cuando se celebraba el fin del mes de ayuno.

Primero Cecilia puso objeciones y dijo que el ayuno no podía ser en octubre, sino en la primavera, pero se detuvo cuando comprendió que no era un momento adecuado para mantener conversaciones religiosas.

Ibrahim entró y anunció algo en su idioma extraño e incomprensible, parecía salir más bien de la garganta que de la lengua, y todos en la habitación se pusieron a rezar brevemente. Después Arn cogió la jarra de cobre, recubierta de estaño en el interior, que estaba frente a él en la mesa y le sirvió un vaso a Cecilia y luego al hermano Guilbert y a los hermanos Wachtian. Luego hicieron lo mismo todos los comensales y alzaron sus copas, bebieron ansiosamente y volvieron a servirse. Cecilia, que había sido más lenta y cuidadosa en llevar su copa a la boca, tosió sin querer cuando se dio cuenta de que el contenido de la copa era agua pura y no vino blanco como había pensado.

La cena consistía en cordero asado, ganso, trucha asalmonada y otros pequeños platos que Cecilia no conocía y que sirvieron en grandes platos redondos de madera. Tocaron unos instrumentos desconocidos y alguien entonó una canción a la que muchos se sumaron.

Arn tomó un pedazo del pan blando y plano y le enseñó a Cecilia cómo debía mojarlo en la salsa adyacente al asado de cordero, y cuando lo hizo, su paladar se llenó de unos gustos extraños que la hicieron vacilar un instante, pero que después encontró plenamente comestibles y al cabo de un rato hasta deliciosos. El asado de cordero era lo más tierno que jamás había probado y la trucha asalmonada tenía un sabor totalmente distinto por las especias que se parecían al comino.

Arn se divertía cogiendo comida de vez en cuando de los diferentes platos y

dándole de comer a Cecilia en la boca como si fuera una niña, y cuando intentaba resistirse, se reía diciendo que ésa era una manera cortés de mostrar atención a la amada o a una amiga íntima.

Al principio, todos los extranjeros comieron muy de prisa, como glotones. Pero cuando hubieron calmado el hambre, los hombres se reclinaron contra los cojines, comieron más despacio y gozaron con los ojos entornados de la música melancólica tocada por dos hombres con instrumentos de cuerda, similares a los que los juglares francos mostraron en la boda de Arnäs.

Cecilia no tardó mucho rato en reclinarse como los demás en los cómodos cojines, traídos por varios hombres que se inclinaban para que apoyase la espalda. Ya no estaba tan tensa, comía despacio de todo lo exquisito y solamente alzó ligeramente una ceja al darse cuenta de cuánta miel de su despensa se habría gastado para todos los dulces que había que comer después de la carne y el pescado: pequeños panes de zanahoria rallada rellenos de avellanas y sumergidos en miel. Había algo adormecedor en todos esos olores y gustos extraños que la calmaba cada vez más e incluso empezaba a sentir gusto por la música, aunque al principio le había sonado artificiosa. Comenzó a soñar con países extraños. Si había algo que diferenciaba ese banquete de los que ella conocía era principalmente que era cada vez más tranquilo conforme avanzaba la noche, y las canciones de los instrumentos de cuerda se volvían cada vez más melancólicas y tristes. Nadie se peleaba y nadie vomitaba. Somnolienta, reflexionaba sobre esas costumbres desconocidas y comprendió que era por el agua que se bebía, no era vino ni cerveza. Más y más soñaba en ese mundo diferente hasta que Arn la tomó del brazo y le susurró que sería prudente que los dos invitados de honor abandonasen la fiesta los primeros mejor que los últimos.

La condujo hacia la salida, junto al *lavatorium* de la casa, la cogió de la mano, se inclinó y en aquel idioma tan extraño dijo algo que hizo que todos los hombres de la sala se levantasen y les hiciesen una reverencia en respuesta.

El helor de escarcha la golpeó al salir y le hizo recobrar el conocimiento, como si el encantamiento se hubiese roto, y pensó que esa noche invernal sería la primera en la que Arn le hablaría sobre todo lo desconocido.

Cuando su esposo hubo reavivado el fuego y se hubieron metido en la gran cama, ella empujó las almohadas de manera que pudiesen sentarse uno al lado del otro y mirar las llamas del hogar. Entonces le pidió que empezara su narración, y antes de nada quería comprender cómo podía ser apropiado que ellos hospedasen a los peores enemigos de la cristiandad como huéspedes en un hogar cristiano.

Primero Arn le contestó un poco a regañadientes que esos musulmanes, como se llamaba a los seguidores de Mahoma, eran personas que habían trabajado para los cristianos en Tierra Santa y por eso su propia gente los habría matado si no hubiesen podido huir con él hasta el Norte. Lo mismo ocurría con los hermanos Wachtian, que eran cristianos de Tierra Santa. Habían tenido sus talleres y sus negocios en Al Hammediyah, que era la calle comercial más importante de Damasco. O sea, que la

cuestión de quién era amigo o enemigo en Tierra Santa no se decidía solamente por las creencias de cada uno.

Cecilia lo encontró inconcebible, aunque puso objeciones con cautela.

Y entonces Arn comenzó su narración, que duraría muchas noches de invierno.

En Tierra Santa habían existido grandes hombres que se distinguían de los demás. En especial, Arn pensó en dos, uno de ellos cristiano, su nombre era Raimundo de Trípoli, y también le contaría cosas acerca de él cualquier otra noche. Pero era más importante empezar con el otro, puesto que era musulmán y su nombre era Yussuf Ibn Ayyub Salah ad-Din, aunque los cristianos, para facilitararlo, le llamaban solamente Saladino.

Al oír nombrar al peor enemigo de la cristiandad, Cecilia contuvo la respiración sin querer. Había oído pronunciar miles de maldiciones sulfurosas de monjas y sacerdotes contra ese nombre.

Sin embargo, Saladino era su amigo, continuó Arn, intrépido, sin notar su asombro. Y su amistad, con el tiempo, había tomado tal curso que ni el más malpensado podría ver otra cosa que la mano de Dios detrás de todo aquello.

Todo empezó cuando Arn una vez le salvó la vida a Saladino, sin tener ni siquiera la intención de hacerlo, cosa que, cuanto más se reflexionaba sobre ello, no podría haber sucedido sin la ayuda de Dios. Si no, ¿cómo podía haber sido que uno de los templarios, los luchadores más devotos del Señor y defensores de Su Sepulcro, hubiese sido el que salvase al hombre que finalmente aplastaría a los cristianos?

Luego se habían encontrado como enemigos en el campo de batalla y Arn había vencido. Pero un poco más tarde, la vida de Arn dependió de Saladino, cuando éste llegó con un ejército muy superior a la fortaleza de Gaza, donde Arn era comendador entre los templarios. En aquella ocasión, Saladino, a su vez, había salvado la vida de Arn.

Y luego siguió una historia vertiginosa que duró muchas horas nocturnas y que versaba sobre hombres nobles y viles canallas, sobre el enorme desierto y los jinetes misteriosos que allí moraban, sobre una espada mágica que nada significaba para los cristianos y en cambio valía tanto para los infieles como la Verdadera Cruz para los cristianos, sobre cómo finalmente la Verdadera Cruz se perdió a causa de locuras y pecados gravísimos por parte de los cristianos, sobre cómo finalmente Saladino venció a todos ellos en una gran batalla a las afueras de la ciudad de Tiberíades y cómo Arn había estado entre los vencidos pero había recobrado el sentido cuando se encontraba entre la larga fila de los prisioneros que iban a ser decapitados y en la que los verdugos se acercaban más y más conforme las cabezas de sus hermanos caían una tras otra.

En aquel momento había rezado su última oración, de eso había estado convencido, y había rezado por Cecilia y por su hijo, que jamás había podido ver. Pidió a la Virgen que mantuviera Su mano protectora sobre ambos, ya que él se estaba preparando para subir al paraíso.



Saladino le había perdonado la vida gracias a su amistad y de ese modo había sido su prisionero y su negociador.

Fue durante la última época en Tierra Santa, cuando ya habían perdido Jerusalén, al igual que otras muchas ciudades cristianas y Arn era el prisionero de Saladino pero también su mensajero y negociador, cuando llegó con un ejército uno de los peores canallas que jamás había pisado Tierra Santa para enfrentarse con Saladino en el campo de batalla y reconquistar la Ciudad Santa de Jerusalén. Ese hombre, cuyo nombre era Ricardo Corazón de León, un nombre maldito por siempre jamás, había preferido divertirse en una negociación decapitando a tres mil prisioneros antes de cobrar el último pago que había pedido en rescate por ellos, que llevarse la Verdadera Cruz de vuelta a la cristiandad.

En ese momento de tanto dolor, Arn y Saladino se habían separado para siempre, y como regalo de despedida Arn recibió los cincuenta mil besantes de oro del rescate que Ricardo había rechazado para saciar su sed de sangre.

Por eso Arn podía costear las construcciones en Arnäs y la nueva iglesia en Forshem y todo lo que se estaba construyendo en Forsvik.

Y eso solamente era la historia a grandes rasgos, señaló Arn. Harían falta muchas noches de invierno para contarla con más detalle. Y tal vez el resto de la vida para entender realmente el significado de lo sucedido.

Ahí terminó y se levantó para echar más leña al fuego y entonces vio que Cecilia ya se había dormido.

# IX

Lleno de malos presentimientos, Arn entró en Linköping cabalgando a la cabeza del séquito nupcial. Desde el castillo del obispo, situado junto a la construcción de la catedral, ondeaban tres banderines rojos de los Sverker como una burla hacia los invitados, y entre los montones de espectadores que los miraban con hostilidad se veían sólo mantos rojos y ninguno azul. No lanzaron ni una sola rama de serbal para desearle suerte al novio.

Era como adentrarse en una emboscada. Si Sune Sik y sus parientes decidían convertir esa boda en una venganza de sangre, asesinarían a todos los más importantes de entre los Folkung, a excepción del viejo señor Magnus de Arnäs, que se había abstenido de realizar el frío viaje otoñal por motivos de salud.

Al acercarse a la catedral oyeron por algunas lejanas ovaciones cómo el séquito de la novia, con Birger Brosa como padrino, era recibido con mayor simpatía.

En el séquito del novio cabalgaba también el príncipe Erik, al lado de su amigo Magnus Månesköld, que llevaba a su madre Cecilia al otro lado, y detrás a su tío el consejero Eskil. De modo que todo el poder de los Folkung y el hijo mayor del rey Knut ponían sus vidas en peligro a la vez. Si los Sverker realmente querían recuperar el poder real mediante la violencia, ésta sería su oportunidad.

Pero los Folkung no acudían desprevenidos a la ciudad del enemigo. Desde Bjälbo llegaban cien escoltas y parientes armados hasta los dientes. Habían hecho un sorteo, de modo que la mitad de ellos habían tenido que jurar que no beberían ni una jarra de cerveza en todo el primer día y la primera noche. Asimismo, quienes habían ganado el sorteo habían tenido que jurar que ellos padecerían esa misma abstinencia el segundo día y la segunda noche. Los Folkung no se dejarían aniquilar por sorpresa y con incendios.

Lo que más preocupaba a Arn era Cecilia. Por su parte, podría atravesar fácilmente a caballo montones de rústicos soldados-campesinos nórdicos o abrirse paso con la espada entre las filas de los guardias. Pero la cuestión de la que ni

siquiera se atrevía a hablar era si su obligación era permanecer al lado de Cecilia o ponerse a sí mismo a salvo para que los Folkung no perdieran todos sus defensores o vengadores cuando llegase la consiguiente guerra.

Cuando se disparara la primera flecha, la obligación de Arn sería salir a caballo y salvar su propio pellejo. Se lo exigía su juramento de fidelidad a los Folkung. Nadie mejor que él podría dirigir a los vengadores hacia la victoria, y le era imposible negarlo tanto ante otros como ante su propia conciencia.

Sin embargo, decidió que si sucedía lo peor rompería con las leyes del honor: no abandonaría vivo Linköping sin llevar consigo a Cecilia. Ella montaba un buen caballo y llevaba un vestido nuevo que le permitía sentarse a horcajadas en la silla tomando buen apoyo en los estribos, y además, era una buena amazona. Tan pronto percibiese el destello de una arma en alguna parte, iría junto a ella para abrirlle paso.

Estos pensamientos de camino hacia la catedral, adonde el séquito de la novia se estaba acercando desde el otro lado, hicieron que su rostro adquiriera una expresión rígida y lúgubre, algo muy diferente de lo que se podía esperar del padre de un novio. La gente murmuraba y lo señalaban, y él sospechaba que querían decir que él era el primero de los mantos azules que debería caer.

Desmontaron delante de la catedral, y de inmediato aparecieron mozos de cuadra corriendo para sujetar sus caballos. Arn miraba con suspicacia a su alrededor y hacia arriba a la cima del muro del castillo del obispo mientras se dirigía a recoger a Magnus, que sufría una dura resaca tras una despedida de soltero en Bjälbo que había sido casi tan buena como la de Arnäs. Incluso mejor, opinaba Magnus, pues esta vez se había librado de luchar contra viejos y monjes, por lo que en su último juego de mozos había logrado cosechar la corona de la victoria que le habían arrebatado en Arnäs.

El regalo de novia era un grueso collar de oro con piedras rojas. El príncipe Erik se lo tendió, Arn lo recibió y se lo entregó a su hijo Magnus, que lo colocó en torno al cuello de Ingrid Ylva, sobre su manto rojo, con gran torpeza.

Entonces Sune Sik en persona tendió el regalo del novio, una fabulosa espada con vaina vestida de oro y plata y el gavlán recubierto de piedras preciosas. Justo una espada de esas que eran de más provecho en un banquete que en una lucha, pensó Arn para sí mismo cuando Ingrid Ylva colgó la espada de la cintura de Magnus.

El obispo bendijo a la pareja y el novio besó su anillo. Luego todos los que cupieron entraron a la misa, que fue breve, pues los invitados a la boda preferían ir ya al banquete antes que escuchar los deleites celestiales. Mientras duró la misa fueron muchos los que miraron enojados a Arn, pues él seguía llevando la espada en la cintura cuando todos los demás la habían dejado fuera en la armería.

No hubo ningún indicio de peligro ni de traición en el camino desde las obras de la catedral y el patio del obispo, cruzando el puente hasta la finca real de Stáng, donde se celebraría el banquete nupcial.

La hacienda real era vieja y estaba agrietada pero, sin embargo, era el edificio

más destacado de Linköping. Seguro que Sune Sik vivía en mejores condiciones, pero igual de seguro era que prefería demostrar que cuando él era anfitrión lo hacía como el hermano de un rey en una finca real. Aquí en Linköping todos los Sverker trataban las fincas reales como si fueran de su propiedad.

Sostenían el techo dos hileras de gruesos troncos de madera que habían sido pintados de color rojo para ocultar las representaciones paganas, que de todos modos eran visibles, pues habían sido talladas en la madera. A modo de conjuros colgaban crucifijos y retratos de Jesucristo entre cada una de las cestas, con antorchas situadas a lo largo de las paredes.

Arn y Cecilia esperaban una tarde igual de lúgubre que la que habían pasado hacía poco en Bjälbo, pero en cuanto se sentaron en el sitial, tanto Birger Brosa como Sune Sik dejaron claras sus intenciones de hacer que esa tarde fuese agradable y amistosa. Era difícil comprender qué podía ser lo que había provocado ese cambio de actitud. Cecilia intentó sonsacarle información a la señora de Sune Sik y madre de la novia, Valveska, aunque sin demasiado éxito, pues esa mujer hablaba más polaco que nórdico.

Incluso el obispo, que estaba sentado al otro lado, lejos de Arn y de Cecilia, parecía mostrar buena voluntad y cordialidad, pues en cuanto hubo bebido con Birger Brosa y Sune Sik se dirigió hacia ellos. En ese banquete no había vino, y la idea que habían tenido Arn y Cecilia de tocar apenas la cerveza que tenían ante ellos pronto resultó ser un gran agravio en medio de la amabilidad que les llegaba desde todas partes.

Arn se sorprendió más de una vez al oír cómo Birger Brosa le explicaba en voz alta a Sune Sik, de modo que él lo oyese, lo mucho que valoraba a Arn como amigo y pariente.

Algo había sucedido que había cambiado las reglas del juego, pero en esos momentos no podían hacer otra cosa que poner buena cara y esperar poder entenderlo otro día. El acompañamiento al lecho se hizo antes de lo esperado, pues eran muchos en la sala los que deseaban ver ese asunto zanjado antes de poder respirar aliviados. Cuando los Folkung y los Sverker hubiesen sido unidos por lazos sanguíneos a través de Magnus Månesköld e Ingrid Ylva, ya habría pasado el tiempo de la traición, el asesinato y el fuego.

El lecho nupcial se encontraba en una casa menor al lado del riachuelo Stångån, bajo la custodia de la misma cantidad de guardias con manto azul que con manto rojo; la única diferencia era que quienes iban de azul eran capaces de permanecer de pie sin ninguna dificultad, pues sus labios no habían probado ni una gota de cerveza.

Después de un baile en corro en la sala, la novia salió acompañada por sus parientes. Fue como si la gente de la sala de forma inconsciente prestase atención esperando oír golpes de armas y gritos agudos. Sin embargo, todo parecía tranquilo allí fuera.

Poco después llegó el momento realmente decisivo, cuando debían salir Magnus

Månesköld y sus parientes Folkung. Arn arrimó a Cecilia a su lado derecho y liberó con cuidado su espada al salir entre las hileras de antorchas cegadoras. No hablaron entre sí pero los dos agacharon las cabezas y rezaron por la salvación.

Pero nada malo sucedió. Pronto estuvieron junto al lecho nupcial, donde Magnus e Ingrid Ylva yacían en sus camisones blancos, ambos muy alegres y cogidos de la mano. El obispo les leyó una breve oración y Sune Sik extendió la manta nupcial sobre la hermosa y oscura Ingrid Ylva y el corpulento y pelirrojo Magnus Månesköld.

Todos los presentes en la habitación suspiraron aliviados para sí, y Sune Sik se acercó en seguida a Arn y le estrechó las manos, dando gracias a Dios por la reconciliación que acababa de tener lugar y juró que la sangre ya no se interponía entre ellos, sino que los unía.

Cuando los testimonios del lecho salieron al patio fueron recibidos por ovaciones de alivio y alegría, pues ese matrimonio había conducido a la paz y a la reconciliación.

Ahora sería más fácil animar el ambiente en el interior de la sala. Y así fue en cuanto regresaron a sus lugares los invitados del sitial. Según recordaba Arn, sólo una vez antes en toda su vida se había puesto enfermo por exceso de cerveza, y aquella vez prometió que nunca volvería a repetir esa estupidez. Sin embargo, para su desgracia, Birger Brosa y Sune Sik no tardaron en tumbarlo bebiendo como si ambos hubiesen firmado una cruel alianza alcohólica contra él.

Cecilia no se apiadó de su lamentable estado a la mañana siguiente. Al contrario, tenía mucho que decir sobre la insensatez de que un hombre de armas se emborrachase como un soldaducho cualquiera. Arn se defendió aduciendo que se había sentido tan aliviado en el instante en que vio cómo cubrían a Magnus y a Ingrid Ylva que la cerveza entró con mucha mayor facilidad allí donde estaba saliendo la sensatez, pues de todos modos ya no era necesaria.

Pero durante los dos días siguientes de banquete, Arn se lo tomó con mucha más calma, y además, Sune Sik había ordenado que sacaran vino para él y Cecilia, y el vino nunca se bebía con la misma virilidad que la cerveza.

Ingrid Ylva había recibido la finca Ulvåsa como regalo matutino de parte de los Folkung, y después de los tres días de fiesta en Linköping, el canciller Birger Brosa cabalgó a la cabeza del séquito nupcial hasta Ulvåsa, que estaba situada en un cabo a orillas del lago Boren.

Dado que el Boren estaba unido al Vättern, Arn y Cecilia vivían ahora casi en vecindad con Magnus e Ingrid Ylva. En verano había sólo un día de viaje entre ellos en barco, y todavía menos en trineo durante el invierno. Cecilia e Ingrid Ylva, que ya se entendían con facilidad, pues Ingrid Ylva había pasado muchos años en el convento de Vreta, acordaron rápidamente todo lo referente a las visitas y las grandes festividades sin que ninguno de los hombres tuviese tiempo de entrometerse demasiado.

La estancia en Ulvåsa sería breve para que los jóvenes pudieran librarse de la

carga de los mayores en cuanto el decoro lo hiciese posible. Luego la intención era que Arn y Cecilia viajasen juntos con Eskil en uno de sus barcos, primero a Forsvik, y luego Eskil seguiría hasta Arnäs.

Pero cuando al segundo día de estancia se dispusieron a partir, se acercó Birger Brosa resoplando y refunfuñando y le dijo a Arn que desearía que regresara con él a Bjälbo para que pudieran conversar los dos un poco.

Lo que solicitaba el canciller debía serle concedido. Arn no sabía el motivo de que Birger Brosa le ordenara aquello, pero no tuvo ninguna dificultad en explicarle a Cecilia y a Eskil que se veía obligado a viajar en otra dirección. Ambos asintieron sin hacer preguntas. Eskil prometió caballerosamente proteger con su vida a esta señora de Folkung y conducirla a lugar seguro. Arn respondió riendo que eso era más fácil de decir ahora que la paz había sido sellada.

Cuando Birger Brosa y su séquito se disponían a partir hacia Bjälbo, Arn se disculpó diciendo que los seguiría un poco más tarde, pues quería aprovechar la ocasión para hablar en privado con su hijo Magnus.

Birger Brosa no pudo oponerse pero frunció el ceño y gruñó que el viaje hasta Bjälbo era corto y que no tenía intención de quedarse sentado esperando a que apareciese su pariente, pues su tiempo era valioso. Arn prometió que no haría esperar a su tío en Bjälbo, que seguramente llegarían al mismo tiempo.

—¡Pues más te vale tener un buen caballo! —resopló Birger Brosa, animando a su caballo a un pesado galope mientras sus escoltas lo seguían sorprendidos quedándose un poco rezagados.

—Me las apaño bien con mi caballo, querido tío —susurró Arn hacia el canciller fugitivo.

Posiblemente, tanto Ingrid Ylva como Magnus pensaban que ya habían tenido suficiente compañía por parte de los parientes, pues ya se trataban con gran cariño el uno al otro, pero no obstante Magnus no podía rechazar el deseo de su propio padre de dar un corto paseo a caballo y mantener una conversación de hombre a hombre.

Ulvåsa yacía hermosa en su península rodeada por agua cristalina y campos fecundos de los que se encargaban tanto la servidumbre de la finca como la gente del pueblo vecino de Hamra, que ahora era también propiedad de Ingrid Ylva. Los cobertizos del patio eran de la clase antigua y no serían agradables al llegar el invierno. Arn no dijo nada sobre eso, aunque para la primavera siguiente había pensado enviarles constructores desde Forsvik para mejorar las casas, tanto de los señores como de los siervos; cada cosa a su tiempo, ahora había cosas más importantes de las que hablar.

Sin rodeos sobre bodas ni juegos de mozos en Bjälbo sobre los que Magnus parecía muy interesado en presumir, Arn empezó a describir qué llegaría a ser Arnäs. Todo Folkung sería capaz de refugiarse allí en el plazo de tres días en caso de avecinarse un peligro; allí estarían fuera del alcance de cualquier enemigo.

Magnus objetó irritado que en tal caso se dejaría la propia hacienda a disposición

de los incendios y el pillaje y Arn asintió, sombrío, que así era. Pero si el enemigo era fuerte, tendría más importancia salvar el pellejo que no unas casas de madera que se podrían reconstruir fácilmente.

No parecía que Magnus comprendiese ni le interesase especialmente lo que su padre quería explicarle. No había enemigo alguno a la vista.

Además, ahora la paz entre los Sverker y los Folkung había sido sellada con mayor fuerza, ¿no era precisamente por eso que cabalgaban aquí en Ulvåsa e Ingrid Ylva los esperaba en la casa principal? ¿No era ésa la idea de esa boda, el asegurar la paz, y no se había conformado él mismo sin rechistar lo más mínimo con la exigencia del linaje, aunque había sido una exigencia barata la de contraer cama de matrimonio con una mujer morena y hermosa como Ingrid Ylva?

Arn comprendió demasiado tarde que había sido raramente torpe al elegir la ocasión para intentar hacer comprender a su hijo el peligro que acechaba al reino y de qué manera se defenderían de él. Respondió esquivo que era cierto que ningún peligro existiría en los próximos años y que ese matrimonio era un sólido acuerdo de paz. Por su parte había intentado mirar más lejos en el futuro. Al oír esto, Magnus se encogió de hombros y entonces Arn preguntó cómo le había ido en los juegos de solteros en Bjälbo.

Magnus Månesköld se lanzó con mayor alegría a hablar de este asunto y describió con exactitud todo lo que había sucedido en cada uno de los siete juegos, en los que al final él resultó triunfador y el príncipe Erik volvió a ser derrotado.

Se extendieron sobre el particular durante más de una hora y Arn empezó a tener graves dificultades para ocultar su impaciencia, a pesar de que había sido con cierta soberbia que había prometido a Birger Brosa que alcanzarían Bjälbo al mismo tiempo. Al final logró escabullirse con dificultad de la propuesta de Magnus de tomar una jarra de cerveza antes de su partida. Se despidieron fuera, en el patio, y Arn se apresuró a alcanzar la máxima velocidad en dirección a Bjälbo. Magnus miró pensativo la marcha de su padre, razonando que nadie podía cabalgar tan lejos a tal velocidad, que su padre sólo quería demostrar toda esa fuerza mientras siguiese a la vista, pero que aminoraría en cuanto desapareciese tras esa arboleda de robles que había al sur de Ulvåsa.

Birger Brosa y su séquito estaban a menos de un descanso de camino de Bjälbo y podían ver ya la torre de la iglesia cuando Arn los alcanzó sobre uno de sus caballos extranjeros llegando a toda velocidad. Cuando Birger Brosa recibió la noticia de que se aproximaba un jinete y se giró en la silla y vio el manto de los Folkung, pensó primero que probablemente Arn se les había acercado a hurtadillas por la espalda para luego cabalgar el último tramo de esa forma tan descabellada. Pero cambió de opinión al ver que el alazán de Arn estaba empapado en espumoso sudor.

Arn se sentía aliviado al ver que el joven semental que había elegido para la boda era lo bastante bueno, aunque en comparación con *Abu Anaza* era lento. Pero *Abu Anaza* era negro y no había podido llevarlo a la boda, pues según Cecilia un caballo

así era apropiado para los funerales pero en cambio se decía que traía mala suerte en las bodas.

Birger Brosa empezó a dar órdenes en cuanto entraron tras los muros de madera de Bjälbo. Primero debía vestirse con algo más sencillo, luego ir a su cámara de escritura, donde lo esperaban gentes con todo tipo de asuntos, y sería después cuando podría encontrarse con Arn, y eso sucedería arriba, en la cámara de la torre de la iglesia, donde antiguamente se celebraban los concilios del linaje. Ordenó que subieran de inmediato braseros y cerveza, mantas y pellejos de oveja, y que al cabo de una hora no hubiese nadie más allá arriba a excepción de Arn. Tras emitir estas abruptas órdenes, Birger Brosa bajó con pesadez de su caballo, lo dejó al cuidado de un mozo de cuadra sin tan siquiera echar un vistazo a su alrededor, y con pasos vigorosos se dirigió hacia la casa principal.

Bastante ofendido, Arn se encargó él mismo de su caballo, que exigía cuidados especiales tras una cabalgata tan dura. No le preocupó demasiado la confusión y el estupor que provocó en el establo, donde los señores casi nunca solían poner los pies; en esos momentos era más importante la salud del caballo. Después de secarlo y de limpiarle los cascos ordenó que le diesen unas mantas con las que cubrió al animal para que el enfriamiento no fuese demasiado brusco. Se quedó un rato junto al caballo susurrándole en un idioma extraño mientras lo acariciaba casi a modo de consuelo. Los mozos de cuadra sacudían la cabeza, intercambiaban algunas miradas significativas a espaldas de Arn y se apartaban, incómodos.

Cuando Arn dejó el caballo fue primero a lavarse y a la hora prevista estaba allí sentado en la vieja cámara de la torre, esperando. Olía a rancio por la humedad y la argamasa. Birger Brosa llegaba tarde, aunque no demasiado.

—Me causas más problemas que ningún otro pariente, Arn Magnusson, ¡y no hay manera de que te entienda! —le dijo Birger Brosa en voz alta a modo de saludo al subir por la escalera y sentarse sin más en el asiento más grande, justo donde Arn había pensado que lo haría.

—Entonces debéis preguntarme y con la ayuda de Dios procuraré hacer que me entendáis, querido tío —respondió Arn con humildad. No le apetecía en absoluto pelearse de nuevo con el canciller.

—¡Eso es todavía peor! —bramó Birger Brosa—. Es todavía peor cuando te entiendo, pues haces que me sienta imbécil por no haberlo entendido de inmediato. Y eso no me gusta. Tampoco me gusta particularmente pedir disculpas y ante ti ya me he visto obligado a humillarme una vez. Ahora vuelvo a hacerlo por segunda vez. ¡Nunca ha pasado algo así, y que Dios me libre de tener que volver a pedirle disculpas una segunda vez a un granuja cualquiera!

—¿Qué queréis que os perdone? —preguntó Arn, sorprendido ante la inflamada representación que estaba desempeñando su tío.

—He visto la obra de Arnäs —respondió Birger Brosa en un nuevo tono más bajo y abriendo los brazos en un gesto casi de resignación—. He visto lo que estás



construyendo y no soy tonto. Estás levantando un poder Folkung más fuerte que nunca, nos estás erigiendo como señores de *este* reino. Mi hermano Magnus y tu hermano Eskil también me han explicado lo que estás haciendo en Forsvik. ¿Debo añadir algo más?

—No, no si queréis que os perdone, tío —contestó Arn, cauteloso.

—¡Bien! ¿Quieres una cerveza?

—No, gracias. Estos días he bebido suficiente cerveza como para sobrevivir sin ella hasta Navidad.

Birger Brosa sonrió con desdén y se levantó. Tomó dos jarras vacías y se acercó al barril de cerveza, las llenó y, sin más, colocó una delante de Arn antes de regresar a su lugar, donde se sentó, haciéndose sitio y acomodándose entre los forros de oveja. Dobló una de las rodillas y sobre ella colocó la jarra de cerveza, balanceándose como de costumbre. Contempló a Arn durante un rato en silencio, aunque su mirada era amistosa.

—Háblame de la fuerza que estás construyendo —dijo—. ¿Cómo es hoy, cómo será cuando Arnäs esté terminada y como será dentro de unos años?

—Responder a estas preguntas puede tomar su tiempo —dijo Arn.

—En estos momentos no hay nada más importante para el canciller del reino, y tiempo tenemos, y estamos solos, no hay ninguna oreja cerca —respondió Birger Brosa, agarró su jarra de cerveza y dio unos buenos tragos antes de volver a situarla sobre la rodilla y extender los brazos a modo de pregunta sin que la jarra se tambalease lo más mínimo.

—Hoy hay paz y concordia entre los Erik y los Folkung —empezó diciendo Arn lentamente—. Los Sverker están tranquilos, a la espera de que desaparezca el rey Knut, y si Dios quiere, eso sucederá dentro de muchos años. Por tanto, no preveo guerras en muchos años.

—Entonces pensamos igual —dijo el canciller, asintiendo con la cabeza—. Pero luego, ¿qué sucederá entonces?

—Nadie puede saberlo. Pero de una cosa estoy seguro, entonces el riesgo de guerra será mayor. Eso no significa que las cosas tengan que ir así de mal. Porque si durante esta paz que tenemos a nuestra disposición logramos hacernos lo bastante fuertes, nuestra fuerza podrá salvaguardar la paz de la misma manera que unos sabios matrimonios.

—Cierto —asintió Birger Brosa—. ¿Pero cuál es nuestra debilidad?

—No podemos enfrentarnos a un ejército danés sobre el campo de batalla —respondió Arn, rauda.

—¿Un ejército danés? ¿Por qué un ejército danés? —preguntó Birger Brosa arqueando las cejas.

—Es el único peligro que existe y, por tanto, el único del que deberíamos preocuparnos. Dinamarca es un gran poder, un poder más parecido al reino franco que al nuestro y que hace la guerra de la misma manera que los francos. Los daneses

han disputado grandes zonas de Sajonia, han ganado grandes extensiones de terreno y han demostrado ser capaces de vencer a los ejércitos sajones. Cuando se hayan hartado de avanzar hacia el sur, o cuando hayan ido demasiado al sur como para poder abastecer sus ejércitos, puede que dirijan su mirada hacia el norte. Y aquí estamos nosotros, una presa mucho más fácil que Sajonia. Y en Roskilde está el hijo de Karl Sverkersson, criado como un danés pero también con derechos de sucesión al trono. Él podría ser el rey títere de los daneses en nuestro reino. Así se ve el futuro si uno intenta pensar en lo peor que podría suceder.

Birger Brosa asintió pensativo con la cabeza, casi como si se reconociese a sí mismo que éstos eran sus pensamientos más oscuros, los pensamientos que había deseado apartar de su cabeza. Volvió a beber en silencio y no esperaba que Arn hiciese otra cosa que guardar silencio hasta recibir una nueva pregunta.

—¿Cuándo podremos derrotar a los daneses? —preguntó de repente en voz alta.

—Dentro de cinco o seis años, pagando un precio muy elevado. Dentro de diez con mayor facilidad —respondió Arn con tanta seguridad que Birger Brosa, que esperaba una explicación más extensa, perdió el hilo.

—¡Explícate mejor! —espetó tras un nuevo y prolongado silencio.

—Pongamos que dentro de cinco años muere el rey Knut —dijo Arn, alzando rápidamente la mano para que no lo interrumpiese y lo dejase proseguir—. No sabemos nada de eso, es una hipótesis desagradable, pero también debemos poner a prueba las hipótesis indeseables. Aparece entonces un ejército danés con un Sverker Karlsson más o menos avaricioso en el último carro. Pongamos que tenemos un centenar de jinetes; no jinetes que puedan enfrentarse a un gran ejército franco o un ejército danés, pero cien jinetes que puedan convertir su viaje por nuestra tierra en un largo martirio. Nunca llegan a rozarnos siquiera y nunca nos alcanzan, pero nosotros saqueamos sus despensas, matamos sus animales de carga, matamos o herimos a una docena de daneses todos los días. En el mejor de los casos los inducimos a seguirnos a Arnäs. Allí se hundirían en el asedio. Así sería dentro de cinco años y el precio sería un enorme saqueo de todo lo que hay entre aquí y Skara.

—¿Y dentro de diez años? —preguntó Birger Brosa.

—Dentro de diez años los masacramos en el campo de batalla después de haberlos hostigado durante un mes con nuestra caballería ligera —respondió Arn—. Pero para que todo esto sea posible, vos también deberéis esforzaros y costear una buena parte de la empresa, que producirá grandes vacíos en vuestros cofres de plata.

—¿Por qué yo, por qué no el rey Knut? —inquirió Birger Brosa, claramente sorprendido por primera vez a lo largo de esta intensa conversación.

—Porque vos sois un Folkung —repuso Arn—. El poder que he empezado a construir no es el poder del reino, sino el de los Folkung. Es cierto que le he jurado al rey Knut mi fidelidad y me mantengo fiel a ese juramento. Tal vez le haga algún día ese mismo juramento al príncipe Erik, pero sobre eso no sabemos nada. Hoy estamos aliados con los Erik. ¿Pero y mañana? Tampoco conocemos nada acerca de eso. Lo

único seguro es que nosotros, los Folkung, nos mantenemos unidos y que somos el único poder que puede mantener el reino unido.

—Sobre esto tienes más razón de la que me parece que eres consciente —dijo Birger Brosa—. Pronto te explicaré algo que sólo pueden escuchar tus oídos. Pero dime primero qué es lo que opinas que debo hacer, ya sea como canciller o como Folkung.

—Deberías construir una fortaleza en la orilla occidental del Vättern, tal vez en Lena, donde ya posees una gran finca. Los daneses entrarían en Götaland Occidental desde Escania. A partir de Skara podrían proseguir por el camino hacia Arnäs en dirección noroeste o por el camino desatendido pasando por Skövde y subir por el Vättern hacia el peñón del rey. Allí, en Lena, debería haber una cerradura y espero que tú te ocupes de eso. También hay que reforzar Axevalla en Skara. Tendremos a nuestros guerreros en tres castillos. Nuestros jinetes podrían desplazarse entre ellos sin que el enemigo nos alcance ni sepa desde dónde vendrá el próximo ataque. Con tres castillos fuertes, uno de los cuales inexpugnable, estaremos seguros.

—Pero Axevalla es un castillo real —intervino Birger Brosa, pensativo.

—Mejor para tus gastos —dijo Arn sonriendo—. Si yo construyo Arnäs y tú construyes un castillo en Lena, no creo que tú, canciller del reino, tengas demasiados problemas en convencer al rey Knut de que el rey también debería aportar su granito de arena y reforzar su propia Axevalla. Lo haría tanto por su propio bien como por el nuestro.

—Noto que has empezado a hablarme de tú como si fuésemos iguales —dijo Birger Brosa, sonriendo por primera vez con aquella amplia sonrisa que había sido su característica desde la juventud.

—Entonces me toca a mí disculparme, tío mío, lo he hecho de forma inconsciente —respondió Arn, agachando brevemente la cabeza.

—Yo tampoco era consciente de ello, pues al principio no me he dado cuenta —respondió Birger Brosa, todavía sonriente—. Pero quiero que a partir de ahora nos hablemos de ese modo tú y yo, tal vez a excepción del consejo del rey. Ahora quería hablarte sobre un asunto importante y complicado. Tal vez desee que Sverker Karlsson sea nuestro próximo rey.

Birger Brosa se calló de inmediato tras haber pronunciado esas desagradables palabras de traición. Tal vez se esperaba que Arn se levantase preso de la ira, que derramase su cerveza y lo atacase con palabras poco respetuosas o al menos se quedase boquiabierto como un pez ante la sorpresa. Pero entre la decepción y la sorpresa halló que Arn ni siquiera se inmutó, simplemente esperó la continuación.

—¿Querrás oír cómo he razonado hasta alcanzar esta conclusión? —preguntó Birger Brosa, casi molesto y con la sonrisa debilitada.

—Sí —dijo Arn, inexpresivo—. Lo que dices puede ser o bien traición o bien algo muy sabio, y me gustaría saber qué es.

—El rey está enfermo —explicó Birger Brosa con un suspiro—. A veces caga

sangre y todo el mundo sabe que eso no es buena señal. Tal vez no viva ni siquiera los cinco años que necesitamos para defendernos mínimamente.

—Tengo conmigo hombres sabios en medicina que de todos modos tienen poca cosa que hacer, se los enviaré a Knut en cuanto pase la Navidad —dijo Arn.

—¿Sabios de la medicina has dicho? —se interrumpió Birger Brosa en pleno argumento—. Creía que sólo las mujeres se dedicaban a esas cosas. De cualquier manera, la mierda ensangrentada es una mala señal y la vida de Knut está en manos de Dios. Si muere demasiado pronto, se nos complican las cosas, ¿no es así?

—Sí. Hablemos pues de lo peor que nos podemos imaginar. Knut muere dentro de tres años. ¿Qué hacemos entonces? ¿Es ahí donde entra Sverker Karlsson en tus planes?

—Sí, ahí aparece con sus hombres daneses —afirmó Birger Brosa con resignación—. Lleva ya con su esposa danesa, creo que se llama Benedikta Ebbesdotter, seis o siete años. En seguida nació una hija, pero luego nada más, y lo más importante, ningún hijo.

—Entonces creo que comprendo —dijo Arn—. Entregamos la corona a Sverker sin que haya guerra. Pero no damos un bien tan grande sin recibir nada a cambio. Tiene que jurar que el príncipe Erik será rey después de él.

—Más o menos es así —afirmó Birger Brosa.

—Muchas cosas pueden salir mal en tal maniobra —reflexionó Arn—. Aunque Sverker Karlsson no tenga un hijo, siempre puede aparecer algún pariente nuevo de Dinamarca que reclame nuestra corona y volveríamos a estar en las mismas.

—Pero entonces habríamos ganado en tiempo muchos años, muchos años sin guerra.

—Sí, sin duda eso nos conviene a los Folkung —admitió Arn—. Nosotros ganamos todo ese tiempo que necesitamos para asegurarnos un poder irresistible. Pero seguramente los Erik de Näs no se alegrarían tanto si les explicas lo que acabas de decirme a mí.

—No, yo tampoco lo creo —dijo Birger Brosa—. Pero ahora los Erik se encuentran en una situación difícil. Cuando el príncipe Erik acabe de gritar y de llamarnos cosas de las que se arrepentirá, se dará cuenta de que sin los Folkung no se librará una guerra por la corona del reino. Sin nosotros no hay poder. Creo que su padre Knut tendrá menos dificultades en comprenderlo. Naturalmente, en gran parte depende todo de la salud de Knut durante los próximos años, pero si empeora ya encontraré el momento apropiado para exponer cómo vamos a salvar la paz y, con ello, tanto la cabeza del príncipe Erik como su corona. Knut se mostrará de acuerdo si la enfermedad lo ha desgastado lo suficiente y si elijo bien el momento para mantener esta conversación.

—¿Y después del príncipe Erik? —preguntó Arn con una sonrisa socarrona—. ¿Adónde habías pensado llevar después la corona?

—Yo ya no estaré en este mundo —dijo Birger Brosa, riendo, alzó su jarra de

cerveza y la apuró—. Pero si mi puesto de guardia en el cielo es más o menos bueno, y con tantas plegarias por mi alma como he comprado con tres monasterios, lo menos que debería lograr es un asiento desde donde pueda ver bien, sería para mí un gran placer ver la coronación del primer Folkung.

—Entonces propongo que empieces ya a casar a tus parientes con los de Svealand en lugar de con nuevos Sverker —repuso Arn con rostro inexpresivo.

—¡Eso es justo lo que pensaba hacer! —exclamó Birger Brosa—. ¡Y he pensado que tu hermano Eskil, que desde luego es un buen partido, pronto va a necesitar una nueva esposa!

Arn suspiró, sonrió y con aparente resignación alzó su jarra de cerveza hacia el canciller. Sentía una gran admiración ante la capacidad que tenía su tío para dirigir la lucha por el poder. Incluso en Tierra Santa habrían sido insólitos los hombres como él.

Pero también le preocupaba el hecho de que todas las plegarias compradas con los tres monasterios no serían suficientes para ese sitio preferente en la otra vida que Birger Brosa parecía dar por sentado. Pero sobre esto último no dijo ni una palabra.

Aquel año, las primeras nieves llegaron pronto y en grandes cantidades. La nieve y el frío cada vez más intenso tuvieron un curioso efecto sobre los forasteros de Forsvik: algunos mostraron mayor empeño en el trabajo, mientras que otros preferían quedarse dentro, junto al fuego de la casa principal sin dar golpe. No era muy difícil explicar esta diferencia, pues los más aplicados eran los que iban a las forjas y al taller de cristal, donde el calor solía ser tal que todos trabajaban en camión fino y zuecos altos con las espinillas cubiertas de cuero grueso, sin importar el frío que hiciese fuera.

De los demás trabajos de invierno, como cargar madera nueva en trineo y mantener el patio despejado, o limpiar los pasillos de nieve que unían las casas, se encargaban los siervos de Forsvik. Para esos trabajos iban mejor calzados.

Jacob Wachtian sorprendió a Arn cuando a la segunda semana de nevadas le pidió que cubrieran con nieve una parte del conducto de agua que iba por la superficie hasta la casa de los huéspedes forasteros. Arn le advirtió un poco indulgente que eso no sería demasiado inteligente, pues tendrían problemas si se helaba el agua. Pero Jacob Wachtian insistió en que precisamente era eso lo que quería evitar y sostenía que la nieve era más cálida que el aire, que se lo había oído decir a unos parientes que vivían en lo más alto de las montañas de Armenia. Como Jacob Wachtian no se rendía, aunque seguía insistiendo de forma muy respetuosa, Arn decidió que probarían lo que proponía en uno de los conductos y que Jacob debería elegir en cuál hacerlo. Con mucha parafernalia y cortesía innecesarias, el hermano cristiano explicó que, puesto que eran tantos hombres viviendo en la casa principal, y dado que la mayoría de ellos ni siquiera habían visto nieve antes, sería grave si el agua se helaba y los obligaba a todos a salir en plena noche invernal para hacer sus necesidades, del mismo modo que por las mañanas y por las noches les sería muy difícil lavarse.

Arn cumplió entonces su deseo, aunque dudaba de que este experimento terminase bien. La parte del conducto de agua de la casa principal que transcurría por la superficie fue enterrada bajo grandes montones de nieve.

Al poco tiempo se atascó la corriente que llevaba agua a su casa, y cuando fue a la casa principal de los sarracenos descubrió que allí el agua fluía con la misma frescura que en verano.

Gruñendo y refunfuñando tuvo que coger a Gure para que lo ayudara a perforar su propio conducto con palancas y picos y echar agua hirviendo en varios puntos. Al final lograron desatascar el bloque de hielo, que atravesó la casa traqueteando, y pronto fluyó el agua de nuevo. Arn hizo entonces que enterraran su propio conducto de la misma manera que el conducto de los forasteros y a partir de entonces todo funcionó como era debido, incluso en lo más duro del invierno.

El invierno era una buena temporada, pues no había tanto trabajo que hacer y se podía dedicar más tiempo a la reflexión.

Por eso Arn introdujo el *majlis* todos los jueves después de la oración del atardecer en la casa de los sarracenos, adonde también hacía acudir a los extranjeros cristianos. En el primer encuentro se disculpó, pues esta buena costumbre de reunión y conversación debería haberse iniciado mucho antes. Pero como seguramente comprendía todo el mundo, había habido motivos para apresurarse con todo el trabajo que los protegería del frío invierno. Al fin estaban allí sentados, en el frío, y lo que no habían logrado hacer hasta el momento, no podrían hacerlo hasta la primavera. Así pues, ¿de qué deseaban hablar?

Al principio nadie dijo nada. Era como si, por mucho que la idea del *majlis* fuese algo corriente del día a día, estos sarracenos hubiesen olvidado gran parte de lo que solía ser obvio en la vida, pues aquí en el Norte para ellos todo era desconocido. Y en el peor de los casos, pensó Arn, porque se veían a sí mismos como esclavos abandonados a la merced y la desgracia del señor extranjero.

Arn tradujo lo que había dicho al franco al darse cuenta de que los dos ingleses no entendían ni palabra de árabe, aunque su franco tampoco fuese demasiado comprensible.

—Salario —dijo, sin embargo, Athelsten Crossbow, que fue el primero en pronunciarse—. Nosotros trabajar un año, ¿dónde salario? —dijo explicándose.

Arn tradujo de inmediato la pregunta al árabe y vio cómo a más de uno se le encendió una mirada de interés.

Las ropas de trabajo también podían ser algo de que hablar, indicó uno de los picapedreros. El viejo Ibrahim, que era el más respetado por los fieles y el único a quien le estaba permitido hablar por todos ellos, añadió que deberían resolver la cuestión del día de descanso elegido por Dios, pues había habido bastante desorden en ese asunto.

Al poco rato era como si la timidez del auditorio se la hubiese llevado el viento y pronto eran demasiados hablando a la vez, de modo que Ibrahim y Arn tuvieron que

recurrir a palabras severas para recuperar el orden.

La primera decisión se refería al salario. La opinión del auditorio era que lo mejor sería recibir el salario tras cada año de servicio en lugar de recibir el salario de cinco años cuando se dispusieran a regresar a casa. No faltó el desacuerdo, algunos opinaban que era difícil guardar la plata y el oro, que de cualquier modo de nada les servía en Forsvik, o como opinó alguno más zalamero, nunca habría motivo para dudar de la palabra de Al Ghouti y seguramente el oro estaría más protegido en el castillo de Al Ghouti en an-Nes.

Sin embargo, Arn decidió que después de su próxima visita a Arnäs, que tendría lugar pronto, en la mayor festividad de los cristianos, regresaría con el salario de cada uno en monedas de oro.

La cuestión de la ropa de trabajo era de más fácil solución. La mayoría de los presentes en la sala sabían bastante bien lo que se necesitaba en los trabajos con piedra o en las forjas y los talleres de cristal y Arn les aseguró que éste sería el encargo más importante para los talabarteros aquel invierno, en especial porque los picapedreros necesitaban ropas reforzadas con cuero.

Más complicado fue lo del día de descanso, si debía ser el viernes o el domingo. Apagar las forjas y los talleres de cristal dos veces a la semana era algo impensable. En cuanto a las forjas, el problema era de fácil solución, pues había muchos cristianos, en especial si contaban con los siervos de Forsvik como cristianos, que al igual que los fieles podían trabajar los domingos. Sin embargo, no era igual de fácil en los talleres de cristal, donde todos los artesanos excepto los hermanos Wachtian eran fieles.

Arn preguntó al hermano Guilbert cómo lo habían hecho en la obra de Arnäs y éste reconoció, incómodo y en susurros más bien poco claros, que había contado los domingos como si fueran viernes sin que nadie discutiera el asunto. Sus palabras produjeron un murmullo de descontento y unas cuantas miradas enojadas entre los que trabajaron en la construcción del castillo. Aparentemente no habían tenido demasiado claro cuándo era viernes y cuándo era domingo.

Esta disputa, que empezaba a convertirse en algo demasiado grande incluso para un *majlis*, fue rápidamente atajada por Arn, que dijo que durante el invierno y en Forsvik el viernes era día de descanso para todo musulmán, y el domingo para el cristiano, y que con eso se daba por cerrado el asunto. Cómo se las compondrían al retomar en primavera el trabajo de construcción en Arnäs era algo que por ahora quedaría pendiente.

No todo el mundo que asistió quedó completamente satisfecho por este primer *majlis*, pero así solía ser y también era como debía ser.

Más dilema tuvieron Arn y Cecilia en decidir el momento de liberación de los siervos. Pasaron algunas tardes con el hermano Guilbert en sus propios aposentos para poder hablar tranquilamente sobre esto, pues era preferible que fuese un secreto hasta que se convirtiese en realidad. Pero por si acaso mantenían la conversación en

latín.

El hermano Guilbert estaba completamente de acuerdo y no ofreció reparos con respecto a la idea de otorgar la libertad a los siervos; otra cosa tampoco era de esperar. Pero él consideraba que una noticia tan importante debía ser anunciada con prudencia y sabiduría, pues sólo tenían que imaginar cómo ellos mismos, si fuesen siervos, recibirían una noticia así. Ante todo le preocupaba que la docilidad que los siervos habían aprendido a base de azotes se transformase en lo opuesto, que esas pobres y sencillas almas perdiesen la cabeza, que arremetiesen los unos contra los otros con armas para saldar viejas cuentas confiando en que una persona libre podía pelearse con quien quisiera, o que simplemente saliesen corriendo hacia los bosques.

Cecilia señaló que parecía poco probable que en Forsvik se fuese alguien corriendo al bosque en pleno invierno, y que por eso mismo deberían anunciar la noticia pronto, en las fechas de mayor frío.

Arn dijo cavilando que de poco les servía seguir allí, intentando adivinar cómo pensaría un siervo, pues era imposible tener una idea razonable sobre eso cuando uno había pasado la vida siendo libre. ¿Acaso no deberían preguntárselo a alguno de ellos?

Los otros dos rechazaron de inmediato la propuesta argumentando que si abrían la boca sobre este asunto con alguno de ellos, aquel mismo atardecer Forsvik se habría convertido en un gallinero de rumores y malentendidos. Pero Arn insistió y también les pidió que le dijese a cuál de los siervos debían consultar.

Gure, el hijo de Suom, respondieron los dos a la vez.

Para Gure, que ni siquiera después de caer la nieve carecía de trabajo constante con los braseros y las resquebrajadas puertas de las moradas de los siervos, la repentina llamada de los señores fue una mala señal. Interrumpió de inmediato su trabajo y marchó por la nieve atravesando el patio desde la casa de los siervos y luego fue hacia la casa del señor Arn. Pensó preocupado que tal vez hubiese dedicado demasiado tiempo a los siervos y poco a los establos y a los corrales y que le esperaba una buena reprimenda. No temía ser azotado, pues eso era algo que ni siquiera en Arnäs se hacía, y por lo que sabía de todo el mundo con quien había hablado, ni un solo siervo había sido azotado desde que llegaron los nuevos señores a Forsvik.

Se detuvo delante de la casa de Arn y se quedó allí de pie, sin saber qué hacer. Desde dentro oía voces que hablaban en alto y parecían inquietantes, como si el señor Arn y las personas con las que hablaba en un idioma desconocido estuviesen en desacuerdo. Lo que le preocupaba no era que seguramente recibiese una reprimenda, sino más bien el hecho de no saber el porqué. Esperó tanto rato que empezó a tener frío, pero nadie salió a buscarlo. Él, por su parte, no podía entrar, ningún siervo podía entrar en los aposentos de una señora, y ella también estaba allí dentro. Metió las manos bajo las axilas y empezó a pisotear la nieve para librarse del temblor producido por el frío.



Se preguntó si eso sería el castigo, dejarlo pasar frío por sus pecados. ¿Pero no deberían decirle al menos el porqué? ¿Qué sentido tenía un castigo sin un motivo claro?

El hermano Guilbert apareció como una ayuda inesperada, que de la misma manera podría no haber aparecido si hubiese reparado en las posibilidades de *lavatorium* que tenía la casa de los señores. Pero él vivía en la vieja casa principal y estaba acostumbrado a salir para desahogarse. Justo cuando se levantaba el hábito allí fuera en el peldaño descubrió que había estado a punto de echar aguas sobre Gure, que permanecía expectante.

El hermano Guilbert se olvidó de golpe de sus necesidades, tomó a Gure por los hombros y lo hizo entrar a través del oscuro ropero hasta la sala grande, donde el fuego calentaba como en una casa de baño. El monje lo colocó rápidamente delante de la gran hoguera y lo hizo sentarse a una distancia conveniente del calor mientras le decía algo a Arn en el idioma extraño.

Gure se frotó las manos para devolverles el calor mientras miraba al suelo y sentía cómo los señores y el monje lo observaban con atención, aunque ninguno decía nada. De repente se levantó la señora Cecilia, tomó una tabla con jamón ahumado que había sobre la cama, la llevó hacia él y le entregó un cuchillo.

Gure no comprendía nada excepto que lo que acababa de suceder era algo que no podía suceder. Una señora no le servía comida a un siervo y no sabía qué debía hacer con el cuchillo y el jamón. Pero ella asintió con la cabeza y con un gesto le indicó que cortase jamón y comiese, y él hizo forzado lo que le dijo.

—No era nuestra intención que esperases fuera en el frío, Gure —dijo al fin el señor Arn—. Te hemos pedido que vengas porque queremos preguntarte algo.

El señor se calló y los tres miraron de nuevo a Gure, y el jamón ahumado que él nunca había probado antes se convirtió en un bocado que iba creciendo en su boca y que era incapaz de tragar.

—Lo que queremos preguntarte debe quedar entre los que estamos en esta habitación —continuó la señora Cecilia—. Queremos saber tu opinión pero no queremos que transmitas nuestras palabras a nadie. ¿Lo comprendes?

Gure aceptó mudo la exigencia. Imaginaba que algo valioso había sido robado y que los amos deseaban interrogarlo a él, pues seguramente era el que mejor podía vigilar a todos los siervos de Forsvik. Mal asunto, pensó, pues no tenía ninguna información de ese tipo y tal vez no lo creyesen. Los ladrones eran ahorcados. ¿Y qué pasaría con aquel que protegiese a un ladrón con una mentira?

—Si te liberásemos, Gure, ¿qué harías entonces? —preguntó Arn sin el más mínimo preámbulo.

Gure tuvo que considerar la inesperada pregunta con mucha atención. Con un gran esfuerzo logró tragar la carne que tenía en la boca y comprendió que debía decir algo sensato con rapidez, puesto que los amos y el monje lo miraban como si esperasen de él algo extraordinario.

—Primero daría las gracias al Cristo Blanco, luego daría las gracias a mis señores —respondió al final como si las palabras se escaparan por su boca. Inmediatamente se arrepintió de no haber nombrado a sus amos antes que al Cristo Blanco.

—¿Y qué harías después? —preguntó la señora Cecilia sin poner mala cara porque hubiese nombrado al Cristo Blanco antes que a ella.

—Iría a ver a un hombre de la Iglesia para ser bautizado —respondió con astucia para ganar algo de tiempo. Aunque mucho tiempo no ganó porque ahora se metió el monje en la conversación.

—Puedo bautizarte mañana mismo, ¿pero qué harías luego? —insistió el hermano Guilbert.

Gure se quedó primero sin respuesta. La libertad era como un sueño, pero un sueño terminaba allí donde empezaba. Luego no había nada.

—¿Qué puede hacer un siervo liberado? —respondió Gure con dificultad para pensar con claridad—. ¿Acaso no tiene que comer un hombre libre? ¿No tiene que trabajar? Si como hombre libre pudiese construir lo mismo que hago ahora, lo haría. ¿Qué otra cosa podría hacer?

—¿Los demás piensan como tú? —preguntó la señora Cecilia.

—Sí, creo que todos pensamos así —respondió Gure, sintiéndose más seguro de sus palabras—. Durante un tiempo se ha rumoreado que nos darían la libertad. Algunos han dicho saberlo seguro, otros han descartado esos rumores que siempre corren por los rincones de una finca. Los libertos pueden quedarse con su señor o colonizar nuevas tierras, eso es lo que hay y todo el mundo lo sabe. Si pudiésemos quedarnos en Forsvik, lo haríamos. Si nos echaseis, tendríamos que conformarnos, y ya no hay más que elegir.

—Te damos las gracias por estas palabras —dijo el señor Arn—. Eres un hombre que piensa con claridad, ya has comprendido cuáles son nuestras intenciones. Por eso voy a decirte la verdad. Cuando tu señora y yo volvamos de Arnäs después de Navidad, pasaremos allí la Misa del Gallo, concederemos a todos los siervos de Forsvik la libertad. Pero no queremos que digas nada de esto a ninguno de tus iguales, ni a nadie más tampoco, ni siquiera a tu propia madre. Posiblemente sea la última orden que te doy como siervo, y debes obedecerla.

—La palabra de un siervo no tiene valor, ni ante la ley ni en opinión de la gente —respondió Gure mirando a Arn directamente a los ojos—. ¡Pero tenéis mi palabra, señor Arn!

Arn no contestó pero sonrió ligeramente al ponerse en pie e indicarle a Cecilia que hiciera lo mismo, lo que hizo que el hermano Guilbert también se pusiera en pie. Gure comprendió rápidamente que la intención era que se fuese, pero no sabía cómo despedirse. Intentó hacer una reverencia mientras se retiraba.

En cuanto Gure cerró la puerta, Arn, Cecilia y el hermano Guilbert hablaron los tres a la vez sobre el curioso suceso que allí había tenido lugar. Arn opinaba que lo que acababan de presenciar con sus propios ojos y oídos demostraba que los siervos

no eran tan cortos como se decía. El hermano Guilbert hablaba de bautizar a los libertos y de convertir a Gure en capataz de los libertos para que Arn y Cecilia no tuvieran que correr ellos mismos de un lado para otro ordenando y dirigiéndolo todo. En esto estuvieron los dos de acuerdo, pero Cecilia advirtió que tal vez todos no eran como Gure. Ella lo había observado con atención mientras hablaba y le había parecido ver algo curioso. Gure no hablaba como cualquier otro siervo, sino casi como ellos mismos. Se le había ocurrido que tampoco parecía un siervo y que si Arn y Gure se intercambiasen la ropa, seguramente muchos se equivocarían al determinar quién era el siervo y quién el caballero.

No comprendió qué le había pasado por la cabeza al decir estas palabras y se arrepintió de inmediato al ver por primera vez estallar la furia en los ojos de Arn. No sirvió de nada que luego intentase restarle importancia a sus palabras comentando en broma que lo que había querido decir era que Gure se parecía más a Eskil aunque en delgado.

Santa Lucía era la noche más oscura del año, en la que los poderes malévolos eran más fuertes que en cualquier otro día o noche del año y hubo mucho barullo en Forsvik. Los siervos de la casa se abrían paso a través de la nieve en procesión en la fría noche invernal con antorchas encendidas y máscaras con cuernos de paja trenzada dando tres vueltas a la finca. A pesar del frío atroz, varios sarracenos sacaron tiritando la cabeza apretujándose en el porche envueltos en mantos y tapices para poder contemplar los curiosos acontecimientos. Hacía tanto frío que la nieve crujía con fuerza bajo el calzado de paja que los siervos llevaban encima de su calzado de verano.

Pero los poderes del mal se mantuvieron alejados de Forsvik también esa noche, y pronto volvió a reinar en el patio el escarchado silencio del pleno invierno y sólo los cazadores estaban despiertos.

Cuando Arn y Cecilia, Torgils y los muchachos Sune, Sigfrid y Bengt y los extranjeros cristianos de Forsvik regresaron en sus trineos de Arnäs, tras la Misa del Gallo y una cerveza de Navidad inusitadamente moderada para que pudiese ser disfrutada por el viejo señor Magnus, había llegado el momento de la gran transformación.

Al día siguiente, antes de la cena, fueron llamados todos los siervos de Forsvik a la sala grande de la antigua casa principal. Eran más de treinta almas si se contaba con algún que otro lactante en los brazos de su madre. Muchos de ellos eran siervos de trabajo en campos o corrales que jamás habían puesto un pie en la sala grande. Los siervos domésticos se mofaban un poco de sus parientes inexpertos porque se les ponían los ojos como platos.

Cuando estuvieron todos reunidos, Arn y Cecilia subieron al sitial. Arn tomó la palabra porque así se lo había pedido su esposa, aunque estos siervos eran por derecho propiedad de ella y no de él.

Dijo con brevedad cómo estaban las cosas. La señora Cecilia y él habían decidido

que todos en Forsvik debían ser libres, pues lo contrario era una abominación a ojos de Dios. Por eso eran todos ahora libres y podían añadir Forsvik a su nombre o llamarse de Forsvik, de modo que todo el mundo de otros pueblos y fincas supiese que ellos procedían de un lugar donde nadie era siervo.

Como hombres y mujeres libres podrían trabajar a cambio de un sueldo, y el sueldo del primer año lo recibirían aquellos que permaneciesen en Forsvik las Navidades siguientes. Aquellos que prefiriesen roturar nuevas tierras para Forsvik a cambio de un alquiler también podrían hacerlo.

Cuando Arn y Cecilia se sentaron después de estas palabras fueron tanto sorprendidos como decepcionados por no oír gritos, ni señales de agradecimiento, ni alabanzas. Bien podían ver por la sorpresa tan grande que reinaba en muchos rostros que no había motivo para pensar que Gure hubiese roto su promesa de silencio. Alguno que otro abrazaba con calma a quien tenía más cerca y también se pudo ver alguna lágrima.

Cecilia se puso de nuevo de pie en el sitio y callaron de inmediato los tranquilos susurros cuando ella alzó su mano derecha, la señal habitual que ordenaba silencio.

Con calma dijo que se prepararía para el día siguiente una cerveza de Navidad en la sala con todo lo que era costumbre y que podrían tomar parte de ella todos los libres de Forsvik.

Parecía como si primero no hubiese logrado hacerse entender por completo. Repitió entonces sus palabras, aunque con mayor claridad, de modo que eso de «todos los libres de Forsvik» no pudiese referirse a nadie más que a todos aquellos que se hallaban presentes en la sala. Pero seguía pareciendo como si no la hubiesen entendido.

Entonces dijo que había mucha cerveza en Forsvik porque ese otoño se había producido como en los viejos tiempos, cuando los señores consumían más cantidad que ahora que las llaves de la finca estaban en su poder, y que sería una lástima no aprovecharla y que se echase a perder en sus toneles. Al fin la comprendieron y recibió las grandes ovaciones que ella y Arn habían esperado y creído que ocasionaría la noticia de la liberación en sí.

Más tarde, sentados a cenar con el hermano Guilbert y los hermanos Wachtian que, de vez en cuando, comían con los señores cristianos en lugar de hacerlo en la casa principal sarracena, la conversación fue inusitadamente animada para ser en latín al intentar comprender la inesperada calma que habían mostrado los siervos al recibir la noticia de su liberación y la alegría que en cambio habían mostrado al recibir la invitación a la cerveza. Cecilia decía que le decepcionaba el hecho de que la cerveza tuviese una importancia tan exagerada en este país, que incluso los siervos apreciaban más la embriaguez que la libertad. Tanto Arn como el hermano Guilbert estuvieron de acuerdo en que era una conclusión desalentadora.

Tras un rato de reflexión en solitario, Marcus Wachtian repuso que la situación debía de ser muy diferente de lo que pensaban. Ninguna persona con sentido común,

ni siquiera en estas tierras, consideraba más valiosa la embriaguez que la libertad, dijo convencido. Sin embargo, la invitación a la cerveza era el primer suceso real de la libertad, algo que jamás podría haberle sucedido a un siervo. El que era siervo en un instante y al instante siguiente se veía con la cerveza de los señores en la mano sabía en ese momento, pero sólo entonces, que de verdad era libre.

Los cristianos pasaron el resto de la noche escuchando la maravillosa y triste historia de la vida de los hermanos Wachtian, donde incendios, muertes y pueblos destruidos eran seguidos por riqueza y por estar al servicio de príncipes para convertirse de nuevo en incendios y huidas, hasta que finalmente pensaron que estaban seguros allá en Damasco. Y aquí estaban ahora, tan lejos, en el fin del mundo, arriba en el Norte, sin saber si había terminado su desgracia o si todo volvería a empezar.

La siguiente noche fue todavía más excepcional, pues se celebró un banquete para aquellos que sólo habían vivido una noche y un día siendo libres.

A Arn le había preocupado que la enorme cantidad de cerveza que había en Forsvik pudiese llevar a la locura y a la violencia. Cecilia se había preocupado más por si había muchos vómitos y nadie para recogerlos, pues ya no existían siervos en Forsvik.

Ninguno de los dos acertó. Fue un banquete muy tranquilo para ser Götaland Occidental, seguramente el más silencioso celebrado en aquella sala. Al principio, todo el mundo observaba a los señores en el sitio e intentaban comer y beber como ellos. La rara moderación tanto de Arn como de Cecilia con respecto a la comida y a la bebida sirvió, por tanto y por primera vez, como ejemplo de buena costumbre.

Ciertamente hubo un par de hombres que vomitaron más tarde aquella noche, a pesar del beber moderado. Cecilia supuso que se debió a que estas almas recién liberadas no estaban acostumbradas a la cerveza. Los pocos vómitos fueron limpiados con la misma presteza que en los tiempos de los siervos y por los mismos hombres y mujeres que lo habrían hecho entonces, y aquellos que habían vomitado fueron sacados de la sala tirados de la oreja por Gure.

Sólo se consumió una novena parte de la cerveza que había en un banquete de los Folkung. Sin embargo, se hizo mejor provecho de la carne de cerdo.

Allá por Año Nuevo llegó el viento del norte con una semana de ventiscas que envolvieron Forsvik en una cálida capa de nieve, de manera que todas las corrientes de aire que se filtraban por las ranuras de los suelos y por los ventanucos desaparecieron en las viejas casas de los siervos, allí donde el frío afectaba a los libres del mismo modo que habría afectado a los que no lo eran.

Ni siquiera los dos cazadores salían cuando había ventisca. En las forjas y los talleres de vidrio proseguía el trabajo como de costumbre, pero era imposible realizar ejercicios a caballo. Y puesto que se mantenían cerrados todos los respiraderos y ventanucos, tampoco era posible continuar con los ejercicios que el hermano Gilbert había iniciado con los muchachos y con Torgils Eskilsson. Nadie tiraba una flecha ni

blandía una espada en la oscuridad.

Pero en el Norte, en pleno invierno, era el momento de relatos y cuentos. Ni una noche se desperdiciaba sin relatos o largas conversaciones sobre cosas a las que uno no podía dedicarles tiempo en las temporadas de más trabajo. En las casas de los siervos se explicaban esas historias que los señores se tomaban a mal, pero la mayoría de los liberados eran de la opinión de que aquello que los señores no oían no les hacía ningún daño.

Arn y el hermano Guilbert pasaron tres días sentados en los aposentos de Arn y Cecilia, mientras que ella estaba junto con Suom y algunas de las antiguas siervas en el telar, situado junto a la calurosa fábrica de vidrio, donde no era difícil mantener el frío fuera.

El asunto al que el hermano Guilbert y Arn estuvieron dándole vueltas era la dificultad de imaginar la consecución del bien a través de la violencia. En esos tiempos, muchos fieles cristianos habrían tenido problemas para entender esa conversación, pero para dos templarios no había nada incomprendible en servir a la causa de Dios mediante la espada y el fuego. Precisamente, ésa era la misión de los templarios, asignada por el mismo Dios y bajo la protección de Su Madre.

Más bien debían plantearse si ese buen orden de los templarios podía ser trasladado a una vida cristiana normal. La primera vez que el hermano Guilbert oyó decir a Arn que con la piedra y el hierro construiría la paz, le había sido imposible imaginar algo así. En la nueva fortaleza de Arnäs y en lo que estaban construyendo y enseñando en Forsvik no veía otra cosa que poder terrenal.

Sin embargo, la cosa cambió al saber de dónde procedía el oro que costaba la piedra de la construcción y las barras de hierro. Ese oro habría ido a parar a los bolsillos del traicionero Ricardo Corazón de León. En lugar de eso había sido destinado a construir una fortaleza para la paz, una caballería que se asemejaría a las de los templarios y una iglesia en Forsvik que sería consagrada al Santo Sepulcro.

Esta idea de la construcción de la iglesia había impresionado especialmente al hermano Guilbert. ¿Qué podía complacer más a Dios que una iglesia consagrada a su tumba, donde los hombres buscasen en su interior Su sufrimiento y Su muerte sin necesidad de buscar la muerte propia en manos de jinetes sarracenos en Tierra Santa?

Dios no podría haber alejado de mejor manera el oro de Saladino del vergonzoso Ricardo hacia todo ese trabajo dedicado a Él que tenía lugar en el sitio más alejado del centro del mundo en Jerusalén.

En este punto de su razonamiento, el hermano Guilbert comprendió también que podría participar con la conciencia tranquila en las construcciones de Arn sin tener que preocuparse por el hecho de que el padre Guillaume de Varnhem en realidad hubiese alquilado a su hermano súbdito únicamente para que cuidase de los caballos sarracenos. Para el monasterio, la venta de los caballos había sido un negocio excelente que había llevado una parte importante del oro de Saladino a Roma, donde estaba en mejores manos que en los pecaminosos bolsillos de Ricardo. Ser entonces

quisquilloso en cuanto a que el encargo del hermano Guilbert se refería sólo a los caballos y no a todo lo demás, que en el fondo trataba sobre lo mismo que los caballos, habría significado ser demasiado obtuso.

Cuando estuvieron de acuerdo en todo esto, les correspondía dedicar sus mentes a reflexionar más sobre lo que sucedería con las obras de las manos en el plano sensible que no sobre lo que se refería al plano espiritual.

El hermano Guilbert asumiría mayor responsabilidad en el entrenamiento de los muchachos en el uso de armas, puesto que Arn no estaba del todo seguro tanto de su propia capacidad como de que él fuese el adecuado para realizar ese trabajo. Pero de ahí que debiesen turnarse para dirigir el trabajo de construcción en Arnäs, pues no sería apropiado dejar a los constructores musulmanes solos en un país donde la ley decía con toda claridad que no se castigaría el asesinato de un extranjero. Y era fácil que surgiesen peleas. El hermano Guilbert había visto cómo alguna que otra de las mujeres siervas de Arnäs rondaba por las noches por el campamento de los constructores de Arnäs.

Pero no resultaría tan fácil turnarse estando ausentes de Forsvik. Durante una de las largas noches de invierno en que Arn y Cecilia yacían bajo sus pellejos tal como habían imaginado y él le explicaba sus largas historias de Tierra Santa y de vez en cuando eran interrumpidos cuando un golpe de viento removía las brasas y el fuego y las cenizas revoloteaban por la habitación, ella sintió por primera vez un burbujeo de movimiento en su interior, como si en sus entrañas tuviera un pequeño pez dando coletazos.

Lo supo de inmediato, pues había tenido sus sospechas aunque no acababa de creer en un milagro así. Con más de cuarenta años se había sentido demasiado vieja para esta bendición.

Arn estaba en medio de un relato de Tierra Santa en el que justo estaba ordenando que se desplegara la bandera con la Virgen María, la Alta Protectora de los templarios, alzando la mano en señal de ataque y todos los jinetes cristianos vestidos de blanco se santiguaban a la vez y suspiraban profundamente.

De pronto Cecilia tomó con calma su mano y le explicó lo que sucedía. Él calló de inmediato y se volvió hacia ella y entonces vio que lo que acababa de decirle era cierto, que no era ni un sueño ni una broma. La abrazó con suavidad y susurró que Nuestra Señora los había bendecido de nuevo con un milagro.

Para San Tiburcio, cuando rompían los hielos en los lagos de Götaland Occidental, cuando los lucios jugaban y las barcazas retomaban el comercio de Eskil entre Linköping y Lödöse, Arn viajó con los constructores hasta Arnäs para trabajar de nuevo en las obras. Según le había dicho Cecilia, tenía de tiempo como mínimo un mes antes de regresar para ver a su hijo o hija recién nacido. Cecilia creía que sería una niña. Arn pensaba que sería otro hijo. Se habían prometido el uno al otro que si era un niño Cecilia elegiría el nombre y si era una niña lo decidiría Arn.

Los trabajos en el muro comenzaron en seguida y los constructores parecían

contentos de ponerse en marcha después de un invierno que había empezado pareciéndoles ocioso y agradable pero que al final se les había hecho demasiado largo. También decían estar muy satisfechos con las nuevas herramientas de las forjas de Forsvik y las ropas de trabajo que les habían sido hechas a cada uno en función de sus medidas, tanto en la talabartería como en el telar. Todos iban cubiertos por ropas de cuero que empezaban en los hombros y bajaban hasta las rodillas y en los pies calzaban unos chanclos de madera parecidos a los que gastaban los herreros, aunque con un caparazón de hierro que cubría los dedos del pie y el empeine. Muchos se habían quejado de que si caía alguna piedra podría ocasionar una gran desgracia sobre el pie de alguien.

El invierno había dañado una parte de la construcción, pero no tanto como Arn había temido, y pronto el verano secaría las juntas de la parte superior de los muros de manera que pudiesen ser selladas con plomo fundido, tal como había propuesto el hermano Guilbert. Lo que ahora iban a construir era la parte más larga del muro, desde el puerto hasta las viviendas y el pueblo. Era una obra fácil, pues sólo comprendía una torre a medio camino y era agradecido ver cómo avanzaba el trabajo día tras día.

Todavía no se había hallado una buena solución a la cuestión de qué día de descanso debían honrar, al menos no una con la que todo el mundo estuviese contento. Tras largas discusiones y embrollos que ocuparon más de un *majlis* en Forsvik, Arn se hartó y decidió que en Arnäs el domingo contaría como viernes. De todos modos, los fieles no podrían trabajar los domingos, pues eso ofendería a quienes vivían en Arnäs y podría llevar a peleas sobre quién tenía la fe verdadera. Que se originaran peleas de ese tipo sería lo peor que podría pasar.

Puesto que Dios es Quien todo lo ve y todo lo oye, y además misericordioso y clemente, seguramente perdonaría a Sus fieles si lejos, en un país extraño, forzados y por muy poco tiempo, convertían el domingo en viernes. Tras bastante meditación y conversación con el docto en medicina Ibrahim, que además era el más instruido de todos los huéspedes sarracenos, Arn halló cierta base en el Corán para este orden obligado por la necesidad.

El trabajo era monótono y los días vacíos de conversación, excepto por aquello que se refería a cuál de dos posibles piedras iban a tallar para que se adecuase mejor a la anterior. A pesar de que todas las piedras llegaban con forma similar desde la cantera de Kinnekulle, había que pulir la mayoría de ellas o modificarlas un poco para adaptarlas con la precisión que tanto Arn como todos los constructores sarracenos exigían.

Arn recordaría un único acontecimiento de este mes de construcción tan intranquilo en que sus pensamientos no cesaban de viajar hasta Forsvik y el hijo que esperaban. Un hombre llamado Ardous, procedente de la ciudad de Abraham Al Khalil, fue un día y le pidió mantener una conversación en privado. Su petición era inesperada, quería comprar a una de las mujeres siervas de Arnäs que se llamaba



Muñá y preguntaba por el precio, hasta donde alcanzara su sueldo de dos besantes de oro. Primero Arn se limitó a responder sorprendido a la pregunta que, según tenía él entendido, podría comprar cuatro siervas y una vaca por esos dos besantes. Pero pronto reaccionó y preguntó con severidad qué extraño asunto se traía entre manos y qué intención pecaminosa podía esconderse tras una pregunta así.

El hombre llamado Ardous le aseguró entonces que no se trataba en absoluto de ningún pecado, sino todo lo contrario, que tenía la intención de contraer matrimonio con la sierva.

Arn se quedó primero callado pero luego preguntó, con una cara entre lúgubre y bromista, ¿ante qué dios se celebraría un matrimonio así? Ardous se apresuró en asegurar que sólo podría ser de una manera, ante el Único Verdadero, y que el matrimonio podría contraerse bajo la bendición del viejo Ibrahim, pues además de ser médico era también un cadí.

Arn, que pensaba que estaba tratando con un hombre un poco simple, señaló que *Hajd Ibrahim*, que conocía todo detalle del Corán, seguramente tendría sus reparos en casar ante Él, quien todo lo ve y todo lo oye, a un fiel con una mujer supersticiosa, o en el mejor de los casos, cristiana.

—¡Pero mi amada es fiel como yo! —repuso Ardous con los ojos como platos, con lo que hizo enmudecer a su amo.

Era demasiado atrevido como para ser mentira, pensó Arn. Pero el asunto debería ser investigado, y cuanto antes mejor.

Sin más discusión, Arn llevó consigo a Ardous al interior de Arnäs, donde buscaron a la joven mujer, que encontraron entre las lavanderas en el foso del otro lado. Muñá se mostró muy tímida al ver aparecer a uno de los señores de Arnäs con pasos largos como si estuviese enfadado y preguntarle por su fe. Ella respondió primero y en voz baja que había conservado la creencia de sus padres, pero eso no dejó satisfecho a Arn. Impaciente, le ordenó que se explicara mejor.

—No existe más Dios que Dios y Mahmut es su profeta —respondió ella en un árabe extraño pero perfectamente comprensible.

Arn se quedó completamente en silencio durante un largo rato, mientras en parte hurgaba en su memoria en busca de los suras del Corán, en parte se doblegaba ante la señal que Dios le había mostrado a él y a los dos amantes. Ambos lo miraban, tensos, como si temiesen su decisión.

—En nombre de Dios, el Misericordioso, el Clemente —dijo al final al hallar lo que estaba buscando—. «En Su honor ha creado esposas para vosotros de vuestra propia especie para que en ellas halléis la paz y ha hecho que amor y cariño surjan entre vosotros. Con toda seguridad hay en esto un mensaje muy claro para las personas que piensan».

Tal vez Muñá no comprendiese todas las palabras del idioma de sus antepasados, pues no había oído nada recitado del Corán desde que era niña y la habían separado de su padre. Pero pudo ver con toda claridad en el rostro de su amado Ardous que lo

que el señor Arn acababa de pronunciar era una bendición.

No se podría decir cuál de los tres estaba más afectado por estas palabras del Corán, pues Arn estaba igual de emocionado que Ardous y Muña, y le invadió una poderosa ola de deseo de estar en casa junto a Cecilia.

Para calmar un poco su curiosidad le preguntó a Muña si sabía de dónde procedían ella o sus padres. No sabía demasiado y, avergonzada, reconoció que su madre y su padre habían sido llevados a Noruega como prisioneros y que había nacido en Noruega. Luego, cuando alguna señora se casó con un Folkung de Götaland Occidental, enviaron a su madre como parte de la dote, mientras que su padre permaneció en la finca noruega.

Arn no quiso forzarla a decir más en ese momento en que tenía tanta alegría que disfrutar y en que la miseria de su vida debía de ser lo que menos deseaba recordar, y les prometió que se haría su voluntad, ya que Dios los había unido de una forma maravillosa. Y además, Ardous no tendría que comprar a su amada, pues eso sería ofender a quien los había bendecido. Cuando llegase el invierno, Muna iría a vivir a Forsvik y allí celebrarían su matrimonio entre los correligionarios, pues seguramente no podrían hacerlo en ningún otro lugar del país. Deberían tener paciencia hasta que llegara el momento.

Desvergonzados en su repentina alegría, se abrazaron delante de todas las demás lavanderas, que no habían entendido ni una palabra de la conversación y que ahora quedaron sorprendidas y pronto estallaron en risitas y empezaron a charlar animadamente.

Después del milagro con la recompensa del amor de Ardous y Muna, Arn empezó a contar cada día y cada instante que le faltaba para regresar a Forsvik. No podía partir hasta que llegara el hermano Guilbert, lo que sucedió un día más tarde de lo acordado, un día tremendamente largo para Arn. Sin embargo, supo que Cecilia estaba bien y que nada malo había sucedido en Forsvik. Se acercaba su momento pero, por lo que decían las mujeres que sabían de este tipo de cosas mejor que él, no tendría problemas en llegar a tiempo.

Se apresuró a despedirse de familiares y constructores y sintió como nunca antes que el viaje en barco se le hacía eterno, y al llegar a pernoctar en Askeberga pensó en coger un caballo y continuar su camino en la clara noche primaveral, hasta que vio los animales de carga y los apacibles jamelgos que había en el establo.

Después de San Felipe y San Jacobo, cuando se soltaban los animales a pastar y se pasaba revista a los cercados de los campos en Götaland Occidental, Cecilia Algotsdotter dio a luz en Forsvik a una niña bien formada. Se celebró una fiesta de tres días en la que nadie trabajó, ni siquiera en las forjas. Todos los hombres y mujeres libres de Forsvik participaron con la misma alegría, pues la bendición de la casa era grande para todos.

Arn decidió que la niña se llamaría Alde, un nombre extraño de alguno de sus relatos pero, aun así, un nombre hermoso, pensó Cecilia al saborear el nombre en

silencio para sí mientras arrullaba a la niña recostada en su pecho susurrando su nombre: Alde Arnsdotter.

Ése fue el tiempo más feliz para Arn y Cecilia desde que comenzó su nueva vida. Así sería como siempre lo recordarían. Y en ese verano que Arn dedicó casi tanto tiempo a cabalgar con su hija en brazos mostrándose un padre orgulloso, con un orgullo casi infantil, como tiempo dedicó a cabalgar con aquellos que se convertirían en caballeros, no se vislumbraban siquiera las oscuras nubes que tomaban forma allá a lo lejos, en el suroeste, donde cielo y tierra se unían.



Arn no temía en absoluto la muerte, era como si ya se hubiese acostumbrado a ella. Había visto morir a mucha gente durante sus veinte años en los campos de batalla en Tierra Santa, donde él mismo seguramente había matado a más de mil hombres y había visto morir justo a su lado a muchos miles más. Un mando altivo o ignorante alzaba su mano y al momento enviaba un escuadrón de dieciséis hermanos hacia una fuerza superior. Cabalgarían sin dudar, con los mantos blancos ondeando tras ellos y luego jamás se los vería de nuevo. El consuelo estaba en que se sabía que el reencuentro sería en el paraíso. Un caballero templario no debía temer nunca la muerte, puesto que la elección era entre la victoria o el paraíso.

Sin embargo, otra cosa muy distinta era la lánguida muerte, atrofiada y pestilente entre los mocos y las propias heces. Durante tres largos años, el amigo Knut había luchado para mantenerse con vida, cada vez más delgado, hasta que finalmente se asemejaba a un esqueleto. Cuando Yussuf e Ibrahim lo miraron, sólo menearon la cabeza y dijeron que el tumor que desde dentro del estómago estaba devorando el cuerpo del rey crecería y crecería hasta acabar con su vida.

Se encontraba tumbado en su lecho en Eriksberg, la casa de su infancia, y sus brazos y piernas eran finos como las ramitas de un avellano. Debajo del edredón se intuía el tumor como una elevación en medio del vientre, cosa que de una manera fantasmal recordaba a una mujer encinta. Había perdido todo el cabello, también las cejas y las pestañas, y la boca mostraba grandes huecos negros donde antes estaban los dientes. El hedor llenaba toda la habitación.

Arn había llegado solo a Eriksberg, dado que continuaba insistiendo en cabalgar sin escolta. A diferencia de todos los demás que habían visitado al rey en su lecho de muerte, él podía estar allí sentado durante horas sin que lo molestase la fetidez.

El rey tenía la mente nítida. El tumor le estaba devorando el cuerpo pero no la inteligencia. Para Arn era fácil comprender que él era la persona con quien más deseaba hablar durante sus últimos días, pero no tanto para otros muchos que

esperaban en Eriksberg. Con Arn, el rey moribundo podía hablar sobre El Inescrutable y El Castigador, del mismo modo que con el arzobispo Petrus, pero con la diferencia de que Arn no parecía tan expectante e impaciente a la vez. Para el arzobispo era una bendición que el rey Knut finalmente muriese, puesto que auguraba las nuevas ordenanzas por las que tantas y tan fervorosas oraciones había rezado. Según tenía entendido el rey Knut, Sverker Karlsson en Dinamarca ya se estaba preparando para el viaje, o sea, que realmente no valía mucho la pena resistirse.

En Näs, en el lago Vättern, Knut había vivido la mayor parte de su vida, continuamente rodeado por muros y guardias para no morir de la misma manera que otros muchos reyes y como quien él mismo había matado. Ahora que la muerte estaba sentada en la sala de espera y la arena de su reloj casi había bajado del todo, ya no quedaban hombres armados para proteger al rey. La finca de Eriksberg era como una casa grande normal, sin muros ni troncos afilados para protegerlos, y la iglesia que una vez empezó a construir san Erik no servía de mucho. Tampoco hacía falta, porque ¿quién iría a matar al que ya tenía un pie en la tumba?

—No es justo —dijo el rey con la voz débil y por al menos séptima vez cuando Arn se sentó a su lecho el segundo día—. Podría haber vivido veinte años más y ahora tengo que reunirme con mis antepasados y además morir de una manera poco honrosa. ¿Por qué quiere castigarme Dios? ¿Es que soy más miserable que otros muchos? Piensa en aquel Karl Sverkersson, quien según ese arzobispo Petrusio es la causa de mi sufrimiento, ¿eh? ¿Y él qué? ¡Él, que mandó matar a mi padre san Erik! ¿Acaso el asesinato de un santo no es lo peor?

—Sí, naturalmente es un pecado grave —respondió Arn con una sonrisa casi descarada—. Pero si reflexionas un poco, verás que te quejas por un asunto equivocado. ¿Cuánto tiempo llevaba de rey Karl Sverkersson cuando lo matamos? ¿Seis o siete años? No lo recuerdo, pero era joven, y tú has sido rey durante cinco veces más tiempo que él. Tu vida podría haber sido mucho más miserable y más corta que lo que ha sido. Tienes que conformarte con eso y reconciliarte con tu muerte y dar gracias al Señor por la misericordia que, de todos modos, te ha concedido.

—¿Yo? ¿Dar gracias a Dios? ¿Ahora? ¿Aquí, tumbado sobre mis propias heces y muriéndome peor que un perro? ¿Cómo puedes tú, mi único amigo verdadero...? Sí, quiero decir mi único amigo de verdad, sólo mira a tu alrededor, ¿quiénes están aquí? ... ¿dónde estaba? Sí, ¿cómo puedes decir que debo dar las gracias a Dios?

—Sería más inteligente que blasfemar, considerando las circunstancias —respondió Arn secamente—. Pero si realmente quieres una respuesta, te daré una. Pronto morirás, es cierto. Soy tu amigo, también es cierto, y nuestra amistad viene de mucho tiempo atrás...

—Pero tú, ¿cómo puedes estar aquí tan sano y ocurrente, diciéndome todo esto? —lo interrumpió el rey, señalándolo con un dedo tan delgado que parecía la garra de un pájaro—. En cuanto a la muerte del asesino de mi padre, ¿no es tu pecado tan grande como el mío?

—Es posible —admitió Arn—. Cuando me marché a Tierra Santa me llevé dos pecados en la bolsa, pecados graves, y era tan joven... Sin la bendición del matrimonio me había unido en carne con mi amada y antes de eso había tomado a su hermana Katarina. Y había participado en el asesinato de un rey. Pero he expiado esos pecados con veinte años bajo el manto blanco. Puedes pensar que es injusto, pero así es.

—¡Me gustaría haberme cambiado por ti! —refunfuñó el rey.

—Ya es un poco tarde para eso —respondió Arn, sacudiendo la cabeza con una sonrisa—. Pero si te callas un rato, intentaré explicarte lo que pretendía. El pecado que cometió Karl Sverkersson al estar detrás de la muerte de tu padre, san Erik, de una manera u otra tuvo que pagarlo cas: en seguida. Ahora llegamos a ti. Tú mataste y pagaste, pero no del todo. Mantuviste la paz en el reino durante más tiempo que cualquier rey que haya oído nombrar y eso te será beneficioso en el reino del cielo. Tuviste cuatro hijos y una hija, una esposa adorable en Cecilia Blanka, es más, porque en ella tuviste una verdadera reina que te ha dado mucho honor. Fortificaste el poder de la Iglesia, cosa que creo que no te alegra demasiado en este momento, pero que también contará a tu favor. Mirando todo eso en conjunto, no has vivido tan mala vida ni has sido tan mal pagado. Sin embargo, te queda pagar una deuda por tus pecados y es preferible que lo hagas ahora en la vida terrenal que en el *purgatorium*. Así que, ¡no te quejes y muere como un hombre, querido amigo mío!

—¿Qué es el purga... eso que has dicho? —preguntó el rey, desolado.

—El purgatorio, el fuego purificador. Allí donde el pecado será alejado de tu cuerpo con hierros candentes y entonces sí será momento de quejarse.

—¿Un caballero templario puede absolverme de mis pecados? Sois una especie de monjes, ¿verdad? —preguntó el rey con una repentina chispa de esperanza en la mirada.

—No —respondió Arn, escueto—. Cuando te confieses por última vez y recibas la extremaunción del arzobispo Petrus, entonces obtendrás el perdón de tus pecados. Con la alegría que le supone tu muerte, no me extrañaría que se mostrase extremadamente benevolente en ese momento.

—¡Ese Petrusio es un traidor, si no estuviese muriéndome querría verme asesinado! —dijo el rey Knut, tosiendo, babeando y echando chispas de ira—. Si además está de tan buen humor en mi lecho de muerte, se negará a concederme el perdón y entonces estaré impotente como un niño y vilmente engañado. ¿Qué me costará eso en el fuego purificador?

—Nada —respondió Arn tranquilamente—. Piensa en lo siguiente: Dios es lo más grande. Él todo lo oye y Él todo lo ve. Está con nosotros en este momento. Lo importante es tu carácter; si Petrus te engaña, tendrá que pagarlo a su vez. Pero debes confiar en Dios.

—Quiero un sacerdote que me conceda el perdón por mis pecados. Y no me fío de ese Petrusio —murmuró el rey.

—Ahora te estás comportando como un niño y eso no es digno de ti —dijo Arn—. Si crees que puedes mantenerte vivo un par de días más, iré a buscar al padre Guillaume de Varnhem. Él puede darte la extremaunción, confesarte y concederte el perdón de tus pecados. De todos modos, tu última morada será Varnhem y eso no ocurrirá sin unas cuantas monedas de plata con la efigie de tu padre. Si quieres cabalgar a buscar al padre Guillaume, pero tendrás que aguantar un par de días más.

—No puedo prometerte eso, no me siento capaz —confesó el rey.

—Entonces estamos de vuelta a lo único que realmente puede salvar tu alma, tendrás que confiar en Dios —dijo Arn—. Éste es tu momento para dirigirte a Nuestro Señor, tú eres un rey moribundo y Él te escuchará. No te hace falta usar la mediación de los santos ni de Su Madre. ¡Confía en Dios, sólo en Él!

El rey Knut estuvo callado un rato reflexionando sobre las palabras de Arn. Ante su sorpresa, realmente encontró consuelo. Cerró los ojos y entrelazó las manos e intentó dirigir una oración silenciosa a Dios Padre. Ciertamente comprendió que era como aferrarse a una débil brizna, pero valía la pena probarlo. Primero no sintió nada en su fuero interno, a excepción de sus propios pensamientos, pero después de un rato era como si una cálida corriente de esperanza y consuelo lo llenase, como si Dios, aunque con medios muy pequeños, puesto que tal vez no merecía más, le respondiese tocándolo con Su Espíritu.

—¡Me quejo demasiado! —exclamó de repente al abrir los ojos fijándose en Arn—. Entrego mi alma a Dios y basta por mi parte. ¡Ahora hablemos de mis hijos! ¿Juras que estás entre los que convertirán al príncipe Erik en próximo rey después del danés?

—Sí, estoy con ellos —respondió Arn—. Si Birger Brosa no te lo ha contado todo, te lo diré yo. Tenemos un acuerdo con Sverker Karlsson, ése al que llamas el danés. No tiene hijos. Después de él, será Erik, tu hijo mayor. Después de Erik, sus hermanos, primero Jon, luego Joar y después Knut. Sverker tendrá que jurarlo para obtener la corona real, pero no será coronado. No será Dios quien le dé la corona, sino nosotros, los hombres libres en los dos Götaland y en Svealand. Si él presta ese juramento, nosotros le juraremos lealtad mientras mantenga su promesa. Así será.

—Si eso ocurre, ¿será bueno o malo? —preguntó el rey con los dientes apretados, ya que el tumor le mordió con un dolor terrible—. Yo voy a morir, tú eres el único que me habla con sinceridad. Dime la verdad, querido Arn.

—Si todo el mundo mantiene su promesa, será bueno —respondió Arn—. Entonces, el príncipe Erik será rey más o menos en la misma época en que lo habría sido si tú hubieses vivido una vida tan larga como mi padre o como Birger Brosa. Tenemos que pagar con la humillación de obedecer durante algún tiempo a los mantos rojos. Lo que ganaremos será salvar el reino de una guerra devastadora, que sólo venceríamos con gran dificultad y pagando un precio muy alto en muertos y en incendios. Por eso será bueno.

—¿Pertenece al consejo real?

—No, ya sabes que Birger Brosa ha jurado por su cadáver que no me dejará entrar allí.

—Pero pensaba que os habíais reconciliado...

—Y lo hemos hecho. Pero no me adaptaría en el consejo real de los daneses.

—¿Por qué no? Yo eché de menos tus servicios en el consejo. Un rey de nuestro país no podría tener mejor mariscal que tú.

—Es precisamente por eso —sonrió Arn, misterioso—. Birger Brosa y yo estamos completamente de acuerdo en eso, y más de una vez hemos hablado del asunto. Si yo estuviese en el consejo del rey Sverker en calidad de su mariscal, además unido a él con mi promesa de lealtad, tal vez haría más daño que provecho. Ahora el canciller y yo aparentaremos que nuestras desavenencias prosiguen y yo me quedaré en Forsvik, donde sigo construyendo el poder que será de los Erik y los Folkung.

El rey Knut reflexionó minuciosamente sobre lo que había escuchado y lo encontró exactamente tan astuto como era de esperar de Birger Brosa. De nuevo sintió la corriente cálida en su interior, como si Dios le recordara su presencia con un suave roce.

—¿Quieres jurar ante mí y ante Erik que serás su mariscal y de ningún otro? —preguntó después de su larga reflexión.

—Sí, pero debemos cuidar bien las palabras —respondió Arn, cauteloso—. Considera lo siguiente: primero le juro lealtad al danés, como todos los demás. Pero ese pacto sólo es válido mientras él mantenga el suyo. Si lo rompe, habrá guerra. En esa guerra yo sería el mariscal de Erik Knutsson, ¡lo juro y puedo jurarlo ante los dos!

Tal y como Arn lo veía, con eso no había prometido nada más que lo que ya era obvio. Pero como para el moribundo de Knut ese juramento le parecía algo grande, mandó llamar a su hijo Erik, los tomó a ambos de las manos, las apretó hacia su corazón y les hizo pronunciar un juramento de lealtad recíproco. Al príncipe Erik le costó sufrir el hedor de su padre y se le llenaron los ojos de lágrimas tanto de pena como de asco mientras le hacía la promesa a Arn. Por primera vez Arn vio algo en el príncipe Erik que no aprobaba, su incapacidad de mantenerse con dignidad ante el lecho de muerte de su padre. Pero juró obedientemente que haría lo que estuviese en su poder para, con su vida, su espada y su inteligencia, salvar la corona del reino para el príncipe Erik en el momento en que Sverker Karlsson no hiciese honor a su promesa de lealtad ante el concilio de todos los godos y los svear y el consejo del rey.

El rey Knut Eriksson, hijo de san Erik, que sería el futuro santo patrón del reino para siempre jamás, murió tranquilo en Eriksberg, la casa de sus ancestros, en el año de gracia de 1196. Fue enterrado en el monasterio de Varnhem como el primero de todos los Erik. La comitiva que lo acompañó no era muy grande, ya que era un rey que había perdido el poder varios años antes de su muerte. Pero su última morada fue distinguida, justo al lado de la señora Sigrid, fundadora y donante del monasterio, madre de Arn y de Eskil.



Se leyeron muchas plegarias por el alma del rey Knut, puesto que los regalos reales para el monasterio habían sido considerables y puesto que habían prometido que esa iglesia sería el lugar de sepultura tanto de los Erik como de los Folkung. Birger Brosa había dicho que aquí la unión entre las tres coronas y el león perduraría para siempre jamás.

Por consiguiente, con el tiempo, los amigos Knut Eriksson y Arn Magnusson descansarían el uno junto al otro.

En los puertos de Forsvik, el de las grandes naves del lago Vättern y el puerto de los barcos fluviales al otro lado de la orilla del Viken, había tanta gente en continuo movimiento que tardaron unos días en atrapar a los intrusos. A menudo llegaban a Forsvik intrusos jóvenes, niños con morral en la espalda, escapados de sus casas y llenos de grandes sueños. Los rumores de todo lo maravilloso que allí se encontraba para futuros hombres, por extraños caminos se habían divulgado entre cabañas y fincas del país. Muchos se sentían llamados, pero pocos eran los elegidos.

Por lo general los atrapaban rápidamente y los devolvían en un barco hacia la dirección de donde habían llegado. Gure, el encargado, incluso solía darle una moneda de plata al timonel por las molestias.

Sigge y Orm tenían doce y trece años cuando llegaron a Forsvik de esa manera, justo cuando el rey Knut fue enterrado en Varnhem. Los dos sabían, desde hacía unos años, que el rey estaba moribundo, pero no tenían ni idea de que ahora había muerto finalmente. A causa del entierro no había ni señor ni señora en Forsvik.

Fuesen los que fuesen los sueños que habían albergado al llegar a Forsvik para buscar al mismísimo señor Arn, todos sus planes se truncaron por lo que allí vieron. Tal vez habían esperado encontrar una casa grande con motivos draconianos en los techos y el caballero Arn cabalgando con su espada relampagueante rodeado por jóvenes y adultos que intentaban imitarlo. Pero lo que encontraron en lugar de eso fue un pueblo con cuatro calles, un gentío que corría de prisa de aquí para allá y un murmullo de idiomas desconocidos.

Para su consuelo, encontraron unos cuantos jóvenes que llevaban la misma ropa que ellos en burdo paño gris. Pero por todas partes vieron jóvenes, y algunos casi tan jóvenes como ellos, completamente armados, con cotas de malla y camisolas azules, como si fuese lo más natural del mundo. Caminando por la calle más larga del pueblo se detuvieron primero ante una gran casa abierta, aunque con tejado, en la que al menos dos docenas de jóvenes practicaban con espadas y escudos mientras los mayores los corregían, los enseñaban y los obligaban a repetirlo una y otra vez.

Un poco más allá, donde finalizaba la calle, había un campo abierto rodeado de vallas y de allí se oía el tronar de caballos galopando. Sigge y Orm pronto estuvieron sentados encima de la valla y vieron como en un sueño cómo los jóvenes se movían en un ir y venir con una velocidad atroz al son de las órdenes de hombres mayores. Todos los jinetes llevaban armadura como si fuesen a un banquete o a la guerra. Por tanto, era cierto que en Forsvik se podía aprender a ser caballero.

Como todos los pequeños intrusos, se quedaron demasiado rato mirando, y, cuando los jinetes en el campo interrumpieron sus ejercicios después de horas o segundos, por lo que concernía a Sigge y a Orm, se colocaron en largas filas y se dirigieron al trote hacia la calle más grande del pueblo, los dos muchachos fueron descubiertos y cogidos por el pescuezo por un joven que había desmontado, y sin amabilidad alguna los llevó hacia los puertos.

Entonces Sigge se enfureció y dijo sin vergüenza alguna que él y su hermano en absoluto tenían pensado viajar con tanta prisa, porque los dos habían obtenido la palabra del mismísimo señor Arn de que podían ir a Forsvik.

Su guardián primero se rió ante esas palabras disparatadas, pero Sigge no se dio por vencido, opuso resistencia con los talones en el suelo y, echando chispas, dijo que podía jurar ante Dios y ante todos los santos que el mismísimo señor Arn les había dado su palabra de que podían acudir allí. Su guardián se quedó un poco confundido, puesto que los intrusos capturados por lo general solían ser más sumisos y quejicas que insolentes. Montó su caballo, les dijo a Sigge y a Orm que no se movieran y se fue al galope hacia el grupo de jinetes. Una vez allí se detuvo delante de un hombre que vestía un manto Folkung y era uno de los que habían llevado el mando en el campo.

El Folkung se acercó al galope seguido por el que había atrapado a Sigge y a Orm. Descabalgó de un brinco, entregó sus riendas al otro jinete, se acercó a los intrusos y los agarró por el cogote con gran fuerza y encima con unas manos que llevaban guantes de hierro.

—¡Forsvik es para los Folkung y no para siervos mocosos que se han escapado! —dijo severamente mirándolos con dureza—. ¿Cómo os llamáis y de dónde venís?

—Me llamo Sigge y soy el hijo de Gurmund, de la parada de Askeberga, y a mi lado está mi hermano Orm —respondió Sigge, enfadado pero gimiendo por la fuerza de la mano—. ¿Y tú quién eres?

El Folkung soltó su garra sorprendido, puesto que no esperaba tan franca insolencia, al igual que le pasó a quien primero los había atrapado.

—Soy Bengt Elinsson y uno de los que llevan el mando aquí en Forsvik, después del señor Arn —respondió casi con amabilidad mientras contemplaba a los dos intrusos—. He coincidido con Gurmund de Askeberga, todos los que comerciamos entre Forsvik y Arnäs lo hemos hecho. Gurmund es un arrendatario liberado, ¿verdad?

—Nuestro padre es un hombre libre y nosotros dos hemos nacido libres —respondió Sigge.

—Bueno, así nos ahorramos la molestia de mandaros de vuelta a casa atados de pies y manos. Os habéis escapado, ¿verdad?

Eso era cierto, ya que Gurmund, su padre, no había querido escuchar sus súplicas de trasladarse a Forsvik con el señor Arn, y cuando se habían puesto pesados les había dado unas tortas y finalmente se escaparon, tanto por esa razón como por el

sueño de los mantos y las espadas. Sigge no pudo comentar nada de eso por vergüenza, pero asintió, cabizbajo.

—Vuestro padre os ha pegado, se os nota demasiado y eso lo honra poco —dijo Bengt Elinsson con un tono de voz no tan severo—. Yo ya sé qué es tener vuestra edad, y creedme, por mi parte no debéis temer nada malo. Pero no sois Folkung y por eso no hay lugar aquí en Forsvik para vosotros, al menos un puesto de los que vosotros imagináis. Debéis regresar a casa. De todos modos, le enviaré un mensaje a Gurmund diciéndole que nunca más os ponga la mano encima si no quiere tener que enfrentarse con Bengt Elinsson la próxima vez.

—Pero tenemos la palabra del señor Arn —intentó Sigge, cauteloso—. Y el señor Arn es un hombre de palabra.

—Sí, en eso llevas razón —respondió Bengt Elinsson mientras ocultaba una sonrisa ahogada tras la mano—. Pero ¿cuándo y dónde os ha dado esa promesa tan grande a vosotros, hijos de un siervo liberado?

—Hace cinco años —contestó Sigge, gallardo—. Nos habló en el patio y nos mostró una espada que era tan afilada que mi dedo sangró nada más rozarla. Y entonces dijo que debíamos ir a buscarlo después de cinco años y ahora esos cinco años ya han pasado.

—¿Cómo era la espada? —preguntó Bengt Elinsson, de repente muy serio—. ¿Y qué aspecto tenía el señor Arn?

—La espada era más larga que las demás, y la vaina era negra y tenía una cruz dorada. Era toda brillante y tenía unas señas de runas en oro —respondió Sigge como si su recuerdo fuese reciente—. Y los ojos del señor Arn eran muy dulces, pero tenía muchas marcas de golpes en la cara.

—El señor Arn se encuentra en la cerveza fúnebre del rey y no regresará a Forsvik hasta dentro de unos días o una semana tal vez —dijo Bengt Elinsson de manera deferente y amable—. Mientras tanto seréis nuestros huéspedes en Forsvik. ¡Seguidme!

Sigge y Orm, que jamás habían sido tratados como huéspedes y tampoco podían entender la razón del repentino cambio de actitud del poderoso Folkung, se quedaron petrificados, sin poder dar un paso. Debieron de parecer tontos de remate, puesto que Bengt Elinsson rodeó con sus brazos sus delicados hombros y se los llevó hacia los puertos.

Los condujo hasta un hombre rubio y forzado llamado Gure que trabajaba en la construcción de una casa. Él, a su vez, los acompañó a una fila de casas pequeñas donde había un gran estruendo de forjas y sierras. Dentro de una de las casas, en una mesa larga, cuatro niños de su edad y dos hombres mayores estaban fabricando flechas. En medio de la mesa, entre cuencos con brea, plumas de ganso, hilo de lino y diferentes tipos de cuchillos, se amontonaba una pila de puntas de flecha. Gure les explicó que unos jóvenes huéspedes no solamente deberían hartarse de pan dulce, sino también ser útiles. Una parte de la preparación de las flechas era muy sencilla y

con eso podían comenzar, pero sería mejor que dos de los niños los acompañasen a dar una vuelta por Forsvik para llegar a conocerlo y saber dónde dormirían y comerían. Señaló a dos de los chicos de la mesa que aparentaban su misma edad. En seguida se levantaron y se inclinaron ante él en señal de haber entendido y de que obedecerían. Luego Gure se marchó sin más.

Los dos que los guiarían se llamaban Luke y Toke y ambos llevaban el pelo cortado a ras del cuero cabelludo, como Sigge, lo que era habitual entre los hijos de los siervos para evitar los piojos. Por eso Sigge daba por sentado que los demás eran siervos y que él era superior e intentó mandarles que no los miraran tan fijamente y que hiciesen lo que les habían ordenado. El mayor y más fuerte de los dos le contestó rápidamente que se callara la boca, que pensara en que era nuevo en Forsvik y que se guardara mucho de hacerse el importante.

Por eso, la conversación entre los cuatro fue un poco tensa al principio de su visita. Primero fueron a las tres forjas que estaban situadas una al lado de la otra, pero allí los abroncaron en seguida por estar en medio y causar peligro, así que continuaron hasta las vidrierías, donde brillaban largas filas de vasos azules y rojos y donde unos maestros mayores enseñaban a cuatro o cinco niños. En un horno rugiente se hinchaba una masa candente y tanto los maestros como los aprendices introducían largos tubos, levantando un pedazo de la masa, y dándole vueltas sin parar corrían hacia los moldes de madera, que mojaban antes de empezar a soplar y darle vueltas al mismo tiempo. Parecía un trabajo muy difícil, pero a juzgar por la cantidad de vasos que había en las estanterías alrededor de las paredes, lograban hacerlo bien la mayoría de las veces. El calor allí dentro los llevó a continuar hasta la talabartería, donde se trabajaba con cuero para utensilios para los caballos y otras cosas, a los telares, donde la mayoría eran mujeres de todas las edades, a la tonelería y a dos talleres que recordaban la flechería, aunque todo el mundo trabajaba con ballestas bajo la dirección de dos maestros extranjeros, cuyo idioma era incomprendible para Sigge y Orm.

Después de los talleres cruzaron un puente y pasaron entre casas mucho más grandes que, para el espanto de Sigge y Orm, tenían el suelo justo encima de una corriente rápida. Cuando Toke levantaba una trampilla en el suelo se veía el agua burbujeante y encrespada allá abajo. Dos grandes ruedas de molino giraban pesadamente y con poderosa lentitud y rechinaban y crujían las muelas de grano o piedra calcárea. Las sierras chillaban cuando atravesaban los grandes troncos y en las muelas los afiladores estaban amolando espadas o puntas de lanza u otras cosas que Sigge y Orm no tenían ni idea de para qué servían. Unos toneles con grano fueron introducidos rodando y otros toneles llenos de harina fueron llevados de la misma manera hacia los puertos.

Los ojos grandes y maravillados de Sigge y de Orm hicieron que los otros dos se comportaran de un modo más amable, y cuando salieron de los talleres del canal y regresaron por el puente para visitar los establos y las salas de práctica de los

guerreros, se volvieron más comunicativos.

Luke contó que a él y a su hermano los habían liberado siendo niños, ya que nacieron como siervos en Forsvik. Ya no había siervos en aquel lugar. Tampoco labraban la tierra para otras cosas que para pasto de los animales. Por eso sus vidas habían cambiado mucho, aparte de la liberación de la esclavitud. Porque si todo hubiese continuado como antes, la mayoría de ellos habrían crecido labrando la tierra. En cambio ahora estaban aprendiendo en los talleres, cosa que era como un pequeño cielo en comparación con toda una vida de lucha en los campos.

A Sigge y a Orm les costaba entender que una finca tan grande y con tantas bocas que alimentar hubiese dejado de labrar la tierra, pero tanto Luke como Toke se rieron y les recordaron los toneles de grano que habían visto en los molinos. Todos los días llegaban a Forsvik los toneles por el río o por el lago Vättern, y todos los días cerca de la misma cantidad de toneles de harina seguían su camino. Forsvik se quedaba con un tonel de cada ocho y eso era suficiente, tanto para la gente como para los animales, que en invierno recibían mucha avena y no solamente heno. Así que, ¿para qué gastar fuerzas sudando en los campos cuando se obtenía más pan sin cultivarlo?

Para Sigge y para Orm era casi incomprensible. Sonaba como a magia decir que sacabas más grano si no lo cultivabas.

Los dos grandes establos estaban casi vacíos, ya que la mayor parte de los caballos estaban al aire libre mientras durase el pasto. Pero aquí y allá había algún caballo mirándolos con recelo cuando pasaban, y en las paredes colgaban largas hileras de sillas y armas. Eran las armas de los aprendices y nadie de los talleres podía tocarlas.

Los aprendices llegaban de las fincas Folkung cercanas y lejanas y recibían instrucción durante cinco años; todos los años llegaban nuevos, pequeños y asustados, y durante los últimos años algunos se habían marchado a sus casas, seguros de sí mismos y temibles con la lanza o la espada. Los aprendices tenían su propia casa principal, la más grande de Forsvik. La gente normal no podía entrar allí, explicó Toke, pero había más de sesenta lechos.

Al lado de la casa de los aprendices se encontraba la casa de los extranjeros, y allí tampoco era aconsejable entrar, y más allá de esa casa estaba la casa del señor Arn y de la señora Cecilia. Delante de ella había un pequeño bosque de rosas rojas y blancas y en la pendiente hacia el lago había hileras de manzanos, en los que los frutos estaban a punto de ser cosechados, y huertos con todo tipo de tubérculos y plantas aromáticas.

En medio del patio, detrás de la casa del señor Arn, estaba el enorme granero sin paredes, donde los aprendices practicaban con espadas y escudos también durante el invierno, y al otro lado se encontraban unas casas pequeñas donde unos extranjeros distinguidos residían apartados.

Regresaron hacia los talleres y llegaron a lo que había sido la vieja casa principal de Forsvik, donde habían residido los anteriores dueños. Allí vivían ahora los

liberados, y tanto ellos como los aprendices comían allí por turnos, ya que no cabían todos a la vez. A ellos no les tocaría el turno hasta dentro de muchas horas, puesto que los que tenían el trabajo más ligero comían los últimos.

Más allá de la vieja casa principal había varios cobertizos de ladrillo en los que guardaban la carne en fresco durante el verano y congelada en el invierno. Allí dentro hacía frío y estaba oscuro, y a lo largo del suelo se derretían grandes bloques de hielo. El agua desaparecía por una zanja de desagüe. Sigge y Orm no podían comprender cómo había hielo tan pronto en el otoño, y además en bloques, y en seguida los llevaron hasta el almacén de hielo, que se encontraba al lado del cobertizo de la carne. Amontonados en grandes pilas cubiertas de serrín, se entreveían los bloques de hielo que habían aguantado sin derretirse desde que se sacaron del lago el invierno pasado. Todas las primaveras llenaban el almacén hasta el techo y siempre solía durar toda la época de calor.

Después de las fresqueras y el almacén de hielo se alineaban las viejas moradas de los siervos, pero en las que ya sólo vivían hombres y mujeres libres. Algunos de los liberados habían abandonado Forsvik y cultivaban nuevos campos lejos de allí, pero la mayoría había decidido quedarse. Según Luke y Toke, era lo mejor, porque en Forsvik nadie pasaba hambre y nadie tenía frío en invierno.

La visita acabó donde había comenzado, en el taller de flechas, y Sigge y Orm tuvieron que sentarse a trabajar con lo más sencillo, con una herramienta que jamás habían visto, taladrar un agujero en la flecha donde se sujetaría la punta. Pronto comprendieron que se hacían flechas de dos longitudes, unas comunes y otras que eran al menos una tercera parte más larga. Había varios tipos de puntas. Las más largas tenían como una aguja, muy estirada y muy afilada, tanto que cortaba la piel nada más tocar el extremo. Las flechas cortas podían tener dos tipos de punta, una con lengüetas apretadas, como las flechas que conocían, pero también otro tipo de punta en la que las lengüetas estaban abiertas a los lados, casi como pequeñas alas.

Era obvio que Sigge y Orm no comprendían lo que tenían entre las manos y Luke explicaba con cara de experto que las flechas largas con las puntas de aguja y sin lengüetas eran para los arcos largos y el tiro a larga distancia. Las puntas eran para poder atravesar las cotas de malla. Las puntas anchas se utilizaban contra los caballos. Ya habían fabricado más de diez mil flechas en Forsvik y la mayor parte habían sido enviadas a Arnäs en grandes toneles con cien flechas en cada uno. Todos los días se fabricaban al menos treinta flechas en Forsvik.

Con la llegada de los nuevos aprendices, el trabajo en la flechería cambió y Sigge y Orm estuvieron ocupados únicamente en el monótono trabajo de taladrar el agujero de las puntas. Cuando no hacían el agujero lo bastante hondo o ancho, se les devolvía el material con una pequeña reprimenda. Luke y Toke colocaban las puntas en su sitio y las ataban con hilo de lino mojado en brea y luego las entregaban a los dos extranjeros, que se encargaban de lo más difícil, colocar las plumas de dirección.

No era ésa la manera en que Sigge y Orm habían soñado su nueva vida con el

señor Arn en Forsvik, pero tenían el presentimiento de que no valdría la pena explicarles a Luke y a Toke que tenían la intención de ser aprendices entre los señoritos.

No obstante, Orm, que hasta ese momento había sido demasiado tímido para abrir la boca, en la cena tardía compuesta de sopa y pan, dejó escapar unas palabras sobre sus sueños, y toda la gente trabajadora que había alrededor de la mesa se echó a reír salvajemente. Sólo podían ser aprendices de guerreros los Folkung, pero no unos siervos liberados con nombres como Sigge, Toke, Luke u Orm. Si llevabas uno de esos nombres, te quedabas en los talleres.

Sigge apretó los dientes y no dijo nada. El mismo señor Arn le había hecho una promesa, y en cuanto surgiese la ocasión se la recordaría.

De regreso de la cerveza fúnebre, Arn viajó por primera vez con escolta. Un escuadrón de dieciséis jinetes, entre los cuales se encontraban Sune, Sigfrid y Torgils Eskilsson, había acompañado a Cecilia por una ruta secundaria a lo largo del lago Vättern hasta Varnhem.

Los jóvenes escoltas de Forsvik, de los que sólo los tres mayores habían llegado a la edad de dieciocho años, habían recibido muchas miradas curiosas. Sus caballos no estaban ensillados y armados como los demás, y llevaban los flancos y los pechos cubiertos con una tela con los colores de los Folkung. Alguna que otra persona se había acercado para preguntar sobre las fuertes correas de cuero que estaban debajo de la tela, y apretaron aquí y allá y encontraron que debajo de una fina capa de los colores Folkung había grasa y gruesas capas con anillas de malla cosidas como protección para las flechas. También podía extrañar que sólo tres de los escoltas hubiesen alcanzado la edad adulta, pero incluso los muy jóvenes en la comitiva de Arn Magnusson llevaban sus armas con gran seguridad y costumbre y cabalgaban como pocos hombres en Götaland Occidental sabían hacerlo.

Arn se daba cuenta de que, con esa exhibición ineludible, había abierto una nueva brecha para los rumores sobre lo que acontecía en Forsvik. Pero podía permitir que Cecilia acudiera a la cerveza fúnebre del rey sin proveerla con la protección que su honor exigía.

En un solo día cabalaron de Varnhem hasta Arnäs sin esforzarse mucho, ni ellos ni los caballos. Como de costumbre, Cecilia usaba una silla común con un pie en cada estribo y, puesto que montaba a su propia *Umm Anaza*, no le costaba nada llevar el mismo ritmo que la comitiva de jóvenes escoltas.

No se detuvieron en Skara, ya que de todos modos no llevaban carros para transportar sus compras. Todo su equipaje estaba en alforjas atadas encima de dos caballos de carga. A las afueras de Skara había una muchedumbre de gente que entraba y salía con sus carros, ya que era día de mercado, y la comitiva azul despertó mucha curiosidad y largas miradas de sorpresa cuando pasaron con estruendo. Todo el mundo sentía en su fuero interno que había una extraña fuerza siniestra en aquellos jinetes. También vieron y comprendieron todos que ése era un poder creciente de los

Folkung. Pero si era un poder bueno o malo, si era para la protección de la paz o para la preparación de la guerra, eso no podía verlo nadie.

Tomaron el camino por Kinnekulle para visitar a Marcellus, el maestro tallista que estaba trabajando en la cantera para realizar los adornos de la nueva iglesia en Forshem. Ya había acabado algunas imágenes, una que despertó la admiración de todos y otra que hizo sonrojarse y tartamudear a Arn de una manera que nadie antes había visto.

La imagen, que ciertamente sería la admiración de todos, estaría colocada encima de la puerta de la iglesia y representaba cómo el Señor Jesús entregaba a san Pedro la llave del cielo y a san Pablo el libro con el que divulgaría la fe cristiana por todo el mundo. Encima de la cabeza del Señor Jesús se divisaba una cruz de los caballeros del Temple y un texto grabado en buen latín que decía: «Esta iglesia está consagrada a Nuestro Señor Jesucristo y al Santo Sepulcro».

Tanto la imagen como el texto despertaban devoción en los observadores. Era como si se viese ese mismo instante, aunque no había podido tener lugar en el mundo de los sentidos. Pero para Dios no existía ni el tiempo ni el espacio, Él estaba en todas partes al mismo tiempo y por eso la imagen era tan hermosa como cierta. Arn sentía una enorme emoción en su corazón, casi temor, por haber obtenido la gracia de construir esa iglesia consagrada a Su Sepulcro. Aunque todavía faltaba mucho para concluir la construcción, esa imagen ya anunciaba cómo sería.

Sin embargo, la imagen que a Arn hizo que se le cortase la respiración, ora avergonzado, ora enfadado, representaba al Señor Jesucristo recibiendo las llaves de la iglesia de un caballero, al Señor Jesucristo bendiciendo la iglesia con Su mano derecha y a un picapedrero agachado trabajando la piedra con el pico.

La única manera de entenderlo era que se veía cómo Arn regalaba la iglesia a Dios y cómo Marcellus la construía. No era mentira y no era blasfemia, pero era una forma excesiva de orgullo.

Marcellus miraba su imagen de manera más trivial. Decía que sólo expresaba una verdad mundanal y que para los hombres era un buen ejemplo a seguir. Durante mil años los observadores devotos contemplarían cómo Arn, un caballero del Temple, regalaba esa iglesia. Eso sería verdaderamente edificante, ¿no? ¿No era precisamente esa idea la que se expresaba consagrando la iglesia al Santo Sepulcro? En lugar de buscar el Santo Sepulcro en la guerra y morir en Tierra Santa, los verdaderos fieles podían buscar el camino para llegar hasta allí en sus propios corazones. Así era como lo habían planteado ya en su primer encuentro, cuando acordaron el negocio en Skara.

Arn no recordaba que se hubiesen dicho precisamente esas palabras, pero admitió que la idea concordaba bastante con la suya. Sin embargo, envanecerse en una imagen al lado del Señor Jesucristo era otra cosa. Era soberbia y, por tanto, un pecado grave.

Marcellus se encogió de hombros y dijo que no sería peor mostrar cómo Dios



echaba a Adán y Eva del paraíso, otra imagen que había imaginado para la iglesia. Dios y las personas podían figurar en la misma imagen, mientras la imagen fuese verdadera. No solamente se representaba a personas buenas y a santos, sino también a Barrabás o al soldado romano que le clavó la lanza en el costado al Señor en la cruz. Y no había arrogancia en decir que Arn Magnusson había construido y consagrado esa iglesia al Santo Sepulcro; era la pura verdad.

Cecilia encontró además que la imagen era hermosa y veraz y que sólo podía agrandar a Nuestro Señor, dado que no señalaba más que humildad ante Él.

Quedaron de acuerdo en no decidirlo precipitadamente, sino en reflexionar un poco más sobre la imagen del Mismísimo Dios y los constructores. Aún sobraba tiempo antes de acabar y consagrar la iglesia.

Se quedaron un día en Arnäs, principalmente porque Arn quiso dar la vuelta completa a los muros y controlar el más mínimo detalle. Todo lo que concernía a la defensa exterior de la fortaleza estaba listo. A partir de ese momento podían dedicar los años que quisiesen a la defensa interior, o más para la comodidad que para la guerra. La vivienda hecha en piedra y de tres pisos de altura casi estaba acabada y para el invierno podrían instalarse en ella. Sólo faltaba construir los almacenes para el trigo, el pescado seco y el forraje que necesitarían los caballos y el ganado para resistir un asedio prolongado. Lo demás serían trabajos más sencillos, para los que ya no se necesitarían los constructores más hábiles del mundo. Los muros exteriores, las torres, las puertas y los puentes levadizos ya estaban listos. Eso era lo decisivo. En Forsvik acababan de terminar las gruesas cadenas para los puentes levadizos y las rejas.

La vieja torre grande de Arnäs se había convertido en almacén para las armas y los objetos de valor. En la cámara alta se amontonaban los barriles de madera con más de diez mil flechas, la cámara inferior estaba llena de ballestas, espadas y lanzas. Arnäs ya estaría preparado para resistir un asedio de un enemigo muy fuerte. Pero por ahora no se aproximaba una guerra y, por tanto, había tiempo de sobras para terminarlo todo como estaba planificado desde el principio. Pronto Arnäs sería una fortaleza inexpugnable en la que muchos cientos de Folkung podrían estar protegidos, fuese quien fuese el que amenazase fuera de los muros.

Torgils, que no había estado en casa desde Navidad, decidió quedarse unos días con su padre, Eskil, cuando la comitiva de Arn continuó su viaje a Forsvik. Salieron de madrugada para llegar en un solo día en lugar de pernoctar en Askeberga.

Al acercarse a Forsvik aquella tarde tocaron alarma en la gran campana y, después de unos instantes, todos los jóvenes y mozos de cuadra se abalanzaron sobre sus caballos. Cuando Arn, Cecilia y la comitiva entraban en Forsvik se alineaban tres escuadrones en fila recta a lo largo de toda la calle del pueblo. Bengt Elinsson, el único alto mando que se había quedado, había colocado su caballo tres pasos por delante de los demás. Primero alzó su espada, luego los demás hicieron lo mismo y así saludaron el regreso del señor Arn y la señora Cecilia.

Arn, en su caballo, se acercó a Bengt, le dio las gracias con brevedad, tomó el mando y ordenó a todos los aprendices que volviesen a los servicios o al trabajo que estaban realizando antes de la señal de alarma.

Los días siguientes en Forsvik estuvieron cargados de la pena agri dulce de la despedida. Habían llegado a su fin los cinco años por los que Arn había alistado a sus hombres sarracenos. Los que querían marcharse lo harían pronto, porque se esperaba la llegada a Lödöse de la gran nave cargada de pescado seco de Lofoten. En ella navegarían hasta Björgvin, la ciudad más grande de la costa oeste de Noruega. Desde allí salían barcos continuamente rumbo a Lisboa, en Portugal, y después faltaría poco para llegar al país de los fieles.

Sólo la mitad de los extranjeros querían regresar a casa, entre ellos los dos médicos, Ibrahim y Yussuf, ya que estaban seguros de que apreciarían sus servicios mucho más en el reino de los almohades en Andalucía. Los dos ingleses también querían marcharse, pero para ellos sería más sencillo, puesto que ocasionalmente viajaban barcos entre Lödöse e Inglaterra, país al que Eskil había extendido su comercio durante los últimos años.

La mitad de los constructores que habían trabajado en Arnäs querían seguir los pasos de Ibrahim y Yussuf, ya que opinaban que era difícil vivir con la verdadera fe en un país de cuya existencia, al parecer, Dios se había olvidado. La otra mitad de los constructores tal vez tenía una opinión más permisiva acerca de la memoria del Señor, aunque su voluntad de quedarse en lugar de marcharse estaba más bien motivada porque algunos de ellos ya se habían echado mujer e hijos, como por ejemplo Ardous de Al Khalil.

Los dos maestros del fieltro Aibar y Bulent también estaban indecisos; creían que irían seguros desde Björgvin hasta Lisboa, pero desde allí había un camino interminable hasta Anatolia. Además, sus pueblos ya estaban quemados y saqueados tanto por cristianos como por fieles. No tenían un hogar al que regresar.

Los hermanos Wachtian empezaban a ser como los nórdicos, y ambos hablaban ya el idioma de los lugareños perfectamente.

De uno de los viajes a Lübeck, adonde viajó por cuenta de Eskil y Arn, Jacob, sorprendentemente, había regresado con una mujer con la que se había casado ante Dios, según afirmaba. Se llamaba Gretel y se rumoreaba que había sido abandonada por su futuro esposo en Lübeck el mismo día de su boda, pero de todas formas rápidamente se dejó consolar por Jacob, el comerciante armenio. Esa historia encerraba algún misterio, le faltaba más de una pieza, pero nadie en Forsvik encontró razones para cuestionar el asunto. Por parte de Jacob no cabían pensamientos sobre la marcha ya que, por algún motivo, su Gretel no quería volver a su país por nada del mundo, y aún menos quería ir a Armenia; además, estaba en estado de buena esperanza.

Marcus no quería ir solo a casa. Ciertamente no tenía una mujer con la que divertirse, como su hermano, cosa que de vez en cuando le insinuaba a Arn, pero la

vida en Forsvik era buena y se lo pasaba muy bien buscando continuamente una nueva manera de usar la fuerza del agua o de construir nuevas armas o herramientas para el trabajo. Aunque eso sería más fácil en compañía de una mujer.

Arn decidió acompañar a los fieles y a los ingleses hasta Lödöse para que su último viaje por el país de los infieles fuese seguro. Contaba con que los fieles estarían a salvo en cuanto estuviesen a bordo de la nave que los llevaría a Björgvin, y no le preocupaba en absoluto dejar a los ingleses solos una temporada en Lödöse.

Era una despedida difícil, y los amigos que tan duramente habían trabajado juntos durante cinco años lloraban abiertamente cuando los viajeros subieron a bordo de los barcos fluviales que los llevarían al lago Vänern y después en barcos más grandes hacia el río Gota. De todos modos fue un alivio para todos cuando se acabó la despedida y los barcos desaparecieron detrás del primer recodo del río hacia el lago Viken. Arn y Cecilia se alegraron de que muchos de los extranjeros hubiesen decidido quedarse, ya que su trabajo y sus conocimientos eran inestimables y los siervos liberados tardarían muchos años aún en aprender a hacer bien el trabajo.

Arn se sentía melancólico al volver de Lödöse una semana más tarde. Lo más duro había sido la despedida de Ibrahim y Yussuf, y de los turcopolos Alí Mansour. Jamás podría sustituirse en Forsvik el arte de esos médicos, y aunque los aprendices que más tiempo habían estado de servicio ya habían conseguido una habilidad loable en el caballo, especialmente si se comparaban con otros hombres del Norte, aún les faltaba mucho para llegar a la altura de Alí y de Mansour, los guerreros sirios cuyo sustento eran las armas y el arte ecuestre.

Un acuerdo era un acuerdo y había que cumplirlo. Tal vez habría que alegrarse más porque la mitad de los sarracenos hubiesen preferido quedarse en lugar de sentir pena por la mitad que se marchaban después de cinco años. También había que pensar en todo lo que se había conseguido para asegurar la paz durante ese tiempo.

De todos modos, Arn no estaba de muy buen humor mientras comía cuando Gure fue hacia él con dos chicos de los talleres a los que no conocía. Al principio dudó mucho de lo que los oía musitar, tartamudos y enrojecidos, de que él mismo les hubiese prometido acudir como aprendices a Forsvik. No eran Folkung, se veía a la legua que eran hijos de siervos o liberados. Les preguntó primero de dónde habían sacado esos sueños y si se daban cuenta del grave pecado que sería jurar en falso. Pero cuando finalmente lograron explicar la historia de cómo él había llegado a Askeberga por vez primera y ellos habían llamado a la puerta y él salió al patio y les habló, entonces lo recordó. Eso lo dejó pensativo y calló y reflexionó un buen rato antes de tomar la decisión. Sigge y Orm esperaron angustiados; Gure, más bien sorprendido.

—Gure, lleva a estos niños a Sigfrid Erlingsson —dijo finalmente—. Dile que van a empezar en el grupo más joven de principiantes y vela para que tengan ropa y armas adecuadas.

—Pero, señor, estas criaturas no son en absoluto Folkung —objetó Gure, atónito.

—Lo sé muy bien —repuso Arn—. Sólo son hijos de un siervo liberado. Pero teníamos un acuerdo y los acuerdos son para cumplirlos, y un Folkung más que nadie.

Gure se encogió de hombros y se llevó a Sigge y a Orm, ambos con aspecto de querer gritar y saltar de alegría, y sólo con mucho esfuerzo lograron dominarse.

Arn se quedó un buen rato delante de su plato todavía sin acabar. Se había formulado una curiosa pregunta a sí mismo sobre algo que nunca antes se le había ocurrido. Lo que se preguntaba era si sólo se podía nacer Folkung o bien si se podía llegar a serlo. Porque, ciertamente, no todos los nacidos Folkung eran los mejores ni los demás los peores.

La norma de los caballeros templarios decía que únicamente podría aceptarse como hermano de la orden a quien tuviese un padre con un escudo heráldico. Los demás tenían que contentarse con ser sargentos. En más de una ocasión había visto hermanos caballeros que hubiesen sido mejores como sargentos y también al revés.

¿Y quién decía que no podría convertirse gente buena en Folkung, al igual que podría introducirse sangre nueva en la cría de caballos? Cruzando los caballos godos, fuertes y pesados, con los rápidos y finos caballos árabes estaban consiguiendo una raza nueva más adecuada para la caballería pesada, que sería la próxima cosa importante que habría que realizar en Forsvik. Era posible cruzar lo mejor de lo árabe y de lo godo, como se trabajaba con diferentes capas de hierro y de acero en la fabricación de las espadas. Así pues, ¿por qué no formar a los Folkung de la misma manera?

Aunque naturalmente tendría que hacer que los dos muchachos fueran rebautizados, en caso de que estuvieran bautizados; unos jinetes Folkung no podrían llevar por nombre Sigge u Orm.

Sverker Karlsson llegó desde Dinamarca con una comitiva espléndida de cien jinetes a Näs, donde tenía pensado instalarse con su gente. Había retrasado su viaje hasta final de año, cuando el hielo era grueso y seguro en el lago Vättern.

Después de Año Nuevo llamó a Näs a todos los proceres que había entre los Folkung, los Erik y los svear para que lo eligiesen una vez pronunciado su juramento. A continuación se celebraría un festín de tres días.

Nunca antes en Näs se habían visto tantos mantos rojos, ni siquiera durante el tiempo del rey Karl Sverkersson. No sólo era el color de los Sverker, ya que entre los daneses el rojo era el color más común, y el príncipe Erik, que había estado presente en Näs a la llegada de Sverker, susurró con disgusto a Arn que le había parecido como un río de sangre fluyendo por el hielo.

Birger Brosa, su hermano Folke y el príncipe Erik fueron los únicos seculares en el nuevo consejo del rey que no eran daneses o del linaje de los Sverker. Eskil había tenido que dejar su sitio en el consejo, ya que Sverker opinaba que los asuntos tan importantes como el comercio del reino tenían que ser dirigidos por daneses, más entendidos en el tema. Como mariscal eligió a su amigo Ebbe Sunesson, que estaba

emparentado con los Folkung de Arnäs, dado que su pariente Konrad estaba casado con Kristina, hermanastra de Arn y de Eskil. Sverker decía que ese parentesco era como un puente entre lo danés y lo Folkung.

El arzobispo Petrus rebotaba de alegría dando una y otra vez las gracias al Señor porque Él, en Su inmensa bondad y justicia, había traído al hijo del asesinado rey Karl a la corona de los godos y los svear. Con eso se cumplía la voluntad del Señor, aseguró Petrus.

Sin embargo, Sverker no pudo ponerse la corona ante todo el consejo y el concilio de proceres del reino antes de jurar que, con la ayuda de Dios, mantendría la ley y la justicia. También tuvo que jurar que renunciaría a toda pretensión a la corona por parte de sus parientes, puesto que era al príncipe Erik a quien le correspondía la corona después de él. Y después de Erik seguirían Jon, Joar y Knut, los hermanos más jóvenes, que ahora vivirían en el reino con todos los derechos de los infantes reales.

El arzobispo Petrus, que era quien dictaba el juramento, intentó saltarse algunas cosas repetidas veces, y fue inmediatamente regañado tanto por los svear como por los godos. Sólo cuando se dijo todo de la forma correcta, todo el mundo del concilio del reino juró su lealtad al rey Sverker mientras viviese y mantuviese su juramento.

Durante los días que duró el festín, los daneses dieron muestras de cómo se celebraban las fiestas reales en el gran mundo con refriegas entre caballeros, que se enfrentaron los unos a los otros con lanzas y escudos. Sólo los daneses tomaron parte en esos nuevos juegos, puesto que los nuevos señores dieron por sentado que ningún hombre en el atrasado Götaland Occidental o Svealand podía luchar sobre un caballo. Y a juzgar por las caras admiradas y atónitas de sus súbditos, el rey Sverker comprendió que esas artes ecuestres, que ya llevaban tiempo en Dinamarca, eran algo jamás visto arriba en el Norte.

Arn contempló muy atento y con rostro impasible la actuación de los caballeros daneses. Algunas cosas no estaban nada mal, otras eran tan sencillas como había esperado. Ninguno de ellos ni siquiera habría sido capaz de ser sargento en la orden de los caballeros del Temple, pero en los campos de batalla nórdicos costaría combatir con ellos. Si quisieran vencer a esos daneses a campo abierto, necesitarían unos años más de práctica en Forsvik. Pero su ventaja no era mucho mayor.

Durante el festín, el rey Sverker y su mariscal Ebbe Sunesson se quedaron principalmente en la sala grande, rodeados de cortesanos daneses, e hicieron llamar a los hombres importantes del reino de uno en uno para mantener diversas conversaciones, en las que Birger Brosa era el encargado de explicar quién era quién. El rey Sverker procuraba ser amable y tratar a los Folkung y a los Erik igual que a sus parientes Sverker.

Cuando llegó el turno de Eskil y de Arn de presentarse ante el rey y sus cortesanos daneses, Birger Brosa dijo que Eskil era comerciante y que antes había pertenecido al consejo del rey Knut, y que era el futuro señor de la finca de Arnäs.

De Arn contó solamente que había vivido muchos años en un monasterio, así como en Dinamarca, y que ahora era el señor de la finca forestal de Forsvik.

Arn intercambió una mirada rápida con Birger Brosa interrogándolo en silencio por la descripción un tanto incompleta de lo que le había sucedido a Arn entre la infancia en el monasterio y la edad adulta en Forsvik, pero Birger Brosa sólo le devolvió un guiño rápido e imperceptible.

El rey Sverker se alegró de hablar con alguien que entendiera sin dificultad el idioma de los daneses, contrariamente a lo que sucedía con muchos de los torpes svear. Para Arn era fácil recuperar el idioma que había hablado de niño. Todavía tenía el acento más parecido a un danés que a un hombre godo.

La conversación al principio rondaba asuntos inofensivos, como la belleza del fiordo Limfjorden y de los alrededores del monasterio de Vitskøl, o acerca de los mejillones que se habían cultivado en el monasterio sin éxito, puesto que la gente de los alrededores del fiordo pensaba que comer mejillones sería ir en contra de Dios. Actualmente ya no era así, aseguró el rey Sverker. Luego invitó a Arn y a Eskil a visitar Dinamarca llevando su salvoconducto, para que pudiesen ver a su hermanastra Kristina, y cuando los dos hermanos pusieron cara de que ese viaje no sería de su agrado, cambió de idea y prometió invitar a Näs a Kristina y a su marido Konrad Pedersson el próximo verano. Se esforzó mucho en mostrar que toda enemistad anterior estaba olvidada.

Por esa razón podría parecer muy estúpido e innecesario por parte del mariscal Ebbe Sunesson recordar de pronto cómo en Arnäs, propiedad de los hermanos, una vez había tenido algunas diferencias con uno de sus parientes, aunque por eso no habría hostilidad entre ellos, ¿verdad?

Habló suavemente pero con una sonrisa malévola. Birger Brosa movió la cabeza en señal de advertencia a Arn, y éste tuvo mucha dificultad en dominarse antes de contestar que el que había muerto era su hermano Knut y que los dos rezaban por su vida eterna, y que no pensaban en la venganza.

Con eso debió de contentarse Ebbe Sunesson. Pero tal vez había bebido demasiado durante el festín, tal vez estaba ebrio de ser el vencedor entre los encuentros de los jinetes, o bien él y sus amigos ya se creían los señores entre gente a la que no hacía falta mostrar respeto. Porque lo que a continuación dijo hizo palidecer tanto a Birger Brosa como al rey Sverker, aunque fuese por distintos motivos.

Con claro menosprecio, declaró que Arn y Eskil no necesitarían sentirse avergonzados en absoluto. Si no habían podido limpiar su honor después de la inoportuna muerte de su hermano, él se enfrentaría encantado con uno de ellos con la espada. ¿O por qué no con los dos al mismo tiempo? Pero, claro estaba, eso dependería de si tenían el honor y el valor suficientes para hacerlo.

Arn miró al suelo y ahogó con mucho esfuerzo la idea inmediata de proponer un duelo. Seguramente parecía avergonzado por no tener el valor de aceptar el desafío que le había hecho, tan obvio como una bofetada.

Después de un silencio irresistible enderezó la cabeza y dijo con tranquilidad que, reflexionando, encontraba poco sensato que el nuevo rey y sus hombres iniciasen su época en el país de los svear y los godos con sangre. Puesto que, si el señor Ebbe mataba a un Folkung más, o si él mismo mataba al mariscal del rey, de ninguna de las maneras favorecería en absoluto la paz que tanto anhelaban todos.

Entonces el rey puso su mano encima del brazo de Ebbe Sunesson e impidió que contestase, cosa que parecía estar a punto de hacer, y dijo que se sentía honrado de que entre los hombres que le habían pronunciado el juramento de lealtad hubiese hombres de tanta valía como Eskil y Arn Magnusson, que sabían anteponer la paz del reino al propio honor.

No le contestaron, solamente hicieron una reverencia y salieron de la estancia. Arn sentía la necesidad de tomar aire fresco, puesto que su interior hervía de humillación. Eskil se apresuró tras él y le aseguró que nada bueno habría salido de que un Folkung matase al mariscal del rey durante la primera semana del reino de Sverker. Además, esas palabras humillantes podrían haberse evitado si Birger Brosa hubiese sido algo más explícito en su descripción del tipo de vida monacal de Arn. Tal y como estaban las cosas, ese mariscal no tenía ni idea de lo cerca de la muerte que había estado.

—De todos modos no puedo comprender la intención de Dios al traer al asesino de mi hermano a sólo un brazo de distancia —murmuró Arn entre dientes.

—Si Dios quiere enfrentarnos con las armas, lo hará. Al parecer, por ahora no lo ha querido así —respondió Eskil, aturdido.

# XI

Durante los primeros años del reinado de Sverker, el único mensaje procedente de Näs que alegró a los Folkung y a los Erik fue que el arzobispo Petrus había muerto de tanto comer en la segunda celebración de la cerveza de Navidad. Aparte de eso no llegaron más noticias, ni buenas ni malas. Era como si los asuntos del poder supremo del reino ya no fuesen de la incumbencia ni de los Folkung ni de los Erik.

Ni siquiera cuando el rey Sverker se propuso enviar una cruzada hacia el este halló motivos para pedir ayuda a los Folkung o a los Erik, sino que se unió a los daneses y a los de Gotland. En realidad no hubo mucha cruzada. La intención había sido que el ejército de Sverker fuese embarcado hasta Kurland para convertir de nuevo el país a la verdadera fe y llevarse a casa lo que pudiesen hallar de valor. Pero una tormenta que soplaba desde el sur arrastró las doscientas naves de cruzados hacia el norte y fueron a parar a Livland. Allí pasaron tres días de saqueo, cargaron su botín de guerra en los barcos y regresaron a casa.

Es posible que no se perdiesen demasiado con los tres días de saqueo, pero arriba en los bosques de Nordanskog, en especial a los svear, los ofendía que ni siquiera se les hubiese confiado el envío de un solo *fylking* o un único barco y que el rey y los daneses los tuviesen en tan poca consideración.

Para los Folkung de Arnäs y Forsvik no suponía en absoluto una desventaja que el nuevo rey desdeñase sus servicios, pues tenían cosas más provechosas en las que emplear su tiempo. En Arnäs acabaron de construir tanto el pueblo dentro de los muros como los nuevos pozos y cobertizos. En Forsvik, al fin, apareció el beneficio en la contabilidad de Cecilia.

Esto se debía sólo en parte a que el vidrio de Forsvik se vendiese en Linköping, Skara, Strängnäs, Örebro, Aros Occidental y Aros Oriental, e incluso en Noruega. Además, algunos de los mozos habían estado tantos años de aprendizaje que llegó el momento de que regresaran a sus casas, y cuando lo hacían se los responsabilizaba de preparar sus fincas, de empezar a instruir a sus propios escoltas y tiradores con arco



largo en sus hogares. Entonces compraban todas las armas nuevas en Forsvik, de modo que una parte cada vez mayor de las armas que durante muchos años se habían fabricado sin obtener recompensa para armar Arnäs y Bjälbo empezaron ahora a producir ingresos. A la inversa del relato de las Sagradas Escrituras, habían pasado siete años de vacas flacas antes de que llegaran los años de vacas gordas. Pero cuando al final se produjo el cambio, Cecilia tuvo que repetir los cálculos varias veces, pues pensaba que se había equivocado al contar. El flujo de plata que entraba en lugar de salir era cada vez mayor.

Esos últimos años previos al cambio de siglo que, según algunos flagelantes y prelados significaría el fin del mundo, fueron años tranquilos para los Folkung, pero también años de mucho viaje y cerveza nupcial.

Tanto Birger Brosa como sus hermanos Magnus y Folke opinaban que ya no salía a cuenta casarse con el linaje de Sverker y puesto que Eskil finalmente había obtenido la abolición de su matrimonio con la alevosa Katarina, que había sido encerrada para siempre en Gudhem, él mismo debía ser un ejemplo. Se fue de viaje de petición de mano a Aros Occidental y por la zona de la saqueada y quemada Sigtuna y pronto halló lo que buscaba en la viuda Bengta Sigmundsdotter de Sigtuna. Años atrás, su marido había sido asesinado por los estonios, cuando éstos saquearon la zona. Pero ella había sido lista, casi como si pudiese ver el futuro. Porque aunque ella y su marido poseían el mayor comercio de Sigtuna, había insistido en no guardar las riquezas que obtenían en la ciudad, sino trasladarlas hacia el norte, a la casa de sus padres. De esta forma, Bengta se convirtió en uno de los pocos habitantes de Sigtuna que salió de entre el humo y las llamas conservando su riqueza.

Tal vez no fuese lo bastante rica como para aportar toda la dote que merecía un matrimonio con Eskil, pero tampoco había otra mujer en el reino que lo fuera. Y en lo que se refería a viudas, esas cosas no eran tan importantes, al igual que tampoco era necesaria una cerveza de compromiso, pues las viudas decidían sobre sí mismas. La cerveza nupcial podría celebrarse sin rodeos en cuanto Eskil y Bengta hubieran alcanzado un acuerdo.

Se gustaban mutuamente, y todo el mundo opinaba que formaban una pareja particularmente afortunada. Bengta llevaba los negocios de forma excepcional para ser mujer y los negocios eran la gran fuente de alegría en la vida de Eskil. El mismo día en que se conocieron empezaron a hablar de abandonar Sigtuna y de trasladar el comercio de Bengta bien a Visby o bien a Lübeck. Así lograrían reforzarse recíprocamente.

Encontrar a una mujer svear para el joven Torgils Eskilsson resultó ser algo más difícil. Pero la reina viuda Cecilia Blanka era svear y después de la muerte del rey Knut no soportó seguir viviendo en Näs, a pesar de que el nuevo amo, el rey Sverker, le había ofrecido con zalamería ser su invitada durante tanto tiempo como quisiese. Sin embargo, la desdeñosa corte danesa del nuevo rey le demostró todo lo contrario. Sus hijos, el príncipe Erik, Jon, Joar y Knut, estaban más bien como prisioneros en la

jaula dorada de Näs, pero ella misma era libre de marcharse cuando quisiera. Había aparentado irse al convento de Riseberga —como habría sido propio de una reina viuda carente de poder—, pero en Forsvik se apeó del barco y permaneció allí. Pronto las dos Cecilias estuvieron en marcha planificando la boda del joven Torgils y llegaron a la conclusión de que una hija de procurador sería lo mejor, pues los procuradores gozaban de una muy buena posición entre los svear y era importante emparentarse con ese poder.

Las cosas fueron como las dos Cecilias habían calculado, por lo que siguió un verano con muchos viajes entre Götaland Occidental y Svealand. Porque después de su propia boda, Eskil viajó con su hijo Torgils, Arn y el hijo de éste, Magnus Månesköld, acompañado por un gran séquito hasta Svealand. En su camino hacia la cerveza de compromiso, en la más oscura Uppland, se detuvieron en casa de muchos proceres, que bien eran parte de la nueva familia de Eskil o bien eran parientes de Cecilia Blanka. Para la misa de San Lorenzo, antes de que se iniciara la cosecha en Uppland, se celebró la cerveza de compromiso entre Torgils y Ulrika, hija de Leif, procurador de la finca de Norrgarn, que se encontraba a un día de viaje de Aros Occidental. Más tarde, en aquel mismo otoño bebieron la cerveza nupcial en Arnäs durante cinco días.

Pero también las señoras viajaron mucho en esos tiempos tranquilos. La casa de Ingrid Ylva en Ulvåsa se convirtió en su lugar de encuentro habitual, pues se hallaba a medio camino entre Forsvik y Ulfshem, de modo que las dos Cecilias y Ulvhilde tenían que viajar sólo durante un día para reunirse. Ingrid Ylva y Ulvhilde eran hijas de los Sverker, Cecilia Blanka de un linaje svear y Cecilia Rosa del linaje de Pål de Husaby, por lo que las cuatro podían reunirse relajadamente, sin estar pensando siempre como los Erik o como los Folkung, con los que todas ellas estaban casadas. Ingrid Ylva ya había dado a luz a dos hijos y esperaba un tercero ese verano, en que las mujeres pasaron más tiempo solas que con sus maridos. Dado que Birger, el hijo mayor de Ingrid Ylva, pronto cumpliría cinco años y era de la misma edad que la hija de Cecilia Rosa, Alde, hubo mucho de que hablar sobre cómo esos dos pronto deberían empezar a recibir una formación sensata y sobre cómo podrían arreglarlo entre ellas. En años anteriores, Ulvhilde había enviado a sus hijos a un clérigo de Linköping pero en los malos tiempos que corrían no sería buena idea mandar a unos pequeños Folkung a ese nido de Sverker.

Al final, a Cecilia Blanka se le ocurrió que Birger y la pequeña Alde de Cecilia Rosa podrían recibir su educación en Forsvik si lograban convencer al viejo monje que allí había de que redujese el tiempo que dedicaba a las espadas y a los caballos, algo que por otra parte le sentaría bien. Además, Cecilia Blanka dijo que ella, como reina sin obligaciones, podría hacer algo de provecho que nadie podría rechazar si ella también tomaba parte en la enseñanza de los niños. Todas opinaron que era una idea tan buena y tan obvia que decidieron que al día siguiente, sin más tardar, cogerían uno de los mejores barcos de Eskil y viajarían a Forsvik para hablar con el

monje en persona.

Y así fue como en breve el hermano Guilbert se encontró en un inesperado aprieto en la nueva y gran sala de banquetes de Forsvik. No tuvieron que rogarle mucho para que admitiese que desde luego era una demanda del agrado de Dios que enseñase a los jóvenes y que este trabajo desmedraría menos un viejo cuerpo que lo que lo hacían la espada y el caballo. Pero se resistió diciendo que ésa no era la misión que había recibido del padre Guillaume de Varnhem.

No obstante, Cecilia Blanka ahuyentó esa fácil excusa como si de una mosca se tratara diciendo que lo del padre Guillaume, quisiese o no quisiese, por lo que se refería a los Folkung y a los Erik, tenía más que ver con la bolsa de plata que con el alma.

Por mucho que el hermano Guilbert admitiese en silencio que había algo de cierto en esa desvergonzada afirmación, continuó escabullándose diciendo que además tenía un acuerdo que respetar con Arn. Entonces le tocó acorralarlo a Cecilia Rosa, y le dijo que ella era la propietaria de Forsvik, y no Arn.

En un último intento de agarrarse a un clavo ardiendo, el hermano Guilbert afirmó que no podría prometer nada seguro antes de que regresara Arn. Y de inmediato fue forzado a admitir que se avendría si Arn no ponía ninguna objeción.

Las obstinadas mujeres se contentaron con ello e intercambiaron miradas triunfales antes de lanzarse a una horrenda charla y a un excesivo consumo de vino que hicieron que pronto el hermano Guilbert se excusara para retirarse.

Cuando Benedikta, la esposa danesa del rey Sverker, murió de fiebre, despertó poca tristeza entre los Erik y los Folkung. Helena, la única hija del rey Sverker, no constituía ninguna amenaza para la corona.

Mucho mayor fue el estupor cuando empezó a correr el rumor de que el canciller Birger Brosa había ido a sacar a su última hija Ingegerd del monasterio de Riseberga para casarla con el rey. Por lo que se sabía Ingegerd era una mujer exuberante con aspecto de poder dar a luz a cuantos hijos quisiese. Muchos dijeron que ésta debía de ser la única estupidez que había hecho Birger Brosa en su larga vida y que ahora se acumulaban negros nubarrones sobre el reino.

Que el rey Sverker tras sus primeros cautelosos años en el poder había empezado a maquinan planes cada vez más osados quedó también patente por la manera en que daba cota a la Iglesia y a la pandilla de obispos. Y fue casi irrisoriamente obvio cuando imitó al rey Knut de Dinamarca al promulgar, sin consejo ni concilio, una nueva ley.

El rey Knut de Dinamarca había dicho que, puesto que era rey por Gracia de Dios, podía dictar las leyes como le diera la gana. De hecho, Sverker no se atrevió a decirlo de ese modo, pero afirmó que le había dado por dictar una ley porque había tenido algo que él llamaba inspiración divina.

No estaba claro qué quería decir con eso, aparte de que naturalmente tenía que ver con Dios. Además, se trataba de una ley inútil que ya llevaba aplicándose desde hacía

mucho tiempo y que estipulaba que la Iglesia no pagaría tributo al rey. Pero la pandilla de obispos se llevaron una alegría no del todo inesperada e hicieron grandes esfuerzos por explicar a quien estuviese interesado qué significaba eso de la inspiración. Se podía entender como algo que a un hombre se le ocurría, aunque no era exactamente así.

Cuando se demostró que era cierto el inquietante rumor de que el mismísimo Birger Brosa había proporcionado al rey de los Sverker una parturienta, los Folkung celebraron un concilio. La reunión tuvo lugar en Bjälbo, pues Birger Brosa se había refugiado en las excusas de la edad y la salud, aunque la mayoría pensaban que era porque prefería pelearse en su propia finca, donde él fuese el anfitrión, a hacerlo como invitado de sus parientes.

Tuvo que soportar muchas recriminaciones por este su último y obstinado arreglo de matrimonio. La mayoría de los que hablaron con él admitieron que muchos de los matrimonios que el viejo canciller había organizado habían sido sabios y garantes de la paz, pero esta vez había sido al revés.

Birger Brosa permaneció sentado, resignado y encogido en su sitial, intentando no defenderse demasiado al principio. Era así como lo había hecho siempre en sus días vigorosos, cuando sólo se entrometía al final de cada conversación y entonces resumía lo que habían dicho los demás y atravesaba con la afilada espada de su lengua la brecha que siempre solía descubrir entre los parientes contendientes.

Pero esta vez no parecía haber una brecha así y pronto tuvo que entrar a defender su propia causa. Intentó hablar como antes, en voz baja, para lograr un silencio absoluto en la sala, pero esta vez se le exigió que hablara más alto. Aumentó entonces el tono de voz a conciencia y dijo que si un rey enviudaba tan joven como Sverker, era del todo seguro que se le buscaría una nueva reina. Si eso iba a suceder de cualquier manera, ¿no era entonces mejor que esa reina fuera del linaje de los Folkung y no de uno extranjero?

Eso no estaba nada claro, dijo Magnus Månesköld, enfadado, porque si el rey enviudaba, se le podría haber ocurrido tomar por esposa a alguna reina viuda, y una vieja de Dinamarca habría sido más tolerable para todo el mundo que una joven fértil y saludable, recién sacada, frondosa y ardiente, de su encierro en el monasterio.

Eskil tomó entonces la palabra y dijo que la torpeza cometida ya no se podía enmendar. Intentar desdecirse ahora que ya se había tomado la cerveza de compromiso significaría un oprobio que podría conducir a la guerra, pues el rey Sverker podría argumentar que se habría roto el juramento de fidelidad que se le había hecho. De modo que deberían cumplir con la promesa y rezar para que Ingegerd diese a luz una larga sucesión de hijas hasta que el miembro de Sverker aflojase.

Varios de los parientes más jóvenes de la sala se excitaron al oír nombrar la palabra guerra y empezaron a murmurar entre ellos sobre la posibilidad de que fuese mejor anticiparse a ser anticipados y ahora se volvieron hacia Arn para escuchar su

opinión. Eran tantos los mozos de tantas fincas diferentes de los Folkung que ya habían pasado por la instrucción en Forsvik, o que la recibían en la actualidad, que todos parecían seguros de que Arn Magnusson sería su caudillo en la próxima guerra.

Arn respondió despacio que todos ellos estaban obligados por su juramento a Sverker hasta el momento que él rompiese el suyo. Desde luego, Sverker no estaba rompiendo ningún juramento si decidía convertir a una Folkung en reina. Por tanto, no había ninguna razón aceptable para ir ahora a la guerra.

Además, no sería adecuado. Porque, ¿qué sucedería si viajaban ahora mismo a Näs y asesinaban al rey? Seguramente, eso no sólo significaría una guerra contra Dinamarca, sino también que el arzobispo Absalón de Lund conseguiría excomulgar a más de un Folkung. Un regicidio conllevaba la excomunión, ahora era así. Incluso las peleas sobre quién iba a ser arzobispo o quién coronaría al rey podían conducir a la excomunión. Como todos sabían, eso había afectado de manera muy seria al rey Sverre de Noruega, y a su vez había debilitado mucho la alianza entre los Folkung y los noruegos. Sólo si Sverker rompía su juramento podrían iniciar una guerra contra él librándose de esa clase de peligros.

Los argumentos de Arn eran tan imprevisibles y daban tanto que pensar que pronto se tranquilizó el concilio del linaje. Birger Brosa hizo entonces un intento de recuperar su antiguo poder y habló con autoridad sobre la importancia de que todos los presentes en la sala pensasen en que, aunque la guerra se hubiese adelantado, todavía tenían por delante una larga espera, y que ese tiempo debían utilizarlo para prepararse bien. Puso un énfasis especial en que debían enviar más mozos a ser instruidos en Forsvik y que de allí debían encargarse más armas para cada una de las fincas de los Folkung.

No había nada de malo en el razonamiento de esas palabras, todo el mundo podía verlo, pero era como si el poder que Birger Brosa había ejercido largamente sobre el concilio del linaje se hubiese roto. Y ése fue también su aspecto cuando abandonó la sala el primero de todos, tal como exigía la costumbre. Sus manos y su cabeza temblaban como si estuviese asustado o como si el lecho de muerte se le estuviese acercando a toda prisa.

El año de gracia de 1202 fue el año de la muerte. Fue como si los ángeles del Señor hubiesen descendido para quemar la hierba seca y preparar la tierra para unos poderes nuevos. El rey Sverre de Noruega murió ese mismo año; fue llorado por muchos y otros muchos se alegraron. Esto hizo que la alianza de los Folkung y de los Erik con Noruega fuese cada vez más débil y más insegura.

También murió el rey Knut de Dinamarca, y fue coronado su hermano Valdemar, que había recibido el apodo de *el Victorioso*. El sobrenombre no era en vano: recientemente había conquistado Lübeck y Hamburgo, ahora súbditos de la corona danesa, y había hecho varios viajes con sus soldados tanto a Livland como a Kurland. En todas partes, sus ejércitos habían salido victoriosos. Ciertamente sería un horror tenerlo como enemigo.

Pero como si Dios se burlase de los Folkung, los Erik y el resto de la gente de Götaland Occidental y Oriental, no había ningún peligro de que Valdemar *el Victorioso* avanzase saqueando e incendiándolo todo a su paso desde Escania. El rey Sverker era hombre de los daneses y mientras él fuese rey no había ninguna necesidad de conquistar su país. Para él no suponía ningún problema el hecho de que a partir de ahora todo su comercio con las tierras de Lübeck fuese gravado con aranceles daneses. Como Eskil Magnusson murmuró una vez a regañadientes mientras hacía la contabilidad, en esos tiempos la paz venía cargada de impuestos.

La mayor desgracia para los Folkung llegó en enero de aquel año con la muerte de Birger Brosa. No agonizó por mucho tiempo y pocos parientes pudieron llegar a tiempo para despedirse. Pero más de un millar de Folkung acompañaron al venerado canciller en su último viaje a Varnhem. Se reunieron en Bjälbo y, como un desfile militar azul, cruzaron los hielos del Vättern hasta Skövde y luego siguieron hasta Varnhem.

De la mayoría de las fincas de los Folkung acudieron sólo los hombres, pues el viaje se hizo bajo un frío severo. De Arnäs, Forsvik, Bjälbo y Ulvåsa fueron las familias completas. Mujeres y niños y algunos ancianos, como el viejo señor Magnus de Arnäs, viajaron en trineos enterrados bajo pellejos de lobo y oveja. Muchos de los jinetes desearían haber tenido su sitio en los trineos, pues la cota de malla era como llevar hielo sobre el cuerpo y cada parada representaba más una tortura que un descanso.

Desde Forsvik cabalgaba Arn Magnusson a la cabeza de cuarenta y ocho jóvenes jinetes, el único cortejo fúnebre que no parecía sufrir por el viento helado a pesar de ir armados por completo. Llevaban ropas de guerra especiales para el invierno y en ninguna parte rozaba el hierro o el acero contra sus cuerpos. Ni siquiera los pies revestidos de hierro parecían sufrir el frío.

El rey Sverker no fue a Varnhem. Sobre esto había opiniones divididas. Sólo había logrado reunir un séquito de doscientos hombres y habría parecido poco al lado de los Folkung. Y en las cervezas funerarias la gente solía descontrolarse y quién podía decir qué habría pasado si alguno de manto rojo se hubiese ido de la lengua hasta que se alzasen las primeras espadas. Visto de esta manera, el rey Sverker había sido sabio y precavido al no aparecer en el entierro del viejo canciller.

Sin embargo, era difícil no pensar que el rey mostraba una falta de respeto hacia Birger Brosa y, por consiguiente, hacia todos los Folkung al ver la muerte del canciller como un asunto que sólo incumbía a su linaje.

Birger Brosa fue enterrado cerca del altar, no muy lejos del rey Knut, a quien sirvió por el bien de la paz y del reino durante tantos años. Su misa de réquiem fue larga, en especial para aquellos parientes que no cupieron dentro de la iglesia y tuvieron que permanecer fuera en la nieve durante dos horas.

No pasó mucho tiempo hasta que trescientos de los que acompañaron a Birger Brosa a Varnhem tuvieron que regresar para algo parecido. El viejo señor Magnus

soportó mal el frío viaje al funeral de su hermano. Tosió y tembló desde el primer día que regresó a Arnäs y lo tumbaron junto a una gran hoguera de troncos en la planta superior de la nueva vivienda. Nunca se recuperó, apenas tuvieron tiempo de llamar al cura de Forshem para que le diera la extremaunción y el perdón de sus pecados antes de que falleciera, pues no dejó de negarse a aceptar los temores de que sucediese lo peor. Aseguró una y otra vez que a un Folkung no le afectaba un poquito de frío. Alguien dijo que ésas fueron sus últimas palabras.

El luto pesaba sobre Forsvik durante los cuarenta días de Cuaresma antes de la Pascua. El trabajo seguía su ritmo en los molinos y los talleres, pero no se oían risas y bromas como de costumbre. Era como si la pena de los señores se contagiase a todos los demás.

Arn pasaba menos tiempo del habitual en el adiestramiento de los jóvenes. En cierta manera era normal, pues muchos de ellos se habían convertido en hombres adultos y tenían ya varios años de experiencia en instruir a sus parientes más jóvenes. Sune, Sigfrid y Bengt habían preferido permanecer en Forsvik como instructores a regresar a su propia finca, algo que al menos Bengt y Sigfrid habían tenido la opción de hacer.

El hecho de que hubiese instructores nuevos para los jóvenes había hecho también que el vacío tras el hermano Guilbert entre los jinetes y en los juegos con la espada se notase menos ahora que al principio. Él pasaba la mayor parte del tiempo en la sacristía de la pequeña iglesia recién construida, donde enseñaba a Alde y a Birger Magnusson. Ya daban todas las *lectionis* en latín.

La enseñanza del hermano Guilbert no había estado del todo exenta de injerencias desde aquella vez que Cecilia descubrió que había visitado los talleres y había fabricado dos pequeños arcos para los niños, y ahora estaba detrás de la iglesia animándolos a disparar a una pequeña bola de cuero que había colgado de una cuerda fina. Se había defendido ante Cecilia diciendo que el tiro al arco era un arte que agudizaba el ingenio y que era de gran utilidad por lo que se refería a penetrar en la lógica de la filosofía o en la gramática. Cuando Cecilia, llena de reticencias, fue a consultar a Arn sobre el asunto, él aprobó con tanto entusiasmo las palabras del hermano Guilbert que sólo logró provocar en Cecilia una reticencia todavía mayor.

Cecilia decía que, de cualquier modo, debía haber una diferencia entre Alde y Birger. Con el tiempo ella se convertiría en la señora de Forsvik o de cualquier otra hacienda. Lo que le depararía el futuro a Birger no estaba del todo claro, pero siendo el hijo mayor de una de las casas más distinguidas de los Folkung y teniendo por madre a una hija de familia real, era fácil imaginar que el manejo del arco, el caballo y la lanza tendrían una gran importancia en su vida. Pero eso no significaba que su hija Alde fuese a ser educada para la guerra.

Arn intentó tranquilizar a Cecilia diciendo que el tiro al arco no servía sólo para la guerra, sino también para la caza, y que había muchas señoras que eran buenas cazadoras. Ninguna señora tenía por qué avergonzarse de poder llevar a la mesa una

liebre o un pato que ella misma hubiese cazado. Y por lo que se refería a Birger, su escuela de la vida cambiaría mucho a partir del día en que cumplierse trece años y entrase en el grupo de jóvenes principiantes.

Cecilia se dejó satisfacer con esta explicación hasta que descubrió que el hermano Guilbert había fabricado unas pequeñas espadas de madera que Alde y Birger usaban para atacarse el uno al otro en cuerpo y alma mientras el profesor hablaba y gesticulaba entusiasmado.

Arn admitió que tal vez no considerase la espada como lo más importante que debía aprender su hija, pero la enseñanza de los niños no era cosa fácil y el hermano Guilbert era un profesor exigente, lo sabía por propia experiencia. Y desde luego no había nada malo en que, de vez en cuando, pasasen de la gramática a un poco de juego. Porque una alma sana requería un cuerpo sano, ésa era una máxima bien conocida.

También hubo lágrimas y rabia cuando Birger recibió su primer caballo a los siete años y Cecilia prohibió a Alde montar a caballo hasta que tuviese al menos doce. Los caballos no representaban un juego exento de peligro y eso lo sabían en particular en Forsvik, donde a lo largo de los años hubo muchas heridas y lamentos al caer los jóvenes jinetes y hacerse daño, a veces tanto que tenían que permanecer en cama durante un tiempo. Para los hombres jóvenes que aprendían a ser guerreros, ése era un peligro al que debían exponerse. Pero eso desde luego no era igual para Alde.

Arn se había visto acorralado entre una hija igual de decidida que su madre, ambas acostumbradas a lograr de él lo que quisiesen. Pero en la cuestión sobre cuándo Alde tendría su primer caballo sólo podía vencer una de las dos, y ésa fue Cecilia.

Su padre intentó consolar a Alde llevándola delante de él en la silla de montar, despacio y tranquilo cuando estaban al alcance de la vista de Forsvik y a la velocidad vertiginosa de la que sólo los caballos árabes eran capaces de alcanzar cuando no los veía nadie. Entonces Alde gritaba entusiasmada y su desilusión era aplacada al menos por el momento. Sin embargo, Arn tenía la conciencia un poco intranquila al tentar a Alde con tanta velocidad. Existía un claro riesgo de que ella misma lo intentara en cuanto tuviese su propio caballo, y la velocidad era lo último que uno debía probar cuando aprendía a montar a caballo.

Al llegar la Pascua, la pequeña iglesia de madera de Forsvik fue forrada de tapices oscuros tejidos por Suom que mostraban el sufrimiento de Nuestro Redentor en el Gólgota, el vía crucis y la última cena con sus discípulos. Arn todavía tenía dificultades en aceptar una Jerusalén con el aspecto de Skara y a los discípulos de Jesús como sacados de un tribunal cualquiera de Götaland Occidental. Cometió el error de pronunciarse sobre el asunto y a cambio tuvo que escuchar de nuevo todo el discurso de Cecilia acerca de que el arte no estaba en lo que se veía en la imagen en sí, sino en la verdad que surgía en el interior del espectador. Cedió a regañadientes en la disputa, más para escabullirse que no por estar convencido. Todavía le costaba



aceptar imágenes en la casa de Dios, pues era de la opinión que esas cosas dañaban la pureza del pensamiento.

La primavera había llegado tarde aquel año, que sería recordado como el año de la muerte y el de los hielos de los ríos que rodeaban Forsvik, que ni rompían ni soportaban el peso. Por consiguiente, los cristianos tuvieron que permanecer en Forsvik y celebrar las misas de Pascua por su cuenta. De todos modos, no fue tan grave, pues el hermano Guilbert podía realizar todas las funciones de un cura y además tenía como ayuda a unos cantantes muy buenos, pues no sólo Arn, sino también las dos Cecilias, se sabían de memoria todos los salmos igual de bien que él mismo. Aunque a los ojos del mundo la iglesia de Forsvik no pareciese más que una iglesia de madera de estilo noruego, bien podía parecer que las misas de Pascua que allí se celebraron en el año de la muerte de 1202 fueron los cantos más hermosos de todas las iglesias de Götaland Occidental, a excepción de las iglesias de los monasterios.

Después de oficiar la misa de la resurrección del Señor en el tercer día, todos los cristianos comieron el cordero de Pascua en la nueva sala de banquetes. Fue como si las nubes de luto se disipasen, y no sólo porque hubiera terminado la Cuaresma y el Redentor hubiese resucitado. La manera sarracena de cocinar el cordero dejó a todo el mundo maravillado.

Ahora pudieron celebrar que también Marcus Wachtian hubiese encontrado una esposa alemana. Se llamaba Helga y también ella provenía de Lübeck. Cuando su hermano Jacob tuvo hijos propios y cada vez fue más reacio a ausentarse dos veces al año en largos viajes a las ciudades alemanas, Marcus se mostró entusiasmado por relevarlo en la misión. Había regresado con todo tipo de cosas que eran a la vez motivo de alegría y objetos de gran provecho en Forsvik, como los grandes yunques que por su tamaño no podían ser fundidos en Forsvik, o como el material para la fabricación de espadas de algo llamado Passau y marcadas con la figura de un lobo corriendo. Estos materiales eran de un acero de gran calidad y era fácil y rápido convertirlos en espadas de verdad. Cuando Cecilia comparó lo que costaba fabricar las espadas ellos mismos por completo o comprarlas medio acabadas, descubrió que salía más a cuenta la última opción. Para hacerlo no tuvo sólo en cuenta los gastos en plata, sino también el tiempo que podían ahorrar y dedicar a otro tipo de forja que también producía ingresos en plata. Ésta era una nueva manera de contar pero tanto los hermanos Wachtian como Arn estuvieron de acuerdo en que la propuesta de Cecilia parecía buena y apropiada.

No obstante, de todo lo que trajo Marcus de las ciudades alemanas, Helga era para él lo más preciado y no sólo, como decía él bromeando, porque fuese lo único en cuyo transporte no había sido obligado a pagar derechos de aduana a los daneses.

Celebraron una buena fiesta en Forsvik y por primera vez en mucho tiempo se oyeron algunas carcajadas. Arn estaba sentado en el sitio entre las dos Cecilias, y tenía debajo a Alde y al pequeño Birger, y al lado de los hermanos Wachtian y sus

esposas alemanas estaba sentado el capataz Gure, que se hizo bautizar en cuanto le fue concedida la libertad, y el hermano Guilbert. Un poco más al fondo de la sala, sentados a dos mesas largas, había casi sesenta jóvenes que vestían los colores de los Folkung y que armaban cada vez más jaleo a medida que pasaba el tiempo y circulaba la cerveza.

Entonces Cecilia encargó que llevaran vino y copas a su casa e invitó a todos los mayores a continuar la fiesta del cordero de Pascua allí, dado que nada indicaba que el estruendo de los jóvenes fuese a disminuir a lo largo de la noche.

Bebieron y conversaron hasta altas horas de la madrugada pero entonces Arn se disculpó diciendo que debía dormir un poco puesto que al día siguiente tenía que levantarse temprano para el duro trabajo. Los demás lo miraron con cara de sorpresa, pero él explicó que a la mañana siguiente, poco después del amanecer, habría ejercicio duro a caballo con todos los mozos. Al parecer habían aprendido a beber cerveza como hombres. Por tanto, debían aprender también lo que eso les costaría en dolor de cabeza cuando a la mañana siguiente tuviesen que cumplir con sus obligaciones.

Alde y Birger fueron quienes hallaron al hermano Guilbert. Estaba sentado con la pluma de escribir en mano, tranquilamente recostado en su sacristía, donde gozaba de sol por la mañana y parecía como si estuviera dormido. Pero cuando los niños no pudieron despertarlo, fueron a avisar a Cecilia. Pronto un gran alboroto invadió Forsvik.

Cuando Arn comprendió lo sucedido, se dirigió sin decir palabra a su vestuario y cogió el manto de templario más grande que pudo encontrar. Luego fue a buscar aguja e hilo grueso a los talleres y él mismo cosió el saco con el manto en torno al difunto. Hizo ensillar el caballo máspreciado del hermano Guilbert, un robusto ruano semental de la clase que ahora se usaba para ejercitar la caballería pesada y, sin demasiados miramientos, colocó a su amigo fallecido en la silla, sujetando el gran saco blanco formado por el manto de manera que las piernas y los brazos colgaban a los lados. Mientras ensillaban a *Abu Anaza*, él mismo se vistió completamente armado pero no con los colores Folkung, sino con los de los templarios. Del arzón delantero de la silla de montar colgó un saco de agua de ese tipo que sólo empleaban los jinetes de Forsvik y un saco de oro. Media hora después de haber encontrado al difunto, Arn estaba preparado para partir hacia Varnhem.

Cecilia intentó objetar que ésa no podía ser la manera honrada y cristiana de conducir a un amigo de toda la vida a la tumba. Arn le contestó con brevedad y tristeza que precisamente así era; así regresaban muchos templarios con la ayuda de un hermano. Habría sido igual si fuese el hermano Guilbert quien cabalgase con él. No era la primera vez que Arn llevaba a casa a un hermano de aquella forma, y el hermano Guilbert no era un monje cualquiera, era un caballero templario que viajaba a su tumba de la misma manera que lo habían hecho muchos hermanos antes que él y que muchos harían también después.

Cecilia comprendió que no tenía sentido intentar poner más objeciones. Y en lugar de hacerlo, intentó conseguir que Arn llevara consigo comida para el camino, pero él lo rechazó casi con desdén, señalando su saco de agua. No hubo más palabras antes de que partiera de Forsvik, con la cabeza baja, acarreando tras de sí al hermano Guilbert.

Estar de luto por la pérdida de su padre y de su tío en un espacio de tiempo tan corto había sido tan duro para Arn como lo habría sido para cualquier otro. Y Arn había llegado a pensar que si inmediatamente después de eso la muerte clavaba sus garras en un amigo de toda la vida, el dolor sería mayor de lo que nadie era capaz de soportar.

Pero Arn no había cabalgado mucho rato en compañía del hermano Guilbert, así era como lo sentía, cuando comprendió que esa pena era más grande pero más fácil de llevar. Sobre todo estaba relacionada con que el hermano Guilbert era templario, uno más de una infinita serie de hermanos queridos que Arn había perdido a lo largo de los años. En el peor de los casos, había visto sus cabezas clavadas sobre picas a manos de sirios o egipcios bulliciosos embriagados por una victoria. La muerte de un templario no era la muerte de una persona normal, pues el templario vivía siempre en la antesala de la muerte, sabía en cada momento que él podía ser uno de los próximos en ser llamado. Para aquellos hermanos que tenían la gracia de vivir una vida tan incomprensiblemente larga, sin huir ni poner en compromiso su conciencia, como el hermano Guilbert o incluso Arn, no había razón para la más mínima queja. Dios había decidido que la obra de la vida del hermano Guilbert había sido terminada, por lo que había llamado a Su lado a uno de Sus más humildes servidores. En pleno ejercicio de su buen trabajo, pluma de escribir en mano y justo tras terminar la gramática del latín que había escrito para los niños, el hermano Guilbert había bajado con calma la mano, había secado por última vez la tinta y había muerto con una plácida sonrisa esbozada en los labios. Era una gracia divina poder morir de ese modo.

Sin embargo, había partes más difíciles de comprender por lo que se refería al camino que había recorrido el hermano Guilbert en su vida terrenal. Durante más de diez años fue templario en Tierra Santa y pocos eran los hermanos guerreros que vivían más tiempo. Fuesen cuales fuesen los pecados que el joven Guilbert había cometido al salir a su primera batalla con el manto blanco, pronto estuvieron todos cien veces enmendados. Aun así, no le fue concedida la gracia de ser llamado directamente al paraíso, la recompensa más alta para un templario.

En lugar de eso, Dios lo guió a un rincón perdido del mundo para ser el profesor de un Folkung de cinco años, para convertir al niño en un templario y luego, en contra de todo sentido común, trabajar a su lado con objetivos completamente diferentes veinte años más tarde.

Tal como Arn veía su propio camino, nada era incomprensible, pues había sido la misma Madre de Dios quien le había dicho lo que debía hacer: construir para la paz y

construir una nueva iglesia consagrada al Santo Sepulcro de Dios. Esto era lo que había procurado realizar de la mejor forma posible.

Él, que todo lo ve y todo lo oye, como decían los musulmanes, debía de saber lo que se movía en el corazón del traicionero Ricardo Corazón de León cuando prefirió ejecutar a mil prisioneros antes que recibir la última parte del rescate de cincuenta mil besantes de oro a cambio de sus rehenes. Dios debía de saber que ese oro iría a Götaland Occidental y lo que allí sucedería con él. A menudo era fácil seguir y comprender las intenciones de Dios a posteriori.

Pero ahora que cabalgaban hacia Varnhem y hacia la tumba del hermano Guilbert, el futuro parecía igual de difícil de descifrar que siempre. El servicio del hermano Guilbert en la vida terrenal había finalizado y Arn sólo podía imaginar que a un hombre tan bueno, que sirvió en el Ejército de Dios durante más de diez años, le esperaba un sitio en el reino del cielo como recompensa.

Arn era incapaz de ver lo que le esperaba. ¿Realmente quería Dios que él venciese al rey danés Valdemar *el Victorioso*? Si así era, intentaría hacerlo. Aunque él preferiría ver cómo el poder armado que estaba construyendo se hacía lo bastante fuerte como para mantener alejada la guerra. Lo mejor que podía sucederle a Arnäs era que el poder del castillo fuese tan grande que los asediantes no se atreviesen ni a ir, que ni una sola gota de sangre se vertiese sobre sus muros.

Pero cuando intentaba pensar con claridad y frialdad, dejando de lado sus propios deseos, comprendió que las cosas no estaban tan claras. De inmediato, tras la muerte de Birger Brosa, el rey Sverker había anunciado ante el consejo de Näs que el hijo recién nacido de él e Ingegerd, Johan, era nombrado príncipe heredero del reino, un honor que por derecho le correspondía al príncipe Erik y a nadie más. A nadie le era difícil comprender cuál era la intención de Sverker con respecto a su hijo recién nacido. Y en Näs, el príncipe Erik y sus hermanos eran tratados más como prisioneros que no como hijastros del rey.

La oración era el único camino hacia la clarividencia y el discernimiento, comprendió Arn, resignado. Si Dios quería, el rey Sverker caería muerto al instante y todo habría terminado sin guerra. Si lo que Dios quería era diferente, estaba ya en camino una guerra más devastadora de lo que jamás había vivido Götaland Occidental.

Comenzó a rezar y cabalgó gran parte del camino a Varnhem sumido en oración. Se detuvo a pasar la noche en medio de un bosque, hizo un fuego y tumbó al hermano Guilbert a su lado, y siguió orando con la finalidad de sacar algo en claro.

De camino, entre Skövde y Varnhem, donde la zona ya no era desierta, muchos pusieron los ojos como platos al ver aparecer al guerrero blanco con la señal de Dios y que pasaba de largo con la lanza tras la silla de montar y la cabeza agachada con aspecto fúnebre, sin mirar a nadie ni saludar. Que el cadáver que arrastraba tras él estuviese vestido con el mismo manto desconocido sólo hacía que despertar más desconcierto. Ésa era la manera de transportar a los ladrones a un tribunal, pero en

absoluto a un igual entre los nobles.

Arn permaneció tres días en el monasterio de Varnhem, asistiendo al funeral, al réquiem y al entierro. El hermano Guilbert fue honrado con una tumba en la nave central, no muy lejos del lugar donde descansaba el padre Henri.

Cuando Arn regresó a Forsvik casi una semana después de su partida, llevaba tras de sí a un joven monje sobre el caballo del hermano Guilbert, torturado por los dolores de montar a caballo. Era el hermano Joseph d'Anjou, que sería el nuevo preceptor de Alde y Birger.

La muerte no dejó que Forsvik escapara con facilidad de sus garras aquel triste año de 1202. Poco antes de la misa de Todos los Santos yacía también la madre del capataz Gure, la hábil costurera Suom, esperando la muerte. Gure y Cecilia velaron junto a su lecho, pero rechazó con firmeza al hermano Joseph hasta que sus fuerzas menguaron y se dejó convencer por Cecilia y por su hijo de que se bautizase y se confesase de sus pecados antes de morir. No ofreció resistencia al bautizo pero resultó más difícil hacerle confesar sus pecados, pues decía que quien había sido siervo gran parte de su vida no había tenido muchas oportunidades de cometer aquellas acciones que los señores contaban como pecado. Finalmente, el hermano Joseph logró hablar con ella en privado y escuchar su confesión para poder concederle el perdón por sus pecados y prepararla para la vida posterior a la terrenal.

No obstante salió de la habitación con la cara pálida y le dijo a Cecilia que, aunque la confesión sellaba su boca, no sabía qué sería mejor, que esa mujer llevara consigo su gran secreto a la tumba o que Cecilia intentara sonsacárselo. Esa verdad a medias que Arn calificó, cuando supo de ella, como violación del secreto de confesión, naturalmente dejó a Cecilia muy intranquila. ¿Cuál podía ser el enorme secreto que guardaba una mujer que había sido sierva desde su nacimiento y que sólo fue libre los últimos años de su vida?

Cecilia intentó convencerse de que no se trataba de simple curiosidad, sino que era voluntad de sacar algo en claro lo que la condujo a empezar a interrogar a la cada día más débil Suom. Si había hecho algún mal, tal vez los supervivientes pudiesen enmendarlo, y desde luego ése era un favor que le debía a Suom, razonó Cecilia. Suom había creado mucha belleza para Forsvik con el hábil arte de sus manos. Había significado ingresos en plata y dos jóvenes costureras ya habían avanzado mucho siguiendo los pasos de la anciana. Si era posible remendar algún daño que Suom dejaba tras de sí, así se haría, se dijo con decisión.

Sin embargo, aquello que al final logró descubrir la indujo a ser muy prudente. Había heredado un secreto que no sería capaz de guardar en su interior. Pero no por eso sería fácil explicárselo a Arn, y menos cuando ella misma se sintió absolutamente convencida de lo que acababa de oír, y lo que menos deseaba era reñir con su marido. Porque era consciente de que podría haber discusión.

Antes de nada se dirigió a la iglesia y rezó en solitario ante el altar, rogándole a Nuestra Señora que la apoyase para hacer lo correcto y no lo que fuese un error y un

mero afán egoísta por lo terrenal. Cuando creyó estar segura de que Nuestra Señora le mostraba, no sólo a ella, sino también a Arn, su constante bondad, rezó para que Arn se controlase y recibiese con sabiduría esa gran noticia que le iba a dar.

Luego fue directamente al lugar cubierto sin paredes donde practicaban con las espadas, ya que sabía que su esposo solía estar a esas horas del día con los aprendices más jóvenes. A pesar de parecer completamente concentrado en la esgrima, la detectó muy rápido por el rabillo del ojo, hizo una reverencia a sus jóvenes contrincantes, envainó su espada y se dirigió rápidamente hacia ella. No debía de ser difícil ver en su rostro que acudía con noticias importantes, pues él la alejó un poco hacia el patio, donde nadie podría oírlos.

—¿No le habrá pasado nada malo a Alde? —preguntó él, a lo que ella negó con la cabeza—. ¿Ha muerto Suom? ¿Quieres enterrarla aquí en Forsvik o en otro sitio? —continuó preguntando con delicadeza.

—He oído de los propios labios de Suom qué fue lo que le confesó al hermano Joseph —susurró Cecilia hacia el hombro de Arn, como si no se atreviese a mirarlo a la cara.

—¿Y qué es? —preguntó él con amabilidad alejándola con cuidado un poco para que pudiesen mirarse a los ojos.

—Gure es hermano tuyo y de Eskil, el señor Magnus era el padre de todos vosotros —respondió Cecilia rápidamente y giró la cara como si le avergonzara haber dicho la verdad, porque en el mismo instante en que oyó la historia de Suom sintió en su interior que era verdad.

—¿Crees que eso es cierto? —preguntó Arn sin el menor rastro de ira en la voz.

—Sí, lo es —contestó ella mirándolo directamente a los ojos—. Gure tiene unos seis años menos que tú. Cuando tu padre estaba de luto por el fallecimiento de tu madre, la señora Sigrid, Suom debía de ser joven y seguramente la mujer más hermosa de Arnäs. Y el parecido entre Gure, Eskil y tú es tan grande que sólo nuestra certeza de que él nació siervo nos ha impedido verlo.

Suspiró profundamente tras decir aquello que Nuestra Señora le había aconsejado, la verdad y nada más, sin rodeos ni ornamentos.

Arn no le respondió. Primero asintió pensativo con la cabeza para sí mismo, casi como una confirmación, luego, de forma repentina, dio media vuelta y se dirigió hacia la iglesia con pasos largos, cerrando tras de sí la puerta. Cecilia sintió cómo la invadía el alivio y el calor al ver cómo su esposo recibía la noticia y estaba segura de que allí dentro, en el altar, estaría esperando la Madre de Dios a aquel de sus hijos a quien tantas pruebas de amor había concedido.

Arn no permaneció allí mucho rato y Cecilia lo estaba esperando en el patio sentada sobre la tapa del pozo cuando él salió. Él le sonrió y la tomó de la mano. Juntos fueron junto al lecho de Suom, donde rezaban arrodillados el hermano Joseph y Gure. Sin embargo, ambos se pusieron de pie con la entrada de los señores. Sin decir nada, Arn se dirigió hacia Gure y lo abrazó. Este último se incomodó un poco

con este gesto, pero en absoluto se asustó tanto como habría sido de esperar.

—¡Gure! —dijo Arn en voz alta para que Suom también pudiera oírlo—. ¡Desde el día de hoy eres hermano mío y de Eskil con todos los derechos y los deberes que eso implica! ¡Desearía haber sabido la verdad antes, pues no me parece honroso haber tenido a mi propio hermano como siervo, por poco tiempo que fuera!

—Si fuese el siervo quien eligiese al amo, un privilegio que a pocos siervos les es concedido, ¡tampoco habría elegido tan mal! —respondió Gure con timidez y mirando al suelo.

En ese momento, Suom, a quienes todos daban la espalda, emitió un gemido y Arn se acercó a su lecho, cayó de rodillas y le dijo directamente al oído que dejaba tras de sí un gran regalo y que Gure sería aceptado entre los Folkung en el próximo concilio. Ella no contestó, aunque sonrió. Aquella sonrisa nunca se apagó y ella nunca recuperó el sentido.

Suom fue envuelta en un manto de los Folkung antes de ser enterrada en una tumba cerca de la iglesia nueva. Todos los cristianos de Forsvik tomaron la cerveza funeraria en su recuerdo y por primera vez Gure se sentó en el sitio entre Arn y Cecilia.

Su admisión en el linaje de los Folkung fue rápida. Tan sólo una semana después de la muerte de Suom fue convocado un concilio de procuradores en Askeberga para la zona norte de Götaland Occidental, lo que significaba que todos los hombres dueños de sí mismos y libres podrían exponer sus asuntos. En los últimos años, aquellas reuniones de concilio habían empezado a despertar mayor interés y eran muchos quienes las frecuentaban. Había mucho que deliberar y aunque el concilio hubiese perdido parte de su importancia desde que el poder fue trasladado al consejo del rey, para los Erik y los Folkung había adquirido tanta mayor importancia desde que se los apartaba cada vez más lejos del rey y de sus consejeros en Näs.

Arn acudió al concilio de procuradores de Askeberga acompañado por Gure, por un escuadrón de los aprendices mayores, y también por Sigurd, que antes era llamado Sigge, y Oddvar, que antes se había llamado Orm.

Para presentar a un hombre ante el linaje se requería un juramento por parte de la persona que asumía la responsabilidad, así como el juramento de dieciséis hombres del linaje. Un escuadrón de Forsvik se componía precisamente de dieciséis hombres y, aunque jóvenes, todos eran Folkung. Todos ellos dieron el paso adelante como un solo hombre y prestaron su juramento con voz firme.

Luego Arn, en presencia del concilio, cubrió con el manto de los Folkung primero a su hermano Gure y luego a Sigurd y a Oddvar, que a partir de ese día ya no tendrían que vestir de diferente forma que el resto de los aprendices de Forsvik.

Eskil también estuvo presente en el concilio. No parecía tan contento como Arn de haber recibido a un nuevo hermano, aunque le consolaba pensar que no habría problemas con la herencia de Magnus, pues ya había sido repartida entre los hermanos según establecía la ley.

A estas alturas resultaba completamente impensable que otro de los presentes fuese a decir nada sobre el que Arn Magnusson había decidido presentar ante el linaje. Si lo hubiese querido, podría haber convertido las piedras del suelo en Folkung. Así de grandes eran las esperanzas que el linaje había depositado en él, pues a estas alturas no había nadie que pensase que la guerra contra la banda de los Sverker y los daneses fuese algo que pudiesen evitar.

La vida de Sune Folkesson había cambiado tanto que sólo podía ser equiparada a un sueño. Nada de lo que le había sucedido en los últimos años se lo podría haber llegado a imaginar, ni en sus momentos más oscuros ni en los de mayor claridad. Ningún joven Folkung podía sentir en su corazón tal dolor y tal fuego devastador a la vez.

Habían transcurrido dos años desde que el señor Arn lo llamó a sus propios aposentos en Forsvik, cerró con cuidado la puerta y le dijo lo inaudito: que se convertiría en un traidor. Abandonaría Forsvik, en donde había sacrificado nueve años de su vida y donde era ahora uno de los tres mandos más altos por debajo del mismísimo señor Arn, huiría a Näs y buscaría ponerse al servicio del rey Sverker.

Al principio no pudo creer lo que estaba oyendo, esas palabras que además salían completamente tranquilas y amables de la boca del señor Arn. Pero pronto la situación le resultó más comprensible, aunque no por ello menos desconcertante.

Desde que murió Birger Brosa, continuó explicando el señor Arn despacio, los Folkung no tenían ninguna información sobre lo que sucedía en torno al rey Sverker. Tampoco podían consultar a sus aliados los Erik, pues el principal de ellos, el príncipe Erik, era huésped aunque prisionero en Näs, de donde nunca parecía ausentarse.

La información podía constituir media victoria, o media derrota, en una guerra y tal vez hubiese guerra, pues todo indicaba que tarde o temprano el rey Sverker rompería el juramento que había hecho ante el consejo y el concilio del reino. Había convertido a su hijo Johan en canciller del reino cuando éste todavía era un niño de pecho y era difícil interpretarlo de manera diferente de que en Johan y no en el príncipe Erik veía al próximo monarca del reino. Además, estaba aliado con Valdemar *el Victorioso*, el contrincante más temible que había en el Norte. Sin embargo, Valdemar no era ningún Saladino y en absoluto imposible de vencer. Pero hacía que la información fuese tanto más importante.

Sune Folkesson tenía mayores posibilidades que cualquier otro de sobrellevar esta pesada carga de parecer un traidor. Su madre era danesa y él no poseía ni fincas ni oro en las tierras de Göta. Por eso podría ser fácil creer que él, siendo medio danés, fuese tentado a buscar un servicio de mayor esplendor que el de un sencillo guardia en una finca rural de un Folkung.

El señor Arn recalcó que debería exponer el asunto precisamente de esa manera, como un sencillo guardia en una finca rural y en absoluto como el mando de tres escuadrones de caballería ligera del tipo que empleaban los templarios; guardia en



una finca rural serían las palabras adecuadas. Además, cuando lo probasen con la lanza y la espada debería procurar no mostrar más habilidades de las necesarias, pues podría despertar dudas y sospechas. De ningún modo debía intentar aparecer como el mejor candidato a ser guardia real en Näs, pues ya sería suficientemente tentador para los daneses coger a un joven Folkung portador de sangre danesa.

Lo más difícil de soportar era lo que los dos acordaron ahora, que eso tendría que ser un secreto entre ambos. Durante mucho tiempo los propios hermanos de Sune que se hallaban entre los aprendices de Forsvik pensarían que él los había abandonado y escupirían a su nombre, si es que alguna vez llegaba a ser nombrado.

El porqué debía ser de aquel modo era más fácil de explicar que de comprender. Si sólo el señor Arn y él conocían la verdad, que en absoluto había abandonado su linaje ni a sus hermanos, sino que sólo era informador en Näs, nunca podría ser traicionado. Si ellos dos se encontraban en Näs, evitarían mirarse el uno al otro o bien manifestarían su desdén.

Y no se reunirían nunca ni intercambiarían palabras, ni siquiera en el más profundo secretismo, hasta que llegara el día en que Sune tuviese que huir para informar. Y cuando así fuese no se trataría de una tontería, sino que se referiría a la información de dónde y cuándo llegaría un ejército extranjero. Podría huir a casa junto a sus parientes cuando fuese cuestión de vida o muerte, antes no. Durante su tiempo en Näs naturalmente debía aprender todo lo que veía y guardarlo en su memoria, todo acerca de cómo montaban los daneses o qué puntas de lanza utilizaban, o cualquier cosa que pudiese ser relevante. Ese tipo de información era importante pero no lo suficiente como para huir.

Arn le entregaría a su hijo Magnus Månesköld una carta sellada en la que le explicaba la verdad. Si él moría mientras Sune se hallaba en su peligrosa misión, la información pasaría en herencia y siempre permanecería entre los Folkung.

Era importante que controlase sus sentimientos antes de huir de Forsvik y que buscase apoyo en la oración. A Näs no debía llevarse más que armas de ejercicio. Aunque no pasaba nada si robaba un pequeño saco con monedas de plata en su huida, dijo el señor Arn para terminar entregándole el saco.

Tras esta reunión, Sune se había vuelto reservado y pasaba más tiempo que ninguno de los aprendices en la iglesia. Una noche de principios de noviembre se escurrió entre marineros somnolientos y subió a bordo con una carga de harina y cristal con destino a Linköping, saltó del barco al alcanzar las cascadas de Mo y continuó a pie hasta la orilla este del lago Vättern, donde encontró a un pescador de trucha asalmonada que a cambio de una buena paga lo llevó a Visingsö.

Todo lo que Arn había pronosticado acerca de su buen recibimiento en Näs fue según lo previsto. Cuando se anunció ante el capitán de la guardia real a la mañana siguiente primero se rieron de él, pues parecía muy joven y pobre. Pero cuando dijo que por parte de padre era Folkung y por parte de madre danés y que había servido durante mucho tiempo como soldado, cambiaron las cosas. Tuvo que esperar mucho

tiempo hasta que el mariscal en persona, un señor danés de nombre Ebbe Sunesson, tuvo tiempo para recibirlo. A partir de ahí las cosas fueron más fáciles de lo previsto. Ebbe Sunesson conocía muy bien a su madre, pues se había vuelto a casar con un hombre del linaje de Hvide. Y no era que el mariscal le reprochara a esta mujer danesa haber regresado a su patria dejando atrás un hijo. ¿Quién podía imaginarse lo difícil que debía de ser intentar arrancar a un hijo de las manos de unos salvajes Folkung? Había que pensar que en el caso de que ella lo hubiese logrado, el joven Sune habría sido criado como un danés. Por tanto, tal vez fuese voluntad de Dios que él regresara ahora junto a sus parientes.

Sin embargo, la sangre no lo era todo. Sune también debía demostrar que servía para ser soldado. Las pruebas le resultaron fáciles y tuvo que esforzarse por recordar las palabras del señor Arn acerca de no exhibirse demasiado y dejar que el orgullo le arrebatase la razón. Los soldados daneses que blandieron sus espadas contra él eran de lo más fáciles de manejar, un joven de diecisiete años de Forsvik no habría tenido el menor problema.

Desde el primer día en Näs vistió con el uniforme rojo de los Sverker, y ése fue para él uno de los momentos más deshonorosos de su vida. Aquella noche estuvo invitado a la mesa del rey, pues que un enérgico Folkung se hubiera unido a la guardia real era una buena noticia.

Fue en aquella misma primera noche en que sus ojos vieron por primera vez a la hija del rey, Helena, con su larga melena de cabello dorado. Y ella lo miraba con frecuencia.

Pero posteriormente ya no se sentó a la mesa del rey, sino que tuvo que servirla. Había muchas diferencias entre las costumbres danesas y las godas, entre otras que el banquete real al atardecer no lo servían ni sirvientes ni siervos, sino unos hombres jóvenes a los que llamaban pajes. Por ello Sune comenzó su vida en Näs no como escolta, como él esperaba, sino como un siervo doméstico. Podría haberse planteado si se trataba de una ofensa, pero pronto esa duda fue erradicada por el hecho de ver a Helena todas las noches, y aunque nunca tenía la ocasión de hablar con ella, sus miradas se encontraban cada vez con mayor frecuencia en una secreta complicidad.

Durante el banquete real, el rey Sverker, su nueva esposa Folkung, Ingegerd Birgersdotter, y Helena se sentaban siempre en el sitial. Junto al sitial se colocaba el mariscal del rey, el danés Ebbe Sunesson, y a veces la reina llevaba consigo a su hijo el príncipe Johan, a quien en estas ocasiones siempre vestía con una pequeña corona.

Parecía bien consciente de que con ello ofendía a los cuatro hijos de Erik, todos ellos sentados a la mesa en peores lugares. Siempre hablaba en voz alta de su hijo Johan como del príncipe, mientras que cuando mencionaba al príncipe Erik lo hacía como Erik Knutsson. No era difícil ver la opinión que tenía la reina Ingegerd acerca de quién debía ser el próximo monarca del reino.

El príncipe Erik y sus hermanos Jon, Joar y Knut no manifestaban nunca ningún tipo de alegría en la mesa, pues cada banquete constituía un desprecio hacia ellos.

Cuando a veces el rey se refería a ellos como sus estimados invitados, bebía a su salud y fingía alegría por tenerlos tan cerca, muchos de los daneses presentes en la sala se reían abiertamente y con crueldad. Los hijos de Erik no eran otra cosa que prisioneros en Näs.

Hacia Sune sólo mostraban enemistad y desprecio y preferían no ser servidos por él, pues decían tener el olfato muy delicado y que el olor a traidor no acompañaba bien el asado y la cerveza. Con frecuencia bebían hasta emborracharse como cubas, a veces hasta tal punto que había que sacarlos a rastras de la mesa. El rey Sverker parecía más que dispuesto a dejar que eso sucediese y no era nada raro que precisamente él encargara más cerveza en el momento en que parecía que habrían querido dejar de beber por aquella noche.

Durante el primer otoño, invierno y primavera, a Sune le resultó casi imposible conciliar una noche entera de sueño. Dormía en una húmeda y fría sala de piedra con otros diez guardias apestosos que roncaban y se retorcían en sus camastros. La vergüenza de la traición le quemaba por dentro, al igual que la pena de ver cómo los hijos del linaje de Erik perdían su honor bebiendo hasta reventar y no cesaban de manifestarle su desprecio. Pero la llama que Helena Sverkersdotter había encendido ardía todavía con más fuerza, zarandeándolo entre el fuego y el hielo. Si soñaba con algo cuando finalmente lograba dormirse, era ante todo con la cara de ella, su larga melena y sus hermosos ojos, por lo que el sueño le llegaba como una liberación cuando tras mucha lucha al fin lograba conciliarlo.

Poco antes del solsticio de verano se celebraría el decimoctavo cumpleaños de Helena Sverkersdotter y en Näs lo festejarían a lo grande. En honor a ella habría juegos daneses y francos, lucha con maza y espada, cosas de esas que los svear y los godos sencillos no sabían hacer.

Sune comprendió pronto que debía mantenerse alejado de ese jolgorio, tal como le había advertido el señor Arn. Pero cuando el rey proclamó que el ganador de esos juegos tendría el honor de acompañar durante dos días como príncipe, incluso con corona, a Helena durante el resto de la fiesta, le fue imposible hacer prevalecer la razón sobre el anhelo de su corazón.

La lucha sería como unos juegos francos y podría participar todo aquel que se sintiese llamado a hacerlo, aunque lo haría asumiendo el riesgo. Limpiaron el patio interior de Näs y levantaron unas estructuras de madera altas con bancos a lo largo de una de las paredes, desde donde el rey y sus invitados gozarían de una buena vista sobre los juegos.

Sune sufría angustiado al oír a los demás soldados hablar de la lucha en que casi todos iban a participar con caballo y maza. A un guardia no le sería posible ganar una lucha así, eso lo haría alguno de los señores daneses, pero sería un gran honor para aquel que no cayese de los primeros sino de los últimos.

Cuanto más hablaban los otros del asunto y describían cómo iría la pelea, más imposible le resultaba a Sune resistirse ante la tentación. Al final se vistió como todos

los demás, buscó un escudo rojo, una maza y eligió el caballo al que más se había acostumbrado a montar.

Los cuernos resonaron y los tambores tronaron cuando los cuarenta jinetes, con maza y escudo, cabalgaron formando un círculo delante del rey y de sus invitados. Al cabo de una hora o más, sólo quedaría uno de ellos sobre su caballo. Como para azuzarlos, el rey se puso en pie y sostuvo a modo de exhibición la corona de la victoria, lo cual provocó un completo silencio, mientras que los contrincantes rezaban para sí un Pater Noster. A continuación resonó una aguda señal de cuerno y de repente el patio del castillo se convirtió en un barullo de gritos y aullidos, de caballos y combatientes que se golpeaban los unos a los otros con todas sus fuerzas. De inmediato cayeron una docena de hombres al suelo.

Sune se había apartado con sigilo hasta el círculo de jinetes exterior y al principio procuraba alejarse de los golpes en lugar de intentar tirar a alguien de su silla. Pensó que con un caballo de Forsvik no habría necesitado alzar su mano contra nadie, que simplemente se habría ido desplazando hasta quedarse al final solo con el último. Pero su caballo danés era demasiado lento para una batalla tan fácil y tenía que espolearlo continuamente.

A medida que iban cayendo los soldados, eran sacados a rastras por mozos de cuadra que además intentaban cazar a los caballos sueltos que estaban ocasionando confusión. Cuando hubieron caído la mitad de los soldados, los señores daneses concentraron sus esfuerzos entre ellos, pues contaban con que el ganador sólo podría ser uno de ellos y que el resto de los guardias serían más fáciles de manejar con más espacio y menos riesgo de recibir un desafortunado golpe por la espalda.

Así pues, la primera media hora transcurrió sin dificultades para Sune. Se mantenía alejado con cuidado, vigilando a su alrededor, y no dejaba de moverse para no convertirse nunca en un objetivo inmóvil.

Sune no golpeó a su primer hombre hasta que sólo quedaban diez jinetes y lo hizo con un golpe por detrás, en el yelmo. Provocó risas y una ola de sorpresa entre los espectadores, pues el abatido era uno de los señores daneses. Pero ahora fue como si también los otros descubriesen a Sune y se lo tomasen en serio, pues él era uno de los tres últimos soldados que seguían sobre el caballo. Pronto se convirtió en la presa de todos y lo persiguieron por todo el patio, algo que no estaba del todo ausente de riesgo para los perseguidores, pues muchos de ellos fueron golpeados por señores al acecho que cabalgaban en sentido contrario por los extremos.

Sólo quedaban cuatro señores y Sune habría hecho mejor en dejarse vencer por cualquiera de ellos. De todos modos, estaba claro que debía ganar el mariscal del rey, Ebbe Sunesson, pues nadie se atrevía a atacarlo aunque tuviesen una buena oportunidad. Pero el ardoroso deseo de Sune de sentarse cerca de Helena era mucho más fuerte que su razón. Había ahorrado fuerzas y sólo había cabalgado a la mitad de sus posibilidades. Se acercaba el momento decisivo y, a menos que quisiera rendirse, tendría que aplicarse por completo.

Cuando dos de los señores se abalanzaron juntos sobre él, mientras que Ebbe y el cuarto danés restante permanecían quietos mirando, Sune comprendió que realmente existía la posibilidad de que ganara la lucha. Cabalgó una vuelta con los otros dos tras él, luego cruzó el patio en diagonal y en el centro se detuvo en seco, hizo encabritar al caballo, y una vez en el aire giró de manera que uno de los señores fue abatido por las patas delanteras del animal, mientras que el otro recibió un golpe en la cara de la maza de Sune.

Entonces Ebbe Sunesson abatió por sorpresa al hombre que había permanecido sentado a su lado con ambas manos sobre el arzón delantero y claramente desprevenido; era como si Ebbe quisiese demostrar que desde luego no necesitaba la ayuda de nadie ahora que entraba en serio en la batalla. Cabalgó dos veces de un lado a otro por delante de la gente del rey, a galope corto, saludando con la mano y recibiendo grandes ovaciones antes de dirigirse hacia Sune, que lo esperaba en el centro del patio.

Cuando el señor Ebbe cabalgaba hacia él, despacio y seguro de su victoria, al paso para reducir la distancia antes de lanzarse al ataque, Sune decidió probar con un truco sencillo y devastador que todos conocían en Forsvik. Si el contrincante no estaba preparado o menospreciaba el peligro, uno ganaba. Pero si el contrincante conocía el truco o tenía tiempo de verlo venir, uno estaba completamente perdido.

Como si temiese al mariscal danés, Sune se dejó perseguir dos vueltas por el patio a una gran velocidad hasta que Ebbe, cada vez más seguro de su victoria, se le acercó por detrás y los espectadores empezaron a gritar de emoción. Entonces Sune se detuvo en seco y se agachó, hundiendo bien la cabeza, de modo que la maza del contrincante golpeó el aire, a la vez que él batía en el sentido contrario y le asestaba un golpe al perseguidor en medio del pecho. El señor Ebbe salió disparado hacia atrás, recorriendo en el aire la distancia de una lanza antes de caer al suelo de espaldas.

Sune recogió las riendas, se quitó el casco y arregló sus ropas antes de acercarse cabalgando al rey Sverker, hizo una reverencia con la mano derecha sobre su corazón en señal de fidelidad y fijó por unos instantes la mirada en los ojos de Helena antes de erguirse de nuevo. La mirada que recibió de Helena no hizo sino enturbiar más su razón.

A continuación, el señor Ebbe se acercó cojeando y gritando que ese granuja de guardia había tenido suerte, que no era merecedor de la victoria y dijo que, como el segundo mejor, exigía su derecho de decidir la victoria con una espada.

Primero el rey miró sorprendido a su alrededor, pues parecía no saber nada acerca de esa regla especial. Pero algunos de los daneses que se encontraban a su lado afirmaron serios y reflexivos que si en algún sentido quedaba poco clara la victoria se podía proceder a un final decisivo con la espada. El rey Sverker no tuvo más opción que preguntarle a Sune si aceptaba continuar la lucha o si quería concederle la victoria al señor Ebbe, pues podía ser arriesgado enfrentarse a un diestro con la

espada como él.

Tan cerca como estaba Sune de pasar dos tardes junto a Helena, no había razón en el mundo que lo indujese a abandonar. El rey suspiró y decidió que los contrincantes se enfrentarían hombre contra hombre con espada, escudo y yelmo dentro de una hora.

Sune tuvo que llevar él mismo su caballo al establo mientras que unos guardias se encargaban del animal del señor Ebbe. Después acudió a la armería, que estaba llena de soldados que hablaban todos a la vez, ansiosos por darle buenos consejos. La mayor parte de los consejos se referían a vigilar su pie izquierdo, pues tarde o temprano Ebbe siempre blandía su espada contra ese punto débil. Otros opinaban que era especialmente importante ser cauto cuando el señor Ebbe fingía perder el equilibrio y le daba a medias la espalda porque entonces, en pleno movimiento circular, atacaba bien el pie izquierdo o bien la cabeza.

En la armería encontró varios escudos de los Folkung, pero hacía mucho tiempo que habían sido pintados y tenían desperfectos sin reparar. Sin embargo, la tentación fue demasiado grande cuando Sune descubrió que uno de esos escudos le sentaba casi tan bien como el suyo propio de Forsvik. No tardó mucho en encontrar entre las espadas una adecuada, pues los daneses tampoco usaban esas espadas nórdicas que eran utilizadas en las tierras de Gota, sino las francas o las sajonas, que eran como las espadas de Forsvik.

Sune era igual de alto que el señor Ebbe, pero el ojo se dejaba engañar por el hecho de que el segundo llevaba más de mil banquetes de ventaja, por lo que parecía más forzado con su armadura cuando dieron unos pasos adelante para inclinarse ante el rey y la reina, aunque al hacerlo Sune alzó la mirada y observó los ojos preocupados de Helena.

Durante los primeros instantes del combate, Sune sintió cómo le invadía un miedo frío y casi paralizante. Los golpes del señor Ebbe eran tremendamente fuertes y contundentes y éste atacaba con odio en los ojos como si hubiesen sido enemigos en un campo de batalla. Además, sus espadas no eran de entrenamiento, sino que estaban muy afiladas. Al descubrir que realmente estaba enfrentándose a la muerte, Sune se maldijo a sí mismo por su soberbia. Durante un buen rato no dio ni un solo golpe y tuvo que emplear todos sus esfuerzos en hacer paradas y fintas.

Todas las advertencias que los soldados habían tenido tiempo de darle parecían ciertas, en poco tiempo había visto ya dos veces el golpe hacia el pie izquierdo y otras dos cómo el señor Ebbe parecía tambalearse hacia un lado para girar rápido y dirigir un golpe enfurecido contra la cabeza de Sune.

El rey y sus invitados no estaban a gusto con lo que veían, pues un día festivo no debía terminar con sangre y muerte. Sin embargo, la costumbre prohibía que incluso el rey se entrometiese en una lucha hombre contra hombre como la que acababa de empezar.

Después de un rato, Sune notó que podía empezar a pensar con mayor claridad,

pues los golpes le llegaban cada vez más despacio. Con el corazón en la garganta había hecho todo eso que había practicado desde niño sin siquiera pensar, le había bastado contar hasta tres para sí mismo y moverse justo entonces para ver cómo la espada pasaba rozándole la cabeza o el pie izquierdo justo después de moverlo. Esto fue dándole cada vez más confianza en sí mismo, y con la certeza de ser uno de Forsvik pensó que aquello que sabía hacer en casa podría hacerlo allí también.

Pasó de defenderse solamente a atacar también y pronto empujaba ante sí al señor Ebbe sin darle ningún descanso para poder atacar su pie o su cabeza. No obstante, debía empezar a pensar en el final. Cómo perder un duelo como aquél no era difícil de imaginar. ¿Pero cómo ganar? ¿Iba él, ese informador a quien el señor Arn había advertido ser muy discreto, a matar realmente al mariscal del reino?

Cuanto más duraba la lucha y más cansado estaba y más jadeaba el señor Ebbe, más posibilidades de hacerle daño empezaban a aparecer ante los ojos de Sune. Decidió no matar sino dejar que la lucha siguiese hasta que al otro ya no le quedaran fuerzas, pues estaba bien claro quién era el doble de viejo y estaba el doble de cansado que su contrincante.

Arriba, en el sitio del rey, ya se habían acercado algunos de los proceres daneses a susurrar que, a pesar de lo que dictaba la tradición, había que interrumpir la lucha antes de que ésta tuviese un horrible final. De continuar, Ebbe no se cansaría menos y seguramente el joven Folkung ya lo habría matado si hubiese querido hacerlo.

Sin embargo, el rey no tuvo que intervenir. De repente, el señor Ebbe alzó la mano y se acercó al rey diciendo que perdonaba al joven escudero. Sin duda sería un error, dijo entre jadeos, tener que matar a un joven tan avisado, que sería preferible que sirviese a su rey antes que fuese enterrado demasiado pronto.

El rey asintió pensativo ante estas palabras al parecer honorables y sabias, sin esbozar la más mínima sonrisa de burla y con un gesto de la mano le indicó a Sune que se acercara y le preguntó si Sune aceptaría la victoria en esas condiciones. Una serie de respuestas disparatadas cruzaron como golondrinas por la mente de Sune, pero logró morderse la lengua y contestó con una reverencia que era un gran honor para él recibir esta señal de gracia por parte del espadachín más poderoso al que jamás se había enfrentado o ni siquiera había llegado a ver.

Seguramente se trataba de la mentira más grande que Sune había pronunciado desde que llegó a Näs. Pero había intentado compensar toda su locura con al menos un ápice de cordura.

No obstante, es posible que fuese precisamente esta locura de Sune la que salvó el futuro del reino. Porque tal como los acontecimientos se fueron entrelazando en lo sucesivo, formando una larga cadena, muchas vidas fueron salvadas aunque todavía más fueron las que se perdieron.

Durante dos largas noches Sune pudo sentarse con la corona de la victoria junto a Helena y aquel tiempo fue más que suficiente para que el fuego que sólo había germinado dentro de ellos se incendiase por completo.

A partir de esas dos noches en que naturalmente habían estado a la vista de todos y por tanto debieron comportarse, no sólo se intercambiaron sus ardientes sentimientos, sino que también hicieron arreglos más terrenales, como cuándo y dónde podrían verse a solas, o todo lo a solas que se atreviesen.

Helena era hija de un rey y todavía faltaba mucho para decidir para qué matrimonio la utilizarían. Era probable que el rey Sverker deseara casarla con el rey danés Valdemar *el Victorioso*. Sin embargo, no había muchas esperanzas de que esa boda se llevara a cabo, pues seguramente un rey tan poderoso se emparentaría con el reino franco o con el reino alemán.

En el peor de los casos, Helena podría casarse por el bien de la paz en su propio país con algún Folkung o incluso con algún Erik. Pero mientras no se supiese nada seguro la dejarían crecer y tal vez ser todavía más hermosa de lo que ya era. En realidad, el rey Sverker debería haberla dejado en alguno de los conventos del propio linaje, en Vreta o Gudhem, para prepararla mejor para una cerveza nupcial con aquel que él determinase. Pero su padre le tenía demasiada estima. Ella le evocaba muchos recuerdos de un tiempo durante el cual había sido más feliz de lo que era ahora como rey. La madre de ella, Benedikta, había sido una mujer dulce y afable, su nueva reina Ingegerd era terca y grosera y tan codiciosa de poder que parecía que fuese un hombre. En cuanto hubo dado a luz un hijo, su esposa recurrió a todo tipo de artimañas para no aceptarlo más y no cesaba de quejarse sobre asuntos sin importancia y sobre intrigas que eran lo suficientemente peligrosas como para costarles a todos la vida. Helena era como un hermoso recuerdo y una constante evocación de tiempos más felices. Ése era el motivo por el que no quería dejarla en un convento.

Sin embargo, lo habría hecho en un santiamén si hubiera sabido con quién se encontraba ella por las noches. Ahora bien, sus encuentros eran de lo más castos, pues Helena había jurado ante Dios que nunca dejaría que un hombre entrase en sus aposentos por la noche. Su habitación solía ser usada como sala de consejos del reino, pero había quedado demasiado pequeña para el cada vez mayor consejo del rey. Estaba en lo más alto de la más oriental de las dos torres de Näs, sobre la que crecía una parra virgen muy útil para un joven ansioso por trepar.

Helena encendía dos velas en su ventana, y eso era la señal. Para Sune, al que después de los juegos de lucha le habían dado el mando sobre una parte de la guardia, no era nada difícil visitar los muros por la noche, como si fuese a vigilar que todos los guardias hiciesen lo que debían.

Muchos fueron sus ardientes encuentros en la ventana, que él jamás traspasó para entrar en sus aposentos, pero sí para entrar en su corazón. Sune se quedaba allí hasta que los brazos se le dormían de agarrarse a la parra, algo que nadie hacía así como así, pues él estaba más en forma que la mayoría y más ansioso que los demás.

La pareja no se rendía ante lo imposible, se negaba a asumir la idea de que ella era hija de un rey, destinada a ser entregada a algo mejor que a un simple soldado; no



le daban la menor importancia al hecho de que Helena fuera Sverker y él un Folkung, y se prometieron mutuamente eterna fidelidad en nada menos que dos semanas, cuando él por primera vez se atrevió a acercarse y a darle un beso.

Al amarse tanto y de forma tan desesperada, Helena también le explicó cosas que podrían haberle costado la cabeza por traición si alguien hubiese llegado a oírlos, pero que ella sólo tenía una persona a quien confiar.

De esa forma supo Sune una noche del verano tardío que los días del príncipe Erik y de sus hermanos estaban contados. La reina Ingegerd había exigido sus vidas por la seguridad de su propio hijo Johan y por su justo derecho a heredar la corona del reino. Al igual que una serpiente, había dejado caer varias veces sus gotas de veneno en el oído del rey y decía saber que en realidad los Erik sólo esperaban una buena oportunidad para matarlo. Siempre veía nuevas señales ocultas de que la conspiración crecía en Näs.

Finalmente, el rey Sverker se rindió. Iba a dejar ahogarse a los Erik y llevarlos a Varnhem para enterrarlos y no se hallaría ninguna señal en sus cuerpos ni de cortes ni punzadas. Se diría que estaban pescando truchas asalmonadas cuando una de las muchas tormentas repentinas del lago Vättern se llevó sus vidas.

A Sune le invadió una pena doble al enterarse. Tal vez lo que más le preocupase no fuera la vida de los hermanos príncipes Erik, sino que esa información que acababa de recibir era del tipo por la que debería volver a Forsvik y, por tanto, separarse de Helena. A menos que encontrase una forma de avisar a los Erik...

A menudo, en las comidas del atardecer, se sentaba cerca del príncipe Erik y de sus hermanos, aunque todos se negaban a hablar con él. Lo trataban como si fuera invisible, tal como se merecía un traidor. El príncipe Erik se había lamentado en más de una ocasión, en voz alta para que lo oyeran todos, de que Ebbe Sunesson no hubiese podido cortarle la cabeza a Sune aquella vez, pero que quizá no era todavía demasiado tarde.

Como si fuese una deshonra especial sentarse cerca de Sune, se turnaban en ese sufrimiento. Una noche en que el príncipe Erik se sentó más próximo a él, llegó el momento que Sune había esperado con creciente preocupación. No podía dudar, debía suceder ahora.

—El rey tiene por propósito hacer que pronto os ahoguen y decir que una tormenta se os llevó durante la pesca. Os queda poco tiempo para huir —dijo en voz baja pero sonriendo al entregarle al príncipe Erik un trozo de carne con una reverencia de cortesía.

—¿Y por qué iba a creer a un traidor como tú? —refunfuñó el príncipe Erik, aunque no muy alto.

—Porque soy un hombre del señor Arn y no del rey, y porque tendría una cabeza menos si alguien llegase a oír estas palabras que ahora intercambiamos —dijo Sune mientras cortésmente servía más cerveza de una jarra.

—¿Adónde podemos huir? —susurró el príncipe Erik, de repente tenso y serio.

—A Forsvik. El señor Arn tiene allí protección y jinetes —respondió Sune y alzó su jarra de cerveza—. Pero es urgente, no os quedan muchas noches.

El príncipe Erik asintió con seriedad y para sorpresa de sus hermanos alzó su jarra de cerveza hacia Sune.

Dos días más tarde hubo una gran conmoción al descubrirse que el príncipe Erik y sus hermanos habían huido. Nadie sabía cómo ni adónde, y no sirvió de nada que se azotase a los vigilantes que habían estado de servicio aquella noche.

La desconfiada reina Ingegerd lanzaba largas miradas de desprecio hacia Sune, pues le parecía haber visto cómo él y el príncipe Erik, en contra de sus costumbres, habían mantenido una breve conversación en susurros hacía no demasiado tiempo. El rey Sverker opinaba que era imposible que precisamente Sune, ese escudero valiente y fiel, pudiese haber advertido a la camarilla de los Erik. Porque, ¿cómo iba él a saber lo que se movía en las mentes del rey, de la reina y del mariscal? ¿Quién de los tres podía haber revelado algo así? ¿Podría Ebbe, cuyos sentimientos hacia el joven Sune no eran un secreto después de la humillante derrota, haberse confiado a él? Si no era así, ¿podrían haberlo hecho él o la reina? No, los Erik habían tenido suerte y eso era todo. Además, estaba claro como el agua que no tenían muchos motivos para sentirse demasiado a gusto en Näs.

El rey hizo lo único que podía hacer: prometió dos marcos de oro puro a aquel que pudiese darle información acerca de dónde se escondían los Erik, porque no podía habérselos tragado la tierra.

Tardó un año en saber que los cuatro se escondían en una finca en la parte norte de Götaland Occidental, una hacienda de los Folkung que llevaba por nombre Älgarås. Ordenó a Ebbe Sunesson que armara a un centenar de jinetes y que regresara con ellos vivos o bien con sus cuatro cabezas.

Sune se enteró aquella misma noche de que los Erik habían sido encontrados y de que iban a morir. Pero aquél fue su último momento en la ventana con Helena porque lo apresaron. La reina había enviado a sus propios guardias a espiar a aquellos de quienes más sospechaba: la hija del rey y Sune.

A Sune lo arrojaron de inmediato a un calabozo, aunque no lo castigaron demasiado. Posiblemente, los soldados que lo cogieron pensaron que sería una lástima que no pudiese caminar por sí mismo al cadalso y morir con honra como ese hombre que, a pesar de todo, había demostrado ser.

Abajo, desde el calabozo, Sune oyó un tintineo de estribos y armas, lo que significaba que los cien jinetes del rey se estaban preparando para partir al amanecer mientras él se maldecía a sí mismo. Había llevado su juego demasiado lejos y se lamentaba de que el amor no sólo lo hubiera llevado a él a la desesperación y a la muerte, sino quizá también a cuatro infantes reales. La desesperación, por sí misma, constituía un gran pecado; aquel que desesperaba se cavaba su propia tumba. Empezó a rezarle a san Jorge, el protector de los caballeros y de los magnánimos.

Cuando la noche alcanzaba su punto más oscuro se oyó un discreto chirrido de

llaves que abrían su celda y dos hombres con ropas oscuras entraron y lo condujeron con amabilidad pero en silencio escaleras arriba. Allí lo estaba esperando Helena. Se despidieron rápidamente y en susurros. A ella la iban a enviar ahora al convento de Vreta e hizo que él jurase que iría a buscarla. Primero él dudó y tembló ante la idea de un secuestro en un convento, uno de los actos más infames que un hombre podía cometer, pero ella le aseguró que, en primer lugar, nunca pronunciaría los votos, que era hija de un rey y que su destino no era el de una monja. Y en segundo lugar, el día que viese mantos azules acercándose a Vreta iría ella misma corriendo a recibirlos.

Entonces Sune le juró que irían a buscarla a Vreta, él y un escuadrón de sus parientes, vestidos con los mantos azules, a plena luz del día para ser vistos desde lejos.

Se besaron bañados en lágrimas y ella se separó con fuerza, respirando profundamente, y se alejó en la oscuridad.

Debajo del castillo esperaba un pequeño barco. El viento soplaba del sur y tardaría una noche en llevarlo hasta Forsvik.

Sune fue dejado frente a Forsvik al amanecer, en ropas de Sverker sucias y hechas pedazos. Sus dos acompañantes abandonaron rápidamente el puerto y se dirigieron hacia el norte. Nunca más pondrían un pie en Näs, aunque tampoco necesitaban hacerlo. Helena les había pagado con sus joyas de oro; más que suficiente para llevar una buena vida en cualquier parte.

A aquella hora temprana de la mañana en Forsvik había pocas personas en movimiento, pero cuando uno de los aprendices vio a Sune al salir al retrete, fue corriendo rápidamente a dar la alarma. En pocos instantes, Sune estuvo rodeado de aprendices furiosos y armados que lo insultaban llamándolo traidor. Pronto lo arrastraron atado de manos y pies hasta la campana grande, que era el punto de encuentro en caso de alarma. Allí lo pusieron de rodillas a la fuerza mientras esperaban todos al señor Arn, que apareció corriendo medio vestido con la cota de malla.

Cuando Arn vio a Sune, se detuvo, sonrió y sacó su puñal del cinturón. A continuación se hizo un completo silencio cuando se acercó a Sune y cortó las cuerdas que aprisionaban sus pies y sus brazos, lo abrazó y le besó las dos mejillas.

Los mozos, que ahora estaban casi todos en el punto de reunión —sólo unos pocos rezagados llegaban corriendo mientras seguían vistiéndose—, habían perdido toda su furia y se miraban interrogantes los unos a los otros.

—¡Pensad en las palabras de Dios, todos vosotros de Forsvik! —dijo Arn al alzar su brazo derecho ordenando que prestaran atención—. Lo que veis no es siempre como lo veis, y nunca juzguéis a nadie por sus ropas. Éste es vuestro verdadero hermano Sune Folkesson, que a nuestro servicio y poniendo su vida en peligro ha sido informador en Näs entre los Sverker. Fueron las palabras de Sune las que salvaron la vida al príncipe Erik y a sus hermanos, por eso vinieron a nosotros y se libraron de la muerte a manos del traicionero rey. ¡Todos aquellos que pensaron mal

de Sune deben pedirle primero perdón a Dios y luego a Sune en persona!

Los primeros en acercarse para abrazar al recién llegado fueron Bengt Elinsson y Sigfrid Erlingsson. Luego los siguieron todos los demás.

Arn ordenó que se calentara la casa de baño, que llevaran ropas nuevas de Folkung y que quemaran los harapos rojos que vestía Sune. Éste intentó objetar que regresaba con noticias urgentes y que no tenía tiempo para baños, pero Arn se limitó a sacudir la cabeza con una sonrisa y repuso que no había nada tan urgente como para no pensar antes de salir corriendo. Comprendía muy bien que lo que había hecho que Sune abandonara su misión en Näs no era una tontería, ya que Sune se había atrevido a proseguir en su peligrosa labor incluso después de haber salvado al príncipe Erik y a sus hermanos.

De todos modos, Sune se apresuró en darse un baño y todavía estaba vistiéndose con sus ropas Folkung mientras murmuraba una bendición de camino a la casa de Arn y Cecilia. Allí dentro lo esperaba pan sarraceno recién hecho y una fuerte sopa de cordero, el señor Arn en persona y la señora Cecilia, que lo abrazó con los ojos llenos de lágrimas y le deseó la bienvenida de regreso a casa.

Mientras comían Sune explicó con rapidez lo más importante. Al fin, el rey Sverker se había enterado de que el príncipe Erik y sus hermanos se escondían en Älgarås y ahora enviaba a cien hombres armados para asesinarlos. De modo que, si era cierto que los hermanos Erik se escondían en Älgarås, andaban escasos de tiempo.

Arn asintió lúgubre con la cabeza. Por consejo de Bengt Elinsson habían trasladado al príncipe Erik y a sus hermanos a Älgarås, porque allí no había ningún Sverker por los alrededores y porque parecía probable que el rey buscara más por Eriksberg, hacia el sur, que en un poblado norteño de los Folkung. Además, el príncipe Erik había sido lo bastante prudente al llegar como para explicarle a solas a Arn la noticia que le había dado Sune. Acerca de esto no había dicho ni palabra a nadie más, pero Arn le había confirmado que realmente era así, que Sune siempre había sido uno de Forsvik aunque hubiese vestido el manto rojo en Näs. Por lo demás, el príncipe Erik le había explicado la manera tan particular en que Sune se había esforzado por no destacar demasiado. Pero ya hablarían de eso más tarde, pues ahora no les sobraba el tiempo.

Tres escuadrones plenamente armados, dos de caballería ligera y uno de caballería acorazada, partieron aquella mañana de Forsvik. En la formación antes de la partida, Arn había comentado escuetamente que ya no se trataba de un ejercicio. Lo que ahora sucedería era para lo que se habían entrenado. Por ese motivo habían cambiado todas las espadas de ejercicio por espadas afiladas y por eso las flechas no eran romas ni las lanzas estaban provistas de un tope, sino que tenían una punta de acero dividida en tres.

Tal vez habrían tenido más éxito si hubiesen salido de Forsvik con sólo caballería ligera y no con un escuadrón de jinetes pesados que retrasaba a los demás. A posteriori se podría haber alcanzado esa conclusión, pero a posteriori cualquier loco

parece el más listo de los cancilleres.

Lo que Sune le había explicado acerca de los caballos y de las armas de los jinetes daneses había convencido a Arn de que sería necesario al menos un escuadrón pesado, pues iban a enfrentarse a un ejército el doble de grande que el suyo.

Älgarås estaba en llamas cuando llegaron. Habían visto el fuego y el humo desde lejos, pero de todos modos Arn había logrado con palabras severas que todo el mundo siguiese su ritmo al trote tranquilo para no llegar agotados al enfrentamiento con los daneses y los Sverker.

Cuando después de una cabalgata insufrible alcanzaron una distancia propia para el ataque, vieron cómo los vestidos de rojo estaban penetrando por una gran brecha en el muro de troncos puntiagudos. No había tiempo que perder. Arn colocó la caballería pesada en la delantera para poder entrar con fuerza y velocidad y ordenó a Bengt Elinsson que se quedase fuera de los muros con su escuadrón y que limpiase toda la zona de hombres de rojo.

Los hombres de Sverker estaban tan excitados que descubrieron demasiado tarde el estruendo de los jinetes vestidos de azul que se abalanzaban sobre ellos, rodilla contra rodilla con las lanzas bajadas. Los Folkung arrasaron todo lo que encontraron por su camino al entrar en Älgarås.

En un rincón del patio había un pequeño grupo apiñado de señores, al frente del cual se encontraba el príncipe Erik. Los jinetes pesados que habían encabezado la incursión se apartaron y detrás de ellos atacó el escuadrón dirigido por Sigfrid Erlingsson. La mayoría de los Sverker y de los daneses fugitivos fueron cazados a la salida de los muros por Bengt Elinsson y su escuadrón de jinetes ligeros. No capturaron prisioneros. Pocos enemigos escaparon, entre ellos Ebbe Sunesson.

El príncipe Erik era el único superviviente de los hermanos y con más de una herida. En todas partes en el patio había Folkung muertos, jóvenes y viejos. También siervos domésticos y animales habían sido sacrificados.

El príncipe Erik tuvo un gesto de grandeza en ese momento de tristeza. A pesar de que se tambaleaba de cansancio y de que le sangraba la cara, las manos y uno de los muslos, mantuvo una breve conversación en susurros con Arn mientras seguía jadeando. Luego limpió su espada ensangrentada, llamó a los tres mandos de escuadrón, Sune, Sigfrid y Bengt, y a sus hombres más próximos: Sigurd, que antes se llamaba Sigge, Oddvar, que antes se llamaba Orm, y a Emund Jönsson, hijo de Ulvhilde. Les ordenó que se arrodillaran y, como nuevo rey de los svear y los godos, los nombró caballeros.

Ellos fueron los primeros en ser nombrados caballeros en el nuevo reino que estaba en camino.

## XII

Los jinetes que habían salido de Forsvik tardaron toda una semana en volver. Habían tenido mucho que limpiar después de la batalla en Älgarås, donde más de noventa daneses y Sverker fueron enterrados en un hoyo y toda la gente asesinada de la casa fue llevada a la iglesia para un entierro cristiano.

Dos de los de Forsvik habían caído en la lucha y cuatro habían sido malheridos, dos de los cuales con tanta gravedad que Arn no se responsabilizó de llevarlos de vuelta a Forsvik para curarles las heridas. Ibrahim y Yussuf ya no estaban allí cuando más los necesitarían. En el único pergamino que logró encontrar en Älgarås, Arn, en su nombre como caballero del Temple, escribió una breve misiva con una súplica fervorosa a los hermanos sanjuanistas en Eskilstuna y envió a los dos heridos en un carro hasta Örebro para seguir más tranquilamente en barco por el lago Hjälmaren, hasta el hospital de los sanjuanistas.

Los dos caídos de Forsvik fueron amortajados en mantos Folkung y enviados a sus parientes.

Dado que muchos de los de Forsvik habían acompañado a sus parientes muertos o heridos, su fuerza parecía disminuida hasta la mitad cuando volvieron. Y a juzgar por las caras del príncipe Erik y de Arn, no traían buenas nuevas al entrar en el patio, donde ya sonaba la alarma desde que los jinetes habían sido divisados a lo lejos. La reina viuda Cecilia Blanka estaba entre los primeros que ansiosamente recibieron a los que regresaban, y el príncipe Erik y Arn le trajeron la más triste de las noticias. Tres de sus hijos habían sido asesinados en un mismo día; estaban amortajados en un carro al final del grupo de jinetes.

Cecilia Blanka empalideció y cayó al suelo, balanceándose durante mucho rato en silencio y rascando la tierra hasta que empezaron a sangrarle las uñas. Finalmente soltó un grito de pena que se clavó como un puñal en los corazones de todos los presentes. El príncipe Erik la llevó a la iglesia y se quedó mucho rato con ella.

Arn ordenó que cuidasen de los caballos y las armas y colocasen a los tres hijos

de los Erik en los cuartos frescos donde habitualmente se guardaba la carne. Tal vez no era un lugar muy honorable para príncipes caídos, pero ya habían empezado a oler y deberían ser enterrados cuanto antes.

Se llevó a su Cecilia al dormitorio propio, cerró la puerta tras de sí y le explicó rápidamente y, a los ojos de Cecilia, de manera muy fría, todo lo sucedido. Tres infantes reales habían sido asesinados por la gente de Sverker. Los de Forsvik habían atrapado a casi todos los cien Sverker, sólo unos cuantos habían escapado. Por tanto, ya había llegado la guerra a las tierras de Gota, aunque las batallas tardarían algún tiempo en comenzar. Ahora se trataba de enterrar a los hermanos del príncipe Erik. Arn sugirió la iglesia del convento de Riseberga, puesto que era el convento más cercano y un viaje a Varnhem sería peligroso y demasiado largo y caluroso para los que ya llevaban una semana muertos.

A Cecilia le costó responder a la sugerencia de Arn, ya que se sentía confundida al verlo tan diferente. Sus ojos se habían estrechado y se habían vuelto más fríos, y hablaba tajante y duramente. Después de un rato comprendió que ése era otro Arn, un Arn al que no conocía; no era su amado y dulce esposo o el padre de Alde, era el guerrero de Tierra Santa.

Igual de cambiado le pareció el príncipe Erik cuando, rodeando los hombros de su madre con el brazo, se acercó y se la entregó a Cecilia sin mediar palabra como si fuese un niño. Luego se apartó de inmediato con Arn para comentar con breves palabras cómo y cuándo cabalgarían a Riseberga.

El mismo día salió el cortejo fúnebre de Forsvik. La mayoría de los jóvenes que habían participado en el combate de Älgarås pudieron quedarse en Forsvik. La animada charla producto de haber participado y vencido en la primera batalla con armas reales, según Arn, sería poco apropiada para un entierro. En su lugar salieron con armas reales tres escuadrones de los que se habían quedado en casa cuando se fueron a Älgarås. Pero los seis que fueron armados caballeros por Erik tuvieron que salir, puesto que se lo exigía su honor de caballeros.

Los tres infantes fueron enterrados en Riseberga y una gran suma de plata fue donada para plegarias, dinero que el príncipe Erik pidió prestado a Arn y Cecilia Rosa. Cecilia Blanka, la madre de los tres infantes muertos, se quedó en el convento cuando el cortejo fúnebre regresó a Forsvik. Por cuánto tiempo, si para siempre o por una breve temporada, no lo sabía ni ella ni nadie.

Aquel otoño e invierno muchos jinetes de los Folkung y de los Erik viajaron a todos los puntos cardinales. El príncipe Erik cabalgó hasta Noruega para solicitar guerreros, Eskil y su hijo Torgils, al igual que Arn y Magnus Månesköld, hicieron un largo viaje por Svealand, donde las noticias de los abyectos asesinatos de los infantes despertaron gran furia. De alguna manera, los svear consideraban la casa de los Erik como su casa real. Las reliquias de san Erik, el abuelo del príncipe Erik, se llevaban cada primavera por los campos de la región de Uppland para traer buena cosecha. En el concilio de procuradores en las piedras de Mora, a las afueras de Aros Oriental, los

svear ya manifestaron su intención unánime de tomar las armas inmediatamente. Los Folkung del sur lograron detenerlos, puesto que un ejército de svear necesitaría para hacer justicia a su bravura mejor punto de apoyo que el barro otoñal, como Arn cuidadosamente expuso. Lo que había visto de los guerreros svear en el concilio no le hizo creer que lograsen mucho contra los jinetes daneses. Después de hablar mucho y de forma muy ruidosa, finalmente quedaron de acuerdo en que los svear irían todos a Götaland Oriental para reunirse en Bjälbo en la primavera, entre Santa Gertrudis y la Anunciación de Nuestra Señora.

De camino a casa, los Folkung se detuvieron en Eskilstuna, donde Arn se vistió de caballero del Temple y fue a visitar el hospital de los sanjuanistas. Si había tenido la esperanza de encontrar algunos caballeros de la orden sanjuanista en Eskilstuna, se decepcionó rápidamente. Los hermanos se dedicaban exclusivamente a cuidar a los enfermos y en seguida perdió la esperanza de encontrar refuerzos por parte de los que eran los mejores guerreros del mundo junto con los templarios. Sin embargo, los hermanos lo recibieron muy cortésmente. Habían realizado un buen trabajo, casi como si fuesen sarracenos, con los dos jóvenes heridos, con lo que ambos estarían sentados encima del caballo para la primavera.

Después del Año Nuevo, en Arnäs habían convocado el concilio del linaje y allí también acudió el príncipe Erik a su regreso de Noruega. Este viaje supuso una gran decepción, puesto que los noruegos estaban muy ocupados con su propia guerra. Sin embargo, llegó con saludos de Harald Øysteinsson, quien ya era canciller con los Birkebein en Nidaros y al que le habían otorgado grandes fincas como feudo. Harald le había prometido que, en cuanto hubiese vencido, él y sus parientes irían gustosamente a socorrer a los Folkung y a los Erik; promesa, por otra parte, de un valor muy inseguro.

Antes del concilio, el príncipe Erik, quien no había visitado Arnäs en años, dio una vuelta por los muros en compañía de Arn. Rebosaba de elogios sobre la enorme fuerza que veía en el castillo, aunque esa fuerza le hacía sentirse algo consternado, dijo. Cuando Arn le preguntó abiertamente a qué se refería, respondió que el ojo no se podía confundir al ver la forma en que Arnäs había crecido. Lo que se veía era que la fuerza de los Folkung era mucho mayor que la de los demás. Y más aún teniendo en cuenta a los jinetes, educados en Forsvik, esos que con facilidad habían vencido en Älgarås contra un enemigo dos veces más numeroso. Así que, ¿quién era él, el príncipe Erik, el primero entre los mucho más débiles Erik, para creer que luciría la corona de su padre?

Arn no tomó muy en serio esas preocupaciones y bromeó diciendo que, si se buscara un buen mariscal, tendría menos problemas. Erik no entendió la broma en absoluto y respondió casi con ira que ya pensaba que Arn era su mariscal.

—Eso es —rió Arn, y puso su mano sobre el robusto hombro del príncipe Erik—. ¿No habrás olvidado lo que nos juramos en el lecho de muerte de tu padre? Yo soy tu mariscal. Para mí ya eres rey, también lo he jurado.



—¿Y por qué los Folkung no os hacéis ya con el poder, cuando lo tenéis tan a mano? —inquirió, todavía intranquilo.

—Por dos razones —respondió Arn—. Primero, porque todos hemos jurado luchar por tu corona, y los Folkung se toman muy en serio un juramento. Y segundo porque tú tienes a tu lado a los svear, nosotros no. Sus hachas y su escasa caballería tal vez no asusten a muchos daneses, pero no dudo de su valentía y además son muchos.

—¿Así que si no tuviese a los svear a mi lado...? —preguntó Erik, vacilante y alzando las manos con desespero.

—Igualmente mantendríamos nuestro juramento y tú serías rey. Pero no sería tan seguro quién te sucedería, tal vez Birger Magnusson.

—¿El joven Birger, hijo de tu hijo Magnus Månesköld?

—Sí, es el más valiente de los hermanos en Ulvåsa y tiene una mente aguda. Pero ¿por qué preocuparse de una época que vendrá mucho después de la nuestra? El futuro está en manos del Señor y por el momento tenemos una guerra que ganar. Eso debería ser lo primero.

—¿Y venceremos esa guerra?

—Sí, con total seguridad. Con la ayuda de Dios. La cuestión es qué ocurrirá luego. Sverker no tiene un ejército fuerte con el que contar, a ése lo venceremos en primavera, incluso los svear lo harían. Si él cayese en la lucha, la guerra habría terminado. Si lograra huir hasta Dinamarca, en poco tiempo tendríamos aquí a Valdemar *el Victorioso*. Y eso significaría que tendríamos que esforzarnos un poco más.

—O sea que lo mejor sería matar a Sverker en primavera, ¿no es así?

—Sí, ésa es mi opinión. Es la única manera segura de impedir que vaya en busca de los daneses.

La primera guerra contra el rey Sverker fue poca cosa. En la primavera del año 1206, una horda vociferante de svear bajó a Götaland Oriental y amenazaron con saquear Linköping si el rey Sverker no se enfrentaba a ellos en el campo de batalla. Mientras esperaban se bebieron toda la cerveza que encontraron en la ciudad, pero la respetaron en todo lo demás.

El rey Sverker, sus hombres más próximos y su guardia huyeron de Näs y se fueron derechos a Dinamarca, y los svear tuvieron que regresar a casa sin haber dado ni un solo golpe. El rey había dejado a su hija Helena en el convento de Vreta, encerrada entre los familiares.

Entonces el príncipe Erik se trasladó a Näs, al hogar de su infancia, con su madre y parientes, y a partir de ese momento se hizo llamar rey Erik, puesto que tanto los svear como los Folkung lo habían reconocido como tal. Arn habría preferido que el rey buscara protección en Arnäs, pero envió a Näs tres escuadrones de jóvenes jinetes Folkung para la guardia real.

Porque ahora ya no sería cuestión de si volvía el ejército danés, sino de cuándo lo

haría. De momento estaba seguro el frágil reino del rey Erik, puesto que Valdemar *el Victorioso* estaba ocupado con unas nuevas cruzadas; saqueó las islas Dagö y Ösel de Livland, en donde mató a muchos paganos o insuficientemente cristianos y llevó mucha plata a Dinamarca.

En las forjas de armas de Forsvik trabajaron día y noche, los fuegos se apagaban únicamente el día de descanso consagrado a Dios. El joven Birger Magnusson empezó aquel año en la promoción más grande de jóvenes Folkung que jamás había acogido Forsvik. También construyeron nuevas casas, entre ellas una propia para los seis caballeros armados por el rey Erik después de la victoria en Älgarås. Y como regalo con retraso del rey los seis recibieron unas espuelas de oro. En su sala habían colgado escudos daneses y de Sverker, tomados en su primera victoria.

Sólo muy adelantado el otoño del año 1207, después de la llegada de la primera nieve, llegó la noticia de que un gran ejército enemigo subía desde Escania. No lo capitaneaba el propio rey Valdemar *el Victorioso*, tal vez porque no quería ofender a su rey títere Sverker, pero envió a sus mejores capitanes, entre los que se encontraban Ebbe Sunesson y sus hermanos Lars, Jacob y Peder. Y con ellos doce mil hombres, el ejército más poderoso que jamás se había dejado ver por el Norte.

Arn envió un mensaje a los Folkung y a los Erik para que se reunieran en dos castillos, el de Arnäs y el de Bjälbo, que era más bien una casa fortificada que un verdadero castillo. Después se preparó para ir al inmediato encuentro del enemigo con cuatro escuadrones ligeros de Forsvik.

Cecilia sintió temor y sorpresa ante la obvia emoción de Arn. No podía comprender la alegría de ir al encuentro de un enemigo inmensamente superior con sólo sesenta y cuatro hombres jóvenes. Arn intentó tomarse su tiempo para hablar con Alde y con ella la última noche antes de marcharse. Les aseguró a las dos que no era su intención ir a la guerra de verdad, pero por alguna razón difícil de comprender los daneses habían elegido llegar en invierno, y eso hacía sus caballos pesados aún más lentos. Los jinetes daneses no alcanzarían jamás a los de Forsvik, sería como pasarles volando a una distancia segura, pero habría que informarse sobre sus intenciones, sus armas y su cantidad.

Lo que les decía a Cecilia y a Alde era cierto, aunque estaba lejos de ser toda la verdad.

Al sur de Skara, el grupo de jinetes de Arn divisó por primera vez al enemigo. Faltaban algunas semanas para Navidad y la tierra estaba cubierta de nieve pero no hacía mucho frío todavía. Los hombres de Forsvik no habían tenido que ponerse la ropa pesada que usaban en invierno, con gruesas capas de fieltro envolviendo el acero y el hierro. Cabalgaron en dirección contraria y maliciosamente cerca de las filas danesas, en parte para poder contar al enemigo y también para ver dónde sería preferible empezar el ataque. Los daneses enviaron de vez en cuando un grupo de jinetes pesados con lanzas hacia ellos, pero los esquivaron con facilidad. Vieron que el rey Sverker y el arzobispo Valerius se encontraban en el centro de las tropas

rodeados por una gran fuerza de jinetes con muchas banderas. Arn juzgó que un ataque al rey no daría resultado; las bajas propias serían demasiado elevadas y no podrían estar seguros de acabar con él. Además, la mayoría de los hombres jóvenes de Arn no habían participado nunca en una batalla y, por tanto, deberían permitirles vencer un par de veces en unos ataques ligeros antes de ordenarles poner sus vidas en juego.

A una hora de camino a lo largo del ejército había objetivos más fáciles. Allí llevaban la mayor parte de los víveres y forraje en unos pesados carros arrastrados por bueyes en el lodo producido por todos los jinetes que habían pasado primero. No habría sido difícil cargar contra las bestias de tiro y matar a muchas de ellas y además incendiar el forraje para retrasar considerablemente al ejército enemigo.

Sin embargo, no era un asunto urgente y además había una oportunidad excelente para enseñar a los jovencitos un poco más acerca de la guerra en general, porque en lo particular y para la protección de sus vidas confiaba en que todos los de Forsvik sabían lo suficiente. Arn retiró a sus jinetes para pasar la noche en un pueblo lo bastante alejado del ejército danés sin disparar una sola flecha ni realizar un solo ataque intimidatorio. Trataron bien a la población y sólo tomaron lo que necesitaron para cenar, y no golpearon ni hirieron a los que se quejaron.

Arn utilizó la tarde y la noche para describir la forma en que destrozaban las provisiones de los daneses, lo cual de momento no serviría de nada, ya que las filas del enemigo estaban a las puertas de la ciudad de Skara. Si entrasen en ella hambrientos y furiosos, sin forraje para los caballos, no sería bueno para sus habitantes. Pero tal y como estaban las cosas no sabían exactamente adónde se dirigirían Sverker y sus daneses después de Skara. Arn suponía que la razón de acudir allí en invierno había sido que querían llegar hasta el lago Vättern cuando éste se helara para poder retomar el castillo de Näs para Sverker. Con ello ciertamente no lograrían gran cosa, pero a veces los reyes actuaban de un modo un poco infantil. Si Sverker estuviese otra vez en Näs, se sentiría de nuevo como un rey. ¿Pero qué haría para mantener unas tropas danesas tan numerosas en la isla de Visingsö? Y si no pudiese mantenerlas allí, ¿qué harían entonces?

Arn se reía y estaba de buen humor, en parte para infundirles ánimos a sus jóvenes e inexpertos guerreros. Entendía muy bien cómo se sentían al pasar cabalgando frente a un ejército trescientas veces mayor. No obstante, al día siguiente su autoestima estaría más alta.

Después del buen descanso de una larga noche, dado que los días eran muy cortos en esa época del año, Arn les dijo que entrarían en combate, no contra los bueyes y los víveres, sino contra los mejores jinetes de los daneses que sin duda cabalgarían al frente. La razón era simple: enseñarían al danés que el que persiguiese a un enemigo más rápido no regresaría con vida.

Todo salió según lo planeado la primera vez que realizaron este sencillo plan. Arn marchó con sólo un escuadrón hacia la vanguardia del ejército enemigo, donde

ondeaban muchas banderas y había una buena cantidad de caballería pesada. Los daneses no daban crédito a sus ojos al contemplar cómo sólo dieciséis hombres iban acercándose cada vez más a su vanguardia. Finalmente estuvieron tan cerca que los jinetes podían insultarse los unos a los otros. Entonces Arn se quitó el arco, tranquilamente le puso la cuerda, fijó el carcaj en la cadera como si pensase quedarse allí mucho rato, colocó una flecha en el arco y apuntó hacia el primero de los abanderados, que en seguida alzó su escudo. De repente cambió de objetivo y abatió a un hombre un poco más atrás, que estaba sentado, boquiabierto y atónito, encima de su caballo sin pensar en protegerse. Sólo entonces los daneses alzaron sus escudos y furiosas órdenes resonaron entre el grupo de cabeza mientras cincuenta jinetes pesados se reunían para llevar a cabo un ataque en línea. Arn se rió burlonamente a mandíbula batiente y ordenó a sus hombres que colocasen una flecha en el arco.

Ciertamente, eso fue demasiado para los daneses, que atacaron de inmediato con las lanzas bajadas y la nieve salpicando alrededor de los cascos de sus pesados caballos. Los dieciséis Folkung y Arn volvieron sus caballos casi con indolencia y se dirigieron hacia el bosquecillo más próximo con los perseguidores a la distancia de sólo unas lanzas, una distancia que era muy importante mantener.

Desde el ejército danés se oyeron las risas triunfales cuando vieron huir al enemigo hacia el bosque de modo tan miserable.

Pero desde el bosque no volvió ni uno solo de los jinetes daneses, porque allí los estaban esperando tres escuadrones de jinetes ligeros que, acercándose mucho, dispararon sus flechas y luego abatieron a los últimos con las espadas.

Al segundo intento, los daneses no cayeron en esa trampa, ya que no se atrevieron a continuar la persecución del enemigo burlón. Pero el ejército ya llevaba retraso al haber perdido a sus jinetes pesados, puesto que solían ser jóvenes nobles y, al contrario que con los soldados de a pie, habría que cuidar de ellos después de muertos. Naturalmente estaban deseosos de venganza, pero como viajaban con los caballeros por delante, no tenían soldados de infantería en esa parte a causa de la profunda nieve. Y sus caballos no lograban alcanzar a los más ligeros y veloces de Forsvik.

Al día siguiente, Arn se acercó a la cabeza del ejército danés con sus sesenta y cuatro jinetes. Había elegido un lugar donde el paisaje se abría entre dos colinas altas y la vista alcanzaba en todas las direcciones, de modo que los daneses no sospecharían una emboscada.

Silenciosamente, los de Forsvik se fueron acercando para estar seguros de acertar con sus flechas. Pero esta vez no apuntarían a los jinetes vestidos de acero ni a sus escudos, sino a sus caballos. Cada caballo tocado casi seguro que sería un caballo muerto y un jinete a pie, especialmente si la flecha había alcanzado el vientre del caballo. Los daneses habían renunciado a cabalgar con las protecciones de malla en los caballos a causa de la pésima consistencia del terreno.

La embestida de los de Forsvik despertó una nueva ola de ira entre los daneses,

que colocaron a cien lanceros en línea, listos para atacar.

Al parecer, esto asustó e hizo dudar a los de Forsvik, que se volvieron para huir, y entonces los daneses se lanzaron a un ataque de inmediato. Así se alejaron por la nieve más y más del ejército danés, hasta que los pesados perseguidores empezaron a quedarse atrás con la mayor parte de las fuerzas de jinetes y monturas consumidas. De repente, Arn dio media vuelta a toda su tropa fugitiva, la dividió en dos grupos que rodearon a los caballeros daneses y los asaltaron con aquellas flechas que atravesaban las cotas de malla. Tuvieron tiempo de matar a casi todos los caballeros o de malherirlos con sus espadas antes de que de nuevo tuvieran que huir de los refuerzos enviados del ejército. Pero esta vez no lograron engañar a los perseguidores.

Estaba deshelando y la nieve mojada que llegaba hasta las rodillas era una bendición para los de Forsvik y una maldición para los daneses.

Los días siguientes el enemigo redujo sensiblemente sus ataques a la caballería de Forsvik. No se realizaron grandes hazañas en ninguno de los bandos, cosa que según Arn tampoco era la intención.

Los daneses se quedaron poco tiempo en Skara y no la saquearon con mucha intensidad al marcharse hacia el sureste. Ni siquiera se molestaron en asediar la fortaleza de Axevalla, lo cual era una información decisiva, pues realmente tenían la intención de ir hacia el lago Vättern y a Näs. En ese camino estaba la fortaleza de Lena, que Birger Brosa, ciertamente con muchas reticencias, había construido aconsejado por Arn. Los daneses deberían o bien tomar o bien asediar esa fortaleza para asegurarse el camino hacia Näs. Por consiguiente, la batalla real tendría lugar en las cercanías de Lena. Allí se juntarían para intentar preparar una trampa para todo el ejército danés. Arn envió cuatro jinetes a Arnäs y a Bjälbo para informar a todos los svear y los godos de que se reuniesen en Lena.

Con ello le tocaría ahora a la caballería de Forsvik retrasar al ejército danés para que las fuerzas propias tuviesen tiempo de reunirse. Además, se encontraban a varios días de distancia a caballo de Skara.

La primera vez que los de Forsvik usaron la nueva manera de atacar, mataron a más de cien de los bueyes y al resto de los animales de arrastre, y quemaron la mayor parte del forraje en la retaguardia de las tropas danesas. Luego cortaron la línea de comunicaciones más atrás, de manera que todos los que fueron enviados a pie de regreso a Skara en busca de más animales desaparecieron y jamás fueron vistos de nuevo.

Cuando mandaron a los jinetes pesados a la retaguardia para proteger las caravanas que regresarían con nuevos víveres y animales de tiro, Arn movió de inmediato su grupo hacia la cabeza y empezaron a hacer sufrir a los abanderados atacándolos de cerca a ellos o a sus caballos. Los daneses ya no se atrevían a perseguir a sus hostigadores.

Cada tres días, Arn enviaba a Forsvik un escuadrón para que se cuidaran de sus

heridas y sus jaeces, afilaran las armas y descansaran mientras otro escuadrón entraba de servicio. Lo más importante que lograron los de Forsvik durante esas semanas fue hacer sufrir a los daneses, retrasarlos y volverlos locos de ganas de usar sus tropas en una batalla decisiva. El frío era cada día más intenso y eso hacía que los daneses estuvieran ansiosos por entrar en combate con todas sus fuerzas o bien cruzar los hielos del Vättern y llegar hasta Näs.

Porque las noches ya eran insufribles para ellos y la nieve incluso acallaba al enemigo que se acercaba a caballo. El que salía de su tienda por la noche para colocarse cerca de la hoguera, ciertamente sentía la bendición del calor, pero también quedaba cegado por la luz del fuego y no podía ver de dónde procedían las repentinas flechas. Todas las noches, los de Forsvik se acercaban con sus arcos, bien abrigados contra el frío.

Cuando los daneses llegaron a un día de la fortaleza de Lena, de repente habían desaparecido sus hostigadores azules, pero las pisadas en la nieve indicaban claramente hacia la fortaleza, bien conocida por Sverker y sus hombres. Al parecer, los svear y los godos se estaban preparando por fin para luchar honrosamente como hombres.

Y ciertamente así era. Todo el ejército de los svear, tres mil soldados de infantería y todos los jinetes Folkung estaban reunidos en Lena.

Pero una cosa igualmente importante era que desde todas las fincas habían llegado en masa siervos y mozos, labradores, arrendatarios y herreros, y hasta la servidumbre. La mayoría llevaban sus arcos largos y cinco flechas, pero todo el que lo necesitaba podía cambiar la cuerda o incluso obtener un nuevo arco o nuevas flechas. Más de tres mil hombres llanos se habían reunido en Lena.

La caballería de Forsvik constaba de unos ciento cincuenta, la tercera parte de los cuales eran jinetes pesados y el resto ligeros. También figuraban doscientos ballesteros de Arnäs, Bjälbo y de las demás casas Folkung, así como cien hombres con lanzas largas a caballo y escudos gigantes cubiertos de acero.

Cuando el ejército danés se acercó a Lena, se colocaron en el valle a los pies de la montaña de Högstenaberget los Folkung, los svear y los pocos Erik que habían logrado adelantarse a los daneses. En primera fila se situaron los jinetes pesados, principalmente para engañar a los daneses e inducirlos a un ataque aparentemente fácil. En la segunda fila estaba la caballería ligera y, tras ellos, un muro de escudos y largas lanzas de caballería. Sólo a unos pasos detrás de la línea de escudos esperaban los doscientos ballesteros y, tras ellos, toda la infantería compuesta por la muchedumbre vociferante y belicosa de los salvajes svear de Uppland y de otras regiones.

En la parte posterior estaban los más de tres mil tiradores con arco largo. Ellos serían la clave de la victoria o de la derrota.

Arn se había llevado al rey Erik y a dos escuadrones de jinetes propios para ir al encuentro de los daneses y hacerlos girar en la dirección correcta. Con el rey Erik

cabalgaba su confaloniero, y las tres coronas doradas contra el fondo azul se veían a lo lejos, en la nítida mañana fría de invierno. Fue una invitación a los daneses para hacerles comprender que al fin se enfrentarían con el enemigo en una batalla decisiva.

No tuvieron que esperar mucho para lograr lo que querían, que los daneses se colocaran en la parte superior del valle para lanzarse hacia abajo en el primer ataque aplastante de la caballería pesada. Se mostraban muy satisfechos de que el enemigo al parecer no comprendiese la desventaja de ofrecerles un ataque cuesta abajo. El lugar de la batalla ya estaba decidido, pero los daneses aún tardarían unas horas en situar a todas sus tropas.

Arn y el rey Erik regresaron con su propio ejército, y juntos fueron a hablar con sus hombres para armarlos de valor, puesto que todos pudieron ver que lo que allá arriba se estaba reuniendo era una fuerza enormemente superior. Una y otra vez intentaron grabar en las mentes de sus hombres que, si todos actuaban como estaba planeado, se podría vencer más de prisa de lo que nadie habría imaginado. Pero no podían rendirse a la desesperación o perder la esperanza, ya que eso no solamente sería un gran pecado, sino que además supondría media derrota.

Informaron a la línea de lanceros con los grandes escudos cuadrados para los caballos de que cada hombre debía quedarse en su puesto. Si uno solo empezaba a correr cuando la tierra retumbase a causa de la carga de la caballería, se abriría una brecha que los jinetes atacantes verían desde lejos, y eso sería justo lo que esperaban para poder penetrar. Sin embargo, si todos se quedaban en sus puestos, no penetrarían, así de sencillo.

A los ballesteros les decían una y otra vez que no se pusiesen de pie hasta que los enemigos estuviesen tan cerca que pudiesen mirarlos a los ojos. Entonces, pero no antes, debían apuntar y disparar. Quien disparase sin apuntar solamente habría perdido su flecha, pero si todos hacían lo que debían, más de cien jinetes caerían ante las lanzas y bloquearían el paso a todos los jinetes que llegasen detrás, si es que se atrevían a seguir.

Sin embargo, no era fácil intentar razonar con el ejército de los svear; esos salvajes parecían arder de impaciencia por salir cuanto antes al campo de batalla y ser abatidos.

En cambio había que decir cosas importantes a los tiradores de arco largo, que estaban detrás de todos y eran el grupo más numeroso del ejército. Arn les explicó que ellos eran los que debían asegurar la victoria, ellos y nadie más. Si cada hombre hacía lo que había estado ensayando, saldrían victoriosos del combate; si no, todos morirían en Lena.

Cuando el rey Erik y Arn habían hablado ya con tantos tiradores de arco largo que se les había quedado la boca seca, notaron agitación en el ejército danés, como si se estuviesen preparando para atacar. Un pesado silencio cayó sobre el campo de batalla y todos rezaron a Dios y a los santos por la victoria y por sobrevivir. Los daneses ya

sentían la victoria a su alcance, puesto que desde su elevado punto de observación vieron que el ejército del enemigo era una tercera parte del suyo y que se enfrentarían a menos de una tercera parte de los jinetes.

Las caras de los godos, los Erik y los Folkung empalidecieron, mientras que los svear, al parecer, estaban cada vez más impacientes por comenzar.

Arn se acercó a los arcos largos y pidió a uno de los tiradores más seguros, que conocía de un pueblo cercano a Arnäs, que disparara una flecha trazadora con plumas rojas en la altura y dirección dispuesta para todos.

Una solitaria flecha voló largo y alto por el campo de batalla y cayó más o menos en medio, entre las dos huestes. Se oyeron risotadas burlonas desde arriba de las filas de los daneses, que seguramente pensaron que algún tirador asustado habría perdido la razón. Así pues, nunca se habían encontrado con arcos largos. Arn suspiró profundamente aliviado y rezó sus últimas oraciones.

Cuando se pusieron en movimiento los pesados jinetes daneses se oyó un tremendo ruido de miles y miles de cascos de caballos por la nieve. Arn pensó que habría sido mucho más espeluznante si la tierra hubiese estado dura y sin nieve, ya que el tronar entonces habría resultado ensordecedor. Pero aun sin ese estruendo de jinetes pesados que atacaban, era un enorme muro de muerte y acero lo que ahora fluía por la pendiente.

Arn estaba montado en su caballo en una colina, por encima de los arcos largos, y ordenó que todos colocasen la primera flecha, tensasen y apuntasen tal y como habían aprendido, a mitad de camino entre el cielo y la tierra. Se produjo un ruido áspero cuando se tensaron los tres mil arcos.

El tintineo de armas y el estruendo de los cascos de los caballos por la nieve se oyó cada vez más cerca, y Arn se dio cuenta de que la nieve que se arremolinaba en una nube blanca creciente les sería ventajosa. Miró fijamente la flecha lejana con las plumas rojas y el muro de jinetes que se iba acercando a ella. Alzó la mano y profirió un grito tremendo ordenando que todos debían esperar... un poco más...

—¡Ahooooora! —bramó con todas sus fuerzas mientras bajaba de golpe el brazo alzado.

Y entonces el campo de batalla se oscureció por una gran nube negra que primero se alzó y luego descendió contra los jinetes atacantes y el aire silbaba y resonaba como si miles de grullas hubiesen alzado el vuelo al mismo tiempo.

Cuando la primera descarga de flechas cayó encima del ejército asaltante de los daneses era como si, desde las alturas, los hubiese golpeado el puño de hierro de Dios. Cientos de caballos se desplomaron chillando y pataleando entre grandes nubes de nieve que cegaban a los que llegaban detrás, de modo que muchos cayeron sin ser tocados. Y ya volvía a caer otra nube negra de flechas.

Una estrecha fila de jinetes daneses había logrado pasar por debajo de la lluvia mortal de flechas y continuaba hacia adelante a igual velocidad. No entendieron que sólo eran la pequeña parte que quedaba de las propias fuerzas.



Arn envió la tercera y última descarga de flechas de arco largo hacia la infantería, que llegaba corriendo detrás de sus jinetes, y luego se apresuró a llegar hasta los ballesteros y ordenó a todos los jinetes, ligeros y pesados, que se apartasen hacia los lados sin demora para que no estuviesen en medio.

Colocó su caballo en medio de los ballesteros y les gritó a ellos y a los lanceros a caballo que ya tenían la victoria al alcance de la mano si sabían esperar el momento preciso. Ordenó a los tiradores que se levantasen y apuntasen y alzó la mano.

A la distancia de veinte metros, casi todos de los últimos cien jinetes daneses cayeron al suelo. Alguno que otro seguía arrastrándose por la nieve y en seguida fue atravesado por una lanza.

La caballería indemne de los Folkung atacó entonces y surcó como un arado las destrozadas huestes danesas, y alcanzó rápidamente a los soldados que huían a pie.

No hizo falta dar órdenes a los svear porque ya se lanzaban hacha en ristre profiriendo terribles gritos de guerra. Arn tuvo que echarse a un lado para no ser abatido por unos svear y se acercó al rey Erik, que se encontraba con un escuadrón de jinetes ligeros de Forsvik en una colina, contemplando el campo de batalla.

—¿Querrá Dios darnos la victoria en el día de hoy? —jadeó el rey Erik cuando Arn se situó junto a él.

—Ya nos la ha dado, pero los Sverker y los daneses aún no lo saben, porque no lo pueden ver a causa de los torbellinos de nieve.

Arn hizo llamar a sus jinetes ligeros del campo de batalla y los alineó cerca del lugar desde el que estaban contemplando la batalla que más parecía una matanza que una guerra. Los svear arrasaban sin piedad allí abajo y ese tipo de lucha les iba inesperadamente bien, con enemigos a pie, la mayoría ya muertos o heridos, y además sobre nieve y barro.

Había llegado la hora de afianzar la victoria. Arn se llevó al rey Erik, su bandera y a todos los jinetes ligeros de Forsvik pasando por la colina desde la que habían salido los daneses. Allí dividió las fuerzas en dos grupos y ordenó a los caballeros Oddvar y Emund Jonson que con sus hombres rodearan y cortaran el camino de retirada al real juego de banderas danés que se divisaba en la distancia.

Al parecer, el rey Sverker y sus hombres aún no se habían dado cuenta de lo sucedido, porque cuando Arn, el rey Erik y su confaloniero se iban acercando lentamente, luciendo tanto el estandarte de las tres coronas como el león Folkung, los daneses no daban crédito a sus ojos. Y al mirar inquietos a su alrededor comprendieron que estaban rodeados.

Los vencedores se tomaban su tiempo e iban acercándose al trote lento hacia el rey Sverker y sus hombres, entre los que reconocieron al arzobispo Valerius y al mariscal Ebbe Sunesson, así como a algunos otros que habían estado en Näs.

Cuando el anillo de jinetes Folkung se hubo cerrado por completo alrededor de Sverker y de sus hombres, los daneses buscaron auxilio con la mirada en el campo de batalla. Desde allá abajo se oían gritos de hombres moribundos y relinchos de

caballos. El rey Erik y Arn se acercaron hasta la distancia de dos lanzas antes de hablar. El rey Erik fue quien habló primero; lo hizo con calma y gran dignidad.

—Ahora, Sverker, se acabó esta guerra —empezó—. Tú eres mío por suerte o por desgracia y tengo tu vida en mis manos como la de un pajarito. Lo mismo vale para estos hombres tuyos. Todos los demás están muertos o pronto lo estarán, eso es lo que oyes desde allá abajo. Dime, ¿qué habrías hecho si hubieses estado en mi lugar?

—Quien mate a un rey será excomulgado —respondió el rey Sverker con la boca seca.

—¿Así que opinas que Dios está de tu lado? —repuso el rey Erik con una sonrisa curiosa—. Entonces te ha mostrado su misericordia de una manera muy extraña en el día de hoy. Cobardemente viniste a nosotros con un ejército extranjero y *Dios te pagó según tus méritos*. Pero ahora te diré las conclusiones a las que he llegado, y Dios sabe que he reflexionado mucho sobre qué hacer cuando llegase el momento. Tu padre mató a mi abuelo. Mi padre luego mató a tu padre. Dejémoslo ahí. Dame por voluntad propia la corona real que llevas encima del yelmo. Regresa a Dinamarca y no vuelvas jamás a nuestro reino. Llévate a tus hombres y a tu arzobispo, excepto a Ebbe Sunesson, porque él tiene una deuda que pagar. La próxima vez no te perdonaré la vida, lo juro ante todo el mundo y ante Dios.

Para el rey Sverker la elección no era difícil. Sin pensarlo demasiado, se quitó la corona que llevaba sobre el yelmo, cabalgó hasta Erik y se la entregó.

Pero el mariscal Ebbe Sunesson, quien había entendido que su vida no valía gran cosa en ese momento, exigió en voz alta y sin temor poder batirse en duelo, preferiblemente contra el cobarde Folkung que no se había atrevido a enfrentarse con él y a cuyo hermano ya había abatido.

Tanto el rey Erik como los Folkung quedaron atónitos al comprender que el mariscal estaba hablando de Arn Magnusson. Se miraron dudosos los unos a los otros, por si no habían entendido bien.

—Es cierto que tiempo atrás desistí de matarte para vengar que tú, sólo por tu propio placer, hubieses matado a mi hermano —dijo Arn—. Había jurado lealtad a Sverker, pero ahora me ha liberado de ese juramento. Doy gracias a Dios por elegirme a mí para darte la recompensa que mereces.

Y con estas palabras Arn se apartó, blandió su espada y agachó la cabeza en oración y realmente parecía más una acción de gracias que una oración por preservar su vida.

Ebbe Sunesson, que era uno de los pocos que no sabía con quién había elegido enfrentarse en duelo, blandió triunfalmente la espada y galopó hacia Arn. Al instante, su cabeza rodó por la nieve.

Sverker Karlsson, el arzobispo Valerius y algunos hombres más regresaron a Dinamarca. Estaban entre los veinticuatro que volvieron. La fuerza armada enviada por Valdemar *el Victorioso* contra los svear y los godos estaba compuesta inicialmente por más de doce mil hombres. La matanza y el saqueo en Lena

continuaron durante toda la noche a la luz de la luna y prosiguieron al día siguiente.

El rey Erik, retirándose para el invierno a la fortaleza de Näs, había recibido la corona de la propia mano de Sverker. Fue muy sabio por su parte, porque ni siquiera la Iglesia romana negó su derecho a ser el verdadero rey de los svear y los godos.

Sin embargo, también le había perdonado la vida a Sverker Karlsson, aunque la había tenido en sus manos. Había sido un gesto noble y digno de un rey, pero como se demostraría algunos años más tarde, también había sido un gesto poco inteligente.

La victoria en Lena fue la más grande en la memoria del Norte y tuvo muchos padres. Para los Erik, la mayoría de los cuales no habían podido llegar a Lena por estar bloqueados en la parte sur de Götaland Occidental, la victoria era sin duda sólo del rey Erik. Había salido airoso de una prueba difícil y había demostrado ser digno de la corona real.

La mayoría de los Folkung consideraba que lo decisivo había sido su nueva caballería. Y si alguien objetaba que principalmente fueron los arcos largos los que aplastaron a los daneses, los Folkung contestaban que en ese caso habrían sido su servidumbre, sus siervos, sus arrendatarios y sus labradores los que habían cumplido las órdenes de sus señores.

La explicación más curiosa para la maravillosa victoria de Lena, sin embargo, la tuvieron los svear, puesto que en Svealand se divulgaba en aquel tiempo la leyenda de que el dios Odín, después de una larga ausencia, se había dejado ver de nuevo. Muchos luchadores de Svealand dijeron haber visto con sus propios ojos cómo el dios Odín, vestido con un manto azul, salía al campo de batalla delante de los svear, encima de *Sleipner*, su caballo gris.

Esa explicación pagana de los svear acerca del ídolo Odín como padre de la victoria enojó a los obispos de los tres países. Llegaron a Skara y Linköping desde Aros Oriental, Strängnäs y Örebro para predicar al unísono que el Señor, en Su inescrutable misericordia, había regalado la victoria a los svear, a los godos y al rey Erik.

Esta convicción vocinglera de los obispos tuvo la ventaja de que en ese caso el rey Erik habría vencido por voluntad expresa y claramente manifiesta de Dios, por lo que no faltó nadie de entre los obispos en el concilio de Näs que asegurase que Erik ya era el rey indiscutible del reino. Pero cuando les pidió que lo coronasen lo esquivaron diciendo que no podía ser sin un arzobispo. Y quien debía nombrar al nuevo arzobispo después del fugado Valerius sería en tal caso Andreas Sunesson, el nuevo arzobispo danés de Lund. Sin embargo, no se podría esperar ningún apoyo por su parte, puesto que no solamente era un hombre de Valdemar *el Victorioso*, sino que además era el hermano de los generales caídos, Ebbe, Lars, Jacob y Peder. Ebbe Sunesson fue el único que había recibido cristiana sepultura en Dinamarca, no obstante viajó a casa con una cabeza de menos.

El hecho de que Dinamarca tuviese que nombrar al arzobispo de los svear y los godos, ciertamente era una situación irracional y seguramente se arreglaría después

de escribir al Santo Padre de Roma. Eso, empero, no podría hacerse en un santiamén.

Con todo, era una ventaja para el joven rey tener a los obispos de su parte desde el principio. Otra ventaja que para los Folkung conllevaba esa buena voluntad de los obispos era que ya no se oponían a consagrar la iglesia de Forshem al Santo Sepulcro, ya que la iglesia llevaba varios años lista sin servir como casa de Dios. En la consagración, el rey Erik en persona se presentó en Forsvik para honrar a Arn Magnusson, su mariscal y promotor de la construcción de la iglesia.

La amistad entre el rey Erik y Arn se había confirmado. Arn consideró que, en poco tiempo, Erik había dejado de ser un jovencito codicioso de placeres simples, para convertirse en un hombre serio de gran dignidad. Y para Erik, que ya había visto a su mariscal en guerra contra una potencia superior, no había duda de quién era el padre de la victoria. También hizo ese reconocimiento sin la menor reserva ante los seglares en el consejo, aunque tuvo a bien, por la presencia de los obispos, admitir que la victoria les había llegado de manos de Dios.

Arn no se oponía a animar las ideas de los obispos sobre David y Goliat, puesto que toda comparación más o menos ingeniosa por parte del poder eclesiástico reforzaba la certeza de que Erik había vencido por la voluntad de Dios y que, por consiguiente, era quien debía llevar la corona.

Sin embargo, Arn albergaba ciertas dudas en su fuero interno. En su vida anterior había visto demasiadas victorias aparentemente inexplicables o derrotas inesperadas como para estar sinceramente convencido de que Dios se preocupaba por todas las pequeñas luchas de los humanos en la tierra. Según la experiencia de Arn, un mando insensato en un bando era el motivo más común de la victoria del otro bando.

Y los daneses habían sido insensatos en más de una manera, y además, soberbios. Habían subestimado enormemente a su enemigo y habían confiado casi exclusivamente en la caballería pesada, aunque debieron de comprender que encontrarían nieve. Lo peor era, sin embargo, que no habían previsto los arcos largos y, por consiguiente, habían cabalgado directos a la muerte con toda la fuerza agrupada. Tantos errores graves a la vez sólo podían acabar en una derrota.

En calidad de mariscal del reino tenía que prevenir la soberbia. Una victoria tan grande como la de Lena jamás se repetiría si a los daneses se les ocurría volver. Ciertamente tardarían en hacerlo, puesto que reponer la pérdida de un ejército tan numeroso con tantos caballeros, caballos, armas y armaduras tomaría su tiempo.

Después de que los svear hubieron saqueado el campo de batalla de Lena, lo cual duró más de dos días, las armaduras, los jaeces y las flechas recogidos fueron trasladados en quince carros repletos arrastrados por bueyes hasta Forsvik. Sería suficiente como para armar a más de doscientos nuevos jinetes pesados.

Además de esto aprendieron mucho de las armaduras conquistadas. Porque los daneses tenían unas cuantas maneras nuevas de protegerse contra flechas y espadas. Sus yelmos eran más fuertes y con mejor protección para los ojos y poseían muchas cotas de malla que no estaban forjadas con anillas, sino con placas enteras de acero,

como las escamas de un pez, que ni siquiera las finísimas puntas afiladas podían traspasar.

Esa información generó muchas nuevas tareas para los hermanos Wachtian, que copiaron lo mejor de las armaduras danesas e idearon nuevas armas que fueran más potentes que las que ya tenían. Una de esas armas fue el martillo largo con cabeza de martillo por un lado y un corto pico afilado por el otro, que podía agujerear cualquier yelmo. Otra arma, que inventaron con la ayuda de Arn, era una ballesta ligera que los jinetes podrían disparar con una sola mano. Tardaron en lograr esta arma, ya que tenía que reunir ciertas cualidades al parecer incompatibles; debía ser lo bastante fuerte como para atravesar láminas de acero pero lo suficientemente ligera como para ser manejada con una mano a lomos del caballo, ya que con la otra tendrían que manejar las riendas y el escudo.

El arco en sí tenía que ser de un acero muy resistente, ya que debía ser pequeño pero con gran poder de penetración. Las cuerdas de tendones no resistirían y era necesario que fuesen de hilo de acero trenzado, una mercancía extranjera muy cara. Y cuando tenías una cuerda tan dura como deseabas, ya no se podía tensar desde el caballo. Jacob y Marcus construyeron una manivela con ganchos y dientes, de modo que la cuerda se tensaba con la mínima fuerza.

Para poder disparar el arma con una mano hicieron cortar la culata y la acabaron en una pinza ancha que el tirador colocaba sobre la parte superior del brazo. Pero entonces habría que adelantar el gatillo hasta la parte anterior del arma.

Costó mucho esfuerzo mental, pero finalmente lograron una arma con la que un jinete ligero podía cabalgar muy cerca de un enemigo lento y abatirlo con un único y certero disparo.

El mariscal del reino debía prepararse para lo peor. Ésa era la firme convicción de Arn y la transmitía siempre que tenía ocasión, aunque la mayoría de los hombres del consejo y los parientes parecían seguros de que ahora vivirían en paz y tranquilidad para siempre, ya que la victoria en Lena había sido increíblemente grande.

Lo peor que podía ocurrir sería que los daneses volviesen con igual número de jinetes pesados durante la época de verano, sin subestimar al enemigo y sin dejarse atraer bajo la nube eclíptica de flechas de arcos largos.

El arma más fuerte de los daneses era la enorme cantidad de jinetes pesados acorazados. Un ataque con un gran grupo de esos jinetes golpearía a cualquier ejército como un puño de hierro, siempre que fuesen enviados en el momento correcto.

La mayor debilidad de los godos, y más aún de los svear, era la falta de jinetes pesados. Esa simple pero cruda conclusión llevó a un cambio drástico en las prácticas en Forsvik durante los años siguientes. Todos los Folkung adultos tuvieron que partir hacia Forsvik para recibir una nueva armadura para sí mismos y para sus caballos, y después recibir instrucción de los jóvenes hasta que se cansaban en los campos alrededor de Forsvik, que se habían convertido en pistas en las que ya no crecía la

hierba. Incluso el hijo de Arn, Magnus Månesköld, estaba entre los muchos señores que aprendían las exigencias de la nueva guerra.

Ciertamente era más fácil enseñar a los jinetes pesados, ya que sólo necesitaban saber montar apiñados, lanza en ristre y sin dudar cuando llegara la hora. Lo difícil sería no enviarlos en el momento equivocado. Por eso Arn opinaba que los responsables de la guerra serían los jóvenes caballeros de Forsvik. Pero eso fue considerado como una exigencia imposible entre los más distinguidos de los Folkung. Sería inconcebible que hombres como Magnus Månesköld y el príncipe Folke obedeciesen órdenes de jovencitos que podrían ser sus hijos. Jamás se había visto tal desorden ni en el país de los godos ni en el de los svear.

En la nueva sala de caballeros en Forsvik, Arn había hecho colocar una gran caja con arena y alrededor de ella reunía a los jóvenes caballeros y a los capitanes de los escuadrones un par de veces todas las semanas, formando con las manos colinas y valles entre los que colocaba pifias de abeto y de pino que representaban la caballería o cuadrados de infantería. Con esos medios tan sencillos intentó enseñar todo lo que sabía que sucedía en un campo de batalla. Pero sólo los jóvenes querían aprenderlo; los Folkung mayores creían mucho más en su propio valor y en el de sus parientes que en los conocimientos que venían de las pifias.

Otra manera de prepararse para la guerra en la que nadie creía, ni siquiera Arn, era instalar nuevas escuelas como la de Forsvik. El caballero Sigfrid Erlingsson había heredado una finca en Kinnekulle y allí pudo empezar las prácticas con jóvenes y al menos cien tiradores de arco largo entre los labradores y siervos. El caballero Bengt Elinsson tenía ya dos fincas, puesto que había heredado Ymseborg de sus padres asesinados y Älgarås de su abuelo materno. En Ymseborg creó una escuela propia y Arn y Eskil compraron Älgarås y la cedieron en feudo al caballero Sune Folkesson con la condición de que crease al menos tres escuadrones de jinetes ligeros y doscientos arqueros de arco largo, dado que Forsvik se estaba convirtiendo cada vez más en una escuela y una herrería para la caballería pesada.

Despedirse de Arn y de Cecilia fue especialmente triste para Sune Folkesson. En confianza les contó toda la historia del gran amor entre él y Helena, la hija del rey Sverker, cómo ese amor podría haberles costado la cabeza a ambos y cómo había jurado ir con un escuadrón de Folkung para sacar a Helena del convento de Vreta, en el que todavía se estaba marchitando, aunque su padre hubiese huido a Dinamarca con el rabo entre las piernas.

Cecilia y Arn eran probablemente las dos personas en todo Götaland Occidental que mejor que nadie podían conmovirse con una narración de ese tipo. Ellos no habían traicionado jamás el amor que sintieron, nunca perdieron la esperanza y sus virtudes tuvieron su recompensa.

A pesar de ello, Arn fue implacable en su dureza hacia Sune, quien esperaba obtener permiso para ir derecho hacia Vreta.

Rapto de convento, asilo llamarían por mucha voluntad que Helena pusiese para

salir, y eso enojaría a toda la panda de obispos. El nuevo y frágil reino no aguantaría una lucha interna de ese tipo. Mientras viviese Sverker, sería el tutor legal de Helena, nadie podría quitarle ese derecho. Y mientras lo fuese, sería secuestro, por mucho que los dos amantes pensasen de diferente modo.

Arn sólo veía una posibilidad para Sune, lo que a la vez sería una desgracia para todos los demás. Si Sverker regresaba con un segundo ejército danés, en caso de que al rey Valdemar *el Victorioso* realmente no le bastase con ver exterminados a todos sus hombres una vez, sería distinto, porque entonces Sverker estaría muerto.

Por mucho que la conmoviese el amor de los jóvenes, Cecilia no pudo por menos que estar de acuerdo con su marido con mucha pena. El rapto de convento era una infamia, y prescindiendo de la opinión de los obispos, un pecado mortal.

Un único hombre del reino, por tanto, estaba esperando una nueva gran guerra y ése fue el afligido caballero Sune, quien a continuación se dirigió a Algaras para empezar su vida como instructor de guerra en la finca propia. Arn le envió a todos los constructores sarracenos que habían quedado para construirle muros de piedra en lugar de los de madera calcinada.

En el cálido día primaveral en que Alde Arnsdotter cumplió diecisiete años, en Forsvik se celebró la fiesta más grande que se había visto en mucho tiempo. Dado que había menos aprendices de los que había habido en varios años, todos los cristianos y también los adeptos de otras creencias cupieron en la gran sala. Un sentimiento de dicha, como si todos los de Forsvik fuesen como un linaje propio, aunque ni siquiera hablasen el mismo idioma, se extendió entre todos los presentes. Forsvik era no solamente la herrería de armas más grande del reino, sino también un lugar donde se creaba mucha riqueza, y todos los de Forsvik contribuían a ello. Los herreros y los molineros, los vidrieros y los caldereros, los serradores, los forjadores de espadas, alfareros, pedreros, flecheros, tejedoras, los maestros del fieltro, los talabarteros y los cazadores, todos se sentían tan de Forsvik como los aprendices y sus instructores. Alde era muy estimada por todos, por su risa alegre y por el afán con que iba aprendiendo las especialidades de cada uno.

Tanto ella como el joven Birger Magnusson habían estudiado con el hermano Joseph durante más de siete años y con ello habían vaciado su fuente de sabiduría y éste había tenido que empezar desde el principio con un grupito de niños cristianos. Alde sería quien un día heredase Forsvik y los conocimientos que para ello necesitase no podría recibirlos del hermano Joseph. En su lugar, la propia Cecilia acogió a su hija y empezó a enseñarle los secretos de la contabilidad, el corazón y la mente de toda riqueza creada tanto con las manos como con el espíritu. Pero para que Alde comprendiese mejor lo que la contabilidad le explicaba, andaba entre todos los trabajadores e intentaba ponerse al corriente de todos los detalles.

También Birger Magnusson había concluido sus estudios con el hermano Joseph y ya era el tercer año que recibía instrucción entre los jóvenes soldados con el caballero Sigurd como superior. Puesto que era el nieto de Arn, obtuvo favores que

no se concedían a otros jóvenes. Las *lectionis* de Arn en la sala de caballeros sobre la lógica del campo de batalla eran en realidad sólo para los caballeros armados de Forsvik o para los mandos de un escuadrón, pero a partir de ese momento Birger fue invitado a esa enseñanza.

Arn tenía más tiempo que nunca para los dos jóvenes. Su hermano Gure cuidaba de todo lo que concernía a los talleres y a la construcción, Cecilia se ocupaba del comercio naval y los jóvenes caballeros y los mandos practicaban espada, lanza y equitación con nuevos jovencitos Folkung. Arn tenía más tiempo para sí mismo o al menos una idea de cómo dedicarse más a asuntos que había desatendido durante demasiado tiempo. Entre ellos estaban tanto su propia hija Alde como Birger, el sobrino de ella.

No dudaba de que el hermano Joseph les hubiese enseñado bien los dos idiomas más importantes, el latín y el franco, porque si quería podía conversar con ellos en cualquiera de esos idiomas tan bien como en el suyo propio. También estaba seguro de que el hermano Joseph había instruido perfectamente a Alde y a Birger sobre filosofía y lógica, gramática y las Sagradas Escrituras.

Pero había cosas de las que un cisterciense no tenía conocimientos, por muy docto y temeroso de Dios que fuese, lo que no estaba escrito en los textos sabios y que sólo podía aprenderse en el campo de batalla o en los consejos del rey y con los hombres más poderosos de la Iglesia. No existía una palabra para esta ciencia, pero Arn la llamaba la ciencia sobre el poder. Comenzó a dar sus propias *lectionis* sobre ese tema con Alde y Birger.

Según Arn, lo más importante de aprender acerca de la ciencia sobre el poder era comprender que éste podía ser bueno o malo por igual y que solamente un ojo bien entrenado podía distinguir cuándo era bueno y cuándo no lo era. El poder podía pudrirse o marchitarse como las rosas que ahora crecían en grandes cantidades y que rodeaban su casa. Las manos delicadas de Cecilia cuidaban esas rosas estimadas de Varnhem tanto con las tijeras como con el agua.

Y no era difícil comprender lo que era el agua de la vida, era la palabra de Dios, la fe pura y desinteresada que podía hacer que el poder siguiese creciendo como bueno.

La fuerza era poder, naturalmente, muchos caballeros armados significaban fuerza y con ello poder. Pero el temeroso de Dios debía usar correctamente esa fuerza, porque como decía san Pablo en su carta a los romanos: «Los que somos fuertes en la fe debemos aceptar como nuestras las debilidades de los que son menos fuertes, en vez de buscar lo que a nosotros mismos nos agrada. Todos debemos agradar a nuestro prójimo, y hacer las cosas para su bien y para que pueda crecer en la fe».

Esas palabras de Dios eran ciertamente como el agua de la vida y en Forsvik intentaban vivir y construir basándose en ellas.

Lo más difícil de entender era que un exceso del agua clara de la fe podía ofuscar



las mentes de las personas, tal y como había sucedido en Tierra Santa. Sin embargo, había que intentar ver hacia dónde apuntaba esa locura de la fe antes de que fuese demasiado tarde. Y eso sólo podía hacerse con la razón. Ningún sombrero de obispo era más grande que la razón.

Si Arn hubiese dicho algo semejante durante su tiempo como caballero de la orden de los caballeros del Temple de Dios y de la Santa Virgen, le habrían arrancado el manto de inmediato y lo habrían condenado a una penitencia muy larga, eso lo admitía, puesto que para muchos de los vigilantes más altos de la fe no existe distinción entre la fe y la razón, ya que la fe lo es todo, grande e indivisible, y la razón sólo es vanidad y egoísmo del individuo. Pero Dios debió de desear que los hombres, Sus hijos, aprendiesen algo grande e importante de la pérdida de Su Sepulcro y de Tierra Santa. ¿Cuál sería si no el significado de ese castigo tan duro?

Y lo que uno aprendía era que la conciencia era como un freno del poder. El poder sin conciencia estaba condenado a sucumbir al mal.

Pero el poder también podía ser mezquino y cotidianamente monótono, como la labor del agricultor en la tierra. En algunas ocasiones, Arn se llevó a Alde y a Birger a los encuentros del consejo en Näs, donde estuvieron sentados, callados como ratoncitos detrás de él y de Eskil, que ya había retomado su sitio en el consejo. Todo lo que allí vieron y oyeron lo comentaron luego durante días en Forsvik. El poder también era saber aunar distintas voluntades, una cualidad importante, especialmente para un rey. Solía ocurrir que el rey Erik se encontraba con que los señores seculares del consejo tenían un punto de vista totalmente distinto acerca del manejo del reino que el de los obispos, quienes se interesaban poco por la construcción de las fortalezas, los costes de la nueva caballería o por los aranceles de los daneses. Les interesaba mucho más hablar de oro y plata para la Iglesia, o tal vez sobre nuevas cruzadas a los países del este, saqueados sin cesar por los cruzados. El poder del rey entonces no era hablar con voz fuerte y golpear con el puño en la mesa con la cara enrojecida; era tratar de convencer con halagos a todos los consejeros, tanto seculares como eclesiásticos, a unirse en las decisiones que tal vez no convencían del todo, pero que tampoco defraudaban a nadie. Lo que el rey Erik mostraba, cuando de esa manera casi siempre se salía con la suya, pero nunca causando desavenencias en el consejo, era otra cara del poder, aquél en el que el difunto Birger Brosa había sido el más poderoso de los Folkung.

Otra cara del poder era en la que Eskil, el tío de Alde y el hermano del abuelo de Birger, se mostraba como el más fuerte. En el comercio entre los diferentes países y las corrientes de riqueza que ese comercio hacía fluir, ahí había un poder tan fuerte como el de la espada.

La fe pura dirigida por la conciencia, la espada y el oro eran, por tanto, los tres pilares en los que se apoyaba el poder. Muchos hombres se sentían llamados a servir uno de esos tres lados de la tríada del poder, pero pocos dominaban los tres. Sin embargo, los reyes debían poseer grandes conocimientos acerca de todo lo referente a

esa tríada, o de lo contrario serían destronados como el rey Sverker.

Cecilia no estaba del todo segura de que ese tipo de conversación fuese lo que más necesitaba su hija, y en su fuero interno pensaba que constituiría un peligro grande que en un lugar como Forsvik una joven fuese educada como un hombre. La manera de montar a caballo no podía calificarse como los cuidados de la mano de una dulce doncella, aunque le hubiesen regalado una de las más dóciles potras árabes en su duodécimo cumpleaños. No habían podido mantenerla alejada de los caballos por más tiempo.

Cecilia era una buena amazona, por lo que había intentado mantener alejados a Arn y a los jóvenes soldados de las prácticas de equitación, y ella misma montaba con su hija. Pero no podía estar en todas partes al mismo tiempo y la contabilidad tomaba su tiempo todos los días y pronto vio cómo Alde hacía carreras a caballo con Birger y con otros jóvenes. No valía la pena preocuparse ni quejarse por ello.

En la primera montería del otoño, cuando cayeron las primeras nieves, Alde era una entre los jinetes a la espera, mientras todos los jinetes de Forsvik se fueron a la batida rodeando la presa y formando una ancha herradura. Ya en el segundo año, Alde mató a su primer verraco jabalí.

Cecilia era de la opinión de que de todos modos había llegado el tiempo de la siega de la vida. Su cabello y el de Arn ya eran canosos y ambos se encontraban más cerca de la muerte que del nacimiento. Sin embargo, era maravilloso vivir cuando todo les iba tan bien y no se divisaba ningún peligro, ni siquiera a lo lejos, donde se encontraban el cielo y la tierra.

Incluso recordaría la última Misa del Gallo antes de la guerra como un tiempo de paz y confianza.

Habían tomado la cerveza de Navidad en Arnäs, en la gran sala de piedras calentada por los fuegos, y la vida les parecía mejor que nunca. En la Misa del Gallo, Arn pudo mostrar sin vergüenza su orgullo por lo que había mandado construir incluso con su propia imagen en piedra encima de la puerta de la iglesia entregándole las llaves a Dios. Después de la victoria en Lena, desde la cual los obispos eran más accesibles, varios de ellos le habían asegurado a Arn que una imagen así no era ni pecado ni altivez. Al contrario, serviría de ejemplo para todo el mundo. Porque, ¿qué obra sería mejor que ésta, costear una iglesia tan hermosa y dedicada a Su Sepulcro, tan grata a los ojos del Señor?

El sepulcro estaba al final de la nave central, en medio de la iglesia, delante del altar, y estaba decorado con la mejor obra del maestro Marcellus. La última Misa del Gallo antes de la guerra, Arn y Cecilia entonaron solos los cánticos de la misa, ella en la voz del soprano y él en la segunda. Tal vez sus voces no eran tan nítidas como antes, pero en la opinión de todos los presentes, cuando escucharon su canto, pensaron que tenían ante sí a los ángeles del Señor.

Los daneses llegaron en pleno verano de 1210, dos años y medio de paz después de la victoria en Lena. Sverker Karlsson estaba firmemente decidido a reconquistar su

corona y, por desgracia, había logrado convencer al rey Valdemar *el Victorioso* de que le entregase un nuevo ejército casi tan grande como el que había sido exterminado durante la guerra invernal.

Al primer aviso de la llegada del enemigo al reino, Arn se lanzó hacia el sur desde Forsvik con tres escuadrones de jinetes ligeros para informarse mientras enviaban convocatorias de auxilio tanto a Svealand como a Noruega.

Esta vez no sería tan fácil, Arn lo comprendió ya durante el segundo día, cuando él y sus jinetes cabalgaron a lo largo del ejército danés. Y al llegar a la mitad, donde iban Sverker y su obispo Valerius, su corazón se congeló con tanto horror como no había sentido desde su primer año en Tierra Santa. Alrededor de Sverker cabalgaban casi cien hombres con trajes y escudos de los caballeros sanjuanistas: camisolas bermejas con cruces blancas.

No era fácil comprender por qué motivo los sanjuanistas se habían unido a Sverker Karlsson o al rey Valdemar *el Victorioso*, pero una cosa sí estaba clara: cien caballeros sanjuanistas eran casi igual que cien caballeros templarios, huestes que hasta el mismísimo Saladino habría temido. No existía fuerza alguna en el Norte que pudiese combatir semejante ejército.

Cada sanjuanista sería, al igual que un templario, como diez daneses o cinco hombres de Forsvik. Cuando finalmente Arn se hubo reconciliado con la idea de que esta vez tendrían que luchar contra los mejores caballeros del mundo, lo que más le sorprendió fue el hecho de que no montasen a la cabeza como era habitual en ellos. Siempre había sido así en Tierra Santa: los sanjuanistas llevaban la delantera y los templarios vigilaban la retaguardia, puesto que eran los dos sitios más vulnerables de un ejército. Pero aquí los sanjuanistas cabalgaban en medio y dejaban a la merced de ataques de jinetes ligeros tanto las vituallas en la retaguardia como a los daneses en la cabeza. Arn suponía que los daneses habían decidido que lo más importante en esa guerra sería proteger la vida de Sverker Karlsson y que preferirían tener pérdidas en la vanguardia o en la retaguardia a jugarse la vida del pretendiente al trono.

Esta vez las tropas se dirigieron hacia Falkóping, como si pensasen volver a Lena para vengar la derrota anterior. Dado que era pleno verano y aún no era tiempo para la siega, no era trigo sino carne y animales de tiro lo que el enemigo podría saquear para su propio sustento. Y aunque las tropas danesas estaban poco protegidas en la retaguardia, donde iban los boyeros con los carros repletos, no sería inteligente atacar por ahí hasta que el enemigo hubiese pasado Falkóping.

Cosa más importante sería regresar y advertir a los habitantes de Falkóping, intentar que ocultasen los bueyes y el ganado que, de otra forma, no harían más que caer en las fauces de los daneses. Tardaron dos días en conseguir eso, y cuando las tropas danesas entraron en Falkóping no quedaba nada de lo que el enemigo hubiese querido llevarse.

Arn se mostraba más cauto que nunca en el mando y durante casi una semana no hizo otra cosa que ir y venir a lo largo de la larga serpiente de infantes y jinetes

enemigos. Estaba esperando refuerzos tanto de Bengt Elinsson como de Sune Folkesson y cuando llegaron traían no sólo más jinetes ligeros, sino también un escuadrón de pesados. Entonces ya no podía permitirse esperar durante más tiempo.

Junto con los caballeros Bengt y Sune, y sin discusión, había acordado cómo se perpetraría el primer ataque. Debía ser en el lugar adecuado para poder realizarse a toda velocidad. Los de Forsvik tardaron algunos días más en encontrar una colina alta con bosque de fronda ralo por el que las tropas danesas tendrían que abrirse paso. Allí formaron y esperaron.

A esas alturas, los daneses ya se habían acostumbrado a ver a lo lejos jinetes ligeros azules que al parecer no se atrevían a entrar en combate, por lo que el primer ataque les cayó de improviso y los sorprendió por su enorme peso. De repente, tres escuadrones de jinetes ligeros bajaron de un hayal en estampida hacia la cabeza de las tropas danesas. Al llegar más cerca se esparcieron en una fila larga y se acercaron y dispararon cada uno su ballesta; atrás dejaron un tumulto de caballos relinchando y hombres rugiendo de dolor. Si tuviesen la ocasión, apuntarían a las piernas del enemigo. Si acertaban, el enemigo tendría un caballero menos y un herido a quien arrastrar. Si fallasen, al menos matarían un caballo.

Cuando hubieron pasado los últimos jinetes ligeros de Forsvik, los pesados entraron desde el flanco con tanta velocidad que los propios apenas tuvieron tiempo de ponerse a salvo antes de que el escuadrón de caballeros con lanzas en ristre reventara las filas delanteras de las ya malheridas tropas danesas. Los de Forsvik desaparecieron tan rápidamente como habían atacado y dejaron más de cien enemigos muertos o malheridos.

Durante dos días consecutivos realizaron aproximadamente el mismo asalto. Cuando los daneses adelantaron entonces la infantería con escudos y arcos para proteger a la vanguardia, ya no ocurrió nada más allí. En cambio, los de Forsvik atacaron contra la parte trasera del ejército, mataron a casi todos los animales de tiro e incendiaron gran parte de los víveres antes de ponerse rápidamente a salvo de los caballeros cruzados con la cruz blanca sobre el fondo rojo que acudieron al rescate. Arn había dado órdenes estrictas de evitar toda lucha contra esos caballeros.

Cuando los daneses hubieron mejorado su protección con infantería y arqueros tanto delante como detrás, el asalto llegó a un tercio desde la delantera, donde la mayoría de los soldados de a pie caminaban juntos y muy apretados. Arn llevó a los jinetes pesados atravesando las tropas danesas y dejando un ancho pasillo de caídos y heridos tras de sí, en el que entraron los ligeros de Forsvik espadas en ristre.

De esa forma, la guerra continuó durante una semana mientras los daneses lentamente se abrían paso hacia el mismo territorio que la vez anterior, al oeste del lago Vättern. No era fácil saber lo que pretendían. En el invierno habían tenido la posibilidad de cruzar los hielos hasta Näs, ¿pero en pleno verano? Arn suponía que pensaban hacerse fuertes en la fortaleza de Lena o primero conquistarla y luego esperar el invierno y el hielo ya en el sitio, en lugar de llegar chapoteando en la nieve

todo el camino. Por tanto, había tiempo suficiente, y había que usarlo con sabiduría y paciencia y no meterse en una gran batalla demasiado pronto.

Arn dejó el mando de su caballería a Bengt Elinsson y a Sune Folkesson y cabalgó hasta Bjälbo, donde se reunirían los svear y la mayoría de los Folkung y los Erik. Esta vez los Erik no habían sido atrapados al sur, sino que habían podido dirigirse hacia el norte a lo largo de la orilla oriental del lago Vättern. El rey Erik estaba entre sus parientes.

Según la opinión de Arn, el consejo de guerra que mantuvieron se malogró. El canciller Folke, líder de los svear y los Folkung en Götaland Oriental, quería combatir contra los daneses cuanto antes, prefería acabar con la guerra antes de la cosecha. El rey Erik intentó durante mucho tiempo llegar a la decisión que Arn quería, esperar en la medida de lo posible dejando que los de Forsvik hostigasen a las tropas danesas mientras tanto. Ya habían disminuido en unos doscientos jinetes y estaban muy retrasados por la pérdida de todos los animales de tiro y de los caballos. Eran los daneses los que se encontraban en tierra enemiga, eran ellos los que tenían el ejército más fuerte por el momento y eran ellos los que más ganarían al emprender una lucha antes de la cosecha.

Pero Yngve, el procurador, líder de los svear, decía que eso era parloteo de mujeres y poco digno de un rey del linaje de san Erik. Además, esperar mucho tiempo para luchar cansaba a los hombres, era mejor mostrar el valor cuando las ganas de pelea eran más fuertes.

Para la decepción de Arn, el canciller Folke y Magnus Månesköld estuvieron de acuerdo en entablar combate cuanto antes para salvar la cosecha; tal vez sufriesen de soberbia después de la feliz victoria en Lena hacia dos años y medio.

Ni siquiera las objeciones de Arn pidiendo que esperasen el refuerzo de los noruegos, que habían enviado un mensaje con la promesa de acudir con todos los hombres, pudieron tranquilizar a los cabezotas de los svear. Como de costumbre, querían morir de inmediato.

Finalmente tomaron la decisión de que todas las tropas debían ser transportadas por el lago Vättern cuanto antes para dirigirse hacia el sur y encontrar al danés más o menos en el mismo lugar bendecido como la vez anterior.

Muy apenado, Arn cabalgó a Forsvik para reunir a todos los hombres que pudiesen tomar una arma y montar a caballo, cargar carros con carne, armas y escudos y enviar aviso de agruparse todos hacia Lena.

Para desesperación de Cecilia se llevó a Birger Magnusson, con sólo dieciséis años, de confaloniero, quien debía cabalgar al lado de Arn con la nueva insignia, una bandera de color azul con un león Folkung en una mitad y las tres coronas de Erik en la otra. En su propio escudo, Arn hizo añadir una cruz bermeja de los templarios al lado del león Folkung, tal y como Birger Brosa había tenido un lirio francés y su hijo Magnus una luna creciente. Arn le dijo a su esposa que el joven Birger estaría más seguro como su confaloniero que en ninguna otra parte, porque el deber de Arn esta

vez no era luchar sin temor, sino mantenerse con vida hasta ganar la batalla, puesto que había muchos que estaban ansiosos por morir muy pronto.

Durante ocho días, Arn y sus hombres de Forsvik lograron retrasar la batalla final hostigando al ejército danés a diario. Pero cuando faltaba menos de un día de cabalgata para llegar a Gestilren, un lugar al sur de Lena, en el que esperaban los svear, los Folkung, los Erik y los recién llegados noruegos al mando de Harald Øysteinsson, Arn decidió que ya no podían seguir siendo cautos. Era el momento de atacar al grupo de los caballeros sanjuanistas en medio de las fuerzas del enemigo, a los que hasta el momento habían evitado con cuidado. Eso no ocurriría sin sufrir grandes pérdidas propias, pero los de Forsvik eran los únicos que tendrían una mínima posibilidad contra los sanjuanistas, y ahora que se acercaba la batalla final, tendrían que aceptar su responsabilidad.

Con estas palabras, Arn se ponía a sí mismo en un aprieto, ya que entonces no podría mantenerse a salvo cuando comenzase la lucha. Cambió la armadura por la de caballería pesada y decidió conducir él mismo dos escuadrones directos entre los rojos, después de que los jinetes ligeros hubiesen atacado con sus ballestas.

Los de Forsvik estaban dentro de un bosque alto rezando mientras esperaban. El ambiente era tenso y silencioso y sólo se oía algún que otro resoplido o tintineo de estribos. Abajo, entre los troncos de las hayas, vieron llegar con esfuerzos a las tropas danesas, con el sol dándoles en los ojos, hablando y despreocupados como si agradeciesen la calma de dos días enteros sin lucha. Arn había sido muy minucioso al elegir el lugar y la luz apropiados para el ataque.

Pidió perdón a Dios por entablar combate con sus propios hermanos sanjuanistas, pero intentó disculparse aduciendo que no había otra cosa que hacer cuando llegaban en calidad de enemigos para conquistar su país y matar a sus seres queridos. Por una vez no rezó por su vida, ya que lo encontró presuntuoso ante un ataque a unos estimados hermanos cristianos. Así pues, envió a los caballeros Bengt y Sune a dar un rodeo amplio hacia abajo para que entrasen de espaldas al sol contra el gran grupo de caballeros rojiblancos y en el mejor de los casos levantasen tanta polvareda de la tierra seca que el enemigo no se percatase de lo que se acercaría por el otro costado de la fila de jinetes rápidos, vestidos de azul.

*Deus vult*, pensó sin poder evitarlo al alzar el brazo y poner en marcha a todos los hombres a paso ligero. Al salir del bosque se colocaron uno cerca del otro para no dejar ni rastro de brecha entre ellos, y cabalgaron rodilla con rodilla. Entonces aumentaron la velocidad al trote.

Arn medía la distancia con el último de los ligeros de Forsvik que cabalgaban allá abajo creando bastante desorden y temor entre los sanjuanistas, que ni siquiera formaban en su defensa habitual.

De repente gritó a plena voz su señal de ataque, que fue repetida por todos los que estaban a su lado, y al instante chocaron con un estruendo y lanzas en ristre en medio de los rojiblancos, que cayeron sin apenas resistirse. Los de Forsvik salieron por el

otro lado sin haber perdido ni un solo hombre y cuando Arn se percató de ello dio media vuelta a toda su tropa y volvió a conducirla a través de los rojos. Después el desorden fue demasiado grande como para acometer un tercer ataque.

Sólo les faltaban dos hombres cuando se reunieron al lado de los escuadrones ligeros. Arn contempló el gran caos reinante en la parte del ejército que le había parecido invencible y ahora casi cien caballeros habían encontrado la muerte o estaban heridos. Lo que veía no era posible y por un momento se quedó con la mente en blanco. Si los de Forsvik con un solo ataque habían vencido a tantos sanjuanistas, debía de tratarse de un milagro del Señor. Pero que Dios castigase a Sus más fieles luchadores con un castigo de ese tipo no podía creerlo, como tampoco creía que Dios siempre tomara parte en todas las pequeñas luchas de los hombres en la tierra.

Comprendió que los daneses habían usado un truco de guerra. Engañosamente, se habían vestido con camisolas rojas con cruces blancas para parecerse a los sanjuanistas y con ello atemorizar al enemigo. Y en efecto lo habían logrado.

Sin mediar palabra, Arn entregó su lanza ensangrentada al soldado más próximo, se llevó a su confaloniero Birger Magnusson y cabalgó hacia los daneses. Se detuvo a una distancia de un disparo de flecha y alzó ambas manos en señal de que quería negociar. En seguida se acercaron seis hombres vestidos de rojo y blanco.

Primero les habló cortésmente en franco, idioma del cual no entendieron ni una palabra. Entonces cambió a su idioma y solicitó que le entregasen los dos cuerpos que habían dejado, puesto que los que habían caído eran estimados parientes suyos. Los daneses primero contestaron que eso no se haría sin recibir algo a cambio, pero aceptaron cuando Arn repuso que él, por su parte, consideraba que el honor les exigía que ambos lados hiciesen ese tipo de negocio sin ganancias propias y que además pronto encontraría mercancías para el intercambio. Entonces les preguntó por sus uniformes y le explicaron que les habían sido entregados por Dios durante unas cruzadas en el este y que la cruz blanca sobre fondo rojo a partir de ahora sería la insignia del reino de Dinamarca.

En Gestilren había varias colinas altas y allí Arn había colocado tanto a la caballería pesada como a los arcos largos, ya que no pensaba que se podría volver a poner a todos los arqueros en el mismo lugar y además hacer que los daneses cayeran por segunda vez en esa trampa. Más abajo, en la llanura, estaba toda la caballería pesada de los Folkung bajo el mando del canciller Folke y Magnus Månesköld, y detrás de ellos, todos los ballesteros, que a su vez bloqueaban el camino a los ya impacientes svear. A final de todo se encontraban quinientos arqueros noruegos que Harald Øysteinsson había traído de su tierra natal.

Era una formación desatinada en la que todos molestaban a todos. Pero como por obra de Dios, ya era tan avanzado el día, la batalla tendría que esperar hasta el día siguiente y por eso tendrían la noche para cambiar, en caso de que los svear y los nobles parientes tozudos aceptasen que la manera de formar en la guerra de la nueva época era más importante que tener valor en el pecho.

Fue una noche larga con muchas discusiones y reagrupaciones problemáticas en la oscuridad, pero al alba, a la mañana siguiente, cuando las tropas danesas empezaban a surgir de entre la niebla, al menos presentaban una mejor formación que la noche anterior.

Arn se encontraba al lado del rey Erik en la colina alta con toda la formación pesada de la caballería de Forsvik y con dos escuadrones de jinetes ligeros que protegerían al rey o lo apartarían en caso de peligro. Para Arn y sus jinetes pesados había una única misión: matar a Sverker Karlsson.

El hombre que más que nadie quería ver muerto al anterior rey Sverker, Sune Folkesson, había solicitado montar con los pesados, junto a su señor y maestro, Arn. Arn no podía negarse, sobre todo porque quería unir sólo a los mejores y los mayores de Forsvik.

Desde su colina podían contemplar todo el futuro campo de batalla. Si los daneses enviaban a su caballería hacia los godos orientales y la infantería de los svear, esta vez las nubes negras de las flechas de los arcos largos les caerían desde el flanco. Los godos orientales no atacarían hasta que viesan izarse una bandera azul allá donde se hallaba el rey. Ése era el acuerdo final.

La batalla parecía tener un buen comienzo. Los daneses se habían dado cuenta de que eran totalmente superiores en cantidad de jinetes pesados y de que, si lograban atravesar las líneas de los godos orientales, tendrían vía libre para masacrar toda la infantería de Svealand.

No pudieron resistir la tentación y se prepararon para el ataque. Arn bajó la cabeza y dio las gracias a Dios.

Pero cuando los daneses llegaban en su asalto, el canciller Folke y Magnus Månesköld no esperaron la señal azul desde la colina del rey antes de emprender su propio ataque. Por eso, los principales de los Folkung entraron bajo la misma lluvia negra de flechas que el enemigo. En unos instantes, el centro del campo de batalla se convirtió en un caos de muertos y heridos, y entonces los svear ya no pudieron controlarse y empezaron a correr hacia la batalla, de manera que llegaron jadeando y exhaustos. Arn y el rey Erik contemplaron con impotencia desde su colina cómo todo se les torcía. Un soplo de salvación llegó desde donde Harald Øysteinsson y sus noruegos, al otro lado del valle, corrían hacia la parte superior de la línea de combate para llegar a la posición y estar seguros de que sus flechas sólo caían entre los daneses.

Estaban a punto de perderlo todo, porque en una batalla prolongada y desordenada ganaría la parte que más hombres tuviera. Arn se despidió del rey Erik, dejó con él a Birger Magnusson, que llevaba la bandera doble de Folkung y Erik, y condujo a todos sus jinetes pesados describiendo un arco amplio hacia arriba y hacia atrás.

Llegaron de manera que vieron dónde se hallaba Sverker Karlsson y su sólido juego de banderas a una distancia segura de la batalla. Ya no había nada que esperar y



las dudas sólo conllevarían que el enemigo estuviese aún más preparado.

Salieron sin orden del bosque pero se alinearon diligentemente mientras se dirigían al trote hacia el corazón del enemigo, avanzando a galope tendido y bajando las lanzas. Sune Folkesson cabalgaba junto a Arn, ambos habían detectado la insignia de Sverker Karlsson, el grifo negro con una corona dorada, y apuntaron hacia él.

Los de Forsvik atravesaron rápidamente las primeras líneas de defensores de Sverker, pero luego la mayoría de ellos o bien perdieron la velocidad o la lanza o bien ésta se les rompió y tuvieron que blandir la espada o el mazo y empezar a cortar a golpes para abrirse camino hasta Sverker. Avanzaban cada vez más despacio y muchos de ellos cayeron en el intento.

Pero ya era demasiado tarde para volver. Arn luchaba con furia y se dio cuenta de que con los años su espada se le había hecho demasiado pesada. Entonces tiró el escudo, cambió la espada a la mano izquierda y blandió su largo mazo en la mano derecha. Mató a cuatro hombres con el mazo y a dos con la espada antes de llegar hasta Sverker, al mismo tiempo que éste se defendía contra los golpes de Sune Folkesson y con ello dejaba su nuca al descubierto, con lo que Arn de inmediato lo mató con su mazo.

Cuando Sverker se deslizó tieso de su caballo, hubo un momento de quietud entre los daneses y los Sverker que aún se encontraban sobre sus caballos. La lucha terminó y todos pasearon las miradas a su alrededor. Habían caído la mitad de los de Forsvik, pero de todos modos su grupo era más numeroso que el de los daneses que rodeaban al arzobispo Valerius y su insignia.

Sólo entonces Arn se percató de que estaba sangrando por varias heridas y que tenía una punta de lanza rota clavada en la cintura, en su lado izquierdo. No sintió ningún dolor pero arrancó la punta, la tiró al suelo y agachó la cabeza un momento para recobrar el aliento. Luego desmontó, se acercó al cadáver de Sverker y lo decapitó, cogió una lanza y empaló en ella la cabeza de Sverker y su escudo con la insignia real antes de subir con cierta dificultad de nuevo al caballo. El caballero Sune recogió el escudo de Arn y se lo entregó. Los daneses que se encontraban alrededor del arzobispo Valerius habían dejado de pelear y Arn tampoco tenía intención alguna de seguir la lucha contra ellos.

Con el resto de los pesados de Forsvik, Arn cabalgó lentamente hacia el centro de la batalla, con la lanza levantada ante sí, con la cabeza y el escudo de Sverker ensartados. Se detuvo a cierta distancia de las luchas y esperó hasta que los primeros gritos de victoria u horror empezaron a extenderse hacia él. La batalla cesó de inmediato.

En el silencio y la quietud en los que estaba sumergido el campo de batalla, Harald Øysteinsson y sus arqueros noruegos pudieron acercarse con cautela, al igual que todos los ballesteros de la parte de los Folkung que aún no habían tenido oportunidad de demostrar su valía. La caballería ligera de los Folkung, que al parecer había tenido pocas pérdidas, se formó con celeridad en nuevos grupos de combate, de

cuatro o cinco hombres, o en escuadrones.

Si la batalla continuaba ahora, sería tan sangrienta como la vez anterior.

Entonces el rey Erik bajó de su colina, rodeado por jinetes de Forsvik, y se dirigió hacia el centro del campo de batalla. Allí declaró en voz alta que indultaría a todos los que se rindieran.

Sólo tardaron unas horas en ponerse de acuerdo. Unos parientes de Sverker que habían sido encontrados en su juego de banderas y aún estaban con vida obtuvieron un salvoconducto real para llevar su cadáver al monasterio de Alvastra y enterrarlo en la iglesia donde yacían los de su linaje. Las tropas danesas tuvieron permiso para quedarse a enterrar a sus muertos antes de regresar a casa. El caluroso mes de julio estaba tocando a su fin y había que apresurarse con esos menesteres.

La victoria era grande pero muy costosa. Los Folkung que no habían podido dominarse y habían atacado antes de tiempo estaban casi todos muertos y uno de cada dos había caído bajo las flechas disparadas por su propio bando. Muchos Folkung murieron en Gestilren, entre ellos Magnus Månesköld y el canciller Folke. Sólo la mitad de los svear que acudieron a la batalla pudieron regresar a casa.

Pero el reino del rey Erik estaba salvado por siempre jamás y él decidió que la insignia del nuevo reino serían las coronas de Erik y el león Folkung por los siglos de los siglos.

El convento de Vreta estaba construido en lo alto de una colina en la llanura de Götaland Oriental y tenía vistas hacia todos los puntos cardinales. Todo el mundo en el convento sabía que la guerra se decidiría uno de esos días, la abadesa Cecilia, que era la hermana del rey Sverker, las monjas, las hermanas legas, las familiares y los veinte soldados de Sverker que habían sido enviados para protegerlas. Más de uno de los habitantes del convento había buscado alguna excusa para subir al campanario o a algún muro para observar a través de los campos abiertos en los que el grano maduro se mecía al viento hasta donde abarcaba la vista. La más interesada de todas era Helena Sverkersdotter, y fue ella quien primero los divisó.

En la lejanía se aproximaba un grupo de jinetes con los mantos azules ondeando al viento como velas tras de sí. Eran dieciséis hombres y cabalgaban más de prisa de lo normal, a pesar de que al parecer llegaban de lejos, puesto que los parajes de Vreta, en realidad, no eran de los Folkung.

Los veinte soldados de los Sverker hicieron lo que habían jurado: montaron armados hasta los dientes hacia los dieciséis Folkung y fueron abatidos hasta el último hombre.

Cuando terminó la breve lucha, los Folkung se acercaron a paso lento hasta el convento, en el que todas las puertas estaban cerradas, y muchos ojos temerosos los contemplaban desde los muros.

Una puerta lateral se abrió y la doncella Helena salió corriendo hacia el primero de los Folkung, cuyo caballo estaba un poco adelantado. El caballero Sune sangraba por varias heridas, ya que llegaba directamente desde Gestilren. Pero no sentía

ningún dolor.

Cuando tropezando y sin aliento llegaba a él la doncella Helena, el caballero Sune le ofreció su gran manto azul para cubrirse.

La levantó y la sentó en la silla delante de él y así se marcharon todos los Folkung, sin mucha prisa, ya que largo era el camino hasta Algaras, la fortaleza del caballero Sune.

Allí le dio cuatro hijas y la canción sobre Sune y Helena, y el rapto del convento en Vreta vivió así para siempre.

La herida de Arn Magnusson en el costado, ocasionada por una lanza desconocida, lo llevó a una muerte lenta. Si los doctos en medicina, sus amigos Ibrahim y Yussuf, aún hubiesen permanecido en Forsvik, adonde lo llevaron, tal vez habría sobrevivido.

Moría lentamente y Cecilia permaneció junto a él los días y las noches que tardó en morir, y Alde pasó casi tanto tiempo como ella a su lado.

Lo que más le hacía sufrir de la muerte no eran los dolores, puesto que había sufrido peores en heridas anteriores. Lo que le apenaba era pensar en todos los días de paz y tranquilidad que le habrían esperado, cuando podría haber estado sentado bajo el manzano de Cecilia y entre sus rosas blancas y rojas, los dos cogidos de la mano y viendo cómo Alde encontraba la felicidad de la forma que ella decidiese.

No se le asignaría a ningún hijo de procurador de Svealand si ella no lo quería; en eso estaban de acuerdo su madre y su padre sin tener que mencionarlo siquiera, dado que ambos eran personas poco comunes que creían profundamente en el amor.

Cuando Birger Magnusson llegó para despedirse de su abuelo y maestro en todo, desde la guerra hasta el poder, y con los ojos llorosos por haber perdido tanto a su padre como a su abuelo en tan poco tiempo, hablaron más del futuro que de la pena. Arn hizo prometer a Birger que no conduciría el país desde un lugar tan solitario como Näs, sino que construiría una ciudad donde el lago Mälaren desembocaba en el Báltico. Porque lo que más necesitaba era el apoyo de los svear, y si no se podía hacer de otro modo, habría que llamar *Svea rige*, «reino de los svear», al nuevo reino.

Puesto que aún hablaba el nórdico más como un danés que como un hombre godo, por la pronunciación de Arn a los oídos de Birger Magnusson sonaba como si hubiese dicho *Sverige*<sup>[1]</sup>

Birger juró que intentaría cumplir en todo la voluntad de su abuelo, y en su lecho de muerte Arn le entregó su espada y le contó el secreto que la rodeaba, explicándole el significado de las señales desconocidas.

Un millar de hombres acompañaron al venerado mariscal hasta su tumba en la iglesia de Varnhem. Uno solo de ellos tenía el derecho de llevar la espada dentro de la iglesia durante la misa funeraria, puesto que su espada estaba bendecida y era una espada de un caballero del Temple. Ése hombre era el joven Birger Magnusson.

En la iglesia del monasterio de Varnhem, Birger juró ante Dios que viviría como le había enseñado su estimado abuelo, que construiría la nueva ciudad y que

denominaría al reino de los tres países con una única palabra: Sverige.

La historia lo conoce con el nombre de Birger Jarl, fundador de Estocolmo.



JAN GUILLOU. Jan Oskar Sverre Lucien Henri Guillou, nació en el seno de una familia de diplomáticos franceses, adquiriendo la nacionalidad sueca años más tarde. Estudió Derecho, abandonando la carrera tras dos años, y comenzando a trabajar como periodista en *SZIM/Actuellt*. Publicó su primer libro en 1971. Un artículo sobre los servicios de espionaje suecos publicado en *Folket I Bild* (cuyo suplemento cultural fundó algo después), le valió la cárcel, acusado de espionaje. En 1999, fundó la Editorial Piratforlaget, y en la actualidad compatibiliza su labor literaria con la presentación de programas en la televisión Noruega y los comentarios políticos en el periódico *Aftonbladet*.

Comenzó su carrera con novelas policíacas, pasando posteriormente a escribir novelas históricas de ficción.

# Notas

[1] En sueco, el nombre de Suecia. <<